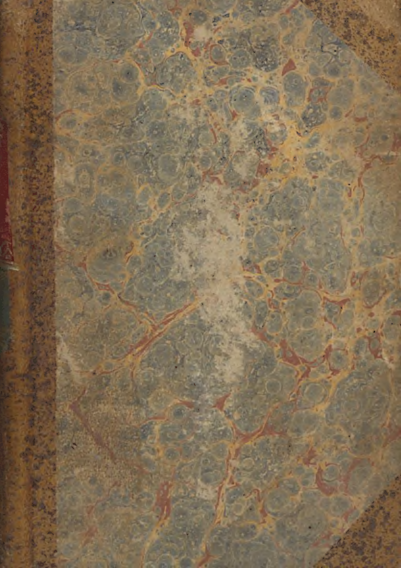
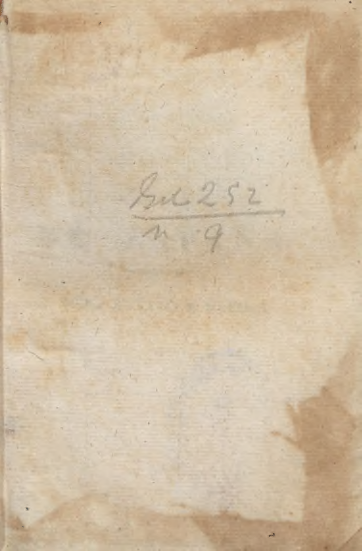



252
n 9

NARRACION
DE LOS SUCESOS PRINCIPALES
DE LA HISTORIA
DE ESPAÑA.

TOMO NOVENO Y ÚLTIMO.



NARRACION

DE LOS SUCESOS PRINCIPALES

DE LA HISTORIA

de España,

DESDE EL AÑO 1600 HASTA 1808.

NUEVA EDICION.

TOMO NOVENO Y ÚLTIMO.

MADRID: 1828.
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE DOÑA CATALINA PIÑUELA,
calle del Amor de Dios, núm. 14.

ADVERTENCIA PRELIMINAR.

Hemos impuesto á esta obra el título modesto de NARRACION, porque la palabra HISTORIA es demasiado grande é impone demasiados deberes, á los cuales no nos hemos comprometido con el público. No es un compendio de los sucesos que se comprenden en este periodo importante, y sin embargo no están presentados los hechos con toda la estension y proligidad que requiere una historia completa. Hemos procurado formar el cuadro de cada reinado, y caracterizar las diferentes fases de la política que dominaba en las diferentes épocas, sin omitir ningun acontecimiento importante, y mucho menos las causas que lo produgeron. Este plan era

menos desigual á nuestras fuerzas, y suficiente para que esta edicion fuese tan útil como deseábamos: es decir, pudiese servir de texto para estudiar la continuacion de la historia de España hasta nuestros dias, mientras no tuviésemos un libro clásico que mereciese ser el apéndice de la obra de Mariana.

A esta obra va unida la sucesion de los reyes de España de las dinastías de Austria y de Borbon, como un apéndice de la que formó Mariana de nuestros antiguos monarcas.

Nuestros lectores no estrañarán que en el reinado del señor don Cárlos IV nos hayamos contentado con solo esponer los hechos, y nos hayamos abstenido de las reflexiones que abundan en la narracion de los reinados anteriores. Dos motivos hemos tenido para esta circunspeccion: el primero, que

nuestras consideraciones no parezcan hijas de la parcialidad ó de la adulacion contra algunas personas coetáneas y en favor de otras; porque no basta que el historiador sea imparcial, es menester que se crea que lo es si su obra ha de producir la utilidad que él se promete. El segundo es, que nuestros lectores en hechos tan cercanos, y cuyas consecuencias interesan á la presente generacion, podrán por sí mismos, y sin nuestro auxilio, hacer las consideraciones que sugiere fácilmente la narracion de este periodo.

Esperamos que el público ilustrado perdonará los defectos de esta obra, en atencion al motivo que ha obligado á emprenderla.

Aunque en el título solo se promete la narracion de los sucesos desde el año de 1600, sin embargo, como en

esta época ya habian pasado cerca de dos años del reinado de Felipe III, nos pareció conveniente dar principio en el advenimiento de aquel monarca, despreciando el inconveniente de repetir algunos hechos contados por Miñana, cuya obra se estiende hasta el mismo año de 1600.

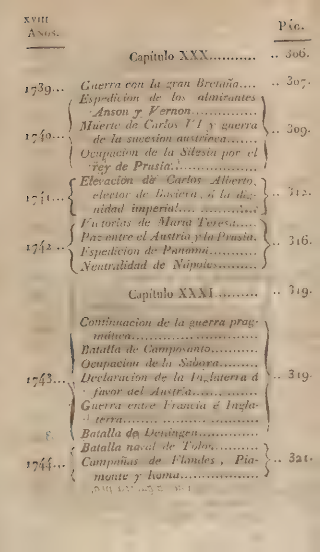
INDICE

DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO NOVENO.

Años.		Pág.
	Capítulo XXII..........	.. 230.
1707...	*Continuacion de la guerra de sucesion*......... *Pérdida de Nápoles*......... *Batalla de Almansa y reconquista de Valencia y Aragon*...... *Toma de Lérida*......... *Espedicion de los aliados en Provenza*.........	.. 230.
1708...	*Pérdida de Cerdeña y de los presidios de Toscana*......... *Toma de Tortosa*. .... *Batalla de Udenarda y sitio de Lila*......... *Pérdida de Oran*.........	.. 233.
	Capítulo XXIII.........	.. 236.
1709...	*Continuacion de la guerra de sucesion*......... *Toma de Alicante*......... *Batalla de la Gudiña*......... *Sitio de Tournay*......... *Batalla de Malplaquet y sitio de Mons*.........	.. 336.
1710...	*Congreso de Gertruidemberg*... *Sitio de Douay*......... *Batalla de Zaragoza*......... *Pérdida del Aragon, y entrada y salida del archiduque Carlos en Madrid*......... *Batallas de Brihuega y Villaviciosa*.........	.. 239.

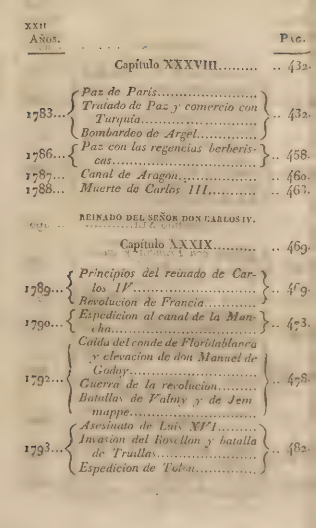
REINADO DEL SEÑOR DON LUIS I.

SEGUNDO REINADO DEL SEÑOR DON FELIPE V.



Años. | Pág.

Años.		Pág.
	Capítulo XXXVI.........	.. 399.
1766...	*Sedicion de Madrid y caida de Esquilache*........................	.. 399.
1767...	*Espulsion de los jesuitas*........	.. 403.
1768...	*Desavenencias entre Roma y Parma*............................	.. 405.
1769...	*Nuevas Poblaciones de Sierra Morena*............................	.. 407.
1771...	*Conquistas de los rusos en Turquía*................................	.. 412.
1772... 1773...	*Repartimientos de la Polonia*...	.. 416.
1774...	*Revolucion de las colonias anglo americanas*.......................	.. 420.
1775...	*Espedicion contra Argel*.........	.. 423.
	Capitulo XXXVII.........	.. 427.
1776...	*Reconquista de la colonia del Sacramento*............................	.. 427.
1777...	*Principios del ministerio de Floridablanca y tratado con Portugal.*	.. 431.
1778...	*Guerra entre Francia é Inglaterra*.........	.. 434.
1779...	*Guerra con la gran Bretaña*...	.. 438.
1780..	*Bloqueo de Gibraltar*...............	.. 441.
1781...	*conquista de la Florida Occidental*	.. 444
1782...	*Toma de Puerto Mahon....... Sitio de Gibraltar....... .. ... Independencia de los Estados Unidos de América*............	.. 447.



Años.		Pág.
	Capítulo XL	486.
1794	*Continuacion de la guerra de la revolucion.* *Suplicio de Robespierre.* *Conquista de la Bélgica.* *Batalla del Boló.*	486.
1795	*Pérdida de Rosas y de las provincias Vascongadas.* *República bátava.* *Constitucion directorial.* *Paz de Basilea.*	488.
	Capítulo XLI	490.
1796	*Alianza con Francia y guerra con la gran Bretaña.*	490.
1797	*Paz de Campo Formio.* *Batalla naval del cabo de San Vicente.*	493.
1798	*Espedicion de Egipto.* *Segunda coalicion.*	495.
1799	*Conquista de Italia por los austro-rusos.* *Vuelta de Bonaparte á Europa y constitucion consular.*	497.
	Capítulo XLII	502.
1800	*Batallas de Marengo y Hohenlinden.*	502.
1801	*Paz de Luneville.* *Invasion de Portugal.*	504.

FIN DEL ÍNDICE.

REINADO

DEL S.R D. FELIPE III.

CAPÍTULO PRIMERO.

Principios del reinado del señor don Felipe III. Continuacion de la guerra de Flandes. Batalla de las Dunas. Sitio de Ostende. Campañas de Espinola. Tregua de doce años.

INTERVALO DE ONCE AÑOS, DESDE 1598 HASTA 1609.

La monarquía española, debilitada por las frecuentes emigraciones á América, por la mala administracion y peor inversion de las rentas públicas, por la desastrada guerra de los Paises Bajos, que agotaba la península de hombres y dineros, y por el funesto é inútil empeño de sostener la liga, y atizar en Francia el fuego de la guerra civil, gravitó, despues de la muerte de Felipe II, sobre los débiles hombros de su hijo y sucesor Felipe III, príncipe bondadoso, indolente y poco versado en los negocios, á pesar de los esfuerzos que hizo su padre para inspirarle gusto á los afanes del gobierno. El primer acto de su reinado fue entregar las riendas de la monarquía á su privado don Francisco Rojas de Sandoval, marques de Denia, despues duque de Lerma, hombre vano 1598.

y espendedor, que solicitaba en el imperio mas bien el esplendor y las riquezas que el poder; ignorante de los principios de la administracion, y mas capaz de urdir una intriga, que de formar combinaciones políticas. Retiráronse al punto de la corte Idiaquez y Mora, antiguos y hábiles consejeros formados por Felipe II; á los cuales si se les puede negar, como á su maestro, el conocimiento de los principios de la sana política, por lo menos sería una injusticia negarles el zelo por la gloria de España, y la penetracion para manejar los negocios, y buscar recursos acomodados á las circunstancias.

Dos fueron los principales cuidados de Felipe II al tiempo de morir: el primero, el establecimiento de su hija predilecta Isabel Clara Eugenia; y el segundo, el éxito de la guerra de los Paises Bajos. Para atender á uno y otro objeto con una sola medida, había tratado los casamientos de su hijo Felipe III con Margarita, archiduquesa de Austria, sobrina del emperador Rodulfo, hija de su hermano el archiduque Carlos de Stiria, y de la infanta Isabel Clara con el archiduque Alberto, hermano del emperador, dando á estos nuevos esposos la soberanía de los Paises Bajos, reversible á la corona de España en caso de no tener sucesion. El consejo de España esperaba, ó afectaba esperar, que las provincias rebeladas se unirian á las sumisas viéndose bajo el dominio de un príncipe amado y respetado en la Alemania inferior, y que residiendo entre sus vasallos conoceria mejor sus necesidades, y estaria mas dispuesto á satisfacerlas que el gobierno español; al cual no era ya posible separarse del sistema de severidad que adoptó desde el principio contra los protestantes.

1599. Estos matrimonios se celebraron en Valencia

poco despues de la exaltacion del jóven príncipe al trono de España; y se celebraron con tanto esplendor y suntuosidad, que dieron motivo á grandes y pomposas descripciones de los ingenios de aquel tiempo, y á no menores quejas contra la prodigalidad del ministro de parte de los interesados en la deuda, inmensa para aquel tiempo, con que Felipe II dejó gravada la corona. Celebradas las nupcias, los archiduques partieron á Flandes por Saboya y Borgoña, y dieron principio á su nuevo reinado, recibiendo los homenages de los estados provinciales del Pais Bajo, y jurándoles sus privilegios.

Bien pronto conocieron Alberto é Isabel que las provincias confederadas, afirmadas ya por tantos años de un gobierno regular, enriquecidas con el comercio de las Indias orientales, y escitadas continuamente por la ambicion de los príncipes de la casa de Nassau, no presentaban ninguna esperanza de volver á la sumision. Pensaron pues en hacer la guerra con energía para lograr condiciones ventajosas de paz. Esta era muy necesaria á la España, que meditaba reunir sus fuerzas contra los proyectos de la Francia, y á los archiduques que deseaban gozar tranquilamente de su nueva soberanía. El gobierno español hizo el principal gasto de esta guerra, tanto por el vínculo del parentesco que unia al rey con los nuevos soberanos de aquel pais, como por la necesidad que tenian las diferentes ramas de la casa de Austria de estar enlazadas con una íntima alianza, si habia de conservarse en esta dinastía el grado supremo de poder á que la elevó Carlos V. La inviolabilidad de esta alianza fue el norte á que dirigieron constantemente su política los gabinetes de España y de Viena, siendo de notar, que mientras España tuvo reyes austriacos no hubo un solo

momento en que separasen sus intereses de los del Austria.

La guerra se habia hecho con suma lentitud durante el viage del archiduque Alberto á España, porque el exército español, superior en fuerzas, estaba mal pagado, y se temian las sediciones de la soldadesca. Y asi solo se le empleó en ocupar á Rimberg, Wesel y algunas otras plazas del pais de Cleves, con dos objetos: uno, el dar de comer á la tropa en pais neutral y abundante; otro, proporcionarse medios para atacar las provincias de Zutphen y Over-Isel. El general marques de Guadalete, almirante de Aragon, ocupó los territorios y plazas mencionadas con su acostumbrada actividad, sin que el conde Mauricio de Nassau, general de las provincias unidas, pudiese hacer otra cosa que observarle y cubrir el territorio de la república. El marques penetró sin embargo hasta Doesberg, plaza cuyo sitio emprendió y abandonó casi al instante, porque Mauricio venia á defenderla al frente de todas sus fuerzas, y no queria esponerse con un ejército mal pagado y cebado en los saqueos á una accion general. Retiróse pues á las plazas que habia ocupado del círculo de Westphalia, perseguido por el general holandés. Perdió en la retirada cerca de seis mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros; pero conservó las plazas neutrales, de que se habia apoderado, escepto Emmerick y Zevenaer, que fueron tomadas por Mauricio y restituidas á sus dueños. El marques invernó en el ducado de Cleves, dueño de dos pasos importantes sobre el Rin.

La campaña siguiente fue algo mas viva. El archiduque cardenal Andres de Austria, primo hermano de Alberto, y que habia quedado por gobernador de los Paises Bajos durante su ausencia, for-

mó el proyecto de apoderarse de Bonmel, plaza cuya posesion abriria el paso al ejército español para el interior de las provincias unidas. La vigilancia de Mauricio, que introdujo socorro á tiempo en aquella fortaleza, frustró los hábiles movimientos del marques para ocultar su designio; mas no pudo evitar que los españoles construyesen en la misma isla de Bonmel, en un parage que domina la navegacion del Wakal y del Mosa, un fuerte que pudiese servir de entrada para las provincias. En vano las tropas mejores y los subalternos mas valerosos de Mauricio se echaron sobre él, con el mayor valor, cuando aun no estaban concluidas sus fortificaciones. Quinientos españoles le defendieron con la mayor intrepidez contra dos mil hombres escogidos. Mauricio, obligado á retirarse, construyó otro fuerte opuesto al de los españoles en la ribera derecha del Wakal para cubrir el pais de Betuve.

Los príncipes neutrales del círculo de Westphalia, cuyos territorios habian sido ocupados por los españoles en la campaña anterior, recurrieron al emperador quejándose de aquella infraccion de la neutralidad: pero no habiendo recibido de él mas socorro que un rescripto, á que no obedeció el general español, é instigados por los holandeses, formaron un ejército de doce mil hombres de infantería y dos mil de caballería, y dieron el mando de él al conde de la Lippa, general sin esperiencia ni talentos. Este ejército se disipó enteramente con solo una surtida de la guarnicion española de Rees, plaza que el conde habia sitiado. Sin embargo el archiduque Andres, temiendo que en otra campaña podrian ser mayores y mejor dirigidas las fuerzas de los príncipes westphalianos, mandó evacuar las plazas y territorios ocupados en Westphalia y resarcir los daños

causados por la tropa. En esta situacion estaban los negocios de Flandes cuando el archiduque Alberto y su esposa llegaron á Bruselas y tomaron posesion de sus estados; mas no consiguieron los subsidios necesarios para pagar las tropas. El cuerpo español, que era de dos mil infantes y ochocientos caballos, se sublevó, se apoderó de Hamont, plaza del obispado de Lieja, y se hizo fuerte en ella. Los alemanes, italianos y walones siguieron este ejemplo ominoso en los principios de un reinado. Casi al mismo tiempo una escuadra holandesa, que el año anterior habia saqueado las islas Azores, hizo un desembarco en las Canarias, y se volvió cargada de un considerable botin.

1600. Mauricio, aprovechándose de la sedicion que era casi general en el ejército contrario, se apoderó de algunos puestos importantes, batió la caballería enemiga junto á Bois-leduc, y atacó el fuerte de San Andres, construido el año anterior, inundando el pais circunvecino, por cuya causa Velasco, comandante de la artillería, no pudo pasar á socorrerle. La guarnicion de San Andres, que era una de las rebeladas, entregó el fuerte al enemigo, y se pasó al servicio de las provincias unidas. Estas, alentadas á mayores cosas con tan felices principios, reunieron un ejército de quince mil infantes y dos mil quinientos caballos, bajo las órdenes de Mauricio, y meditaron por primera empresa el sitio de Nieuport, plaza desde la cual los buques españoles hacian mucho daño al comercio de los zelandeses. Las conferencias para la paz, que entonces se comenzaron en Bergonzoom, por la mediacion del emperador, entre los plenipotenciarios de los archiduques y de las provincias, duraron muy poco; porque los holandeses exigian por preliminar el reconocimiento de su in-

dependencia, á lo que no accedia el archiduque.

Mauricio sitió á Nieuport por mar y tierra. El archiduque Alberto, que habia conseguido atajar y extinguir el fuego de la rebelion, marchó al socorro de la plaza, habiendo reunido un ejército de once mil infantes y mil doscientos caballos. Batió la retaguardia enemiga en el puente de Leffingen, y resuelto á hacer levantar el sitio se dirigió contra el campo contrario, que estaba sobre las Dunas, entre la plaza y el mar. La victoria se hubiera decidido con prontitud, si el marques de Guadalete hubiera conseguido la atrevida empresa de penetrar por entre las Dunas y el mar para coger el flanco al enemigo; mas el fuego de los buques holandeses le impidió efectuar este hábil movimiento. La batalla se disputó con el mayor teson, hasta que el archiduque recibió una herida que le obligó á retirarse. Su caballo quedó en poder de los enemigos, y los suyos, creyendo que su general era muerto ó prisionero, peleaban con valor, pero con tristeza; y no para vencer, sino para cumplir su deber. El campo de batalla quedó por Mauricio. El ejército del archiduque se retiró á Brujas, donde se rehizo en breve.

La batalla de las Dunas sirvió solo para hacer alarde del valor; mas no tuvo resultados militares. Mauricio volvió á sitiar á Nieuport que habia recibido socorros; pero rechazado con pérdida ni aun pudo apoderarse del pequeño fuerte de Santa Catalina, cercano á la ciudad de Ostende. Asi que tuvo que embarcarse para Holanda sin haber logrado ventaja alguna despues de una victoria tan gloriosa.

A la sazon se concluyó el tratado entre la Francia y el duque de Sabova, relativo al marquesado de Saluces. Este pais habia sido, desde la caida del imperio de Carlomagno, feudo del delfinado de Vie-

na, que se incorporó en la corona de Francia en el reinado de Felipe de Valois. En 1558, y durante las sesiones de los célebres estados de Blois, Carlos Manuel, duque de Saboya, le ocupó con un ejército, pretestando el peligro que corria la religion católica en Italia, si los protestantes del Delfinado se introducian en aquel pais. Los infortunios de Enrique III, y las dificultades que encontró Enrique IV para ceñirse la corona de Francia, le dieron lugar para recobrar á Saluces. Cuando este héroe, domada la liga, se halló en estado de hacer una paz decorosa con la España, en el tratado de Vervins, celebrado con Felipe II en 1598, y ratificado despues por Felipe III en 1601, se habia estipulado que el sumo Pontífice fuese juez árbitro en las diferencias relativas á la restitucion del Marquesado. Su posicion le hacia mas interesante que su riqueza territorial. Los españoles no querian que estuviese en poder de los franceses un camino tan ancho para pasar á Italia, y hacerles la guerra en la Lombardía. El duque de Saboya no queria ver tan cerca de su capital las fortalezas y guarniciones de la Francia. Así á satisfaccion de todas las partes se hizo la permuta de aquel Marquesado, que cedió la Francia á la Saboya, por las provincias de Bresse y Gex, y otros pueblos y ciudades que poseia el duque en el Delfinado y en las orillas del Ródano, dejando sin embargo un camino militar para que las tropas españolas pudiesen pasar desde la Saboya al franco condado de Borgoña. La influencia de España en la corte de Roma, que envió al cardenal Aldrobandino para mediar en este tratado, fue la principal causa de que hubiese tenido un éxito tan feliz para el duque, sin necesidad de romper la paz con Francia, á pesar de las ventajas que las tropas de Enrique habian logrado en la Saboya.

El conde Mauricio abrió la campaña por el sitio 1601.
de Rhimberg, plaza que aun permanecia en poder de los españoles, y el archiduque para obligarle á que lo levantase, emprendió el de Ostende, célebre en la historia militar de aquel tiempo por su duracion y por los prodigios de valor que en él se obraron. Los estados de Flandes ofrecieron al archiduque todos los socorros necesarios, porque deseaban ver su provincia libre de los enemigos, y los Estados Unidos se prepararon á defender la plaza con el mayor teson, y enviaron á ella por gobernador á Francisco Vere, uno de sus mejores generales.

Rhimberg, despues de una gloriosa resistencia, cayó en poder de Mauricio, que emprendió despues el sitio de Bois-leduc, aunque inútilmente, por haber recibido la plaza un refuerzo considerable. Al fin de la campaña Ostende estuvo á punto de entregarse, y su gobernador propuso capitulacion; pero habiendo recibido tropas nuevas de la Zelandia, y restaurado los daños causados en la muralla por los ataques anteriores, se negó á toda proposicion, y fue menester comenzar de nuevo el sitio. En este mismo año don Martin Padilla, comandante de una division de la armada española, limpió nuestras costas de los piratas berbericos que las infestaban, y destruyó una escuadra holandesa de nueve navíos.

El archiduque asaltó, pero sin éxito y con gran 1602.
pérdida, la plaza de Ostende. Mas á pesar de este revés y de la dificultad de cortar la comunicacion de la plaza con el mar no desistió de su empresa, persuadido de que en el tratado futuro de paz, que ya preveia, le seria muy dañoso que una ciudad tan importante estuviese en poder de los holandeses. Mauricio hizo una invasion en el Brabante para llamar la atencion de los enemigos; pero lo evacuó bien pron-

to por el refuerzo de ocho mil hombres que Ambrosio Espínola habia traido de Italia, y que se unió al ejército que mandaba el marques de Guadalete en aquella provincia. Redújose pues á sitiar á Grave, de la cual se apoderó á pesar de los esfuerzos que hizo el general español para socorrerla.

Este año emprendió el duque de Lerma enviar un socorro considerable al conde de Tiron, caballero irlandés, que capitaneaba en aquella isla los rebeldes á la reina Isabel de Inglaterra. Se equipó una escuadra poderosa con seis mil hombres de desembarco, mandados por don Juan de Aguilar, general de reputacion, y que habia aprendido el arte de la guerra militando á las órdenes del duque de Alba. Apenas arribó á Irlanda se apoderó de Kinsal, ciudad colocada en la costa meriodional de la isla, la fortificó, la hizo su plaza de armas, y destacó un cuerpo de dos mil hombres á las órdenes de Ocampo, que aportaron en la escuadra española á Baltimore, y se reunieron con el conde de Tiron. El virey de Irlanda atacó y derrotó á este rebelde; Ocampo quedó prisionero, y Aguilar se vió obligado á capitular, siendo la principal condicion que la guarnicion saliese libre y fuese trasladada á España. Tal éxito tuvo aquella espedicion, emprendida sin conocimiento alguno del pais que iba á ocupar, ni de las fuerzas de la nacion con la cual se habia de pelear. En Italia el conde de Fuentes, gobernador de Milán, ocupó militarmente el marquesado de Final, que pertenecia de derecho al rey de España; y en América el general don Juan de Oñate concluyó la conquista del nuevo Méjico, y fueron domados los araucanos.

1603. Ambrosio Espínola heredó el título de su hermano Federico, que habia muerto el año anterior en un choque naval con los holandeses, y resolvió servir

en el ejército de Flandes. Las operaciones de esta campaña no fueron de consideracion. El sitio de Ostende proseguia, y Mauricio, aunque reforzado por un cuerpo de tropas italianas, que habiéndose rebelado contra el archiduque se pasaron á su ejército, no pudo apoderarse de Bois-leduc, sobre la cual hizo otra tentativa inútil. El archiduque logró introducir en aquella plaza, que era de las mas importantes de las fronteras del Brabante, un refuerzo de tres mil walones, y Mauricio tuvo que renunciar á ella.

En este año don Diego Brochero, gran prior de San Juan, alejó los piratas berberiscos de nuestras costas, y derrotó en el cabo de San Vicente una escuadra holandesa, destinada á interceptar los galeones de Indias. Apresó siete navíos enemigos, quedando los demas muy maltratados; y la flota, que llegó poco despues, entró sin dificultad en el puerto de Cadiz.

Este año fue notable por la muerte de Isabel, reina de Inglaterra, superior á muchos héroes en las prendas y calidades propias de un rey, é inferior á las personas mas vulgares de su sexo en la vanidad mugeril. Isabel puso los primeros cimientos del poder marítimo de Inglaterra; preparó la decadencia de la casa de Austria, contra la cual luchó con felicidad durante todo su reinado; afirmó la república de las provincias unidas, y auxilió poderosamente á Enrique IV contra el poder del Austria y de Roma. Los ingleses la echaron menos por el carácter débil y presuntuoso de su sucesor. Estinguióse en Isabel la dinastía de Tudor, y entró á reinar la de Estuardo. Le sucedió su sobrino Jacobo, rey de Escocia, primero de este nombre en Inglaterra, hijo de la infeliz María Estuarda. El derecho de esta familia, que habia muchos años que reinaba en Escocia, al trono de Ingla-

terra, se derivaba del matrimonio celebrado entre Margarita, hermana de Enrique VIII, rey de Inglaterra, y Jacobo IV de Escocia.

1604. La política de Jacobo fue muy diferente de la de Isabel, porque ni tenia los motivos personales que ésta para aborrecer á los españoles, ni gustaba de favorecer á los holandeses, á quienes miraba como rebeldes. Su modo de pensar era tan conocido en Europa, que apenas subió al trono mandó el archiduque Alberto que cesasen las hostilidades entre sus vasallos y los ingleses, y dió la libertad á todos los prisioneros que tenia de esta nacion; generosidad á la qual correspondió el rey de Inglaterra con otra igual. En vano el marques de Rosni, amigo y ministro de Enrique IV, pasó á Lóndres, y movió á Jacobo á que firmase un nuevo tratado de alianza con Francia y Holanda: este tratado fue inútil, y las persuasiones de don Juan de Taxis, conde de Villamediana, embaxador de España, y uno de los mas hábiles diplomáticos de aquella época, pudieron mas con él que los intereses de Inglaterra y los argumentos de la corte de París. Ajustados los preliminares fue nombrado plenipotenciario para firmar la paz don Juan de Velasco, duque de Frias y condestable de Castilla. Este tratado se firmó en Lóndres en diez y nueve de agosto de este año. España se vió libre de uno de sus mas terribles enemigos, y se abrió camino para la pacificacion de los Paises Bajos, deseada ansiosamente por nuestra corte, que conociendo y temiendo las miras ulteriores de Enrique IV, queria hallarse desembarazada de otros contrarios para emplear todas sus fuerzas en la terrible lid que se preparaba contra un rey tan poderoso como hábil y valiente.

Entretanto se hacia con mas actividad la guerra en los Paises Bajos, por haber sido nombrado gene-

ral en gefe de los ejércitos del archiduque el marques Ambrosio Espínola, digno émulo y sucesor del duque de Alba y de Alejandro Farnesio. No dejaron de llevar muy á mal esta eleccion los otros generales que tenian mas años y servicios; pero la moderacion del jóven Espínola, su deferencia á los otros gefes y la superioridad de sus talentos, que no tardó en reconocerse, desarmó la envidia y la rivalidad; mucho mas cuando se le vió en pocos meses restablecer la disciplina, arreglar la hacienda militar y cortar de raiz el estímulo de las sediciones, que durante muchos años habian sido la ignominia del ejército de los Paises Bajos. Su primera operacion militar fue la conquista de la plaza de Ostende. Convencido de la inutilidad de todos los planes que se habian formado para impedir la comunicacion de los sitiados con la mar, llevó sus tropas al asalto dos veces: en la primera encerró á los enemigos dentro del foso; y en la segunda los redujo á tal estremo, que se vieron obligados á capitular. La plaza se rindió, saliendo la guarnicion libre.

Tal fue el éxito del célebre sitio de Ostende, que duró mas de tres años, que costó sumas inmensas á ambas partes, y en el que perecieron cien mil hombres. El archiduque vió libre de enemigos la provincia de Flandes; y aunque Mauricio se habia apoderado de Grave el año anterior, y de la Esclusa y de la isla de Kadsant poco antes de la rendicion de Ostende, estas pérdidas eran de poca importancia, por ser plazas faciles de recobrar, en comparacion de aquella ciudad fortísima, opulenta, y colocada en medio de una provincia marítima.

Este año fueron tambien felices las armas de España en los mares de Levante. El marques de Santa Cruz, general de la armada de Nápoles, se apoderó

de las islas de Zante, Patmos, Estache y Longo, y de la plaza de Durazo en la costa de Albania, que se defendió obstinadamente. Recogido un inmenso botin de estos puntos, se volvió á Nápoles lleno de gloria y riquezas.

1605. En la campaña de este año determinaron los holandeses anticiparse al general Espínola, y la primer empresa que meditaron fue el sitio de Amberes; mas Espínola penetró su designio, y no solo impidió á Mauricio desembarcar sus tropas en las cercanías de aquella plaza, sino tambien le hizo levantar el sitio de Sas de Gante. Dejando bien guarnecida la línea del Escalda, determinó apoderarse de las plazas fuertes del Mosa y del Rin. Penetró en los ducados de Cleves y Juliers, se apoderó de Ordenzeel y sitió á Lingen. Mauricio voló al auxilio de esta fortaleza importante, cuya guarnicion se defendió valerosamente con la esperanza de ser socorrida. Mas la actividad de Espínola burló las esperanzas de entrambos, y ya se habia apoderado de la plaza, y habia aumentado sus fortificaciones, cuando Mauricio llegaba á Deventer. El movimiento hábil de Espínola obligó al holandés á trocar la agresion en defensa, y á guarnecer la frontera oriental de las provincias.

Espínola destacó al conde de Bucquoi para sitiar á Wachtendoock, y se quedó en Rorerort observando y protegiendo las operaciones del sitio. Mauricio, que tenia su cuartel general en Wesel, envió á su hermano Federico Enrique, jóven entonces de veinte años, y al general Baex, para que, interponiéndose entre el cuerpo que sitiaba la plaza y el ejército de Espínola, pudiese despues batirlos separados. Baex atacó en valde el punto fortificado de Brock, que conservaba la comunicacion mencionada, y Federico fue rechazado en Mullein por la caballería española.

Mauricio, que seguia á aquellos generales con el grueso de sus tropas, mejoró la fortuna del combate; pero sobreviniendo Espínola al socorro de los suyos, el holandés se vió precisado á tocar la retirada, sufriendo en ella una gran pérdida. La accion de Mulein obligó á aquel gran capitan á conservarse en la defensiva todo el tiempo de esta campaña. Solamente hizo una tentativa inútil contra Güeldres, cuya guarnicion le rechazó matándole muchos soldados. Wachtendoock y Cracao se rindieron poco despues á los españoles. Así concluyó esta campaña, en la cual desplegó Espínola una táctica superior, y manifestó á los holandeses que su célebre Mauricio habia encontrado un rival digno de él.

Parece que la felicidad de Espínola se comunicó á las armas españolas en cualquier parte que guerreasen. Don Nuño de Mendoza, gobernador de Tanger, derrotó á los moros al mismo tiempo que don Luis Fajardo, comandante de una division de nuestra armada, quemó diez y nueve navíos holandeses en las salinas de Arraya, y pasó á cuchillo todos los que hubo á las manos, en represalias de los españoles, que yendo de refuerzo en buques de transporte para el ejército de Flandes, fueron apresados por los holandeses en el canal de la Mancha, y arrojados al agua despues de haberlos atado dos á dos. La guerra por mar se hacia con mucha barbárie; lo que es de estrañar, cuando se observa que en la de tierra se guardaba con bastante religiosidad el derecho de gentes. Al mismo tiempo don Pedro de Toledo, marques de Villafranca, apresó once corsarios turcos en el estrecho de Gibraltar. Felipe Brito, gobernador portugués de Siriam en la península ulterior de la India, derrotó las fuerzas navales del rey de Aracan, y se apoderó del reino de Pegu, haciendo en él un riquísimo botin:

Mendoza, gobernador de Malaca, la defendió con sumo valor contra una escuadra holandesa, y ésta fue derrotada por la portuguesa de don Alfonso Martin de Castro, virrey de Goa, que llegó á socorrer la plaza.

Estas victorias aumentaron la alegria general que causó en España el nacimiento del príncipe don Felipe, que sucedió á su padre con el nombre de Felipe IV. Nació en ocho de abril en Valladolid, adonde estaba la corte desde el año de 1601, y tres años despues fue jurado príncipe de Asturias por las cortes de Castilla y Leon que se celebraron en Madrid. Poco despues del nacimiento de Felipe IV volvió la corte á esta villa, donde se fijó definitivamente.

1606. El gobierno español y el de los Paises Bajos hicieron los mas costosos sacrificios para poner al mando de Espínola un ejército poderoso, y Mauricio, inferior en fuerzas, hubo de reducirse á la defensiva, fortificando y guarneciendo las líneas del Wakal y del Yssel. El proyecto de Espínola al principio de la campaña fue penetrar en el Betuve con su ejército dividido en dos cuerpos, uno mandado por él mismo, y otro por el conde de Bucquoi. Este debia forzar el paso del Wakal, Espínola el del Yssel, y reuniéndose ambos al pie de las murallas de Utrecht, dueños del centro de las provincias unidas, podian esperar fundadamente reducirlas á la obediencia del archiduque. Este plan grandioso y atrevido no se realizó. Bucquoi fue rechazado en todos los puntos que atacó del Wakal: Espínola no pudo pasar el Yssel, porque el deshielo y las lluvias hicieron intransitables los caminos y rios. Entonces varió su primer plan y resolvió atacar la provincia de Zutphen. Se apodera de Lockem sin resistencia; sitia á Groll, y la toma antes que Mauricio pudiera venir en su socorro, y emprende el cerco de Rhimberg, y la reduce á

capitular que se entregaria si no era socorrida dentro de cierto término. Mauricio llegó en efecto á la vista de sus muros, mas la dejó abandonada á su suerte, no atreviéndose á atacar los cuarteles de Espínola, y emprendió desquitarse con la toma de Groll; mas tampoco se atrevió á esperar las tropas que el general español envió para socorrerla. Uno de los oficiales que sirvieron bajo el mando de Espínola en el sitio de Rhimberg fue el célebre duque de Osuna, hombre estraordinario, que encubria, bajo la máscara de travesuras y caprichos, designios vastos y elevados que le hicieron temible á su gobierno mismo, de que se habló en su tiempo con suma variedad, segun el interés ó el afecto de cada uno, y que la historia no ha podido calificar todavía.

Mientras las armas españolas triunfaban en los Paises Bajos, el conde de Fuentes, gobernador del Milanesado, inspiraba sospechas y temores á los príncipes de Italia, ya reforzando su ejército, ya construyendo fuertes en las fronteras de su gobierno. El que mas incomodó á los venecianos fue el de Fuentes en la parte septentrional del lago de Como, que les impedia la entrada de la Valtelina, origen despues de grandes disensiones y guerras; mas por entonces no pudo Venecia mostrar su resentimiento contra España, por el entredicho que puso el sumo Pontífice Paulo V en los estados de la república, apoyándolo con un ejército colocado en el Ferrarés. La causa de este castigo espiritual fue la prision de dos personas eclesiásticas, cuya causa se formó ante jueces seculares de Venecia, y algunos decretos del senado que prohibian la enagenacion de bienes á favor de la iglesia, y la fundacion de nuevos templos, conventos y hospitales sin permiso del gobierno. La mediacion de España y Francia terminó esta disension peli-

grosa y capaz de alterar la paz de Italia. Venecia abrogó las leyes citadas, y entregó los presos á la jurisdiccion eclesiástica, y el Pontífice alzó las censuras.

1607. Los negocios de Flandes habian llegado á tal situacion, que las potencias beligerantes tenian necesidad de la paz: la casa de Austria, porque no ignoraba que Enrique IV, aunque firmó la paz de Vervins por dar algun descanso á la Francia, trabajada por tantos años de guerras civiles, conservaba un vivo resentimiento de los males que la España le habia causado, aspiraba á vengarse y á abatir la potencia austriaca, y solo retardaba la ejecucion de sus designios para lograrlos con mas seguridad cuando tuviese mas fuerzas y aliados. La Holanda, porque á pesar de la prosperidad de su comercio y marina, el poder terrestre de la España era todavia demasiado formidable, y las pérdidas que habian sufrido en las dos últimas campañas les habian enseñado á temer á Espínola. Mauricio era enemigo de la paz, ya por el deseo de borrar la memoria de aquellas dos campañas desgraciadas con nuevas victorias, ya porque la autoridad de un capitan insigne es casi ilimitada en tiempo de guerra. Pero Barnevelt, cuyo consejo era el alma de las deliberaciones, se decidió por la paz, y se activaron las negociaciones, primero por medio de los agentes confidenciales del archiduque, y despues en un congreso celebrado en la Haya. Los gabinetes de Bruselas y de Madrid consintieron, despues de muchas dificultades, en contratar con los estados de Holanda *como con una nacion libre*. Por medio de esta frase ni reconocian paladinamente la independencia de las provincias, ni ponian obstáculos á la pacificacion. Los principales plenipotenciarios fueron por la España el marques de Espínola, y por las provincias unidas el príncipe Guillermo de Nassau. En el

congreso de la Haya fueron mediadores los reyes de Inglaterra y de Dinamarca, y el rey de Francia, cuyos embajadores se mostraron muy parciales á favor de los holandeses; porque Enrique IV, que no gustaba de aquella paz, solo buscaba algun motivo honesto para romperla.

Este año no se peleó por tierra porque los ánimos estaban ocupados en la negociacion; pero el almirante holandés Heemskirk, que mandaba una escuadra de veinte y seis navíos, derrotó en las aguas de Gibraltar una armada española de veinte y un vajeles, mandada por don Juan Alvarez Dávila. El choque fue terrible: ambos comandantes perecieron al principio de la accion; mas no por eso desmayó el valor feroz de los combatientes. La fortuna favoreció á los holandeses: los españoles perdieron dos mil hombres, y sus buques unos cayeron en poder de los enemigos y los demas quedaron inutilizados.

En América se levantaron de nuevo los arauca- 1608.
nos, capitaneados por Caupolican. Debe leerse esta guerra, la derrota que sufrió en Pusen aquel gefe valeroso y bárbaro, y su suplicio, en el poema de don Alonso de Ercilla, que sirvió en aquella guerra, y la describió con la veracidad de la historia mas bien que con la correccion y las gracias de la poesía (1).

A principios de este año se firmó la tregua llama 1609.
da de doce años en el congreso del Haya, con la cual se concluyó la terrible lucha de cuarenta y cinco años entre unas provincias rebeladas, cuya industria y opulencia se reducia al principio á la pesca del aren-

(1) No es nuestro animo disminuir el merito de Ercilla en las descripciones animadas ó sublimes, sino la incorreccion casi habitual de su estilo y lenguage, y la falta de invencion y de poesia en los episodios.

*

que, y á la confeccion y venta del queso por una parte, y por otra el inmenso poder de la monarquía española. Esta guerra fue una de las principales causas de nuestra decadencia. Fue emprendida por falta de política: fue seguida con una severidad muy parecida á la injusticia, y en fin se continuó sin objeto; porque desde el momento que los holandeses crearon un poder marítimo, y adquirieron relaciones de alianza y amistad con los príncipes del Norte y con la Francia, debió preveer el consejo del rey de España que la perseverancia en aquella guerra, lejos de destruir la independencia de las provincias, ya fundada sólidamente, solo serviria para arraigarla mas, proporcionando ocasiones de engrandecerse en la India á costa de las colonias portuguesas. Los españoles lograron una gloria inmortal, pero inútil á su pais, haciendo alarde en una guerra tan larga y porfiada del valor y la pericia militar, en que entonces no habia nacion que les igualase. Pero sus derrotas eran funestas á la España, y sus triunfos estériles.

En la tregua de los doce años se estipuló que el archiduque Alberto y las provincias unidas poseyesen los paises que sus respectivos ejércitos ocupaban. España quedó sin enemigos en el continente europeo, y pudo el gobierno dedicarse á la extincion de los piratas berberiscos. Don Luis Fajardo, célebre ya por una victoria señalada contra los holandeses, salió de Cadiz con doce navíos, y en las aguas de la Goleta destruyó una armada de turcos, hizo presas muy ricas, y limpió el Mediterráneo de corsarios; al mismo tiempo que don Pedro de Leiva, general de las galeras de Sicilia, y el marques de San German, general de las tropas de desembarco, se apoderaban de Larache, en la costa occidental del reino de Marruecos. Los españoles fortificaron

esta plaza, y dejaron en ella la guarnicion necesaria para su defensa.

CAPÍTULO II.

Espulsion de los moriscos. Sucesion de los estados de Cleves y Juliers. Guerra del Monferrato. Paz en Italia.

INTERVALO DE NUEVE AÑOS, DESDE 1610 HASTA 1618.

En virtud de las capitulaciones celebradas con los 1610.
moros cuando se conquistaron los reinos de Valencia, Sevilla y Granada, quedaron en el suelo español un gran número de familias mahometanas, que se ejercitaban en la agricultura y en las profesiones mecánicas. Ya se deja entender cómo serian tratados por los vencedores, á quienes aguijaba el odio atesorado durante ocho siglos de lid, la memoria de los antiguos ultrages que sufrieron los cristianos bajo la dominacion de los árabes, y el recuerdo aun reciente de las atrocidades cometidas por los moriscos en las dos rebeliones de Sierra Bermeja y de la Alpujarra. Los decretos de Fernando el Católico, y las predicaciones de los sacerdotes cristianos los habian reducido al gremio de la verdadera religion; pero el odio contra sus vencedores, el deseo de la antigua dominacion, y el amor á sus hermanos de África renacia bien pronto en sus corazones, ulcerados con los insultos y desprecios del vulgo, que los llamaba cristianos nuevos. Por esta razon se hicieron muy dañosos en España, señaladamente en las costas, donde servian de espías á los corsarios berberiscos que las infestaban, y á las potencias mahometanas que estaban en perpétua guerra con nuestros reyes

El consejo de Felipe III determinó cortar este mal por la raiz y desterrar de España todas las familias moriscas, embarcándolas para el Africa con sus bienes muebles, que no fuesen metales preciosos. Apenas se publicó este decreto en Valencia, se levantaron los moriscos en algunos puntos de la huerta y de la costa y cometieron atrocidades; pero batidos por las tropas del capitan general, se rindieron y fueron embarcados y conducidos á Berbería. Su número era de un millon de almas; pérdida no pequeña para la poblacion, é irreparable para la agricultura, porque los españoles cebados en las ganancias del comercio de América, no pensaron por muchos años en curar la herida que recibió nuestra poblacion rural con la espulsion de los moriscos. Ni aun el erario se aprovechó de la confiscacion de sus bienes raices, porque estos se repartieron entre el duque de Lerma, sus parientes y amigos. Algunas familias moriscas quedaron en España por los informes que los curas y ayuntamientos dieron de su buena conducta y cristiandad; mas no se les borró el ignominioso título de cristianos nuevos, que aun les daba á sus descendientes el vulgo de algunos pueblos de Andalucía á fines del siglo XVIII.

La muerte de Guillermo, duque de Cleves y Juliers, dió motivo á una guerra diplomática, que pudo haber sido funesta á la Alemania. No habiendo tenido sucesion, los parientes colaterales disputaban aquellos estados, siendo entre ellos los mas poderosos el elector de Brandemburg y el conde Palatino de Neoburg, príncipes protestantes, y amigos entonces. Estos escluyeron á los demas de la sucesion, se convinieron en poseerla *pro indiviso*, y el conde ocupó con un ejército los dos estados. El emperador Rodulfo, y las cortes de Madrid y Roma, se interesaron á

favor de los príncipes escluidos. Enrique IV, que juzgó aquella ocasion oportuna para desplegar sus vastos designios contra la casa de Austria, se declaró á favor de los dos príncipes protestantes, é hizo marchar sus ejércitos á la frontera de Champaña. El puñal de Ravaillac, que agitado por la demencia del fanatismo, asesinó á Enrique en las calles de Paris, terminó las empresas de aquel monarca insigne, y retardó por quince años la terrible lucha que ya preveian todos los políticos entre las casas de Austria y de Borbon. Sucedióle su hijo Luis XIII, niño de corta edad, bajo la regencia de su madre María de Médicis.

Don Juan de Silva, gobernador de las Filipinas, derrotó completamente una escuadra holandesa en las aguas de Luzon el veinte y cuatro de abril de este año.

La corte de Madrid se aprovechó hábilmente de 1611
las circunstancias en que se hallaba la reina viuda de Francia, que atendia mas á conservar su autoridad contra las facciones civiles, que á estender sus dominios al esterior para cimentar una estrecha alianza entre las dos monarquías por medio de los matrimonios, que entonces se trataron, de Luis XIII con doña Ana, hija del rey de España, y del príncipe de Asturias con Isabel, hija de Enrique IV; bien que el contrato no se ratificó hasta el año siguiente, ni las bodas se efectuaron hasta muchos años despues por la menor edad de los contrayentes. En el mes de octubre falleció la reina de España Margarita de Austria, honrada con las lágrimas sinceras de su esposo y de la nacion.

Nuestras escuadras pelearon con felicidad contra las fuerzas navales de los turcos, de los marroquíes y de los protestantes de la Rochela. Uno de los buques apresados tenia á bordo tres mil volúme-

nes árabes que se destinaron á la biblioteca del Escorial.

1612. El marques de Santa Cruz y el duque de Osuna, virrey de Nápoles, consiguieron nuevas victorias contra los mahometanos. El primero quemó en el puerto de la Goleta una escuadra de once velas, desembarcó en la isla de Querquens, la saqueó y entregó al fuego todas sus poblaciones. La armada de Nápoles esterminó los piratas, desembarcó en la costa de Berbería, y tomó el lugar de Cireli, defendido valerosamente por los turcos, de los cuales perecieron mas de ochocientos. Cireli fue saqueado y entregado á las llamas.

Este año falleció Rodulfo, emperador de Alemania, y le sucedió su hermano Matías.

1613. Don Octavio de Aragon, comandante de las galeras de Nápoles, batió una escuadra que los turcos habian enviado contra aquel reino, y apresó siete buques. Despues recorrió toda la costa de Berbería y de Italia, persiguiendo á los piratas y asegurando la navegacion del Mediterráneo.

En los planes secretos de Enrique IV para abatir la potencia austriaca, era un punto esencial el engrandecimiento de la casa de Saboya en Italia. El duque Carlos Manuel, atrevido, ambicioso y emprendedor, que se habia ligado estrechamente con el rey de Francia despues de la transacion relativa al marquesado de Saluces, no habia cesado de incitar secretamente las potencias de Italia contra la preponderancia de España; pero hallándose sin el apoyo de la Francia, por la política que adoptó María de Médicis, reunió fuerzas para estar dispuesto á defender sus estados contra el gobernador de Milán, y á aumentarlas en la primera ocasion favorable, sin dejar por eso de manifestar públicamente la adhesion mas

constante á la casa real de España, con la cual le unian el parentesco y los beneficios.

No tardó en ofrecérsele la oportunidad que deseaba su ambicion. Las casas de Saboya y de Mántua habian disputado por mucho tiempo la posesion del Monferrato, provincia que se estiende de Norte á Sur desde el Pó al Apenino, entre el Piamonte y el Milanesado. Estas pretensiones se habian transigido últimamente con el matrimonio de Francisco de Gonzaga, duque de Mántua, con Margarita de Saboya, hija de Carlos Manuel, á la cual y á sus descendientes se cedió para siempre el Monferrato.

El duque de Mántua murió este mismo año, dejando de Margarita á María su hija única, que fue proclamada heredera del Monferrato; pues el ducado de Mántua, en el cual no sucedian las hembras, pertenecia al cardenal Fernando de Gonzaga, hermano del difunto. Carlos Manuel, con el pretesto de asegurar el Monferrato para su nieta, llenó la Italia de intrigas, ganó al marques de Hinojosa, gobernador de Milán, para que se pusiese su nieta en su poder, trasladándola á Turin, á lo cual se opuso el duque de Mántua; prometió á éste auxiliarle en el matrimonio que deseaba celebrar con su cuñada la duquesa viuda, y mientras los tenia á todos entretenidos con sus intrigas, ocupó con sus tropas el Monferrato, de cuyas plazas se apoderó, esceptuada Casal que es la capital: tomó á Pontestura con el pretesto de conservar esta fortaleza para el rey de España: atacó á Niza de la Palla, que no pudo tomar, y al mismo tiempo protestaba á las cortes de Madrid y Paris, irritadas de su osadía, que él obedeceria siempre las órdenes del rey de España, y que solo la necesidad de defender los derechos de su nieta le obligaba á tomar medidas tan estraordinarias.

La corte de Madrid declaró que la reparacion de los daños causados por aquella invasion, y el perdon de los rebeldes que se habian pasado al duque de Saboya, se dejaria en manos del sumo Pontífice, el emperador y el rey de España: que la princesa María se trasladaría á Turin, donde estaria bajo la tutela de su abuelo: que el duque de Mántua casaria con Margarita de Saboya; y que ambos licenciarian sus tropas, quedando las de España con la obligacion de ejecutar las operaciones necesarias para asegurar la paz.

1614. Pero el duque de Saboya no habia desnudado el acero para guardarlo sino se le obligaba por la fuerza. Despues de haber agotado los recursos de la sumision afectada y las falsas promesas, siendo ya terminantes las órdenes de España, y viendo dispuesto á cumplirlas al gobernador de Milán, levantó nuevas tropas, recibió refuerzos de Lesdiguieres, capitan general del Delfinado, protestante y enemigo declarado de España; hizo alianza con Mauricio de Orange; solicitó la de Venecia y otros potentados de Italia para sostener la libertad pública contra la prepotencia española, y penetró en el Milanesado. El marques de Hinojosa tuvo que abandonar el proyecto de invadir el Piamonte para defender el territorio de su gobierno. El marques de Santa Cruz, general de las galeras de España, desembarcó sus tropas en las costas del Piamonte, y se apoderó de Oneglia, aunque valerosamente defendida por el marques de Bogliani. Al mismo tiempo Octavio de Aragon arrojó de Malta un cuerpo turco que habia desembarcado en aquella isla, y derrotó la escuadra enemiga. Fajardo se apoderó de la fortaleza de Mamora, situada en la costa occidental de Africa á cinco leguas de Tanger.

La guerra se encendió en los estados de Cleves y

Juliers, y amenazó una conflagracion general. En uno de aquellos banquetes que celebraba la nobleza alemana de los tiempos, entregándose escesivamente al placer de la bebida, el elector de Brandemburg, ofendido de una espresion del conde Palatino, le puso la mano en la cara. El conde se retiró jurando vengarse. Rompió el tratado que habian celebrado para gobernar de mancomun los ducados de Cleves y Juliers; abjuró la religion protestante y se hizo católico; imploró el auxilio de Roma, Madrid, Viena y Bruselas, mientras el elector de Brandemburg tenia por valedores á los estados unidos de Holanda, y á los príncipes protestantes de Alemania. El conde Mauricio se apoderó de muchas plazas de aquellos estados, y puso en ellas guarnicion holandesa que las conservase para el elector, lo que visto por el archiduque Alberto, envió á Espínola con un ejército de treinta mil hombres, á fin de que impidiese los progresos de Mauricio en aquellos puntos importantes para la seguridad de los Paises Bajos. Espínola sorprende á Aix la Chapelle; pasa el Rin en Colonia; incorpora en su ejército las tropas del conde Palatino; toma á Orsoy; sitia á Wesel, de la cual se apodera antes que Mauricio pueda socorrerla, y deja en ella tres mil hombres de guarnicion al mando de Velasco. Es de advertir que en ninguna parte se encontraron los holandeses con los españoles, porque evitaban cuidadosamente todo suceso que pudiese dar motivo al rompimiento de la tregua. El objeto de entrambos generales era únicamente impedir que el otro fuese superior; y por esta razon se contentaban con ocupar plazas y territorios que les diesen medios de conservarse en el pais, caso que se viniese á un rompimiento declarado.

La Inglaterra y la Francia, haciéndose mediado-

ras en esta querella, lograron que se firmase en Santem un tratado de repartimiento de los estados de Cleves y de Juliers, entre el elector de Brandemburg y el conde Palatino; pero España no quiso evacuar la plaza de Wesel, ni Holanda la de Juliers. Los dos príncipes contendedores sufrieron la suerte de los débiles que invocan en sus guerras el auxilio de los poderosos. Asi terminó esta querella que, si hubiera vivido Enrique IV, hubiera producido una guerra general.

1615. La corte de España, cuyas armas florecian en las orillas del Rin, bajo el mando de Espínola, irritada de la osadía del duque de Saboya, y aun mas de la connivencia del gobernador de Milán, le envió orden positiva de ocupar el Monferrato. El marques de Hinojosa se dirigió á Asti, una de las plazas principales que poseia el duque en aquel estado, y encontró el ejército saboyardo que le disputaba el paso del rio Versa. Los españoles arrojaron al enemigo de todos los puntos que ocupaban, y lograron una victoria que fue gloriosa, no tanto por el número ó calidades de las fuerzas contrarias, como por el valor é intrepidez del duque de Saboya, que animando á los suyos se halló siempre en el punto mas arriesgado, y disputó el campo de batalla hasta lo último, y se retiró en buen orden cuando vió decidida la suerte del combate. Pero este triunfo fue inútil para los españoles, ó por la inhabilidad de su general, ó porque era secretamente afecto á Carlos Manuel. En vez de cortarle la retirada á Asti, y obligar esta plaza á capitular, se detuvo seis semanas en las montañas próximas, donde el calor escesivo y los malos alimentos redujeron su ejército á la mitad de lo que era.

Carlos Manuel le presentó entonces un tratado de paz, arreglado en Asti el año anterior por el nuncio

del Papa y el embajador de Francia, é Hinojosa le aceptó. Ni el duque de Saboya ni el de Mántua le cumplieron. El primero, porque temiendo el enojo del gobierno español, no licenció su ejército: el segundo, porque proscribió á todos los habitantes del Monferrato que habian seguido el partido de su rival.

Apenas supo el gobierno español el éxito ignominioso de la campaña, agotada su larga paciencia, destituyó al marques de Hinojosa, y envió para reemplazarle á don Pedro de Toledo, marques de Villafranca, hombre de grandes talentos militares y políticos, firme é inaccesible á toda pasion que no fuese su gloria y la de su patria. Apenas llegó á Milán declaró al de Saboya que no obtendria la paz sino licenciaba antes su ejército. Carlos previó la tempestad que le amenazaba, y pidió socorros á sus aliados, que por entonces eran Venecia, Lesdiguieres, el duque de Maguncia y otros gefes franceses, que mandaban en las provincias fronterizas de Italia, y que habian aprendido bajo Enrique IV á aborrecer la superioridad española. Venecia le envió hombres y dineros, y los gobernadores franceses le permitieron hacer furtivamente levas en las provincias que estaban bajo sus órdenes.

Villafranca salió á campaña al frente de treinta 1616.
mil hombres contra el duque, que tenia su ejército concentrado en las cercanías de Crescentino, dispuesto á defender los puntos á que se dirigiese el enemigo. El marques queria sitiar á Vercelli, mas no habiendo podido lograrlo, porque el de Saboya introdujo socorro en aquella plaza, penetró en el Piamonte y saqueó el pais; y como por represalias el duque hizo lo mismo en el Monferrato. Despues de las lluvias, que interrumpieron las operaciones militares, Villafranca se apoderó de San German,

plaza que le importaba mucho para emprender con probabilidad del buen éxito la conquista de Vercelli. El duque aceleró sus marchas para llegar antes que él al llano de Apertola y presentarle la batalla. El general español fingió aceptarla, y obligó al enemigo á colocar sus mejores tropas en la vanguardia; pero Villafranca, haciendo un movimiento no previsto por el de Saboya, atacó su retaguardia en el momento que desfilaba por un bosque; lo que produjo la derrota total del ejército saboyano. El duque se retiró con fuerzas muy quebrantadas á su campo de Crescentino, y el marques dejó guarniciones en Trino, San German y Gatinara, quedando de este modo dueño de todas las entradas del Piamonte.

No menos gloriosa que la campaña de Italia, fue la de mar contra los turcos. Estos habian armado una escuadra de cien galeras para atacar las costas de Calabria y Sicilia. El duque de Osuna envió contra ellos una division de seis galeones al mando del célebre marino don Francisco de Ribera, que despues de haber hecho varias presas y destruido en las Salinas diez naves de los enemigos, recorriendo el Mediterráneo desde las costas de Sicilia hasta las de Caramania, encontró la armada enemiga, compuesta de cincuenta y cinco galeras, junto al cabo de Celedonia. El combate duró tres dias, cesando solo por las noches, y peleándose constantemente con un encarnizamiento sin igual. Los nuestros quedaron dueños de la victoria, habiendo echado á pique la capitana enemiga en la batalla d l tercer dia. Los turcos perdieron mil doscientos genizaros, y dos mil hombres de las demas tropas, de sus galeras cuatro se hundieron, treinta y dos quedaron inútiles, y las demas se retiraron muy maltratadas. De los españoles murieron cuarenta y tres soldados, y veinte y

ocho entre marineros y artilleros, y muchos quedaron heridos; mas no se perdió ningun buque.

Fue célebre en aquellos tiempos el combate de la nave San Julian con cuatro naves muy gruesas de piratas ingleses. Era capitana de una escuadra que salió de Lisboa para la India Oriental, al mando del general don Manuel de Meneses. Habiéndose separado de los demas bajeles por una tempestad, los piratas la atacaron; pero despues de un combate reñidísimo, tuvieron que retirarse con pérdida de su general y doscientos hombres. La nave quedó muy maltratada, y Meneses la quemó en el primer puerto donde arribó, porque no cayese, ni aun inútil como estaba, en poder de los enemigos.

En la primavera de este año envió el duque de 1617. Osuna á don Diego de Vibero con dos galeras para perseguir á los corsarios turcos. Este, despues de haber hecho una presa riquísima en la isla de Creta, se adelantó hasta las costas de Chipre, y junto á la Punta de Trebisol apresó, despues de un combate porfiado, dos galeras turcas en que iba el bajá de aquella isla, y mandó echar á pique una de ellas que habia quedado muy maltratada.

Don Juan Ronquillo, que mandaba la armada de galeras de Filipinas, atacó una escuadra de ocho galeones holandeses con tanta felicidad, que todos los enemigos fueron muertos ó prisioneros, escepto el general, que se escapó en una chalupa. La capitana holandesa fue echada á pique, y quedaron en poder de los nuestros los demas galeones. Pero esta victoria tuvo por contrapeso la espedicion del almirante holandés Speibergen al Brasil, donde tomó y saqueó la ciudad de Paiti, entregándola despues á las llamas: apresó ademas en aquellos mares tres naves españolas.

En Piamonte el duque de Saboya envió á su hijo

el príncipe Victor Amadeo con un cuerpo de ejército para que ocupase el principado de Maserano, entonces neutral, anticipándose al marques de Villafranca, que deseaba apoderarse de aquel pais, porque Crevecoeur, su principal fortaleza, le era muy útil para sus proyectos ulteriores contra Vercelli. El marques envió á don Sancho de Luna con dos mil hombres para desalojar al enemigo. Este guerrero español, valiente, pero poco avisado, se halló rodeado de enemigos, y pereció con casi toda su division peleando valerosamente. No por eso retardó Villafranca el sitio de Vercelli, rechazado en dos asaltos, donde sufrió gran pérdida, obligó al fin á los sitiados á capitular. Dueño de la linea del Sesia, pasa el Pó, y se apodera de Soleri, Feliciano y Anona, resuelto á emprender el sitio de Asti.

El duque de Saboya, reforzado oportunamente por Lesdiguieres, que bajó entonces de los Alpes al frente de doce mil hombres, recobró la línea del Tanaro, matando todas las guarniciones españolas, que ascendian á cinco mil hombres, y obligó al marques á retirarse á la frontera del Milanesado para cubrirla con su ejército.

El duque de Saboya, aunque veia que el socorro de Lesdiguieres habia libertado el Piamonte, no por eso dejaba de considerar que este socorro era precario y debido á la connivencia de la corte de Paris; y estando Vercelli en poder de los españoles, si estos reforzaban su ejército, ó á él le faltaba el auxilio de sus amigos de Francia, ¿cómo podria libertar sus estados, teniendo al frente un enemigo tan activo, tan hábil y tan incorruptible como Villafranca? Habia sostenido la guerra durante cinco años casi siempre con suerte contraria, y sus amenazas, promesas y artificios no habian podido ni destruir la

amistad de las cortes de Francia y España, ni atraer á su alianza ninguna potencia de Italia. Estas consideraciones, su salud quebrantada, y mas que todo el deseo de recobrar el antemural de sus estados por la parte de Milán, que era Vercelli, le obligó á solicitar sinceramente la paz, que se firmó en Pavía bajo la mediacion de la Francia, confirmándose en ella los artículos del tratado de Asti.

Este año se fundó en el nuevo Méjico la ciudad de San Juan de los Caballeros.

Las mismas razones que obligaban al duque de 1618.
Saboya á acelerar la paz, la hacian poco agradable al marques de Villafranca, que deseaba conservar para España la plaza de Vercelli. Por eso retardó cuanto pudo su entrega, y no la efectuó hasta haber recibido órdenes repetidas del gobierno español, el cual temiendo irritar á la Francia, interesada en la integridad de los estados de Saboya, y por otra parte previendo la tempestad que amenazaba en Alemania á la casa de Austria, quiso hallarse desembarazada en Italia. Asi se pacificó la Lombardía, alterada por la ambicion desmesurada é impotente del duque de Saboya.

El marques de Villafranca, el duque de Osuna, virrey de Nápoles, y el marques de Bedmar, embajador de España en Venecia, dirigian en aquella época los negocios de Italia, y á veces obraban contra las órdenes positivas del gobierno español, que segun decian, estaba mal informado. Como los venecianos habian dado algunos socorros al duque de Saboya en la guerra del Monferrato, el marques de Villafranca habia ocupado las provincias continentales del señorio, y el duque de Osuna infestó con las escuadras de Nápoles el Adriático, haciendo daños considerables al comercio de los venecianos.

Firmada la paz de Pavía, Villafranca evacuó, aunque de mala gana, las provincias que habia ocupado; pero Osuna continuó las hostilidades marítimas todo el tiempo que pudo, hasta que al fin tuvo que ceder á las órdenes de su corte.

A esta época debe referirse la célebre novela, escrita por el abate San Real, de la conjuracion del marques de Bedmar contra la ciudad y república de Venecia. Historiadores modernos de mucha crítica, que han tenido en sus manos documentos originales, y por otra parte poco afectos á la España, creen que aquella ficcion fue inventada por los mismos venecianos, que se hallaban comprometidos ante la corte de Madrid por un armamento secreto contra la casa de Austria. No habiendo tenido efecto su empresa por el tratado de Pavía, para libertarse de la acusacion que iba á gravitar sobre ellos, acusaron con anticipacion á Bedmar, haciéndole autor, aunque en sentido contrario, de los proyectos que ellos mismos habian fraguado. Bedmar pasó de primer ministro á los Paises Bajos.

Sus esfuerzos y los de Villafranca y Osuna, para aumentar el dominio y la influencia de España en Italia, eran sin duda muy loables; pero el gobierno español debia refrenar el ímpetu de sus ardores militares, y contentarse con haber dado la ley en la guerra del Monferrato, sin irritar á la Francia, que era la potencia rival de España, aunque entonces amiga, con nuevas adquisiciones y nuevos proyectos de dominacion; mucho mas cuando el ministerio del duque de Lerma vacilaba, y se preparaban en Alemania grandes novedades.

CAPÍTULO III.

Caida del duque de Lerma. Principios de la guerra de los treinta años. Ocupacion del Palatinado y de la Valtelina. Muerte de Felipe III.

INTERVALO DE TRES AÑOS, DESDE 1619 HASTA 1621.

El rey pasó con toda la corte á Lisboa, donde fue jurado el príncipe don Felipe en las cortes de Portugal. A su vuelta á Madrid cayó peligrosamente enfermo en Casarrubios; pero se restableció perfectamente. Sintió el primer síntoma de mejoría cuando se introdujo en su aposento el cuerpo de San Isidro, á quien tenia mucha devocion.

La monarquía se sustentaba en el reinado de Fe- 1619.
lipe III, mas bien por el valor y pericia de sus guerreros y la habilidad de sus diplomáticos, que por la sabiduría de su ministro. Espínola en los Paises Bajos, y Villafranca en Lombardía, ademas de haber conservado la gloria de las armas españolas, supieron con sus negociaciones hacer que nuestro gabinete dominase en la política europea, como habia dominado en tiempo de Carlos V y Felipe II. Mas esto no era obra del duque de Lerma, sino de aquellos grandes hombres que obraban casi con independencia de la corte, por la gran distancia á que se hallaban, y por la amplitud de sus comisiones. Era universalmente reconocida la débil capacidad del ministro para manejar una monarquía tan poderosa, y en él solamente respetaban los españoles la eleccion y la amistad de su rey. El duque, temiendo las tempestades de la fortuna, habia tomado muchas precauciones para conservarse en la privanza: habia hecho nombrar para confesor del rey á un protegido suyo:

habia introducido en la corte al duque de Uceda su hijo, y al conde de Lemos su sobrino; el primero, jóven sin virtudes ni talentos, aunque muy ambicioso; el segundo, hábil, imperioso y lleno de la noble altivez, que infunden el nacimiento, el mérito y las dignidades. Los mismos medios de que se valió para conservarse fueron la causa de su caida.

El rey, que era de un carácter suave, se complacía mas con la conversacion amena y lisongera del duque de Uceda, que con el trato severo del conde. Apenas vió el duque de Lerma el lugar que su hijo lograba en el corazon del monarca, se encendieron en el suyo los zelos del poder, y estos degeneraron en una rivalidad escandalosa. El ministro previó su caida, y para estar seguro del encono de sus enemigos, solicitó y obtuvo el capelo de cardenal. El rey, que hasta entonces le habia tratado con la familiaridad de un amigo, le miró en adelante con el respeto debido á la púrpura; y aun observaba con un secreto disgusto los honores que se hacian á su ministro, creyendo que se tributaban, no á la autoridad real depositada en él por el monarca, sino á la dignidad cardenalicia. No se ocultó á la penetracion de los cortesanos, mudos hasta entonces, la nueva disposicion del ánimo del rey, y cada dia aumentaban su disgusto contra el cardenal, haciendo llegar al trono las quejas de los pueblos, acusando al ministro de todos los males que afligian el reino, y aun interpretando siniestramente algunas medidas, no solo útiles sino necesarias, como la tregua en los Paises Bajos, y la pacificacion de Italia. El rey le manifestaba una aversion que crecia diariamente; mas el cardenal no por eso dejaba de asistir a la corte y de servir el ministerio, hasta que por un billete firmado de la mano propia del monarca, se le

mandó salir de Madrid, y retirarse donde quisiese. El conde de Lemos, que siempre fue leal á su tio, habia procurado ganarle el afecto del príncipe Felipe; y desbaratado este designio, porque el rey lo supo y atajó con tiempo, tuvo que retirarse de la corte. Las demas criaturas del duque de Lerma cayeron tambien, segun costumbre, de la gracia del rey; pero el ejemplo mas cruel de las vicisitudes de la fortuna fue don Rodrigo Calderon, marques de Siete Iglesias y conde de la Oliva, el mas querido de los favoritos del duque. Este hombre desgraciado, elevado desde una clase mediana hasta las regiones del poder, sin tener mas mérito que la amistad del privado, se desvaneció con su prosperidad, y manifestó aquel orgullo que suele engendrar la grandeza en las almas que no han nacido para ella, y se hizo odioso á todos los cortesanos. La caida de Lerma le sumergió en una cárcel, donde el rencor, largo tiempo atesorado contra él, le acumuló crímenes, en parte absurdos, en parte inverosímiles, que lo condujeron al cadahalso en el primer año del reinado siguiente. El mismo pueblo, que le aborrecia por su soberbia, lamentó su suplicio, y pagó, como todos los corazones generosos, el tributo de sus lágrimas á un grande infortunio, fuese ó no merecido.

Ningun ministro ha caido mas suavemente que el duque de Lerma, y tuvo motivos de consolarse, si la pérdida del poder admitiese consuelo. Su hijo el duque de Ueeda le sucedió en todos sus destinos, excepto el de ayo del príncipe de Asturias, que se dió á don Baltasar de Zúñiga, hombre de mucha capacidad é instruccion.

El duque de Lerma, aunque sin talentos para el gobierno, tuvo sin embargo la sensatez de elevar á los empleos los hombres mas capaces que habia entonces en

España. Si hubiera administrado mejor el interior de la monarquía, y no hubiera sido tan habido de riquezas, ni tan amigo de gastarlas, tendria en la historia la calificacion de un ministro distinguido; porque sus calidades, como hombre y caballero, fueron muy apreciables. Era humano, afable, liberal, firme en sus amistades, dulce en el trato familiar, y muy hábil para conocer los caractéres é intenciones de los cortesanos. A estas prendas debió la conservacion de la amistad de Felipe III, que le era muy semejante en índole, y probablemente la hubiera conservado siempre, si el temor de perderla no le hubiera hecho recurrir á los arbitrios que la destruyeron.

En este año se concluyó la plaza mayor de Madrid, una de las obras mas hermosas de aquella época.

A la sazon comenzaba en Alemania la terrible guerra de los treinta años. Sus verdaderas causas fueron dos: primera, la lid entre los príncipes alemanes y los emperadores de la casa de Austria, pugnando los primeros por conservar la independencia de su soberanía, y los segundos por estender la prerogativa de la corona imperial: segunda, la diferencia de religion, que añadia un nuevo estímulo á los odios originados de las pretensiones ambiciosas, porque casi todos los estados del Norte seguian la confesion de Ausbourg, y solicitaban defender en una misma lucha sus derechos políticos y su creencia. Estos gérmenes de discordia, que habian crecido progresivamente en los reinados de Maximiliano y Rodulfo, empezaron á producir su fruto en el de Matías.

Este emperador no tenia sucesion, como tampoco la tuvieron sus hermanos Maximiliano y Alberto; y despues de su muerte eran incontestables los de-

rechos de la rama austriaca de España á los dominios hereditarios de Alemania. Felipe III, considerando la necesidad que tenia la casa de Austria de conservar el imperio, y la dificultad de reinar á un mismo tiempo en Madrid y en Viena, los habia cedido á la rama de Stiria, de la cual era gefe el archiduque Fernando de Gratz, nieto de Fernando I por Carlos, hijo segundo de este emperador, que obtuvo en herencia la Stiria, la Carintia y la Carniola. El emperador Matías habia cedido tambien al mismo archiduque los reinos de Bohemia y Hungría.

Fernando, que habia prohibido á los hereges el ejercicio de su religion en los estados de Stiria, hizo temer á los que habitaban la Bohemia, que eran en gran número, la misma prohibicion. Sublevaronse pues no solo en aquel reino, sino tambien en la Moravia, Silesia y Lusacia, teniendo á su frente al conde de Thorn, caballero prusiano, valiente y hábil en la guerra, y al conde de Mansfeld, hijo natural del que habia sido gobernador de los Paises Bajos en tiempo de Felipe II; el cual irritado contra la casa de Austria, porque el emperador no habia querido legitimarlo, buscaba todas las ocasiones de suscitarle enemigos. En vano el emperador Matías interpuso su autoridad, y quiso valerse de la prudencia mas bien que de las armas para sosegar la Bohemia: la revolucion era ya completa cuando murió este príncipe, y Fernando fue proclamado emperador en Francfort. Los bohemos no solo se rebelaron contra la casa de Austria, sino se coligaron con Betleem Gabor, príncipe de Transilvania, que tenia pretension á la corona de Hungria, y contaba con el auxilio de la Puerta. En fin ofrecieron la corona de Bohemia á varios príncipes, de los cuales ninguno resolvió aceptarla sino el elector Palatino Federico,

enemigo declarado de la casa de Austria; éste confiado en los socorros de Inglaterra, por ser yerno de Jacobo I, se proponia adquirir una gloria inmortal peleando por su creencia, y por los derechos de los príncipes protestantes de Alemania.

1620. Federico se habia coronado rey de Bohemia, y Betleem Gabor, rey de Hungría, habiendo penetrado hasta la capital y apoderádose de casi todo el reino, el Austria se creia perdida, y el esceso de sus infortunios fue la causa de su remedio. Ocho mil españoles pasaron á incorporarse con el ejército del conde de Bucquoi, que á la sazon servia al emperador: otro cuerpo español de mil quinientos hombres, á las órdenes de don Luis de Velasco, cubrió los estados austriacos de Alsacia y Suavia. El rey de Polonia, que no gustaba de ver en el trono de Hungría á un aliado del turco, envió á Fernando un cuerpo auxiliar de diez mil cosacos. Los electores de Baviera y Sajonia, y demas príncipes católicos de Alemania é Italia, se declararon por el emperador, y le enviaron socorros de gente y de dinero; de modo que el Austria se halló con un ejército muy formidable, sin contar el español, que debia penetrar en el Palatinado, á las órdenes de Espínola, cuando Federico solo pudo añadir á sus fuerzas propias y á las de Bohemia un pequeño cuerpo holandés, y dos mil cuatrocientos ingleses que le envió su suegro, y que incorporó en el ejército que cubria el Palatinado, pues los príncipes protestantes de Alemania, neutralizados en la dieta del imperio, celebrada en Ulma, le enviaron socorros muy leves, y solo se obligaron á defender sus estados hereditarios del Rin, en caso de que fuesen invadidos por los españoles. Pronto llegó este caso.

Espínola marchó al frente de su ejército la vuelta de Coblenza, y los príncipes protestantes le opusieron un cuerpo de veinte y cuatro mil hombres, mandado por el marques de Anspach, que se situó en Oppenheim, por ser esta plaza la llave del Palatinado. Espínola finge que va á sitiar las ciudades de Francfort y de Wermes. El enemigo abandona su posicion para socorrer aquellas plazas, y los españoles, revolviendo contra Oppenheim, la toman por asalto, la fortifican, pasan el Rin, y ocupan todo el Electorado. Espínola le conservó á pesar de la superioridad numérica de los enemigos, con sus sábias maniobras. Anspach ni pudo sitiar á Altzeim, ni obligar á Espínola al combate, ni cortarle las comunicaciones, ni penetrar en el Palatinado. En esta campaña peleó entre las tropas del Palatino el conde de Essex, que despues adquirió tanta celebridad en la guerra de la revolucion de Inglaterra.

Al mismo tiempo que Federico perdia la herencia de sus antepasados se le cayó de la cabeza la nueva corona de Bohemia. El elector de Baviera, generalísimo de los ejércitos del emperador, despues de haber tomado á Lintz, capital de la alta Austria, de que se habian apoderado los rebeldes, marchó á Bohemia á reunirse con el ejército que mandaba el conde de Bucquoi, con el intento de acabar la guerra de un solo golpe atacando la capital. La batalla sangrienta de Praga, ganada por el ejército imperial, dio fin á la rebelion. En esta batalla se distinguió el conde Bucquoi, que herido gravemente, sabiendo que la division austriaca de Tilli habia cejado, salta del lecho de campaña, á pesar de la fiebre que le detenia, se pone al frente de sus tropas, y acomete al enemigo, matándole dos mil soldados. Guillermo Verdugo, comandante

de los walones, decidió la suerte del combate, haciendo prisionero al marques de Anhalt, general del ejército bohemo, apoderándose de un reducto, y ahuyentando con la artillería que habia en él las numerosas divisiones de los rebeldes. Las tropas y generales españoles se cubrieron de gloria en la campaña del Palatinado y en la de Bohemia. El emperador adquirió en Alemania una preponderancia, cual no tuvo ninguno de sus antecesores desde Carlos V, debida al poderoso auxilio de España; pues ademas de cincuenta y tres mil hombres de nuestras mejores tropas, que se emplearon en favor del Austria, recibió Fernando cuantiosos subsidios de la corte de Madrid.

Entretanto el duque de Feria, gobernador de Milán, se apoderaba de la Valtelina. Para conocer la importancia de esta adquisicion es menester observar que entre los estados austriacos de Alemania, y los dominios españoles de Italia, no habia comunicacion alguna, sino por el señorío de Venecia ó por la Suiza; y ambos caminos eran espuestos y embarazosos, como todo viaje de tropa que se hace por pais neutral. Por estas razones hacia tiempo que las dos ramas de la casa de Austria deseaban tener una comunicacion que poseyesen en toda propiedad, y ninguna era mejor que la Valtelina y los condados de Chiavenna y Bormio unidos á ella; pues tocan por una parte al lago de Como, en el Milanesado, y por otra á las fronteras del Tirol. El conde de Fuentes, gobernador de Milán á principios de este reinado, no construyó la fortaleza que tiene su nombre en las fronteras de la Valtelina, sino para atender mas de cerca á los movimientos de aquel pais y aprovecharse de la primera ocasion favorable al establecimiento de la comunicacion deseada. Los valtelinos, vasallos de los grisones, profesaban la fe

católica, y llevaban á mal estar sometidos á un gobierno protestante. El disgusto, que se aumentaba diariamente, produjo la rebelion; negaron la obediencia á los grisones y admitieron tropas españolas, siendo vanos los esfuerzos que hicieron sus antiguos dominantes para reconquistarlos.

Este mismo año fue destituido el virrey de Nápoles, duque de Osuna; se le trasladó á España; se le puso en prision en la fortaleza de la Alameda, y despues en otras, hasta que murió en 1624, sin que ni él ni la duquesa pudiesen conseguir que se le acusase y oyese en justicia, á pesar de las repetidas instancias que hicieron para ello. Los capítulos de acusacion que se esparcieron en el vulgo parecen absurdos, porque es inverosimil que el duque hubiese proyectado, como decian sus enemigos, alzarse con el reino de Nápoles; y mas inverosimil todavia que semejante proyecto fuese castigado solo con la prision. Lo mas probable es que sufrió ésta por su desobediencia á las órdenes del gobierno, que era casi segura, cuando le parecian poco honrosas para la nacion, y sobre todo, por algunas burlas pesadas que su genio agudo y cáustico le sugirió contra la persona del rey.

Siete galeras turcas desembarcaron un cuerpo de tropas en la playa de Adra. Don Luis de Tovar, gobernador de la plaza, les acometió con veinte y seis hombres, y despues de un reñido combate, tuvo que retirarse al castillo, donde resistió un asalto. Los turcos atacaron la villa, de la cual se apoderaron despues de una accion en que perecieron Tovar y sus valientes compañeros. Mas no pudieron tomar el castillo, y habiendo acudido gente de la Alpujarra, fueron arrojados á sus galeras con pérdida de seiscientos muertos y muchos heridos.

1621. Este año falleció Felipe III, el treinta y uno de marzo por la mañana, á los cuarenta y tres años de su edad, y veinte y tres de su reinado. Tuvo de su muger Margarita de Austria cuatro hijos y tres hijas. Dos murieron de corta edad, y le sobrevivieron cinco, á saber, Felipe IV su sucesor, el infante don Carlos, el infante don Fernando, que fue cardenal y arzobispo de Toledo, y que es célebre en la historia de aquellos tiempos con el nombre de infante cardenal, la infanta doña Ana, que estaba ya casada con Luis XIII, rey de Francia, y la infanta doña María, que fue despues reina de Hungría.

Este príncipe tuvo un carácter dulce y bondadoso, conoció la amistad, deseó el bien de sus pueblos, fue escelente marido y muy buen padre, y poseyó todas las virtudes domésticas y religiosas. Sus placeres fueron siempre inocentes. Careció de los talentos necesarios para gobernar, y aun de la aficion al mando, y por eso dejó las riendas del gobierno en manos de un valido, que no era mas hábil que él en la administracion. Sin embargo, tal era el movimiento impreso por los tres reyes anteriores á la máquina del estado, tal la educacion política de los hombres que la manejaban, que bastaron las tradiciones de aquellos reinados para conservar á la España la preponderancia gloriosa que obtenia en Europa. El juez mas severo encontrará muy poco que reprender en las medidas de política esterior que se tomaron bajo el gobierno de Felipe III.

No se puede decir lo mismo relativamente á la administracion interior. Los males que produjo la espulsion de los moriscos, ni previstos ni remediados, la sed de riquezas del duque de Lerma, las prodigalidades del gobierno, los gastos escesivos en ob-

jetos de lujo y magnificencia pública, y sobre todo el descuido en fomentar la produccion, hicieron que en este reinado empezasen ya á conocerse los funestos efectos de la opulencia efímera que produjo la conquista del nuevo mundo. Mas si se sentian estos efectos era desconocida su causa de los políticos de aquel tiempo. Basta leer la consulta del consejo de Castilla de 1619 para convencerse de que era ignorada la verdadera fuente de los males que afligian al estado; pues la mayor parte de los remedios que se aconsejan en aquella consulta, ó son impracticables ó ineficaces, atendidos los verdaderos principios de la ciencia económica. Es verdad tambien que estos principios eran ignorados entonces en las demas naciones; pues si se esceptúa la Holanda, que habia dado á su comercio el verdadero impulso que debe recibir, los demas estados estaban pésimamente administrados; y es probable que cualquiera de ellos, que se hubiese enriquecido con la conquista de América, hubiera probado los funestos efectos de una opulencia repentina y mal entendida. El principio luminoso de la produccion no se conocia entonces, á nada se llamaba riqueza sino al oro y á la plata, y todos procuraban estos metales preciosos con preferencia á otros cualesquiera productos.

En este reinado llegó á ser muy considerable la cantidad de géneros estrangeros que enviaba á América nuestro comercio. Esta cantidad aumentó en los reinados siguientes á proporcion que decaian nuestras fábricas, agricultura y poblacion; de modo que solo las ganancias de la comision quedaban en España, y á ellas se redujo el riquísimo y lucrativo comercio del nuevo mundo.

REINADO
DEL S.R D. FELIPE IV.

CAPÍTULO CUARTO.

Principios del reinado de Felipe IV. Continuacion de la guerra de los treinta años. Principios del ministerio del conde duque de Olivares. Guerra de las provincias unidas, de Dinamarca y de Saboya. Paz de Monzon. Renovacion de la guerra en Italia. Tratado de Casal.

INTERVALO DE DIEZ AÑOS, DESDE 1621 HASTA 1630.

1621. Felipe IV subió al trono de edad de diez y seis años sin luces ni esperiencia del gobierno. Su carácter era bastante activo para los placeres y la amena literatura; mas no mostraba anuncios de un reinado vigoroso ni ilustre. El duque de Uceda continuó en el ministerio, aunque el valido del rey era don Gaspar de Guzman, conde, despues conde duque de Olivares, que siendo su gentil hombre de cámara cuando era príncipe, se habia grangeado su voluntad.

El primer negocio de importancia que se ofreció en este reinado fue el de la ocupacion de la Valte-

lina. Ni los príncipes de Italia, ni la Francia, veian con gusto aquella provincia importante en poder de los españoles. La Francia, aunque entonces amiga y aliada de la España, trabajada con las disensiones civiles entre el partido de la reina madre y el del condestable Luynes, primer ministro de Luis XIII, instó con tanta importunidad por la restitucion de la Valtelina á los grisones, que arrancó de nuestro ministerio el tratado de Madrid de 25 de abril, por el cual se estipulaba la restitucion, salvos los derechos de los católicos de aquel pais. Este tratado no tuvo efecto alguno á causa de la variacion de ministerio que hubo en España. El conde duque consiguió que se nombrase ministro de estado á don Baltasar de Zúñiga, su tio, que habia sido ayo de Felipe, y que era estimado por el mejor político de su tiempo.

En Alemania, despues de la batalla de Praga, continuaron defendiendo la causa del elector Palatino el conde de Mansfeld, cristiano, duque de Brunswick, y el marques de Baden Dourlach. El general Tilli arrojó el pequeño ejército que tenian de los estados austriacos mientras Bucquoi se apoderaba de Presburgo, Tirnaw, y las demas plazas de la alta Hungría, y encontraba una muerte gloriosa peleando con los enemigos de su rey. El emperador Fernando, casi dueño de todo el imperio, obligó á someterse por tratados particulares al duque de Sajonia, al Landgrave de Hesse Cassel, á los estados de Silesia, y á las ciudades de Ulma, Strasbourg y Nuremberg, al mismo tiempo que el elector Palatino y sus secuaces, que no quisieron acogerse á la clemencia del emperador, tuvieron que salir de Alemania y vieron confiscados sus señoríos.

A la sazon espiró la tregua de los doce años con las provincias unidas. Estas, enriquecidas por el co-

mercio y temerosas del ascendiente que tomaba en el imperio la casa de Austria, se prepararon á proseguir la guerra con el mayor vigor, é hicieron con el rey de Dinamarca, á quien tambien incomodaba el escesivo poder del emperador, un tratado de alianza perpétua.

A la sazon murió el archiduque Alberto, y quedó su esposa la infanta Isabel Clara única señora de los Paises Bajos.

Este año sitiaron los moros y holandeses, coligados, la plaza de Mamora, pero don Alonso Contreras les obligó á levantar el sitio con mucha pérdida. Don Fadrique de Toledo, general de las galeras de España, acometió en el estrecho de Gibraltar una flota mercante holandesa compuesta de veinte y cuatro buques; mas no pudo apresar mas que cuatro, los demas debieron su libertad á la violencia del viento que los dispersó.

1622. El conde duque se encargó de la administracion interior de la monarquía, dejando á su tio el gobierno de los negocios estrangeros; pero muerto éste quedó único árbitro y regulador del gobierno. Su ministerio fue aplaudido á los principios, ya porque fueron arrojados de la corte los hombres del tiempo del duque de Lerma, generalmente aborrecidos, haciéndoles que restituyesen al erario los frutos de las prodigalidades anteriores, ya porque adoptó disposiciones para seguir la guerra con vigor, lisonjeando asi el orgullo de la nacion y el del monarca, al cual se anticipó á dar el sobrenombre de *Grande*. Pero este primer entusiasmo decayó mucho cuando se vió que la España iba á sufrir un reinado belicoso siendo asi que una de sus mayores necesidades era la paz. Lerma, sin talentos para gobernar, se limitó á conservar lo adquirido, y logró su objeto: Olivares

mas activo, mas amante de la gloria, se propuso ensanchar la monarquía, y la derribó del puesto preeminente que obtenia entre las potencias de Europa.

Los negocios de Alemania prosperaban siempre. Betleem Gabor, príncipe de Transilvania, hizo la paz con el emperador; y no siendo ya necesarias las fuerzas de Tilli en la parte oriental del imperio, pasó con su ejército al Palatinado, de donde tenia Espínola que salir para oponerse á los holandeses. El ejército de estos era inferior, y el conde Mauricio no pudo impedir que los españoles se apoderasen de Gennep, Meurs y Juliers. La toma de estas plazas ocupó todo el tiempo de la campaña.

La del Rin fue mas activa y sangrienta. El conde de Tilli, cuyo ejército se componia en gran parte de españoles, ganó contra el marques de Baden Dourlach una victoria señalada en Hailbron, haciéndole perder cinco mil hombres entre muertos y prisioneros. Atacó despues en Darmstadt la retaguardia de Mansfeld y le mató dos mil hombres, y en seguida persiguió á Cristiano de Brunswick que venia á reunirse con Mansfeld, le atacó en Hoecht, villa cercana á Francfort, y le derrotó completamente. Los enemigos perdieron seis mil hombres entre muertos y prisioneros. En esta gloriosa jornada se distinguió mucho don Gonzalo de Córdova, comandante de las tropas españolas que estaban al servicio del emperador. Los restos del ejército vencido se refugiaron en Champaña, y arrojados de allí por el duque de Nevers, gobernador de aquella provincia, proyectaron atravesar los Paises Bajos para reunirse con el conde Mauricio; pero Córdova les salió al encuentro y los derrotó completamente en Fleurus. Tilli coronó sus victorias con la toma de Heydelberg

y de Manheim, la primera capital del Palatinado, y la segunda su principal fortaleza.

La corte de Paris insistia en la evacuacion de la Valtelina, ofrecida en el tratado de Madrid del año anterior; pero el conde duque, que no pensaba abandonar aquel punto importante, solo trató de ganar tiempo, y firmó el tres de mayo un nuevo tratado en Aranjuez, con la misma promesa y con la misma resolucion de no cumplirla. En este tratado se estipulaba que las fortalezas de Valtelina se depositasen en poder de un príncipe católico; segura la corte de España de que siempre seria dueña del pais, cualquiera que fuese el príncipe que se eligiese por depositario.

1623. La Francia firmó este tratado por complacer al Papa, cuyas tropas ocuparon las fortalezas de la Valtelina, y sin embargo este mismo año hizo alianza con la república de Venecia y el duque de Saboya, obligándose estas tres potencias á poner en campaña un ejército de treinta y ocho mil infantes y seis mil caballos para obligar al Austria y á la España á restituir la Valtelina y los condados de Bormio y Chiavenna á los grisones. La Italia miraba con terror los anuncios de la tempestad que iba á descargar sobre ella, mientras la guerra casi se concluia en Alemania con la batalla de Stadlo, en que Tilli derrotó a Cristiano de Brunswick, matándole seis mil hombres, y cogiéndole cuatro mil prisioneros y doce cañones. En Holanda nada hubo de consideracion sino el proyecto de Mauricio para sorprender á Amberes, proyecto desgraciado en que perdió seis buques que la tempestad estrelló contra la costa. Al mismo tiempo nuestra marina sostenia su antigua reputacion. El valiente Ribera derrotó una escuadra argelina que se dirigia á hacer un desembarco en las costas de

España; y Doria, comandante de las galeras de Sicilia, venció otra escuadra que era de turcos en las aguas de la Goleta.

A la sazon se negociaba el célebre contrato de casamiento de Carlos, príncipe de Gales, con la infanta doña María, hermana del rey de España. Este enlace que en aquella época pareció poco conveniente á los políticos de ambas naciones, fue proyectado por el rey de Inglaterra, creyendo que por este medio adquiriria en el gobierno de España un poderoso protector para su yerno el elector Palatino, y la corte de España, aunque resuelta á no efectuar el matrimonio, continuó sin embargo las negociaciones hasta donde pudiesen llegar sin comprometerla, con el objeto de neutralizar las fuerzas de la gran Bretaña, é impedirla que diese socorros á los protestantes de Holanda y de Alemania. Los conciertos estuvieron tan adelantados, que Carlos deseoso de activarlos con su presencia, vino á la corte de España, donde fue recibido, hospedado seis meses, y festejado con la mayor magnificencia; mas conociendo que la intencion del conde duque era dilatar el fin de la estipulacion, exigiendo cada dia condiciones mas duras y gravosas para la Inglaterra, abandonó su empresa y regresó á Lóndres, sin que se volviera hablar de esta capitulacion.

Este año es memorable en la historia de España 1624
y Francia, porque en él entró en el consejo del rey cristianísimo el cardenal de Richelieu, nombre funesto á la potencia austriaca. Sus miras en política eran vastas, y sus recursos inagotables, porque jamás se detuvo en la calidad de los medios para conseguir el fin. La perfidia, la crueldad y la justicia eran iguales para él cuando le eran útiles. Luis XIII le temia, y se opuso largo tiempo á su ele-

vacion, hasta que las instancias de su madre le obligaron á admitirle en el consejo, donde no tardó en dominar, y durante su largo mininisterio el rey nunca le quiso bien; pero siempre le obedeció. Dominaban en su carácter la venganza y la soberbia; pero sometidas siempre á sus proyectos políticos que se dirigian esclusivamente á dos objetos: el uno fue humillar el poder de la aristocracia francesa que habia crecido por las guerras civiles, y quitar á los protestantes de Francia todas las plazas de seguridad que los monarcas anteriores les habian dado: el otro derribar la casa de Austria del puesto superior que ocupaba en Europa, y colocar en él la Francia que entonces no era considerada sino como potencia rival de la España.

Hasta su ministerio las fuerzas de la Francia estaban neutralizadas por los dos enlaces que la reina madre habia celebrado durante su regencia; y si bien el gabinete francés hacia representaciones sobre la invasion de la Valtelina, estas eran mas bien reconvenciones que anuncios de guerra. Mas apenas entró Richelieu en el consejo de Luis XIII, empezó á notarse en las operaciones del gobierno francés la actividad y vigor propios de un enemigo que no ha de tardar en declararse. Hizo tratados de subsidios con la Holanda para que ésta prosiguiese la guerra en los Paises Bajos. Aceleró la marcha de las tropas que debian unirse con el duque de Saboya en Italia. Trató y efectuó el matrimonio del príncipe de Gales con Enriqueta María, hermana de Luis XIII, y logró que la Inglaterra permitiese á la Holanda levantar un cuerpo de seis mil hombres en su reino: permitió á Mansfeld que hiciese levas en los estados del rey de Francia para auxiliar á los holandeses: persuadió al rey de Dinamarca que se pusiese al fren-

te de los príncipes de Alemania, desposeidos por el emperador, para restituir su antigua libertad al cuerpo germánico; en fin, solicitó y alcanzó de los suizos el permiso del tránsito por sus cantones para un cuerpo de tres mil franceses, que aumentado con seis mil esguízaros al sueldo del rey cristianísimo penetró á las órdenes del marques de Coeuvres por el país de los grisones en la Valtelina, y arrojó de sus fortalezas las débiles tropas del Papa, que la ocupaban en virtud del tratado de Aranjuez. Atendida la osadía de estos primeros movimientos, el conde duque previó, ó debió preveer, que la lid no se acabaria sino con la ruina de Richelieu ó la suya.

Entretanto el conde de Benavente, virrey de Nápoles, atacó con quince galeras una escuadra de seis naves berberiscas cerca de las costas de Sicilia, y habiendo muerto al principio de la accion don Francisco Manrique que tomó el mando, obligó al gefe de los enemigos á volar su capitana, y apresó las cinco naves que restaban. Don García de Toledo, duque de Alba, apresó otras cinco cerca de Arcilla; pero una escuadra holandesa tomó y saqueo á San Salvador, y otra destruyó la que tenian los españoles en las aguas del Callao. Despues de esta victoria los holandeses desembarcaron y saquearon á Lima.

Los españoles, que procuraron infructuosamente defender el condado de Chiavenna, viendo á los enemigos preparados ya á obrar en el Pó, formaron alianza con los duques de Toscana y Parma, y las repúblicas de Génova y Luca para oponerse al duque de Saboya. Al ejército de éste se agregaron diez mil infantes y dos mil caballos, mandados por el condestable Lesdiguieres, eterno enemigo del nombre español, y su yerno el mariscal de Crequi. El plan del duque de Saboya era penetrar por el Monferra- 1625.

to en la república de Génova, conquistar la capital y el territorio de esta república, que debia repartirse entre él y la Francia, y revolver despues sobre el Milanesado. Con este objeto se apoderó de Acqui, y despues de Novi y de Gavi en las gargantas del Apenino, á pesar de los esfuerzos que hizo el duque de Feria para socorrer esta última plaza.

Espedito ya el camino para penetrar en la ribera de Génova, se hallaba esta ciudad en la mayor consternacion. El príncipe del Piamonte se apoderó de toda la playa del poniente escepto Sabona, y el cuerpo principal del ejército se disponia á sitiar la capital. Salvola la estraordinaria actividad de los españoles en socorrerla. El marques de Santa Cruz entró en el puerto con su escuadra, habiendo obligado á la francesa á refugiarse en los puertos de la Provenza. El duque de Feria avanzó hácia el enemigo, que siendo inferior en fuerzas se retiró á Asti. Los españoles recobraron á Acqui; y los genoveses con su auxilio tomaron todas las plazas que habian perdido. El príncipe del Piamonte tuvo que abandonar el sitio de Sabona. Asi acabó la campaña en las fronteras del Genovesado.

Este año subió al trono de Inglaterra Carlos I por muerte de su padre Jacobo, teniendo ya en el disgusto general del parlamento agueros ciertos de la tempestad que amenazaba á su dinastía y á la gran Bretaña. Casi al mismo tiempo murió Mauricio de Nassau, insigne capitan, y enemigo jurado de los españoles. Sucediole su hermano Federico Enrique, no menos belicoso que su antecesor, y heredero de su aborrecimiento al poder austriaco.

Carlos I de Inglaterra en los primeros dias de su reinado envió una escuadra de ochenta velas para infestar nuestras costas. Aunque se presentó delante

de Lisboa, no se atrevió á insultar aquella ciudad que estaba bien defendida. Entró en el golfo y bahía de Cadiz, desembarcó diez mil hombres que se apoderaron de la torre del Puntal despues de una vigorosa resistencia. El duque de Medina Sidonia, que mandaba en el reino de Sevilla, reunió un cuerpo de ejército, con el cual impidió sus robos y correrías, y los arrojó á sus buques. La escuadra inglesa se retiró á su isla despues de haber perdido treinta naves y muchos soldados.

La guerra, que durante las dos campañas anteriores no habia producido en Flandes ningun suceso de consideracion, se hizo este año con alguna mas actividad, porque Espínola puso sitio á Breda, plaza fuerte de la frontera del Brabante, y se apoderó de ella. Despues se propuso tomar la Esclusa; pero el conde de Horn, á quien encomendó esta empresa, perdió en ella cuatrocientos hombres, y se retiró herido. 1626.

En Alemania los enemigos de la casa de Austria, que por su debilidad habian descansado los dos años anteriores, levantaron en éste un ejército de ochenta mil hombres, dividido en varios cuerpos, al frente de los cuales estaban el rey de Dinamarca, Mansfeld, Cristiano de Brunswick, y algunos otros gefes de la hez del pueblo. El Austria triunfó en todas partes. Tilli sometió al Landgrave de Hesse Cassel, batió al rey de Dinamarca en Luter, se apoderó de su artillería y bagage, y le obligó á retirarse al Holstein, mientras el general austriaco Walstein derrotaba á Mansfeld cerca de Dessau, y el conde de Popenheim esterminaba dos cuerpos de paisanos armados, que ascendian á once mil hombres. La fortuna, que parecia favorecer al emperador, le libertó de sus dos mas crueles enemigos, Mansfeld y

Cristiano de Brunswick, que murieron este año.

Entonces comenzó Richelieu la ejecucion de sus grandes proyectos contra los hombres poderosos de Francia, que unidos á Gaston, duque de Orleans, hermano del rey, formaron en la corte y en el reino una faccion temible para derribar al cardenal. Este, que tenia que pelear contra ellos y queria al mismo tiempo quitar á los hugonotes la Rochela, viendo por otra parte el mal resultado de la campaña anterior en Italia, determinó quedarse libre de toda guerra esterior, reservando para mejor ocasion los ataques que meditaba contra la casa de Austria. Por esta razon ajustó con el rey de España un tratado de páz, que se firmó el primero de enero de este año en Monzon, villa del reino de Aragon, donde celebraba entonces Felipe IV las cortes del reino de Valencia. Este tratado dió justísimos motivos de quejas al duque de Saboya y á los venecianos, abandonados por la corte de Francia, y á los grisones, á quienes se les impedia nombrar magistrados en la Valtelina, pero el cardenal no era hombre capaz de ser detenido en sus operaciones por las quejas mas justas, si eran impotentes. Por el artículo 5.° del tratado de Monzon debian entregarse los fuertes de la Valtelina y de los condados á las tropas del Papa para que los arrasasen inmediatamente.

1627. Desembarazada España de la guerra de Italia, envió grandes refuerzos al emperador, con cuyo auxilio se prosiguió muy rigorosamente la guerra contra el rey de Dinamarca, y se le obligó á pedir la paz. Al mismo tiempo se concertaron las bodas de la infanta doña María, hermana de Felipe IV, con el archiduque Fernando, hijo del emperador; mas no se efectuó el matrimonio hasta el año de 1629.

1628. La paz de Italia duró poco. Vicente, que habia

sucedido á su hermano Fernando en el ducado de Mántua, no habia tenido sucesion y estaba próximo á morir, dejando en pleito la herencia de sus estados; porque Carlos de Gonzaga, duque de Nevers, y enlazado con la familia real de Francia, á quien pertenecian de derecho, era desagradable al emperador, que pretendia dar la investidura de aquellos estados, por ser feudos del imperio, y que preferia por esta razon á César de Gonzaga, duque de Guastala. Vicente, antes de morir, efectuó el matrimonio de su sobrina María, marquesa de Monferrato, con el duque de Retel, hijo mayor del de Nevers, para reunir en una sola familia los derechos á ambos estados, y su muerte fue la señal de una nueva guerra en Italia.

El duque de Saboya se ligó esta vez con la España, estipulando con ella el repartimiento del Monferrato, y en consecuencia de esta alianza se apoderó de Alba, Pontestura y Nizza de la Palla, mientras don Gonzalo de Córdova, gobernador de Milán, sitiaba á Casal, objeto de la ambicion del conde duque, que queria á toda costa agregar aquella plaza importante á los dominios españoles de Italia. Entonces estaba el cardenal de Richelieu empeñado en el célebre sitio de la Rochela; por lo qual el duque de Nevers, que habia tomado ya posesion de Mántua, no podia esperar grandes socorros de Francia. Es verdad que de sus estados y los de sus parientes y amigos se juntaron algunas tropas, que pasaron los Alpes á las órdenes del mariscal de Uxelles; mas fueron desbaratadas por el duque de Saboya en el marquesado de Saluces. Casal estaba en grande aprieto, y el emperador, triunfante en Alemania, amenazaba invadir el Mantuano.

Pero la Rochela se rindió en el mes de octubre:

las fuerzas de los hugonotes estaban quebrantadas: la corte y el reino de Francia sometido á las órdenes absolutas de Richelieu. Se propuso pues favorecer la causa del duque de Mántua, é hizo marchar un ejército á las fronteras del Delfinado y la Saboya.

1629. Este ejército, mandado por el rey en persona, llegó á las gargantas de Susa, arrojó á los piamonteses de los reductos que defendian el desfiladero, y se apoderó de la ciudad de Susa y del castillo de San Francisco, abriéndose de este modo el paso para el Piamonte. El duque de Saboya, que no tenia fuerzas suficientes para resistir esta invasion, adoptó el partido de la neutralidad y evacuó las plazas que habia ocupado; y los españoles levantaron el sitio de Casal, y se retiraron á la frontera del Milanesado. Richelieu, conseguido el objeto de su espedicion, que era la defensa del Monferrato, volvió á Francia para concluir las reliquias de la guerra de los hugonotes, y apoderarse de las plazas que aun poseian en el Languedoc, dejando en el Pó al general Toiras con un cuerpo de tres mil infantes y cuatrocientos caballos, destinado á la defensa de Casal.

Entretanto el conde de Merode, general del emperador, al frente de un ejército de diez y seis mil infantes y dos mil caballos, penetraba en el pais de los grisones, se apoderaba de Coira, ocupaba la Valtelina, y destacaba al conde de Colalto contra el ducado de Mántua. Los imperiales, habiéndose apoderado de todas las plazas menores de aquel estado, sitiaron la capital. La corte de España, empeñada en apoderarse de Casal, llamó al célebre Espínola de Flandes, le dió el gobierno de Milán, reforzó el ejército de Lombardía, y le encargó hacer la guerra en el Monferrato.

Felipe Espínola su hijo se apoderó de Acqui-

Ponzone, Roque-Vignal y Niza de la Paglia, y puso sitio á Pontestura mientras su padre se preparaba á hacer el de Casal.

La traslacion de este gran general, sin adelantar los negocios de Italia, fue funesta para los de Flandes. Habia quedado en su lugar el conde de Berg, que dejó caer en manos de los holandeses las plazas importantes de Bois-leduc y Wesel. La primera abria á los enemigos el Brabante, y la segunda cerraba á nuestros ejércitos el paso del Rin. Al mismo tiempo una escuadra holandesa se apoderó de algunas de las pequeñas Antillas, y cogió la flota que venia de Méjico, y la quemó toda, cayendo en su poder los galeones que traian ocho millones. El duque de Saboya se unió á los españoles é imperiales.

Este año Nuño Alvarez Botello, general portugués, derrotó al rey de Achem, que sitiaba á Malaca, metrópoli de la península oriental de India; y el rey de Pera se puso bajo la proteccion de los Portugueses, y les entregó todos los tesoros de Achem que estaban en poder suyo.

El rey de Dinamarca, obligado de los reveses que habia sufrido en la guerra contra el emperador, concluyó su tratado de paz en Lubeck el veinte y siete de mayo, y toda la Alemania quedó por un momento sometida al dominio de la casa de Austria.

El diez y siete de octubre de este año nació en Madrid el príncipe don Baltasar Carlos.

Richelieu, revestido del titulo de generalisimo, volvió á pasar los Alpes, se apoderó de Piñerol, plaza fronteriza del Piamonte, que abria á los franceses el camino de Italia, y con la cual se quedó la Francia cuando se hizo la paz: se apoderó de toda la Saboya, batió al ejército saboyardo en el desfiladero de Javenes, y tuvo el paso espedito para de- 1630.

fender el Monferrato. Otro cuerpo francés se apoderó de Saluces. Este cúmulo de desgracias causó la muerte al duque de Saboya. Carlos Manuel poseia en alto grado las prendas propias de un rey: hábil, guerrero y diestro en la política de su tiempo, solo le faltó la fuerza competente para llevar á efecto sus planes de engrandecimiento. Pero estaba colocado en medio de dos grandes potencias, que cualquiera de ellas podria tragarle, y solo debió su conservacion á la rivalidad de ambas. Su ambicion no hizo mas que turbar la Italia sin mejorar la suerte de aquel pais ni la suya propia. Sin embargo, su espíritu se trasmitió á sus descendientes, que habiendo gozado de circunstancias mas favorables, elevaron la casa de Saboya al grado de esplendor que hoy tiene. Sucedióle su hijo Victor Amadeo I.

Espínola se habia apoderado de Pontestura y Rosignano: Alejandría y Villa de Ati estaban en poder del duque de Saboya, y tomados todos los fuertes que rodeaban á Casal, habia sitiado esta plaza. El general Toiras, encargado de defenderla, hizo una salida con toda su caballería, y peleó denodadamente con los españoles en Settino; mas fue vencido y obligado á volver á la plaza. Entretanto el general imperial Galas, que mandaba el sitio de Mántua, se habia apoderado de esta ciudad y su castillo, y la habia entregado al saqueo.

Tal era el estado de los negocios cuando murió de enfermedad Ambrosio Espínola, hombre célebre por sus virtudes y por sus talentos militares, que le hicieron superior á los mas grandes capitanes de su siglo. A muchos venció y de ninguno fue vencido. El marques de Santa Cruz tomó el mando del ejército y continuó el sitio de la plaza.

Ya en esto el ejército francés, vencedor en la

Sabova y el Piamonte, marchaba la vuelta de Casal, y cada dia se esperaba una accion decisiva, cuando por la mediacion del Papa, que dirigió Julio Mazzarini, tan célebre despues en la historia, se celebró el tratado de Casal, que puso fin á las hostilidades. Al duque de Mántua se le restituyeron todas las plazas del Mantuano y del Monferrato, ocupadas por sus enemigos durante la guerra. Mas la Francia conservó á Piñerol, á pesar de las instancias del emperador y de la España. La casa de Austria, que preveia ya la invasion de Gustavo Adolfo, rey de Suecia, quiso hallarse desembarazada en Italia para resistir á tan terrible enemigo. Aquel héroe, despues de haber dictado las condiciones de paz á la Polonia, con quien habia estado en guerra, llamado por los príncipes protestantes de Alemania, que estaban oprimidos por el emperador, é incitado por Richelieu, que se obligó á pagarle cuantiosos subsidios si hacia la guerra al Austria, se presentó en la Pomerania, alistó en sus banderas, y recibió bajo su proteccion á todos los descontentos ó enemigos del emperador.

CAPÍTULO V.

Continuacion de la guerra de los treinta años. Invasion de Gustavo Adolfo, rey de Suecia. Batalla de Leipsick. Congreso y tratado de Quierasco. Vuelta de los estados de Flandes á la corona de España. Batalla de Lutzen y muerte del Rey de Suecia. Batalla de Norlinga.

INTERVALO DE CUATRO AÑOS, DESDE 1631 HASTA 1634.

El rey de Suecia penetró por el Brandemburgo en la Sajonia, cuyo elector se habia declarado con- 1631.

tra el emperador: Tilli, que acababa de tomar á Magdeburgo, y degollar á sus habitantes para castigarlos de haberse ligado con Gustavo, voló al ducado de Sajonia, y se encontró con el enemigo en Leipsick. Allí se dió una de las batallas mas reñidas y memorables de que hablan las historias. Los imperiales fueron derrotados, perdiendo cuatro mil hombres muertos, siete mil prisioneros, veinte y dos piezas de artillería gruesa, y el ánimo para volver á medir sus fuerzas con los suecos. Gustavo, despues de esta señalada victoria, entró como un torrente irresistible por los círculos de Franconia y del Rin, y se apoderó de todas las plazas fuertes y ciudades considerables; entre ellas de Wutzburg y Maguncia. El emperador, que habia destituido á Walstein sacrificándole á los zelos del mando del conde duque, le volvió á poner al frente de sus tropas, mirándole como el único recurso del imperio en aquella calamidad.

Mientras Gustavo hacia temblar la casa de Austria, se deseaba generalmente que la paz se consolidase en Italia; y así se reunieron los plenipotenciarios de sus diferentes estados, y los de Francia, España y el emperador en Quieraseo, donde en seis de abril se firmó un tratado que confirmaba el de Casal, y en treinta de mayo otro que esplicaba el de seis de abril. Restituyéronse todas las plazas á los dueños que tenian antes de la guerra, escepto Piñerol, con que se quedo el rey de Francia. En el tratado de Quierasco se estipuló que los imperiales evacuarian la Valtelina, mas esto ni lo pidieron con mucho ahinco los franceses, ni la casa de Austria lo cumplió. Julio Mazzarini fue tambien el alma de este congreso.

En Holanda casi no hubo acciones militares per

tierra; pero la escuadra holandesa atacó á la de los españoles entre Viaren y Stavenisse y la derrotó completamente, apresando setenta y seis buques de los noventa que la componian, y quemando ó echando á pique los demas. De cinco mil seiscientos hombres que tenia á bordo esta escuadra apenas se salvaron once.

La archiduquesa Isabel Clara, hallándose sin medios de sostener contra los holandeses el señorío de los Paises Bajos, hizo renuncia de ellos á favor de su sobrino el rey de España, el cual la dejó por gobernadora de aquellas provincias. Los señores flamencos, que siempre habian llevado con impaciencia el yugo de los españoles, formaron una conjuracion, al frente de la cual se puso al conde de Berg para formar una república independiente, á semejanza de la de los Estados Unidos. El príncipe de Orange se aprovechó de esta ocasion, é invadió la provincia de Güeldres que gobernaba el conde. Venló y Ruremunda le abren sus puertas. Maestrick se le rinde despues de un sitio de dos meses, habiendo derrotado al pie de sus murallas al conde de Papenheim, que con veinte mil alemanes venia al socorro de la plaza; mas fue rechazado con pérdida de dos mil hombres. El príncipe de Orange consiguió por frutos de esa victoria, no solo a Maestrick, sino tambien á Limburgo, Vere y Orsoy. 1632.

Ni fueron menores las pérdidas que las armas españolas sufrieron en la mar en el curso de esta campaña. La escuadra holandesa, que cruzaba en el Océano de Indias, se apoderó de la flota portuguesa que volvia de la China. En Africa el rey de Mombaza, aliado de los holandeses, atacó esta plaza, que tenia guarnicion portuguesa, la tomó y desmanteló, é hizo pasar á la Arabia todos sus habitantes con

sus riquezas. Los reyes de la India, tributarios del Portugal, se sublevaron, y auxiliados por los holandeses, arrojaron á sus antiguos señores de casi todas las plazas que poseian en aquellas costas. Entonces cayó el imperio que los portugueses habian obtenido en aquellos riquísimos paises durante siglo y medio, y sobre sus ruinas se levantó el de los holandeses. El puerto de Lisboa quedó casi desierto, y Amsterdam fue el emporio donde concurrieron todos los comerciantes europeos á comprar las producciones del Asia oriental.

Ni la suerte de las armas fue mas propicia en Alemania á la casa de Austria. El rey de Suecia, habiendo dejado guarniciones en Franconia y el Rin, penetró en la Suavia, batió al general Tilli en el paso del Lech, penetró en la Baviera, y echó contribuciones sobre todo el pais mientras los sajones penetraban en la Bohemia, y las tropas de sus generales y aliados ocupaban todo el occidente de Alemania. En vano un cuerpo español hizo una diversion sobre el Rin y tomó algunas plazas; porque tuvo que evacuarlas para volar al socorro del Brabante, atacado, como ya dijimos, por el príncipe de Orange. En vano Papenheim, despues de haber procurado inútilmente socorrer á Maestriek, logró ventajas considerables sobre los suecos en la Westphalia, porque tuvo que replegarse al ejército de Walstein, que era mirado entonces como el único baluarte del imperio, habiendo muerto Tilli de resulta de las heridas que recibió en la batalla del Lech. Walstein, despues de haber echado á los sajones de la Bohemia, penetró en la Franconia para separar a Gustavo de sus comunicaciones con el norte de Alemania. Gustavo voló á la defensa de Nuremberg, amenazada por el ejército imperial. Walstein se atrincheró, y el rey de

Suecia atacó en vano sus líneas, perdiendo en el ataque tres mil hombres. El general del emperador, contento con no haber sido vencido por Gustavo, manda á Papenheim que se le reuna, y marcha á la Sajonia para obligar á su elector á separarse de la Suecia. Gustavo Adolfo vuela á socorrerle, y en la llanura de Lutzen se dió una sangrienta batalla. Al principio de ella murió el rey de Suecia de un tiro de pistola, pero dejando la victoria á la patria; porque los suecos, en vez de desanimarse con aquella pérdida, arremetieron con furor al enemigo y le obligaron á huir, dejando once mil soldados muertos, veinte y un cañones y todo el bagage. El general Papenheim salió de la accion herido mortalmente.

Bernardo, duque de Weimar, que sucedió á Gustavo en el mando de los ejércitos, prosiguió con sumo vigor la guerra contra el Austria. En el trono de Suecia sucedió Cristina, hija de Gustavo en menor edad, bajo la regencia de Axel Oxenstiern, canciller del reino, ligado íntimamente con Richelieu, y partícipe de sus vastos proyectos.

España empezaba á recoger los amargos frutos de la política del conde duque, cuya ambicion era superior á sus talentos. A la administracion siempre pacífica, y dirigida á conservar del duque de Lerma, habian sucedido los planes de invasion, que costaron al Portugal el imperio de la India; á la España la pérdida de la línea del Mosa y la ignominia del tratado de Casal, y al emperador el poder que habia adquirido en Alemania. Sin embargo, el ministro, dueño siempre del ánimo de un monarca jóven, á quien entretenia con diversiones y placeres, no siempre honestos, continuaba siendo dueño del reino, en tanto grado, que separó del consejo al infante don Carlos, cuya penetracion temia, é impidió que se casase, re-

celando que si adquiría alianzas en los paises estrangeros podria arruinar su poder y valimiento. El infante murió á la edad de veinte y cinco años, víctima de la melancolía que su desgraciada situacion le causaba.

1633. Oxenstiern dispuso que se celebrase en Hailbron un congreso, adonde concurrieron todos los príncipes de Alemania, enemigos del Austria, y el embajador de Francia. Esta potencia ofreció cuantiosos subsidios, y la liga celebrada antes con Gustavo Adolfo se renovó. Despues del congreso empezó la campaña con el mayor vigor. Toda la Alemania occidental cayó en poder de los aliados. Las plazas de Paderborn, Osnabruck, Heidelberg y Lensberg fueron tomadas, ó por asalto, ó por capitulacion. El duque de Luneburg derrotó en la batalla de Hamelen al conde de Merode, que perdió cinco mil soldados muertos, dos mil quinientos prisioneros y toda la artillería, mientras el general sueco Horn emprendia el sitio de Constanza para impedir la reunion de las tropas españolas de Italia con las imperiales. En la Alemania oriental fueron mas felices las armas del Austria, merced al valor y habilidad de Walstein, que habiendo sorprendido y derrotado á los suecos en Heinau, reconquistó la Silesia, dominada por los enemigos despues de la batalla de Lutzen, se apoderó de Olaw y de Francfort, y ocupó todo el Brandemburgo.

En Holanda el príncipe de Orange se apoderó de Rhimberg, única plaza que poseian ya los españoles sobre el Rin. Casi al mismo tiempo murió la archiduquesa gobernadora Isabel Clara, á la edad de sesenta y ocho años, princesa que fue justamente llorada de los flamencos y de los españoles. Habia heredado la firmeza y la habilidad para el gobierno de su padre Felipe II, sin tener su inflexibilidad.

El último acto de su administracion fue descubrir y ahogar la conspiracion que el año antes habian formado algunos señores flamencos para convertir los Paises Bajos en una república.

Este año se sostuvieron con honor en la India las armas portuguesas. Por causa de las derrotas anteriores solo quedaba á los portugueses en la isla de Ceilan la plaza de Colombo. Atacada por cuatro reyes de aquella isla, aliados de los holandeses, se defendió con la mas heróica obstinacion, hasta que al fin recibió socorros de Goa y de Cochin, y los sitiadores huyeron. Don Jorge Almeyda, encargado por el virrey de Goa de reconquistar toda la isla, despues de haber luchado con una tempestad en que pereció toda su escuadra, escepto una barca que sirvió para que se salvasen él y veinte y nueve hombres, despues de haber sufrido una peligrosa enfermedad en Cochin, adonde arribó, recibidas nuevas tropas de Goa, desembarcó en Colombo, entregó á las llamas la ciudad de Malvana, capital del rey de Candi, enemigo mortal de los portugueses, tomó á Cardevola, plaza la mas fuerte de la isla, y la redujo toda al dominio del rey de España.

Despues de la muerte de Isabel Clara, se dió 1634.
interinamente el gobierno de los Paises Bajos al marques de Aytona, hasta la llegada del cardenal infante que lo tenia en propiedad. Este se preparaba á hacer el viage desde Milán á Bruselas al frente de quince mil infantes y tres mil caballos, cuando el emperador le rogó que se reuniese con su ejército en Alemania, á lo menos durante algunos meses, para contener los progresos de los suecos. Ya Walstein habia muerto asesinado de orden del emperador, por haberse descubierto una conspiracion, verdadera ó fingida, contra la casa imperial, dirigida por

aquel general, cuya ambicion insaciable, reunida á su intrepidez y habilidad, justificaba todos los recelos y sospechas. Mandaba los ejércitos imperiales el archiduque Fernando, rey de Hungría, hijo mayor del emperador.

El infante cardenal ganoso de adquirir gloria en los principios de su carrera política, y de hacer un servicio señalado á su familia, pasó por la Valtelina, el Tirol y la Suavia oriental á las orillas del Danubio, donde encontró los puestos avanzados de los imperiales que sitiaban á Norlinga, despues de haberse apoderado de Ratisbona, defendida valerosamente por los suecos. El duque de Weimar, que á pesar de su diligencia no llegó á tiempo para socorrer á Ratisbona, se presentó con todas las fuerzas el cinco de setiembre delante de las líneas del ejército imperial. Por la tarde hubo una accion bastante reñida, en que los suecos rechazaron fácilmente la caballería imperial; pero en este combate se conoció que la infantería española no habia perdido su antigua superioridad sobre las demas de la Europa, pues los suecos que en Lutzen y en el Lech habian desbaratado fácilmente la infantería imperial y bávara, habiéndose empeñado en desalojar á la española de un bosque que ocupaba, no lo pudieron conseguir hasta que ella de su voluntad se retiró á la media noche, dejando el campo de batalla cubierto de cadáveres enemigos. Al dia siguiente se renovó el combate; los españoles, para quienes era un presagio de la victoria el suceso de la tarde anterior, hicieron prodigios de valor; los imperiales pelearon con igual ánimo, y los suecos fueron desbaratados y deshechos. Perdieron ocho mil hombres en la batalla, y un gran número en la fuga. Dejaron en poder de los vencedores cuatro mil prisioneros, entre ellos el general

Horn, todo el bagage y ochenta cañones. Del ejército católico solo se perdieron dos mil hombres. Fruto de la victoria fueron todas las plazas que los suecos ocupaban en la Baviera y la Suavia.

Esta fue la memorable jornada de Norlinga, que hubiera dado definitivamente á la casa de Austria el dominio absoluto de la Alemania, si no hubiera tenido por rival á la Francia, que, bajo el ministerio vigoroso de Richelieu, domados los hugonotes y sometida la aristocracia, empleó todos sus recursos en dar vida á la liga de los príncipes protestantes de Alemania. Y asi se vió que mientras el infante cardenal, coronado de gloria, hacia en Bruselas su entrada muy semejante á un triunfo, un ejército francés, á las órdenes de los mariscales de la Force y de Brecé, penetraba en el Palatinado, se apoderaba de Heidelberg, ocupada por los imperiales, y libertaba la guarnicion su ca del castillo.

En la batalla de Norlinga se distinguió por su valor y pericia militar el marques de Leganés, que mandaba bajo las órdenes del infante.

CAPÍTULO VI.

Continuacion de la guerra de los treinta años. Guerra con Francia. Batalla de Avein. Ocupacion de la Valtelina por los franceses. Guerra en Italia. Batalla del Tesino. Evacuacion de la Valtelina. Paz con el duque de Parma.

INTERVALO DE TRES AÑOS, DESDE 1635 HASTA 1637.

Las hostilidades de la Francia contra el Austria eran manifiestas, pues hacia tratados con sus enemigos, y les daba subsidios y aun socorros para que con- 1635.

tinuasen la guerra; pero hasta la campaña de este año no hubo una pública declaracion. El pretesto de ella fue que un oficial de la guarnicion española de Lieja al frente de dos mil españoles sorprendió á Treveris, degolló la guarnicion francesa que los suecos habian dejado en aquella plaza, y puso al elector, enemigo del Austria, en poder del emperador. La verdadera causa de declararse fue la necesidad de socorros que tenia la liga protestante del Norte; pues los suecos, despues de la batalla de Norlinga, habian perdido toda la Alemania meridional, y tenian que pelear en la septentrional con el elector de Sajonia, que habia hecho un tratado de paz y alianza con el emperador. El duque de Weimar, unido con el cuerpo auxiliar de la Force, maniobraba en el Rin, siempre acosado por el general imperial Galas, que tomó por sorpresa á Filisbourg, se apoderó de Spira é invadió la Alsacia; al mismo tiempo que Carlos, duque de Lorena, de cuyos estados se habian apoderado los franceses, porque era aliado muy adicto del Austria, hacia una diversion en el alto Mosela, con fuerzas que aunque débiles no dejaron de tener ocupado un cuerpo considerable de tropas francesas.

Richelieu conoció que era la ocasion de pelear al descubierto, y declaró la guerra. Los mariscales de Chatillon y de Brecé mandaban el ejército destinado á obrar en Flandes de acuerdo con el del príncipe de Orange, y el cardenal de la Valette y el mariscal Feuquieres, el que debia reunirse con el duque de Weimar para conservar la línea del Rin.

El primero, que constaba de veinte y cuatro mil hombres de infantería y seis mil caballos, salió de Mezieres, atravesó la selva de Ardena y el Luxemburgo, y se encaminó por el obispado de Lieja á reunirse con el ejército holandés. El príncipe Tomás

de Saboya, hermano del duque Victor Amadeo, que servia en los ejércitos de España, fue enviado con diez mil infantes y tres mil caballos para oponerse á la marcha de los enemigos, y se apostó ventajosamente en Avein cerca de Lieja. Los franceses atacaron la posicion y perdieron mucha gente por el fuego bien dirigido de nuestra artilleria; la batalla estuvo indecisa por mucho tiempo porque se peleaba, como debia suceder en una primera accion, con un valor y emulacion estraordinarios. Al fin el número triunfó, y los españoles se retiraron perdiendo el bagage y la artillería, tres mil muertos y mil ochocientos prisioneros. Los franceses despues de la victoria se reunieron al príncipe de Orange y atacaron el Brabante; mas no pudiendo obligar al cardenal infante á una batalla, determinaron hacer la guerra de sitios. Solo dos emprendieron, el de Tirlemont y el de Lovaina. Tirlemont fue tomada por asalto y saqueada, sin perdonar á los templos y cosas sagradas, en las cuales los soldados protestantes cometieron profanaciones horribles. A Lovaina no la pudieron tomar.

El ejército francés, debilitado por la desercion, la falta de víveres y los escesos, se dividió: una parte quedó con el príncipe de Orange á las órdenes de Brecé, y otra se volvió á Francia con Chatillon. Los españoles se apoderaron por sorpresa del fuerte de Skeink, que les daba un paso en el Rin, y obligaron de este modo al de Orange á retirarse del Brabante. Asi acabó la campaña de Flandes, con resultados muy diferentes de los que habia prometido á la Francia la victoria de Avein, exagerada quizá en las relaciones que hizo publicar Richelieu.

El incendio de la guerra prendió en Italia. El duque de Saboya por no perder las sumas que le debia

la Francia por la plaza de Piñerol, y el duque de Parma, ofendido de la altivez con que le trataba el gobernador de Milán, declararon la guerra al rey de España, y uniendo á su ejército un cuerpo auxiliar francés, mandado por el mariscal de Crequi, atacaron la frontera del Milanesado, pero sin efecto, pues aunque se apoderaron de Candía, pequeña plaza, no pudieron tomar á Valencia del Pó, principal objeto de la campaña.

Casi al mismo tiempo se apoderaba de la Valtelina el general francés duque de Rohan. Destacado con seis mil hombres del ejército del Alsacia, atravesó la Suiza por la connivencia de los cantones protestantes y la debilidad de los católicos; penetró en el país de los grisones, y reforzado con varios regimientos suizos que levantó á sueldo de Francia y con las tropas grisonas, arrojó las guarniciones austriacas de la Valtelina, se fortificó en este pais, y ocupó los condados de Bormio y de Chiavenna. Dos veces se combinaron para arrojarle de la provincia el general austriaco Fernamont, que mandaba en el Tirol, y el conde de Cerbellon, gobernador de Milán: dos veces voló rápidamente desde las fuentes del Adda hasta el lago de Como, derrotando los cuerpos enemigos que emprendian penetrar en el valle. Esta campaña del duque de Rohan en la Valtelina es mas digna de ser estudiada por los militares que la del mariscal de Chatillon en el Brabante.

Una escuadra española compuesta de veinte y dos galeras y algunas chalupas, á las órdenes del duque de Fernandina y del marques de Santa Cruz, abordó á las islas de Lerins, cercanas á la costa de Provenza, y se apoderó de las islas de Santa Margarita y San Honorato. Los españoles se hicieron fuertes en ellas, dominando desde aquel punto todo el golfo de Leon.

En la campaña de este año recobraron los suecos 1636. su preponderancia en Alemania. El general Urangel sostenia la Pomerania, Leslé la línea del Weser, y Banier, que defendia el Elba contra los sajones é imperiales, derrotó completamente en Wistock á los enemigos y penetró en la Turingia, haciendo dueños á los suecos por segunda vez del centro de Alemania. El emperador habia reforzado considerablemente el ejército de Galas que penetró en Lorena; mas fue rechazado y perseguido por el cardenal de la Valette y el duque de Weimar. Vuelto otra vez á reforzar penetró en la Borgoña; pero costeada por los ejércitos enemigos, perdió sin batallar una gran parte de su ejército, y tuvo que refugiarse para no perecer á la línea del Rin.

Richelieu proyectó apoderarse en esta campaña del Franco Condado de Borgoña, provincia de la corona de España, que le era muy necesaria para hacer que sus tropas pasasen desde Italia á los Paises Bajos. El príncipe de Condé penetró en aquel pais con un ejército poderoso y puso sitio á Dole, plaza fuerte fronteriza de la Borgoña.

El cardenal infante que veia la necesidad de socorrer el Franco Condado, sabiendo por otra parte que el príncipe de Orange, empeñado en tomar el fuerte de Skeink, no se pondria en campaña, á lo menos durante el verano, determinó hacer una poderosa diversion penetrando en Francia por la frontera de Picardía. Mandaban el ejército español los generales Picolomini, Juan de Wert y el príncipe Tomás. Apoderáronse de la Chapelle, Bouchain y Chatelet, y á pesar del conde de Soissons, que trató de impedirles el paso del Soma, ocuparon la gran llanura que se estiende desde este rio hasta el Oysa, y tomaron las plazas de Roye y Corbie, dueños ya, si querian,

de insultar la capital de la Francia. El temor de verla amenazada por los enemigos obligó á Richelieu á levantar el sitio de Do'e, á reunir el ejército de Condé con el de Soissons, que se habia reforzado estraordinariamente, á oponer contra los españoles todas estas fuerzas reunidas bajo el mando del duque de Orleans, y á instar vehementemente al príncipe de Orange que por lo menos aparentase invadir el Brabante.

El cardenal infante habiendo logrado su principal intento, que era levantar el sitio de Dole, mandó al ejército que se replegase al Soma, dejando guarniciones en Roye y Corbie. Los franceses sitiaron al instante estas plazas: de la primera se apoderaron fácilmente. Corbie no se rindió hasta la campaña de 1637.

Los españoles atacaron este año la Francia por la frontera del Pirineo occidental. El marques de Valparaiso, virrey de Navarra, emprendió el sitio de San Juan de Pie del Puerto con un cuerpo de veinte y cinco mil hombres, peleó con vario suceso contra el vizconde de Belsunce, que se le opuso con las milicias del pais, y pareciéndole imposible la empresa se retiró á Navarra. En el desfiladero de Roncesvalles fue atacado y batido por el marques de Poyana, general que guardaba aquella frontera.

El almirante de Castilla, que penetró por el Vidasoa, fue mas feliz, pues se apoderó de San Juan de Luz, Sibourte y Socoa, y mantuvo su ejército en la Tierra de Labor.

En Italia las armas de los confederados contra España no hicieron progreso alguno, á pesar de que el duque de Rohan descendió dos veces á las llanuras del Milanesado para reunirse con ellos, y á pesar de que sus fuerzas eran superiores al cuerpo español, mandado por el marques de Leganés. Atribuyóse la

lentitud con que obraban los confederados al poco deseo que tenia el duque de Saboya de ver á los franceses dueños de Milán, como parecia infalible si él hubiera obrado de buena fé. Los españoles invadieron el ducado de Plasencia, y el duque de Parma pidió socorros al de Saboya con tales instancias, que al fin este príncipe se resolvió á pasar el Tanaro y el Pó, y á acercarse al Tesino. Don Martin de Aragon, hijo natural del duque de Villahermosa, mandaba el cuerpo español destinado á defender aquella línea: éste encontró al mariscal de Crequi en Buffarola y le derrotó con grande estrago; mas el duque de Saboya, que entonces pasó el rio y se reunió á los franceses, restableció el combate. Peleóse con el mayor furor, y con mucha pérdida de ambas partes, hasta media noche. Los españoles se retiraron en buen orden, sin perder ni un bagage ni un cañon, y entrambos ejércitos se atribuyeron la victoria: los españoles, porque habiendo peleado todo el dia contra fuerzas muy superiores en número, no habian dejado ni un solo trofeo en poder de los enemigos: los coligados, porque se habian quedado en el campo de batalla.

Tal fue la indecisa batalla del Tesino, que aunque muy célebre en las memorias de aquellos tiempos, no tuvo ningun resultado: los coligados se retiraron al Piamonte, y los españoles se alojaron en el Placentino á costa del duque de Parma.

El emperador Fernando II, sintiéndose débil de salud, reunió este año la dieta del imperio en Ratisbona, é hizo nombrar en ella rey de romanos á su hijo mayor Fernando, rey de Hungría, para que en el caso de su fallecimiento, que ya miraba próximo, ascendiese sin obstáculos al trono imperial.

En esta campaña hizo los mayores esfuerzos el emperador para echar á los suecos de Alemania, y 1637.

asi mandó al conde de Galas, que despues de haber tomado las plazas que conservaban los enemigos en el Rin, reuniese todas las fuerzas austriacas con el exército Sajon, y atacase á Banier que proyectaba sitiar á Leipsick. La inferioridad del número obligó á aquel hábil general á replegarse sobre las orillas del Oder y atrincherarse en Stettin, y el ejército austriaco se apoderó del Mecklemburgo y de las Marcas. Banier, habiendo recibido un refuerzo considerable de Suecia, marchó al enemigo, le batió y volvió á apostarse en la linea del Elba.

Mas felices fueron las negociaciones del Austria en el pais de los grisones, que estaban disgustados con los franceses, porque no les restituian la Valtelina, ni pagaban las tropas grisonas que tenian á su sueldo. El emperador y la España, convencidos de que no era fácil arrojar á fuerza de armas de aquel pais á un general tan hábil como el duque de Rohan, y prefiriendo dejar aquel valle en poder de un pueblo pacífico, á tener casi á las puertas de Milán un enemigo temible y poderoso, y por otra parte no siendo ya de tanta importancia la comunicacion por el Adda, pues en la campaña anterior habian pasado refuerzos del Austria al Milanesado por los cantones católicos de Suiza y el monte de San Gotardo, consintieron en que la Valtelina y los condados volviesen á sus antiguos dueños con absoluta independencia. El tratado se firmó en Inspruck, y se estipuló que las fuerzas españolas ayudarian á los grisones á echar á los franceses de sus puestos, lo que no fue necesario, porque el duque de Rohan, viendo la imposibilidad de sostenerse contra la voluntad de los grisones, convino con ellos en evacuar el pais bajo condiciones honrosas. Asi concluyó la célebre cuestion diplomática de la Valtilina, que costó mucha sangre, y dió or-

gen á muchos tratados. Empezó por el poco respeto que suelen tener los gobiernos poderosos á la propiedad agena, cuando les es conveniente ocuparla, y acabó porque se reconoció que aquel pais pobre y pequeño no merecia la pena de que se derramase mas sangre por su posesion.

La Francia formó en este año cuatro ejércitos: uno para la Alsacia, á las órdenes del duque de Weimar; otro, mandado por el mariscal de Chatillon, que debia atacar los Paises Bajos en el Luxemburgo, mientras que el tercero, á las órdenes del cardenal de la Valette, penetraba por las fronteras de Picardía; y el cuarto, mandado por el duque de Longueville, observaba el Franco Condado. En el ejército de Picardía sirvió este año en calidad de mariscal de campo el célebre vizconde de Turena, nombre inmortal en los anales militares de Francia.

Longueville hizo la guerra de sitios en el Franco Condado, porque los españoles se mantuvieron sobre la defensiva esperando los socorros del duque de Lorena, mas éste fue derrotado cerca de Gis por el de Weimar, que se acercó al Rin despues de esta victoria, donde se atrincheró; de modo que Juan de Wert no pudo forzar sus líneas, habiéndolas atacado tres veces, y tuvo que invernar en la ribera oriental de aquel rio.

Chatillon penetró en el Luxemburgo y tomó á Villaina, Dinant, Ham é Ivoi. Puso despues sitio á Danvilles: las guarniciones españolas de Arlon y Montmedi atacaron de noche uno de sus cuarteles, é hicieron en él mucho estrago. Otro cuerpo de españoles, mandado por el coronel Brontz, sorprendió la plaza de Ivoi, y mataron la mayor parte de la guarnicion; mas estas acciones parciales no impidieron la rendicion de Danvilles.

El ejército del cardenal infante era solo de trece mil hombres de á pie y cinco mil caballos, con los cuales tenia que hacer frente al príncipe de Orange, que sitiaba á Breda, al mariscal de Chatillon y al cardenal de la Valette, cuyo ejército era el mas numeroso, y estaba destinado, segun decian los franceses, á conquistar los Paises Bajos. Sin embargo, tuvo que contentarse con la toma de Landreci, plaza fuerte del pais de Henáo; pues aunque tambien conquistó á Maabeuge y Barlemont, tuvo que abandonar la primera por no ser bastante fuerte, y el infante cardenal recobró la segunda al fin de la campaña. Los franceses recobraron á Laon, Chapelle y las demas plazas de Picardía que habian perdido en la campaña anterior.

Dos acciones militares hubo dignas de consideracion. La primera fue de un pequeño cuerpo de artillería española contra un regimiento francés, mandado por el coronel Gassion. Don Alvaro de Viveros mandaba á los nuestros, y no dudó resistir con trescientos hombres á mil cuatrocientos. Murieron en la accion como cien españoles, y los demas quedaron prisioneros despues de haber vendido muy cara la victoria. El cardenal de la Valette honró el valor del enemigo vencido, enviando libre y sin rescate á Viveros, y regalándole una joya de mucho valor. La segunda fue el movimiento de la Valette para rodear un cuerpo del cardenal infante, que despues de haber tomado á Ruremunda y á Venló, pasó el Sambra con el objeto de socorrer la plaza de la Chapelle. Don Juan Viveros, que mandaba este cuerpo, sabedor del movimiento del enemigo, y previendo su intencion se retiró en buen orden, peleando siempre con el conde de Guiche, que le picaba la retaguardia, y se reunió sin pérdida al ejército del cardenal que estaba en Mons.

Los españoles evacuaron á San Juan de Luz y á Socoa, y se retiraron á la frontera de España, sin duda á causa de las enfermedades, pues no se les presentaron tropas enemigas que les obligasen á ello.

El conde de Harcourt, comandante de la escuadra francesa del Mediterráneo, despues de haber saqueado y entregado á las llamas la ciudad de Oristan en la isla de Cerdeña, desembarcó en la de Santa Margarita, y la tomó, disputándola palmo á palmo su gobernador don Miguel Perez, que obtuvo una capitulacion honrosa. No se defendió con igual valor don Juan Tamayo, gobernador de la próxima isla de San Honorato, la cual atacó inmediatamente Harcourt, pues apenas vió plantadas las baterías pidió capitulacion, y la dejó al arbitrio del enemigo.

En Italia el duque de Parma se vió obligado á hacer la paz con los españoles, viendo que el Milanesado estaba libre del miedo que le inspiraba en las anteriores campañas el ejército francés de la Valtelina, y conociendo con cuanta lentitud y frialdad hacia la guerra el duque de Saboya, que no queria que los franceses fuesen demasiado poderosos en Italia. España adquirió por esta paz la fortaleza de Savioneta. El marques de Leganés se apoderó de Niza de la Palla, única accion notable de la campaña de Italia.

Este año fallecieron los duques de Saboya y de Mántua. Sus sucesores quedaron en menor edad. Francisco Jacinto, hijo del duque de Saboya, le sucedió á la edad de seis años, bajo la regencia de su madre Cristina, hermana de Luis XIII. Al duque de Mántua sucedió su nieto Carlos, bajo la regencia de su madre la duquesa de Retel, cuyo marido, hijo del duque, habia muerto en 1631.

Tambien falleció este año el emperador Fernando II, que esperimentó en su reinado las mas contra-

rias vicisitudes de la fortuna. Dejóle en herencia á su hijo Fernando III una gran lucha que sostener, pocas fuerzas propias, y por único aliado al gobierno español, cuyos recursos disminuian visiblemente.

Sin embargo la habilidad de nuestros generales y diplomáticos sostuvo con honor por mucho tiempo aquella guerra que ya empezaba á ser desigual. En esta campaña determinó el conde duque que penetrase un ejército español en el Languedoc oriental para hacer á las fuerzas de la Francia una diversion poderosa y lejana. El duque de Carmona y el conde Cerbellon penetraron en el territorio francés al frente de once mil hombres de infantería y dos mil caballos, y pusieron sitio á Leucate. Pero el duque de Halluin, gobernador de la provincia, habiendo reunido un cuerpo de doce mil infantes y mil caballos, atacó las líneas de los sitiadores por cinco partes, y despues de un combate porfiado se apoderó de ellas, de la artillería y de los bagages. Quedaron muchos españoles prisioneros, y aunque la victoria costó cara á los franceses por el gran número de muertos que tuvieron, la apreciaron en mucho, como que por causa de ella quedaba defendida la frontera mas flaca de Francia. El rey concedió al duque de Halluin el baston de mariscal, y tomó el título de Schomberg.

CAPÍTULO VII.

Continuacion de la guerra de los treinta años. Sitio de Fuenterrabía. Batallas de Thionville y de Salsas. Sitio de Arras. Sublevacion de Cataluña. Revolucion de Portugal. Sitio y batalla de Barcelona.

INTERVALO DE CUATRO AÑOS, DESDE 1638 HASTA 1641.

Los franceses abrieron en Flandes la campaña con 1638.
las mismas esperanzas que las anteriores; pero con menos éxito, pues el mariscal de Chatillon que habia sitiado á San Omer tuvo que levantar el sitio, habiendo sido socorrida la plaza dos veces por el príncipe Tomás, con grande estrago de los franceses que se le opusieron. El príncipe de Orange fue batido dos veces por el infante cardenal, y los franceses hubieron de contentarse con la toma de Chatelet, plaza que habian perdido dos años antes.

El duque de Weimar fue mas feliz, pues habiendo pasado el Rin derrotó completamente en la batalla de Rinfelt á Juan de Wert, que murió en la accion, se apoderó de esta plaza, de Brisac y Fribourg, restableciendo en Alsacia la causa de los coligados.

En Italia el marques de Leganés puso sitio á Bremo: el mariscal de Crequi, que fue á socorrerla, fue despedazado por una bala de cañon, mientras reconocia los reductos de los sitiadores. Richelieu envió por sucesor suyo al cardenal de la Valette. Los españoles se apoderaron de Bremo y sitiaron á Verceil, y aunque los enemigos introdujeron en esta plaza importante un refuerzo de seis mil hombres, no por eso dejó de caer en manos del marques de Leganés. La campaña acabó con la toma de Pomara por los españoles. El duque de Saboya murió este año y

le sucedió su hermano Carlos Manuel, de edad de cinco años, bajo la tutela de su madre Cristina.

La operacion mas célebre de esta campaña fue el sitio de Fuenterrabía, que atacada de parte de tierra por el príncipe de Condé, y de la parte marítima por la escuadra francesa del Océano, mandada por el arzobispo de Burdeos, se defendió sin embargo, y los enemigos huyeron. Los franceses pasaron sin dificultad el Vidasoa, entraron en Irun y Pasages, y formalizaron el sitio. El arzobispo almirante atacó en la rada de Guetaria una escuadra española, que pereció casi toda, con pérdida de cuatro mil hombres y muchos cañones. Dueños de los aproches, los enemigos estrecharon la plaza, de modo que parecia no quedarle mas recurso que la rendicion. Pero el ejército del almirante de Castilla que volaba á su socorro, atacó con tanta intrepidez las líneas francesas, que obligó al príncipe de Condé á refugiarse á la escuadra, é hizo un gran destrozo en el ejército sitiador, del cual escaparon muy pocos, dejando en poder de los españoles tiendas, bagages y artillería. En esta accion se distinguió mucho el marques de Mortara, que empezó la pelea, atacando un cuartel fortísimo, mandado por el mariscal la Force, y guarnecido por dos reductos y tres mil hombres de infantería.

1639. Un triunfo de la misma especie consiguió sobre los franceses Picolomini al abrirse este año la campaña de Flandes. El mariscal de Feuquieres mandaba el ejército del Luxemburgo, y debia sitiar á Thionville, caso que el grueso de las fuerzas españolas se dirigiese hácia el Artois contra el mariscal de Chatillon y el general Meillerage. Feuquieres sitió á Thionville, y Picolomini se dispuso á atacar sus cuarteles, lo que hizo con tanta felicidad, que herido el general enemigo y derrotados los franceses en toda su li-

nea, apenas escaparon dos mil quinientos hombres, dejando las armas, las municiones, la artillería y el bagage en poder de los españoles. Los franceses se consolaron de este revés con la toma de Hesdin, plaza muy fuerte del Artois, cuyo sitio mandaba el rey en persona, y con la derrota de dos cuerpos españoles, que estaban apostados en las cercanías de San Venant.

Este año murió el duque Bernardo de Weimar, uno de los generales mas ilustres de su siglo. Su ejército, que conservó el nombre de Weimar, se encargó al mariscal de Gueibriant, porque casi todo él se componia de franceses, y militaba al sueldo de la Francia. Marchó á reunirse con el principal ejército sueco, que mandaba Banier en las cercanías del Elba.

El príncipe Tomás pasó á servir en el ejército de Italia, donde su presencia podia ser muy útil, porque tenia entre los piamonteses un gran partido á favor suyo. El marques de Leganés le dió el mando de una parte del ejército para que penetrase en el Piamonte, mientras él con el resto de las tropas entraba por la parte del Monferrato. El príncipe Tomás se apoderó, casi sin disparar un cañon, de Chivas, Quierz, Moncalier y Verrue, de modo que Turin quedó amenazada, y la duquesa envió á su hijo á Saboya, mientras el cardenal de la Valette ponia una fuerte guarnicion en aquella capital. El marques de Leganés se unió junto á Turin con el príncipe Tomás, y no teniendo por entonces esperanzas de sorprender la capital, marcharon al Piamonte meridional, donde se hicieron dueños de Asti, Saluces y Coni, mientras el cardenal de Saboya, hermano del príncipe, se apoderaba de Niza y Villafranca. Casi todos los pueblos estaban á favor del príncipe Tomás, á quien querian por regente mas bien que á la duquesa.

Dueños ya de la parte meridional de los estados de Saboya, marcharon los españoles hácia el Pó, se apoderaron de Montealvo, Pontestura y Trino; mas no pudieron salvar la plaza de Chivas, sitiada por el cardenal de la Valette, á pesar de que empeñaron una accion para socorrerla, y atacaron las líneas francesas, de las cuales fueron rechazados con mucha pérdida.

Poco despues el príncipe Tomás se apoderó de Turin por sorpresa á favor del partido que tenia dentro de aquella plaza, y fue recibido con las mayores aclamaciones; mas la ciudadela quedó en poder de los franceses. Por muerte del cardenal de la Valette tomó el mando del ejército de Italia el conde de Harcourt, que restableció los negocios de los franceses, casi arruinados en el Piamonte. Su primer operacion fue tomar á Quierz, donde le rodearon los dos cuerpos del marques de Leganés y del príncipe Tomás, y le cortaron los víveres; pero Harcourt pasó el Route en presencia del enemigo, con muy poca pérdida, y se retiró á tomar cuarteles de invierno en la parte septentrional del Piamonte.

Entretanto el príncipe de Condé, que mandaba el ejército del Languedoc, penetró en el Rosellon, donde los españoles solo tenian cuatro mil infantes y seiscientos caballos. Los franceses entraron en la provincia en número de veinte mil infantes y tres mil caballos, y se apoderaron de la fortaleza de Salsas que hizo mucha resistencia; mas no la necesaria para dar lugar á que llegasen los socorros de Cataluña. Estos fueron tan numerosos, que el príncipe de Condé determinó retirarse á Narbona para reforzar su ejército muy disminuido por las enfermedades, dejando de gobernador en Salsas al señor de Espenau con la guarnicion competente. El marques de los Balbases

que mandaba el ejército español, puso sitio á aquella plaza, cuyas fortificaciones habian aumentado mucho los franceses. El príncipe de Condé, deseoso de vengar la derrota de Fuenterrabía con otra semejante, vino al frente de veinte mil infantes y cuatro mil caballos á atacar los cuarteles enemigos. La batalla fue obstinadísima; pero al fin los españoles quedaron vencedores: el principe se retiró despues de haber sufrido una grande pérdida, y Salsas capituló pocos dias despues.

Nuestra marina sufrió este año una pérdida irreparable con la ruina de la escuadra del canal de la Mancha, mandada por don Antonio Oquendo. Sostuvo dos combates contra la holandesa, mandada por el almirante Tromp: en el primero quedó indecisa la victoria; pero en el segundo fueron derrotados los españoles, y de setenta bajeles de que se componia su escuadra solo se salvaron siete. La escuadra inglesa, que sostenia la neutralidad de su corte, disparaba á los holandeses sin hacerles gran daño, al mismo tiempo que hacia el fuego mas vivo contra los buques españoles.

Desde que Richelieu empezó á atacar con fuerzas superiores los Paises Bajos, los holandeses solo presentaban en las fronteras del Brabante un cuerpo de observacion para manifestar que hacian la guerra; pero en la realidad no deseaban cooperar á la conquista de aquellas provincias, pues aunque las hubieran repartido con la Francia, segun el tratado de alianza, hubieran quedado fronterizos de este gran reino, y muy espuestos á la ambicion de su gobierno. Aquellos hábiles republicanos miraban al ejército español de los Paises Bajos como un obstáculo que los protegia contra los proyectos de engrandecimiento de la Francia, y por eso evitaban la total

destruccion del dominio español en la Flandes. Pero al mismo tiempo aumentaban su poder marítimo á costa de nuestras colonias. El conde Mauricio de Nassau, pariente del príncipe de Orange, habia pasado al Brasil, donde ya los holandeses eran dueños de tres provincias con una poderosa armada: derrotó á los comandantes portugueses, se apoderó de Porto Calvo, Porvocoon y Openeda, y envió una division de su escuadra á la costa de Guinea, donde tomó el fuerte de la Mina. Despues emprendió el sitio de San Salvador, mas tuvo que levantarlo con mucha pérdida.

En este año envió España á Fernando Mascareñas, conde de la Torre, con una fuerte escuadra que debia reconquistar el Brasil. La escuadra de Mauricio, reforzada con la del almirante Loof, recien llegada de Texel, tuvo tres combates con la portuguesa. En los dos primeros se separaron casi con igual pérdida; pero en el último quedó completamente derrotada la armada portuguesa; y los holandeses, dueños del mar, conservaron y aumentaron sus conquistas en el Brasil.

1640. Este año es memorable en los fastos de nuestra monarquía, porque en él empezaron á manifestarse los síntomas de su debilidad. Hasta esta época se habia sostenido con igualdad contra enemigos muy poderosos á pesar de la debilidad interior que la minaba; mas no fue posible disimularla mas, y la pérdida del Artois y del Piamonte, la insurreccion de Cataluña y la emancipacion del Portugal fueron sucesos cuya funesta influencia no pudo remediar en lo sucesivo el valor de nuestros guerreros. Por otra parte los franceses, que en tiempo de Enrique IV reconocian la superioridad de nuestra infantería, se habian aplicado bajo el ministerio del cardenal de Riche-

lieu á mejorar la suya, y á perfeccionar los demas ramos del servicio militar con el auxilio de las ciencias físicas y matemáticas que empezaron entonces á florecer en Francia, cuando en España quedaron estacionarios estos estudios, y mas bien se aprendia el arte de la guerra por rutina que por principios. Si la lucha se sostuvo por mucho tiempo, á pesar de la desigualdad de fuerzas y conocimientos, esto debe atribuirse al valor de nuestra nacion, á la tradicion de dos siglos de dominio y de gloria militar, y á la constancia que en todos tiempos ha caracterizado á los españoles. Emprendamos la narracion de estos sucesos, ciñéndonos á las circunstancias mas principales, y haciéndolos conocer por sus causas en cuanto nos sea posible.

Campaña de Flandes.

El mariscal de Meilleraye perdió mucho tiempo y gente, queriendo penetrar hasta el Mosa para combinar sus movimientos con el príncipe de Orange. Sitió á Charlemont y Mariemburgo, y tuvo que levantar ambos sitios, y habiéndole destrozado los españoles la caballería, y no pudiendo emprender ninguna cosa de consideracion, recibió orden de reunirse á los mariscales de Chaune y Chatillon que meditaban el sitio de Agras, capital del Artois, plaza muy fuerte, y que se creia inespugnable. Púsosele cerco con suma precaucion, porque el duque de Lorena estaba en las cercanías con fuerzas muy considerables para socorrer la plaza. Los franceses estaban tan vigilantes, que un gran convoy destinado al ejército sitiador fue escoltado por un mariscal de Francia, y así pudo llegar seguro hasta los reales. El duque de Lorena atacó las líneas de los enemigos y llegó á apoderarse de uno de los cuarteles; mas siendo

su ataque el único que produjo efecto, y habiendo sido rechazados los demas, á pesar del valor con que acometieron los españoles, tuvo que retirarse. El cardenal infante que no daba un paso sin estar observado por el príncipe de Orange, que se presentó en la frontera septentrional de Flandes, no se atrevió á repetir el ataque de las líneas, porque una derrota le hubiera hecho perder infaliblemente todos los Paises Bajos. Arras, no socorrida, se vió obligada á capitular, y desde entonces tuvieron los franceses libre la entrada á la provincia de Flandes.

Campaña de Italia.

El marques de Leganés puso sitio á Casal: el conde de Harcourt, que ya habia salido á campaña y apoderádose de Busque, Dronner, Revel y Breder, atacó las líneas españolas. La batalla fue sangrienta, y los españoles tuvieron que retirarse, perdiendo las municiones, artillería y bagages, y seis mil hombres entre muertos y prisioneros. Harcourt emprendió entonces el sitio de Turin, donde mandaba el príncipe Tomás, y apenas habia establecido la línea de circunvalacion, hubo de formar otra de contravalacion, porque el marques de Leganés deseoso de vengar la derrota de Casal le cercó en sus mismas trincheras. Vióse entonces un ejército sitiador sitiado él mismo por un enemigo que poseia la campaña. La Europa estaba atenta á ver el resultado de esta operacion militar no conocida en la guerra. El valor con que los españoles de la guarnicion de Turin y del ejército de Leganés atacaron las trincheras de Harcourt fue igual al de los franceses que las defendieron. Mas la fortuna de las armas se decidió por el general francés, y habiendo rechazado por

dos veces á los enemigos con gran pérdida de ellos, obligó al príncipe Tomás, que no tenia víveres, á capitular la rendicion de la plaza. El marques se retiró al Monferrato, el príncipe Tomás á Ibrea, y los franceses pusieron guarnicion en Turin.

Insurreccion de Cataluña.

La causa verdadera de esta horrible calamidad fue el deseo que tenia el conde duque de anular los fueros de los catalanes, manifestado muy á las claras en las últimas cortes de Barcelona, y el disgusto que por esta razon concibió contra el gobierno aquel pueblo honrado y laborioso, pero idólatra de sus costumbres, fácil á la ira, constante en sus rencores é implacable en sus venganzas. Las causas próximas fueron consecuencias, aunque lejanas de los proyectos del conde duque, y de la situacion de los ánimos. El ejército español que habia servido contra el príncipe de Condé en la campaña anterior, volvia despues de la batalla y reconquista de Salsas á tomar cuarteles de invierno en Cataluña. Componiase de la tropa de línea, mandada por el conde de Santa Coloma, virrey de Cataluña, y de mas de doce mil paisanos catalanes que se alistaron para la empresa de Salsas, que sirvieron muy bien en ella, y que concluida volvieron á sus hogares. El gobierno español, que ni tenia alojamientos preparados para el ejército, ni dinero con que mantenerlo, determinó que se alojase en las casas de los habitantes, y que fuesen socorridos con contribuciones estraordinarias de los pueblos, medidas contrarias enteramente á los fueros del principado, que no pudieron ejecutarse sin resistencia y sin emplear la fuerza armada. Los soldados las ejecutaron con rigor porque veian en el

cumplimiento de aquellas órdenes el remedio de sus necesidades; y asi quemaron algunos pueblos, hicieron estragos y mortandades en otros, exagerando con la atrocidad su fuerza para inspirar terror á los paisanos. El catalan es valiente, entonces mucho mas, porque acababa de hacer la guerra y volver triunfante de ella. Opuso pues una resistencia feroz á la violencia de la soldadesca, y en breve se vieron sometidas las campiñas del principado al imperio de la fuerza y las pasiones. Donde un partido era mas débil recurria á la perfidia, y las matanzas públicas y los asesinatos de los particulares cubrieron de desolacion la provincia y el ejército. El conde duque que veia en estos males un pretesto para anular los fueros, afectó despreciarlos, y mandó al virrey que cumpliese las órdenes con exactitud y rigor. El virrey, aunque catalan, era militar, y su deber le obligaba á obedecer al gobierno.

Los diputados del clero, nobleza y universidades de Cataluña, se presentaron al virrey para que pusiese fin á los males de la provincia, quejándose de la infraccion de los fueros. El virrey los mandó prender, los puso incomunicados, y aun los quiso entregar al marques de Villafranca, general de la armada, para que los transfiriese á Perpiñan; mas esto no pudo efectuarse por la resistencia del cuerpo municipal de Barcelona que miraba esta traslacion como un contrafuero. El odio y el espíritu de rebelion que circulaba por todo el principado se arraigó en Barcelona.

En el tiempo de la recoleccion de los granos bajan muchas cuadrillas de segadores de las montañas de Cataluña para ejercer su profesion en los partidos marítimos, y tienen la costumbre de concurrir á la capital el dia de la festividad del *Corpus*, que aquel

año fue el siete de junio. Esta masa ya dispuesta á la sedicion aumentó los materiales del volcan. Un ministro de justicia que quiso prender á un segador, en el cual reconoció á un malhechor fugitivo de la cárcel, y un tiro de la guardia del virrey que no hizo daño a nadie, bastaron para que se manifestase la esplosion de un modo espantoso. Se apoderó el pueblo de todos los puntos fortificados de la plaza; ahuyentó del puerto la armada tirándole cañonazos desde las baterías de tierra; puso en libertad á los diputados presos, y los llevó en triunfo por la ciudad; buscaron para darle la muerte al virrey, que no habiendo podido embarcarse fue asesinado en el camino de las peñas de San Beltran; saciaron su odio y su sed de sangre en los ministros de la real audiencia, y en los oficiales y soldados que pudieron haber á las manos, sin respetar las casas ni los templos donde se habian refugiado. Sabida la muerte del virrey, el beguer ó regidor de Barcelona tomó el mando del principado, segun las disposiciones del fuero, y trató de reducir á alguna especie de orden aquella multitud desenfrenada, impelida al mismo tiempo por todas las pasiones antisociales. La escena de Barcelona se repitió con mas ó menos barbarie en todos los pueblos del principado, siendo los militares el principal objeto de la venganza de los catalanes, como lo habian sido de su odio, y solo escaparon los que tuvieron tiempo para retirarse al Aragon ó al Rosellon.

La noticia de este terrible acontecimiento llegó á la corte el doce de junio. Nombróse virrey de Cataluña al duque de Cardona, que ya lo habia sido otra vez, y era amado de los catalanes. Fue recibido sin dificultad, pero murió á pocos dias, y se le dió por sucesor al obispo de Barcelona. Durante el pequeño

intervalo que gobernaron estos dos virreyes se sosegó la ciudad de Barcelona; mas no se sometió temerosa de la venganza del conde duque, y así el obispo virrey lo era meramente en el título, y el poder verdadero residia en la diputacion. Esta breve tregua no duró mas que el tiempo que necesitaba el conde duque para tomar una resolucion definitiva. Al fin determinó someter el principado á fuerza de armas: juntó en Aragon un ejército poderoso, dió el mando de él al marques de los Velez, con el título de virrey y capitan general de Aragon y Cataluña. La diputacion de esta provincia convocó las cortes de toda ella, en las cuales la elocuencia de don Pablo Claris, canónigo de Urgel, y uno de los diputados que habian sido presos por Santa Coloma, hizo que se resolviese la resistencia contra el gobierno, y que se pidiesen socorros al rey cristianísimo. Richelieu los ofreció de muy buena gana.

El marques de los Velez desde la raya de Aragon hizo saber á la diputacion su nombramiento de virrey, y su determinacion de pasar á Barcelona con su ejército. La diputacion le respondió que no sería admitido ni con ejército ni sin él. El marques entró en la provincia al frente de sus tropas, y se apoderó de Tortosa y la fortificó; arrojó de su campo á los catalanes que habian fortificado á Xerta; forzó el paso de Balaguer; sitió y tomó á Cambrils, cuya guarnicion á pesar de haber capitulado fue asesinada por las tropas vencedoras al tiempo de evacuar la plaza; y se puso sobre Tarragona. Esta plaza estaba bien fortificada y defendida por el señor de Espenant, célebre ya por la defensa de Salsas, y que mandaba el cuerpo auxiliar que Richelieu habia enviado á los catalanes. Sin embargo, la ignorancia é insubordinacion de las tropas catalanas que la guarnecian, y la

disposicion de los habitantes que eran afectos al rey, le hizo creer que no podria defenderla, y capituló salir libre para Francia con sus tropas, dejando la plaza en poder del marques de los Velez. No referimos las diversas negociaciones que durante esta campaña se hicieron para restablecer la paz en Cataluña porque todas fueron inútiles. Mientras el marques de los Velez triunfaba en la costa del mar, los catalanes de Lérida atacaron y derrotaron dos veces las tropas castellanas que por aquella parte defendian las fronteras de Aragon.

Mientras en Cataluña proseguia el incendio de la guerra civil, la corte de España perdia para siempre el reino de Portugal. Desde que Felipe II habia unido á su vasta monarquía aquel reino, poderoso entonces por sus colonias y comercio, nada se habia hecho dirigido á captar los ánimos de sus naturales, á darles intereses que les hiciesen mirar la España como su patria comun, y á inspirarles el amor á sus reyes. La administracion de Felipe III fue tan dulce, que no les dió motivo de quejas particulares. Mas los proyectos de dominacion absoluta que el conde duque revolvia en su ánimo infatuado con la idea del poder, aceleró la revolucion que tarde ó temprano debia suceder. El conde duque reunió las cortes de Portugal en un pueblo de Castilla; castigó con rigor escesivo algunas rebeliones parciales de los pueblos; formó el proyecto de unir el Portugal á la España, para lo qual quiso obligar á los grandes de aquel reino á residir en Madrid; quebrantó los fueros y holló las leyes y costumbres del pais, en fin aunque la duquesa viuda de Mántua era virreina de Portugal y tenia un consejo compuesto de señores portugueses de la primera clase para el gobierno, sin embargo nada se hacia sin la orden in-

mediata del conde duque, cuyo instrumento era Vasconcelos, secretario del virreinato. El gobierno español fue aborrecido y se empezó á conspirar, fijando los ojos la grandeza y el pueblo en el duque de Braganza, que era el príncipe de la sangre real de Portugal mas inmediato al trono.

El conde duque, que ya habia tendido lazos al de Braganza para que viniese á Castilla, quiso estrecharle á ello con el pretesto de que debia acompañar á S. M. contra los catalanes, poniéndose al frente de la nobleza portuguesa. El duque de Braganza se escusó con la cortedad de sus rentas que no le permitian presentarse con el esplendor competente en la corte de Madrid. El conde duque le hizo entonces general de las tropas del reino de Portugal, y le encargó que visitase y examinase las fortalezas de aquel reino, y al mismo tiempo dió orden secreta á los gobernadores de las plazas para que se le prendiese en cualquiera de ellas que entrase.

Este lazo tendido al duque fue la causa de su elevacion. Los pueblos le conocieron, le miraron como la prenda de su independencia, y la conjuracion dirigida por su mayordomo Pinto adquirio dobles fuerzas, siendo muy de estrañar el secreto que se guardó á pesar de ser tan numerosa. El duque no entraba en las plazas fuertes sino muy bien acompañado y á cubierto de todo insulto. Al fin el conde duque le mandó de orden del rey que viniese á Madrid. El respondió que obedeceria, y viéndose entre el trono y el cadahalso, como lo decia su esposa, hija del duque de Midina Sidonia, y muger de gran vigor de alma, venció la irresolucion que le era natural, y el volcan estalló.

El dia primero de diciembre, á las ocho de la mañana, se presentan los conjurados en el palacio

de Lisboa. Pinto disparó una pistola, que era la señal; acometen y desarman las guardias que estaban descuidadas; asesinan á Vasconcelos y arrojan el cadáver por los balcones: prenden á la virreina, la obligan á firmar una orden para que se les entregasen la ciudadela y los castillos vecinos á la capital, lo que se verificó en el momento, y en menos de tres horas Lisboa, llena de júbilo, levantó pendones por don Juan IV, rey de Portugal.

En las provincias se repitió lo mismo. Los españoles salieron de todas las plazas y se volvieron á Castilla. Solo hizo resistencia el gobernador de la ciudadela de San Julian, que está en la desembocadura del Tajo; pero habiendo resistido al ataque de los portugueses, no pudo resistir al oro y la vendió al rey don Juan. Este pasó á Lisboa, dió forma al gobierno, hizo alianzas con las naciones estrangeras enemigas de España, y se preparó a conservar con el valor y las armas el reino que habia adquirido por medio de una conspiracion.

La historia no debe omitir el modo que tuvo el conde duque para hacer saber á Felipe IV tan desagradable noticia. «Señor, le dijo, doy á V. M. la enhorabuena de haber adquirido un ducado y grandes posesiones y rentas.” «¿Cómo asi?” le preguntó el rey. Y el ministro prosiguió: «el duque de Braganza ha perdido la cabeza, y se ha dejado engañar por un populacho que le ha proclamado rey de Portugal, y por el hecho mismo sus bienes quedan confiscados y reunidos á la corona.”

Nada prueba mas la ignorancia en la ciencia política que tenian los españoles de aquel tiempo que la pérdida del reino de Portugal. Al mismo tiempo que se hacian los mayores sacrificios de sangre y dinero por conservar en Flandes ó en el Milanesado

una provincia ó una plaza que nada nos importaba, se dejó perder casi sin disparar un tiro el reino de Portugal, que redondeaba la monarquía, y que tenia posesiones tan importantes en ambas Indias, cuando para conservarlo solo se necesitaba ser precavidos y justos. Ya se deja entender que perdida la metrópoli, las colonias portuguesas de ambas Indias siguieron su ejemplo. Solo conservó España á Ceuta de las posesiones ultramarinas del Portugal.

Este año fue tambien muy fecundo en sucesos militares en Alemania. El general Konismark echó á los imperiales de la Westphalia, y cuando quisieron volver á ella se les opuso Banier, y los obligó á retirarse á la Franconia, donde ambos ejércitos tomaron cuarteles de invierno. Otro cuerpo sueco ocupó la Silesia baja y batió una division imperial en Schonau.

1641. Banier salió de sus cuarteles de invierno con el objeto de sorprender á Ratisbona; empresa que no logró, y que le espuso al riesgo de verse rodeado de todas las fuerzas imperiales. Salió de él haciendo prodigios de valor y de pericia militar, y volvió á su posicion antigua en las fronteras de Franconia, Bohemia y Sajonia. Este general murió en Halbestad, despues de una larga enfermedad, y la corte de Suecia envió por sucesor suyo á Leonardo Torstenson, que traia dinero y un refuerzo de escelentes tropas; pero habiendo llegado al ejército á mediados del otoño, no hubo operaciones considerables en el resto de esta campaña.

La de los Paises Bajos fue de sitios: los franceses tomaron á Ayre, Liliers, Lens, la Basee y Bapaume, y los españoles recobraron á Ayre. Durante este último sitio murió el infante cardenal, igualmente llorado de españoles y flamencos; y el gobierno

de Flandes se confió á un consejo, compuesto de don Francisco de Mello, el marques de la Velada, el conde de Fuentes y el presidente Rosa.

En Italia los franceses se apoderaron de Moncalvo y sitiaron á Ivrea: el príncipe Tomás atacó sus líneas, pero fue rechazado. Puso sitio á Chivas, y viniendo los franceses á socorrerla, desguarneciendo las líneas de Ivrea, introdujo socorro en esta plaza, y pasó el Pó con todas sus tropas. Los franceses, habiendo recibido refuerzos, se apoderaron de Ceva, Mondovi y Coni. Los españoles recobraron á Moncalvo.

En Cataluña fue la campaña mas sangrienta y mas funesta para las armas españolas. El marques de los Velez, resuelto á concluir la guerra con la toma de Barcelona, marchó sobre esta plaza, desalojando á los catalanes de Villafranca del Panadés, forzando los puestos fortificados de Martorell, y ocupando á San Feliu y Moulins. Dueño de todas las avenidas de Barcelona, desplegó á vista de sus murallas todo el ejército, y mandó atacar la montaña y fortificaciones de Monjuich. El marques de Torrecusa, maestre de campo general, llevó las mejores tropas á este ataque difícil, mientras su hijo el duque de San Jorge pugnaba por impedir la comunicacion entre Barcelona y la montaña.

Los catalanes estaban casi reducidos á sus solas fuerzas, pues las tropas francesas que el señor de Espenant habia traido en la campaña anterior habian vuelto á Francia en virtud de la capitulacion de Tarragona, y solo tenian un regimiento y algunos caballos franceses, al mando de los partidarios Plesis, Serignan y Aubigni. Sin embargo les fueron muy útiles, porque les eran superiores en el conocimiento del arte de la guerra, y sujetaban al orden militar

el valor indisciplinado del paisanage. En estos apuros tomaron los catalanes la resolucion de nombrar al rey de Francia conde de Barcelona, lo que dió entrada en los consejos á los capitanes franceses, y regularizó las operaciones.

Aubigni, considerando que la pérdida de Monjuich, á la cual seguiria infaliblemente la de la ciudad, consistia en que los españoles cerrasen la comunicacion entre ambos puestos, procuró conservarla á toda costa. Su táctica fue atacar á las tropas de San Jorge cuando se estendian, retirarse cuando se unian hasta la muralla, atrayendo de este modo al enemigo hácia el fuego de las baterías de la plaza. El duque de San Jorge sufria pérdidas considerables sin poder lograr su objeto, y mal socorrido por Garay, comandante de la caballeria, y que estaba envidioso de su gloria, peleando con el mayor valor, le encontró una bala de las baterías y cayó muerto de su caballo. Los catalanes rechazaron sus tropas y enviaron un refuerzo considerable al fuerte de Monjuich. Torrecusa habia llegado á él despues de haberse apoderado de las demas fortificaciones de la montaña, aunque con mucho estrago de su gente; mas viendo que eran necesarias escalas y artillería para tomarlo, mientras las pide al marques de Geli, comandante de la artillería, llega la gente de Barcelona al socorro del fuerte y trábase una porfiada batalla. Torrecusa sabe en este momento la muerte de su hijo, y tiene la debilidad de abandonar el cargo de gefe para entregarse á los sentimientos de padre. Los castellanos maldicen á sus generales, que los habian llevado al degolladero, y desde este momento la batalla no fue mas que una espantosa carnicería. El marques de los Velez recoge á duras penas las tristes reliquias de un ejercito victorioso y floreciente

te pocas horas antes, y vuelve con ellas á Tarragona pidiendo á la corte su retiro. Diósele por sucesor á Federico Colona, condestable de Nápoles.

Tal fue el éxito de la batalla de Barcelona, que alentó las esperanzas de los catalanes y del rey de Francia hasta tal punto, que envió á Cataluña un refuerzo de nueve mil infantes y dos mil quinientos caballos, á las órdenes del conde de la Mote-Houdancourt, y á los mares la escuadra del arzobispo de Burdeos para sitiar por mar y tierra á Tarragona. Houdancourt esperó cercarla por hambre, habiéndola rodeado con su ejército por la parte de tierra, y cerrando el puerto la escuadra francesa. Mas ésta tuvo que retirarse á la llegada de la española, superior en fuerzas; la plaza fue socorrida y los franceses se retiraron.

Al mismo tiempo otro ejército francés penetraba en el Rosellon y se apoderaba de Elna. Torrecusa, que mandaba las tropas castellanas en la frontera del Pirineo de Cataluña, combinó sus movimientos con el marques de Mortara, gobernador de Perpiñan, para defender aquel condado. Esto sucedió á fines de diciembre.

En las fronteras de Portugal solo se hizo la guerra de latrocinio, porque España tenia ocupadas en Cataluña todas las fuerzas de que podia disponer en la península, y Portugal aun no habia podido formar un ejército. Esta guerra se hizo con barbarie, causando mucho daño en los pueblos, pero sin resultados decisivos. El suceso mas notable que aconteció este año en Portugal fue la conspiracion del arzobispo de Braga, en la cual entraron personas de la alta nobleza. Se dirigia á restablecer en aquel reino el dominio de los españoles; mas fue descubierta á tiempo y castigada.

Este año se vió España á pique de perder la Andalucía. Don Gaspar Alonso Perez de Guzman, duque de Medina Sidonia y gobernador de aquella provincia, formó el proyecto de apropiársela y coronarse rey de ella, animado por el buen éxito de la conjuracion de Portugal, é instigado por su cuñado don Juan IV. El marques de Ayamonte, su pariente, le auxilió en ella, y le prometió los socorros de Portugal, y aun la connivencia del conde duque, que estando enlazado con la casa de Medina Sidonia, no podria mirar con disgusto su engrandecimiento, y lo favoreceria en secreto. El marques seguia la correspondencia secreta con el rey de Portugal por medio de fray Nicolás Velasco, que habia pasado á Lisboa con otros pretestos. Un español, antiguo tesorero de ejército, que estaba prisionero en Portugal, habiendo solicitado y obtenido su libertad por medio de aquel religioso, le dijo no osaba volver á Madrid, porque se le exigirian cuentas de la caja de su tesorería, que habia sido robada; y que pensaba refugiarse en Andalucía á la sombra del duque de Medina Sidonia, cuyo pariente era, aunque lejano. El religioso cayó en las asechanzas que aquel hombre astuto le tendia, le comunicó el secreto, y le despachó fiándole dos cartas para el marques de Ayamonte. El mensagero pasó á Madrid, dió parte al conde duque de todo lo que habia averiguado y le entregó las cartas. El duque de Medina Sidonia obtuvo el perdon del rey echándose á sus pies, y confesando con lágrimas su delito; pero el marques de Ayamonte pagó el suyo en un cadahalso.

CAPÍTULO VIII.

Continuacion de la guerra de los treinta años. Conquista del Rosellon por los franceses. Muerte del cardenal Richelieu. Principios del ministerio del cardenal Mazarini. Caida del conde duque. Muerte de Luis XIII. Batalla de Rocroy.

INTERVALO DE DOS AÑOS, DESDE 1642 HASTA 1643.

Antes de tomar cuarteles de invierno en Rosellon ganaron los españoles una señalada victoria sobre los franceses, habiéndose reunido Mortara y Torrecusa batieron al mariscal de Brecé, nombrado lugar teniente del rey de Francia en Cataluña, y los franceses tuvieron que evacuar aquel condado. El ejército español de Cataluña recibió considerables refuerzos; mas se le dió por general al marques de Hinojosa, que desempeñó muy mal este encargo. Don Pedro de Aragon, marques de Povar, recibió órden de la corte para pasar con un cuerpo de seis mil infantes y mil doscientos caballos á reforzar las plazas del Rosellon, que se sabia iban á ser atacadas con tanto empeño, que Luis XIII se transfirió á Narbona para dar con su presencia mas vigor á las operaciones militares. Povar salió de Tarragona, y atacado en el camino por Houdancourt y los catalanes, que rechazó por dos veces, sabiendo que los enemigos habian fortificado el puente de San Saloni, trató de volverse, y rodeado en Villafranca del Panadés por el ejército de Houdancourt, tuvo que rendirse con casi toda su division. 1642.

Quedando de este modo sin defensa la provincia del Rosellon, los franceses se apoderaron de ella, tomando sucesivamente á Colibre, Perpiñan y Sal-

sas. Aquel condado se ha conservado despues unido á la corona de Francia. Entretanto Houdancourt, que habiendo atacado á Tortosa, fue rechazado con gran pérdida, pasó á Lérida, se apoderó de Monzon y batió junto á aquella ciudad al marques de Leganés, que habia sucedido á Hinojosa en el mando del ejército de Cataluña.

La campaña de Portugal fue como la anterior una guerra de partidos, que arruinaba los pueblos de las fronteras, y solo servia para encender mas el rencor de entrambas naciones.

En Italia fueron tambien infelices las armas españolas. El príncipe Tomás y el cardenal de Saboya su hermano se reconciliaron con la duquesa regente de Saboya, y la España tuvo contra sí á aquel hábil general que tantos servicios le habia hecho. El marques de Siruela, gobernador de Milán, que no habia recibido refuerzos porque Cataluña y Flandes absorvian toda la atencion de España, se mantuvo á la defensiva, y no pudo evitar que los enemigos se apoderasen de Niza, Crescentino y Tortona.

En Flandes, donde el ejército se habia aumentado hasta el número de treinta mil hombres, se sostuvo mejor la gloria del nombre español. Don Francisco de Mello tomó á Lens y á la Bassée, derrotó completamente en Honnecourt á los mariscales Harcourt y Guiche, y se preparaba á conquistas de mas importancia; pero habiendo recibido orden de la corte para pasar á Westphalia y socorrer a los imperiales, ni adelantó nada en Flandes, ni pudo cumplir aquellas órdenes, estando observado al Sur por los Franceses y al Norte por el príncipe de Orange.

Este año murió el célebre cardenal de Richelieu, que durante su largo ministerio fue rey de Francia, y Luis XIII su primer vasallo. Este monarca no le

queria bien; pero convencido de lo útil que era para la tranquilidad y gloria de la Francia, tuvo la prudencia de no separarlo nunca del ministerio. Richelieu poseyó en alto grado todas las calidades y vicios de los grandes hombres de estado; fue aborrecido por su crueldad contra los perturbadores del reposo interior y contra sus enemigos personales; pero fue admirado por la elevacion de sus designios, y su habilidad y constancia para llevarlos al cabo. La corte de España se regocijó mucho con su muerte, pero el golpe fatal estaba ya dado. Richelieu reveló á la Francia el secreto de sus fuerzas, esterminó en ella los partidos para que pudiese ponerlas en ejercicio; en fin dio el grande impulso para la ruina de la dominacion austriaca. Otra mano menos vigorosa, pero mas astuta, consumió su proyecto. Julio Mazarini, que despues de las negociaciones de Chierasco se habia establecido en Francia, y obtenido el capelo de cardenal por la proteccion de Richelieu, le sucedio en el ministerio, y no se echaron menos ni la actividad ni la astucia de aquel gran ministro.

En Alemania sufrieron grandes pérdidas las armas imperiales. Torstenson se apoderó de toda la Silesia, escepto la capital, batió á los austriacos en Schweidnitz, conquistó la Moravia, penetró en la Bohemia y ganó la segunda batalla de Leipsick, no menos funesta á los austriacos que la primera, al mismo tiempo que Gueibriant y Kinsmarck desalojaban á los imperiales de la Westphalia y del Landgraviato de Hesse Cassel.

La España cogia los frutos amargos de la insensata administracion del conde duque, que tenia toda la energía de alma necesaria para ambicionar, pero ninguna habilidad para adquirir ningun talento para con- 1643.

servar. Empleaba, ya en las negociaciones, ya en los destinos militares, hombres que no le hiciesen sombra con su mérito, y asi se malograban todas las empresas. Si tal vez se veia obligado á emplear guerreros ilustres como Espínola y el marques de Leganés, les escaseaba los medios de triunfar, envidioso de su gloria. Con estas raterías, que se reunian en su corazon altivo á un deseo vivísimo de que la nacion española dominase despóticamente en Europa, puso la monarquía en la orilla del precipicio. El deseo de conservar la Valtelina y de apoderarse del Monferrato, escluyendo del ducado de Mántua á un príncipe francés, destruyó la amistad con Francia, que la prudencia del duque de Lerma habia cimentado, encendió la guerra de Italia y llamó los ejércitos franceses al Pó y al Adda. No supo neutralizar la Holanda porque juzgaba indecoroso tratar con una república de comerciantes rebeldes. El ataque de Treveris atrajo á los franceses al Rin. Jamás dió al cardenal infante los medios necesarios para hacer la guerra con vigor en los Paises Bajos. El funesto empeño de despojar de sus fueros á los catalanes y portugueses produjo dos guerras civiles y devastadoras en las dos estremidades de la península. En fin, su orgullo y su inepcia hizo odiosa la España sin hacerla temible, cuando la Francia su rival, con la administracion económica y fuerte de Richelieu se presentaba en Europa como defensora de la independencia de los estados.

El rey á pesar de su confianza en el conde duque, de la amistad que le profesaba, y de su indolencia é inaplicacion á los negocios, no pudo menos de conocer el orígen de los males públicos; mucho mas cuando su esposa, ofendida personalmente por la altanería del ministro y de su muger, le hizo

ver el peligro que corria su trono. Largo tiempo fluctuó su ánimo entre la amistad y la necesidad urgente de despedir á su valido. Al fin el diez y siete de enero le mandó, por un billete escrito de su mano, que dejase el ministerio. Pocos dias despues salió de Madrid, convencido de que era amado de su rey, pero inconsolable por haber perdido el mando. No tuvo sucesor por entonces. El rey examinaba por sí mismo los negocios y los despachaba con los respectivos secretarios.

Este mismo año falleció Luis XIII, rey de Francia. Sucedióle su hijo Luis XIV, por sobrenombre el Grande, de edad de cuatro años y ocho meses, bajo la regencia de su madre Ana de Austria. Pero el poder residia verdaderamente en manos del cardenal Mazarini.

Las campañas de Portugal, Cataluña é Italia, no ofrecen sucesos de grande importancia. En Italia los españoles recobraron á Tortona y perdieron á Trino, Asti y Pontestura. En Cataluña recobraron á Monzon; pero los sitios de Flix y de Cabo de Quiers fueron desgraciados, pues los levantaron con pérdida, habiendo acudido Houdancourt á socorrer aquellas plazas.

Campaña de Flandes.

Llegamos ya á la funesta jornada de Rocroy, en cuya llanura perecieron los restos de aquella valiente infantería española, que organizada por el gran capitan, perfeccionada por el duque de Alba, y conservada por el príncipe de Parma y el marques Espínola, decidió durante dos siglos la suerte de los combates y de los imperios desde la batalla de Ceriñola hasta la de Norlinga. Pereció con honor, sepul-

tándose con su digno general el conde de Fuentes, habiendo rechazado por tres veces á la infantería francesa y á la caballería, que vencedora de las alas, se habia cebado contra aquella masa terrible de guerreros que ocupaba el centro, protegida por la artillería. Guiaba á los franceses el hijo del príncipe de Condé, el duque de Enghien, jóven de veinte y dos años, pero que habiéndose distinguido ya en los sitios de Arras y de Ayre, mereció por sus hazañas el título de gran Condé. Perdimos en esta sangrienta batalla ocho mil muertos, seis mil prisioneros, el bagage y las cajas militares, diez y ocho piezas de campaña y seis de batir; y lo que es mas, la certeza adquirida en tantos combates de vencer al enemigo que se presentase en igual número. Los frutos inmediatos de esta victoria fueron las plazas de Emery, Barlemont y Maubeuge en el Artois, y Thionville en las fronteras del Luxemburgo. Esta última plaza hizo una heróica resistencia, y costó á los franceses mucha sangre.

En Alemania respiraron los austriacos, porque habiendo declarado guerra la Dinamarca á la Suecia. Torstenson tuvo que pasar á ocupar el Holstein, y el ejército de Weimar, mandado por Gueibriant, se retiró muy disminuido á la Alsacia.

CAPÍTULO IX.

Continuacion de la guerra de los treinta años. Principios del congreso de Westphalia. Sitio de Lérida. Batalla de Janowitz. Batalla de Bozzolo. Paz con Holanda. Batalla de Lens. Paz de Westphalia.

INTERVALO DE CINCO AÑOS, DESDE 1644 HASTA 1648.

Este año empezaron en Munster, capital del círculo de Westphalia, las negociaciones para la paz general. Fueron interrumpidas muchas veces porque la corte de Viena no queria renunciar á su antiguo dominio sobre los estados de Alemania, y solamente daba un paso para la paz cuando perdia una provincia ó una batalla. Asi es que ni el furor de la guerra impedia las conferencias, ni la negociacion hacia descuidar los preparativos para la guerra. El grande objeto del Austria fue, durante el congreso, separar la Francia de la Suecia, mas no lo pudo conseguir. Tan convencidas estaban entrambas potencias de la necesidad de permanecer unidas, tanto en la guerra como en la diplomacia, si habian de conseguir su objeto comun, que era la independencia de la Alemania. 1644.

La campaña de Cataluña fue gloriosa para nuestras armas. Don Felipe de Silva, que mandaba el ejército, puso sitio á Lérida, derrotó á Houdancourt, que se presentó para defenderla, y aquella plaza importante volvió al poder del rey de España. Houdancourt sitió á Tarragona para vengar el revés que habia sufrido en Lérida; pero recibió otro nuevo, porque habiendo perdido delante de la plaza tres mil hombres muertos y muchos heridos en trece ataques infructuosos que dió, tuvo que retirarse á Barcelo-

na cuando supo que el ejército español se acercaba para atacarle en sus líneas.

En la frontera de Estremadura hubo una accion general entre el ejército español, mandado por el marques de Torrecusa, y el portugués que estaba á las órdenes del general Alburquerque. Estos eran superiores en número; mas despues de haberse peleado con la mayor intrepidez, el combate fue indeciso, y entrambos partidos se atribuyeron la victoria. El hecho es que ambos ejércitos quedaron destrozados é incapaces de emprender ninguna operacion considerable. En Flandes los franceses se apoderaron de Gravelinas, y los holandeses, que durante muchos años no hicieron mas que observar el ejército español, se apoderaron en esta campaña de Sas de Gante. En Italia el príncipe Tomás se apoderó de Ponson y San Ya.

Los suecos, que consiguieron este año grandes victorias sobre los dinamarqueses, no por eso descuidaban la guerra de Alemania. Galas, generalísimo del emperador, habia formado el proyecto de encerrar en el Holstein el ejército de Torstenson: pero este hábil general, que le presentó la batalla en varias ocasiones, sin que Galas la quisiera admitir, le obligó á hacer marchas y contramarchas desde el Holstein á la Bohemia, en las cuales, ya rodeando los cuerpos austriacos, ya derrotándolos en combates parciales, le destrozó todo el ejército; de modo que cuando Galas se refugió á los estados hereditarios solo tenia mil hombres de infantería. El duque de Enghien y el mariscal de Turena, que mandaban el ejército de Alsacia, batieron á los bavaros en la batalla de Fribourg, y se apoderaron de Philisbourg, Spira, Wormes y Maguncia.

1645. El duque de Orleans, que mandaba el ejército

francés de Flandes, hizo la guerra de sitios, y tomó á Cassel, Mardick, Menin y Armentieres. El duque de Lorena, que mandaba el ejército español, despues de haber derrotado á los holandeses, que invadieron la Flandes por la parte de la Esclusa, se opuso á los progresos del de Orleans, y sus tenientes generales recobraron á Cassel y Mardick.

La campaña de Alemania fue mucho mas funesta á la casa de Austria. Los suecos, despues de haber obligado al rey de Dinamarca á hacer una paz muy ventajosa á la Suecia, penetraron en Bohemia á las órdenes de Torstenson, y en Janowitz consiguieron una señalada victoria, en que destrozaron enteramente el ejército del emperador. Despues se derramaron como un torrente en los estados hereditarios, se apoderaron de la Moravia, tomaron la plaza de Crems en el Austria, se reunieron cerca de Presburgo con el ejército de Ragotski, príncipe de Transilvania, que peleaba contra el emperador en Hungría, y si este príncipe no hubiera hecho su paz con el Austria, ó Turena no hubiera sido derrotado por los báviaros en Mergentheim, esta campaña hubiera puesto fin á la guerra. Torstenson tomó cuarteles de invierno en la parte oriental de la Bohemia, y sintiéndose incapaz de continuar en el mando, á causa de la gota que le aquejaba, pidió su retiro y un sucesor. Este fue Urangel, uno de los discípulos mas distinguidos del gran Gustavo, y célebre ya por muchas victorias conseguidas contra los austriacos y dinamarqueses.

En Italia los españoles tomaron á Capiara, y el príncipe Tomás á Vigevano y la Roca. Encontróse con los nuestros junto al rio Mora y los derrotó. Este triunfo pudiera haber producido funestos efectos para el Milanesado; pero las discordias que se suscitaron

entre el príncipe Tomás y el mariscal del Plessis, comandante de las tropas francesas, impidieron que el enemigo se aprovechase de la victoria. Al fin de la campaña los españoles reconquistaron la fortaleza de la Roca.

Nuestras armas fueron desgraciadas en Cataluña. El conde de Harcourt, virrey del principado, tomó á Rosas, batió el ejército español junto á Balaguer, y se apoderó de esta plaza. El marques de Leganés, general del ejército de Estremadura, sitió inútilmente á Olivenza. A la sazon murió en Madrid la reina de España Isabel de Borbon.

1646. El marques de Leganés, que pasó en esta campaña á mandar el ejército de Cataluña, atacó al del conde de Harcourt que sitiaba á Lérida, y le obligó á huir, dejando en poder de los españoles la artillería y municiones. El ejército enemigo sufrió mucho en el sitio de aquella plaza, pues de diez y ocho mil infantes y cuatro mil caballos con que lo empezó, solo quedaban ocho mil infantes y dos mil caballos cuando se retiró á Barcelona. El rey de España, que habia estado en el ejército, se volvió á Zaragoza, donde el dos de octubre falleció el príncipe don Baltasar, único hijo varon de Felipe IV y de Isabel de Borbon.

En Flandes el duque de Orleans tomó á Courtray, Bergues y Mardick. Se volvió á Paris, dejando el mando del ejército al duque de Enghien, que se apoderó de Dunkerque, una de las plazas mas fuertes de Flandes. El duque de Lorena, que mandaba el ejército español, distraido por los holandeses y los franceses, apenas pudo hacer mas que conservar sus tropas.

La Francia envió este año una espedicion para arrojar á los españoles de las plazas que posecian en

la costa de Toscana. El duque de Brecé mandaba la escuadra, y el príncipe Tomás las tropas de desembarco. Puso sitio á Orbitelo, defendida por don Carlos de la Gasta, militar esforzado. La escuadra francesa fue derrotada por la española, mandada por el marques de Pimentel, y el almirante Brecé quedó muerto en la accion. El gobernador de Orbitelo hizo una salida, en la cual arrojó á los franceses de la trinchera y tuvieron que retirarse.

Otra espedicion francesa tuvo éxito mas feliz porque se apoderó de Piombino en el continente, y de Portolongone en la isla de Elba.

Este año se unió á los franceses el duque de Módena, y recibió de refuerzo un cuerpo de aquella nacion. El condestable de Castilla, gobernador de Milán, atacó el ejército del duque, cuando ya se le habian incorporado las tropas auxiliares junto á Bozzolo. Los franceses no sostuvieron en esta batalla la gloria de su nombre; pero quinientos suizos, que tenia á su sueldo el duque, detuvieron el ímpetu del ejército español, hasta que quedaron reducidos á cincuenta hombres y un sargento. La victoria quedó por los españoles.

Esta accion fue célebre, entre los combates de aquel tiempo, por la tenacidad con que se peleó desde las ocho de la mañana hasta la noche.

En Alemania, Wrangel, despues de haberse reunido con Turena, se apoderó de la Suavia, penetró en la Baviera y devastó este círculo, al mismo tiempo que sus lugartenientes acosaban á los imperiales en la Bohemia, Silesia y Moravia.

Concertáronse las bodas del rey con Mariana de 1647.
Austria, hija del emperador Fernando III, que se efectuaron dos años despues. Nombró su primer ministro á don Luis de Haro, sobrino del conde duque,

depositando en él toda su confianza. Este valido tenia menos ambicion y altanería que su antecesor, y por consiguiente era mas propio para la situacion presente de las cosas.

En Italia y Portugal no hubo empresa digna de consideracion. En Cataluña dió celebridad al sitio de Lérida, que los franceses levantaron despues de haber perdido en él mucha gente, la calidad de su sitiador, pues fue el célebre duque de Enghien, ya príncipe de Condé, que habia sido nombrado virrey de Cataluña. Defendió la plaza don Antonio Brito, militar portugués al servicio de España. La guarnicion constaba de tres mil hombres de nuestras mejores tropas.

En Flandes habia tomado el gobierno de la provincia y de las armas el archiduque Leopoldo, hermano del emperador, y se habia reforzado con algunas tropas austriacas el ejército que defendia aquel pais. Sin embargo esta campaña solo fue de sitios. Los franceses tomaron á Dixmuda, la Basea, Kenog y Lens, y el archiduque recobró á Armentieres, Landreci y Dixmuda.

En Alemania no hubo accion decisiva. El ejército imperial se reforzó con las tropas del duque de Baviera, que habia roto la tregua celebrada con los suecos para libertar sus estados de la devastacion. Y Urangel se vió obligado á tomar sus cuarteles de invierno en la baja Sajonia, dejando á los enemigos la Misnia, la Franconia y el Hesse Cassel, paises ya desolados; pero en las plazas fuertes habia guarniciones suecas.

1648. A principios de este año se hizo la paz entre España y Holanda, y el treinta de enero se ratificó este tratado en el congreso de Munster. Las condiciones fueron, que cada una de las dos potencias

conservase lo que poseia en los Paises Bajos y en las Indias, y que la España reconociese la independencia de los Estados Unidos. Este reconocimiento hecho en tiempo por el conde duque, hubiera conservado las posesiones de que se apoderaron los holandeses en entrambas Indias, y nos hubiera libertado de la precision de tener un cuerpo de tropas en observacion de los holandeses, cuando en la parte meridional de los Paises Bajos éramos atacados por los franceses. Al fin se hizo una paz necesaria, pero cuando ya era tarde, porque los franceses habian tomado una preponderancia invencible.

Este año se rebelaron contra España las ciudades de Nápoles y Palermo. Esta se sosegó fácilmente; pero el tumulto de Nápoles, originado de algunos derechos escesivos sobre los que vendian comestibles en la capital, aunque se apaciguó con la muerte de Mazaniello, hombre ordinario que capitaneaba los sediciosos; y con la supresion de aquel impuesto volvió á renacer con mas vehemencia. El objeto de los rebelados era formar del reino de Nápoles una república independiente, y llamaron al duque de Guisa, príncipe enlazado con la casa real de Francia, para que fuese Dux de aquella Utopia. El duque vino con un pequeño número de soldados, pero habiendo penetrado en el puerto la armada española, á las órdenes de don Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV, y sitiando por tierra la capital el virrey duque de Arcos, Guisa fue hecho prisionero, y la rebelion quedó sofocada. Despues peleó la escuadra española con la francesa, mandada por el duque de Richelieu, y la ahuyentó de aquellos mares, haciéndole perder cuatro naves hundidas y dos apresadas. Tres galeras españolas se sumergieron.

En Cataluña el mariscal de Schomberg, lugar

teniente del rey de Francia en el principado, se apoderó de Tortosa despues de un sitio regular. En la frontera de Portugal se hizo la guerra como en los años anteriores.

En Flandes mandaba las tropas francesas el príncipe de Condé, y ganó contra el archiduque la célebre batalla de Lens, que fue poco menos funesta que la de Rocroy en cuanto á la pérdida, y confirmó los ánimos de ambas naciones en las ideas desfavorables para nosotros que les habia dejado la primera. Observóse en los movimientos de Condé una estraordinaria exactitud, al mismo tiempo que los del archiduque eran inciertos y desordenados. Los españoles pelearon con el mayor valor y serenidad, y solo fueron vencidos por la superioridad de la táctica y de los generales franceses. Perdieron entre muertos, heridos y prisioneros ocho mil hombres, treinta y ocho piezas de artillería y todo el bagage. El único fruto inmediato de esta victoria fue la toma de Furnes, porque el príncipe de Condé tuvo que volverse á Paris á sosegar los movimientos de la ridícula guerra civil, llamada de la *Fronde*, movida por los grandes y el parlamento contra el cardenal Mazarini, cuya administracion detestaban.

En Italia los franceses batieron al marques de Caracena, gobernador de Milán, entre Casal Maggiore y Cremona; mas no pudieron tomar esta última plaza.

En Alemania Urangel arrojó á los imperiales del Hesse Cassel y de la Franconia, y habiéndose unido con Turena, ocupó la Suavia y la Baviera, llegando hasta las fronteras del Austria. Entretanto llegó á tomar el mando de generalísimo de los ejércitos suecos el conde Palatino Carlos Gustavo, heredero presuntivo de la reina Cristina; y despues de haber mos-

trado su valor en algunos combates y en el sitio de Praga, capital de Bohemia, llegó la noticia, deseada por los guerreros y los pueblos, de haberse firmado la paz de Westphalia.

El congreso no se habia disuelto á pesar de la continuacion de las hostilidades; pero se habia dividido en dos secciones. Los embajadores de las potencias católicas se reunieron en Munster, y en Osnabruck los de las protestantes, para evitar las consecuencias de los odios religiosos. En este tratado, que se mira con razon como el fundamento del derecho público de Europa, la Suecia adquirió estados en Alemania á las orillas del Báltico, la Francia adquirió plazas en la Alsacia, y se estableció sobre bases sólidas la paz entre los católicos y protestantes de Alemania, y la independencia de sus estados soberanos. La España hubiera adherido de buena gana á esta paz; pero Mazarini puso condiciones que el honor impedia aceptar, como era la cesion de los Paises Bajos, la del Franco Condado y la del Rosellon.

Este año fueron condenados á muerte y degollados en Madrid dos hermanos, don Carlos y don Juan de Padilla, por haber formado una infame y sacrilega conspiracion contra la vida de S. M. El proyecto era asesinarle cuando estaba cazando.

CAPÍTULO X.

Continuacion de la guerra con Francia. Revolucion de Inglaterra. Toma de Tortosa. Sitio y toma de Barcelona. Batalla de la Roqueta. Perdida de la Jamaica y guerra con Inglaterra. Toma de Solsona.

INTERVALO DE SIETE AÑOS, DESDE 1649 HASTA 1655.

1649. En este intervalo la guerra se continuó, aunque débilmente, con Francia y Portugal. Las divisiones intestinas de Francia impidieron á Mazarini continuarla con energía en Francia y Cataluña; y la España exhausta, teniendo que aplicar todas sus fuerzas á la reduccion de los catalanes, no podia enviar grandes refuerzos á los Paises Bajos, ni emprender vigorosamente la guerra contra Portugal. Así las campañas de Estremadura, Italia y Flandes fueron poco fecundas en acontecimientos militares.

En la de Flandes de 1649 el archiduque tomó á Ipres y San Venant, y el conde de Harcourt, general del ejército francés, á Condé y Maubeuge. En Italia el duque de Módena hizo la paz con España, admitiendo guarnicion en Corregio, plaza fuerte de sus estados; y la severidad del conde de Oñate, virrey de Nápoles, y las virtudes de don Juan de Austria, vicario general de los dominios españoles de Italia, sosegaron los tumultos de aquel reino.

1650. Ya se habia observado que ni en la larga lucha de los treinta años, ni en la guerra que subsistio despues de la paz de Westphalia entre España y Francia, tomó parte la Inglaterra. A la sazon estaba su suelo ensangrentado con la espantosa revolucion, que habiendo empezado por las discordias entre el parlamento y

el ministerio, y degenerado en una guerra civil, terminó con la victoria de los parlamentarios, prision y asesinato jurídico de Carlos I, abolicion del trono y fundacion de la república inglesa. Esta fue reconocida por todas las potencias de Europa, y en Madrid se castigó con pena de muerte á los asesinos de Ascham, ministro de la república en Madrid. El célebre Cromwell, que fue nombrado señor de la Inglaterra con el título de protector, era cortejado y solicitado por don Luis de Haro, como por el cardenal Mazarini, deseando cada uno de estos dos ministros atraerle á su alianza.

Turena, que se habia declarado contra el partido de Mazarini, se refugió á los Paises Bajos, y solicitó del archiduque que le auxiliase con su ejército para entrar en Francia á vengarse de sus enemigos. El archiduque repartió con el el mando y se apoderaron de las plazas de Chatelet, la Chapelle y Mouzon, mientras el ejército francés se apoderaba de Retel. Los dos ejércitos vinieron á una batalla, en la cual, aunque fue reñida, quedó indecisa la victoria, y no pudieron hacer progresos ni los españoles ni los franceses.

La campaña de Cataluña fue mas brillante. El marques de Mortara, general de nuestro ejército en aquella provincia, despues de haber tomado á Flix, Mirabete y Balaguer, sitió á Tortosa. El mariscal de Ligni se acercó á los Alfaques con cuatro navios franceses cargados de víveres y municiones para socorrer la plaza, mas fueron apresados en la costa de Tarragona por el duque de Alburquerque, comandante de nuestra escuadra en aquellos mares; y la plaza, perdida la esperanza de ser socorrida, se rindió al marques de Mortara.

Los catalanes cansados de una guerra tan larga y 1651.

devastadora, y arrepentidos por otra parte de haber llamado por auxiliares á los franceses, que los trataban con orgullo y dureza, deseaban reducirse á la obediencia de su legítimo soberano, y movian secretamente pláticas de paz con los gefes castellanos que habia en la provincia. Por otra parte el ejército francés, que estaba debilitado y recibia pocos refuerzos, no podia sostenerse sino haciendo mas pesado el yugo de su autoridad. La corte de Madrid creyó que esta era una ocasion favorable para acabar de un golpe la guerra civil; y el marques de Mortara puso sitio á Barcelona con un ejército de once mil hombres, al mismo tiempo que don Juan de Austria la bloqueaba por mar con la escuadra de su mando. Don José Margarit, gobernador de la plaza, la defendió valerosamente.

El príncipe de Condé, ofendido de Mazarini que le habia puesto en prision, aunque despues le dejó libre, pasó á los Paises Bajos á implorar el auxilio de España; y una division marítima española dejó algunas tropas en Burdeos, ciudad que se habia declarado por el príncipe. Pero tuvieron que retirarse apenas el ejército del rey de Francia se acercó á aquella plaza.

1652. En Cataluña se dió á don Juan de Austria el mando de los ejércitos de tierra y mar que sitiaban á Barcelona; y aunque el mariscal de la Mota pudo introducir un refuerzo de doscientos hombres, la vigilancia de nuestros buques inutilizó todos los proyectos del enemigo para socorrer la plaza por mar, y esta tuvo que entregarse despues de quince meses de sitio. La capitulacion fue honrosa para los sitiados, se conservaron los fueros y privilegios de Cataluña, y se concedió una amnistía general, de la cual solo fueron esceptuados algunos gefes.

Asi se terminó la guerra civil de Cataluña, á la cual dió orígen la prepotencia del conde duque y fomentó la dureza de los generales, que por adular al ministro, impelieron á los catalanes á la desesperacion. Esta guerra dió un golpe mortal á la monarquía española, porque ademas de haber perecido en ella nuestras mejores tropas, impidió socorrer al ejército de Flandes, precisamente cuando era atacado por ejércitos superiores en número y generales muy acreditados.

En Italia el marques de Caracena, gobernador de Milán, tomó á Casal, que habia sido el orígen de la guerra, y la entregó al duque de Mántua. La campaña de Flandes fue muy feliz, pues el archiduque al frente de un ejército de treinta mil hombres recobró á Gravelinas, Dunquerque y Retel, y tomó á San Menehauld.

El marques de Caracena consiguió junto á la Roqueta, sobre los franceses y saboyardos reunidos, una muy señalada é inútil victoria, pues habiendo sitiado despues de ella á Verrue, no pudo tomarla. Luis XIV vino en persona á animar y reforzar su ejército de Flandes, desmayado con las pérdidas del año anterior; y asi los españoles no pudieron hacer progresos de consideracion, aunque estaban mandados por el archiduque, el vizconde de Turena y el príncipe de Condé, que eran entonces los generales mas famosos de Europa. 1653.

El mariscal de Hocquincourt y don José Margarit penetraron en Cataluña por el Conflant con una division de seis mil infantes y tres mil caballos. Su objeto era resucitar la rebelion; mas no lo pudieron conseguir porque todos los catalanes anhelaban por la paz; y asi habiendo sitiado á Castelló de Ampurias, que tenia muy poca guarnicion, aunque se apodera-

ron de ella fue con mucha pérdida, porque el paisanage les hizo grande resistencia. Sitiaron despues á Gerona, y al cabo de dos meses de cerco tuvieron que levantarlo, porque don Juan de Austria se acercaba con el intento de forzar sus líneas. El ejército español sitió á Rosas; pero Hocquincourt acudió á su socorro é hizo levantar el sitio. Hubo un encuentro en Bordillis, entre un destacamento español y el cuerpo de Hocquincourt. Los españoles, muy inferiores en número, despues de haber peleado valerosamente, se retiraron con pérdida de doscientos muertos y otros tantos prisioneros. Los enemigos ocuparon á Ripoll y San Felio. Otro cuerpo francés penetró en el valle de Aran, que es la frontera septentrional de Aragon y Cataluña; pero la resistencia de los pueblos le obligó á retirarse.

1654. El príncipe de Conti, que sucedió á Hocquincourt en el mando del ejército de Cataluña, hizo levantar otra vez el sitio de Rosas que habian puesto los españoles. Hubo un encuentro junto al rio Ter, entre el teniente general Baltasar y un cuerpo francés, en que los españoles llevaron lo mejor, matando mucha gente al enemigo y dispersándolo. El príncipe de Conti concluyó la campaña tomando á Puigcerdá y Urgel.

En Flandes puso el archiduque sitio á Arras. El vizconde de Turena, que reconciliado con su rey mandaba el ejército de aquella frontera, atacó las líneas y las forzó, retirándose los españoles con pérdida de mucha gente, de los bagages y de la mayor parte de la artillería.

Este año se acabó de construir el panteon del Escorial, y se trasladaron á él los cuerpos de nuestros reyes desde Carlos I.

1655. Cromwell se decidió en fin á tomar parte en la

guerra de Francia y España, declarándose contra ésta, porque sus establecimientos ultramarinos le presentaban conquistas útiles al comercio y marina inglesa, que era el principal objeto de sus solicitudes. En esta época debia ser mas temible á la Europa el engrandecimiento de la Francia que el de la casa de Austria; pues el poder de una de sus ramas se habia debilitado mucho por la paz de Westphalia, y la otra sostenia una lucha que todos conocian que era desigual contra las fuerzas de la Francia. Sin embargo, la prevencion contra el despotismo austriaco era todavia tan grande en Europa, que Cromwell, poco versado en la politica del continente, y que solo atendia á las ventajas marítimas de su nacion, se decidió contra España y envió dos escuadras, una al Mediterráneo, á las órdenes del almirante Black, y otra á América, mandada por el almirante Pen. La primera infestó las riberas de Italia; la segunda atacó la isla de Santo Domingo, de donde rechazada con pérdida de gente y reputacion, revolvió contra la isla de Jamaica, que mal guarnecida cayó fácilmente en poder de los ingleses. La han conservado hasta el dia, y es una de las colonias mas opulentas de aquella nacion.

En Flandes se hizo la guerra de sitios, y los franceses fueron mas felices, pues tomaron á Chatelet, Landreci, Condé y San Guilain, sin que los españoles pudiesen tomar á Quefnoy, á la cual puso sitio el príncipe de Condé, que servia todavia en el ejército del archiduque. En Italia el duque de Módena volvió á hacer alianza con los franceses, irritado de la altaneria con que le trataba el gobernador de Milán. Este penetró en el ducado y se apoderó de Régio y Corregio. El príncipe Tomás penetró hasta el Tesino con el ejército francés y saboyardo, y sitió á Pavia; pero el marques de Ca-

racena dejó el Modenés y voló al socorro de aquella plaza, y los franceses se retiraron.

En Cataluña el príncipe de Conti se apoderó de Cabo de Quiers, Castelló y Cadaques, pueblos fortificados; pero don Juan de Austria redujo á la obediencia del rey la importante plaza de Solsona, la villa de Berga y otras del interior, que quedó pacificado enteramente, y la guerra se limitó á las fronteras.

CAPÍTULO XI.

Continuacion de la guerra con Francia. Sitio y batalla de Valencienes. Sitio de Olivenza. Sitio y batalla de Dunquerque. Sitio de Badajoz. Sitio y batalla de Elvas. Paz de los Pirineos.

INTERVALO DE CUATRO AÑOS, DESDE 1656 HASTA 1659.

1656. Los mariscales de Turena y de la Ferté sitiaron á Valenciennes, fortaleza importante, situada sobre el Escalda. Defendíala el duque de Bournoville con mil quinientos hombres de tropa reglada, y casi toda la poblacion decidida á no caer bajo el poderío de Francia. Los sitiadores, despues de abierta la trinchera, dieron tres ataques infructuosos al camino cubierto, en que perdieron mucha gente. Don Juan de Austria, que habia sucedido al archiduque Leopoldo en el gobierno de los Paises Bajos, reunió el ejército español, el cual bajo las órdenes del mismo gobernador general, del príncipe de Condé y del conde de Fuensaldaña atacaron las lineas de los sitiadores, mandadás por el mariscal de la Ferté, al mismo tiempo que levantadas las esclusas se inundó el pais para cortar la comunicacion entre el ejército sitiador y el de Turena, que protegia las operaciones del sitio. El

ejército francés quedó enteramente derrotado, las líneas cubiertas de cadáveres, mil quinientos hombres de la caballería francesa ahogados, y el mariscal de la Ferté y cuatro mil infantes prisioneros.

El mariscal de Turena se conservó sin embargo en campaña, oponiéndose á las empresas del ejército vencedor; mas no pudo impedir que se apoderase de Condé, aunque reforzó su guarnicion con ochocientos caballos y ochocientos sacos de trigo para proveerla. Se apoderó sin embargo de la Chapelle antes de tomar cuarteles de invierno.

El conde de Fuensaldaña pasó despues de la batalla de Valenciennes al gobierno de Milán. Derrotó dos veces al duque de Módena; mas los franceses sitiaron á Valencia del Pó, y el ejército español no pudo forzar las líneas del sitio, por lo cual aquella plaza importante cayó en poder de los enemigos.

Ya era tiempo de que la guerra de Portugal tomase un aspecto mas regular, pues desde la proclamacion de don Juan IV hasta 1656 solo habia consistido en pillages y correrías. La ocasion era oportuna, porque la guerra de Cataluña, desterrada á la frontera del Rosellon, no daba cuidado á la corte de Madrid; y por otra parte la muerte del rey don Juan, que dejó por heredero á su hijo don Alonso VI en menor edad, bajo la regencia de su madre, parece que prometía grandes ventajas á las armas castellanas. Asi casi todas las nuevas levas se enviaron á Estremadura, de cuya provincia y ejército era capitan general el duque de San German.

Apenas se abrió la campaña pusieron los espa- 1657.
ñoles sitio á Olivenza, defendida por don Manuel de Saldaña, valeroso y patriota, pero sin conocimientos militares. Mandaba una guarnicion de cuatro mil hombres y cien caballos. La plaza se halló

pronto muy estrechada, y el ejército portugués, al mando del conde de San Lorenzo, llegó á socorrerla con fuerzas casi iguales á las de los españoles; pero viendo á estos formados en orden de batalla para resistirle, ni se atrevió á atacar las líneas, ni el duque de San German supo aprovecharse de este movimiento de terror de los portugueses. Al fin estos se retiraron y Olivenza se rindió. Igual suerte tuvo la plaza de Mouraon, que habiendo resistido un asalto no esperó al segundo para capitular. Despues de esta espedicion nuestras tropas tomaron cuarteles de verano, segun la costumbre de aquella frontera. La reina de Portugal quitó el mando del ejército al conde de San Lorenzo, que ni habia sabido defender sus plazas ni atacar las enemigas, y lo dió á don Juan Mendez de Vasconcelos, oficial hábil y valiente. En la campaña siguiente sitió este general á Mouraon y la recobró.

La campaña de Flandes fue de sitios. Los españoles tomaron á San Guilain; y Turena, reforzado por seis mil ingleses que le envió Cromwell, tomó á San Venant y á Mardick, mientras el mariscal de la Ferté, que se habia rescatado, se apoderó de Montmedi en el Luxemburgo. En Italia los españoles sitiaron á Valencia del Pó, y los franceses á Alejandría. Ambos sitios fueron infructuosos, porque la llegada del ejército contrario obligó á que se levantasen.

El almirante Black, que al fin del año anterior se habia apoderado de los galeones, echando á pique tres de ellos, acometio este año otra flota que venia de América, y que se refugió al puerto de Santa Cruz de Tenerife. El almirante penetró en lo interior del puerto, á pesar del fuego del castillo y de las baterias de tierra, y se apoderó de nuestros buques;

mas no pudiendo llevárselos les pegó fuego. La pérdida en los galeones apresados se estimó en cuarenta y ocho millones de pesos duros, y en otro tanto la de los sumergidos.

Esta campaña fue infelicísima para las armas españolas. El mariscal de Turena puso sitio á Dunquerque: una escuadra inglesa de veinte velas se presentó á la boca del puerto para impedir la comunicacion de la plaza con el mar, y traer víveres de Calés al ejército del sitio, pues por tierra no podian pasar, estando en poder de los españoles las plazas de Bergues y Nieuport. Establecidas las líneas se presentaron don Juan de Austria y el príncipe de Condé para atacarlas. Turena sacó su ejército de los cuarteles y presentó la batalla al enemigo. Peleóse con el mayor valor; pero en el momento que la infantería española estaba encarnizada con la division inglesa, el mariscal de Turena observando que el flanco de los españoles estaba desguarnecido de la caballería por el lado que miraba á la mar, hizo pasar por detras de las Dunas un cuerpo de tropas que acometió á los españoles por la espalda; y este movimiento atrevido y no previsto, decidió la suerte del combate. El ejército español se retiró desordenado, dejando dos mil muertos y otros tantos prisioneros; pero muchos perecieron en la fuga ahogándose en los canales. 1658.

Las consecuencias de esta derrota fueron funestas. Dunquerque se rindió, y fue entregada á los ingleses, segun el pacto hecho entre Mazarini y Cromwell. Bergues, Dixmuda, Jurnes, Udenarda, Menin é Ipres, cayeron sucesivamente en poder de Turena, y los franceses se vieron en el centro de Flandes con un ejército superior, sin mas obstáculos que plazas mal guarnecidas y tropas desmayadas. En Italia el ejército del duque de Módena, reunido con un

cuerpo francés auxiliar, pasó el Alda en la parte en que se junta con el Pó, batió en Mariñano al conde de Fuensaldaña, saqueó á Mons, aparentó sitiar á Pavía para que los españoles disminuyesen las demas guarniciones por defender aquella fortaleza importante, sitió efectivamente á Mortara, capital de la Lomelina, y se apoderó de ella, hizo levantar á los españoles el sitio de Valencia del Pó, y despues de una campaña gloriosa preparó los medios de sitiar á Milán en la siguiente. La muerte del duque de Módena, acaecida poco despues, disipó estos grandes proyectos.

La campaña de Portugal comenzó con mejores auspicios. El consejo de la reina determinó el sitio de Badajoz, y el general Vasconcelos marchó contra esta plaza al frente de diez mil infantes y tres mil caballos. El duque de San German puso la plaza en estado de defensa, y dió aviso á la corte del proyecto de los portugueses. Don Luis de Haro le tuvo por increible; y su incredulidad le pudo costar mucho, pues el primero de junio se acampó el ejército portugués en la ribera del Caya, y el trece se presentó delante del fuerte de San Cristóval, llegando su caballería á vista de la plaza, y el veinte y tres por la noche atacaron el camino cubierto que defendia el puente de comunicacion entre la ciudad y el castillo. Fueron rechazados con gran pérdida en este ataque. El general Vasconcelos, dejando el fuerte de San Cristóval, pasa el Guadiana, se apodera del fuerte de San Miguel y sitia la plaza.

La alarma en la corte de Madrid fue tal, que don Luis de Haro tuvo que venir á Estremadura á dirigir por sí mismo el socorro de Badajoz; y en breve marchó al frente de un ejército, formado con suma prontitud para hacer levantar el sitio. Vasconcelos, que

habia perdido mucha gente por las enfermedades que produce el calor en las riberas del Guadiana, y en los ataques infructuosos que habia dado á la plaza, se retiró en buen orden antes que llegára el ejército español, y se apostó bajo el cañon de la plaza de Elvas.

Don Luis de Haro, que se hallaba al frente de un ejército de catorce mil hombres de infantería y cinco mil caballos, cuyo solo nombre habia arrojado á los enemigos de la provincia, determinó emplearlo en alguna espedicion donde adquiriese mucha gloria, y resolvió sitiar á Elvas. Vasconcelos perdió el destino de general del ejército de Alentejo por la desgraciada espedicion de Badajoz, y se dió el mando de aquellas tropas á Andres de Alburquerque, y despues al conde de Castañeda. Los portugueses no se atrevieron á mantenerse en campaña, y se encerraron en sus plazas fuertes, apenas el ejército español se dirigió á Elvas. Las obras esteriores de la plaza fueron ocupadas sin dificultad, y el sitio se puso en toda forma.

En la frontera de Galicia el marques de Viana, comandante de las tropas españolas, pasó el Miño, y peleó dos veces con el conde de Castel-melhor, general del ejército portugués, muy inferior en número al nuestro. En el primer combate quedó indecisa la victoria: en el segundo fueron vencidos los portugueses, y obligados á buscar un asilo en la montaña de Coura. El marques de Viana, dueño de la campaña, se apoderó de Lampella, y puso sitio á Monzaon.

Este año murió el emperador Fernando III, y subió al trono imperial su hijo el archiduque Leopoldo.

El sitio de Elvas proseguia, mientras los portugueses juntaban un ejército que socorriese la plaza. 1659.
Su gobernador don Sancho Manuel y la guarnicion, que estaba reducida á mil hombres, habian determi-

nado sepultarse bajo sus ruinas. El conde de Castañeda determinó atacar el campo español, á pesar de que cada dia recibia nuevos refuerzos, y se presenta á vista de la plaza en las colinas de Azonada.

Don Luis de Haro propuso á los oficiales principales de su ejército salir á recibir al enemigo fuera de las líneas. Pero esta operacion que se habia repetido muchas veces en Flandes se tuvo por impracticable; lo que prueba que ya se iban perdiendo entre los militares españoles las buenas tradiciones militares. El ministro, que no era guerrero, ni habia de dirigir las operaciones, cedió, y los portugueses atacaron las líneas con una impetuosidad igual á la vigorosa resistencia que encontraron. Se peleó con el mayor valor y obstinacion todo el dia. El valeroso Alburquerque murió gloriosamente en el ataque de uno de los fuertes que protegian las trincheras. Los españoles derrotados en el ala izquierda se sostenian todavia en la derecha; pero el duque de San German, que la mandaba, recibió un tiro de mosquete en la cabeza, y se vió obligado á retirarse. Desde entonces hubo en el ejército español un espantoso desorden. Don Luis de Haro se habia retirado apenas vió derrotada el ala donde estaba. Los enemigos siguieron el alcance de nuestro ejército hasta Badajoz.

En esta memorable jornada perdimos cuatro mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros. Los portugueses tuvieron dos mil muertos y muchos heridos. La corte de Madrid cometió un yerro gravísimo en no haber dado el mando del ejército á un general esperimentado, todo se perdió porque don Luis de Haro quiso coronarse de una gloria que no era la de su profesion. Sin embargo, el rey, que era naturalmente magnánimo, le hizo volver á la corte, alabó su zelo, le consoló en su infortunio, y le declaró que

no habia caido de su favor ni del ministerio. Al mismo tiempo el marques de Viana se apoderaba de Monzaon, Salvatierra y Portela en las fronteras de Galicia; consuelo muy pequeño para la derrota de Elvas.

Las hostilidades cesaron en Flandes y en Italia, porque se habian estipulado en Paris los preliminares de la paz. Los plenipotenciarios para ella fuerôn el cardenal Mazarini y don Luis de Haro. Celebraron sus conferencias en un salon construido en la isla de los Faysanes, que está situada en el Vidasoa; la mitad de ella pertenece á España y la otra mitad á Francia, de modo que ninguno de los ministros salió del pais que gobernaba para tratar la paz. Estas minucias de la vanidad diplomática eran muy propias del gusto de aquel siglo.

Los artículos principales de este tratado fueron: primero, el casamiento de Luis XIV con la infanta de España María Teresa, hija de Felipe IV y de Isabel de Borbon: segundo, la restitucion del príncipe de Condé á todos los honores y dignidades de que gozaba en Francia: tercero, la restitucion de Vercelli al duque de Saboya, y de Juliers al de Neoburg: cuarto, la cesion del Rosellon, Conflant y una parte del Artois á la Francia, que debia restituir las demas conquistas que habia hecho.

Este tratado, conocido en la diplomacia con el nombre de *paz de los Pirineos*, es el suceso mas importante de la historia de España en los últimos siglos, porque es el punto en que su decadencia, ya visible á los ojos de toda la Europa, anunció que la casa de Austria habia dejado de ser la potencia preponderante, y que la Francia habia ocupado su lugar.

CAPÍTULO XII.

Continuacion de la guerra de Portugal. Casamiento de Luis XIV. Nacimiento del príncipe don Carlos. Batallas de Estremoz y Villaviciosa. Muerte del rey don Felipe IV.

INTERVALO DE SEIS AÑOS, DESDE 1660 HASTA 1665.

1660. No restaba á la España mas enemigo que el Portugal, y todos pensaban que seria subyugado en breve. El rey determinó que don Juan de Austria tomase el mando del ejército de Estremadura, y se consumió todo el año en reforzarle y reponerle de la derrota de Elvas. Los portugueses no hicieron mas que algunas correrias, tomar á Alcañiz en la raya de Tras-os-montes, y á Albergaria en Beyra.

Este año fue memorable en la historia de Inglaterra por la restauracion de la dinastía de los Estuardos. La muerte de Cromwell abrió el camino á Carlos II para subir al trono de sus mayores y terminar los horrores de la revolucion. España, que le habia dado asilo en Bruselas, hizo con él un tratado de paz en que cedimos á la Inglaterra la plaza de Dunquerque y la isla de la Jamaica.

Celebráronse este año las bodas de Luis XIV con la infanta María Teresa. Felipe IV llevó en persona á su hija hasta el Vidasoa, adonde concurrió el rey de Francia con su corte. Los dos reyes tuvieron algunas conferencias en el salon de la isla de los Faysanes, donde el año anterior se habia firmado la paz de los Pirineos.

Este año murió el cardenal Mazarini. Menos ambicioso que Richelieu, pero mas avaro, mas confiado en sus astucias que en el vigor de su alma, supo

sostenerse hasta la muerte en el ministerio, á pesar del odio de la grandeza y de las maldiciones del pueblo, agoviado por las contribuciones. Tuvo la gloria de consumar el proyecto ideado por Enrique IV, y empezado á ejecutar por Richelieu, de colocar la Francia al frente de las naciones europeas.

La Francia y la Inglaterra, deseosas de debilitar la España todo lo posible, permitieron que los portugueses levantasen tropas en aquellos reinos, y el conde de Schomberg, general distinguido entre los franceses, vino á servir al rey de Portugal, que le empleó como maestre de campo en el ejército de Alentejo, mandado por el conde de Ataugia. 1661.

El plan de campaña de los españoles era atacar el Portugal por el Alentejo, la Beyra y la frontera del Miño, mientras una escuadra, mandada por el duque de Veraguas, cerraba el puerto de Lisboa. Este plan era desatinado, porque dividia las fuerzas españolas, y ninguno de los tres ejércitos que se formaron era suficiente para llegar hasta Lisboa, y concertar sus movimientos con los de la escuadra. El verdadero y vigoroso ataque debia ser por Estremadura, y á don Juan de Austria, que mandaba en aquella frontera, apenas se le dieron doce mil hombres, porque sus talentos y prendas eran odiosos á la reina, y mucho mas al ministro, hombre muy mediano, y por consiguiente muy envidioso de todos los que sobresalian por su mérito.

Asi esta campaña no tuvo resultados de consideracion. Don Juan de Austria tomó á Aronches y Alconchel por la ignorancia de los portugueses, que no conociendo cuán importantes eran estas plazas para los movimientos ulteriores, las habian dejado casi desguarnecidas. El duque de Osuna entró en Beyra y recobró á Albergaria. El marques de Viana puso

sitio á Valencia del Miño, y tuvo que levantarlo porque se le olvidó apoderarse del punto del Villar de Surargeyra, que dominaba sus reales, y los portugueses, apostados en aquel punto, le mataron mucha gente y le tenian casi rodeado. En fin, la escuadra destinada contra Lisboa zozobró en las costas de Andalucía, y se hicieron pedazos nueve galeras donde iban las tropas de desembarco.

Este año nació el príncipe don Carlos, que sucedió á su padre don Felipe IV, cinco dias despues de la muerte del príncipe Felipe Próspero, primer hijo varon de la reina Mariana de Austria. En el mismo año falleció don Luis de Haro, segundo valido del rey, cortesano, sin talentos militares, y mediano político; pero como no tenia las pretensiones ambiciosas de su antecesor el conde duque, no causó tantos males á la nacion, y aun se puede decir que hizo algun bien proporcionando la paz de los Pirineos, que aunque nada gloriosa era necesaria. Fue humano y afable, y bien querido de todos, escepto de la reina, que no podia sufrir el ascendiente que el ministro tenia sobre el ánimo de su esposo.

1662. A principios de este año dió la corte de Madrid un espectáculo, quizá único en los anales. Muerto don Luis de Haro se formó un ministerio compuesto del cardenal de Sandoval, el duque de Medina de las Torres y el conde de Castrillo. El marques de Liche, primogénito del ministro difunto, irritado de verse escluido de los empleos de su padre, formó el infernal proyecto de vengarse en la misma vida del rey, asesinando al mismo tiempo casi toda la corte. Para lograrlo hizo minar el teatro del Buen-Retiro, y poner en la mina barriles de pólvora, á los cuales debia darse fuego cuando el rey asistiese a la comedia. Descubrióse la conjuracion, y los cómplices del mar-

ques de Liche fueron castigados con el último suplicio; pero el rey, acordándose del afecto que habia tenido á su padre, perdonó al delincuente principal, y le dejó entregado á sus remordimientos. La clemencia del monarca hizo tan fuerte impresion en el ánimo de aquel jóven, que desde entonces solo buscó las ocasiones de prodigar en servicio de su rey y de su patria la vida que se le habia dejado, y al año siguiente espió su crímen, arrojándose entre las filas portuguesas, y peleando gloriosamente en la funesta batalla de Estremoz.

En la campaña de este año hizo don Juan de Austria mayores progresos, porque recibió refuerzos mas considerables. Se apoderó á vista del ejército enemigo, que no se atrevió á impedirlo, de Borba y Jurumeña. Derrotó la caballería portuguesa junto al rio Cellas, y se apoderó de Ocrato, Fonteyra, Monforte y otros pueblos del Alentejo. Entretanto el duque de Osuna tomó á Escalona, y el arzobispo de Santiago, que mandaba en la frontera del Miño, se apoderó de Portela y Castel-lindoro.

Don Juan de Austria abrió la campaña poniendo 1663.
sitio á Évora, capital del Alentejo. Don Sancho Manuel, célebre por la heróica defensa de Elvas, á quien se le habia dado en premio el título de conde de Villaflor, se puso en movimiento para socorrer aquella plaza importante; pero en la mitad del camino supo que habia caido en poder de los españoles. Desde este momento estuvieron indecisos ambos generales, y fueron inciertos los movimientos de los ejércitos. Ambos querian pelear, pero ambos lo temian; don Juan de Austria por no perder la gloria que habia adquirido; el general portugués porque derrotado su ejército quedaba descubierta Lisboa, y el reino espuesto á una perdicion inevitable. Parece

pues que uno y otro dejaron la suerte de la campaña al arbitrio de la fortuna.

Don Juan de Austria envió una division á Alcázar do Sal con el objeto de alarmar á Lisboa, y Villaflor se presentó con su ejército cerca de Évora, separado del español por el rio Degeba. Don Juan, viendo que los portugueses, aunque inferiores en número, estaban dirigidos por el conde de Schomberg, general muy hábil, y que no le ofreceria ocasion de pelear con ventaja, determinó volverse á Badajoz, dejando fuertes guarniciones en las plazas conquistadas del Alentejo. Los portugueses le siguieron, y determinaron atacarle cuando llegó á Ameygial. Los españoles fueron desalojados de las alturas que ocupaban; pero se apostaron en las de enfrente, poniendo su caballería en el valle intermedio que era muy angosto. Los portugueses hicieron lo mismo, y á media tarde se hizo general el combate. Duró muy obstinado hasta entrada la noche, y Villaflor no conoció que habia vencido hasta que á la mañana siguiente vió que los españoles se habian retirado, dejando el campo cubierto de muertos y heridos, muchos prisioneros, entre ellos mil cuatrocientos de caballería, dos mil carros de municiones, cajas militares, ocho cañones y un mortero. La victoria costó á los portugueses cinco mil hombres.

Esta es la famosa batalla de Ameygial, llamada impropiamente de Estremoz, mas funesta á España por el ánimo que inspiró á los portugueses que por la pérdida que sufrió en ella. Adivinóse desde entonces que Portugal quedaria independiente. Esta desgracia se atribuyó á la falta de un plan fijo de campaña, arreglado á los medios que los españoles tenian á su disposicion, porque tomada Évora tenian fuerzas suficientes para sostenerse en el Alentejo,

pero si habian de hacer la guerra ofensiva necesitaban de un ejército mayor. El fruto inmediato de esta victoria fue la plaza de Villaflor, de que se apoderaron los portugueses.

El duque de Osuna vengó en parte la derrota de Estremoz, batiendo en Valdemula al ejército portugués de la Beyra que constaba de doce mil hombres.

La campaña de este año fue tambien desgraciada. El ejército de Estremadura no pudo salir de Badajoz, y los portugueses se apoderaron de Valencia de Alcántara que hizo una valerosa resistencia. El duque de Osuna sitió á Castel Rodrigo, y Magalaes, general portugués de aquella frontera, acometió las líneas con un ejército muy inferior en número, y arrojó de ellas á los españoles, que dejaron mil doscientos muertos, y perdieron la artillería, las municiones y el bagage. 1664.

A pesar da la debilidad visible en que habia caido la monarquía, auxilió España al emperador Leopoldo, atacado por los turcos, manteniéndole á su costa un cuerpo de doce mil infantes y seis mil caballos. Este sacrificio escesivo de dinero se hizo por dar gusto á la reina, que entonces dominaba el ánimo del rey, y que ademas de socorrer á su familia con aquella suma, lograba que no se emplease en auxiliar el ejército de Portugal. Aborrecia á don Juan de Austria, y aunque fuese en daño del reino se complacia en sus derrotas, y procuraba por todos los medios posibles impedir que hiciese progresos y adquiriese gloria. Don Juan de Austria, que conocia muy bien la disposicion de la corte, pidió su dimision y la obtuvo. Se le puede llamar el *último de los españoles*, porque en la triste época de nuestra decadencia despues de él se estinguió el espíritu guerrero y las tradiciones militares y políticas del siglo de Carlos V.

1665. Esta campaña puso el sello á las calamidades de la nacion. Don Luis de Benavides, marques de Caracena, fue nombrado general del ejército de Estremadura, y como no habia contra él el odio ni los zelos que contra su antecesor, se le dieron todos los medios necesarios para vencer. Las mejores tropas de Italia y de Cataluña reforzaron su ejército, que ascendió entonces á quince mil hombres de infantería y seis mil quinientos caballos, con los trenes correspondientes de artillería y municiones. El marques, que se habia jactado en Madrid de penetrar hasta Lisboa, llevó este brillante ejército al degolladero. En las llanuras de Montesclaros, cercanas á Villaviciosa, peleó con el ejército portugués, mandado por el marques de Marialva. La batalla duró ocho horas, en que se combatió con el valor propio de dos naciones guerreras, rivales y enojadas. La victoria coronó los esfuerzos de los portugueses. Los españoles perdieron cuatro mil soldados muertos, otros tantos prisioneros, catorce piezas de artillería y la mayor parte del bagage. Sin embargo la retirada se hizo en buen orden, porque la pérdida de los portugueses fue la mitad de la del ejército español, y no se hallaban en estado de aprovecharse de su victoria.

La noticia de esta derrota causó al rey un desmayo, del cual no volvió sino para sumergirse en una profunda melancolía, que le condujo al sepulcro el diez y siete de setiembre á los sesenta años y cinco meses de edad y cuarenta y cuatro de su reinado. De su primera muger Isabel de Borbon tuvo muchos hijos, pero solo le sobrevivió la infanta María Teresa, casada con Luis XIV, rey de Francia. De su segunda muger Mariana de Austria tuvo tres hijos y una hija, y solo le sobrevivieron su sucesor Car-

los II y Margarita que casó con Leopoldo, emperador de Alemania.

El rey dejó á Carlos II de menor edad, bajo la tutela de la reina viuda su madre, y bajo la regencia de la misma reina y de un numeroso consejo.

El reinado de Felipe IV es uno de los mas dignos de estudiarse en nuestra historia, porque en él se hizo casi insensiblemente una de las mas grandes revoluciones que ha sufrido la monarquía en cuanto al poder y los conocimientos. El carácter personal del rey prometia mucho: era perspicaz, amante de la patria y de la gloria, generoso y magnánimo; solo se le notaba el escesivo amor á las diversiones y al bello sexo; pero este defecto muy comun, no solo en los príncipes, sino tambien en el resto de los hombres, produjo en su ánimo gracias á los cuidados de su primer valido, una indolencia general para todo lo que no fueran placeres que jamás pudo vencer despues aun cuando conocia y casi tocaba los males que habia producido. De aquí resultó que separado del gobierno el conde duque admitió otro segundo privado, y despues de la muerte de don Luis de Haro entregó su confianza á la reina. Reinó sin mandar; y el arte del gobierno, que no se adquiere sin la esperiencia y la meditacion, fue para él incómodo é insufrible porque no se acostumbró á mandar desde jóven. Su reinado fue, propiamente hablando, el del conde duque, pues los que sucedieron á éste harto tuvieron que hacer con recibir la funesta herencia de las calamidades que dejó á la monarquía.

Para conocer cuán grandes fueron basta considerar que Felipe III dejó á su hijo la corona rodeada de la misma gloria y esplendor que tuvo á fines del

reinado de Felipe II: España era entonces acatada de las naciones; su política dominaba en toda Europa, y sus generales sostenian dignamente su política. Pues al morir Felipe IV el poder español era desconocido en Alemania, casi nulo en Italia, y los ejércitos que impusieron respeto á la Francia y temor á los pueblos feroces del Norte, eran vencidos por los portugueses, inferiores en número y en recursos. Nuestros antiguos hombres de estado se convirtieron en cortesanos; nuestros generales que antes se educaban en los campos de batalla, empezaron á formarse en las antesalas de los ministros, y cuando la guerra empezó á ser un estudio muy serio en Francia, Alemania é Inglaterra, en España se dejaban olvidar y perder hasta las tradiciones de nuestra táctica y estratégia, de la cual habian aprendido los estrangeros los primeros rudimentos de la ciencia bélica. Tales fueron los resultados de la administracion del conde duque, el cual no reconociendo mas mérito en los hombres que la sumision á sus voluntades, acostumbró los diplomáticos y los militares á ser inútiles y á adular.

Los conocimientos y la literatura sufrieron otra revolucion paralela á la de la política, y cuyos resultados fueron no menos funestos. A las inmortales producciones del siglo XVI y principios del XVII sucedieron los equívocos, los juegos de palabras, el culteranismo y la afectacion, vicios literarios que estaban muy en armonía con los vicios políticos de aquel tiempo. En vano el genio de Quevedo, auxiliado con una gran instruccion, le sugirió pensamientos grandes y elevados: la corrupcion del siglo le infestó, y fue uno de los propagadores del mal gusto. En vano Calderon perfeccionó el género dramático, creado por Lope de Vega; en vano

Moreto manejó un pincel cómico tan vigoroso como el de Plauto; la afectacion y el gongorismo afearon sus mas bellas producciones, y los que tuvieron imitadores felices en Francia é Inglaterra no dejaron en su misma patria sino herederos de sus defectos. Felipe IV, amante y cultivador de la poesía, contribuyó á la propagacion del mal gusto favoreciéndole. Asi se estinguió en España la antorcha del saber al mismo tiempo que el esplendor de la gloria nacional.

La enfermedad mortal estaba ya arraigada en las entrañas de la nacion. El reinado de Carlos II no fue mas que una larga agonía en que se desenvolvieron todos los síntomas del mal: su crisis fue la guerra casi civil de la sucesion.

REINADO

DEL S.R D. CARLOS II.

CAPÍTULO XIII.

Principios del reinado de Carlos II. Regencia de la reina madre. Continuacion de la guerra de Portugal. Guerra de Francia. Paz de Lisboa. Paz de Aix-la-Chapelle. Espulsion del padre Nithard.

INTERVALO DE CINCO AÑOS Y MEDIO, DESDE 1665 HASTA 1670.

1665. Carlos II sucedió á su padre á la edad de cuatro años, y la reina viuda ejerció con un poder absoluto la autoridad de la regencia, porque el consejo establecido por el testamento del rey difunto, se le sometió enteramente, tanto por la influencia de la corte de Viena, á cuyos intereses atendia la reina mucho mas que á los de España, como por el dominio que sus gracias y amabilidad ejercian sobre los corazones. Elevó á su confesor el padre Juan Everardo Nithard, jesuita aleman, á la dignidad de inquisidor general, y le dió entrada en el consejo de estado, donde en breve se hizo el árbitro de las determinaciones. Tenia firmeza de ánimo y virtudes religiosas; mas ca-

recia de prendas políticas y aborrecia á los españoles que le pagaban en la misma moneda, principalmente cuando aumentando con sus persuasiones el odio de la reina á don Juan de Austria, se le obligó á éste á huir de la corte y retirarse á Consuegra, residencia propia suya, como gran prior que era de Castilla. Separado de los negocios el único hombre que por sus grandes calidades podia hacer frente á Nithard, se vió en las inespertas manos de este valido el cetro de la monarquía española.

La guerra de Portugal no tuvo sucesos decisivos 1666. porque ambas potencias beligerantes eran débiles y estaban mal gobernadas. La reina viuda de Portugal murió, y el rey don Alonso, cuyas pasiones eran violentas, entregado á favoritos corrompidos, empezó á mirar con envidia el afecto que los portugueses manifestaban á su hermano el infante don Pedro. Esta discordia sembró la corte de intrigas y paralizó las operaciones militares que se redujeron á hacer correrías en las tres fronteras de Galicia, Beyra y Estremadura. El conde de Prado, general portugués, pasó el Miño y taló todo el pais hasta Bayona, de donde volvió cargado de botin; pero Silva de Souza, que pretendió hacer otro tanto en la Estremadura española, fue derrotado por nuestra caballería entre Badajoz y Campomayor; y perseguido por el príncipe de Parma, se refugió en Portugal con pérdida de quinientos prisioneros Pantoja, comandante español en la frontera de Tras-los-montes, pasó el Tamega y saqueó todos los pueblos de su ribera.

Guerra mas grande y peligrosa preparaba á la España la ambicion del gabinete francés. Luis XIV, á pesar de la solemne renuncia hecha por la infanta María Teresa cuando casó con él, pretendia que aquel acto no debia entenderse de la Flandes, el Braban-

te y el Franco Condado, paises en donde las leyes daban mas derecho á las hembras que en las demas provincias de la monarquía española. Este era el pretesto de la guerra qué preparó contra España apenas murió Felipe IV. La verdadera causa era el deseo de redondear sus estados, y engrandecerse á costa de una monarquía ya debil y administrada por una muger y un religioso, cuando la Francia tenia un gobierno fuerte, un erario rico, mucha y belicosa poblacion y escelentes generales. La corte de Viena no auxilió á la España en esta guerra, lo que dió motivo á sospechar que el oro ó las promesas del gabinete de Paris la habia neutralizado. Sin embargo la rama austriaca de Alemania no debió olvidar nunca cuántos sacrificios y pérdidas habia hecho y sufrido la España para sostenerla en la terrible lucha de los treinta años.

Este año la guarnicion española de Larache, compuesta de solo ciento cincuenta hombres, rechazó un ejército de cuatro mil moros que emprendieron apoderarse de aquella fortaleza.

1667. Los franceses abrieron la campaña por la toma de Charleroi, de que se apoderó Turena mientras tres cuerpos numerosos, mandados por Luis XIV, el mariscal de Aumont y el marques de Crequi penetraban en el centro de la Flandes, defendida por un pequeño ejército de seis mil hombres, cuyo general era el conde de Marsin, y por plazas mal guarnecidas y peor pertrechadas. Ath, Tournay, Bergues, Furnes, Armentieres y Courtrai se defendieron dos ó tres dias. En Doway hubo que abrir trinchera, y se rindió al quinto dia del sitio, Udenarda al tercero, y Lila que estaba bien fortificada y tenia una guarnicion de dos mil hombres de infantería y ochocientos de caballería, mandados por el conde de Croy, nu-

litar de esperiencia y valor, capituló á los nueve dias de haberse comenzado el sitio; de modo que el conde de Marsin que venia á socorrerla, se retiró al Brabante, aunque no sin alguna pérdida, pues atacada su retaguardia por el marques de Crequi, los españoles pelearon á la verdad con su acostumbrado valor; pero les fue forzoso ceder al número, perdiendo ochocientos hombres entre muertos, heridos y prisioneros. La pérdida de los franceses fue mayor, pues pasó de mil hombres, entre ellos muchos oficiales.

El estado de debilidad en que se hallaba la España hubiera espuesto esta vasta monarquía á las 1668.
agresiones de la Francia, si el sistema de equilibrio imaginado por Isabel y perfeccionado por Richelieu no hubiera opuesto un obstáculo invencible á las empresas de Luis XIV. Las mismas potencias que fueron enemigas de la España cuando dominaba en Europa se hicieron aliadas suyas para impedir el demasiado poder de la casa de Borbon. La Holanda y la Inglaterra se ofrecieron por mediadoras para terminar la lid, y el rey de Francia, que no se hallaba en estado de aumentar el número de sus enemigos, admitio su mediacion, poniendo por condicion de la paz que se le cediesen las plazas conquistadas en Flandes, ó su equivalente en el Luxemburgo ó en el Franco Condado. Esta condicion pareció muy honerosa a la corte de España, y la guerra prosiguió.

Luis XIV conquisto en la campaña de este año el Franco Condado. Este pais afectísimo a la España, que le habia conservado sus antiguos fueros, hubiera opuesto la misma resistencia que á Enrique IV y á Richelieu si las tropas de línea hubieran sido mas numerosas. Mas casi no habia guarniciones en las plazas, y así la conquista de esta provincia se efectuó en menos de un mes. Dole fue la única fortaleza que

se defendió con algun vigor, mas le fue forzoso capitular apenas la brecha estuvo practicable.

Carlos II, rey de Inglaterra, ofreció su mediacion para la paz entre Portugal y España con dos objetos: el primero, asegurar la independencia de Portugal, y con ella el comercio lucrativo que ya empezaba á hacer la gran Bretaña con aquel reino: el segundo, dejar á la España libre de esta guerra casi intestina para que pudiese resistir con todas sus fuerzas á la ambicion de la Francia, temible ya á las potencias de Europa. Entrambos gabinetes aceptaron la mediacion, y la paz se firmó en Lisboa el trece de febrero. La independencia del Portugal fue reconocida con todos los dominios que poseia antes de su reunion á la España, escepto la plaza de Ceuta que se agregó á nuestra monarquía.

El rey don Alonso de Portugal empezó las negociaciones, mas no las concluyó. Su hermano el infante don Pedro le despojó de la diadema, le confinó á las islas Terceras, hizo declarar nulo por causa de impotencia el matrimonio de Alonso con la princesa de Nemours, y obtenida la correspondiente dispensa se casó con ella.

El consejo de España, libre de la guerra de Portugal, resolvió enviar á don Juan de Austria por gobernador de los Paises Bajos, no tanto porque se creian necesarios en aquellos dominios sus talentos militares, como por quitar de la vista del padre Nithard el objeto de sus temores y de su aborrecimiento.

La Holanda y la Inglaterra se asociaron con la Suecia para aumentar la fuerza de la mediacion y acabar una guerra, cuya continuacion no podia tener otro efecto que aumentar el poder de la Francia. Señalóse la ciudad de Aix-la-Chapelle para celebrar

el congreso, y la paz se firmó el dos de mayo. Por ella perdió la España aquella parte de la Flandes que, unida desde entonces á la Francia, fue conocida con el nombre de Flandes francesa. Sus principales plazas son Lila, Tournay y Udenarda. El Franco Condado fue restituido á la España. Esta paz solo fue una tregua. Luis XIV deseaba aumentar sus conquistas y vengarse de los holandeses, cuya intervencion le habia obligado á deponer las armas contra su voluntad. Se entendió pues en Europa que la Francia volveria á pelear apenas consiguiese separar la alianza que habian formado las tres potencias mediadoras.

Por esta razon la regenta de España determinó enviar á los Paises Bajos refuerzos considerables con el gobernador don Juan de Austria. Este príncipe estaba ya para embarcarse cuando supo que don José Malladas, á quien tenia mucho afecto, habia sido preso en Madrid á las once de la noche y ahorcado dos horas despues por orden de la reina sin que nadie supiese la causa de su prision y suplicio. Don Juan la atribuyó á la malquerencia del padre Nithard contra todos sus amigos, y desde entonces resolvió hacer salir de España á aquel religioso ó perecer en la demanda.

Suspendió su viage, y para disculparse alegó á la reina el mal estado de su salud y los dictámenes de sus médicos que aseguraban que el clima de Flandes le seria pernicioso. La reina dió el gobierno de los Paises Bajos al condestable de Castilla, y mandó á don Juan que se retirase á Consuegra. Bien quisieran ella y el padre Nithard que se le formase causa por inobediente; mas el consejo, sumiso en todo á las órdenes de la reina, jamás quiso complacerla en esta parte ni vender al odio de un estrangero la sangre de sus reyes. Otro acto de arbitrarie-

dad dió fin á la ignoble tiranía de Nithard. Hizo prender á don Bernardo Patiño, primer secretario de don Juan, y envió á Consuegra al marques de Salinas con orden de arrestar al príncipe. Este lo supo á tiempo, y se escapó á Aragon, dejando una carta escrita para la reina, en la cual le pide sin rebozo el destierro del padre Nithard.

El palacio, la corte y las provincias se alborotan con estas discordias, y aunque no faltaban partidarios al confesor de la reina, era mucho mayor el número de los que le aborrecian, tanto por su mala administracion, como por su enemistad declarada á don Juan de Austria, que era muy querido de la nacion. Asi no fue difícil á este príncipe hacerse fuerte en Jaca, de donde pasó á Flix, y despues á Zaragoza, siendo recibido en todas partes con aclamaciones y fiestas.

1669. Animado con las voces del pueblo, escribió á la reina exigiendo la separacion de Nithard; marchó á Castilla, llegó á Guadalajara el veinte y tres de febrero, y pasó á Torrejon de Ardoz, á tres leguas de Madrid, donde puso su gente en orden de batalla. Algunos grandes ofrecieron á la reina sus servicios en aquel peligro por medio del presidente de Castilla; mas los ministros se negaron á firmar las órdenes necesarias para poner la corte en armas, y el cardenal de Aragon y el conde de Peñaranda persuadieron á la regenta que no diese el primer grito de la guerra civil. Fue preciso pues firmar el decreto de estrañamiento de su confesor. Este partió el veinte y seis de febrero acompañado de muchas maldiciones y algunas pedradas del populacho. Retiróse á Roma, donde vivió en un convento de su orden hasta que el Papa Clemente X, á instancia de la reina, le nombró arzobispo de Edesa.

Don Juan de Austria entró en Madrid y alcanzó de la reina todas las condiciones que quiso en una especie de tratado que se celebró bajo la garantía del nuncio de su Santidad. Obtuvo el gobierno de las tres provincias de la corona de Aragon con el título de vicegerente de S. M. Asi concluyeron las discordias que amenazaron á la España una guerra civil, funesta en todos tiempos á los estados, y entonces ignominiosa por el motivo ridículo que hubiera tenido.

En este año Morgan, gefe de los piratas de las Antillas, conocidos con el nombre de Flibusteros, saqueó á Portobelo.

Se sosegaron las rebeliones de Cerdeña y Valencia que habian comenzado el año anterior. Fue notable la crueldad del duque de San German, encargado de someter los sediciosos de Cerdeña.

Luis XIV consiguió disolver la triple alianza, separando de ella á Carlos II, rey de Inglaterra, príncipe voluptuoso y pródigo, ganándole á fuerza de oro, y renovando la antigua alianza de la Francia con la Suecia; de modo que los holandeses se quedaron desamparados y espuestos al poder y al resentimiento de un monarca que aun no habia aprendido en la escuela del infortunio á moderar su orgullo. 1670.

CAPÍTULO XIV.

Continuacion de la regencia. Guerra de Holanda. Batalla de Senes. Batalla de Morellas. Rebelion de Mecina. Muerte de Turena. Fin de la regencia. Batalla naval de Palermo.

INTERVALO DE SEIS AÑOS, DESDE 1671 HASTA 1676.

1671. La Holanda, amenazada del resentimiento de un rey poderoso y de las fuerzas navales de la Inglaterra, recurrió al enemigo natural de la Francia que era la casa de Austria. La regenta de España y el emperador hicieron alianza defensiva con aquella república, y la corte de Madrid envió un refuerzo considerable de tropas á los Paises Bajos. Esta alianza era dictada por la buena política que manda no permitir la opresion de los estados de segundo orden. No fue menos sensata la conducta del gabinete español con respecto al Portugal. El conde Castel-melhor, favorito del rey destronado Alfonso VI, y causa de su ruina, pidió socorros á la España para quitarle la corona al rey don Pedro y restituirla á su hermano. La regenta desechó con indignacion esta propuesta que aceptada hubiera empeñado la España en una guerra tan inútil como ruinosa á favor de un príncipe aborrecido contra un rey querido y respetado de los portugueses.

Morgan volvió á atacar las posesiones españolas. Se apoderó de la isla de Santa Catalina y saqueó á Portobelo y Panamá.

Este año hubo en el Escorial un incendio que consumió parte de la biblioteca, y en ella una multitud de libros y manuscritos árabes y griegos.

1672. Luis XIV y Carlos II declararon la guerra á la

Holanda; y mientras el ejército francés, compuesto de ciento doce mil hombres, y mandado por el rey en persona, el mariscal de Turena y el gran Condé penetraba por el Mosa en las provincias de Gueldres, Over-Issel y Utrecht, y llegaba casi hasta las puertas de Amsterdam la escuadra combinada, compuesta de cien velas inglesas y treinta buques franceses de cincuenta cañones, amenazaba las costas de la república. El almirante holandés Ruyter salvó su patria en esta campaña. Buscó las escuadras enemigas en las mismas costas de Inglaterra; les dió una terrible batalla que duró un dia entero, y aunque la victoria quedó indecisa, logró el fin que se habia propuesto, que era poner las costas de Holanda al abrigo de toda invasion marítima, y hacer que entrase en el Tejel la flota que venia de Indias ricamente cargada.

Mas la Holanda, acometida por tierra sin tener para su defensa mas que un ejército colecticio sin orden ni disciplina, era ademas trabajada por las divisiones intestinas. Desde 1660 se habia abolido el estatuderato, poseido antes por la familia de Orange. Guillermo, jóven de veinte y un años, heredero del nombre, el valor y la política de los Maurícios y Federicos, aspiraba á que se restableciese aquella dignidad. El partido de los republicanos rígidos, á cuya frente estaban el gran pensionario Dewitt y su hermano, preferian ser súbditos de un monarca estrangero á la prepotencia de la casa de Orange. Esta discordia civil terminó en una conmocion popular, en la que perecieron los Dewitt, se restableció el estatuderato, y se puso en manos del príncipe de Orange toda la autoridad militar y civil de la república.

Ya empezaban á sentirse los efectos de la riva-

lidad de la casa de Austria. Un ejército imperial marchaba por la Westphalia, y Turena tuvo que evacuar la Holanda para oponérsele, al mismo tiempo que el conde de Monterrey, gobernador de los Paises Bajos, despues de bien guarnecidas sus plazas, envió al de Orange un cuerpo auxiliar de doce mil hombres de buenas tropas.

El duque de Luxemburgo que mandaba en la provincia de Utrech se mantuvo en ella hasta el invierno, y Guillermo no solo le hizo frente, si no arrojó al duque de Duras que mandaba otro cuerpo francés de la línea del Mosa, amenazando al ejército que bloqueaba á Mastrick, é insultando á Charleroi. Asi terminó esta célebre campaña, en la cual atendidos sus principios parecia infalible la ruina de la república holandesa.

1673. La campaña siguiente fue mas sangrienta por mar, porque la escuadra combinada llevaba á bordo un cuerpo de tropas de desembarco, mandadas por el conde de Schomberg, que debia desembarcar en Holanda para reunirse con el ejército francés: tres veces atacó á la escuadra holandesa, mandada por Ruyter; tres veces quedó la victoria indecisa, y las playas holandesas seguras.

Entretanto el conde de Monterrey declaraba la guerra á la Francia, y sus tropas reunidas con las de Guillermo se apoderaban de Naarden. Luis XIV que desde el año anterior habia mandado bloquear á Mastrick aparentó insultar á Bruselas para hacer que los españoles por defender la capital de los Paises Bajos abandonasen al príncipe de Orange. En efecto Monterrey amedrentado con aquella repentina invasion concentró todas sus fuerzas en el Brabante, y el rey de Francia marchó sobre Mastrick, le puso sitio, y se apoderó de esta plaza en ocho dias, sin que

el príncipe de Orange, debilitado por la separacion de las tropas españolas, pudiese socorrerla.

A pesar de la toma de Mastrick fue preciso que los franceses abandonasen el territorio holandés. El príncipe de Condé no pudo penetrar como queria en el centro de la Holanda, porque los holandeses habian roto los diques é inundado el pais desde la campaña anterior. Turena no pudo impedir que el ejército imperial, mandado por Montecuculi, se uniese con el del príncipe de Orange, ni salvar á Bona que cayó en poder de los holandeses. Los príncipes del Norte de Alemania, que en la guerra de los treinta años habian hecho causa comun con la Francia, medrosos del escesivo poder de esta potencia, se ligaban ahora con el imperio y la España; y en fin, el parlamento de Inglaterra, indignado de ver las escuadras inglesas pelear al sueldo de Luis XIV, obligaron á Carlos II á hacer la paz con las provincias unidas. Era imposible pues conservar la posicion de Utrecht, y los ejércitos franceses se concentraron entre el Mosa y el Rin.

Los habitantes del Franco Condado, que temian verse otra vez espuestos á los estragos de la guerra, apenas vieron rota la paz entre España y Francia, obligaron al gobernador español á salir del pais. La España y el imperio enviaron tropas para recobrarlo; mas los suizos, ganados por el oro de la Francia, negaron el paso, y de este modo proporcionaron á Luis XIV una conquista fácil.

En la frontera de Cataluña los españoles intentaron apoderarse del Boló; pero el teniente general Bret les salió al encuentro y los rechazó despues de un combate bastante porfiado.

Al mismo tiempo que se hacian los preparativos 1674.
mas formidables para la campaña, se daban á la Eu-

ropa esperanzas de paz por medio de un congreso reunido en Colonia; pero el emperador Leopoldo hizo prender contra el derecho de gentes al príncipe Guillermo de Furstemberg, plenipotenciario del elector de Colonia, y la Francia que deseaba continuar la guerra se valió de esta ocasion, y dió orden á sus plenipotenciarios de retirarse del congreso.

La conquista del Franco Condado solo costó seis semanas á Luis XIV. Besanzon y Dole fueron las únicas plazas que hicieron verdadera resistencia. La primera se rindió al rey despues de diez y nueve dias de sitio, quedando la guarnicion española prisionera de guerra. Una parte de ella, indignada de esta condicion, formó el atrevido proyecto de abrirse paso por medio de los cuarteles enemigos, y pereció toda entera oprimida por la superioridad del número, despues de haber hecho gran destrozo en las tropas francesas. Dole resistió solo cinco dias. Asi perdió la España aquella provincia. Desde entonces quedó incorporada en la corona de Francia.

La campaña de Flandes fue mas sangrienta y menos decisiva. El príncipe de Condé mandaba en los Paises Bajos un ejército de cuarenta mil hombres, el de los enemigos, compuesto de holandeses, españoles y alemanes, era de sesenta mil soldados, y estaba á las órdenes del príncipe de Orange que tenia el título de generalísimo. Los españoles ocupaban los fuertes de Erklens, Navague y Argenteau, que impedian á los franceses enviar provisiones á Mastrick por el Mosa, y favorecian los proyectos del príncipe de Orange que queria atacar aquella plaza, pero el mariscal de Bellonds los desalojó de aquellos puntos y destruyó las fortificaciones. Entonces el príncipe resolvió el sitio de Grave, que encargó al general Ravenhaut, y determinó esperar al prín-

cipe de Condé que amenazaba por el camino de Charleroi. Los dos ejércitos se avistaron en Senes. Condé esperó á que pasasen por un desfiladero la vanguardia y el centro, y atacó la retaguardia donde iban los españoles con mucha ventaja. El de Orange revolvió con todas sus fuerzas, restableció el desórden causado por el ataque inesperado de los franceses, y entonces se empeñó una de las batallas mas sangrientas que refiere la historia. Tres veces cesó el combate, y tres veces se volvió á él con el mayor encarnizamiento. En fin, despues de doce horas de matanza cesó la pelea á las once de la noche. Al dia siguiente se retiraron los dos ejércitos del campo de batalla, sin que ninguno de ellos pudiese cantar la victoria. Mas de veinte y cinco mil cadáveres de las cuatro naciones beligerantes cubrian los campos que se estienden desde Senes hasta Say, donde concluyó la accion.

La plaza de Grave, que estaba fuera de la línea del ejército de Condé, se rindió á los holandeses.

No fue menos sangrienta la célebre campaña que el mariscal de Turena hizo este año en las orillas del Rin. Mandaba un cuerpo de veinte mil hombres, y tenia á su opósito un ejército de setenta mil alemanes que habian ocupado la Alsacia. La habilidad del general frances y la celeridad y exactitud de sus marchas suplió la inferioridad del número. Batió en Sintzheim al general Caprara, en Lademburg al duque de Lorena, que por su alianza con el Austria habia perdido sus estados, y en Turkein al elector de Brandemburg, generalísimo de los ejércitos del emperador; echó á los austriacos al otro lado del Rin, cubrió la Alsacia, la Lorena, y los tres obispados de Metz, Toul y Verdun, y ocupó y devastó el Palatinado.

En la frontera de Cataluña el duque de San German, general del ejército español, fingió atacar á Baños para atraer sobre aquel punto el grueso de las tropas francesas, mandadas por el conde de Schomberg, y revolver sobre el castillo de Bellegarde. Consiguió el objeto que se proponia, y aquel castillo cayó en poder de los españoles. San German se apostó en Morellas, y el general francés se redujo á impedir que se acercase á Perpiñan.

El general español fingió que proyectaba retirarse á Cataluña, y en efecto empezó á hacer desfilar algunas tropas. El general Bret, queriendo manifestar que se le habia hecho agravio dándole sucesor en el mando de la provincia y ejército, persiguió á los españoles con toda la caballería sin orden de su general, y cayó en el lazo que San German le habia dispuesto. La infantería española se levantó repentinamente de las quiebras de las montañas, y cayó sobre la caballería enemiga, que en un pais montuoso hubiera sido enteramente muerta ó prisionera, si Schomberg no hubiera venido á su socorro y ocupado el paso de los desfiladeros por donde tenia la retirada antes que los españoles pudiesen tomarlos. Mas aun asi perdieron tres mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros, siendo de estos últimos un hijo del general Schomberg. Tal fue el resultado de la batalla de Morellas. El duque de San German, aunque victorioso, se veia precisado á retirarse á Cataluña, porque una parte de su ejército era necesaria en Sicilia. Para hacer esta retirada sin ser incomodado por los franceses amenazó á Colibre, y mientras Schomberg marchaba para cubrir aquella plaza y mejorar sus fortificaciones, el ejército español pasó sin obstáculo los desfiladeros, y se apostó en la frontera de Cataluña.

La rebelion de Mecina, una de las capitales de la Sicilia, fue asi. Don Luis de Hoyo, gobernador de aquella plaza, determinó sostituir á su régimen municipal otro que dejase mas amplitud á la autoridad de los gobernadores. El pueblo y el senado se levantaron contra él, y se le dió por sucesor á don Diego de Soria, marques de Crispano. Este creyó sofocar el espíritu de rebelion, prendiendo á todos los senadores, y el pueblo tomó las armas, se apoderó de todos los fuertes, escepto el castillo de San Salvador, y pidió auxilio á la Francia. El gobernador recibió socorros del ejército de Cataluña, atacó al pueblo, y fue rechazado con mucha pérdida. Una escuadra francesa llegó al puerto sin que la española, mandada por don Beltran de Guevara, lo impidiese, y trajo á los rebelados algunos víveres y tropas, mandadas por el caballero Valbelle. El primer cuidado de éste fue apoderarse del castillo de San Salvador, que su gobernador defendió con mucho valor. Pero Valbelle hizo minar las fortificaciones, intimó la rendicion antes de poner fuego á las minas, y el gobernador capituló la entrega del castillo si no era socorrido en el término de ocho dias.

Este año se encendió la guerra en el Norte de 1675.
Alemania. La Suecia, solicitada por Luis XIV, se declaró contra el elector de Brandemburgo, que tuvo por auxiliares al duque de Brunswick y al rey de Dinamarca.

El príncipe de Orange se reunió á principios de la campaña con el duque de Villahermosa que habia sucedido á Monterrey en el gobierno de los Paises Bajos para oponerse á las empresas de los franceses, que habiéndose apoderado de Lieja y Herbay amenazaban á Luxemburgo por un lado y á Mons por otro. Luis XIV tomó á Dinant, Huy y Limburgo

con tanta rapidez, que los aliados no tuvieron tiempo de socorrerlas. Impidió despues la union del ejército que mandaba el duque de Lorena con el del príncipe de Orange, y se apoderó de San Tront y Tirlemont. Aquí cesaron los progresos del ejército francés de los Paises Bajos, porque fue necesario reforzar el del Rin y el del Mosela.

Los imperiales pusieron al frente de sus tropas á Montecuculi, digno rival del mariscal de Tureno. La campaña de movimientos que hicieron en el Rin prueba la profunda inteligencia de uno y otro. Cerca de la aldea de Saltzback una bala de cañon derribó muerto á Turena en el momento que buscaba sitio á propósito para una batería. Así acabó uno de los mas grandes guerreros que ha tenido la Francia, comparable en su profundo conocimiento del arte militar á nuestro Gonzalo Fernandez de Córdova.

La muerte de Turena proporcionó á Montecuculi ocupar la Alsacia, ahuyentar de ella al ejército francés y sitiar sus plazas fuertes. Al mismo tiempo el mariscal de Crequi, queriendo socorrer á Treveris, sitiada por un cuerpo de veinte mil imperiales, fue derrotado, quedando casi todo su ejército muerto ó prisionero. Crequi, que logró penetrar en la plaza, quedó prisionero, cuando poco despues la tomaron los alemanes. Estos reveses obligaron á Luis XIV á dar al príncipe de Condé el mando del ejército del Rin, dejando en Flandes al mariscal de Luxemburgo para que defendiese lo conquistado.

En el Rosellon los españoles se mantuvieron sobre la defensiva. Schomberg se apoderó de Figueras, que entonces era una plaza insignificante, y de Ampurias. Los miqueletes de Cataluña se contentaban con hacer la guerra de montaña, interceptándole los convoyes y matando los soldados que se separaban de sus

cuerpos. Schomberg sitió y tomó á Bellegarde, se apoderó del fuerte de la capilla, construido el año anterior por los catalanes sobre una roca inaccesible; y penetrando en la Cerdania exigió contribuciones de todo aquel pais.

Entretanto la corte de Francia no descuidaba los negocios de Sicilia. Ademas de un nuevo socorro que entró en Mecina sin ningun obstáculo, á las órdenes del marques de Valavoir, envió al duque de Vivonne con una escuadra que encontró en el Faro con la española, mandada por el marques del Viso. Empeñóse el combate, y en lo mas fuerte de él salió de Mecina el caballero de Valbelle con sus navíos, y atacó á la escuadra española, que desordenada tuvo que huir á Nápoles, habiendo perdido cuatro navíos y muchísima gente. Vivonne entró en Mecina, fue reconocido como virrey de S. M. Cristianísima, y sacando sus tropas á campaña se apoderó de Augusta y Leontini.

La reina madre determinó enviar á don Juan de Austria á Sicilia con el título de vicegeneral de los estados de S. M. en Italia, esperando que su presencia en ellos acabaria con el espíritu de rebelion, y temiendo por otra parte que aquel príncipe estuviese en España cuando el rey llegase á mayor edad. Sus temores no eran vanos, como despues veremos. Al mismo tiempo se solicitó y alcanzó de los holandeses que el almirante Ruyter viniese al Mediterráneo para oponerse á los progresos de la escuadra francesa. En efecto aquel célebre marino pasó á las costas de Cataluña, donde debia unírsele don Juan de Austria, que para el efecto habia ido á Barcelona; pero el término de la regencia se habia ya cumplido: el rey llegó á su mayor edad, y escitado por su confesor y su ayo, amigos de don Juan de Austria y desafectos á la rei-

na, le escribió una carta de su puño, mandándole que viniese á la corte. Ruyter partió sin él, y despues de haber sufrido dos tempestades antes de llegar á Caller, arribó á Melazzo. Los españoles, auxiliados por su escuadra, se apoderaron de Ibiso que estaba por los franceses.

Este año empezó, bajo la mediacion de la Inglaterra, el congreso de Nimega, á pesar de Luis XIV y del príncipe de Orange que no querian la paz.

1676. La campaña de Flandes fue toda de sitios, pues habiendo entrado Luis XIV en esta provincia al frente de cincuenta mil hombres de sus mejores tropas, el príncipe de Orange, que se reunió en Mons con el duque de Villaviciosa, no pudo hacer mas que observar los movimientos de los franceses, detenerlos en cuanto le fuese posible, y reforzar las plazas amenazadas. El rey abrió la campaña por el sitio de Condé, plaza que se resistió pocos dias, á pesar de haber recibido un refuerzo de trescientos hombres, que introdujo un coronel español, arrostrando el fuego de los cuarteles enemigos con la mayor intrepidez. Despues mandó poner sitio á Bonchain, y él mismo lo cubrió con su ejército. El príncipe de Orange se presentó, mas no se atrevió á atacar á los franceses, y la plaza se rindió. Despues envió al conde de Montbrun con un cuerpo considerable de tropas á impedir las correrías que la guarnicion de Cambray hacia en la frontera de Francia, y dió orden al mariscal de Humieres de sitiar á Ayre. Entretanto el príncipe de Orange emprendió el sitio de Mastrick. El cuerpo del mariscal de Schomberg observaba el ejército combinado; mas nada podia hacer contra él por la inferioridad de sus fuerzas. Ayre se rindió primero: Humieres reforzó á Schomberg, y éste obligó al príncipe de

Orange á levantar el sitio de Mastrick, que estaba ya muy apurada.

En la frontera del Rin el mariscal de Luxemburgo se apoderó de Philibourg, no sin grave pérdida por la valiente resistencia de la guarnicion. Esta fue la accion mas notable de la campaña en aquel pais.

El mariscal de Navalles, que mandaba el ejército del Rosellon penetró en el Ampurdan, ocupó á Figueras, cuya guarnicion se habia retirado á Rosas, insultó á Gerona, y fatigado de los continuos ataques de los miqueletes, que se retiraban con la misma velocidad que acometian, se contentó con mantener su ejército á costa de los pueblos ocupados, y concluida la campaña lo retiró á sus cuarteles de invierno en el Rosellon.

La campaña de Sicilia tuvo resultados de mas trascendencia. Du-Quesne, que hasta entonces no habia sido mas que un corsario, conducia á Mecina un socorro considerable de gente, víveres y municiones. Su escuadra se componia de veinte navíos, seis brulotes y muchos buques de transporte. Ruyter salió de Lipari para impedirle la entrada en el Faro. Las dos escuadras se avistaron junto á la isla de Stromboli. El combate fue obstinado, pero el campo de batalla quedó por Du-Quesne.

Al dia siguiente se reunió á los holandeses la escuadra española, mandada por el príncipe de Montesarchio, compuesta de diez navíos; y aunque á Du-Quesne se le reunieron otros diez, mandados por el marques de Almeras, viendo que no le era posible llegar á Mecina por el Norte del Faro, dió vuelta á la Sicilia, y penetró en la plaza por el Sur.

El conde de Bucquoi, general español, sitió á Mecina por la parte de tierra, y Ruyter por la mar; pero habiendo sido rechazados los españoles, con pérdida

de cuatrocientos hombres entre muertos y heridos en una salida que hicieron los sitiados, Ruyter se retiró al golfo de Catana. Du-Quesne salió del puerto de Mecina con ánimo de darle la batalla. Acometiéronse las escuadras holandesa y francesa con el mayor furor; los españoles no pudieron entrar en combate por ser contrario el viento. Ruyter, á pesar de que una bala de cañon le habia roto las piernas, y habia recibido al caer una herida peligrosa en la cabeza, continuó dando las órdenes con la mayor serenidad. Viéndose inferior en fuerzas á los enemigos, manda retirar la escuadra á Siracusa, dejando a los franceses la victoria. A los ocho dias murió de las heridas recibidas en el combate, y terminó gloriosamente su carrera aquel héroe, que no cedió á ninguno en valor, en pericia y en patriotismo.

Las escuadras holandesa y española, despues de haber reparado sus daños, se fueron á Palermo. El marques de Vivonne resolvió atacarlas, y salió de Mecina con veinte y nueve navíos, veinte y cinco galeras y nueve brulotes. Encontró la escuadra enemiga puesta en línea, bajo la proteccion de los fuegos de la ciudad, y la atacó denodadamente. Los brulotes franceses quemaron cuatro navíos de la escuadra combinada, entre ellos la almiranta de España. Los comandantes de los brulotes holandeses y españoles les pegaron fuego para que no cayesen en poder de los enemigos; pero el viento arrojó estos brulotes hácia el puerto, donde se habia refugiado la escuadra combinada, é incendiaron la vicealmiranta española, la holandesa, otros siete navíos, y muchos buques mercantes que estaban en el puerto, con una horrible esplosion que arruinó muchos edificios de la ciudad. La pérdida fue inmensa. Los aliados perdieron setecientos cañones y cinco mil hombres, y los

buques incendiados. Esta gran victoria, debida al genio de Du-Quesne que dirigia las operaciones, costó muy poca gente á los franceses.

En esta batalla quedó destruida la marina española, y no volvió á levantarse de sus ruinas durante la dominacion austriaca. El marques de Vivonne, dueño de la mar, emprendió la conquista de la isla, y se apoderó de Merilli, Taormina y Scaletta.

Mientras la monarquía se arruinaba, y los laureles españoles se marchitaban en todos los paises que habian sido teatro de nuestra gloria, el partido de don Juan de Austria y el de la reina se hacian una guerra ignominiosa en el palacio. La reina consiguió al principio de la campaña que se detuviese á su rival en el virreinato de Aragon; mas al fin vista la desgracia y mala direccion de nuestras armas, triunfó el partido del príncipe, y el rey le escribió que viniese á Madrid á ayudarle en la administracion de los negocios.

CAPÍTULO XV.

Ministerio de don Juan de Austria. Batalla de Mont-Cassel. Perdida de Gante. Batalla de Mons. Paz de Nimega. Muerte de don Juan de Austria. Guerra de los Paises Bajos.

INTERVALO DE SIETE AÑOS, DESDE 1677 HASTA 1683.

Don Juan de Austria empezó su administracion 1677. bajo los auspicios de la venganza. Hizo confinar á la reina madre á Toledo con el honroso título de gobernadora de aquella ciudad. Arrastró de prision en prision, y envió despues á Filipinas á don Fernando de Valenzuela, que desde la espulsion del padre Nithard habia obtenido todo el favor de la regenta, y por él

se habia elevado desde un nacimiento obscuro á las dignidades y á la grandeza; desterró de la corte á muchos grandes que ó habian sido sus enemigos ó le eran sospechosos en su nueva fortuna. Estos actos de despotismo é inhumanidad le hicieron odioso no solo á los que comian en el estadio de la ambicion, sino al pueblo mismo, pues bien notorio era que el rey, bondadoso por carácter, débil de cuerpo y de espíritu desde su nacimiento, é ignorante en la ciencia del gobierno por el cuidado que su madre habia tenido de que lo fuese, ni era ni podia ser el autor de semejantes determinaciones.

Este principio de su ministerio desengañó á los que esperaban el remedio de las calamidades públicas de un príncipe lleno de escelentes cualidades, y cuya conducta hasta entonces habia sido pura é irreprensible. El poder le corrompió como á otros muchos. Antepuso su venganza á la concordia, perdió su popularidad, y no dió ni pudo dar, odiado y sospechoso, el movimiento necesario á los negocios públicos. Las derrotas y pérdidas continuaron mientras que él solo pensaba en sostenerse contra las intrigas palaciegas, y en hacer sentir el peso de su indignacion á los que odiaba ó temia.

En Flandes perdimos á Valenciennes, de que se apoderaron los franceses por asalto, á pesar de su numerosa guarnicion, que quedó prisionera de guerra, y de ser una plaza de primer orden. Luis XIV sitió despues á Cambray, y dió orden al duque de Orleans de que sitiase á San Omer, enviándole una division á las órdenes del mariscal de Luxemburgo, porque sabia que el príncipe de Orange se disponia á socorrer aquella plaza. Cambray solo se defendió seis dias, lo que proporcionó al rey reforzar con otra division el ejército del duque.

San Omer dió lugar con su defensa á que llegase el príncipe de Orange. El duque de Orleans le salió al encuentro con el ejército que protegia el sitio, le encontró en Montcassel, y le derrotó completamente con pérdida de tres mil hombres muertos, dos mil quinientos prisioneros, trece cañones, dos morteros, todas las provisiones de boca y guerra, y muchos estandartes con casi todo el bagage. San Omer se rindió pocos dias despues, igualmente que la ciudadela de Cambray, defendida por su gobernador don Pedro Zavala, tan valientemente, que el rey de Francia, al verle desfilar con la guarnicion en el lecho donde iba herido, le saludó con el mayor afecto, y la aplaudió por su valor y fidelidad.

El príncipe de Orange, que habia resarcido sus pérdidas y reunido un cuerpo de cincuenta mil hombres, emprendió el sitio de Charleroi; pero las maniobras de los ejércitos franceses le obligaron á levantarlo. El mariscal de Humieres terminó la campaña apoderándose de San Guilain.

El conde de Monterrey, que mandaba el cuerpo español de la frontera del Rosellon, se encontró con el mariscal de Navalles junto al arroyo de Orlina, y hubo un combate en que se perdieron mil quinientos hombres de cada parte, sin que en el resto de la campaña pudiese ni uno ni otro ejército emprender nada de consideracion.

Las negociaciones de Nimega continuaban, aunque con mucha lentitud, porque la España, á cuya costa habia de hacerse la paz, suscitaba dificultades para la conclusion; y aunque las condiciones que Luis XIV ofrecia á la Holanda, eran muy ventajosas para esta república, el príncipe de Orange que deseaba la guerra pretestaba para no concluir cuán ignominioso seria dejar en las garras del vencedor á la

casa de Austria, que solo habia entrado en esta querella como auxiliar de la Holanda, y que la habia salvado de una ruina casi inevitable.

Este año asaltaron los moros á Oran con un ejército numeroso; pero fueron rechazados, y se retiraron dejando el campo cubierto de cadáveres.

1678. El rey de Inglaterra, colocado entre las sugestiones y sobornos de la Francia, y los gritos del parlamento inglés, que miraba con indignacion los progresos de la marina francesa, y que le habia dado cuantiosos subsidios para hacer la guerra á Luis XIV, se decidió en fin á declararla en el caso que los franceses no aceptasen los artículos de paz que como mediador habia propuesto en Nimega. El matrimonio del príncipe de Orange con María, sobrina del rey é hija de su hermano Jacobo, que le sucedió en el trono, aumentó el entusiasmo de la nacion inglesa á favor de los holandeses. Pero todo fue inútil. Mientras en Lóndres se discutian los artículos de la alianza ofensiva y defensiva con Holanda, Luis XIV penetró en Flandes, amenazó á Ipres, Mons, Namur y Luxemburgo para que el duque de Villaviciosa desguarneciese á Gante por reforzar aquellas plazas, revuelve sobre esta capital de la Flandes, que era el principal objeto de su ataque, se apodera de ella, despues de Ipres, y se vuelve á Paris, dejando al mariscal de Villeroi el mando del sitio de Mons. Ni las operaciones militares entorpecian su negociacion con Holanda, que concluyó la primera de todas, porque sabia que separada aquella república de la alianza, ni la España ni el imperio podrian continuar la guerra.

Ya se habia firmado la paz con los holandeses; pero el príncipe de Orange, con la disculpa de que no la sabia de oficio, cayó casi repentinamente sobre

el ejército francés que sitiaba á Mons. La batalla fue cruel, inútil y solo gloriosa para los franceses, que aunque descuidados con la certeza de una próxima paz, no dejaron ni la victoria ni el campo de batalla en poder de los enemigos.

La campaña de Cataluña se redujo al sitio y toma de Puigcerdá por los franceses, á pesar de la heróica resistencia de su gobernador. El conde de Monterrey, que se habia acercado con el objeto de socorrer la plaza, no se atrevió á atacar las líneas, y se retiró dejándola entregada á su suerte. Navalles la mandó desmantelar, porque preveia que en la próxima paz seria forzoso restituirla á la España.

Las condiciones de la paz con los holandeses fue la restitucion de Mastrick, y el establecimiento de la barrera, esto es, que el rey de Francia no podria tener plazas fortificadas cercanas á la Holanda, y que la distancia de ellas debia ser mayor que la de Charleroi, Courtrai, Oudenarde, Ath, Gante y Limbourg, las cuales se habian de restituir á la España.

Esta potencia, obligada á hacer la paz despues que la Holanda se separó de la confederacion, cedió á la Francia el Franco Condado y las plazas de Bouchain, Condé, Ipres, Valenciennes, Cambray, Maubeuge, Ayre, San Omer, Cassel y Charlemont. En cuanto á la Sicilia y á los franceses, habian evacuado á Mecina y Augusta, porque tenian necesidad de las fuerzas marítimas del Tirreno para oponerse á la guerra que amenazaba de Inglaterra.

El emperador cedió á Fribourg, y el elector de Brandemburgo y el rey de Dinamarca restituyeron á la Suecia los estados que le habian quitado en esta guerra. El duque de Lorena que no quiso acceder á la paz fue privado de sus dominios que quedaron en poder de Luis XIV.

Esta fue la época de su mayor grandeza. Vencedor de toda Europa, habiendo dictado á sus príncipes las condiciones de la paz, no creyó que pudiese haber una fuerza capaz de oponerse á sus voluntades. No miró aquella pacificacion sino como una tregua, principalmente con respecto á la España, que habia llegado al mayor grado de debilidad, y con respecto al imperio amenazado entonces por los turcos. Asi no cesó de emprender agresiones contra la casa de Austria que produjeron finalmente otra guerra universal.

1679. España recibió como un beneficio la paz de Nimega á pesar de ser tan desventajosa. Los dos partidos que dividian la corte, el del ministro y el de la reina madre, trataron cada uno por su parte de casar al rey; la reina con una hija del emperador, y don Juan de Austria con María Luisa de Borbon, hija del duque de Orleans, y sobrina de Luis XIV.

El rey se enamoró de esta princesa por su retrato y por las noticias que de ella le dieron sus cortesanos (1). Fue pedida pues á la corte de Francia que envió de embajador estraordinario al marques de Villars. Este no tardó en enemistarse con don Juan de Austria, y desde entonces los enemigos del príncipe empezaron á indisponer contra él el ánimo del rey. Una enfermedad peligrosa que le detuvo en cama muchos dias le hizo perder el ascendiente habitual que habia adquirido sobre el espíritu de Carlos II; de modo que ya nada se hacia por orden

(1) Obsérvese que en muchas comedias españolas escritas en este tiempo y representadas delante de S. M., se introducen príncipes enamorados por la fama ó por los retratos de sus princesas.

suya. Los desterrados por él volvieron á la corte; la mayor parte de sus amigos le abandonó, y su enfermedad degeneró en una fiebre intermitente que en pocos dias le condujo al sepulcro. Asi acabó don Juan de Austria en medio de las agonías de la ambicion desengañada; príncipe digno de elogios por sus talentos militares y políticos, si su ministerio hubiera correspondido á las esperanzas que dió en los primeros años de su carrera política.

La reina madre volvió á palacio, y las bodas del rey se celebraron con grande alegria, aumentada por la venida de una flota muy rica de América. Entretanto Luis XIV mandó ocupar militarmente el Luxemburgo, porque el duque de Villaviciosa no queria cederle á Charlemont hasta no tener órdenes de Madrid. Es de advertir que por la paz de Nimega debia cederse esta plaza á la Francia en el caso de que el obispo de Lieja rehusase entregar á Dinant á la misma potencia.

La corte de España consumió todo este año en 1680.
las fiestas nupciales y en la eleccion de primer ministro. Aspiraban á este puesto el condestable de Castilla y el duque de Medinaceli, ambos distinguidos por su elevado nacimiento, y recomendables por sus cualidades é instruccion; el primero era imperioso, severo y digno de los tiempos de Felipe II; el duque era afable, indolente y de ninguna cosa ambicioso sino del afecto de su soberano. La reina madre queria elevar al condestable que siempre habia sido de su partido; pero sus esfuerzos fueron inútiles, porque el rey, aunque la amaba y respetaba como buen hijo, nunca pudo borrar las malas impresiones que concibió contra ella desde el tiempo de la regencia. No presentándose pues otro candidato capaz de rivalizar con los dos, obtuvo el puesto de

primer ministro el duque de Medinaceli. Para desempeñarlo sin forzar su indolencia creó varias juntas, á cuyas consultas arreglaba las resoluciones.

Las provincias cercanas al istmo de Darien sufrieron este año frecuentes invasiones de los piratas de las Antillas, y sus ciudades fueron saqueadas. Hubo tambien una sedicion popular en Madrid que se apaciguó por sí misma. Su origen fue la indignacion que causó en el pueblo la muerte de Marcos Diaz, comerciante que habia ofrecido al gobierno descubrir los fraudes cometidos por los administradores de las rentas de la villa. Se le amenazó ocultamente que le asesinarian si volvia á hacer representaciones de aquella especie. O su temor ó mala constitucion le postró en la cama y murió. El pueblo le creyó envenenado, rodeó su casa, corrió las calles, gritó por muchos dias contra el *mal gobierno*, y cansado de gritar se sosegó sin haber cometido ningun delito mas que la asonada, y sin que se tomasen contra él disposiciones coercitivas.

1681. Mientras el letargo habitual del gobierno español era solamente interrumpido por el movimiento sordo de las intrigas de corte, Luis XIV caminaba á largos pasos á la dominacion universal. Envió un ejército á Italia para apoderarse de Casal, plaza que le habia vendido el duque de Mántua; ocupó militarmente á Strasburg, y privó de todos sus fueros á esta ciudad imperial, antes libre bajo la proteccion de la Francia; estableció tribunales en Metz y en Brisac para reunir á su corona las antiguas dependencias de la Alsacia y de los tres obispados; se apoderó, en virtud de las decisiones de estos tribunales, de los señoríos de Falkemboarg, Gemersheim y Veldentz, sin que Leopoldo, amenazado entonces por los húngaros rebelados y los turcos, pudiese

oponerle mas que vanas protestaciones; obligó á la España á cederle el condado de Chiney en los Paises Bajos, y amenazó con una escuadra la isla de Mallorca; en una palabra, obró como si fuese soberano de toda Europa.

La corte de España hizo alianza con la Holanda, 1682.
la Suecia y el imperio para defender los Paises Bajos, amenazados por la ambicion de la Francia. Mas esta alianza surtió poco efecto, porque los turcos penetraron en Hungría con un ejército formidable. Al mismo tiempo la naturaleza misma parece que se declaró contra la España. El mar rompió los diques de Flandes, é inundó esta provincia y las de Holanda, Celanda y Brabante, destruyendo ciudades y ahogando un gran número de familias: una ciudad de Sicilia fue aniquilada por la avenida de los torrentes, y cinco bajeles que venian de Indias con veinte millones y mas de mil cuatrocientas personas fueron acometidos de una furiosa tempestad, y sumergidos sin que se salvase un solo hombre.

Luis XIV solicitó que la España le cediese el 1683.
condado de Alost, el viejo Gante y algunos otros territorios de Flandes. La España se negó á ello motivando su negativa, no solo con la justicia del derecho de propiedad, sino tambien con el tratado de la barrera, porque aquellos pueblos estaban dentro de ella. Las hostilidades se interrumpieron por la noticia que llegó del cerco que los turcos pusieron á Viena en este mismo año. Luis XIV dijo que no queria privar al emperador de los auxilios que podria enviarle contra los infieles la rama austriaca de España.

Pero apenas Viena fue salva, y los turcos ahuyentados por el valor de Juan de Sobieski, rey de Polonia, volvió á encenderse la guerra en Flandes.

Los franceses tomaron á Courtray y Dixmuda, y bombardearon á Luxemburgo. Luis XIV insistia en que se le diese el condado de Alost y las tierras que eran el motivo de la querella, ó si esto no podia ser por estar dentro de la barrera, un equivalente al Sur de los Paises Bajos, ó en Cataluña ó en Navarra.

Este año murió María Teresa, reina de Francia, y nació Felipe, duque de Anjou, nieto de Luis XIV. que despues fue rey de España.

CAPÍTULO XVI.

Sitio y pérdida de Luxemburgo. Tregua de Ratisbona. Ministerio del conde de Oropesa. Liga de Ausburg. Revolucion de Inglaterra y espulsion de los Estuardos. Guerra general. Accion de Camprodon.

INTERVALO DE SEIS AÑOS, DESDE 1684 HASTA 1689.

1684. En la frontera de Cataluña el mariscal de Belfonds, comandante de las tropas francesas, desalojó á los españoles de los puestos que ocupaban delante de Gerona, emprendió el sitio de esta plaza, y se apoderó de una media luna; pero dando el asalto á la ciudad, fue rechazado con mucha pérdida por el paisanage reunido á alguna tropa de línea. Se retiró al Rosellon, y no volvió á emprender nada en lo restante de la campaña.

En los Paises Bajos puso sitio el mariscal de Crequi á Luxemburgo, plaza que entonces se miraba como la mas fuerte de Europa; pero que á la sazon estaba guarnecida de pocas tropas, aunque intrépidas.

Luis XIV cubria el sitio al frente de un ejército

numeroso que impidió al de los españoles socorrer la plaza. El príncipe de Chimay, su gobernador, la rindió á los veinte y cinco dias de trinchera abierta, despues de haber agotado todos los recursos del arte para su defensa.

Viéndose el gabinete de Madrid sin medios de oponerse á la Francia y sin aliados, pues el de Orange se negaba á hacer la guerra, porque aun no tenia reunidas las fuerzas necesarias para emprenderla con esperanzas fundadas de buen éxito, y el emperador, empleado en echar á los turcos de Hungría, hizo en Ratisbona una tregua de veinte años con la Francia, se vió obligada á sufrir la ley del vencedor, fue incluida en dicha tregua, y cedió á Luis XIV el ducado de Luxemburgo en satisfaccion de sus pretensiones sobre el condado de Alost. Courtray y Dixmuda fueron restituidas á la España.

Luis XIV continuó haciendo sentir su poder á todos los estados débiles que se le habian manifestado poco afectos. Obligó al cabildo eclesiástico de Lieja y los pueblos de su territorio á someterse á su obispo; hizo arrasar las fortificaciones y cegar los fosos de Treveris; envió una escuadra contra Génova, porque esta república era muy amiga de los españoles; la ciudad fue bombardeada; el arrabal de San Pedro de Arenas quemado, aunque no sin pérdida de los franceses, y su gobierno obligado á enviar á Paris al Dux y cuatro senadores que diesen satisfaccion al rey. Cada dia se aumentaba en Europa el enojo y aborrecimiento contra su orgullo y ambicion.

Entretanto la administracion interior de España aumentaba los males de la nacion; el padre Relux, confesor del rey, le hizo exhortaciones vivísimas. El duque de Medinaceli, apenas lo supo, le separó de

su destino. Sin embargo las palabras de aquel religioso quedaron grabadas en el ánimo de Carlos; y ya desde entonces se podia preveer que no duraria mucho tiempo el ministerio de Medinacceli, pues el monarca conocia los males de la nacion y la indolencia de su ministro.

1685. El duque cedió pues á las circunstancias é hizo su dimision del ministerio. Sucedióle el conde de Oropesa, hombre integro é inteligente, que auxiliado por el marques de los Velez, encargado del ramo de hacienda, remedió gran parte de los males públicos, limitando el número de los empleados y sus sueldos, y restableció el crédito pagando con exactitud los intereses de la deuda, para lo cual formó un fondo compuesto de las pensiones mal dadas que la prodigalidad de los gobiernos anteriores habia concedido sin discernimiento; y si no pudo cortar de raiz el cáncer de la penuria que devoraba la monarquía, fue porque la corte se negó redondamente á limitar sus gastos. El rey, cuyas intenciones eran escelentes, se aplicó al trabajo del gobierno y perdió el gusto á las diversiones que se le habian ocupado esclusivamente en su primera juventud; de modo que se esperó entonces con justo fundamento la restauracion de una monarquía, cuyos recursos eran inmensos, y á la cual solo faltaba para recobrar su antiguo esplendor un gobierno hábil y aplicado.

En los negocios esteriores se hicieron sentir bien pronto las mejoras de la administracion interior. Los agentes diplomáticos de España manifestaron á todos los príncipes de Europa el dominio que ya egercia sobre ellos el despotismo de la Francia, y los animaron á hacer el ultimo esfuerzo para romper el yugo. Favoreció mucho, para esta direccion que iba tomando la política europea, la muerte de Carlos II,

rey de Inglaterra, que durante su reinado fue siempre pensionario del gabinete de Versalles. Sucedióle su hermano Jacobo II, y aunque profesaba la religion católica, subió al trono sin la menor oposicion. En esta época se volvió contra la Francia la sospecha de dominacion universal que poco antes inspiraba la casa de Austria, y no fue difícil armar casi toda la Europa contra Luis XIV.

Esta conspiracion contra el poder de la Francia 1686. produjo la liga de Ausburg, que se celebró este año entre el emperador, el rey de España, el elector de Baviera y otros muchos príncipes de Alemania é Italia. Su objeto era obligar á la Francia á cumplir las condiciones del tratado de Nimega y á renunciar á sus usurpaciones. No se dudaba que la Holanda accederia á esta liga; pero los proyectos del príncipe de Orange eran mas vastos é ignorados todavia de las potencias confederadas; asi se negó á entrar por entonces en la alianza general, pretestando que aun no tenia las fuerzas necesarias para ello.

El emperador se hallaba ya en estado de pelear con la Francia, por haber caido en poder de las armas austriacas, despues de un sitio sangriento, la importante plaza de Buda, capital de la baja Hungria. Los turcos reducidos á la línea del Dravo, y vencidos en muchos reencuentros, inspiraban menos terror, principalmente desde que los húngaros, renunciando al espíritu de rebelion que los habia agitado por tanto tiempo, se sometieron al dominio austriaco.

Entretanto Luis XIV no cesaba de atormentar á la España. Con el pretesto de resarcir á los comerciantes franceses interesados en varios contrabandos cogidos en la península, envió una escuadra al golfo de Cadiz, la cual apresó dos galeones, y exigió de

la ciudad quinientos mil escudos de contribucion si queria libertarse del bombardeo.

1687. Melilla y Oran fueron sitiadas por los moros. En la primera su gobernador don Francisco Moreno pereció gloriosamente en una salida, en la cual arrojó á los moros de sus líneas, causándoles mucha pérdida y obligándolos á retirarse. En la segunda mandaba don Diego de Bracamonte; apenas se presentaron los moros salió á su opósito al frente de ochocientos hombres y cayó en una asechanza, donde pereció con setecientos cincuenta de los suyos; pero no sin venganza, pues quedaron mas de mil cadáveres enemigos en el campo de batalla. El duque de Veraguas vino al socorro de la plaza, y los enemigos se retiraron.

Los venecianos entraron este año en la liga de Ausburg. Su cooperacion fue muy útil, porque declararon la guerra á los turcos y se apoderaron de la Morea, al mismo tiempo que los ejércitos austriacos de Hungría ganaron contra los otomanos la memorable victoria de Mohaez; de resultas de ella perdió la Turquía todo el pais que hay entre el Dravo y el Savo.

A fines de este año supo Luis XIV el concierto de Ausburg, que hasta entonces se habia seguido con el mas profundo secreto, y despues de haber agotado todos los medios políticos para disolverla, se preparó á la terrible lucha que ya se miraba como inevitable.

1688. Llegó en fin la época en que debian efectuarse con asombro de Europa los designios ocultos del príncipe de Orange. Una escuadra numerosa con catorce mil hombres de tropas de tierra, mandados por el príncipe, salió de Holanda, se dirigió á Inglaterra, y desembarcó sin oposicion en la bahía de Tor-

bay. Todas las fuerzas inglesas de tierra y mar se le reunieron; y el infeliz Jacobo que poco antes despreciaba los avisos de Luis XIV y sus promesas de auxiliarle, se halló solo en su palacio, abandonado hasta de su favorito Churchill, que fue despues el famoso duque de Malborrough, y de su yerno el príncipe de Dinamarca, marido de su hija Ana. Fugitivo de Lóndres, aprisionado en el camino, y confinado á Rochester con bastante libertad, se escapó á París, donde encontró en Luis XIV la mas generosa hospitalidad, mientras el príncipe de Orange, triunfante en Lóndres, reune el parlamento inglés con el nombre de convencion. Esta junta declara á Jacobo caido del trono; nombra reyes de Inglaterra á María su hija y á su marido, que se coronó con el nombre de Guillermo III; estipula las libertades futuras de la nacion, y establece el orden de la sucesion al trono. Esta revolucion fue producida por el odio de los ingleses á la religion católica que profesaba Jacobo, y por los esfuerzos que este rey hizo para aumentar las prerogativas de la corona.

Este suceso cambió el sistema político de Europa, pues ponia en la balanza contra Luis XIV las fuerzas de dos naciones marítimas, opulentas y poderosas, al mismo tiempo que el emperador, tomada por sus tropas la plaza de Belgrado, y conquistada la Boznia, humillaba la Turquía, y se preparaba á hacer la guerra á la Francia con todas sus fuerzas. Sin embargo Luis XIV estuvo tan lejos de temer, que él mismo fue el agresor de la guerra general que se preparaba, é invadió la frontera del Rin con el pretesto de sostener los derechos del cardenal de Furstemberg á la silla episcopal de Colonia contra José de Baviera que la disfrutaba.

Los franceses sitiaron y tomaron á Philisbourg,

y se apoderaron de todas las plazas del Rin desde Maguncia hasta Strasburgo.

1689. A principios de este año murió sin dejar sucesion la reina de España. Carlos casó en segundas nupcias con María Ana de Neoburg, hija del elector Palatino.

En la primavera la Francia declaró la guerra á la España, y el imperio y el emperador la declararon á la Francia.

La escuadra francesa venció á la de los ingleses y holandeses en el canal de la Mancha. El rey Jacobo desembarcó en Irlanda con un ejército francés, al cual se reunió un gran número de irlandeses. Jacobo recobró una gran parte de aquella isla; mas rechazado de Londonderri con mucha pérdida, fue despues vencido por Guillermo III en la batalla del Boyne, y se vió obligado á reembarcarse y volverse al asilo que el rey de Francia le habia dado en San German.

Las campañas de Flandes y del Rosellon probaron que la administracion española estaba ya en manos mas activas. Los franceses no pudieron hacer progresos en los Paises Bajos, y el mariscal de Humieres fue batido en Valcour por el ejército combinado, á las órdenes del príncipe de Valdeck, con pérdida de mas de dos mil hombres.

El mariscal de Noailles, que mandaba en la frontera de Cataluña, abrió la campaña sitiando y tomando á Camprodon, ocupando á Junquera y Figueras, y manteniendo su ejército á costa del pais. El duque de Villahermosa salió con su ejército á arrojarlo de aquellos puntos, y encargó á don José Agullo el sitio y reconquista de Camprodon. Los españoles se reforzaron con tropas enviadas de Italia, y las que levantó en Cataluña el marques de Coullans,

sucesor de Villaviciosa en el virreinato del principado. Prosiguióse con actividad el sitio de Camprodon, y Noailles que se habia retirado por la superioridad de las fuerzas enemigas, habiendo recibido tropas de refresco, bajó del Pirineo para socorrer la plaza. Consiguió en efecto ponerse en comunicacion con ella por un punto; pero habiendo atacado el campo de los españoles, fue rechazado con pérdida de mas de ochocientos hombres, y muy poca del ejército sitiador. Entonces pensó en retirarse al Rosellon, lo que ejecutó, habiendo antes volado las fortificaciones de Camprodon. Este segundo sitio costó á los franceses dos mil hombres entre muertos y heridos, y á los españoles trescientos.

CAPÍTULO XVII.

Batalla de Fleurus y Stafarda. Sitio de Mons. Sitio de Namur y batalla de Steinkerque. Batalla naval del cabo de la Hoque. Batallas de Nerwinda y de la Marsala. Sitio de Gerona. Reconquista de Namur.

INTERVALO DE SEIS AÑOS, DESDE 1690 HASTA 1695.

El duque de Saboya Victor Amadeo accedió este año á la liga de Ausburg, y se peleó con la mayor ansiosidad en Flandes y en la frontera de los Alpes. 1690.

El mariscal de Luxemburgo habia sucedido al de Humieres en el mando del ejército de Flandes. Este hábil general, cuya suerte era ganar batallas con pequeños resultados, se encontró con el principe de Valdeck, comandante del ejército aliado en las orillas del Sambra, no lejos de Fleurus, y re-

sueltos á decidir la suerte de la campaña en una batalla, despues de varios movimientos dirigidos á tomar posicion, vinieron á las manos el primero de julio. La izquierda de los aliados, donde peleaba la caballería española, hizo mucho estrago en la derecha de los franceses y los obligó á cejar; pero Luxemburgo, superior en la otra ala, restableció el combate y ahuyentó del campo de batalla la caballería de los enemigos. El príncipe de Valdeck, resuelto á disputar la victoria hasta el último punto, formó un cuadro de su infantería para dar lugar á que la caballería se repusiese y volviese al combate. Tres veces atacó el mariscal este terrible cuadro; tres veces fue rechazado con mortandad de los suyos. Al fin habiéndolo rodeado por todas partes y hecho el último esfuerzo logró romperlo y penetrarlo. La victoria de Fleurus costó á los franceses catorce mil hombres entre muertos y heridos. Los aliados perdieron seis mil hombres muertos, muchos heridos y ocho mil prisioneros (entre ellos setecientos oficiales), cuarenta y nueve cañones, doscientos carros cargados de municiones, doscientos estandartes y cinco pontones.

Siendo la pérdida casi igual de ambas partes, uno y otro ejército tuvieron necesidad de reponerse. El ejército aliado se reforzó con tropas alemanas, y tomo el mando d el el elector de Brandemburgo. Los franceses no pudieron hacer ninguna empresa de consideracion, y se contentaron con talar el Brabante y la Flandes, hasta que llegó la época de tomar cuarteles de invierno.

En Alemania, queriendo los franceses poner un desierto entre el ejército del emperador y la línea del Rin, asolaron segunda vez el Palatinado, y destruyeron sus ciudades y campiñas; medida atroz que

puede solo disculparse en el caso muy raro de no haber otro medio de defensa.

La campaña del Piamonte no fue tan sangrienta aunque tuvo mas resultados. Catinat, que era el émulo de Luxemburgo en el arte militar, atacó en Stafarda el ejército del duque de Saboya, compuesto de piamonteses, españoles y alemanes, y lo derrotó completamente con pérdida de cuatro mil hombres. En esta batalla mandó el cuerpo de los alemanes que peleaban en el ejército del duque el célebre príncipe Eugenio de Saboya, nombre funesto á la casa de Borbon y á los otomanos. Resultados de la victoria fueron la conquista del ducado de Saboya que cayó en poder de los franceses, escepto la fuerte plaza de Montmelian, las ciudades de Saluces y Susa con otras fortalezas de menor cuantía, y las contribuciones que Catinat impuso en los pueblos abiertos del Piamonte. El conde de Fuensalida, gobernador del Milanesado, envió cuatro mil hombres de refuerzo al ejército del duque, y con este auxilio y las levas del pais se puso en estado de cubrir á Turin.

En la frontera del Rosellon tenian casi igual fuerza los dos ejércitos, y no hubo accion de importancia. El mariscal de Noailles se apoderó de San Juan de las Abadesas, haciendo prisionera la guarnicion de Ripoll, y de otros puestos cercanos á Gerona; mas no teniendo fuerzas suficientes para sitiar esta plaza se fue al llano de Vich para mantener su tropa á costa del pais. Habiéndose acercado el duque de Villahermosa con el ejército español, los franceses tomaron cuarteles de invierno en el Rosellon, el Conflans y la Cerdania.

En la campaña siguiente mandó el mariscal de 1691.
Noailles sitiar á Urgel, quedándose él en Mont-Luis

con el doble objeto de defender el Rosellon y sostener el sitio. Urgel se rindió dentro de pocos dias, y los franceses pusieron en aquella ciudad una guarnicion numerosa que frecuentemente hacia incursiones en la frontera vecina de Aragon, y talaba sus campos y poblaciones. Despues fortificó á Bellevert, corrió el campo de Barcelona exigiendo contribuciones y asolando el pais, sin que el duque de Medina Sidonia, virrey de Cataluña, que estaba con su ejército en Vich, tratase de impedir sus escursiones por no comprometer su pequeño cuerpo de tropas. Al mismo tiempo la escuadra francesa bombardeó á Barcelona, haciendo mucho daño en los edificios. Pasó despues á la plaza de Alicante é hizo lo mismo; mas habiendo aparecido la escuadra española, mandada por el conde de Aguilar, la francesa huyó sin que fuese posible darle alcance. Las galeras de Nápoles, mandadas por el duque de Nagera, apresaron enfrente de Liorna un buque francés de veinte cañones y otros tantos pedreros y dos tartanas despues de un combate de cuatro horas. Los corsarios de San Sebastian hicieron tambien presas de consideracion.

En Flandes se presentó el rey de Francia al frente de un ejército de cien mil hombres á principios de marzo y puso sitio á Mons, una de las plazas mas fuertes de los Paises Bajos. Defendíala el príncipe de Berghes con una buena guarnicion compuesta de tropas españolas. Todo lo que el valor mas intrépido y la táctica de aquel siglo puede y supo hacer en el ataque y defensa de las plazas, se empleó en aquel sitio memorable. Sostenia el ejército sitiador el mariscal de Luxemburgo con un cuerpo que se reforzaba contínuamente á proporcion que se acercaba el ejército aliado, á cuyo frente estuvo este año Guillermo III. Consumidos en fin todos los medios de

defensa, y sin esperanzas de socorro, la plaza se rindió á los veinte y cinco dias de sitio. El resto de la campaña se consumió en marchas y contramarchas. Guillermo III habia fortificado la plaza de Hall para que defendiese el camino de Bruselas, y le puso una guarnicion de tres mil hombres, mandada por el conde de Thiers. El mariscal de Luxemburgo sitió esta plaza, y su gobernador la evacuó con toda la guarnicion. De este modo la capital de los Paises Bajos no tuvo mas defensa que el ejército de los aliados.

En la frontera de Italia la campaña fue muy feliz para los franceses, pues se apoderaron sucesivamente de Benasque, Savigliana, Villafranca, Vizac, Veillane y Carmañola; mas fueron rechazados de Coni; y el duque de Saboya, habiendo recibido los cuerpos auxiliares del Milanesado y de Alemania, tomo la ofensiva y recobró á Carmañola y Saluces; mas no pudo socorrer la plaza de Montmelian, que era la única que le quedaba en la Saboya, y que cayó este año en poder de los enemigos. En el segundo sitio de Carmañola se distinguió mucho el cuerpo español que servia en el ejército Saboyano atacando un reducto cercano á la contraescarpa, y alojándose en él y conservándolo á pesar del terrible fuego de los enemigos.

El incendio de la guerra habia pasado á Santo Domingo. Cussy, gobernador de las posiciones que tenian los franceses en la parte occidental de la isla, formó el proyecto de arrojar á los españoles de toda ella; pero rechazado de la ciudad de Santiago de los Caballeros con bastante pérdida, fue despues derrotado y muerto con casi todo su ejército en el llano de Puerto Real por un pequeño cuerpo español, mandado por don Francisco de Segura Sandoval, al mismo tiempo que nuestra armada, al mando de don

Jacinto Lopez Giron, se apoderó en el puerto del Guarico de dos navíos y una fragata francesa que hacian el corso en aquellos mares.

Las mejoras que el conde de Oropesa habia hecho en la administracion interior hubieran podido bastar para subvenir á los gastos de la guerra, á no ser por el lujo devorador de la corte, aumentado estos años por las magníficas fiestas que se hicieron con motivo del matrimonio de S. M., y viage y entrada en la corte de la nueva reina. El ministro pagó, segun la costumbre, los funestos efectos de una prodigalidad, contra la cual no habia cesado de clamar. Sucedióle en el ministerio el conde de Malgar, que tenia las mismas ideas y principios que su antecesor, y los puso en práctica con tan mal éxito como él, porque no se queria renunciar á la costumbre funesta de gastar en placeres y en magnificencia los productos de nuestro comercio en América, único ramo de industria que nos habia quedado.

1692. Luis abrió la campaña de Flandes tomando la plaza de Namur despues de siete dias de trinchera abierta. El castillo se defendió veinte y cinco dias mas, sin que el rey de Inglaterra, que ocupaba con un ejército poderoso las riberas del Mehaigne, fuera poderoso á otra cosa que á ser testigo de la pérdida de la plaza. El mariscal de Luxemburgo cubria el sitio con un cuerpo de observacion.

El rey se volvió á París despues de la toma de Namur, y Luxemburgo quedó mandando el ejército, atento siempre á impedir los movimientos de Guillermo. Este resolvió tentar la suerte de las armas en Steinkerque, y nada omitió de cuanto debia hacer un hábil general para asegurar la victoria. Fingió que iba á atacar á Namur y á Don-Querque, y de este modo diseminó los cuerpos de los enemigos, y

cuando menos lo esperaba Luxemburgo le acometió con todas sus fuerzas. Si el general francés hubiera sido menos hábil, ó su ejército menos disciplinado, su derrota era segura; pero apenas conoció la verdadera intencion del enemigo, reunió todos los cuerpos que habia destacado y los hizo entrar en batalla. A pesar de esto la victoria estuvo casi en las manos de Guillermo, y sin el valor con que los duques de Chartres y de Vendoma y el príncipe de Conti llevaron al combate los regimientos de la guardia real, aquel dia hubieran sufrido los franceses una derrota memorable. El rey de Inglaterra se retiró en buen orden, dejando el campo de batalla al enemigo, seis mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros, diez cañones, cinco estandartes y diez banderas. La pérdida de los franceses fue de diez mil hombres.

La batalla de Steinkerque, tan gloriosa para las armas francesas, fue tan poco útil á sus miras políticas, que un mes despues se apoderó el rey de Inglaterra de Funes y Dixmuda, é impidió que los franceses tomasen á Charleroi.

En el Rin la guerra no era mas que defensiva por ambas partes, y asi no hubo acciones de importancia.

En Italia el ejército aliado, mas poderoso que el de Catinat, despues de dejar bloqueadas las plazas de Casal, Suza y Piñerol, ocupó el valle de Barcelonneta, penetró en el Delfinado, tomó la fortaleza de Guilleme y la ciudad de Embrun, echó contribuciones sobre todo el pais, saqueó y quemó á Gap, y se volvió al Piamonte, dejando guarnicion en Barcelonneta, que le facilitaba la entrada de la Provenza y del Delfinado para la campaña siguiente. Catinat se mantuvo en Brianzon observando los movimientos del enemigo, y cayendo sobre los cuerpos y soldados que se separaban de la masa del ejército.

En Cataluña el duque de Medina Sidonia penetró en el Rosellon, y antes de llegar al Boló se retiró temiendo ser cortado por el mariscal de Noailles. Éste penetró despues en Cataluña, y tuvo que retirarse inmediatamente, porque destacó tropas para reforzar á Catinat.

Luis XIV, ademas de la guerra que hacia por tierra á los aliados, puso en el canal de la Mancha una escuadra formidable destinada á conducir á Inglaterra al rey Jacobo. Éste esperaba en la costa de Bretaña con toda su corte que el mar quedase desembarazado de las escuadras enemigas.

El conde de Tourville, á quien el mal temporal habia impedido reunir su escuadra, que constaba de cuarenta y cuatro navíos de línea y once brulotes, con la del conde de Etrées, que estaba en Brest, se encontró entre el cabo de la Hoque y la punta de Hartfleur con la armada enemiga, mandada por el almirante inglés Roussel, y cuya fuerza era de ochenta y un navíos de línea y diez y nueve brulotes, á los cuales se reunieron otros siete buques cuando empezó el combate. Esta batalla arrebató á la Francia el imperio de la mar que le habian dado los triunfos de Du-Quesne para no recobrarlo jamás. La victoria quedó por los aliados; catorce navíos franceses fueron quemados en la rada de la Hoque, y el resto de la escuadra quedó muy maltratada.

1693. La campaña de Cataluña se redujo al sitio y toma de Rosas, plaza que tenia dos mil hombres y cuatrocientos caballos de guarnicion al mando de don Pedro Robi; pero habiéndola atacado por tierra el mariscal de Noailles, y por mar el conde de Etrées, el gobernador se vió obligado á rendirla despues de haber perdido un brazo que le llevó una bala de cañon. El castillo de la Trinidad capituló pocos dias despues.

El duque de Medina Sidonia no hizo ningun movimiento para socorrer la plaza ni el castillo.

En Flandes añadió el mariscal de Luxemburgo un nuevo laurel á los de Fleurus y Steinkerque. Habia penetrado en el pais de Lieja, insultado la capital y sitiado á Huy. El príncipe de Orange amenazó el Artois: Luxemburgo vino al socorro de esta provincia, y los dos ejércitos se avistaron en los campos de Nerwinda. Los aliados se apostaron y fortificaron en esta villa, en la cual comenzó la batalla. Cuatro veces fue tomada y perdida por los franceses con gran matanza de unos y otros, hasta que al fin quedaron dueños de ella, y atacaron las alas del ejército enemigo. La caballería española, que peleaba en la derecha, hizo prodigios de valor; sostuvo cuatro ataques de la caballería enemiga, que habia arrollado á la de Hannover y á la de Brandemburg, y no cedió su puesto hasta que Guillermo, viendo perdida la batalla en todos los puntos, mandó tocar la retirada. Esta se hizo con tan buen orden, que la caballería francesa no se atrevió á atacar al ejército vencido. La pérdida fue casi igual de ambas partes en muertos, heridos y prisioneros, y ascendió á seis mil hombres; pero los aliados dejaron en el campo de batalla setenta y seis cañones, ocho morteros, nueve pontones, muchas municiones, setenta estandartes y veinte y dos banderas.

El fruto de esta victoria fue la plaza de Charleroi, que mandada por el marques del Castillo, y guarnecida por cuatro mil hombres, no se rindió á los franceses sino cuando solo le quedaban mil doscientos hombres de guarnicion.

El duque de Saboya reunió en esta campaña un ejército de cincuenta mil combatientes, y arrojó á Catinat de todos los puntos fortificados que tenia en el Piamonte, al mismo tiempo que el marques de Le-

ganés, apoderándose del castillo de San Jorge, estrechaba el bloqueo de Cassal. Catinat, inferior en fuerzas, se retiró al Delfinado, á pesar de un cuerpo español de diez y seis mil hombres, que emprendió cortarle marchando por el camino de Fenestrelles. Los aliados emprendieron entonces el sitio de Piñerol, que fue valerosamente defendida por el conde de Tessé.

Catinat, que habia empleado sus cortas fuerzas en guarnecer á Brianzon, Guillesne y Barceloneta, de donde habia arrojado á los enemigos, habiendo recibido tropas del Mediodia de Francia, marchó á socorrer á Piñerol, y encontró al ejército aliado en la Marsala. Alli lo derrotó tan completamente que tuvo que refugiarse á Turin y Montecall'er. La pérdida de los aliados fue de seis mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros, veinte y cuatro cañones y ciento seis estandartes y banderas: los franceses tuvieron cuatro mil muertos y cerca de tres mil heridos.

Catinat volvió á enseñorearse del Piamonte, puso guarnicion en Saluces y Villafranca, exigió contribuciones de los pueblos abiertos, y volvió á tomar cuarteles de invierno en el Delfinado.

Tourville, comandante de la escuadra francesa del Océano, se apoderó en la costa de Portugal de una rica flota mercante de los aliados, que se evaluó en treinta y seis millones de esterlinas, y de dos navíos de línea que la escoltaban.

Este año acometieron á Oran los moros del reino de Mequinez, pero fueron rechazados. Cuatro mil de aquellos bárbaros perecieron en el asalto.

1694. Las campañas de Flandes, del Rin y de la Saboya, no presentaron resultados de consideracion. El rey de Inglaterra y el mariscal de Luxemburgo no hicieron mas que observarse recíprocamente.

En Cataluña estuvo mas encendida la guerra, porque Luis XIV, deseando obligar á la España á hacer su paz particular, reforzó el ejército del mariscal de Noailles hasta el número de veinte y quatro mil hombres de infantería y seis mil de caballería. El de los españoles, mandado por el duque de Escalona, nuevo virrey de Cataluña, constaba de quince mil infantes y cuatro mil caballos.

Noailles forzó el paso del Ter por el vado de Tordella y el del canal que está junto á Berghes, y dió una ruta considerable á los españoles, en la cual perdieron tres mil hombres entre muertos y prisioneros, cincuenta carretas de municiones y todo el equipage. El duque de Escalona se retiró á Granollers, donde tomó posicion, dejando entregadas á su suerte las plazas de la Cataluña septentrional. Palamos, Gerona, Hostalric y Castelfollit cayeron sucesivamente en poder del ejército vencedor. Este hubiera emprendido el sitio de Barcelona si la escuadra aliada no hubiera aparecido en las costas de Cataluña, y ahuyentado al almirante Tourville, que durante toda la campaña amenazó la capital y otros puntos marítimos del principado, favoreciendo con esta diversion las empresas de Noailles. Este mariscal recibió de su corte el título de virrey de Cataluña, como para amenazar á la España de la pérdida de esta provincia si continuaba la guerra.

El erario de España estaba exhausto, y fue necesario para continuar la guerra recurrir á empréstitos 1695.
estrangeros y á la venta de empleos. Con estos auxilios se pudo hacer frente en Cataluña al mariscal de Noailles. Diose el mando del ejército al marques de Castañaga, sucesor del duque de Escalona en el vireinato. Tuvo que pelear por haber caido enfermo Noailles con el duque de Vendoma, que era mirado

como uno de los mejores generales de la Francia. Los españoles sitiaron sucesivamente á Castelfollit, Hostalric y Palamos, y se vieron obligados á levantar los tres sitios. En el ataque de las líneas de Castelfollit pelearon los soldados de ambas naciones con el mayor denuedo, y la victoria costó mucha gente á los franceses. Vendoma desmanteló las tres plazas, conociendo que pronto iban á cederse á la España, y se apostó en el Pirineo, apoyando en Rosas la izquierda de sus cuarteles.

Este año perdió Luis XIV dos plazas importantes, la de Namur en los Paises Bajos, y la de Casal en Italia. El duque de Saboya, viendo que Catinat estaba reducido á la defensiva por el corto número de tropas que tenia, sitió esta plaza y la tomó.

El rey de Inglaterra tomó á Namur del mismo modo que Luis XIV la habia tomado antes, teniendo á la vista un ejército contrario muy numeroso. El mariscal de Villeroi, que despues de la muerte del de Luxemburgo mandaba el ejército de Flandes, tuvo que ser testigo del sitio de Namur y de su castillo, que duró dos meses, sin poder atacar al de Guillermo III que cubria las operaciones. El general francés amenazó á Bruselas y la bombardeó, haciendo notable daño en los edificios; mas no pudo tomarla porque el enemigo marchó á su socorro sin desguarnecer por eso las lineas del sitio de Namur.

CAPÍTULO XVIII.

Neutralidad de Italia. Sitio de Barcelona. Paz de Riswik. Tratado del Haya. Muerte del príncipe de Baviera. Tratado de Lóndres. Muerte de Carlos II.

INTERVALO DE CINCO AÑOS, DESDE 1696 HASTA 1700.

Luis XIV, perdida la plaza de Casal, conoció que ya no tenian objeto las hostilidades de Italia, é hizo paz y alianza separada con el duque de Saboya, restituyéndole las plazas que le habia quitado, á escepcion de Susa, Niza y Montmelian, que no debian entregarse al duque hasta la paz general. Éste se obligó á proponer á los aliados que hubiese neutralidad en Italia, y aunque al principio se negaron á ello hubieron de admitirla cuando vieron que el ejército francés, unido con el de Saboya, penetraba en el Milanesado y sitiaba á Valencia del Pó. 1696.

En Cataluña el duque de Vendoma salió á campaña con fuerzas muy superiores á las de los españoles. Cerca de Hostalric atacó al príncipe de Darmstadt que comandaba nuestras tropas. Los españoles disputaron el terreno con suma pertinacia, rechazando muchas veces al enemigo, y cediendo solo á la superioridad del número. Al fin se retiraron con pérdida de doscientos hombres. La de los enemigos fue doble. Entretanto el caballero de Aubeterse entró en la Cerdania española, sorprendió y disipó los miqueletes, ocupó el distrito de Borida y se apoderó del castillo de Aristot, cercano á Urgel.

Vendoma estableció su campo en Tordera con el objeto de cortarle al ejército español la comunicacion con Barcelona; mas no pudo sostenerse en él por

falta de víveres, porque nuestra escuadra apresó los convoyes que se le traian por mar. Retiróse pues á Gerona, incomodándole y persiguiéndole en su marcha las tropas españolas. Hubo algunas acciones parciales, y una muy reñida en que los franceses perdieron mas de doscientos hombres, entre ellos un mariscal de campo. Vendoma desmanteló todas las plazas pequeñas que quedaban aun entre Rosas y Barcelona, y se retiró á sus cuarteles de invierno.

El diez y seis de mayo murió la reina madre doña Mariana de Austria, á la edad de setenta y un años y cinco meses; princesa funesta á la nacion por su impericia en el arte de gobernar; por su ceguedad en favor de sus validos, y por el odio que tenia á los pocos hombres de mérito que aun quedaban en la monarquía. En el mes de setiembre enfermó el rey de unas tercianas malignas, que le condujeron á las puertas del sepulcro, y aunque se logró que se restableciese, siempre estuvo despues de esta enfermedad en un estado débil y achacoso que anunciaba su próxima muerte.

Este año los moros levantaron los sitios que habian puesto á Oran y Melilla dos años antes, despues de haber sufrido incalculable pérdida de gente. Los marqueses de Valparaiso y Avellaneda, gobernadores de estas plazas, adquirieron mucha gloria en su defensa.

1697. Aunque la Francia se hallaba libre de la guerra de Italia no por eso se peleó con calor en Flandes y Alemania. La única accion considerable que hubo fue la toma de Ath por los franceses. Los ánimos estaban vueltos á la paz, y las potencias beligerantes admitieron la mediacion de la Suecia, y enviaron plenipotenciarios al congreso que se reunió en Riswick.

Luis XIV queria sinceramente la paz. El erario

exhausto y la nacion sobrecargada era un contrapeso demasiado fuerte para el esplendor de sus victorias. Por otra parte, habia muerto Louvois el ministro de la guerra, que mientras vivió no dejó nunca de escitar al rey contra sus vecinos, quizá con la mira de hacer mas necesarios sus talentos. En fin la edad hizo á aquel monarca menos confiado en su fortuna, principalmente cuando veia que su rival el rey de Inglaterra, á pesar de tantas derrotas como habia sufrido, se hallaba siempre al frente de un ejército poderoso que le daban los zelos de la Europa contra el rey de Francia.

Estos mismos motivos incitaban la España á continuar la guerra, esperando de sus vicisitudes la reconquista de parte de lo que habia perdido en las guerras anteriores. Luis XIV, que no ignoraba los pensamientos de la corte de Madrid, reforzó considerablemente el ejército de Vendoma en Cataluña para obligar á Carlos II á hacer la paz.

Vendoma se puso en campaña y sitió por tierra á Barcelona, mientras la escuadra del conde de Etrées cercaba el puerto. Defendia la plaza el príncipe de Darmstadt con once mil hombres y cuatrocientos ciudadanos que habian tomado las armas. El conde de Velasco, virrey de Cataluña, se habia apostado á dos leguas de la plaza al pie de las montañas.

Barcelona se defendió con mucho valor é inteligencia, como lo prueba haber perdido los franceses mas de catorce mil hombres en este sitio. Pero a los cincuenta y dos dias de trinchera abierta se vió precisada á capitular, porque no la socorrió, como era necesario, el ejército de fuera. Una tentativa que hizo Velasco para atacar uno de los cuarteles del sitio fue infructuosa. Cuando se preparaba a hacer otra mejor combinada, Vendoma salió de sus trincheras con un

cuerpo de dos mil quinientos caballos y tres mil infantes, y sorprendió en San Feliu al virrey que estaba en la cama, entrando en el campamento espada en mano. Los nuestros perdieron trescientos hombres, y aun pudiera decirse el honor, si la ignominia militar de una nacion pudiese estar consignada á la incapacidad ó negligencia de un gefe.

No fueron mas felices nuestras armas en el nuevo mundo. El caballero de Pointis, burlando la vigilancia de los cruceros ingleses y holandeses, se hizo á la vela desde las playas de Bretaña, y despues de una navegacion de tres meses fondeó delante de Cartagena de Indias, riquísima ciudad de la costa firme del nuevo reino de Granada en la América meridional, y una de las escalas mas opulentas del comercio entre el Perú y los paises que circundan el golfo de Méjico. Pointis desembarcó su tropa, se apoderó del fuerte de Bocachica, que tenia doscientos hombres de guarnicion, y sucesivamente de otros menores, hasta llegar al cuerpo de la plaza que resistió con valor al principio, pero se rindió antes de tiempo. La capitulacion fue singular: no se permitió saqueo ninguno á los soldados; pero se recogieron con el mayor orden todas las riquezas públicas, particulares y de las iglesias, y se llevaron á bordo de la escuadra francesa. Esta, rica con un botin tan considerable, escapando á fuerza de velas de la escuadra inglesa que la esperaba en la Barbada volvió á entrar en el puerto de Brest.

Estos sucesos militares aceleraron la conclusion de la paz. La de España se firmó el veinte de setiembre. Por ella restituia Luis XIV las plazas que habia tomado en Cataluña en el mismo estado que tenian al tiempo de la conquista, el ducado de Luxemburgo, y los paises y plazas de Flandes, de que se

habia apoderado desde la paz de Nimega, escepto ochenta y dos aldeas que se agregaron á los distritos de Charlemont y Maubeuge. El rey de España ofreció restituir al duque de Parma la isla de Ponza. El emperador hizo la paz poco despues.

Esta guerra, emprendida por la ambicion, fue terminada por la prudencia, el desengaño y la buena política: Luis XIV conoció á tiempo que ya estaba organizada la oposicion contra la Francia, y que sus fuerzas y rentas no bastaban á pelear contra todos. Asi, aunque no fue vencido, concedió sin embargo á sus enemigos un tratado de paz mas ventajoso que el que algunos de ellos, principalmente la la España, podria esperar.

Concluida la guerra esterior comenzó la intestina 1698.
de la corte, originada de la situacion física y moral del rey, y de la gran cuestion de la sucesion del reino que entonces comenzó á ventilarse, y que era la mas capaz de poner en ejercicio la actividad de los ambiciosos.

El rey no habia tenido sucesion, y el estado de debilidad física en que se hallaba y que anunciaba su próxima muerte, no daba esperanzas de que pudiese tener hijos. Sus dos hermanas habian casado con el rey de Francia y el emperador de Alemania; y una hija de esta emperatriz con el elector de Baviera, y se trataba de decidir en cuál de estas tres familias habia de buscarse un sucesor á Carlos II. Maria Teresa, muger de Luis XIV, habia hecho en el contrato matrimonial renuncia de todos los derechos que le daba su nacimiento con el objeto de que no se acreciese el poder de Francia con la agregacion de los vastos estados de la monarquía española. Pero los interesados en invalidar esta renuncia objetaban que era contraria á las leyes fundamentales de los reinos

de España tocantes á la sucesion. Y en cuanto al peligro de la acumulacion de las coronas demostraban que era fácil evitarlo, nombrando por sucesor de España al que no pudiese nunca serlo de Francia. Así los partidarios de la casa de Borbon designaban á Felipe, duque de Anjou, hijo segundo del delfin, y por la misma razon los de la casa de Austria al archiduque Carlos, hijo segundo del emperador Leopoldo.

Si la renuncia fue válida, claro es que la corona pertenecia de derecho á la casa de Baviera que no habia renunciado, y que tenia sucesion de la electriz María Antonia, hija única del emperador Leopoldo, y de la infanta Margarita Teresa, á saber: el príncipe José Fernando de Baviera, á la sazon niño de seis años. Si no lo fue, el derecho de la casa de Borbon era incontestable, porque la muger de Luis XIV era la mayor de las dos hermanas.

Los derechos de la casa de Austria se apoyaban en varios tratados celebrados con ella por los monarcas de la rama española; mas estos tratados eran visiblemente contrarios á las leyes fundamentales de la monarquía, que solo dan la corona por el derecho de nacimiento, de modo que aun suponiendo válida la renuncia de María Teresa debia pertenecer el cetro español á Luis XIV, ó á la casa de Orleans, procedentes de Ana, hija mayor de Felipe III, mas bien que á la de Austria en el caso de faltar la línea de Baviera.

En cuanto al elector de Baviera, tenia á la verdad un sucesor, pero no tenia ejércitos como Luis XIV y el emperador; y la animadversion de Europa, que el rey de Francia habia atraido sobre sí por sus proyectos de ambicion, daba muchas fuerzas á la casa de Austria para disputarle con las armas la

sucesion de España. Por consiguiente los juegos funerales de Carlos II debian ser terribles, y este solo punto de semejanza tuvo aquel monarca débil y enfermizo con el conquistador de la Persia.

Ya se deja entender que la corte de España estaria llena de agitacion, pues en una cuestion tan complicada, cada uno debió seguir el partido que ó sus principios de justicia, ó su ambicion ó sus esperanzas le dictaban.

El rey amaba, como era natural, á su familia y á aquella gloriosa dinastía que durante dos siglos habia dominado en Europa. Aborrecia á los franceses por la rivalidad perpétua de las casas de Aragon y Austria contra la Francia, y por los males que ésta nos habia causado en la guerra casi continua que nos hizo desde el ministerio de Richelieu. A esto se agregaba que desde la última enfermedad de Carlos habia cobrado mucho ascendiente sobre su espíritu la reina su muger, que era alemana, y unida con los vínculos del parentesco y de la gratitud á la casa de Austria. No es de estrañar pues que el rey prefiriese personalmente al archiduque Carlos. Mas tal era la rectitud de su corazon y su amor á sus pueblos, que no podia resistir á los que le presentaban la mayor justicia que realmente tenia la casa de Borbon, ó los inconvenientes de una nueva guerra contra Francia que aumentaria las calamidades de la nacion.

La reina pues y el conde de Harrach, embajador de Viena, eran los gefes del partido austriaco, y tanto por su influencia como por la obligacion de premiar al príncipe de Darmstadt y otros alemanes que habian servido con distincion en la última guerra, el rey dispensó muchos honores y empleos en personas estrangeras adictas á la casa de Austria. Este medio de que se valió la reina para aumentar

el número de sus partidarios, fue precisamente el que hizo odioso el partido austriaco á los españoles, zelosos en todos tiempos de los destinos, y poco afectos á que se dé entrada en la administracion á los estrangeros. Por otro lado la reina afectaba siempre altivez, y á imitacion suya los de su partido, que tenian favor en palacio, miraban con desden á los grandes y empleados españoles. No se ocultó esta imprudencia al cardenal Portocarrero y al conde de Harcourt, embajador de Francia, gefes del partido de la casa de Borbon, y observaron una afabilidad y condescendencia con los españoles que les ganó su afecto y triunfó de la ojeriza antigua de ambas naciones.

Entretanto las potencias estrangeras, curándose muy poco de la legislacion española y menos de las intrigas de Madrid, atentos á que el equilibrio europeo no se rompiese por la sucesion de España si caia toda ella en poder de uno solo, trataron de repartirla entre todos los que tenian derecho. La Inglaterra y Holanda juntaron un congreso en el Haya, para el cual convidaron á Luis XIV. Éste, aun no bien seguro de recoger toda la sucesion, envió un embajador á la Haya, y en once de octubre se firmó el tratado mas singular que ha visto el mundo. En él se dispuso de la monarquía española como una compañia de comercio dispone de su capital. Se señaló para el príncipe de Baviera la España y las Indias, para el delfin de Francia las dos Sicilias, los presidios de Toscana é Islas Advacentes y la Guipúzcoa, y para el archiduque Carlos el Milanesado. Cuando este tratado se supo en España, brotó en los corazones pundonorosos la mas justa indignacion; pero el gobierno, débil y apocado, se contentó con quejarse y protestar.

El príncipe de Baviera murió al principio de este 1699. año, y su muerte anuló el tratado de repartimiento. Ademas de los dos partidos que habia en la corte de España acerca de la sucesion se formó otro tercero, á cuya frente estaba el conde de Oropesa, el almirante de Castilla y el marques de Melgar. La influencia de estos en el ánimo del rey, se hizo sospechosa á los partidarios de Francia, y se valieron de sediciones de la plebe sobornada para echar de España á la condesa de Berlips, dama de la reina, que poseia toda su confianza, y á todos los alemanes que servian en palacio, y para hacer huir de la corte al conde de Oropesa con el pretesto de la carestía del pan, por estar encargado del ramo de abastos. Pero la intriga mas atroz y sacrílega fue la del padre Froilan Diaz, confesor del rey y enemigo del partido aleman. Abusando de su ministerio y de la credulidad infantil de Carlos, le persuadió que estaba hechizado y aun poseido del demonio, y le obligó á que sufriese las ceremonias del exorcismo, que en su ánimo religioso y en su estado de debilidad física produgeron un efecto terrible y aceleraron su muerte. Este indigno religioso fue castigado con el destierro cuando su maldad llegó á los oidos de la reina.

La Inglaterra y la Holanda, viendo anulado el 1700. primer tratado de repartimiento, procedió de acuerdo con la Francia á otro segundo que se firmó en Lóndres el tres de marzo, y el veinte y cinco del mismo mes en la Haya. Por él se daban al archiduque Carlos la España y las Indias, al delfin, sobre lo que se le habia señalado en el primer repartimiento, se le añadia la Lorena, que se habia restituido á su duque por el tratado de Riswik, y á éste se daba por resarcimiento el Milanesado, ó si lo rehusase se entregaria al elector de Baviera, dando al

delfin la Navarra ó al duque de Saboya, dando al delfin el ducado de Saboya y el condado de Niza. Este nuevo insulto á la magestad é independencia del trono y de la nacion española, determinó á Carlos II á decidirse por el archiduque, y escribió al emperador que lo enviase á España; mas Leopoldo se negó á ello, pretestando el riesgo que correria su persona, y solo prometió enviar diez mil hombres de tropas al Milanesado, lo que era empezar de hecho la desmembracion. Al mismo tiempo la Francia amenazó con sus tropas las fronteras de España.

El cardenal de Portocarrero, en cuyo sistema político, como en el de todos los buenos españoles, era un principio fundamental la integridad de la monarquía, viendo que esto era imposible teniendo por enemiga á la Francia, persuadió al rey á que nombrase por su sucesor al duque de Anjou, llamado al trono por las leyes del reino. Carlos, para aquietar su conciencia, consultó á su Santidad, y siendo su respuesta favorable á las miras del cardenal, hizo su testamento el veinte y uno de octubre, nombrando por heredero de todos sus estados en ambos mundos á Felipe, duque de Anjou; el veinte y nueve del mismo mes nombró para el gobierno, durante su enfermedad, una junta compuesta de los partidarios de Francia, y el primero de noviembre murió despues de una larga agonía á los treinta y nueve años de su edad, y treinta y cinco de su reinado. Príncipe escelente, si la inocencia de costumbres, el deseo del bien y la bondad del corazon bastasen para ser buen rey. Careció como su padre y abuelo de los conocimientos necesarios para gobernar; tuvo aun menos fuerza de carácter que Felipe III; y sus virtudes que hubieran sido muy apreciables en el cláustro ó en la vida privada, fueron inútiles á la monarquía.

Ésta quedaba en una situacion muy semejante á la larga y penosa agonía de su príncipe.

La dinastía austriaca, estinguida en Carlos II, habia consumido todos los medios de fuerza que poseia la nacion, creados por Fernando V en empresas y guerras inútiles, y por consiguiente dañosas á la España. A la verdad tuvimos la gloria de ser la potencia dominante en Europa durante siglo y medio; y á este fantasma efímero (porque ¿qué son ciento cincuenta años en la vida de las naciones?), á esta ilusion peligrosa, de la cual nos despertaron el tratado de Westphalia y el de los Pirineos, se sacrificaron los tesoros del nuevo mundo, la industria y agricultura nacional y diluvios de sangre española. ¿Por qué Carlos V en el repartimiento que hizo de su mal combinado imperio entre las dos ramas austriacas, nos dejó el Franco Condado y los Paises Bajos, causa y alimento de guerras destructoras, y que en nada aumentaban el poder de la España?

Fernando V conocia mejor los cimientos que debian darse á la potencia española; África era el teatro natural de nuestra ambicion. Poblarla y civilizarla debió ser el objeto de nuestros hombres de estado. ¿Qué nos importaban las guerras de religion de Francia ó de Alemania? Dueños del Mediterráneo por la posesion de Nápoles, Sicilia y Cerdeña, por la dependencia de Génova, que era casi un vasallage, por la nulidad de Venecia, y por la debilidad de los estados pontificios y de Toscana, pudimos oponer nuestras fuerzas navales y terrestres á las tribus bárbaras de los turcos. Si Felipe II no hubiera tenido otras guerras á que atender despues de la batalla de Lepanto, ¿hubiera sido tan inútil esta memorable victoria? El poder de España, aumentándose á costa de los musulmanes, enemigos

naturales de la nacion, hubiera convertido en ciudades florecientes de comercio las guaridas que Argel, Tunez y Trípoli dieron á los piratas; y nuestras escuadras, recorriendo victoriosas desde el estrecho hasta la costa de Siria, hubieran convertido la Grecia y el Egipto en colonias ó provincias de la monarquía española. Su potencia hubiera estado concentrada, y las comunicaciones hubieran sido fáciles por la superioridad de nuestra marina, que hubiéramos conservado, porque era evidente su necesidad.

Pero Carlos V, sucediendo á aquel gran monarca, cambió el teatro de su ambicion, y desplegó nuestras fuerzas en el Elba, el Danubio y el Mosela, donde nada teníamos que ganar. Felipe II quiso aumentar su poder en los estados que ya tenia, mas bien que conquistar otros nuevos. La política de Felipe III fue conservar. Felipe IV queriendo invadir perdió; y vemos que en tiempo de Carlos II, á pesar de las pérdidas del Franco Condado y de una parte de la Flandes, aun se queria conservar lo que teníamos en los Paises Bajos y en Italia; y uno de los motivos mas poderosos que hicieron popular en España el partido del duque de Anjou, fue la esperanza de que con el poder auxiliar de la Francia se podria conservar la Bélgica y la Italia. Todos los buenos españoles, al mismo tiempo que confesaban lo inútiles que nos eran aquellos dominios, creian sin embargo que estaba consignada á su posesion la gloria del nombre y la dignidad del trono español; mucho mas cuando sentian vivamente cuán ignominioso era para la nacion sufrir la ley de los tratados de repartimiento del Haya y de Lóndres. Habia ya caido el antiguo poder de la España; pero la memoria de su esplendor vivia en todos los corazones, y este espíritu de pundonor, que es caracte-

rístico de los españoles, siendo bien dirigido daba esperanzas, que despues se cumplieron, de nuestra resurreccion política....

Desgraciadamente, aunque el principio era noble y honrado, se oponia á las nociones mas elementales de la ciencia del gobierno. Era imposible conservar la Italia sino con fuerzas navales, y éstas ni las teníamos ni podíamos adquirirlas sino despues de muchas y grandes reformas en nuestra administracion interior. La herencia pues de la monarquía española íntegra era la herencia de una guerra cruel que pudiera haberse evitado cediendo desde el principio dominios inútiles que era imposible conservar.

La dinastía austriaca de España, que cuando conservaba todavia un gran poder, cedió despues de cortos esfuerzos el reino de Portugal, tan cercano, tan fácil de conservar, tan útil á la España bajo todos los aspectos, legó á la casa de Borbon la guerra con el resto de la Europa por sostener dominios y conquistas antiguas que de nada nos servian. La desgracia fue que se hizo una estrecha alianza entre el honor español que llevaba á mal las desmembraciones y la ambicion del gabinete francés, al cual acomodaba que la España, ya aliada suya, tuviese posesiones en Italia y en los Paises Bajos que sirviesen de caminos militares á los ejércitos de Luis XIV.

Nuestra administracion interior era entonces poco mas ó menos semejante á la de toda Europa en el siglo XVI, pero como primero Holanda y despues Inglaterra y Francia habian mejorado sus leyes administrativas y favorecido la produccion, se hallaban en opulencia y prosperidad un siglo delante de nosotros. La poblacion habia disminuido notablemente en España por la ruina de la industria, reducida casi al comercio de factoría de América; y se habrá ob-

servado en esta noticia que durante los reinados de Felipe IV y Carlos II, una desgracia que sucediese á la flota de Indias sumergia á la nacion en la miseria y desconsuelo. La suerte de un pais industrioso y agricultor, por la estension y feracidad de su terreno, estaba confiada por un gobierno indolente al arbitrio de las olas y de los vientos.

Nuestra literatura era correspondiente al estado de decadencia de la nacion. Los vicios de Góngora y Paravicino plagaron la poesía y la elocuencia histórica y sagrada; y no estuvo exento de ellos Solís, el mejor escritor de esta época. Muerto Calderon, se apoderaron él y Candamo del teatro, y con mucho talento dramático produgeron obras medianas, porque Solís era conceptista, y Candamo el mas fiel de los discípulos de Góngora. Nicolás Antonio y Pellicer ilustraron los dos reinados últimos de la dinastía austriaca, mas como eruditos que como escritores clásicos.

Cuando murió Carlos II estaba la nacion sin filósofos, sin poetas, sin oradores, sin riquezas, sin ejército y sin marina. Habia llegado en fin al último grado de decadencia. Una nueva era histórica se abre para la España á principios del siglo XVIII, y la Europa la vió, bajo los auspicios de la casa de Borbon, cobrar nuevas fuerzas y concurrir en el estadio de la gloria con naciones mas adelantadas entonces que ella; y si no aspiró á la supremacía que obtuvo en el siglo XVI, supo á lo menos trabajar con éxito por su felicidad, conservar su independencia, hacer respetar su pabellon, mejorar notablemente sus leyes administrativas y abrir los verdaderos manantiales de la riqueza pública. La gran dificultad era dar energía al pueblo español, desalentado con las calamidades contínuas de mas de medio siglo; la ad-

quirió en los mismos riesgos que rodearon la dinastía de Borbon en sus principios. La España era indolente cuando la atacaban en Flandes y en Italia; pero apenas vió invadidas sus provincias interiores, despertó del letargo y volvió á hallarse con aquellos brios, con aquella constancia indomable que triunfó de los sarracenos en una lid de ochocientos años.

REINADO
DEL S.R D. FELIPE V.

CAPÍTULO XIX.

Principios del reinado de Felipe V. Guerra del Austria. Alianza del Haya. Guerras del imperio, Holanda é Inglaterra. Sorpresa de Cremona. Batalla de Luzara. Batalla naval de Vigo.

INTERVALO DE DOS AÑOS, DESDE 1701 HASTA 1702.

1701. Luis XIV aceptó el testamento de Carlos II, y se disculpó como pudo de haber infringido el tratado de repartimiento con la Inglaterra y la Holanda, que disimularon por entonces. El duque de Anjou fue reconocido y jurado rey en todos los dominios de la monarquía española, é hizo su entrada pública en la capital de España el catorce de abril.

Era indudable la guerra con el Austria, y se preparaba á invadir el Milanesado un ejército mandado por el príncipe Eugenio de Saboya. Si los estados de Italia hubieran tenido fuerza y union, pudieran haber libertado aquel pais de las calamidades de la guerra, juntando un ejército de observacion que prote-

giese la neutralidad. Mas el duque de Saboya no queria la paz, que era contraria á sus miras de engrandecimiento, y se unió con las dos coronas de España y Francia, estipulándose en el tratado de alianza defensiva y ofensiva el matrimonio de su segunda hija María Luisa Gabriela con Felipe V.

La Holanda diferia con diversos pretestos reconocer al rey de España; y Luis XIV para obligarla envió á los Paises Bajos españoles un cuerpo considerable de tropas, que el elector de Baviera, gobernador por España de aquellos estados, hizo entrar en las plazas de Nieuport, Udenarda, Ath, Mons, Charleroi, Namur y Luxemburgo; lo que era una manifiesta infraccion del tratado de la barrera. Las tropas holandesas que las guarnecian antes fueron enviadas á su pais. La república disimuló y atesoró indignacion. No por eso dejó de entablar negociaciones inútiles con la Francia para ganar tiempo, mientras Guillermo III arreglaba con el parlamento inglés la ley de la sucesion de Inglaterra. Esta ley escluyó de la corona al hijo de Jacobo II, y transfirió el cetro despues de la muerte de Guilermo á su cuñada Ana, muger del príncipe de Dinamarca; y si ésta moria sin hijos, á los descendientes de su hermana Sofía, muger del duque de Brunswick Luneburg.

Aun no habian comenzado las hostilidades sino en Italia; pero los preparativos de guerra y de defensa que se hacian en todo el occidente europeo anunciaban la esplosion de una querella larga, sangrienta y memorable. En efecto, tal fue la guerra de sucesion.

El duque de Saboya era generalísimo del ejército de las dos coronas en Italia; pero los mariscales de Tessé y Catinat obraban con independencia, y aun no estaban muy unidos entre sí. Los franceses se adelantaron hasta las orillas del Adige; mas el terreno

pantanoso que ocupaban los obligaba á tener muy separados sus cuarteles, cuando el príncipe Eugenio, que habia bajado de los Alpes de Trento con un ejército de treinta mil hombres, lo tenia reunido en la orilla izquierda del rio. No le fue pues difícil forzar el paso de Carpi, defendido por el mariscal de campo San Fremont, que fue batido en Castagnano con pérdida de mil soldados, y ocupar el Bressau. Los aliados se retiraron detras del Oglio. Este revés hizo que se diese por sucesor á Catinat al mariscal de Villeroi. Hubo otra accion de poco momento, aunque desventajosa para los aliados en Chiari, á la derecha del Oglio, donde ya habian pasado los alemanes; y llegando el invierno el ejército de las dos coronas tomó cuarteles en las fronteras del Mantuano, parte de las cuales ocupó Eugenio. En Nápoles hubo una conspiracion muy peligrosa, cuyo objeto era entregar aquel reino á los austriacos; mas fue descubierta y castigada.

Mientras el rey de España celebraba sus bodas con la hija del duque de Saboya, y celebraba las cortes de Cataluña en Barcelona, se formaba en la Haya la terrible tempestad que iba á caer sobre las dos monarquías de España y Francia. Guillermo III era el alma de la liga que se estipuló en aquella ciudad entre Inglaterra, Holanda y el emperador. Los príncipes de Alemania, aunque al principio quisieron adoptar el sistema de la neutralidad, ganados por Leopoldo en la dieta de Hailbron, accedieron á la alianza. Entre ellos se distinguian el duque de Hannover y el elector de Brandemburgo, que ganó en esta guerra el título de rey de Prusia, país unido á la casa electoral desde los tiempos de la reforma. Entretanto Luis XIV dirigia los negocios de España por medio del cardenal Portocarrero, primer ministro de Felipe.

La sorpresa de Cremona fue uno de los sucesos 1702. mas notables de la campaña de Italia. El mariscal de Villeroi tenia en esta plaza su cuartel general. La noche del dia último de enero dormia descuidadamente, cuando le dispertaron de improviso los tiros de la mosquetería. Vistióse, tomó sus armas, salió apresuradamente y encontró con un escuadron enemigo que le hizo prisionero. El príncipe Eugenio se habia introducido en la ciudad por un conducto subterráneo indicado por un habitante de Cremona, afecto á los austriacos. Toda la ciudad se pone en armas, el gobernador don Diego de Concha es muerto de un tiro de fusil; muchos oficiales generales son muertos ó prisioneros, y Eugenio peleaba en las calles y plazas con una guarnicion valiente y numerosa, pero sobrecogida, esperando llegase un destacamento de su ejército, que debia entrar por el puente del Pó, para completar su victoria. Dos casualidades se la arrancaron de las manos. La primera fue que un regimiento francés estaba pasando revista á las cuatro de la mañana en una estremidad del pueblo, opuesta á aquella por donde habia entrado el príncipe. A este regimiento, que estaba formado, se reunió poco á poco la guarnicion, y peleaba contra los alemanes ya con mas esperanzas de resistirles. La segunda, que el cuerpo austriaco, enviado por Eugenio para apoderarse del Pó, y dar entrada á sus tropas de fuera, perdió su guia, que mataron de un tiro desde una ventana, erró las calles, retardó su marcha, y cuando llegó á la puerta del rio la encontró ya ocupada por un regimiento irlandés de la guarnicion. El marques de Praslin, oficial superior del ejército francés, se aprovechó del momento é hizo cortar el puente, y asi conservó la ciudad. El príncipe Eugenio peleó todo el dia; al fin se retiró por la puerta de que se habia apoderado al

entrar, llevándose prisionero á Villeroi y á muchos oficiales generales.

Luis XIV envió para mandar el ejército de Italia al duque de Vendoma, general hábil é intrépido, aunque indolente y amigo de los placeres. Felipe V juzgó necesaria su presencia en los estados de Italia, tanto para apagar el espíritu de sedicion que reinaba en Nápoles, como para alentar los ejércitos españoles, que habia siglo y medio que no veian al frente su monarca. Pasó pues, dejando á la reina por regenta, de Barcelona á Nápoles, donde su clemencia no pudo vencer la irritacion de los ánimos. Costeó el Tirreno hasta Vado en la ribera de Génova, donde desembarcó; visitó en Turin á su suegro, que con diversos pretestos se negó á mandar el ejército, lo que escitó sospechas justificadas despues, y llegó á Cremona. Ya entonces el príncipe Eugenio habia sitiado á Mántua, y el objeto de las dos coronas era obligarle á levantar el sitio. Vendoma atacó una columna enemiga en Santa Victoria del Crústolo, y la derrotó con pérdida de tres mil hombres, tomándole el bagage y algunos estandartes. El rey se apoderó de Reggio y de Módena; y Eugenio, viendo flanqueado el ejército que sitiaba Mántua, dejó libre esta plaza, concentró sus fuerzas en Borgofonte, y encontró al enemigo cerca de Luzara, donde habia algunos almacenes austriacos con guarnicion, y se empeñó la batalla. Tres veces atacaron los austriacos la línea del contrario: tres veces fueron rechazados; mas al cuarto ataque la rompieron, y fue menester que Vendoma les opusiese la reserva. Ya era la una de la noche cuando cesó el combate. La pérdida fue igual de una y otra parte; mas el campo de batalla y la victoria quedó por el rey, que habia entrado en lo mas vivo del fuego animando á los suyos. Rindiéronse Luzara y Guastala, que

tenia dos mil hombres de guarnicion, y Borgofonte y los demas pueblos que habian servido al enemigo para bloquear á Mántua. Felipe volvió á España, donde le llamaban los cuidados del gobierno, mal seguro en manos de una regenta jóven, sin esperiencia, y rodeada de consejeros ambiciosos.

Ya desde el quince de mayo habian declarado la guerra la Inglaterra, la Holanda y el Imperio. Guillermo III, hombre temible á la Francia como guerrero y como político, dejaba hechos todos los preparativos de esta lid memorable; mas la muerte le impidió comenzarla. Sucedióle Ana, su cuñada, heredera de sus proyectos contra Luis XIV. El mando del ejército aliado en los Paises Bajos se dió al célebre duque de Malborough, grande general y profundo político. En esta primer campaña se apoderó de Venló, Ruremunda, Huy y Lieja. Namur se salvó por la lealtad de un oficial español, que avisó al gobernador el proyecto que tenian los enemigos para sorprender la plaza por soborno. Los franceses, cuyo ejército era inferior, no hicieron mas que observar los progresos de Malborough.

El príncipe de Baden, que mandaba el ejército imperial en la frontera del Rin, tomó á Landau despues de cuatro meses de sitio. Pero el marques de Villars le derrotó en la batalla de Fridlinga, le arrojó de la Alsacia, y ganó en esta memorable accion el baston de mariscal. El elector de Baviera, habiéndose declarado á favor de Francia y España, se habia apoderado de Ulma, lo que determinó á los austriacos á repasar el Rin y apostarse en la Suavia.

Entretanto apareció en las aguas de Cadiz la escuadra combinada, al mando del almirante Rooke, con un cuerpo de desembarco, compuesto de diez mil ingleses y algunos holandeses, al mando del duque de Or-

mond. Venia con ellos el príncipe de Darmstadt, que salió de España desde que vió arruinado el partido austriaco, y venia ahora para alentarlo por medio de sus amigos y conocidos, y valiéndose ademas de la gloria que habia adquirido en las últimas campañas de Cataluña.

La Andalucía estaba defendida por el marques de Villadarias con un corto número de infantes y caballos, que la lealtad de sus habitantes aumentó en breve, y que hizo parecer mayor la astucia de levantar grandes polvaredas de dia y numerosos fuegos de noche. Los enemigos se apoderaron de Rota, que les entregó el gobernador, y del puerto de Santa María; mas no pudieron hacer aproches al castillo de Matagorda, porque las galeras españolas y francesas que estaban en lo interior de la bahía de Cadiz, al mando del conde de Fernan-Nuñez, destruian los trabajos que hacian por la noche los ingleses. Resueltos pues á abandonar el proyecto de tomar á Cadiz, evacuaron el puerto de Santa María despues de un horrible saqueo, y se embarcaron no sin grave pérdida, picándoles la retaguardia el marques. Tambien abandonaron á Rota, y el gobernador que la habia vendido sufrió el suplicio infame de horca.

El almirante inglés se apartó del golfo de Cadiz, y dobló el cabo de San Vicente con el objeto de apresar la flota española que venia de Indias, y que escoltada por una escuadra francesa, á las órdenes del conde de Chateaurenault, entró en el puerto de Vigo en Galicia para evitar el encuentro con los ingleses.

La escuadra aliada se presenta á la boca del puerto, se apodera de los miserables castillejos de la entrada y rompe la cadena. Entonces comenzó una de las mas furiosas batallas que se dieron en esta guerra.

Los franceses y españoles se defendieron con el mayor valor. Escaleta, teniente de navío español, determinó engancharse con el navío almirante inglés para incendiarlo y saltar los dos juntos; y habiendo muerto antes de lograrlo, recomendó esta accion desesperada á su sucesor, que la emprendió y ejecutó. Al fin triunfó el número despues de un combate de dos horas. Todos los buques franceses y españoles cayeron en poder del enemigo, ó fueron quemados, ó se sumergieron en el mar con las riquezas que traian en géneros y en metales preciosos. La escuadra enemiga perdió mil quinientos hombres, y la de España y Francia dos mil. Los ingleses y holandeses dijeron que el botin les habia valido cuatro millones de pesos. El cardenal de Etrées sucedió al mariscal de Marsin en la embajada de España. Marsin se habia grangeado el odio de los españoles por su altanería, y por el desprecio con que los miraba, y que no sabia disimular.

CAPÍTULO XX.

Guerra de Portugal. Defeccion del duque de Saboya. Batallas de Spira y Hocstett. Pérdida de Gibraltar. Batalla naval de Málaga. Segunda batalla de Hocstett. Batalla de Cassano. Pérdida de Valencia y Barcelona.

INTERVALO DE TRES AÑOS, DESDE 1703 HASTA 1705.

Este año comenzó añadiendo á la liga dos nuevos enemigos de España y Francia, temibles, no tanto por sus fuerzas como por su posicion geográfica. Don Pedro, rey de Portugal, habia celebrado con las dos coronas un tratado de neutralidad y de alianza defensiva; pero movido por las sugestiones de la Inglaterra, que desde el principio de la dinastía de Braganza 1703.

tenia mucha influencia por su comercio y su política en Portugal, y por la esperanza de tener alguna parte en el repartimiento de la vasta monarquía española, accedió á la alianza del Haya, y preparó un ejército de veinte y seis mil hombres que debia pagar la Inglaterra. No tuvieron poco influjo en esta determinacion las exageradas descripciones que hicieron del mal estado de España el almirante de Castilla, el conde de la Corzana y otros señores españoles, que disgustados de la preponderancia del cardenal de Portocarrero y del presidente del consejo de Castilla, se refugiaron á Lisboa, y juraron por rey de España al archiduque Carlos, apenas el emperador Leopoldo renunció en él sus derechos á esta monarquía. Portugal era un punto muy apreciable para los aliados, pues les proporcionaba un camino fácil para penetrar en el centro de las Castillas.

El duque de Vendoma, general de las dos coronas en Italia, habia formado el proyecto de acercarse á los Alpes de Trento, y uniéndose allí con el elector de Baviera, que por su parte debia ocupar el Tirol, llevar la guerra al centro del Austria. Este proyecto se malogró, porque las dos operaciones de que se componia se hicieron en épocas diferentes; pero dió motivo al duque de Saboya, cuya suerte era muy precaria entre la Francia y la España, señora del Milanesado, para dar oidos á las proposiciones de la corte de Viena, que le prometia el Monferrato si accedia á la grande alianza. Via el riesgo de abandonar á las dos coronas; pero este riesgo no era mayor que el que correrian perpétuamente sus estados, si la España y la Francia quedaban triunfantes. Decidióse pues por el partido que le daba mas esperanzas de aumentar su territorio, y accedió á la alianza del Haya.

Vendoma tuvo que volver sus fuerzas contra el Piamonte y se apoderó de Asti; pero cuando el duque de Saboya, cuyo ejército era solo de ocho mil infantes y tres mil quinientos caballos, estaba espuesto al resentimiento de la Francia, se le reunió el ejército imperial, mandado por Guido de Staremberg, que haciendo una marcha atrevida y casi única en los anales militares, desde las gargantas de los Alpes hasta las orillas del Tánaro, penetró en el Piamonte y socorrió al nuevo aliado. Eran ya teatro de la guerra los estados del duque de Saboya.

La campaña de Flandes fue gloriosa para las armas de las dos coronas. El mariscal de Villeroi tomó á Tongres, derrotó en Eckeren, auxiliado por el cuerpo del marques de Bedmar, gobernador de los Paises Bajos, al general Obdam, con pérdida de seis mil hombres entre muertos y prisioneros, é impidió que el duque de Malborough se acercase á Amberes.

Entretanto Villars y Tallard se cubrian de gloria en las fronteras del Rin. El objeto de Villars era reunirse con el elector de Baviera, asi como el de Staremberg habia sido unirse con el duque de Saboya, y lo consiguió por medio de una marcha tan difícil y sábia, que se acerca mucho á la gloria de la del general austriaco. Empezó apoderándose de Kell, pasó el Rin, atacó las líneas de Biben, defendidas valerosamente por el príncipe de Baden, y rechazado de ellas cae sobre Offenburg, atraviesa la Selva Negra y se reune en Dutling al elector. Este, dueño ya de Ratisbona, conquistó en breve el Tirol para darse la mano con Vandoma; mas habiéndose ya retirado de Trento el ejército francés de Italia por la defeccion del duque de Saboya, tuvo que volver á sus estados á defender la linea del Yun, atacada por los austriacos. Despues de haberla puesto en defensa se reunió con

Villars, y derrotaron en Hocstett al ejército austriaco, que perdió cuatro mil hombres, treinta y tres cañones y muchos estandartes.

Tallard recobró á Brisac y á Landau, y dió una gran rota junto á Spira al príncipe de Hesse Casel, que perdió cinco mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros, treinta piezas de artillería, las tiendas y muchos equipages.

Entretanto la corte de Madrid era teatro de una lid palaciega entre el cardenal de Etrées y la princesa de los Ursinos, camarera mayor de la reina, que habia ganado la confianza de los reyes. Ésta triunfó; el cardenal se volvió á Francia, y le sucedió en la embajada su sobrino el abate de Etrées por breve tiempo; pues determinado á continuar la guerra contra la camarera mayor, escribió á la corte de Versalles notas sangrientas acerca de ella, de lo que el rey de España se quejó amargamente á su abuelo. En los principios del reinado de Felipe V el destino de embajador de Francia en España era muy codiciado, porque tenia entrada en el consejo de gabinete, y era el alma de las determinaciones, como depositario de la confianza y autoridad de Luis XIV. Durante estas intrigas, cayeron Portocarrero y el presidente de Castilla de la gracia del rey, y el conde de Montellano fue primer ministro. Orví dirigia la hacienda, y empezaba á hacer reformas en ella con suma dificultad y lentitud.

1704. El archiduque Carlos, que reconocido ya rey de España por la grande alianza, habia pasado de Viena á Inglaterra, se embarcó en la escuadra del almirante Rook, y desembarcó el siete de marzo en la ria de Lisboa con nueve mil hombres de tropas inglesas, á las cuales debian reunirse los grandes refuerzos que se esperaban de Holanda.

El rey de España decidido á penetrar en Portugal, dividió su ejército en cuatro cuerpos: el primero, mandado por el mismo, que debia obrar en la frontera de Alcántara: el segundo en Andalucía, á las órdenes del marques de Villadarias; otro en Galicia, que mandaba el duque de Hijar; y el cuarto, á las órdenes del marques de Ronquillo.

Estos cuerpos penetraron en Portugal, se apoderaron de los pequeños fuertes de la frontera, y echaron contribuciones sobre el pais. Las plazas mas importantes que cayeron en poder de los españoles, fueron Portalegre, Castel-devid y Castel-branco. El archiduque Carlos se mantenia sobre la defensiva hasta saber el éxito de la espedicion del almirante Rooke y del príncipe de Darmstadt en Cataluña. Este general habia prometido levantar aquel principado á favor de los amigos y allegados que en él tenia. La escuadra inglesa llegó á vista de la plaza; el príncipe se acercó en una falúa para dar calor á sus valedores. En efecto hubo una conjuracion, y se reunieron algunos para apoderarse de las puertas y dar entrada á las tropas de Darmstadt, mas la vigilancia del virrey, que era don Francisco de Velasco, descubrió y oprimió á los facciosos, y burló el proyecto del enemigo. El almirante inglés bombardeó la ciudad; pero casi no hizo daño ni causó turbacion, y tuvo que retirarse de aquellos mares.

A la vuelta de esta espedicion malograda emprendieron los ingleses otra que llorará España por mucho tiempo. Gibraltar tenia una guarnicion de ochenta infantes y treinta caballos, sin artilleros ni municiones. Este descuido en una plaza tan importante merece la eterna reprension de la historia contra el ministerio de Felipe V. Era gobernador de la plaza don Diego Salinas, que hizo cuanto pudo por

defenderla; pero habiéndose apoderado el enemigo de un buque francés de doce cañones que estaba en el muelle viejo, hizo callar con un horrible cañoneo las baterías del Sur, se apoderó del muelle á pesar de una mina que volaron los españoles y que les mató mucha gente, entró en el bastion que hay entre el muelle y la ciudad, y fue preciso capitular. Aunque en la plaza se proclamó á Carlos por rey de España, quedó sin embargo en poder de Inglaterra que hasta ahora la posee.

Felipe V habia vuelto á Madrid cuando se tomaron cuarteles de verano en Portugal, mandando al marques de Villadarias que partiese con su cuerpo de ejército á emprender el sitio de Gibraltar. El duque de Berwick, que mandaba las tropas, privado de este cuerpo, y sabiendo que Milord Galloway habia desembarcado en Lisboa con nuevos y considerables refuerzos, se mantuvo en observacion lo restante de la campaña, y los portugueses recobraron algunas de las plazas que habian perdido.

Entretanto el conde de Tolosa, hijo natural de Luis XIV, y comandante de la escuadra de las dos coronas en el Mediterráneo, avistó á la inglesa el veinte y cuatro de agosto en las aguas de Málaga, y le dió una batalla bastante sangrienta en que ambas partes se atribuyeron la victoria. Sin embargo los ingleses y holandeses perdieron dos navíos de linea y casi todas sus tripulaciones que ascendieron á mil cuatrocientos hombres. Los franceses y españoles mil quinientos entre muertos y heridos. Los navíos de ambas escuadras quedaron sumamente maltratados.

El conde de Tolosa destacó al caballero Pointis con diez navíos de línea, nueve fragatas y tres mil hombres de desembarco para auxiliar á Villadarias, que sitiaba á Gibraltar sin fruto, á causa de la faci-

lidad con que los ingleses la socorrian por mar, pues la escuadra francesa tenia que volverse á Cadiz cuando los vientos le eran contrarios. Asi que el sitio se convirtió en bloqueo por la parte de tierra siendo imposible bloquear la plaza por mar.

En la campaña de Flandes no hubo suceso alguno de importancia, porque la situacion de Alemania fijaba principalmente la atencion de los aliados. Las victorias del elector de Baviera y del mariscal de Villars comprometian notablemente los estados hereditarios del Austria, y es probable que si Villars hubiera continuado en el mando, podrian haberse dado golpes decisivos en el centro del imperio. Pero aquel mariscal, gran militar, carecia del arte de hacer amable su superioridad; y el elector de Baviera, en cuyo favor trabajaba, no le podia sufrir, y pidió á la corte de Francia que le diese un sucesor. Villars fue destinado á la operacion insignificante de sujetar á los calvinistas rebelados de las Cevennes, y Tallard, célebre ya por la victoria de Spira, pasó á tomar el mando del ejército francés que hacia la guerra en Alemania.

Todas las fuerzas de la grande alianza se acumularon contra este ejército. Al mismo tiempo que el duque de Malborough pasó el Rin, y arrojó á los franceses de Schelemberg, aunque con pérdida de mas de cinco mil hombres, el principe Eugenio volaba á reunirse con él. Encontraron al ejército enemigo en los campos de Hoestett, insignes ya por la victoria que en ellos habia conseguido Villars el año anterior, pero que esta segunda batalla convirtió en un nombre infausto para la nacion francesa.

El ejército bávaro y francés constaba de sesenta mil combatientes. Tallard mandaba el ala derecha, y el elector la izquierda. Malborough atacó la de-

recha, precisamente en el momento que Tallard habia pasado á la izquierda á dar algunas disposiciones, y aunque volvió pronto á ponerse al frente de los suyos, no pudo mejorar la desventaja con que habian empezado á pelear estando ausente su gefe. Tallard era muy corto de vista; queriendo hacer que volviese al combate la caballeria fugitiva, se acercó á un escuadron enemigo creyéndole francés, y fue hecho prisionero. Malborrough prosigue la victoria y rodea la aldea de Blenheim, donde once mil hombres de las mejores tropas de Francia, inutilizadas por la prision del mariscal, tuvieron que rendirse prisioneros. Al mismo tiempo el príncipe Eugenio derrotaba al elector de Baviera y completaba la victoria.

Esta memorable batalla se dió el trece de agosto. Costó á los aliados cinco mil hombres muertos, ocho mil heridos y trescientos prisioneros; á los franceses doce mil muertos, catorce mil prisioneros, toda la artillería, tiendas y bagages, y un inmenso número de trofeos militares. La Francia, acostumbrada á vencer en el espacio de mas de medio siglo, perdió la superioridad que da siempre el prestigio de la victoria. El elector de Baviera perdió todos sus estados, y no quedó un solo francés en la derecha del Rin.

En Italia, donde los austriacos se mantenian á la defensiva, porque habian reunido casi todas sus fuerzas para la campaña de Alemania, recayó el peso de la guerra sobre el duque de Saboya. Los franceses se apoderaron de todo el ducado excepto de Montmelian y de Verceli en el Piamonte. A entradas de invierno sitió el duque de Vendoma á Verrue.

Luis XIV al mismo tiempo que quitó al abate de Etrées la embajada de España, dándole por sucesor al duque de Grammont, mandó que la princesa de

los Ursinos saliese del reino, temiendo su influencia en el ánimo de la esposa de Felipe. Este destierro duró poco: Luis XIV se convenció que era inevitable el influjo de la reina en el gobierno, se propuso dirigirlo á sus fines por medio de la princesa, y ésta volvió a Madrid el año siguiente con mas poder que nunca.

Verrue cayó en poder de los franceses despues de un obstinado sitio; Feuillade se apoderó de Montmelian, Berwick de Niza, y Albergorti de Setimio, lo que facilitó la toma de Chivas. Pero Vendoma se vió obligado á trasportar la masa de sus fuerzas al Oglio, que el príncipe Eugenio, vuelto de la campaña de Alemania, intentaba pasar para socorrer los estados del duque de Saboya. Encontráronse los dos ejércitos en Cassano, donde se dieron una reñidísima batalla, en que perecieron seis mil hombres de cada parte. La noche dividió los combatientes, sin que por ninguno quedase el campo ni la victoria; satisfecho Vendoma con haber detenido la marcha de los enemigos, y Eugenio con haber impedido el sitio de Turin que iban á emprender los franceses. 1705.

En la frontera del Rin los aliados se apoderaron de Landau y Trarbuch, y fue preciso colocar de nuevo al mariscal de Villars al frente del ejército francés. Malborough, que habia vuelto á los Paises Bajos, obligó al mariscal de Villeroi á levantar el sitio de Lieja, é intentó penetrar en Francia por las fronteras de Lorena. Villars le sale al encuentro en Treveris, y con ejército inferior en número le presenta la batalla. El general inglés que no queria dar nada á la fortuna, esperó el cuerpo del príncipe de Baden, y viendo que no llegaba, se retiró á las fronteras de Holanda. Las líneas que tenian los españoles y franceses en la frontera del Brabante fue-

ron sorprendidas por los enemigos, que hicieron mil quinientos prisioneros, y poco despues se apoderaron de Tillemont.

El consejo de Madrid resolvió emprender de nuevo el sitio de Gibraltar, y envióse al mariscal de Tessé para que mandase el ejército de tierra. Pointis debia sitiarla por mar con la division que mandaba en Cadiz. Pero el almirante Lack le atacó con una escuadra muy superior en el momento que no tenia mas que cinco buques, porque un temporal habia dispersado los demas. Tres de aquellos cinco navíos cayeron en poder del enemigo: Pointis se abrió paso con dos, varó entre Estepona y Marbella, y les pegó fuego despues de haber puesto en salvo las tripulaciones. El sitio de Gibraltar volvió á convertirse en bloqueo.

Estas desgracias fueron preludios de pérdidas mayores. Desde el principio de la guerra habian fijado la vista los aliados en los pueblos de la corona de Aragon, mas fáciles de ganar al partido austriaco, ya por la grande estension de sus costas que los esponia al soborno de los ingleses, ya por ser los enemigos mas inveterados de la Francia. Distinguíanse particularmente los catalanes, como fronterizos, en su aversion á la dinastía francesa, quizá mas indignados, porque en su última revolucion habian encontrado en los militares franceses un poder suficiente para oprimirlos, mas no para libertarlos de las fuerzas de España. Añadíase á estos principios de rebelion el disgusto general que tenian todos los españoles por la demasiada influencia del embajador francés Amelot, que habia sucedido al duque de Graumont en el consejo del rey; influencia necesaria en aquella época desgraciada, porque el rey no podia disgustar á Luis XIV, por no esponerse á per-

der el apoyo de la Francia, sabiendo que algunos otros personages de la corte de París, aterrados con la derrota de Hoestett, aconsejaban á su abuelo que le abandonase, y preservase su reino propio de las calamidades que le amenazaban si persistia en defender el ageno.

Las provincias fieles, aunque disgustadas, obedecian y callaban; pero ¿cuándo faltó á los amigos de novedades pretestos especiosos para favorecerlas? Barcelona solo esperaba ya para declararse la llegada de las fuerzas aliadas. Éstas se embarcaron en Lisboa el diez y siete de julio; consistian en un cuerpo de doce mil hombres de escelentes tropas al mando del conde de Peterborough, inglés, y uno de los mejores generales de su tiempo. Iba en la escuadra el príncipe de Darmstadt, que seguia la correspondencia con los amigos del archiduque Carlos. Este era el gefe supremo de la espedicion, y con el título de rey de España debía dar calor al partido, cubriendo la rebeldía con nombre de obediencia.

Al pasar la escuadra por Denia desembarcó Basset, valenciano, adicto al partido austriaco, el cual tomo el título de virey, y con dos mil ingleses que se le dieron, y las tropas que levantó en aquél reino, organizó la guerra civil. No tardó en tener fuerzas suficientes para ahuyentar las débiles guarniciones que ocupaban algunos puntos, y Valencia le abrio las puertas.

Entretanto el archiduque desembarcó en Palamos con un cuerpo de ocho mil hombres, al cual se reunieron inmediatamente muchos catalanes, y sitió á Barcelona. Darmstadt contaba con que el gobernador de Monjuich le entregaria aquel punto importante como se lo habia ofrecido. Mas don Francisco

de Velasco, virrey de Cataluña, que estaba resuelto á defender la plaza hasta el estremo, descubrió la traicion y mandó ahorcar al traidor. Sin embargo una casualidad entregó aquel importante castillo á los aliados. Despues de haber sido rechazados dos veces, una bomba incendió el almacen de pólvora, y la esplosion mató al gobernador y á los oficiales. Los que quedaron, intimidados por hallarse sin municiones, se rindieron prisioneros de guerra. El castillo de Monjuich costó á los aliados ochocientos hombres, entre ellos el príncipe de Darmstadt, que pereció en el primer asalto.

Ganado Monjuich los aliados adelantaron los trabajos del sitio y obligaron al virrey á capitular. El nueve de setiembre se firmó la capitulacion, y segun ella el catorce debia salir la guarnicion con todos los honores de la guerra y ser conducida á Gerona. En el intervalo se alborotó el populacho de Barcelona, porque los rebelados habian esparcido la voz de que el virrey queria llevarse á los presos de estado. Peterborough entró por la brecha, sosegó el populacho y libertó al virrey; pero muchos artículos de la capitulacion se quedaron sin cumplir.

La toma de Barcelona dió la señal de defeccion en toda Cataluña, y de la guerra civil en Aragon. Organizáronse partidas, y la guerra se hizo casi de hombre á hombre y con mucha barbarie, pues los prisioneros pocas veces quedaban vivos. Monzon y el condado de Ribagorza se decidieron por el archiduque. Fraga pasó varias veces del poder de un partido al de otro. Mequinenza, que al principio fue sorprendida por los partidarios austriacos, volvió á la obediencia de Felipe. Todo era confusion y matanza en las fronteras de Cataluña y Valencia.

En las de Portugal los españoles se mantuvie-

ron á la defensiva, porque tuvieron que enviar refuerzos, tomados de aquel ejército, á las provincias orientales. Los aliados se apoderaron de Valencia de Alcántara y de Alburquerque, y sitiaron á Badajoz; pero habiéndose acercado el mariscal de Tessé, resuelto á dar la batalla y socorrer la plaza, se retiraron á Elvas y Olivenza, donde tomaron cuarteles de invierno.

Este año murió el emperador Leopoldo, que habiendo esperimentado todas las vicisitudes de la fortuna adversa y próspera, fue el fundador del poder actual de la casa de Austria. Sucedióle su hijo mayor el archiduque José.

CAPÍTULO XXI.

Continuacion de la guerra de sucesion. Sitio de Barcelona. Pérdida de Aragon. Entrada y salida de los aliados en Madrid. Pérdida de Alicante y de las Baleares. Batalla de Calcinato. Batalla de Turin y pérdida del Milanesado. Batalla de Ramillies y pérdida de los Paises Bajos.

CAMPAÑA DE 1706.

La funesta batalla de Hocstett habia debilitado 1706
las fuerzas de la Francia; pero aun le quedaban grandes recursos, ejércitos numerosos y buenos generales. Es verdad que tenian que pelear contra Eugenio y Malborough, y la corte de Paris estaba dividida, porque la duquesa de Borgoña, cuñada de Felipe V, no queria la guerra, pretestando que no debia desangrarse la Francia por sostener la corona de España. Ademas Luis XIV amaba personalmente al mariscal de Villeroi, general mediano y muy des-

graciado. El rey se empeñó en sostenerlo contra los que hablaban mal de él, y esta obstinacion le fue funesta.

La España era atacada en su mismo seno. La rebelion en las provincias orientales y un ejército poderoso de aliados en las occidentales, mandado por el marques de las Minas, portugués Milord, Galloway y el general holandés Fagel, amenazaban el centro de la monarquía. Entonces el valor y la lealtad castellana empezaron á despertar de su largo sueño: los españoles vieron infeliz al rey que habian jurado, y resolvieron sostenerlo. Desde esta época cada nuevo desastre que sufrian las armas de Felipe V le daba un nuevo título al amor y á los socorros de sus vasallos. Asi se esplica como en medio de las pérdidas terribles y contínuas que sufrieron las dos coronas, principalmente la Francia; no hubo sin embargo un solo momento en que se pusiese en duda que Felipe conservaria el cetro de España.

El consejo de Madrid determinó dar en el principio de esta campaña un golpe atrevido é inesperado que aterrase á los enemigos y restaurase las pérdidas del año anterior. Diósele al duque de Berwick un cuerpo suficiente para observar los movimientos del ejército enemigo, que estaba en la raya de Estremadura, y el rey se puso al frente de las demas tropas que pudo recoger, y marchando con la mayor celeridad á Cataluña puso sitio á Barcelona. Era su intencion apoderarse de esta capital antes que la escuadra aliada apareciese en aquellos mares, seguro de que tomada Barcelona, quedaba sujeta la rebelion, y los enemigos sin ningun punto fortificado en la costa del Mediterráneo.

Los españoles aceleraron los trabajos del sitio con el mayor vigor, como que sabian que la tardanza

malograria sus designios. Por mar sitiaba la plaza, la escuadra del conde de Tolosa. El castillo Monjuich se rindió despues de haber sufrido un asalto: ya estaba la ciudad en los mayores apuros, cuando el tres de mayo se avistó la escuadra aliada, compuesta de cincuenta y tres navíos de línea é igual número de transportes con diez mil hombres de infantería y mil de caballería. Dos dias antes se habia retirado de aquel apostadero el conde de Tolosa. Fue necesario pues levantar el sitio dejando abandonada la artillería de batir, municiones y demas pertrechos. El ejército español, disminuido por los combates del sitio, no podia volver con seguridad por el camino de Aragon, infestado de partidas, y por el cual le seguirian infaliblemente los enemigos. Por esta causa se retiró al Rosellon, y el rey volvió á entrar en España por el camino de Navarra; y aunque se le invitó á ir á Paris, donde se trataba con los aliados de un nuevo repartimiento de la monarquía, lo rehusó y dijo: que *quería morir entre sus españoles.*

En el sitio de Barcelona se observó que mientras los castellanos rogaban á su rey que se apartase de los riesgos retirándose á Perpiñan, los catalanes de Barcelona, á quienes se les habia dicho que el archiduque pensaba en salir de la plaza, se amotinaron y le dijeron, que le habian jurado conde para que muriese, si era menester, en su compañia en defensa de la patria.

El desgraciado éxito de la espedicion de Barcelona consumió un ejército inútilmente, y acabó de arruinar el partido de Felipe en aquellas provincias. Todo el Aragon dió la obediencia al archiduque, que hizo su entrada triunfante en Zaragoza.

Entretanto el ejército aliado de Estremadura,

que ascendia á treinta mil hombres entre portugueses, ingleses y holandeses, se apoderaba de Alcántara, haciendo prisionera la guarnicion, que era de cinco mil hombres, tomaba á Ciudad-Rodrigo, marchaba por Salamanca á la corte, y ocupaba el punto de Espinar, sin encontrar mas resistencia que las escaramuzas con que el pequeño cuerpo de Berwick retardaba su marcha. Al mismo tiempo el archiduque Carlos y Peterborough marchaban por Molina y Pastrana, para unirse con Minas y Galloway en las orillas del Tajo, donde creian, que dueños del centro de España, é interceptada la comunicacion entre Castilla y Andalucía, acabarian en breve la conquista á que aspiraban.

La reina y los tribunales marcharon á Burgos, evacuando la capital que ya no podia dejar de caer en manos de los enemigos. Efectivamente el marques de las Minas entró en ella; pero solo encontró silencio y soledad, y como no era punto que interesára militarmente, solo pensó en verificar su union con el ejército del archiduque.

En este terrible conflicto, las provincias septentrionales de España y las Andalucías hicieron los mayores sacrificios para dar un ejército. Unido éste con el del duque de Berwick y con quince mil hombres que llegaron de Francia, podia va medirse con el enemigo, y se disputó el paso del Henares, que por la primera vez despues de seiscientos años oia en sus orillas el estruendo militar. La union pues de entrambos ejércitos, el de Portugal y el de Aragon, no pudo hacerse en la orilla derecha del Tajo; los aliados tuvieron que evacuar á Madrid y pasar aquel rio, y el marques de las Minas se juntó con el ejército del archiduque en el territorio de Cuenca, de cuya capital se habia apoderado el general inglés Windham.

Ya en esto el ejército del rey habia ocupado á Toledo, Aranjuez y los demas pasos del Tajo. Toda la poblacion de la Mancha estaba armada contra los aliados por el marques de las Torres; de modo que era imposible á Minas y Galloway volver á Portugal. Tuvieron pues que invernar en el reino de Valencia, y Peterborough se retiró á Inglaterra, diciendo que la *conquista de España era imposible.*

Entretanto la escuadra inglesa del Mediterráneo se apoderó de Alicante, Cartagena, y de las islas Baleares, en las cuales solo quedó por el rey de España el castillo de Mahon. Las tropas del archiduque atacaron á Murcia y fueron rechazadas. Cuenca y Orihuela volvieron al poder de los españoles.

Tal fue el éxito de esta célebre campaña, en la cual los aliados adquirieron tres reinos, el de Aragon, el de Murcia y el de Mallorca; pero al mismo tiempo reconocieron la imposibilidad de someter á los españoles. El rey, que mostró en todas las acciones grande valor y energía, concibió, á pesar de sus pérdidas, la esperanza fundada de reponerlas, porque el haber conservado las Castillas equivalia á una victoria.

Campaña de Italia.

Esta fue infelicísima para las dos coronas, aunque empezó bajo los mejores auspicios. El duque de Vendoma, que deseaba acabar la guerra en el Piamonte, derrotó junto á Calcinato un cuerpo del ejército del príncipe Eugenio que no se halló en la accion, mandado por el conde de Raventlau, matándole tres mil hombres, haciéndole otros tantos prisioneros, entre ellos mil de caballería, y quitándole seis cañones y el bagage. Eugenio se vió precisado á

retirarse á los Alpes del Trentin para esperar nuevos refuerzos de Alemania. Vendoma, habiendo asegurado con esta victoria el oriente del Milanesado, determina dar el golpe que habia de decidir la guerra de Italia y sitió á Turin, única plaza que le quedaba ya al duque de Saboya de todos sus estados.

Luis XIV tuvo necesidad de un general como Vendoma en Flandes para animar las tropas desalentadas por los desastres que diremos despues, y se le dió por sucesor en el mando del ejército de Italia al duque de Orleans. El duque de la Feuillade dirigió las operaciones del sitio. Este general valiente, pero poco hábil, y al mismo tiempo indócil, atacó la plaza por la parte mas dificil, que era la de la ciudadela: no hizo circunvalacion entera, de modo que Turin recibia víveres, y el duque de Saboya salió á reunir tropas y acelerar la venida del príncipe Eugenio; dió asaltos inútiles; salió de las líneas para perseguir al duque de Saboya, que se le escapó, retardándose asi los trabajos del sitio; en fin no hizo nada de lo que era necesario para tomar la plaza. El duque de Vendoma, que esperaba en el ejército del Pó á su sucesor, dejó al príncipe Eugenio, que ya se habia reforzado, acercarse á Turin y unirse con el duque de Saboya; de modo que cuando el de Orleans llegó á tomar el mando del ejército no pudo hacer otra cosa que reunirse con la Feuillade.

Eugenio y el duque de Saboya tenian bajo sus órdenes cuarenta mil combatientes, y resolvieron atacar los atrincheramientos del enemigo. El siete de setiembre se dió la memorable batalla de Turin, en la cual la habilidad del príncipe Eugenio triunfó de la intrepidez francesa. El mariscal de Marsin recibió una herida mortal en la accion; el duque de Orleans fue tambien herido, y el ejército francés tuvo que retu-

giarse al Delfinado. Su pérdida en muertos fue solo de dos mil hombres; pero dejaron seis mil prisioneros y toda la artillería y pertrechos del sitio, cuyos preparativos habian sido inmensos. Asi quedó la Lombardía por los aliados. Las plazas del Milanesado se rindieron sucesivamente al vencedor en virtud de un tratado, y España perdió aquella importante provincia, ganada por Carlos V, para nunca mas recuperarla.

Pocos dias antes habíamos perdido los Paises Bajos, provincia que nunca debió haber sido parte de la monarquía española, y que á haberla cedido en mil setecientos uno, quizá se hubiera evitado la calamitosa lid de la sucesion. El duque de Malborough derrotó el veinte y tres de mayo al mariscal de Villeroi en la funesta jornada de Ramillies, en la cual los franceses perdieron veinte mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros, la reputacion militar, porque ni las tropas pelearon con valor ni el general las dispuso bien, y casi todos los Paises Bajos españoles. Bruselas, Amberes y Ostende abrieron sus puertas al vencedor.

Solo Villars sostuvo en esta campaña el honor de las armas francesas. Batió á los imperiales, mandados por Luis de Baden, y les quitó todas las plazas que poseian en Alsacia, escepto Landau y Haguenau.

CAPÍTULO XXII.

Continuacion de la guerra de sucesion. Pérdida de Nápoles. Batalla de Almansa y reconquista de Valencia y Aragon. Toma de Lérida. Espedicion de los aliados en Provenza. Pérdida de Cerdeña y de los presidios de Toscana. Toma de Tortosa. Batalla de Udenarda y sitio de Lila. Pérdida de Oran.

INTERVALO DE DOS AÑOS, DESDE 1707 HASTA 1708.

1707. La pérdida del Milanesado produjo necesariamente la del reino de Nápoles, que no podíamos ya defender por mar ni por tierra. Esta preciosa conquista, que fue principio y base de la potencia española, se perdió tambien para siempre. Mas no la perdimos sin gloria. El marques de Villena, su virrey, y las guarniciones españolas no la cedieron hasta haber agotado todos los medios de defensa contra un ejército superior y una poblacion rebelada.

El príncipe Eugenio, dueño de la Italia septentrional, envió al reino de Nápoles un cuerpo de nueve mil hombres de todas armas á las órdenes del conde de Daun, que no encontró resistencia de las orillas del Garellano, famoso por la victoria del Gran Capitan, donde la ciudad de Sora fue la primera que le abrió las puertas hasta la ciudad de Cápua, donde el marques de la Roca hizo una vigorosa defensa; mas el pueblo se alborotó contra la tropa española, y fue preciso capitular. Cuando Daun llegó á Nápoles salieron á recibirle los habitantes de esta capital, y el virrey no pudo hacer otra cosa que poner buenas guarniciones en los castillos del Ovo y de San Telmo. Estos se rindieron haciendo capitulacion honrosa, y

su ejemplo fue seguido de las guarniciones de los demas fuertes, escepto las de Gaeta y Pescara. Don Estebán Billet, oficial español, defendió á Pescara, haciendo mucho daño á los sitiadores, hasta que estos se apoderaron de una torre, sin la cual no podia defenderse la plaza, y le concedieron una capitulacion honrosa. El virrey se habia encerrado en la fortaleza de Gaeta, único puesto que ya poseian los españoles. Daun la sitió en forma, y despues de abierta brecha la tomó por asalto. El virrey quedó prisionero con los soldados y oficiales de la guarnicion. La conquista de esta plaza completó la del reino.

Tal es el poderío de las circunstancias, que la noticia de la pérdida de Nápoles no causó grande impresion en la corte de España, alegre entonces por la insigne victoria de Almansa, que alejaba al enemigo del centro de la monarquía, cuya conservacion era el único cuidado del gobierno español. Curado el cancer, que devoraba el seno, no se hacia caso de los granos que salian en las estremidades.

El marques de las Minas y Galloway abrieron la campaña, ocupando á Yecla y dirigiéndose á Almansa, donde estaba el duque de Berwick; y aunque este general no queria emprender operacion alguna hasta la llegada del duque de Orleans, que debia sucederle en el mando de aquel ejército, tuvo que ponerse en orden de batalla porque los enemigos se la presentaron.

La accion empezó el veinte y cinco de abril á las tres de la tarde. Los enemigos atacaron el centro del ejército español con tanto denuedo que rompieron la primera línea y abrieron la segunda; mas los españoles y franceses que las componian, formándose en dos frentes con maravillosa prontitud, cogieron al enemigo entre dos fuegos, é hicieron en él un estra-

go horrible. Al mismo tiempo cargó don José Ameza-ga con la caballeria á la espalda del centro de los contrarios, y se unió con él el conde de Pinto con un cuerpo de tropas recien llegado de Avora. Casi todos los ingleses perecieron, y Galloway escapó con algunos oficiales. Minas, que sostenia el combate en la derecha, fue herido, y su tropa desbaratada se entregó á la fuga. El general francés Asfeld sitió al conde de Dona en las alturas de Caudete, donde se habia refugiado con trece batallones, mientras don Miguel Pons y Mendoza les cortaba la retirada en el camino real, y toda aquella tropa quedó prisionera. En esta gran batalla perdieron los aliados diez y ocho mil hombres, cinco tenientes generales, siete brigadieres y veinte y cinco coroneles, un gran número de oficiales, veinte cañones, trescientos carros de víveres, ciento doce banderas, infinitas armas y municiones y todo el bagage. El egército vencido no paró hasta Tortosa, donde pasando revista á sus tropas no hallaron mas que cinco mil hombres de veinte y cinco mil que tenian antes de la batalla. El ejercito de las dos coronas tuvo dos mil quinientos muertos y mil heridos.

El duque de Orleans, que llegó al dia siguiente, tomó el mando del ejército, y ocupó como fruto de aquella victoria los reinos de Valencia y Aragon. Entregó á Asfeld un cuerpo considerable para la conquista de Valencia, mientras él se dirigia á Zaragoza con el grueso del ejército.

Asfeld tomó á Requena por capitulacion, arruinó á Játiva, donde los paisanos se defendieron con una obstinacion digna de mejor causa, y que recordaba la destruccion de Sagunto, y ocupó á Valencia mientras el duque de Orleans se encaminó por Madrid á Zaragoza sin hallar oposicion en ninguna parte. La alegria, originada de tantos triunfos, se aumentó con la noti-

cia de haberse recobrado la isla de Menorca por el conde de Villars, que desembarcó en ella y arrojó á los ingleses que la ocupaban, y por el nacimiento del príncipe don Luis, hijo primogénito de Felipe V. El duque de Orleans, continuando el curso de sus conquistas, sitió y tomó á Lérida, que fue valerosamente defendida por el príncipe Enrique de Darmstadt. En las fronteras de Portugal se recobró á Ciudad-Rodrigo, que tomó por asalto el conde de Aguilar.

Vendoma se opuso en Flandes al victorioso duque de Malborough, y no hizo poco en impedirle la entrada en la Flandes francesa. Villars forzó las líneas de Stolfen, penetró en la Suavia y Franconia, é impuso contribuciones sobre todo el pais. Pero la principal espedicion de los aliados contra la Francia fue la invasion de Provenza. El príncipe Eugenio y el duque de Saboya entraron en esta provincia con fuerzas numerosas y pusieron sitio á Tolon; mas no pudieron tomar esta plaza, y su ejército, disminuido por las enfermedades y escasez de subsistencias, y amenazado por las tropas francesas que se enviaron al Ródano desde todos los puntos del interior, se retiró en buen órden al Piamonte. Es de observar que dos siglos antes habia tenido igual éxito la espedicion de Carlos V contra la misma provincia.

Al principio de este año atacaron los imperiales los presidios que España poseia en la costa de Toscana. Apoderáronse fácilmente de Orbitelo y Piombino; mas fueron rechazados de Porto Hércule y Porto Longone. Entretanto perdíamos la isla de Cerdeña, donde el contagio de la rebelion habia cundido hasta en las tropas, pues habiéndose presentado delante de Caller el almirante inglés Lacke y desembarcado un regimiento, no se encontró un artillero que asestase un cañon contra el enemigo. Llegada la noche, el pue- 1708.

blo abrió las puertas á los ingleses, y á la sumision de la capital se siguió inmediatamente la de toda la isla.

El duque de Orleans abrió la campaña en las fronteras de Cataluña por el sitio de Tortosa. Despues de haber vencido á un cuerpo enemigo en Falset, que atacó con el mayor valor don Francisco Gaetani, mandó reconocer aquella plaza al intrépido partidario don José Vallejo. Hecho el reconocimiento la envistió el once de junio. Defendíala el conde de Efrem, aleman, y general de reputacion. El ejército principal austriaco é inglés, mandado por el célebre Guido de Staremberg y por el general Stanhope, estaba en el llano de Tarragona; y aunque no muy fuerte, era necesario precaver contra sus ataques los cuarteles del sitio. Pero los austriacos no hicieron movimiento alguno para socorrer la plaza, y capituló. El quince de julio entraron en ella las tropas españolas. Esta victoria se contrapesó con la pérdida de la isla de Menorca, que ocuparon los ingleses despues de haber conquistado la de Cerdeña.

En el reino de Valencia cayó en poder del conde de Mahoni, general español, la plaza de Alcoy, tenazmente defendida por los paisanos. El general Asfeld, vuelto del sitio de Tortosa, donde habia auxiliado al duque de Orleans, tomó á Denia despues de un sangriento sitio, ocupó las ciudades marítimas que estaban aun bajo la obediencia del archiduque, y se preparó para la conquista de Alicante. En las fronteras de Estremadura el marques de Bay se apoderó de Altura y derrotó un cuerpo portugués de mil doscientos hombres.

Campaña de Flandes.

Fue muy calamitosa para la Francia. El príncipe

Eugenio, convencido de que los grandes golpes debian darse en la frontera de los Paises Bajos, reunió el ejército austriaco que mandaba al de Malborough. Juntaban hasta ochenta mil hombres. La Francia les opuso cerca de cien mil; pero mandados por el duque de Borgoña, que no era general ni afecto á la guerra. Es verdad que bajo sus órdenes servia Vendoma, pero irritado de tener un superior.

Los franceses se apoderaron al principio de la campaña de Gante y de Ypres, y marcharon hácia el Dendra; mas cambiado el plan por la poca armonía de los generales, retrocedieron al Escalda. Malborough los atacó y derrotó en Udenarda. La pérdida que sufrieron en este combate no fue grande; pero quedaron tan desordenados, que un cuerpo de cuatro mil hombres que marchaba á la casualidad cayó en poder de los enemigos.

El príncipe Eugenio emprendió el sitio de Lila á vista del ejército francés, y la tomó despues de cuatro meses de sitio, habiéndola defendido valerosamente el mariscal de Boufflers. Entretanto el ejército de Flandes se consumió poco á poco; Gante é Ypres volvieron al poder del enemigo, y era tanto el atrevimiento de este, que un cuerpo holandés penetró desde Courtray hasta cerca de Versalles, é hizo prisionero en el puente de Sevre al primer escudero del rey creyendo que era el delfin.

Los moros se apoderaron de Oran, plaza que tenian sitiada desde algunos años antes, impelidos por los ingleses á hacer la guerra á España.

El sumo Pontífice Clemente XI reconoció por rey de España al archiduque Carlos, atemorizado por las fuerzas del emperador, que ocuparon á Comachio y devastaron los estados de Parma y Plasencia, las Legaciones y el Ferrarés.

CAPÍTULO XXIII.

Continuacion de la guerra de sucesion. Toma de Alicante. Batalla de la Gudiña. Sitio de Tournay. Batalla de Malplaquet y sitio de Mons. Congreso de Gertruidemberg. Sitio de Douay. Batalla de Zaragoza. Pérdida del Aragon, y entrada y salida del archiduque Carlos en Madrid. Batallas de Brihuega y Villaviciosa.

INTERVALO DE DOS AÑOS, DESDE 1709 HASTA 1710.

1709. El general Asfeld, que gobernaba las armas de las dos coronas en Valencia, habia sitiado á Alicante á fines del año anterior. El sitio se continuó hasta el veinte de abril, en que se rindió la plaza, atacada y defendida con el mayor valor. Los sitiadores volaron una mina en peña viva, que causó grandes estragos en las fortificaciones y en la ciudad. Los sitiados se obstinaron en defenderse, porque estando libre la entrada del puerto, las escuadras inglesas les proporcionaban tropas y víveres de refresco. Mas los vientos contrarios obligaron á los ingleses á huir de aquel golfo; el valor de nuestras tropas hizo inútiles todos los esfuerzos de los enemigos contra las trincheras; y la plaza ya casi desmantelada aceptó capitulacion.

En la línea del Segre no mandaba ya el duque de Orleans. La princesa de los Ursinos, que tenia el mayor valimiento con la reina, y por su medio con el rey y Amelot, embajador de Francia, le obligaron con sus intrigas á retirarse. Dióse el mando de las tropas españolas al conde de Aguilar, y el de las francesas al mariscal de Besons. Asfeld, asegurado ya el reino de Valencia, aumentó el ejército con un cuerpo

del suyo, mandado por él mismo; de modo que las dos coronas tenian en aquella frontera veinte y ocho mil hombres de buenos soldados, y lo que es mas, victoriosos, cuando el ejército de Staremberg solo constaba de veinte y tres mil. Es verdad que estos estaban muy unidos entre sí, y la rivalidad nacional entre franceses y españoles empezó á ejercer una influencia funesta desde que el mando de todas las tropas no estuvo confiado á un solo general. Staremberg, aprovechándose de esta discordia, pasa el Segre, se apodera de Balaguer, haciendo prisionera la guarnicion, que era de seiscientos hombres, y toma una superioridad decidida sobre sus enemigos. Felipe V, para impedir sus progresos, se puso al frente de los suyos, y se quejó á Luis XIV de la conducta del general francés Besons. Este recibió orden de retirarse, y solo quedaron doce mil soldados de aquella nacion al sueldo de la España. Desde esta época conoció Felipe que para reinar necesitaba apoyarse principalmente en el amor y lealtad de sus vasallos; su política comenzó á ser puramente *española*, y la Francia perdió gran parte de su influjo en el gabinete de Madrid. El resto de la campaña se pasó en movimientos. El conde de Estaín derrotó á los catalanes, que habian penetrado hasta Venasco: despues don Miguel Pons los encontró en el puente de Montañana, y los ahuyentó cogiéndoles seis banderas y cuatrocientos prisioneros.

En la frontera de Portugal consiguieron nuestras armas una victoria, gloriosa á la verdad, pero sin consecuencias. El marques de la Frontera, general del ejército de los aliados, mandaba veinte y ocho mil hombres, entre ellos un cuerpo inglés, á cuya frente estaba Galloway. Determinó sitiar á Badajoz. El marques de Bay cubrió la plaza y se apostó en las

riberas del Caya, donde esperó al enemigo, aunque su ejército era inferior, pues solo constaba de diez y seis mil hombres. La batalla se dió en los llanos de la Gudiña. Los enemigos fueron derrotados, y perdieron dos mil hombres muertos, mas de tres mil prisioneros, entre ellos el conde de San Juan, general de la caballería portuguesa, cuatro brigadieres, cinco coroneles y muchos oficiales, todo el bagage, siete banderas, ocho estandartes, diez y siete piezas de artillería, muchos carros de municiones, y las tiendas y puentes para pasar los rios. La pérdida de los españoles fue solo de cuatrocientos hombres entre muertos, heridos y prisioneros.

En las fronteras de Alemania é Italia estuvieron unos y otros á la defensiva. La atencion de la Europa estaba fija en la campaña de Flandes. La Francia opuso en fin á Malborough y á Eugenio, el único hombre capaz de contrarestarlos en la dicha y en la habilidad, y el mariscal de Villars mandó el ejército de los Paises Bajos, que constaba de cien mil hombres; mas con órdenes positivas de no arriesgarlo todo á la suerte de una batalla. Esta precaucion era necesaria, porque la Francia no tenia otro ejército, ni medios de formarlo en el estado tristísimo de su erario y de los pueblos afligidos, sobre las demas calamidades de una guerra infeliz, con la particular de los escesivos fríos del invierno de este año, que destruyeron hasta las esperanzas de la cosecha.

Malborough abrió la campaña sitiando á Tournay; el príncipe Eugenio cubria el sitio, y la plaza se rindió despues de diez y ocho dias de trinchera abierta. El general inglés y Eugenio marcharon inmediatamente á poner sitio á Mons. Villars, que no habia obtenido permiso del rey para socorrer á Tournay, lo consiguió para defender aquella plaza, y salió al en-

cuentro de los enemigos en las llanuras de Malplaquet. Dió á Boufflers el mando de la derecha, y él se puso al frente de la izquierda, contra la derecha de los enemigos, donde estaba Malborough; el príncipe Eugenio mandaba el centro de los aliados, y en la izquierda estaban los holandeses.

Desde el principio del combate fue derrotada la izquierda de los aliados y perseguida á la bayoneta; pero habiendo debilitado el centro Villars para atacar á Malborough, este hábil general ataca el punto desguarnecido y lo rompe. Villars corre á defenderlo, y una bala le hiere gravemente. Desde este momento los franceses solo pensaron en la retirada, que se hizo en buen orden. Los vencidos perdieron solo ocho mil hombres, y los vencedores veinte y un mil entre muertos y heridos.

Esta fue la batalla de Malplaquet, célebre en los anales militares de la historia moderna por dos circunstancias: la primera fue que los vencedores perdieron mas gente que los vencidos, y la segunda que en ninguna otra ha habido mayor número de muertos. Los aliados lograron por fruto de esta victoria la importante plaza de Mons, que capituló apenas se abrió la brecha.

Las cuatro batallas de Hocstett, Ramillies, Udenarda y Malplaquet, la pérdida de los Paises Bajos españoles y de las plazas de Lila, Tournay y Mons, entregaban la Francia, casi indefensa, al furor de los aliados. Luis XIV habia dado algunos pasos solicitando la paz; mas se le habian indicado condiciones tan vergonzosas para un rey, que no le fue posible aceptarlas. Despues de la batalla de Malplaquet volvió á hacer proposiciones: los aliados para gozar del espectáculo de su humillacion, admitieron sus plenipotenciarios en el congreso que se abrió en Ger- 1710.

truidemberg, villa de Holanda. La Francia no solo aceptó las condiciones honerosas que la imponian, sino tambien ofreció dar dinero para la guerra que los aliados hacian á Felipe V, hasta destronarlo. Entonces le impusieron una nueva condicion, y fue que *él solo con sus ejércitos le obligase á renunciar á la corona de España.* Las negociaciones se rompieron, porque fue fácil conocer que los aliados no querian la paz. El príncipe Eugenio, que era omnipotente en Austria, mientras durára la guerra, teatro de su gloria, queria ademas vengarse de Luis XIV, que le negó el empleo de coronel de un regimiento cuando era jóven; desaire que le determinó á pasar al servicio del emperador. Malborough queria tambien pelear para aumentar sus riquezas y su reputacion. Dominaba al gobierno inglés por los ministros que eran sus hechuras; al palacio, por su muger, valída de la reina de Inglaterra; al parlamento, por el partido de los wighs. No era menor el odio que tenian los holandeses á Luis XIV, ya por el mal que les habia hecho cuando invadió su pais, ya por la aversion de aquellos republicanos que se creian los moderadores de Europa contra el poder absoluto, que un tiempo afectó el monarca francés sobre toda ella.

Durante las negociaciones de Gertruidemberg tomaron los aliados á Douay, Bethune, Ayre y San Venant, de modo que si querian podian enviar sus partidas hasta las puertas de Paris. El mariscal de Villars, que sanada su herida, habia vuelto á ponerse al frente del ejército, estaba solo á la defensiva, conservando en él la última esperanza de la Francia.

Campaña de la Península.

Fue una de las mas memorables de esta guerra;

y aunque á los principios infelicísima para los españoles, tuvo un éxito glorioso, y afirmó la corona en las sienes de Felipe V. Este monarca se puso al principio de la campaña al frente de su ejército, compuesto en gran parte de los nuevos reclutas, gente no acostumbrada á la disciplina militar. Staremberg lo reconoció, notó el desorden, y resolvió aprovecharse de él. Estaba apostado en las alturas del Almenara. Nuestra caballería le acometió; pero él habiéndola rechazado con su infantería avanzó al frente de ella y derrotó en breve el ejército español. Apenas hubo mil hombres muertos ó heridos de una y otra parte. Los nuestros se desbandaron, y el rey, reconociendo que solo tenia trece mil hombres útiles, se retiró á Zaragoza. Staremberg, que mandaba veinte y dos mil hombres de tropas escogidas, le persiguió en la retirada, y alcanzó la retaguardia en Peñalba; mas ésta, revolviendo contra él, le obligó á retirarse con pérdida de mil soldados muertos y muchos prisioneros.

El rey dió el mando del ejército al marques de Bay, distinguido por la victoria de la Gudiña. Apostóse en el monte Torrero. Staremberg llegó y trató de desalojarlo. Los españoles eran diez y nueve mil hombres, y los aliados veinte y cinco mil. El combate se dió el veinte de agosto, y tiene en la historia el nombre de batalla de Zaragoza; pero fue mas bien fuga que batalla. Apenas murieron cuatrocientos españoles; quedaron prisioneros cuatro mil; se perdió toda la artillería y cien banderas y estandartes. Esta derrota ignominiosa se atribuyó á la mala calidad é indisciplina de las tropas, y á la poca confianza que se inspiraban recíprocamente el ejército y su general. El rey no abandonó el campo de batalla hasta que fue completa la dispersion.

Los resultados de esta accion fueron funestísimos; Felipe se retiró por Agreda á Madrid, y de Madrid á Valladolid con la corte, los consejos y tribunales, porque el enemigo, dueño segunda vez del Aragon, marchaba hácia la capital del reino por el camino de Zaragoza. El archiduque Carlos entró en Madrid, y se oyó proclamar rey de España por algunos muchachos pagados para gritar; pero conoció muy pronto que los ánimos estaban á favor de su competidor.

El objeto de esta marcha habia sido reunir con el ejército victorioso el portugués, que debia avanzar por Estremadura, y que no salió de la frontera; de modo que los aliados estaban colocados en el centro de España sin objeto militar, sin comunicaciones con las provincias poseidas, y sin medios de subsistencias. Atribuyóse á los consejos de milord Stanhope esta operacion imprudente y arriesgada contra la opinion de Staremberg, que queria pelear en Navarra y en Valencia, provincias limítrofes á las ya poseidas, mas bien que en Castilla, donde nada habia que ganar.

Los españoles negaban víveres á los aliados, y repartian su mezquina subsistencia con las tropas del rey: las guarniciones de Tortosa, Lérida y Mequinenza interceptaban con sus partidas los caminos de Aragon y Cataluña: don Antonio del Valle, gobernador de Valencia, hizo huir un cuerpo espedicionario que los catalanes habian enviado para la conquista de aquel reino: las tropas fugitivas de la batalla de Zaragoza se reunieron en Soria y Valladolid: las provincias enviaban otras nuevas: el clero y la nobleza acudió al rey con grandes sumas de dinero: Luis XIV, que no podia socorrerle con tropas, porque necesitaba todas las que tenia, le envió al duque de Vendoma á ruegos del mismo Felipe V, y con él le

envió la victoria. La afabilidad de aquel gran guerrero le ganó los corazones de los soldados; su aire marcial y su reputacion les inspiró la confianza de vencer.

Entretanto el ejército aliado se consumia en la inaccion. Su subsistencia era muy precaria, su fuerza numérica disminuia, y era preciso salir de aquel saco en que tan inútilmente se habian metido. Staremberg comenzó á maniobrar y fortificó á Toledo, como para asegurarse en aquel punto la retirada á Portugal, y atraer de este modo las fuerzas españolas que querian impedir su marcha sobre el Tajo inferior. Vendoma no cayó en el lazo, y se mantuvo siempre en observacion para atacarle en el camino de Zaragoza, que era la direccion natural de su retirada.

Staremberg, viendo inutilizadas sus estratagemas, emprendió la marcha con un ejército disminuido y mal contento. Felipe entró en Madrid el tres de diciembre para dar esta satisfaccion á la lealtad de los madrileños, y volvió á ponerse al frente de sus tropas. Las partidas del ejército español, señaladamente las que mandaban Vallejo y Bracamonte, incomodaban la retirada del enemigo, haciendo prisioneros á los soldados que se separaban de la columna, y un regimiento portugués cayó en sus manos. Staremberg pasó adelante con el grueso de las tropas; Stanhope, que mandaba la retaguardia, compuesta de mas de cinco mil ingleses, se alojó en Brihuega el seis de diciembre.

Vendoma dió orden inmediatamente de rodear todos los puntos vecinos y de cortarle la retirada, y el ocho se dispuso á penetrar en la villa. Stanhope y sus ingleses se defendieron con la intrepidez propia de su nacion, de modo que hasta la noche no

pudieron entrar los españoles en la plaza. El inglés defendió las calles palmo á palmo, y duró el combate hasta el amanecer del dia nueve. Retiráronse los ingleses al castillo y pidieron capitulacion; mas les fue forzoso rendirse. Cayeron prisioneros cuatro mil ochocientos ingleses, entre ellos los tres generales Stanhope, Hill y Charpenter; murieron en la accion quinientos. Los españoles perdieron dos mil hombres entre muertos y heridos. Es de observar que en esta batalla pelearon como leones los mismos que tan torpemente habian abandonado el monte Torrero. La presencia del rey, que siempre estuvo á su frente, y la confianza en el general, hizo que renaciese en sus ánimos el valor español.

Entretanto Staremberg volvia al socorro de la retaguardia ya perdida, y su vuelta dió un nuevo triunfo á nuestras armas. sos españoles le esperaron formados en batalla en las alturas de Villaviciosa; Vendoma mandaba la izquierda, y la derecha el rey, que á pesar de las instancias de sus generales, no quiso apartarse del fuego ni del mando de las tropas. Staremberg, reconocida la situacion y continente del enemigo, y no oyendo estrépito militar hácia Brihuega, conoció que Stanhope se habia rendido, y solo pensó en retirarse, aunque haciendo movimientos que manifestaban la intencion de pelear. Vendoma no se dejó engañar y le acometió á las tres de la tarde para aprovechar lo poco que restaba del dia: era el diez de diciembre. Dos veces atacaron los españoles con el mayor denuedo: dos veces fueron rechazados, y otras tantas estuvo la victoria en las manos de Staremberg. Al fin el conde de Aguilar hizo el último esfuerzo, protegido por nuestra caballería, que era superior á la de los enemigos, y rompió sus líneas. Staremberg formó de su infantería un cuadro que los

españoles no pudieron romper; á favor de esta disposicion y de las tinieblas dejó el campo de batalla, y se retiró á un bosque cercano donde se atrincheró. Al dia siguiente, no atreviéndose el ejército vencedor á atacarlo, se retiró á Zaragoza.

Esta fue la famosa batalla de Villaviciosa, en que los generales y las tropas de ambos ejércitos adquirieron mucha gloria. El rey estuvo siempre en medio del fuego. Los enemigos perdieron mas de tres mil muertos, muchos heridos y seis mil prisioneros, veinte cañones, dos morteros, veinte y siete banderas, muchas municiones y casi todo el bagage. La victoria costó á los españoles mas de siete mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros.

La retirada de Staremberg equivalió á una nueva derrota, pues perseguido por una numerosa caballería, mandada por gefes hábiles é intrépidos, tuvo que refugiarse con muy pocas tropas en Balaguer, punto donde habia comenzado esta campaña memorable.

CAPÍTULO XXIV.

Continuacion de la guerra de sucesion. Conquista de Gerona. Muerte del emperador José. Congreso de Utrecht. Batalla de Denain. Paz de Utrecht. ***Toma de Barcelona.***

INTERVALO DE CUATRO AÑOS, DESDE 1711 HASTA 1714.

La cuestion de la península quedó decidida en las acciones de Brihuega y Villaviciosa. La Francia se reponia de sus inmensas pérdidas por el valor y prudencia de Villars, todos deseaban la paz, escepto los que tenian un interés personal en la continuacion de la guerra, cuando dos sucesos inesperados 1711.

proporcionan la satisfaccion del deseo general de Europa. El primero fue la muerte del emperador José á los treinta y tres años de edad sin dejar sucesion; por lo cual los estados hereditarios del Austria y la corona imperial recaian en su hermano el archiduque Carlos, que en efecto fue reconocido por emperador, á pesar de la oposicion que le hizo el partido del elector de Baviera, auxiliado con el oro de la Francia y España. Este suceso cambiaba enteramente la política de la Inglaterra y de la Holanda, porque si habian peleado para sostener el equilibrio europeo, no debian emplear ya sus ejércitos y sus tesoros en hacer á Carlos el príncipe mas formidable del mundo, añadiendo á la corona de Alemania y de Italia, que casi toda estaba en su poder, la del reino de España. Juntábase á esto la resolucion que aquellas potencias habian ya tomado, despues de la accion de Brihuega, de no enviar mas tropas inglesas y holandesas á España, pais que devoraba á los soldados del Norte, y donde habian hecho la guerra con mala suerte.

El segundo suceso fue la caida de la duquesa de Malborough del favor de la reina Ana. Aquella valida era orgullosa, y no podia templar su genio áspero; la reina, que la amaba, la sufrió por mucho tiempo, hasta que al fin la dignidad real la obligó á separarla de su lado. Malborough, á pesar de la grande influencia que tenia en el gobierno, no pudo sostenerse, y su partido, que deseaba la continuacion de la guerra, fue vencido aunque no sin grandes dificultades por el de los torys, que declamaban contra un sistema que sin ventajas para la gran Bretaña costaba mucha sangre y oro.

Empezaron pues las negociaciones entre las cortes de Paris y de Lóndres, y se firmaron los prelimina-

res para la paz, y fueron: que nunca las coronas de Francia y España pudiesen recaer en un mismo príncipe: que se demoleria el puerto de Dunquerque; y que la monarquía española quedaria limitada á las posesiones de la península y de América. La Holanda, tan orgullosa poco antes, casi mendigó la paz, y se abrió el congreso de Utrecht, adonde concurrieron plenipotenciarios de todas partes para completar la grande y difícil obra de la pacificacion general.

El ejército inglés, que á las órdenes de Malborough habia forzado las líneas de Montreuil y tomado á Bouchain al principio de la campaña, se retiró cuando se firmaron los preliminares, y poco despues recayó sobre el príncipe Eugenio todo el peso de la guerra en los Paises Bajos.

En Cataluña el mariscal de Noailles, que habia entrado por el Rosellon con un ejército de catorce mil franceses al fin del año anterior y puesto sitio á Gerona, tomó esta plaza por capitulacion el primero de febrero. Ofreció un perdon general á los sublevados, y este acto de clemencia fue utilísimo, porque Vich, el valle de Aran y Venasco se redujeron voluntariamente, y muchos catalanes dejaron las armas y se retiraron á sus casas.

Entretanto Vendoma pasaba el Segre al frente del ejército español victorioso sin encontrar resistencia en ninguna parte. Balaguer, Cala, Cervera y Solsona cayeron en poder de Valdecañas, Mahoni y Graston, mientras Noailles ocupaba el Ampurdam, de modo que los austriacos quedaron reducidos á solas las plazas de Barcelona y Tarragona, que defendian con un ejército de nueve mil hombres, resto desalentado de las fuerzas con que el año anterior habian ocupado el Aragon y las Castillas. El archiduque Carlos, sabida la muerte de su hermano, de-

terminó volver á Alemania á cuidar de sus estados propios, y se embarcó el veinte y siete de setiembre con notable sentimiento de los catalanes.

En la frontera de Portugal no hubo acciones de importancia sino la toma de Miranda de Duero por los portugueses, y la de Vimioso y otros castillos por los españoles.

Este año murió Luis, delfin de Francia. Sucedióle en este título su hijo mayor el duque de Borgoña, hermano de Felipe V.

1712. Los plenipotenciarios reunidos en Utrecht adelantaban muy poco, porque unos querian que se examinase separadamente la pretension de cada potencia, y otros que se discutiesen todas á un mismo tiempo. Aumentaron la dificultad los golpes espantosos que el año anterior y el presente sufrió la rama de Borbon que reinaba en Francia; porque despues de la pérdida del delfin, que falleció, como ya dijimos, el año antes, murió en el presente su hijo el nuevo delfin, antes duque de Borgoña, su esposa, su hijo mayor el duque de Bretaña, y dos años despues el duque de Berri, tercer hijo del primer delfin y hermano menor de Felipe V: de modo que no quedó mas heredero de la corona de Francia, anterior al rey de España, que el duque de Anjou, segundo hijo del segundo delfin, niño enfermizo, y que á la sazon tenia dos años. Parecia pues probable que fuese llamada á la corona de Francia la rama borbónica de España, lo que amenazaba nuevamente el peligro de la reunion de ambas coronas. Pero la reina de Inglaterra, determinada ya á la paz, creyó suficiente garantía contra este riesgo la renuncia que hizo Felipe V de todos sus derechos al reino de Francia, y las negociaciones continuaron.

El emperador, que habia adquirido grandes po-

sesiones por medio de la guerra, y que no queria renunciar sus derechos á la España, estimulado ademas por el príncipe Eugenio, cuya gloria se interesaba en manifestar que no necesitaba para lograr triunfos de la cooperacion de Malborough, hizo la guerra en Flandes con el mayor vigor. Presentóse al frente de un ejército de ciento veinte mil hombres, y emprendió el sitio de Landrecy. Villars mandaba cien mil; mas la Francia no tenia otro ejército si éste era derrotado; y sin embargo era forzoso pelear para dar actividad á las negociaciones y hacer que se terminasen favorablemente para la Francia. Es de notar que Luis XIV, cansado ya de la guerra, estaba dispuesto á ceder la plaza de Landau, restituir á Strasburgo su antigua libertad, y renunciar á la soberanía de la Alsacia, contentándose con el título y atribuciones de *prefecto* de aquella provincia. La fortuna engañó al emperador, persuadiéndole á no contentarse con estas ventajosísimas condiciones.

Eugenio tenia sus almacenes en Marchiennes, un cuerpo considerable de tropas en Denain, y sitiaba en persona á Landrecy. Villars finge que va á atacar las líneas de sitio, y mientras Eugenio se prepara á recibirle bien, revuelve sobre Denain y se apodera de aquel puesto importante, matando ó haciendo prisioneras las tropas que lo defendian. Eugenio conoció que Villars le habia engañado y marchó contra él, pero era tarde; los franceses habian ocupado ya el puente de Prouro. Tuvo pues que volverse despechado á su campo. Villars se apodera de Marchiennes, obliga á Eugenio á levantar el sitio de Landrecy, toma á Douay, á Quesnoy y Bouchain, asegura la frontera de Francia, y termina gloriosamente la campaña, en la cual perdieron los austriacos cincuenta batallones.

En Cataluña y en la frontera de Portugal casi no hubo guerra, esperando los resultados de las negociaciones. El duque de Vendoma falleció en Vinaroz á los cincuenta y ocho años de edad, general hábil y afortunado, y que poseia el arte de inspirar valor y confianza á las tropas.

1713. Este año se firmó la paz de Utrecht. Por ella recobraba Luis XIV en la Flandes francesa las plazas de Lila, Ayre, Bethune y San Venant; se reconoció á Felipe V por rey de España y de Indias, cediendo á los ingleses la plaza de Gibraltar y la isla de Menorca; al duque de Saboya el reino de Sicilia; al elector de Baviera los estados de Namur y Luxemburgo, que aun le quedaban en los Paises Bajos españoles hasta que el emperador restituyese sus dominios á aquel elector y al de Colonia, en cuyo caso debian darse á la casa de Austria, á la cual se cedian tambien los reinos de Nápoles y Cerdeña y el ducado de Milán. A los ingleses se concedia el *asiento* ó venta de los negros en la América española, escluyendo de él á todas las demas naciones, inclusa la francesa. Los holandeses obtuvieron una barrera mas considerable que la de Nimega, debiendo ellos guarnecer á costa del pais las plazas que la formaban. Es de advertir que ni el emperador, ni los reyes de Francia y España hicieron entre sí la paz, aunque se convino en un armisticio en los Paises Bajos, y en la evacuacion de la Cataluña por los alemanes.

Staremberg habia empezado la campaña poniendo cerco á Gerona; pero el duque de Berwick, que bajó del Rosellon con un cuerpo de catorce mil franceses, le obligó á levantarlo y á retirarse hácia la capital. Estipulada en Utrecht la evacuacion del principado con amnistía para los catalanes, Staremberg

entregó á Tarragona á las armas del rey de España; mas no hizo lo mismo con Barcelona y con otros puntos en que se habian hecho fuertes los catalanes, porque seria necesario pelear contra ellos. El hecho es que gran parte de las tropas alemanas tomaron servicio á sueldo de los rebeldes; y es probable que Staremberg y el emperador miraron con gusto esta aparente desercion.

Todas las fuerzas de España cargaron entonces sobre Cataluña. Manresa, Solsona, y los demas puntos militares que ocupaban los rebeldes, escepto Cardona, cayeron sucesivamente en poder de los españoles; y el duque de Populi se preparó para sitiar la capital.

Entretanto pagaba el Austria la imprudencia de no haber accedido á la paz de Utrecht. El duque de Villars atacó y tomó á Landau, pasó el Rin por Fuerte Luis, forzó las lineas del Brisgaw, y se apoderó de Fribourg, mientras sus lugar-tenientes devastaban las provincias de Maguncia, Suavia y Palatinado. El emperador reclamó los auxilios de sus aliados, y ninguno le socorrió. Conoció al fin que la Francia era todavia la potencia dominante de Europa, y que él solo no bastaba para contrarestarla. Entonces, aunque ya tarde, se determinó á entrar en negociaciones de paz.

Este año se estableció en España la ley que escluye á las hembras de la sucesion á la corona, no sin grandes oposiciones, que venció la resuelta determinacion del rey.

El catorce de febrero murió la reina de resultas del sobreparto del infante don Fernando. Felipe, despues del sincero dolor que tributó á la pérdida de una esposa tiernamente amada, pensó en contraer segundo matrimonio, y su eleccion recayó en 1714.

Isabel Farnesio, princesa heredera de los ducados de Parma y Plasencia. Apenas la nueva esposa llegó á España, aun antes de verse con el rey, echó del palacio y del reino á la princesa de los Ursinos, favorita de la reina difunta, y causa de todas las turbulencias de la corte y aun de muchas de las desgracias que habia sufrido la monarquía, por el mal uso que habia hecho de su valimiento. Felipe no habló de la princesa ni á su esposa ni á nadie; lo que hizo creer que impidiéndole la bondad de su corazon hacer por sí mismo aquel acto de severidad, lo habia reservado para la reina, muger de mucho carácter, y que imprimió una actividad desconocida al gabinete español.

Entretanto el emperador y el rey de Francia hacian la paz en Rastadt. Los plenipotenciarios para ella fueron los mismos generales que con tanta gloria habian combatido, el príncipe Eugenio y el mariscal de Villars. Volvieron á sus electorados el arzobispo de Colonia y el duque de Baviera, y el emperador entró en posesion de los Paises Bajos españoles.

No quedaba pues otra llama del incendio, causado por la guerra de sucesion, que la rebelion de Cataluña. Los habitantes de este principado sostuvieron en esta lucha, ya tan desigual, su carácter conocido de obstinacion y de rencor. Barcelona fue sitiada por un ejército numeroso de tropas francesas y españolas al mando del duque de Berwick por la parte de tierra. Bloqueaba el puerto la escuadra combinada de ambas naciones; de modo que solo la desesperacion pudo dar aliento á los catalanes para sostener su capital. Hacian frecuentes salidas en que enviaban tropas á otros pueblos del principado para levantarlos, como lo consiguieron algunas veces, aun-

que para perdicion de unos y otros; pues los pueblos eran quemados y los rebeldes pasados á cuchillo. Resistieron dos asaltos en el frente principal del ataque despues de haber sufrido un bombardeo horroso, recobraron algunos de los bastiones ocupados por el enemigo en un asalto general; le hicieron mucho daño, aun cuando ya era dueño de las fortificaciones; y solo rindieron á discrecion la capital, la plaza de Cardona, y las islas de Mallorca é Iviza, cuando vieron ocupados por los españoles no solo todos los puntos fortificados, sino tambien el casco mismo de la ciudad, cuyas plazas y calles habian defendido con una intrepidez digna de mejor causa.

CAPÍTULO XXV.

Reconquista de Mallorca. Muerte de Luis XIV. Ministerio del cardenal Alberoni. Conquista de Cerdeña y espedicion de Sicilia Batalla naval de Araich. Guerra con la cuadrupla alianza. Caida de Alberoni.

INTERVALO DE CINCO AÑOS, DESDE 1715 HASTA 1719.

Los mallorquines continuaron levantados á pesar de la capitulacion de Barcelona. El general Asfeld, enviado con diez mil hombres á la isla de Mallorca, la redujo en breve á la obediencia, concediendo un indulto á sus habitantes. Asi quedó pacifica toda la España, y el rey se dedicó con todo empeño á curar las llagas causadas por la guerra, y á aprovechar las fuerzas que realmente habia creado el entusiasmo de los españoles durante una lucha tan larga y devastadora. Es una grande leccion histórica ver á esta monarquia despues de tantos desastres y desmembracio- 1715.

nes mas poderosa al concluirse la guerra de sucesion que en tiempo de Carlos II.

Luis XIV murió el treinta de setiembre de este año á los setenta y siete de su edad. Mereció el nombre de *Grande*, que su nacion y la Europa le dieron, tanto por las grandes cosas que se hicieron bajo sus auspicios, como por su carácter firme y elevado. Gran político, militar inteligente, amante de la religion, de las ciencias y de las artes; imprimió á su siglo el sello de la civilizacion. La naturaleza le auxilió, produciendo en su tiempo grandes generales, profundos políticos, y genios ilustres en todas las carreras de la gloria. A él le deben los reyes este grande axioma: *reinar es elegir*.

Luis el grande no careció de defectos, que él mismo reconoció cuando el infortunio y la vejez templaron la vivacidad de sus pasiones juveniles. El mayor de sus yerros en política fue el inmoderado deseo de dominar. Su ambicion debió quedar satisfecha con el tratado de los Pirineos que hizo á la Francia la potencia dominante de Europa. Conservar la influencia adquirida por aquel puesto, debió ser el objeto de sus operaciones, y no los aumentos de su territorio. Pero tal es la propension de los gobiernos. La Francia, heredando el puesto del Austria, heredó su orgullo, su deseo de dominacion, y con ellos el aborrecimiento y la oposicion de Europa.

A Luis XIV sucedió su biznieto, último hijo del duque de Borgoña, en la menor edad de seis años, con el nombre de Luis XV. Tuvo por regente á Felipe, duque de Orleans, como primer príncipe de la sangre.

1716. La situacion política de la España, con respecto á las demas potencias de Europa, al principio de este año era la siguiente. Tenia por aliada la Francia; pero

las enemistades personales entre Felipe V y el duque de Orleans, desde que éste tuvo el gobierno de las tropas en España, y fue despedido por las intrigas de la princesa de los Ursinos en ambas cortes, hacian poco segura esta alianza. A estas enemistades se añadió la rivalidad del imperio. Habiendo perecido toda la descendencia de Luis XIV, escepto Luis XV, de pequeña edad y enfermizo, y Felipe V, tocaba á éste la corona de Francia por derecho hereditario, en caso probable de fallecer el rey sin sucesion. Pero en virtud de las renuncias hechas á la faz de la Europa por Felipe V en el tratado de Utrecht, debia ser rey de Francia el duque de Orleans, como primer príncipe de la sangre. Haya sido la que se quiera la conducta de este príncipe en otras materias, es indudable que sus cuidados por la conservacion del rey niño fueron los mas activos y sinceros; pero tambien lo es que durante su regencia se preparó para trasladar la corona de Francia á su familia en el caso de estinguirse la rama francesa de Luis XIV. Felipe V era caballero y no se negaba á cumplir los tratados; mas habiendo sido forzadas sus renuncias, no le habria pesado poderse eximir de ellas sin deshonor, y que quedase espedita la accion de la ley hereditaria y fundamental de los franceses, segun la cual era indudablemente llamado á la corona antes que el duque de Orleans. Tal era la situacion del gabinete de Madrid con respecto al gobierno francés.

Con las demas naciones estaba en paz, escepto con el Austria y con el imperio. Mas en virtud de los tratados de Utrecht y de Rastadt no podian hacerse la guerra, pues España no podia emprender espediciones á Italia, ni el Austria á España. Esta situacion estraordinaria se aumentó con el nacimiento del infante don Carlos, heredero por su madre, la nueva reina de Es-

paña, de los estados de Parma, Plasencia y del gran ducado de Toscana; lo que dió gran cuidado á la corte de Viena, que temia ver de nuevo á los españoles en Italia. La reina tenia carácter firme, como lo manifestó el destierro de la princesa de los Ursinos, y grandes miras políticas y deseo de establecer sus hijos en Italia. Animaba sus intenciones Alberoni, hombre sagaz, de grandes recursos y de ideas muy superiores á ellos. Era hijo de un pobre jardinero de Plasencia; fue mayordomo del obispo de esta ciudad, y despues canónigo. Vino á España en compañía del duque de Vendoma, que le amaba mucho, y despues de la muerte de aquel príncipe quedó bajo la proteccion de la princesa de los Ursinos, la cual le empleó en la negociacion para el enlace de Felipe V con la heredera de Parma. Despues de la caida de la princesa obtuvo el valimiento de la nueva reina, y poco despues el del rey. Desde entonces empezó á ser el alma del gobierno.

Los turcos atacaron á los venecianos por tierra y mar. Estos pidieron auxilio á los príncipes de la cristiandad, y Felipe V por consejo de Alberoni envió las galeras de España, al mando de don Baltasar de Guevara, con ocho mil hombres de desembarco. Este marino obligó á que le siguiesen á todas las naves que encontró; de modo que cuando se presentó delante de Corfú acometida por los turcos, creyeron estos que iba á cargar sobre ellos una armada muy numerosa, y huyeron abandonando el bagage y muchos víveres y municiones.

El feliz éxito de esta espedicion le grangeó la benevolencia de la corte de Roma: en la de España no encontraba mas obstáculos su emprendedor espíritu que la prudencia del cardenal de Judice, primer ministro despues que cayó la princesa de los Ursinos.

consiguió que se le despidiese por el influjo de la reina, y empezó á mandar como dueño absoluto en los ministerios, aunque sin título ostensible todavia.

La corte de Madrid estaba indispuesta con la de Roma desde que las armas austriacas obligaron al sumo Pontífice en 1709 á reconocer el archiduque Carlos por rey de España. Alberoni, que aspiraba al capelo de cardenal, siendo ya muy bien visto en Roma por la espedicion de Corfú, dirigida por él, trató de reconciliar aquella corte con el gabinete de España, lo que consiguió fácilmente, y en premio obtuvo el cardenalato, que era el objeto de su ambicion. Felipe V le hizo grande de España, obispo de Málaga, arzobispo de Sevilla y primer ministro. 1717.

Todos los historiadores conceden á este hombre estraordinario saber, talentos y elevacion de ideas. Dió un grande impulso á la monarquía, mejorando notablemente la real hacienda, formando una marina respetable, organizando un ejército valiente, fiel y mandado por buenos generales; y en fin, influyendo por sus talentos diplomáticos en los demas gabinetes de Europa. Si semejante hombre hubiera aparecido al frente del gobierno español en los tiempos de Felipe IV ó Carlos II, probablemente hubiera impedido la degradacion de la monarquía. Mas su espíritu ambicioso le llevó mas allá de adonde alcanzaban las fuerzas que España tenia en tiempo de Felipe V.

Este reino, agotado ademas por una guerra cruel de tantos años sobre sus pérdidas anteriores, necesitaba, como la Francia, de una larga paz si habia de reponerse. Alberoni buscó fuera de España los apoyos de su grandeza, y formó el atrevido proyecto de restituirle los estados que la paz de Utrecht le habia hecho perder en Italia. Este plan era desatinado sino se contaba con la Inglaterra, cuyas fuerzas navales po-

dian ahogarlo antes de nacer. El ministro español se persuadió á que la osadía, el secreto y los artificios diplomáticos podrian suplir la falta de medios efectivos. Sin embargo no queria comenzar la lid hasta haber reunido las fuerzas que creia necesarias. Un accidente le obligó á declararse antes de tiempo. Don José Molinés, nombrado inquisidor general por el rey de España, caminaba desde Roma á este reino, cuando al pasar por Milán fue arrestado de orden del emperador. Felipe miró esta accion como una injuria, que de propósito le hacia su rival, y su impaciencia no permitió esperar á la época en que Alberoni se habia propuesto desplegar sus grandes proyectos.

Una escuadra española, mandada por Esteban Mari, salió de Barcelona el veinte de julio con un ejército de ocho mil infantes y seiscientos caballos, mandado por el marques de Lede. En él sirvió de mariscal de campo el conde de Montemar, tan célebre despues. Mientras toda la Europa creia que estas fuerzas se dirigian á los mares de Levante para auxiliar á los venecianos contra los turcos, las tropas españolas desembarcaron en la isla de Cerdeña, y se apoderaron de ella despues de haber tomado la plaza de Caller, que se resistió diez y siete dias. Quedó en esta isla don José Armendariz, teniente general, con tres mil hombres para guarnecerla, y la escuadra se volvió á Barcelona.

Este golpe atrevido é inopinado despertó las grandes potencias de Europa, y las hizo ver de lo que era capaz Alberoni si se le dejaba libre el camino para continuar sus empresas. El emperador, que entonces estaba tratando con el duque de Saboya de cambiar la Cerdeña por la Sicilia, que se le habia dado á aquel príncipe en la paz de Utrecht, se quejó al rey de Inglaterra, garante de dicha paz, y formó con él y con

la Francia, cuyo regente no era amigo de Felipe V, una alianza que se llamó cuadrupla por haber accedido á ella la Holanda. Los artículos principales de esta alianza fueron la observancia de las estipulaciones de Utrecht, y la paz entre España y el emperador, mediante la herencia de Parma, Plasencia y Toscana, que aseguraba al infante don Carlos el trueque de Sicilia con Cerdeña, y el reconocimiento del rey de España por la corte de Viena. Presentáronse estos artículos al gabinete de Madrid: Alberoni, deslumbrado con el éxito de su primera empresa, y queriendo aventurar la segunda que estaba preparando, hizo que se desechase esta proposicion.

Don Alfonso Felipe de Andrade cruzó el golfo de Méjico con una escuadrilla sutil, y apresó hasta diez y ocho barcos, piratas ó contrabandistas, que tenian á bordo grandes riquezas.

Instalóse este año la universidad de Cervera, que ha producido hombres muy recomendables por sus conocimientos y virtudes.

Los españoles, animados por la felicidad de la 1718.
primer tentativa, auxiliaron al gobierno con el mayor zelo y actividad para recobrar los dominios de Italia, y en la primavera de este año salió de Barcelona una escuadra, compuesta de treinta navíos y algunas fragatas, con otros buques menores y cuatrocientos cuarenta barcos de transporte, con un ejército de desembarco de cerca de treinta mil hombres. Mandaba la armada don Antonio Gastañeta, y el marques de Lede el ejército. Echóse la voz de que este formidable armamento se dirigia contra Nápoles; y asi el almirante inglés Bing, que entró en el Mediterráneo con una escuadra de veinte navíos de linea y otros buques menores de guerra, la buscó en las aguas de Nápoles, al tiempo que desembarcaba el

ejército español cerca de Palermo. Sus conquistas fueron rápidas; en breve no quedaron al duque de Saboya en toda la Sicilia mas que las plazas de Siracusa, Trapani y Melazo; pero la escuadra española, queriendo auxiliar el movimiento del ejército de tierra contra Siracusa, se encontró con la inglesa en el golfo de Araich, y el once de agosto se dieron un terrible combate, en que los enemigos arruinaron enteramente nuestras fuerzas navales en el Mediterráneo, y por consiguiente destruyeron la esperanza de continuar con suceso la conquista de la Sicilia. El almirante Bing, despues de su victoria, introdujo en Sicilia tropas austriacas con dos objetos: el primero echar á los españoles de la isla, ó á lo menos impedir sus progresos; y el segundo obligar al duque de Saboya, mal su grado, á admitir el trueque de aquella isla por la de Cerdeña.

Otra escuadra inglesa atacó los puertos de Vizcaya, donde se construian nuevos buques, se apoderó de los que habia hechos, y destruyó los astilleros. Alberoni empezaba á recibir el fruto de su imprudente ambicion; mas no por esto se abatió su ánimo: al contrario, empezó á activar los recursos que en su imaginacion habia creado. Ofreció dineros á Ragotzi, rebelde de Hungría, para penetrar con un ejército de treinta mil hombres en la Transilvania; aprestó una nueva escuadra en los puertos de Galicia para conducir á Inglaterra al hijo de Jacobo II, llamado el Pretendiente; fomentaba en la corte de París y en la provincia de Bretaña una conspiracion para quitar al duque de Orleans la regencia de Francia y dársela á Felipe V; en fin, trataba de mover contra el imperio y la Inglaterra las armas de Rusia y de Suecia.

Reinaba entonces en Rusia Pedro el grande, y en Suecia Carlos XII, célebres uno y otro, el prime-

ro por haber civilizado su nacion y echado los fundamentos del poder que hoy tiene; el segundo por su intrepidez personal, sus grandes victorias y aun mayores infortunios. Estos dos monarcas rivales se disputaron largo tiempo la gloria de dar un rey á la Polonia, favoreciendo Pedro á Augusto, duque de Sajonia, y Carlos á Estanislao Lezinski, Palatino de Posmania. La victoria fue, durante tres campañas, fiel al rey de Suecia; pero vencido en la memorable batalla de Pultawa por los rusos, obligado á refugiarse á la Turquía, y á volver como un aventurero á sus estados, perdió casi todo lo que poseía fuera de Suecia, quedando en poder de Pedro la Livonia; los ducados de Verdin y Brema en poder del rey de Inglaterra, como elector de Hannover, y la mejor parte de la Pomerania en poder del rey de Prusia. Estas guerras agitaron el Nordeste de Europa, mientras el Occidente y Mediodia eran teatro de la guerra de sucesion.

Alberoni pues solicitó aquellos dos hombres singulares para mover nuevos enemigos contra el imperio y la Inglaterra: de modo que su política abrazaba todos los estados de Europa. Mas fue infeliz en todas sus partes: la conjuracion de Paris fue descubierta por la imprudencia de sus agentes: la escuadra que debia favorecer el desembarco del Pretendiente en Inglaterra, fue deshecha por una tempestad: la Turquía, cansada de una guerra infeliz, hizo la paz con el emperador, abandonando los intereses de Ragotzi, así como el Austria abandonó los de Venecia, y dejó la Morla en poder de los turcos: Carlos XII, el hombre mas capaz de entrar en los planes aventurados de Alberoni, fue muerto de un tiro de cañon en el sitio de Frederictadt, ciudad fronteriza de Noruega; y nuestro ministerio, que habia conmovido toda

la Europa, se halló reducido á solas sus fuerzas contra la cuadrupla alianza.

Sin embargo, nuestro ejército de Sicilia se sostenia á favor del afecto de los sicilianos á la dominacion española. El marques de Lede puso sitio á Melazo, y rechazó una fuerte salida que hizo la guarnicion, matándole mas de mil hombres. Pero como los austriacos tenian libre la mar, socorrian frecuentemente la plaza, y el sitio hubo de convertirse en bloqueo.

1719. Habia pasado al Norte de Escocia, donde el pretendiente tenia mucho partido, un teniente coronel español con trescientos soldados y armas para dos mil hombres. Pero sabida la ruina de la espedicion principal, pereció con su tropa defendiendo algunos parages montuosos de aquel pais contra el general inglés Wigman. Una pequeña armada que teniamos aun en los mares de Sicilia cayó en poder de los ingleses, al mismo tiempo que el emperador envió á aquella isla un cuerpo de diez mil hombres de infantería y tres mil quinientos caballos á las órdenes del general Merci. Este atacó al marques de Lede en Francavilla, y fue rechazado con mucha pérdida. Atacó despues á Mecina, y la tomó, aunque á mucha costa. El ejército español se atrincheró primero en Castrogiovane, y despues en Alcamo, en lo interior de la isla; Trapani cayó en poder de los alemanes, y era imposible todo socorro de España. Asi no pudo salir de Sicilia hasta hecha la paz. Tal éxito tuvo aquella imprudente espedicion, para lo qual era preciso ó que España fuese superior por la mar, ó que fuese amiga de quien lo era.

Entretanto un ejército francés, á las órdenes del mariscal de Berwick, pasó el Vidasoa, se apoderó de Pasages, Fuenterrabía y San Sebastian, habien-

do hecho los españoles una defensa honorífica, atendidas sus fuerzas en aquel pais. Berwick era dueño de la Guipúzcoa; pero ni permitió que se exigiesen contribuciones, ni que se destruyesen los establecimientos marítimos, cosa á que instaban mucho los ingleses. Trasladó despues el teatro de la guerra á Cataluña, donde se apoderó de Urgél; pero habiendo puesto sitio á Rosas se halló sin víveres, por haber perecido en una tempestad un gran convoy que se le enviaba desde Colioure, con lo cual tuvo que retirarse de la plaza. En esta desgraciada espedicion perdió una gran parte de su ejército. El marques de Castel Rodrigo, comandante del ejército español en Cataluña, recobró á Urgél y los demas puntos que ocupaban los franceses en la Cerdania y el Ampurdam, y los echó al otro lado del Pirineo, apoderándose de sus almacenes de víveres.

Felipe V, viendo las desgracias que amenazaban á la monarquía por las imprudentes empresas de Alberoni, é incomodado con este ministro por su altivez, dió oido á los consejos del regente de Francia y de la república de Holanda, que le solicitaban á la paz, y siendo ésta imposible mientras el cardenal ocupase el ministerio, se resolvió en fin á alejarlo. El cinco de diciembre dió un decreto en que le mandaba salir de Madrid en el término de ocho dias, y de España en el de tres semanas, y le prohibia presentarse en la corte. Asi concluyó su carrera política aquel hombre, que pudo haberse coronado de eterna gloria, si contento con fomentar la riqueza y prosperidad interior de España hubiera sabido esperar las ocasiones oportunas de desplegar sus grandes cualidades en la escena diplomática. Su modelo era Richelieu; pero éste fue mas prudente, y no daba los grandes golpes sino cuando estaba seguro del buen éxito.

El rey no por haber separado á Alberoni del ministerio se prestaba á las condiciones de paz que le ofrecia la cuadrupla alianza. Aquejabale ver por los estados de Parma, Plasencia y Toscana hubiesen de recaer en su hijo con el nombre y condiciones de feudos del imperio: sentia que se le quitase la Cerdeña, antiquísimo dominio de la corona de Aragon, y solicitaba que á lo menos se le diese por cederla algun resarcimiento. Queria la paz; pero al mismo tiempo pretendia que no fuesen inútiles los gastos hechos en esta guerra.

CAPÍTULO XXVI.

Paz del Haya y congreso de Cambray. Espedicion al Africa. Matrimonio del príncipe de Asturias. Muerte del duque de Orleans. Renuncia de Felipe V.

INTERVALO DE CUATRO AÑOS, DESDE 1720 HASTA 1723.

1720. Todos los esfuerzos del gabinete de Madrid fueron inútiles: el duque de Orleans sostuvo la cuadrupla alianza, y Felipe V accedió á ella por un tratado firmado en la Haya el diez y siete de febrero. Una de sus condiciones fue que se habia de reunir un congreso para asegurar la paz general, y se designó la ciudad de Cambray para teatro de las conferencias. Mas las pretensiones eran demasiado opuestas para que este congreso fuese útil. Solo sirvió de gastar dinero en banquetes, ganar tiempo y dar esperanzas.

Entretanto el príncipe Pio acabó con algunos rebeldes de Cataluña, que en la invasion de los franceses en el año anterior se les habian reunido. Estos eran

las reliquias del antiguo incendio, prontas á inflamarse con cualquier novedad. El marques de Lede, despues de haberse llenado de gloria en Sicilia, manteniéndose siempre sin esperanzas de socorro contra un enemigo superior por mar y tierra, dejó aquella isla á los alemanes, y trajo á España su ejército, que constaba de veinte y cuatro mil soldados veteranos. La Cerdeña se entregó al duque de Saboya; que desde entonces tomó el título de rey de Cerdeña, y lo ha conservado su dinastía.

El rey envió al marques de Lede al frente de un ejército de diez y seis mil hombres para hacer levantar el; sitio que los moros de Marruecos tenian puesto á Ceuta desde el año de mil seiscientos noventa y cuatro, esto es, veinte y seis años habia. El marroquí empleaba en este sitio las tropas, que en otro tiempo habian servido á un hijo suyo sublevado contra él, de modo que era mas político que militar aquel largo cerco. El número constante de los enemigos era de cuarenta á cincuenta mil hombres; pero se valúa en cien mil moros los que habian perecido desde que empezaron las hostilidades. Los bárbaros estaban en un campo atrincherado que parecia una poblacion, porque los gefes principales tenian en él casas y jardines, y se labraban las tierras vecinas. El marques de Lede atacó sus trincheras, y despues de un combate de cuatro horas los desalojó de su campo. Murieron quinientos moros; de los nuestros ciento, y quedaron heridos doscientos. Asi se libertó aquella plaza de un enemigo mas incómodo que peligroso.

Las potencias de la cuadrupla alianza, que habian 1721. concebido grandes sospechas del armamento dirigido á Ceuta, las depusieron cuando fue conocido el objeto de la espedicion; mas no por eso eran mas activas

las operaciones del congreso de Cambray para la pacificacion general. Todo se hacia por medio de transacciones particulares y secretas. Al mismo tiempo que el emperador retardaba dar al rey de Inglaterra, como elector de Hannover, la investidura de los ducados de Brema y Vendin para tenerle suspenso y que no se inclinase á la España, el duque de Orleans procuraba reconciliarse con Felipe V por medio de dos matrimonios. El primero de Luis XV, rey de Francia con doña Mariana Victoria, hija del rey de España, de su segundo matrimonio; el rey tenia once años y la infanta tres. El segundo del príncipe de Asturias don Luis con la princesa de Montpensier, Luisa Isabela, hija del duque de Orleans, ambos en edad nubil, aunque tierna. La infanta de España pasó á Paris á concluir su educacion en aquella corte, y el matrimonio del príncipe de Asturias se celebró el año siguiente, aunque el rey no permitió que se consumase hasta algunos meses despues. Restituyéronse á la España las plazas de Guipúzcoa, ocupadas por los franceses, que habian corrido gran riesgo de ser desmanteladas: con tanto ardor pedian su ruina la Inglaterra y el Austria; mas el duque de Orleans nunca quiso venir en ello, pues consideraba, y con razon, que aquella desavenencia entre España y Francia era accidental y estraordinaria, y que en el estado comun de los negocios políticos servirian de antemural á las dos coronas. Tambien se restituyeron, en virtud del tratado del Haya, los buques españoles cogidos por el almirante Bing, que estaban en Puerto Mahon; mas ya podridos é inútiles, y el mejor de ellos, que era el San Felipe, se habia quemado en el mismo puerto, si por accidente ó de intento no se sabe.

España pues convirtió esclusivamente su política á asegurar los estados de Parma y Toscana al infante

don Carlos, convencida ya de la inutilidad de otras pretensiones.

Este año murió el sumo Pontífice Clemente XI, y con su muerte cesó la persecucion que, incitado por la corte de España y por sus propios resentimientos, habia movido contra el cardenal Alberoni, hasta obligarle á ocultarse en las fronteras de Génova y del Milanesado, y á vivir desconocido para evitar ser preso y puesto en juicio. El cónclave de sede vacante le envió indulto y carta de convocacion, en virtud de la cual concurrió á él.

Este año salió Luis XV de la minoridad segun las 1722.
leyes del reino de Francia, y tomó en apariencia las riendas del gobierno. El duque de Orleans, en calidad de primer ministro, fue el verdadero rey. El congreso de Cambray dió algunas señales de vida, exigiendo del emperador que reconociese los derechos del infante don Carlos á los estados de Parma y Toscana. El emperador pasó la minuta lo mas tarde y lo peor que le fue posible; pues contra el tenor del artículo 5.º del tratado de la cuadrupla alianza, hizo el reconocimiento exigido, bajo la condicion que serian considerados aquellos dominios como feudos del imperio. La España desechó esta condicion; y la Francia y la Inglaterra, garantes del tratado, la favorecieron en su justa pretension. El emperador se valia de diversos pretestos para retardar la decision de este negocio, aunque conocia que últimamente tendria que acceder á las solicitudes de las tres cortes reunidas. La Holanda estaba disgustada con la casa de Austria, por haberse establecido en Ostende una compañía de comercio de las Indias Orientales, rival de la de Amsterdam; los príncipes de Italia deseaban novedades, porque el yugo aleman les era siempre odioso, y entonces mas, á causa de las fuertes y ar-

bitrarias contribuciones que los generales del emperador exigian. El duque de Saboya no olvidaba el trueque que se le habia obligado á hacer de la Sicilia por la Cerdeña. Una escuadra española de ocho navíos con seis mil hombres de desembarco cruzaba los mares de Italia para auxiliar contra los turcos al gran maestre de Malta, que amenazado de los mahometanos habia pedido socorro á la corte de Madrid. A todos estos peligros oponia el gabinete austriaco los últimos recursos de la lentitud diplomática.

Felipe V empezó este año á sentir con mas vehemencia una profunda melancolía, de la que adoleció por la primera vez en su viage á Italia, y que le estorbaba atender á los negocios del gobierno. Vivia retirado en el Escorial ó en Balsain, donde hizo construir la iglesia de San Ildefonso, que despues dió nombre á aquel sitio real. La situacion del rey paralizaba la administracion, porque la reina solo entendia en el negocio de las investiduras, que era el que mas le interesaba. El padre Daubenton, jesuita y confesor del rey, y el marques de Grimaldo, aunque inteligentes y laboriosos, apenas bastaban al despacho, mucho mas habiendo ya muchos años que no se juntaba el consejo de estado.

Los moros de Marruecos juntaron una grande espedicion para invadir las costas de Andalucía, en venganza de la derrota que habian sufrido junto á Ceuta; pero una horrible tempestad los dispersó, sumergiendo gran número de naves, y las demas solo pensaron en arribar á los puertos de aquel imperio.

1723. Los negocios del congreso caminaban á paso lento, ó por mejor decir, no adelantaban nada, porque el emperador no queria que adelantasen, y estaba seguro que sus detenciones no producirian mas guerra que la diplomática. Destinó por espposo para María Te-

resa, la mayor de sus hijas y su heredera presuntiva, á Francisco, duque de Lorena; matrimonio que se verificó despues.

El cardenal Dubois, primer ministro del duque de Orleans, murió el seis de agosto, y el dos de diciembre le siguió aquel príncipe, hombre estraordinario por sus talentos, vicios y virtudes, y cuyo gobierno tuvo una influencia grande en la suerte futura de la Francía, de la Europa y del mundo. Dominó con un poder absoluto, al cual Luis XIV habia acostumbrado aquella nacion; pero al mismo tiempo favoreció con su ejemplo la depravacion de costumbres, encubierta antes con el velo de la decencia; sumergió á la Francia por el establecimiento y bancarrota de la compañía del Missisipi en el peligroso abismo de la codicia; quitó su fuerza á los sentimientos morales; y en fin, dejando libre curso á la escesiva licencia de escribir, hizo que sucediese al gran siglo literario de Luis XIV un siglo filosófico, amigo de novedades y de empresas contrarias al sosiego público. Entonces empezaron á ser de moda los libros irreligiosos; y en vano la autoridad eclesiástica y los parlamentos levantaban un grito favorable á las antiguas instituciones. El impulso estaba dado, y solo un grande escarmiento podria corregir el espíritu de innovacion.

En cuanto á la política esterior la administracion del duque de Orleans fue bastante prudente, porque conoció que la primera necesidad de la Francia era entonces la quietud, y le conservó este bien á pesar de las sugestiones belicosas de Alberoni.

La indisposicion moral de Felipe V continuaba; su fastidio á los negocios del gobierno era insuperable; por eso resolvió renunciar la corona en su hijo y retirarse á vivir en la soledad de San Ildefonso con

su esposa. Mas la renuncia no se formalizó hasta el diez de enero del año siguiente. Algunos atribuyeron su abdicacion, y no sin probables fundamentos, á dos causas. Primera: Felipe creia que la corona de España no le pertenecia de derecho, y sí la de Francia. Segunda: Luis XV estaba enfermo de peligro, y su débil complexion le amenazaba la muerte. El rey de España abdicando su corona satisfacia á los estímulos de su conciencia, y se ponia en estado de sostener sus derechos al trono de Francia si Luis XV moria; pues en virtud de su renuncia cesaba el peligro de que ambas coronas se reuniesen en una sola persona.

En este año afligió los reinos de España y Portugal una cruel sequedad, y tras ella la carestía, la hambre, y una epidemia de fiebres malignas que dejaron despobladas muchas villas. Se dice que en solo Lisboa perecieron cuarenta mil personas.

REINADO
DEL S.R D. LUIS I.

CAPÍTULO XXVII.

Reinado y muerte de Luis I.

INTERVALO DESDE FEBRERO Á AGOSTO DE 1724.

La renuncia de Felipe V fue tan sincera, que no 1724.
solo dejó el trono á su hijo primogénito, mas previno el caso de la muerte de éste sin sucesion en la menor edad de su hermano el infante don Fernando, y nombró un consejo de regencia que gobernase durante esta menor edad.

El nueve de febrero subió al trono don Luis I, despues de aceptada la renuncia de su padre, por cuyos consejos se gobernó durante su corto reinado; y como el marques de Grimaldo se habia retirado al palacio de San Ildefonso, él y la reina madre continuaron dirigiendo los negocios de la monarquía. Algunos cortesanos poco espertos del nuevo rey trataron de inclinar su ánimo á la independencia, y le aconsejaron que gobernase por sí mismo; y es evidente que á la larga estas sugestiones hubieran roto la buena inteligencia de los dos palacios. Desgraciadamente para estos consejeros sus planes no produjeron mas efecto que ocasionar algunos leves disgustos, y esponerlos á ellos al resentimiento de Grimaldo cuando volvió al destino de primer ministro.

Al fin pudo arrancarse al emperador la investidura absoluta de los estados de Parma y Toscana; despues costó algun tiempo que reconociese en el infante don Carlos el título de gran príncipe de Toscana; despues se movió otra contestacion capaz de inutilizar todos los pasos dados anteriormente para la pacificacion. La España pedia que se restituyesen á los príncipes de Italia los estados que habian perdido en la guerra de sucesion, y señaladamente al duque de Parma algunos territorios de su frontera con Mántua. El emperador se negaba á esto, tanto por su deseo de ser absoluto en aquel pais, como por el interés que tenia en desterrar de él para siempre la influencia española.

El rey de España murió el treinta y uno de agosto de viruelas malignas ó mal curadas. Este príncipe tenia prendas muy amables y mucha aplicacion al trabajo. Los españoles le lloraron con lágrimas sinceras por las esperanzas que habian concebido de él. Dispuso al morir que su padre volviese á ocupar el trono.

Felipe V lo rehusaba; mas no pudo negarse á las instancias de su esposa y familia, á las representaciones del consejo de Castilla, y á la consideracion de los males á que está espuesta una grande monarquía bajo el gobierno de un rey menor y de una regencia. El infante don Fernando fue jurado príncipe de Asturias, y el rey volvió á tomar las riendas del estado.

La reina viuda se volvió á Francia. Aborrecia la etiqueta de la corte de España hasta tal punto, que por infracciones contra ella la tuvo en reclusion su marido durante seis dias en el palacio de Madrid. Su corta edad de quince años, y la libertad en que se habia criado en casa de su padre el duque de Orleans, disculpaban su imprudencia.

SEGUNDO REINADO

DEL S.R D. FELIPE V.

CAPÍTULO XXVIII.

Principios del segundo reinado de Felipe V. Tratado de Viena. Ministerio y caida de Riperdá. Guerra con Inglaterra. Preliminares de París. Paz de Sevilla. Viage del infante don Carlos á Italia.

INTERVALO DE SIETE AÑOS, DESDE 1725 HASTA 1731.

Cuando Felipe V subió la segunda vez al trono de España estaba desengañado de las empresas militares. Veia bien que la España por sí sola no podia emprender nada con buen éxito por su situacion, por su inferioridad marítima y por la disposicion de la Francia, la Inglaterra y la Holanda á conservar la paz. El escarmiento que siguió á los proyectos ambiciosos de Alberoni no fue inútil; y si bien el rey estaba dispuesto siempre á sostener su dignidad, sin embargo renunció á todas miras de engrandecimiento, y se limitó á solicitar la herencia de los estados de Parma y de Toscana, único punto en que su esposa 1725.

le instaba, y único partido que por entonces podia sacarse de la Italia. Mas aun en esta parte la morosidad de las potencias mediadoras oponia grandes obstáculos á las pretensiones justísimas del gabinete de Madrid. El duque de Borbon, que habia sucedido al regente en el cargo de primer ministro de Luis XV, queria á todo trance conservar la paz; la Holanda por impotencia, y el rey de Inglaterra por ser dependiente del emperador, como elector de Hannover, solicitaban flojamente el cumplimiento del tratado de la cuadrupla alianza; y el gabinete de Viena, que conocia la posesion de estas potencias, lo prometia todo y nada cumplia; de modo que el congreso de Cambray fue la junta diplomática mas inútil que ha conocido la Europa moderna.

El rey de España se dedicó pues casi esclusivamente al gobierno interior de sus pueblos, en el cual hizo mejoras importantísimas. Redujo el ejército, cercenó empleos inútiles y sueldos crecidos, estableció fábricas, señaladamente la de paños de Guadalajara, en la cual le fue muy útil el zelo y la inteligencia del baron de Riperdá, que habia sido embajador de Holanda en España, y que concluida su embajada, se volvió á Madrid, se hizo católico, se casó con una señora de nuestra corte y auxilió al ministro de hacienda Orendain en todas las mejoras que entonces se hicieron.

Estos cuidados ocupaban el ánimo del rey cuando el duque de Borbon remitió á España la infanta doña María Ana, destinada esposa de Luis XV, con el pretesto de que era muy niña, y que la Francia necesitaba de una pronta sucesion real. El verdadero motivo era, que el ministro queria casar al rey de su mano para tener un apoyo contra la influencia de

Fleury, obispo de Frejus, y despues cardenal, que habia sido preceptor del rey, y poseia toda su confianza. En efecto á poco tiempo casó con María Leczinski, hija de Estanislao, rey desposeido de Polonia, que vivia retirado en Alsacia; matrimonio que se creyó estravagante, y que por una rara combinacion de circunstancias fue utilísimo á la monarquía francesa. Mas no por eso el duque de Borbon pudo conservarse en el ministerio. El cardenal de Fleury tuvo que optar entre ser sacrificado ó suplantarlo, y lo suplantó.

Felipe V, indignado no solo del desaire de su hija, sino de la manera con que se le habian hecho, sin templarlo con la urbanidad de las formas diplomáticas, remitió á Francia, con la reina viuda de Luis I, la hija del duque de Orleans, que se educaba en Madrid como esposa prometida del infante don Carlos. Retiráronse los embajadores y cónsules de ambos reinos, mas ni se declaró la guerra, ni se interrumpió el comercio.

Pronto se proporcionó á Felipe V otro modo de vengarse de la Francia. Riperdá pasó á Viena, trató con el príncipe Eugenio, cuya amistad habia poseido en otro tiempo, y acabó en breve lo que las potencias mediadoras no habian podido en muchos años. El tratado de Viena, que se concluyó el treinta de abril, dió fin á la larga contienda entre España y Austria. El emperador reconocia á Felipe V como rey de España, aceptaba las renuncias de la Bélgica y de la Italia, y daba la investidura de los estados de Parma y Toscana al infante don Carlos sin condicion alguna feudal. El rey de España concedia ciertos privilegios al comercio de los austriacos en sus dominios, y reconocia la compañía de Ostende y se obligaba á sostenerla. Entonces se disol-

vió el congreso de Cambray con grande enojo de la Francia y de la Inglaterra, y con mayores sospechas, porque ignoraban las condiciones secretas de esta paz. El emperador la hizo para acometer libremente su grande empresa de la pragmática sancion, en virtud de la cual aseguraba la herencia de sus estados á su hija mayor María Teresa.

1726. Al tratado de Viena accedió la Rusia, gobernada entonces por la célebre Catalina, esposa de Pedro I el grande, que acababa de fallecer. La Rusia, en caso de guerra, debia contribuir á la alianza con un cuerpo considerable de tropas para auxiliar al emperador en Alemania.

Por una reaccion natural, la Francia, la Inglaterra y la Prusia celebraron en Hannover un tratado de alianza defensiva y ofensiva, al cual accedieron sucesivamente todas las provincias unidas. De nuevo se vió la Europa dividida en dos partidos prontos á declararse la guerra.

Las dos alianzas de Viena y Hannover estaban mal formadas. La España y la Francia, que debian permanecer unidas, se hallaban enemistadas. La Inglaterra, potencia rival de la Francia, se aliaba con ella; el Austria aparecia en la alianza de Viena como potencia dominante, título que sus fuerzas no podian ya sostener; y la Francia, que no era la potencia dominadora de Europa sino por su alianza con España, se separaba de ella. A semejantes absurdos dió lugar la ignorancia de los diplomáticos, que solo miraban el interés del momento, sin atender á las consecuencias mas inmediatas de sus operaciones.

El baron de Riperdá volvió á Madrid, y fue recibido con el agasajo que debia esperar quien habia concluido el negocio tan deseado del establecimiento del infante don Carlos, y habia comenzado á

parecer bajo felices auspicios el del matrimonio de dicho infante con María Teresa, hija del emperador. En breve obscureció á todos los magnates de la corte, y ocupó el puesto de primer ministro.

A la verdad su mérito no era igual á tanta elevacion. Inteligente en fábricas, comercio y hacienda, no era mas que un mediano diplomático. Las circunstancias habian favorecido su negociacion de Viena; mas cuando fue necesario trabajar para destruir la alianza de Hannover, se reconoció su nulidad é imprudencia, que llegó hasta descubrir á lord Stanhope, embajador de Inglaterra en España, los artículos secretos del tratado con el emperador y las pretensiones de la corte de Madrid sobre Gibraltar y Puerto Mahon. Allegábase á esto la arrogancia, propia en los que obtienen favores inesperados de la fortuna, su encono contra los antiguos ministros del rey, y en fin los grandes enemigos que adquirió hasta con las reformas útiles que hizo. El conde de Konigsek, embajador de Viena cerca del rey católico, y muy bien visto de la corte, incomodado con las imprudencias de Riperdá, solicitó y obtuvo su caida. Riperdá hizo dimision de sus destinos, y se refugió en casa del embajador inglés, porque temia, y con razon, que sus imprudencias se aparentarian traiciones. El rey mandó sacarlo de su asilo y conducirlo al alcázar de Segovia. Tuvo medios de huir de la prision y pasó á Holanda, despues á Inglaterra, y últimamente á Marruecos, donde adoptó la religion musulmana, fue nombrado bajá, peleó contra los españoles, y murió cuando trataba reformar la secta de Mahoma. El marques de Grimaldo y Orendain, á quien Felipe habia dado el título de marques de la Paz, volvieron al ministerio. El primero lo dejó pronto, porque el embajador de Viena, ár-

bitro entonces en Madrid, no podia tolerar el afecto conocido de Grimaldo á la Inglaterra y su aversion al Austria.

La Inglaterra envió á América una escuadra, mandada por el almirante Hozier, que bloqueó á Portobelo. Otras divisiones de la marina inglesa rodeaban los mares de España con el pretesto de impedir una espedicion dirigida á transportar al Pretendiente á las islas británicas. España por su parte reunia grandes fuerzas en la Andalucía, y no se dudaba que iba á emprenderse el sitio de Gibraltar.

Despues de la caida del duque de Borbon habian vuelto á enviarse embajadores las cortes de Francia y de Madrid; pero vivian en el estado de desconfianza que debian inspirarles las dos alianzas opuestas á que pertenecian.

1727. Al fin vino á declararse la guerra. Un ejército español de quince mil hombres puso sitio á Gibraltar. Mandábalo el conde de las Torres, general de valor y prudencia, pero sin instruccion alguna, que habia prometido como segura la conquista de aquella importante fortaleza, que segun dicen nuestros historiadores, debia restituirse á la España por un artículo secreto de la cuadrupla alianza. Nosotros no podemos persuadirnos á qué se haya hecho esta promesa, y si efectivamente se hizo, fue muy inhábil el ministro español que esperó su cumplimiento, pues era fácil de conocer que las especulaciones mercantiles y políticas de la Inglaterra en el Levante y en Italia, no la permitian dejar la escala de guerra y comercio que tan á propósito tenia en aquel punto, fortificado por la naturaleza é inexpugnable á toda nacion que no fuese superior en marina á la británica.

El marques de Villadarias, que podia conocer

por esperiencia las dificultades de aquel sitio, se opuso á la empresa en el consejo; mas prevaleció el dictámen del conde de las Torres como mas conforme á los deseos del ministerio. Diéronsele por tenientes generales guerreros muy distinguidos, entre ellos el conde de Montemar y los marqueses de Bay y de Castelar, á quienes una casualidad proporcionó la posibilidad de sorprender la plaza por medio de desertores españoles que estaban de guardia en la puerta; mas el conde de las Torres no quiso *deber nada á la traicion*, como él decia. El embajador Stanhope salió de Madrid; y al mismo tiempo el ministro inglés, cerca de la dieta de Ratisbona, tuvo orden de salir del territorio del imperio. Todo anunciaba una guerra tan terrible como la de sucesion. El rey de Prusia vacilaba, y al mismo tiempo que pertenecia á la confederacion de Hannover, firmaba tratados de alianza defensiva con la Rusia y el Austria. Los preparativos de Francia y de Inglaterra eran grandes; mas ninguna de estas dos potencias queria la guerra, y por eso no se hizo general.

El sitio de Gibraltar duró cinco meses, consumió la mitad del ejército, espuesto sin fruto al fuego de los enemigos, y para levantarlo sin detrimento del honor español, fue preciso á nuestro gobierno acceder á los preliminares de París, firmados el treinta y uno de mayo, que dieron fin á la guerra, ó por mejor decir, á las hostilidades entre Inglaterra y España. En ellos se tomaron por basas los tratados de Utrecht, Rastadt y de la cuadrupla alianza; se convino en la restitucion de todo lo que los ingleses habian quitado á los españoles en América, que era un islote cerca de la Florida, y del navio *príncipe Federico*, inglés, retenido en Veracruz; en fin, se acor-

dó reunir un congreso para la paz definitiva. Se convocó primero á Aix la Chapelle, y despues á Soissons, donde efectivamente se reunieron los plenipotenciarios sin hacer nada, por la invencible aversion del emperador á que el infante don Carlos y los españoles se estableciesen en Italia.

Fallecieron este año Jorge I, rey de Inglaterra, y Catalina I de Rusia; pero su muerte en nada trastornó el sistema político de Europa, porque sus sucesores continuaron en las mismas alianzas. Pedro II, hijo de Alejo y nieto de Pedro el grande, continuó la union con el Austria; y Jorge II, hijo y sucesor de Jorge I, era tan amigo de la paz como su padre.

Este año se envió á la corte de Rusia el primer embajador que ha tenido España en ella: fue el duque de Liria, hijo del célebre mariscal de Berwick.

1728. La cesacion de las hostilidades dió motivo á que las potencias de Europa tomasen naturalmente la direccion propia de sus intereses respectivos, direccion que habia sido estraviada por las alianzas impolíticas de Viena y Hannover. La Francia estrechó cada dia mas los lazos que la unian con la España, y el Austria volvió á la alianza de las potencias marítimas, sacrificándoles la compañía de Ostende.

La España creó otra en las provincias Vascongadas, á la cual dió el nombre de compañía de Caracas, sin duda con el objeto de dar zelos á la Inglaterra, que siempre se conservaba armada con mucho costo, mientras no se verificaba la paz. De este modo obligaba á aquella potencia á favorecer el artículo de la paz de mil setecientos veinte y uno, en que se habia prometido á la España que un cuerpo de seis mil españoles ocuparia los estados de Parma y Toscana para sostener la herencia del infante don Carlos, artículo que nuestra corte ocultó cuidado-

samente á la de Viena, aun durante el tiempo de la mayor cordialidad entre ambas.

El emperador, que no queria españoles en Italia, pero que tenia mucho empeño en poner la pragmática relativa á la sucesion de su hija bajo la garantía de las principales potencias de Europa, creyéndose bastante seguro con la Holanda é Inglaterra, y engañado por las promesas del cardenal de Fleury, no se curaba de las pretensiones de la España, de cuya alianza se desviaba insensiblemente.

El cardenal de Fleury estaba bien convencido de que la aliada natural y necesaria de la Francia era la España; pero al mismo tiempo queria la paz, y afectaba la indiferencia de un mediador en las diversas y opuestas pretensiones de los gabinetes. Esta afectacion fue muy útil á la corte de Madrid, porque la Inglaterra, no viéndola apoyada por la Francia, se sentia mas dispuesta á cumplir las estipulaciones de mil setecientos veinte y uno.

En esta lid diplomática pasó todo el año, sin que el congreso de Soissons diese un paso adelante. Convencidos los plenipotenciarios de su inutilidad, se retiraron y quedaron los gabinetes cada uno con sus pretensiones; pero al mismo tiempo con cierta seguridad de que no se renovarian las hostilidades, porque los motivos de las desavenencias no eran tan grandes que mereciesen un rompimiento.

El rey de España, viendo á su hijo Fernando mayor de edad, y habiendo ya tratado su casamiento con doña Bárbara, infanta de Portugal, deseoso siempre de la vida privada, quiso renunciar la corona segunda vez, y envió la renuncia al presidente del consejo. La reina, que lo supo á tiempo, le disuadió una medida que en aquellas circunstancias hubiera comprometido el éxito de las negociaciones

relativas al establecimiento del infante don Carlos en Italia. Felipe se convenció; el decreto de renuncia se recogió cuando ya se daba cuenta en el consejo, y no se volvió á hablar del asunto.

1729. Al principio de este año se celebraron en Elvas los matrimonios del príncipe de Asturias don Fernando con la infanta de Portugal, y del príncipe del Brasil con doña María Ana Victoria, infanta de España, que siendo niña habia sido prometida á Luis XV. Asistieron á esta solemnidad los reyes de España y Portugal, y despues de celebradas las bodas con los regocijos de costumbre, la corte de Portugal se volvió á Lisboa, y la de España pasó á las Andalucías, no sin sentimiento del rey, que en todas partes anhelaba por su amada soledad de San Ildefonso; su condescendencia con la reina le determinó á hacer mansion por algun tiempo en el reino de Sevilla. Añadiéronse dos motivos políticos: el primero, examinar por sí mismo el estado de la marina y el astillero de Puntales, construido bajo la direccion de don José Patiño, y ver el embarco de géneros en la rica flota de los galeones. Estos espectáculos, nuevos para una corte encerrada entre los arenales y las montañas que rodean á Madrid, debian incitarla á fomentar el comercio y la navegacion, verdadera fuente de la grandeza española, pudiéndose decir que la obstinacion de los príncipes de la dinastía austriaca en vivir encerrados en el centro de las Castillas fue una de las grandes causas de la decadencia de nuestra monarquía.

El segundo motivo pertenecia á la política esterior. El gobierno inglés queria la paz, pero la paz consolidada; porque el estado indeciso de los negocios públicos le causaba los mismos gastos que la guerra, sin las ventajas que de ésta pudiera prometerse. Conoció que nada se haria en Soissons, y

determinó negociar separadamente de la España. A este efecto envió á Sevilla, donde á la sazon estaba nuestra corte, á lord Stanhope, bien visto del gobierno español, con plenipotencia para concluir la paz. Los plenipotenciarios españoles fueron el marques de la Paz y don José Patiño.

Las negociaciones empezaron pidiendo nuestro gobierno la restitucion de Gibraltar y Puerto Mahon, prometida, segun se decia, desde el tratado de Lóndres. Stanhope conoció que bajo esta pretension, que solo era un lugar comun de la diplomacia, se encubria la verdadera solicitud, que era la introduccion en Italia de seis mil españoles y la garantía de la herencia del infante don Carlos. Asi no tardaron los plenipotenciarios en entenderse, y el tratado de paz se firmó en Sevilla el nueve de noviembre. Accedieron á él la Francia y la Holanda.

Sus condiciones fueron el resarcimiento de todos los agravios y pérdidas sufridos durante las hostilidades, y la renovacion del comercio segun las bases del tratado de Utrecht: la alianza defensiva, en virtud de la cual cada potencia contratante debia poner á disposicion de la otra, en caso de ataque, ocho mil hombres de infantería y cuatro mil de caballería, ó su equivalente en fuerzas marítimas ó en dinero: los reyes de Francia é Inglaterra y la república de Holanda garantizan la herencia del infante don Carlos en Italia: las tropas españolas guarnecerán á Liorna, Porto Ferrayo, Parma, Plasencia y otras plazas para asegurar dicha herencia.

El emperador, apenas llegó á su conocimiento este tratado, se quejó en todas las cortes de que se hubiese hecho sin su participacion. El cardenal de Fleury escribió una carta al ministro de Austria, dándole á entender que en caso de resistencia á la introduc-

cion de los españoles en Italia, no debia por eso temer una guerra general contra la corte de Viena. Esta carta, que el conde de Konigsek tuvo cuidado de hacer pública en la corte de España, no produjo sin embargo desavenencia alguna entre los gabinetes de Madrid y Paris, porque el rey penetraba bien las intenciones del ministro francés. El partido de la oposicion en Inglaterra clamó altamente contra la paz de Sevilla, que aumentaba el poder de la casa de Borbon. La corte de España preveia que las resistencias de Viena se vencerian con la paciencia y la firmeza, por la necesidad que tenia el emperador de buscar garantes para la pragmática, que era entonces el objeto principal de su solicitud.

1730. A principios de este año falleció el Czar Pedro II, y le sucedió Ana, sobrina de Pedro el grande, é hija de Juan, hermano mayor del fundador de la monarquía rusa.

La corte de España pasó á Granada para transferirse desde allí á Barcelona y presenciar el embarco del infante don Carlos y de las tropas que debian acompañarlo á Italia, que ya se estaban reuniendo en los puertos de Cataluña. Pero las lentitudes diplomáticas hicieron que se difiriese esta espedicion hasta el año siguiente. La reina sin embargo promovia estos viages, porque con las distracciones que producian apartaban al rey de la determinacion de encerrarse en San Ildefonso, siempre fija en su ánimo. Asi cuando el escesivo calor obligó á la corte á dejar el soto de Roma, cerca de Granada donde residia, pasó á Cazalla, y por el otoño volvió á Sevilla y al puerto de Santa María, donde los reyes gozaron un espectáculo nuevo para los monarcas de España, cual fue el de dos galeotas berberiscas, que andaban á corso, apresadas en la punta de

doña Ana, y que pasaron por delante de los balcones de palacio.

Entretanto el emperador, favorecido por la connivencia del cardenal de Fleury, que á todo precio queria conservar la paz, y por el poco interés, ó por mejor decir aversion con que la Inglaterra miraba el establecimiento del infante español en Italia, no dejaba piedra por mover para impedir, ó por lo menos retardar esta operacion. Hizo un tratado de alianza con el rey de Cerdeña; llenó la Italia de sus tropas; confirmó al duque de Toscana en su odio contra la casa de Borbon; procuró, aunque no con felicidad, atraer á su partido los príncipes del imperio y las potencias del Norte. Parecia dispuesto á encender una guerra general antes que someterse á las condiciones de la paz de Sevilla.

La indignacion de la corte de España llegó á su colmo, mas aún contra las potencias que habian firmado aquella paz, que contra el emperador. Y asi retirado de Paris don Lucas Espinola, buen militar, pero diplomático poco hábil, se envió á aquella corte al marques de Castelar, quedando su hermano don José Patiño de primer ministro, pues el marques de la Paz dejó de asistir al despacho por sus achaques, y porque ya no era bien visto en la corte.

El rey de Cerdeña abdicó este año la corona en su hijo Carlos Manuel. Algunos han atribuido esta renuncia al arrepentimiento de su último tratado con el Austria, á uno nuevo y secreto que hizo con España, en el cual se le ofrecian los territorios de Pavía y Novara, y al temor del resentimiento del emperador cuando llegase á tener noticia de esta alianza.

No dejaba de admirar á la Europa la connivencia 1731.
del cardenal de Fleury con la corte de Viena en

cuanto á la instalacion de un príncipe de la casa de Borbon en Italia, pues parecia que su interés era favorecerla, mas bien que impedirla. La Inglaterra penetró antes que todos la verdadera causa de esta indiferencia aparente por los intereses de la dinastía. Fleury no queria salir garante de la pragmática sancion; esta era entonces la estrella polar de su política; y como en diplomacia toda solicitud es pagada con otra, por no verse obligado á declarar sus intenciones en cuanto á la garantía, aparentaba no importarle nada el negocio de la herencia de Parma y Toscana.

No era la misma la situacion de la Inglaterra, mucho mas cuando el rey de España declaró que no se creia obligado á cumplir el tratado de Sevilla, pues sus consignatarios no lo cumplian. La corte de Lóndres temió que el comercio inglés en América sufriese nuevos daños: por otra parte deseaba cumplir las obligaciones que habia contraido con la corte de España para quedar libre en la direccion futura de su política; deseaba ademas separar de este negocio al gabinete francés, haciendo que el español agradeciese lo que era preciso hacer. Habló pues con resolucion á la corte de Viena, y en un momento quedaron allanadas todas las dificultades. Celebró con ella un tratado en Lóndres á diez y seis de marzo, por el cual la Inglaterra se declaraba garante de la pragmática sancion, con tal que *María Teresa no casase con un príncipe de la dinastía de Borbon*, ni de otra casa demasiado poderosa para turbar algun dia el equilibrio de la Europa. Al mismo tiempo el emperador accedia á la paz de Sevilla.

A principios de este año murió Antonio Farnesio, duque de Parma, en el cual se estinguió la línea varonil de su familia, que ha dado tantos hom-

bres ilustres á la Italia, y á la Europa el mayor general de su tiempo, el célebre Alejandro Farnesio. El emperador ocupó militarmente los estados de Parma y Plasencia, con el pretesto de que la duquesa viuda Enriqueta de Este habia quedado en cinta, y así lo declararon las matronas, siguiéndose su dictámen contra los médicos.

De resultas del tratado de Lóndres se firmó otro en Viena entre España y el emperador el veinte y dos de julio, por el cual lograron en fin nuestros reyes el establecimiento del infante don Carlos y la ocupacion de los ducados de Toscana y Parma por tropas españolas. Al infante, que aun era menor, se le señalaron por tutores en el estado de Parma la princesa Dorotea su abuela, madre de la reina católica, y en el de Toscana el gran duque. Este príncipe hizo un tratado particular con España, en el cual reconociendo al infante por su inmediato sucesor, estipuló por los intereses de su hermana la electriz palatina viuda. El error de las matronas de Parma fue reconocido fácilmente, y la viuda del último duque se retiró á Módena su patria.

Habíase estipulado en el tratado de Viena que la Inglaterra misma pusiese á los españoles en posesion de aquellos estados. Para cumplir este artículo llegó el catorce de setiembre á Barcelona una escuadra inglesa, compuesta de diez y seis navíos, y mandada por el almirante Carlos Wager. Reuniósele en aquel puerto la española, á las órdenes de don Esteban Mari, de veinte y cinco navíos, siete galeras y muchos transportes, que conducian un cuerpo español de siete mil quinientos hombres, mandados por Manuel de Orleans, conde de Charny. Salieron el diez y siete de Barcelona, y á los diez dias se presentó delante de Liorna, donde desembarcaron las tropas.

El infante don Carlos hizo el viage por tierra, deteniéndose en Valencia, Barcelona y Rosellon á recibir los homenages de las autoridades, hasta Antivo, donde se embarcó en la Capitana de las galeras de España el veinte y dos de diciembre; y á pesar de una borrasca que separó los buques, arribó felizmente á Liorna el veinte y siete del mismo mes.

Este fue el término de la larga y fastidiosa negociacion que tuvo la Europa suspensa y temerosa de nuevas guerras por el espacio de doce años. Las relaciones políticas volvieron á tomar su direccion ordinaria. Las potencias marítimas se enlazaron mas estrechamente con el emperador; y la Francia, asegurada en la alianza de España, continuó siendo en Europa el poder dominante.

Esta nos parece ocasion de llamar la atencion sobre un fenómeno diplomático poco advertido en aquella época y aun mucho despues, y cuyo desconocimiento dió motivo á nuevos errores en política. Tal fue la posicion de Inglaterra acabada la guerra de sucesion. El Austria, á pesar de haber adquirido por la paz de Utrecht y de Rastadt grandes dominios en Italia y en los Paises Bajos, no era ya la potencia rival de la Francia, como lo habia sido desde la paz de los Pirineos, porque la España se habia separado de su alianza y unídose á la potencia dominante. Asi que su poder absoluto se habia aumentado y disminuido el relativo. La verdadera potencia rival de la Francia era entonces Inglaterra, llamada á este puesto por su poder marítimo, por sus riquezas que le permitian tener á su sueldo grandes ejércitos por los estados de Hannover, que eran de su rey, y que le daban una grande influencia en Alemania por la decadencia relativa del comercio de Holanda, que sometia esta república á la gran Bretaña

y en fin por su interés vital en conservar el equilibrio del continente, si queria gozar el imperio absoluto de los mares.

Sin embargo este nuevo orden de cosas no era entonces conocido en la diplomacia, porque á serlo, ni el Austria hubiera obrado como potencia rival de la Francia, creyéndose aun á fines del siglo XVII, ni la Inglaterra hubiera favorecido la introduccion de tropas españolas en Italia, ni la Francia se hubiera opuesto á la pragmática sancion, de la cual ningun mal podia resultarle.

CAPÍTULO XXIX.

Reconquista de Orán y Mazalquivir. Guerra de la sucesion de Polonia. Conquista del Milanesado por los franceses. Batalla de Bitonto, y conquista de Nápoles y Sicilia. Batallas de Parma y Guastala. Preliminares de Viena. Evacuacion de Toscana.

INTERVALO DE SEIS AÑOS, DESDE 1732 HASTA 1737.

La melancolía habitual del rey se disipó por algun tiempo con una nueva empresa, muy capaz de despertar su carácter guerrero. Una escuadra de veinte y cinco navíos al mando del teniente general don Francisco Cornejo con treinta mil hombres de desembarco, mandados por el conde de Montemar, bajo cuyas órdenes militaban los marqueses de Santa Cruz de Marcenado, de Villadarias, de la Mina y de Valdecañas, se reunieron con estraordinaria prontitud en la playa y puerto de Alicante, é hizo temer al emperador y á las potencias marítimas alguna nueva empresa de la corte de España contra la paz gene- 1732.

ral de Europa. La corte de Viena reforzó las guarniciones de Sicilia y Nápoles. Génova temió mas que nadie viendo aparecer delante de su puerto una escuadra española de seis navíos de línea, mandada por Mari, que exigió honores estraordinarios y recogió dos millones de duros que tenia España en el banco de San Jorge. Parte de este dinero se entregó al infante duque de Parma, parte volvió en dicha escuadra á Alicante.

Los temores públicos se desvanecieron con el real decreto de seis de junio, en que S. M. declaraba que la espedicion era contra Orán, plaza tomada por los moros en 1708, y que no hubo ocasion de recobrar hasta la época presente. Ya el secreto tan importante para asegurar la empresa no se aventuraba, pues la escuadra salió de Alicante el quince del mismo mes, aunque los vientos contrarios no le permitieron desembarcar en la playa de Orán hasta el veinte y nueve. Dos navíos dieron fondo en la cala de Arces, siete leguas al Oriente de Orán, para hacer creer al enemigo que aquel era el punto de desembarco, mientras éste se efectuó en las Aguadas, legua y media al Occidente de Mazalquivir.

El célebre duque de Riperdá, refugiado como ya dijimos en Marruecos, mandaba el ejército que los moros habian reunido para oponerse á los españoles. El desembarco de estos se efectuó sin grande resistencia. El duque bajá, que estaba á corta distancia de nuestras tropas, atormentado de la gota dió orden á los moros para que se apoderasen de una fuente, la única que hay en aquellos parages. Montemar destacó á don Lucas Fernando de Patiño, hijo del marques de Castelar, con orden de tomar y conservar aquel punto importante, mientras el marques de la Mina cortaba á los moros la retirada, apode-

rándose de las alturas adyacentes á la derecha del ejército. Estos dos oficiales cumplieron su comision y desalojaron al enemigo, mientras Montemar construia un fuerte al pie de Monte Santo en la orilla del mar para asegurar sus comunicaciones con la escuadra. El enemigo bajó segunda vez de las alturas para impedir la construccion de este fuerte, y se hizo general la batalla. Los españoles, al mismo tiempo que sostenian el ataque del enemigo, marchaban de colina en colina á apoderarse de las alturas de donde habian descendido los moros. Despues de un reñido combate huyeron estos, habiendo perdido quinientos ocho soldados, diez y seis oficiales muertos y un gran número de heridos. La pérdida de los vencedores fue muy corta.

Esta victoria puso en poder de nuestras armas las plazas de Mazalquivir y de Orán, porque dos mil turcos que guarnecian la primera, habiéndose reunido al ejército árabe, no pudieron volver á ella despues de la accion; y el bey y guarnicion de Orán, no creyéndose con fuerzas suficientes para defender esta plaza, huyeron con sus riquezas, apenas supieron el éxito de la batalla. Los españoles tomaron ciento treinta y ocho piezas de artillería, entre ellas ochenta y siete de bronce, siete morteros, muchos utensilios y provisiones, doce cañones que dejaron los moros al huir, una galeota y cinco bergantines.

El ejército español volvió con su general á las costas de la península, dejando de gobernador en Orán al marques de Santa Cruz con ocho mil hombres de guarnicion. Los moros volvieron á sitiar la plaza; pero su gobernador, habiendo recibido refuerzos de España, despues de haberles muerto mucha gente en varios ataques infructuosos que dieron

á los fuertes que la defendian, hizo una salida, que aunque no esperada de los bárbaros, no les impidió defenderse con el mayor valor; al fin fueron derrotados, mas la victoria costó cara á los españoles. El valiente marques de Santa Cruz pereció atacando al enemigo; militar distinguido no solo por su intrepidez, sino por sus conocimientos militares y diplomáticos, de que dan fé las obras que dejó ó escritas ó empezadas. Sucedióle en el gobierno de la plaza de Orán el marques de Villadarias.

El mismo año la guarnicion de Ceuta rechazó dos asaltos de los moros, dirigidos por el duque de Riperdá y por Ali Den, renegado francés. La pérdida de los moros fue muy considerable.

El baron de Keene, embajador de Inglaterra en Madrid, no cesaba de pasar notas sobre las infracciones que las autoridades españolas de América cometian contra el tratado de comercio, y nuestra corte le respondia quejándose del comercio de contrabando que hacian los ingleses en aquellas posesiones. A vuelta de estas quejas hubo algunos actos de hostilidad, que anunciaban un próximo rompimiento. Sin embargo no se verificó por entonces por el deseo y la necesidad que entrambas potencias tenian de la paz marítima. Mas esta disposicion recíproca debia producir la guerra en lo sucesivo, y efectivamente la produjo.

Este año se erigió la compañía de Filipinas.

1733. Despues de la conquista de Orán la corte de España, hallándose poseedora de una marina respetable y de un ejército numeroso y bien disciplinado, no cesaba de instar al cardenal de Fleury para que unidas las dos coronas hiciesen la guerra al emperador en Alemania y en Italia; mas el ministro francés

se habia resistido siempre á estas sugestiones por el temor de llamar las fuerzas de Inglaterra contra la Francia, y porque no veía qué ventajas podria sacar la corte de París de una guerra, sino la estension de la dominacion española en Italia. Tal era la situacion de las potencias cuando la muerte de Augusto II, duque de Sajonia y rey de Polonia, unió las dos cortes de París y Sevilla en un mismo interés.

Augusto habia disputado la corona de Polonia con Estanislao, suegro del rey de Francia, á principios del siglo, protegido el primero por Pedro el grande, y el segundo por Carlos XII, rey de Suecia. Vencido éste en Pultawa, reinó Augusto sin oposicion hasta su muerte. Deseaba que su hijo Augusto III le sucediese en aquel reino electivo, y murió en el momento que le estaba preparando el camino del trono. Estanislao aparece en Polonia reclamando sus antiguos derechos y apoyándose en la fuerza y el crédito de la Francia. Los polacos le reeligieron; pero esta reeleccion atrajo contra ellos las armas de la Rusia, interesada en conservar aquel trono á la familia protegida por Pedro el grande. El Austria se le unió, esperando con este beneficio hacer favorable á la pragmática sancion la casa de Sajonia, que hasta entonces se habia mostrado adversa, y no queriendo tener á sus espaldas un deudo tan cercano al rey de Francia.

Los ejércitos rusos y austriacos penetraron en Polonia, derrotaron el de Estanislao, y este príncipe, despues de haber emprendido inútilmente hacerse fuerte en Dantzick, tuvo que huir segunda vez del pais que le queria por su rey. Bajo los auspicios de las bayonetas rusas y austriacas se juntó una nueva dieta en Varsovia, y en ella fue elegido rey Augusto, duque de Sajonia.

Contra la alianza que celebraron el Austria, la

Rusia y Sajonia, se formó otra de la Francia, la España y la Cerdeña. Luis XV queria sostener á su padre político, ó por lo menos vengarlo. El rey de Cerdeña reclamaba los territorios del Milanesado, que se le habian prometido desde que se adhirió á la casa de Austria en la guerra de sucesion, y que el emperador no tenia intencion de ceder. En cuanto á la España, su deseo de guerra era tan ardiente que apenas supo Felipe V la muerte de Augusto se levantó de la cama, donde yacía devorado de su tristeza habitual, sin cuidar de los negocios ni aun de su persona, se presentó en el despacho y mandó que se hiciesen todos los preparativos para la guerra. Su esposa favoreció con sus inspiraciones el ardor belicoso del rey; y temiendo las intrigas de la corte de Lisboa, que deseaba ver en el trono al príncipe de Asturias, y que ya habia empleado algunos medios para persuadir al rey una nueva abdicacion, determinó trasladar la corte á Madrid para estar mas lejos de la influencia portuguesa. Asi acabaron las esperanzas que se habian concebido de que se estableciese la corte en un punto donde el espectáculo contínuo de la navegacion, el comercio y el mar le recordase que el principal elemento de la fuerza de España debe ser una marina poderosa. El rey accedió gustoso á la translacion á Madrid, porque asi se acercaba mas á la soledad de San Ildefonso.

La guerra fue declarada con los manifiestos de costumbre. La Inglaterra no tomó parte en ella, ó por el carácter pacífico del rey, ó porque se acercaba la época de nueva eleccion del parlamento, que segun los antecedentes se esperaba que fuese turbulenta. La Holanda no se atrevió á entrar en lid sin el apoyo de la Inglaterra, y se contentaba con que no se hiciese la guerra en los Paises Bajos.

Un ejército francés, á las órdenes del mariscal de Berwick, se apoderó de Kell y penetró en la Suavia; otro, mandado por el célebre mariscal de Villars, pasó los Alpes, se reunió con el ejército sardo, que constaba de diez y ocho mil hombres de escelentes tropas, é invadió el Milanesado, donde casi no encontró resistencia hasta Mántua. Al mismo tiempo diez y seis mil hombres de infantería española, á las órdenes del conde de Montemar, escoltados por veinte navíos de línea desembarcaron en Génova, y se reunieron con cinco mil hombres de caballería, que marcharon por tierra hasta Antilo, desde donde pasaron á aquella ciudad por mar. Los franceses y sardos creyeron que este cuerpo se les uniria. Mas las intenciones de la corte de España eran otras. El ejército español se dirigió á la Toscana y sentó su cuartel general en Sena. El infante don Carlos se declaró mayor, tomó las riendas del gobierno de Parma, pasó á Sena, y fue proclamado generalísimo de las tropas españolas en Italia. Parecia que se renovaban los tiempos de nuestra antigua gloria en aquel pais. Los alemanes estaban aterrados; y el emperador, por dar un rey á la Polonia, perdió sus estados en Italia.

Los napolitanos imploraron el auxilio del rey de 1734. España para que los libertase del yugo de los alemanes. El infante don Carlos, habiendo reunido al ejército que mandaba Montemar las tropas españolas que habia en el Modenés, atravesó los estados de la iglesia, con el consentimiento de su Santidad, y penetró en el reino de Nápoles por Frusinone y San German. El general aleman Traun, que solo tenia cuatro mil hombres disponibles, se retiró á Gaeta. Al mismo tiempo una escuadra española, mandada por el conde de Clavijo, atacó las islas de Isquia y Proquita, y favoreció los movimientos tumultuosos del pueblo de

Nápoles. Visconti, que era virrey por el emperador, no pudiendo atajar la osadía de la plebe, se retiró á Roma. El infante don Carlos entró en Cápua, atravesó el Valdarna, y reunió todas sus fuerzas en San Angelo de Rocca Canina. Disipó fácilmente el ejército imperial que estaba en aquella posicion, y marchó á Nápoles, dejando un cuerpo de tropas para bloquear á Gaeta. En Aversa recibió la diputacion de la capital. Trescientos españoles atacaron y tomaron los castillos de Nápoles y el puerto de Bayas. Y el diez de mayo hizo el generalísimo su entrada [illegible] infante en la corte del reino. Proclamó un decreto de Felipe V, en que le nombraba rey de las dos Sicilias, y desde entonces tomó este título.

Mientras se dedicaba á arreglar el gobierno de su nuevo estado, Montemar perseguia al ejército austriaco, que en número de nueve mil hombres se retiraba por Bari, y se habia atrincherado delante de Bitonto. Visconti solo queria ganar tiempo y dar lugar á que le llegasen los refuerzos que esperaba por el Adriático; pero Montemar marchó á él con rapidez, sin que le detuviesen las plazas de Gaeta y Cápua, que aun estaban en poder de los enemigos, y que algunos generales querian que se acometiesen antes de pasar adelante.

Visconti acababa de recibir dos mil hombres que le enviaba de lo interior del reino el conde de Sástago, y cuatro mil que desembarcaron en Manfredonia. El marques de la Mina y el duque de Castropiñano salieron de Averza con cuatro mil hombres para observar al enemigo. Montemar no tardó en seguirlos, apenas supo que Visconti se habia reforzado. Su ejército, que era de doce mil hombres, acometió denodadamente á los austriacos, escaló los atrincheramientos y las murallas, mientras el marques de Ma-

ceda atacaba por el centro. El enemigo abandonó su posicion, y el general Radoschi, que entró en la ciudad con la infantería creyendo que podia defenderla, se rindió prisionero. La caballería española alcanzó á la austriaca é hizo en ella gran destrozo. Todo el ejército enemigo, escepto cuatro mil hombres que se escaparon, cayó en poder de los españoles. Se dió la batalla el veinte y cinco de mayo.

Esta fue la memorable jornada de Bitonto, que puso en poder del infante don Carlos el reino de Nápoles. Gaeta se rindió al fin del año, despues de la heróica defensa que hizo el general Traun, su gobernador. El conde de Montemar, á cuyo talento y actividad se debió en gran parte la victoria, recibió en premio de la corte de España la dignidad de grande de primera clase con el título de duque, y del nuevo rey de Nápoles el título de duque de Bitonto, con una pension anual de catorce mil ducados, y el gobierno perpétuo de Castelnovo.

Mientras se hacian los sitios de Cápua, Gaeta y Pescara, reforzado con socorros de España, desembarcó en las cercanías de Palermo al frente de un ejército considerable, y fue recibido en aquella capital como virrey de su nuevo soberano; y antes que mediára el año siguiente quedó sometida toda la isla. Trapani, que se resistió mas tiempo, se rindió el veinte y uno de julio de dicho año.

Mientras Montemar conquistaba un reino el ejército combinado de franceses y sardos, cuyo generalísimo era el rey de Cerdeña, pero que mandaba los mariscales de Coigni y de Broglie, ganaron una gran batalla junto á Parma al conde de Mercy, general del ejército austriaco, que queria abrirse paso por aquella ciudad para penetrar en los paises bañados por el Pó. Mercy pereció en la batalla de Parma. La

corte de Viena envió nuevos refuerzos al ejército, y le dió por general al célebre conde de Staremberg, que fue tambien batido junto á Guastala, despues de muchos movimientos infructuosos para ocupar los pasos del Pó.

Un atentado que cometieron los criados del embajador de Portugal en España espuso á una guerra las dos naciones. Aquellos criados quitaron un preso á la justicia, y le dieron asilo en el palacio de la embajada. El corregidor, despues de haberlo reclamado inútilmente, allanó la casa y lo sacó. El rey de Portugal en represalias prendió los criados del embajador de España en Lisboa. Ambas cortes despidieron recíprocamente á los ministros, y se acercaron tropas á la frontera; mas la mediacion de Inglaterra y Francia hizo que se restableciese la armonía entre los dos gobiernos, á pesar de que la escuadra española habia salido ya con el objeto de interceptar la flota portuguesa del Brasil que traia un rico cargamento.

1735. Acabada de conquistar la Sicilia, y coronado Carlos y jurado rey en esta isla y en Nápoles, Montemar marchó con un cuerpo de veinte mil hombres á reunirse con el ejército de Lombardía, que á principios de esta campaña hizo nuevos progresos. De paso se apoderó de Orbitelo y de los presidios de Toscana. Los imperiales, inferiores en número, se retiraron al obispado de Trento, y Mántua fue sitiada. Mandaba las tropas del sitio el marques de Maceda, y el duque de Montemar, apostado en Concordia, le cubria con su ejército. En el Rin cayó Philisburg en poder de los franceses, terminando en el sitio de esta plaza su gloriosa carrera el mariscal de Berwick. La Lorena fue ocupada por un ejército francés. La fortuna favorecia las armas de la triple alianza, y parecia que ha-

bia llegado el momento de quitar al Austria los paises conquistados por ella en la guerra de sucesion.

Sin embargo el sitio de Mántua no adelantaba por falta de artillería, que los franceses no enviaron á pesar de las contínuas reclamaciones del general español. Esta morosidad procedia de las negociaciones secretas que habia entablado el cardenal de Fleury con la corte de Viena.

Aquel hábil ministro que no tuvo otro motivo para emprender la guerra sino el honor nacional vulnerado en la persona de Estanislao, padre político de Luis XV, halló que el estado de las cosas proporcionaba ventajas positivas á la Francia, trocando la Lorena por la Toscana. Por otra parte la Inglaterra, acostumbrada á mirar el Austria como la potencia rival de la Francia, amenazaba declararse á favor de su antigua aliada sino se hacia la paz. La declaracion de la Inglaterra hubiera producido la de Holanda, y sumergido á la Francia en una guerra marítima, que era precisamente lo que queria evitar el cardenal de Fleury, porque conocia que la verdadera rival de la Francia era el gabinete de Lóndres; idea poco generalizada entonces en Europa, y que los mismos ingleses no habian percibido todavía.

Es claro que esta paz no podia hacerse sino á costa del rey de Nápoles, que habia de ceder los estados hereditarios de su madre para dar un resarcimiento al emperador por el reino de las Dos Sicilias y la Toscana para indemnizar al duque de Lorena. Fleury sabia muy bien que la corte de España no accederia sino forzada á estas disposiciones. El plan del ministerio español era mas vasto y bien entendido, acaso no contrario á los intereses de la Inglaterra y al equilibrio de Europa. El reino de las Dos Sicilias, la Toscana y los ducados de Parma y Plasencia formaban en

Italia un poder mayor que el que los españoles habian tenido en aquel pais desde Carlos V hasta Carlos II, y eran un contrapeso natural no solo contra el Austria, sino tambien, en caso necesario, contra la Francia. Mas la Inglaterra, enojada entonces con la España por sus amenazas contra Portugal, habia enviado una escuadra á Lisboa, y no estaba dispuesta á favorecer nuestra política.

Fleury pues trató secretamente con el Austria bajo la mediacion de la Inglaterra y de la Holanda, y el tres de octubre se firmaron en Viena los preliminares de la paz. Segun ellos, Estanislao renunciaba á la corona de Polonia, y obtenia en calidad de indemnizacion los ducados de Bar y Torena, separados completamente del imperio, los cuales despues de su fallecimiento debian incorporarse con la corona de Francia; Francisco, duque de Lorena, era reconocido por heredero de Gaston de Médicis, gran duque de Toscana, en lugar del infante don Carlos, y el Austria renunciaba á favor de éste el reino de las Dos Sicilias, y recibia por indemnizacion los ducados de Parma y Plasencia y el Milanesado, conquistado por las armas aliadas, escepto los territorios de Novara, Tortosa, Longa y Vigevano, que se cedian al rey de Cerdeña. Los presidios de Toscana quedaban unidos al reino de Nápoles como en tiempo de los reyes austriacos de España. La Francia quedaba garante de la pragmática sancion, y consentir en el casamiento del duque Francisco, nuevo heredero de Toscana con María Teresa, hija mayor del emperador.

No es fácil de esplicar la indignacion de la corte de España cuando se supieron en ella tales condiciones. En premio de tantos tesoros espendidos, de tanta sangre derramada para la creacion de un gran poder en Italia, se perdian los estados hereditarios de

la reina católica, quedaba reducida la ventaja de una guerra feliz al trueco de las Dos Sicilias por los ducados de Parma y Toscana, y se le conservaba al emperador la preponderancia en aquella península. Fleury se disculpaba con la Inglaterra; mas sus disculpas no calmaban la irritacion, y fue preciso que los hechos hablasen para que la España accediese á los preliminares de Viena.

En este año hubo una querella considerable entre las cortes de Nápoles y Madrid y el gobierno pontificio. Algunos agentes españoles que procuraban hacer reclutas en Roma fueron asesinados en un tumulto popular. En Veletri hubo tambien un alboroto causado por las exacciones de la tropa española que ocupaba aquel punto, y que se vió obligada á retirarse á Roma. Pidióse satisfaccion á su Santidad, y no habiéndola dado, los embajadores de España y Nápoles salieron de Roma, el tribunal de la Nunciatura se cerró en España, mandando al Nuncio que saliese de Madrid, y varios destacamentos españoles entraron en Veletri, Ostia y Palestrina, y exigieron contribuciones exhorbitantes. El sumo Pontífice dió la satisfaccion exigida, y envió el capelo de cardenal al infante don Luis, que solo tenia diez años. Asi se restableció la buena armonía entre las tres cortes.

En virtud de los preliminares de Viena se estableció un armisticio en Italia entre las tropas austriacas, 1736.
francesas y sardas, armisticio á que no quiso acceder el duque de Montemar, cuyo valor era superior á la grandeza del peligro. Diseminadas sus tropas en una grande estension de pais, no pudiendo esperar auxilio de los aliados, y teniendo contra sí un enemigo superior en fuerzas, evacuó el Mantuano y se acampó al Mediodia del Pó. Los austriacos lo siguieron, penetraron en el estado eclesiástico, en cuyos dominios

estaba, le obligaron á evacuar á Bolonia, y le persiguieron en su marcha á Toscana, cogiéndole sus equipages, algunos soldados que se quedaban atrás, y el hospital que tenia en Bolonia con mil quinientos enfermos. A pesar de este revés costó mucho persuadirle á que hiciese armisticio con el ejército imperial. Felipe V sufrió la ley de la necesidad y accedió á los preliminares de Viena el diez y ocho de mayo. El rey de Nápoles los habia firmado el primero del mismo mes.

Casi al mismo tiempo se apoderaban los españoles de la colonia del Sacramento, que los portugueses habian fundado en la izquierda del rio de la Plata, en terreno perteneciente á la corona de España. Aun esto no produjo guerra, porque la Inglaterra y la Francia, que eran mediadoras, conocian la justicia de las pretensiones de nuestra corte en aquella materia, y la España temia, no solo un rompimiento con la Inglaterra, sino tambien el rumor, aunque fuese falso, de la guerra marítima, por el daño que causaria á su comercio.

La España limitaba sus pretensiones en Italia á los bienes alodiales del difunto duque de Parma, y habiendo salido de aquellos paises muchas tropas austriacas para oponerlas al Turco, que segun su antigua costumbre declaró la guerra al Austria cuando ésta no tenia enemigos en el Occidente, hizo preparativos la España para guerrear de nuevo por la posesion de aquellos bienes, con la intencion de quedarse con los estados de Parma si se ofrecia una ocasion favorable. La muerte del primer ministro Patiño dió fin por entonces á estas esperanzas.

Patiño reunia la autoridad y las miras de Alberoni, cuyo discípulo habia sido, con un gran fondo de prudencia y con tacto finísimo para conocer lo

que era posible hacer y emprender en cada circunstancia particular. Favoreció con todas sus fuerzas las miras de la reina con respecto al establecimiento de su hijo Carlos en Italia, y asi aquella princesa le honraba con su confianza. No asi el rey, á quien la melancolía habia hecho suspicaz, y que por otra parte no gustaba de la conversacion de Patiño, aunque no queria despachar con ningun otro ministro, por el arte que éste poseia de presentar los negocios con suma claridad y ahorrar el trabajo del despacho. No lo elevó á la dignidad de grande sino cuando estaba en su última enfermedad, lo que hizo decir á Patiño: *S. M. me da el sombrero cuando no tengo cabeza en que ponerlo.* Este fue el primer ministro, despues de siglo y medio de inepcia ó de locura, que conoció las verdaderas necesidades de España, y los medios de hacerla poderosa en la balanza europea. La Italia y la América fueron los dos polos de su política; pero como era necesario para establecer el imperio español en estas dos partes tener una marina numerosa y bien servida, se dedicó á este ramo, que entendia muy bien, con tanta perseverancia, que lo elevó á un grado de esplendor desconocido en España. Todo el dinero que sobraba al tesoro, despues de satisfechas las urgencias mas indispensables, lo empleaba en la construccion de buques. Enviaba fuerzas navales á los mares de América, y esto á escondidas de las naciones marítimas de Europa, para que en caso de una guerra naval, que preveia próxima, estuviesen defendidos aquellos veneros de la riqueza de España. Su política era callada y perseverante, su penetracion viva, su inteligencia en los negocios, y su conocimiento de los hombres admirables.

Como la marina de guerra no se alimenta sino con

la mercantil, favoreció en gran manera el comercio de España, y trató de alimentar en nuestro pais compañías semejantes á las de los holandeses é ingleses, que se miraban como medios poderosos para dar un vuelo rápido á la industria comercial. Cuando se trató en Viena de trasladar la compañía de Ostende á Trieste, Patiño redactó un proyecto, segun el cual, uniendo el comercio de aquel puerto del Adriático con el de Cadiz, debia ser esta plaza el emporio del mundo. A este proyecto, que no se verificó por la abolicion de aquella compañía, sucedió el de la de Caracas, establecida en Guipúzcua, y el de la de Filipinas, cuya idea se debia á Riperdá.

Se ha acusado á Patiño de obscuridad en sus notas, y mala fé en sus negociaciones, vicios comunes de la diplomacia. Pero lo cierto es que el ministro inglés Walpole, su rival en política, dijo al saber su muerte, que la pérdida de Patiño era irreparable para España. Sucedióle en el cargo de primer ministro don Sebastian de la Cuadra; se encargó el ministerio de hacienda al marques de Torrenueva, y el de la guerra al ilustre duque de Montemar.

1737. La muerte de Gaston de Médicis, acaecida este año, resolvió la cuestion de los estados de Parma y Toscana, no evacuados aun por los españoles á causa de las nuevas pretensiones de la corte de Madrid, que solicitaba colocar en ellos al infante don Felipe, segundo hijo de la reina. Mas el Austria envió un ejército para apoderarse de Parma y asegurar el estado de Toscana al duque de Lorena Francisco, esposo ya de María Teresa. Las tropas españolas, inferiores en número y sin esperanza de auxilio, evacuaron aquellos paises, y se restituyeron parte á Nápoles, parte á la península.

Entretanto las desavenencias entre las cortes de

Madrid y Lóndres tomaban cada dia un carácter mas peligroso. Los guarda-costas españoles registraban y apresaban muchos buques ingleses con pretesto del contrabando. Es cierto que los ingleses lo hacian, y es cierto tambien que algunas presas serian injustas. Mas estas querellas podrian haberse terminado por la decision imparcial de los tribunales, y eso es lo que deseaba Walpole, amigo siempre de la paz. Mas las quejas de los ingleses despojados crecian en el parlamento; el partido de la oposicion las acogia con ansia; las respuestas altivas de Giraldino, nuestro encargado de negocios en Lóndres, (y que eran sostenidas por la corte de Madrid, aumentaban la irritacion de los ánimos. Esta llegó á tal punto que la cámara de los comunes dió un bill anunciando un rompimiento próximo entre ambas naciones. Por él se aseguraba á los apresadores de buques españoles la propiedad de la presa; se asignaba un premio por cada prisionero hecho en el mar, y se daban las plazas que se conquistasen á los vencedores. Walpole se opuso con todas fuerzas á este bill; mas no pudo impedir que se aprobase. La mediacion de la Francia no fue mas eficaz.

CAPÍTULO XXX.

Guerra con la gran Bretaña. Espedicion de los almirantes Anson y Vernon. Muerte de Carlos VI, y guerra de la sucesion austriaca. Ocupacion de la Silesia por el rey de Prusia. Elevacion de Carlos Alberto, elector de Baviera, á la dignidad imperial. Victorias de María Teresa. Paz entre el Austria y la Prusia. Espedicion contra Panamá. Neutralidad de Nápoles.

INTERVALO DE CINCO AÑOS, DESDE 1738 HASTA 1742.

1738. Este año se pasó en recriminaciones entre ambas cortes. La de España miraba como una parte esencial de su soberanía en América el derecho de visita que los guarda-costas ejercian sobre los buques ingleses, salva la obligacion de castigarlos si cometian injusticias y vejaciones; los ingleses invocaban la libertad de los mares para dividir con los españoles las ganancias del comercio de América, como las habian dividido durante los últimos reinados de la dinastía austriaca, durante los cuales la España habia tenido necesidad de la Inglaterra para contrarestar el poder de Luis XIV. Walpole conocia que una guerra no mejoraria la suerte del comercio inglés, y templaba por todos los medios posibles la efervescencia del parlamento. Felipe V, que habia esperimentado repetidas veces la superioridad de la marina británica, queria tambien la paz, mas sin renunciar al derecho de visita, que fue en esta época objeto de las discusiones políticas. La Francia, que estaba muy interesada en la flota que se esperaba de América, hacia los mayores esfuerzos para conservar la paz marítima. Esta disposicion de ánimos é

intereses la prolongó por mas tiempo que se creia.

Entretanto se celebraron las bodas del rey de Nápoles con María Amalia, hija mayor del elector de Sajonia y rey de Polonia. La nueva reina hizo su entrada en Nápoles el dos de junio.

Este mismo año fundó y dotó Felipe V la real academia de la historia de Madrid, cuyo instituto es el exámen de todos los hechos y noticias pertenecientes á la historia de España, desde la mas remota antigüedad. La ereccion de este sábio cuerpo, que nunca ha cesado de llenar su objeto con la mas laudable laboriosidad, dió un nuevo impulso á los buenos estudios que empezaban ya á establecerse en España, disipadas algun tanto las tinieblas del escolasticismo, merced á los escritos del Benedictino Feijóo.

El ministro inglés Walpole, deseoso siempre de conservar la paz, habia logrado que la cámara de los comunes rechazase, aunque á una mayoría muy débil, el bill de la cámara de los pares dirigido á obligar á la España á que abandonase el derecho de visita que la corte de Madrid queria conservar á todo trance. Alentado con esta pequeña victoria, propuso al gobierno español una convencion, en la cual evitando con cuidado toda esplicacion relativa á aquel derecho, se ponian á cubierto en términos honrosos los intereses de ambas naciones. Esta convencion fue aceptada y firmada en el Pardo el catorce de enero. Por ella se estipulaba que en el término de seis semanas se reunirian plenipotenciarios en Madrid para arreglar las diversas pretensiones de ambas coronas, relativas tanto al comercio y navegacion en América y Europa, como á los límites de la Carolina y la Florida, sobre los cuales habia tambien contestaciones, y á la inteligencia de los antiguos tratados de 1739.

*

comercio: que los plenipotenciarios terminarian sus conferencias en dos meses: que entretanto cesarian los trabajos en las fortificaciones de las fronteras en las provincias de la América Septentrional: que cuatro meses despues de la ratificacion pagaria el de España al de Inglaterra noventa mil libras esterlinas, y que con esta suma se indemnizaria á los súbditos ingleses que tenian reclamaciones que hacer contra España.

El primer ministro Cuadra añadió como *condicion* que se diesen á España sesenta y ocho mil libras esterlinas que le correspondian por su parte de ganancias en la compañía inglesa de la América Meridional. Mr. Keene, embajador en nuestra corte, remitió á Lóndres la convencion.

La irritacion de los ingleses llegó á lo sumo viendo que nada de lo que deseaban se les cedia. La prudencia del ministro Walpole no pudo calmar los ánimos; y la nacion entera pedia la guerra. A la verdad el parlamento, aunque á una mayoría muy corta, aprobó la convencion; pero al mismo tiempo puso á disposicion del gobierno los fondos necesarios para hacer la guerra con vigor, y una escuadra, mandada por el almirante Haddock, se presentó en Gibraltar para apoyar las negociaciones de Madrid.

La corte de España observó que los ingleses querian imponerle la ley, y asi exigió que se retirase la escuadra inglesa; y aunque se reunieron los plenipotenciarios, de nada sirvió este congreso. Felipe declaró que nada concederia, mientras no se retirase la escuadra y se reconociese el derecho de visita; y que revocaria el privilegio del *asiento* y secuestraria los efectos de la compañía inglesa como una indemnizacion por las sesenta y ocho mil libras esterlinas

que le debia. El ministro inglés se vió obligado á pelear. España fue la primera que declaró la guerra. La nacion la aceptó con entusiasmo, porque su honor y sus intereses estaban comprometidos en ella.

El rey, observando la escelente disposicion de los españoles, tomó varias medidas, que aunque gravosas á algunos particulares, produgeron una suma de cien millones de reales anuales para subvenir á los gastos de la guerra.

Este año se celebró el matrimonio del infante don Felipe con Luisa Isabel, hija primogénita de Luis XV, rey de Francia.

Corduá, peruano, descendiente de los antiguos Incas, formó una conspiracion desatinada, cuyo objeto era arrojar á los españoles del Perú y restablecer el trono de Atahualpa. Descubierta la trama él y sus cómplices fueron castigados con el último suplicio.

Los ingleses llenaron el Océano de sus navíos; 1740.
mas no por eso lograron coger la flota española que volvia de América ricamente cargada, y que burlando los cruceros ingleses evitó las latitudes ocupadas por el enemigo, y arribó á Santander. Al mismo tiempo salieron de todos los puertos de España un gran número de buques armados en corso, que recorriendo los golfos del Océano, señaladamente el canal de la Mancha, hicieron notable daño al comercio inglés, apresándole muchos y riquísimos cargamentos.

La Inglaterra concibió entonces el gran plan de arrojar á los españoles de América. Una escuadra poderosa á las órdenes del almirante Vernon, con buenas tropas de desembarco, debia señorearse del golfo de Méjico, al mismo tiempo que otra division, mandada por el célebre conmodoro Anson, penetra-

se en el Océano Pacífico, devastase las costas del Perú, y se diese la mano por el istmo de Panamá con las fuerzas del almirante Vernon. El buen éxito de este plan dependia de la prontitud con que se ejecutase. A la verdad Vernon llegó en pocos dias á la isla de Antigoa; y habiendo atacado inútilmente el puerto de la Guayra para apoderarse de los navíos de los azogues refugiados en él, se dirigió á Portobelo el cinco de noviembre, atacó la plaza, y la rindió por capitulacion el veinte y dos del mismo mes. Mas el resultado no correspondió ni á las esperanzas ni á los gastos de la empresa, porque los habitantes habian retirado tierra adentro los efectos mas preciosos. El vencedor la desmanteló y se volvió á la Jamayca, sin hacer mas uso de su conquista que la comodidad del puerto para reparar las avenidas de los buques ingleses.

El gobierno español, enfurecido mas bien que consternado por la pérdida de Portobelo, mandó poner en consejo de guerra al gobernador de aquella plaza, arrojó de España á todos los súbditos de Inglaterra, dió un decreto para castigar con pena de muerte á los españoles que comerciasen con los ingleses, y envió á los mares de América una escuadra mandada por Pizarro.

Entretanto el commodoro Anson salió con su espedicion de Spithead, llegó á la isla de la Madera el veinte y cinco de octubre, y á la de Santa Catalina en la costa del Brasil el veinte y uno de diciembre. Allí esperó ocasion oportuna para entrar en el Océano Pacífico. Los ingleses de la Carolina juntaron un ejército y atacaron á San Agustin, capital de la Florida; pero don Manuel de Montian, su gobernador, la defendió con tanto valor, que el enemigo, despues de haber perdido mucha gente en varios

ataques, tuvo que retirarse dejando en el campo algunos cañones y muchos víveres y municiones.

Mientras España é Inglaterra se disputaban el dominio de la América, la muerte del emperador Carlos VI sumergió el continente de Europa en una guerra casi universal. Estinguióse en él la descendencia varonil de la casa de Austria; y su hija mayor María Teresa, muger de Francisco de Lorena, gran duque de Toscana, sucedió y fue reconocida en todos los estados hereditarios. Esta princesa, admirable por su prudencia é intrepidez, en la cual comienza la línea de Austria-Lorena, conociendo la tempestad que la amenazaba, procuró ganarse el afecto de sus vasallos, señaladamente de los húngaros, que habiendo sido hasta entonces los súbditos mas rebeldes de la casa de Austria, fueron bajo María Teresa sus defensores.

Si la pragmática sancion se ejecutaba en los estados hereditarios, ninguna de las potencias que habian prometido sostenerla cumplió los tratados; la Francia, porque queria abatir la casa de Austria; la Holanda, porque temia el poder de la Francia; la Inglaterra, porque ademas de estar ocupada con la guerra marítima, tenia que mirar por el electorado de Hannover, espuesto á la ocupacion de las tropas francesas; España, las Dos Sicilias y Sajonia, porque tenian pretensiones á la herencia total, con cuyo pretesto encubrian sus planes de apoderarse de una parte de ella; el rey de Cerdeña, porque se mantenia en observacion, dispuesto á declararse por el partido mas favorable á su engrandecimiento. El elector de Baviera, único príncipe que no habia salido garante de la pragmática sancion, aspiraba á la corona imperial y á la sucesion austriaca. Sin embargo ninguno de estos pretendientes se atrevia á declarar-

se hasta haber formado alianzas seguras y conocido las intenciones de las demas cortes. El primer cañonazo se disparó desde la batería que menos se esperaba.

Reinaba en Prusia Federico II, á quien sus victorias, su política y su talento adquirieron despues el sobrenombre de Grande. Su padre Federico Guillermo, durante un largo y pacífico reinado, en que convirtió los vastos desiertos de sus dominios en campos cultivados y abundantes de todo género de producciones, habia juntado un tesoro inmenso y formado un ejército de ochenta mil hombres perfectamente disciplinados. Federico II, cuyos antepasados habian cedido antes de la guerra de los treinta años una gran parte de la Silesia á la casa de Austria, porque eran débiles, emprendió recobrar estos dominios enagenados, y propuso á María Teresa que se los cediese, y que él la sostendria contra todos sus enemigos. La corte de Viena se negó á ello; y el rey de Prusia penetró en Silesia al frente de su ejército en medio del mes de diciembre. Venció al general Nieuperg en la batalla de Molvitz, en la cual se reconoció por la primera vez la superioridad de la táctica prusiana, y se hizo dueño de la provincia. Tal fue el principio de la guerra de la sucesion austriaca, que algunos llaman guerra *pragmática*.

1741. A Vernon se le reunió en la Jamayca una escuadra de veinte y un navios de línea, mandada por el almirante Chaloner Ugle, que escoltaba un cuerpo de nueve mil hombres de desembarco á las órdenes del general Wentworth. Esta formidable espedicion amenazaba el centro de la América española, y el peligro era inminente; pero las dilaciones ocasionadas por el clima y los vientos, y la llegada á aquellos mares de dos escuadras francesas, retardaron los mo-

vimientos de los ingleses. En fin cuando los buques de Francia se volvieron á Europa, la espedicion tomó el rumbo de Cartagena.

Mandaba en aquella fortaleza don Sebastian Eslava, virrey de la Nueva Granada, militar intrépido é inteligente; y poco antes que los ingleses llegó á Cartagena el teniente general de marina don Blas de Lezo con una division, cuyas tripulaciones fueron de un gran socorro para el sostenimiento de la plaza. Eslava aumentó sus medios de defensa, de modo que pudiera haber resistido á un ejército de cuarenta mil hombres. El ataque de los ingleses fue vigoroso. Despues de desalojar á los españoles de los puestos avanzados atacaron por mar y por tierra el castillo de Boca-chica, defendido por ochenta cañones; y cuando estuvo practicable la brecha, lo asaltaron y se apoderaron de él, como tambien de una batería flotante: los españoles habian puesto tres para defender la entrada, y tuvieron que quemar las otras dos porque no cayesen en poder de los enemigos.

Dueños estos del puerto desembarcaron á una legua de la ciudad, y atacaron el castillo de San Lázaro que la dominaba, y que tomado hacia casi segura la conquista de Cartagena.

El almirante Vernon, creyéndose ya señor de ella, escribió á Inglaterra cartas llenas de la confianza que él mismo tenia; y los ingleses, por una ligereza que no es comun en ellos, acuñaron una medalla para eternizar la victoria. La suerte de las armas dispuso las cosas de otro modo. El diez y nueve de abril dieron el asalto al castillo mil doscientos hombres escogidos de todo el ejército; mas al llegar á las obras esteriores se encontraron sin faginas para llenar el foso, y con escalas demasia-

do cortas. Sin embargo sufrieron el fuego enemigo hasta que perdieron la mitad de la gente, y al retirarse hizo la guarnicion una salida que acabó con aquella tropa valerosa. Este revés, las desavenencias de los generales de tierra y de mar, y las enfermedades del clima, obligaron á los ingleses a levantar el sitio y volverse á la Jamayca.

Este éxito tuvo el célebre sitio de Cartagena. Si esta plaza hubiera caido en poder de los ingleses, España hubiera perdido el dominio de la América; porque el commodoro Anson, que habia invernado en Santa Catalina, pasó á principios del año el mar Pacífico por el estrecho de Maire. El general Pizarro, que le seguia, sufrió una horrenda tempestad queriendo doblar el cabo de Hornos, y se vió obligado á volverse á Buenos Aires perdida casi toda su escuadra. Anson, aunque reducido por otra tempestad al navío *Centurion*, que montaba, y á otros dos buques menores, tomó y saqueó á Paita y se dirigió á Panamá; mas sabiendo por los prisioneros el mal resultado del ataque de Cartagena, atravesó el mar Pacífico para apoderarse del galeon que se despachaba anualmente de Filipinas á Acapulco. Cogió efectivamente esta presa, la mas rica que ha entrado en los puertos británicos; sin embargo débil indemnizacion de los gastos y pérdidas de ambas espediciones. El *Centurion* volvió á Lóndres en mil setecientos cuarenta y cuatro por el cabo de Buena-Esperanza, habiendo dado una vuelta al globo.

Vernon, despues del desastre de Cartagena, hizo otra espedicion contra la isla de Cuba y sitió á Santiago; pero hallándose sin las fuerzas necesarias para tomarla, se volvió á la Jamayca, habiendo perdido mil ochocientos hombres y muchos víveres y municiones.

Entretanto el rey de España envió á Italia al duque de Montemar con un cuerpo de quince mil hombres, al cual debia reunirse otro de trece mil, procedente de Nápoles, quedando al frente del ministerio don José de Campillo, discípulo de Patiño, y encargado de los departamentos de hacienda, guerra y marina. Una desavenencia funesta se originó entre este ministro y Montemar sobre la eleccion del punto de desembarco en Italia, prefiriendo Montemar á Sestri en la ribera de Génova, y Campillo á Orbitelo en los presidios de Toscana. Esta disputa fue de malísimo agüero para los progresos de nuestras tropas. Entretanto se celebraba una alianza entre Baviera, Prusia, Francia y España con el objeto de favorecer la pretension al imperio de Carlos Alberto, elector de Baviera. Este, auxiliado por la Francia, penetró en el Austria y recibió en Lintz la corona archiducal, se apoderó de Praga, donde se le juró rey de Bohemia, y poco despues fue elegido en Francfort emperador con el nombre de Carlos VII, mientras el rey de Prusia penetraba en la Moravia. En vano el rey de Inglaterra se presentó en el Hannover con un ejército de veinte y seis mil hombres. El mariscal de Maillebois, que sostenia en Westphalia con un ejército superior la causa de Carlos VII, le obligó á firmar un tratado de neutralidad, y ni él ni la Holanda pudieron auxiliar á María Teresa sino con dinero y buenos deseos. El rey de Cerdeña trataba de unirse á la Francia y la España.

María Teresa, sin ejércitos, porque los de Carlos VI habian sido destruidos en la última guerra contra los turcos, que fue desgraciada, sin erario, consumido en la misma guerra, y sin aliados, se presentó á la dieta de los húngaros con su hijo de un año en

los brazos. Este espectáculo exaltó el entusiasmo de aquella nobleza independiente, y clamaron todos á una voz: *muramos por nuestro rey, María Teresa.* La Hungría le dió soldados intrépidos, y auxiliada con los socorros pecuniarios de la Inglaterra y Holanda, se presentó en la lid.

1742. Mientras Carlos Alberto recibia la corona imperial en Francfort, un ejército austriaco, mandado por Carlos de Lorena, cuñado de María Teresa, pequeño á la verdad en su número, pero valeroso y bien dirigido, manteniéndose á la defensiva é interceptando las provisiones del ejército bávaro-francés en la Bohemia, obligó al mariscal de Belleisle, que lo mandaba, á evacuar á Praga. Estimóse como una grande operacion militar la retirada de trece mil hombres desde la capital de Bohemia hasta Egra, que dista de Praga veinte y ocho leguas, por medio de un ejército enemigo animoso y lleno de entusiasmo. Transfirióse el teatro de la guerra al Palatinado y la Baviera. Los franceses tenian poca caballería, y los austriacos eran superiores en esta arma. Tres veces se ganó y se volvió á perder la Baviera, hasta que al fin el ejército francés tuvo que acercarse al Rin para reponer sus pérdidas, y María Teresa fue señora de la Alemania Meridional. En toda esta campaña no hubo una sola batalla decisiva. Todos los movimientos fueron reencuentros parciales y marchas.

En medio de estos desastres de las armas francesas murió el cardenal de Fleury. Este fue el primer hombre de estado que conoció la verdadera política que debiera haber adoptado la Francia desde la época en que fue la potencia dominante. Conservar la paz de Europa fue siempre su primer cuidado; y si entró en la guerra de sucesion fue mas por condescender á la voluntad de Luis XV, incitado por el

mariscal de Belleisle, que por inclinacion propia.

Al mismo tiempo que María Teresa recobraba sus estados, daba la paz á Alemania y tomaba la superioridad en Italia por medio de tratados. Hizo la paz con el rey de Prusia, cediéndole la mayor parte de la Silesia, reclamada por él, y en ella entró el elector de Sajonia. El rey de Cerdeña, que hasta entonces habia dado esperanzas á la casa de Borbon y á la de Austria, temeroso por una parte de los proyectos de España sobre el Milanesado, y animado por la Inglaterra, que le dió subsidios, hizo un tratado de alianza con el Austria, en virtud del cual, sin renunciar á sus derechos sobre la Lombardía, se convino en auxiliar á María Teresa contra el enemigo comun, y se puso en movimiento con su ejército para reunirse con el austriaco, mandado por el conde Traun, y reforzado con las nuevas tropas austriacas menos necesarias ya en Alemania.

Montemar, habiendo recibido nuevos refuerzos de España por la ribera de Génova, y reunídose con el ejército napolitano, marchó al Pó y juntó en Bolonia cuarenta mil hombres, ocupó á Módena y Mirándula; mas á esto se limitaron sus operaciones. El rey de Cerdeña volvió á tomar aquellas dos plazas; y el general español, aunque habia recibido en sus instrucciones la orden de arriesgar una batalla, conociendo que de ganarla no se adelantaba nada, y de perderla se ponia en peligro el reino de Nápoles, desanimado tambien con la desercion que minaba su ejército, principalmente el cuerpo napolitano, tuvo por conveniente, despues de haberse cubierto con una decision del consejo de generales, retirarse á la frontera del Abruzzo. Los austro-sardos le persiguieron hasta Rimini.

Al mismo tiempo una division de la escuadra in-

glesa del Mediterráneo se presenta delante de Nápoles y amenaza bombardear aquella capital si el rey no se declara neutral. Los ministros reciben al capitan encargado de la intimacion, y quieren eludirla por medio de negociaciones. El oficial pone su muestra sobre la mesa, y les dice que necesita la respuesta dentro de una hora. Fue preciso ceder, y el gobierno de Nápoles hizo la declaracion exigida. La escuadra se separó del puerto antes de las veinte y cuatro horas de haber llegado. Jamás el rey Carlos olvidó esta injuria; y su recuerdo influyó en su política cuando obtuvo el cetro de España. El ejército napolitano se separó del de Montemar.

La corte de Madrid, que atribuia á su general las desgracias de esta campaña, le separó del mando y le dió por sucesor al general Gages, uno de sus tenientes generales. Aquel hombre ilustre fue confinado á su encomienda de Moratalla; efecto sin duda de la envidia y venganza del ministro Campillo, pues despues de la muerte de éste obtuvo el permiso de volver á la corte.

Este año hizo el almirante Vernon otra tentativa tan inútil como las anteriores contra la América española. Llegó á Portobelo, donde desembarcó un cuerpo de cuatro mil hombres, destinado á la conquista de Panamá. Esta plaza estaba casi indefensa; el paisanage hacia en parte el servicio militar, y el virrey del Perú solo pudo enviarle de socorro dos compañías y algunos víveres; pero por fortuna se hallaban en el puerto cuatro navíos y una fragata, que el mismo virrey habia enviado en seguimento del almirante Anson. De ellos se habian sacado ciento treinta y cinco hombres para el servicio de la plaza. Estos buques eran muy grandes; y Vernon juzgando por su tamaño que tendrian mucha mas artillería y gente de la que efec-

tivamente tenian, desistió de su empresa, y se retiró con la pérdida que era de esperar por la intemperie del clima, y por el valor de los defensores.

CAPÍTULO XXXI.

Continuacion de la guerra pragmática. Batalla de Camposanto. Ocupacion de la Saboya. Declaracion de la Inglaterra á favor del Austria. Guerra entre Francia é Inglaterra. Batalla de Dettinguen. Batalla naval de Tolon. Campaña de Flandes, Piamonte y Roma.

INTERVALO DE DOS AÑOS, DESDE 1743 HASTA 1744.

El conde de Gages habia recibido de la corte de 1743.
España orden terminante de dar batalla para favorecer una irrupcion en los estados del rey de Saboya por un ejército mandado por el infante Don Felipe, y bajo sus auspicios por el marques de la Mina, discípulo de Montemar en el arte de la guerra. Este ejército se reunia en el Delfinado, y debia cooperar con él un cuerpo francés á las órdenes del príncipe de Conti.

Gages obedece con tanto valor como prontitud. Saca en silencio sus tropas de los cuarteles, se separa de un baile que daba en Bolonia, así como César se separó del banquete que daba en Raven para pasar el Rubicon, y hace una marcha rápida con el objeto de sorprender á los austriacos acampados junto al Tanaro. Sin embargo, sus movimientos fueron conocidos del general Traun; y cuando llegó á Camposanto encontró á los austriacos dispuestos á recibirle. No por eso dejó de atacarlos; y á las cuatro de la tarde se emprendió un combate sangriento, que se continuó hasta media noche, al resplandor de la luna.

Gages logró algunas ventajas contra la caballería austriaca; mas no pudo forzar la posicion que habia tomado su infantería, y despues de haber pasado la noche en el campo de batalla se retiró á Bolonia, sin que el enemigo se atreviese á inquietarle, con fuerzas muy disminuidas, pero con trofeos militares, que dieron pretesto á la corte de Madrid para atribuir la victoria á sus armas. Traun recibió socorros, y el ejército español, reducido á cuatro mil hombres, buscó un asilo en Rumins.

Entretanto el rey de Cerdeña y la Inglaterra celebraban alianza ofensiva con el Austria en Wormes: María Teresa cedió, para obtener la del rey de Cerdeña, el condado de Anghiera, sus pretensiones al marquesado de Final, la ciudad de Pavía y una parte de su ducado. La Francia, á quien aquel rey habia entretenido con vanas negociaciones, determinó atacarlo con todo vigor, uniéndose con España y Nápoles por medio de una alianza perpétua, ofensiva y defensiva. El rey de Nápoles no se creyó obligado á cumplir la neutralidad forzada á que le habian obligado los ingleses. Estipulóse que el Milanesado y los estados de Parma y Plasencia se darian al infante don Felipe.

Este, despues de haber ocupado la Saboya y dejado en ella un cuerpo de treinta mil españoles, determinó abrirse paso al Piamonte por el valle de Chateau Dauphin; pero las medidas tomadas por el rey de Cerdeña y la intemperie de la estacion, hicieron imposible esta empresa, y tuvo que volverse al Delfinado.

Entretanto los franceses evacuaban la Alemania. El emperador Carlos VII, arrojado de la Baviera, se hallaba en Francfort, ciudad cuya neutralidad habian reconocido todas las potencias beligerantes; pero la

Francia habia declarado la guerra al Austria y á la Inglaterra, y su ejército, mandado por el mariscal de Noailles, uno de los generales mas sábios y esperimentados de Francia, tenia encerrado al enemigo en Aschafemburg, entre el Mein y una montaña. Este enemigo era el mismo rey de Inglaterra en persona, que mandaba un ejército de cincuenta mil hombres, compuesto de ingleses, hannoverianos y austriacos. Tenian que pasar bajo el fuego de las baterías francesas, si habian de marchar á otro pais donde encontrasen los víveres que ya les faltaban. En efecto, se emprendió esta peligrosísima marcha, y en ella hubiera perecido todo el ejército si el duque de Grammont, que guardaba el punto de Dettingen, por donde forzosamente habian de pasar los enemigos, no les hubiera acometido antes de tiempo, y dejádoles lugar para ponerse en orden de batalla. Los franceses pelearon con desventaja; y aunque la pérdida fue casi igual por ambas partes, los aliados quedaron dueños del pais; y poco despues los franceses pasaron el Rin para defender la frontera de Suavia, atacada por Carlos de Lorena.

En América, el almirante Knoovles, que habia sucedido á Vernon en el mando de la escuadra inglesa, atacó la Guayra; despues á Puerto Cabello. Una y otra empresa le salieron desgraciadas. En la primera quedaron tan maltratados siete navíos ingleses, que para repararse se volvieron á Curazao. En la segunda se defendió con tanto valor don Gabriel de Zuloaga, gobernador de Venezuela, que obligó al enemigo á retirarse despues de haber perdido dos mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros. No fue mas feliz la empresa de otra division británica contra la isla de Gomera, una de las Canarias.

La casa de Borbon tenia que pelear contra los mis- 1744.

mos aliados que en la guerra de sucesion habiendo accedido la Holanda á la alianza de Wormes.

Luis XV se preparó á esta lid con fuerzas formidables. Ademas del ejército que defendia la Alsacia se puso él mismo al frente de otro muy numeroso, que mandado por el mariscal de Sajonia, invadió la Flandes austriaca, mientras la escuadra del Océano debia conducir á Inglaterra á Carlos Eduardo, gefe de la dinastía Estuarda, y la del Mediterráneo, unida con la española, quitar á los ingleses del apostadero de los golfos de Leon y Génova, donde impedian el tránsito de hombres, víveres y municiones al ejército que habia de invadir el Piamonte, á las órdenes del príncipe de Conti y del infante don Felipe. El rey de Nápoles se unia con Gages para oponerse al general Lobkovitz, sucesor de Traun en el mando del ejército austriaco de Italia, y arrojar dicho ejército hácia el Pó. Tal era el plan de esta campaña memorable.

En Flandes fueron constantemente victoriosas las armas francesas. Luis XV se apoderó de Courtray y Menin, mientras sus tenientes tomaban á Ipres y Knocke; pero habiendo llegado la noticia de que el príncipe Carlos de Lorena penetraba en Alsacia con sesenta mil hombres, el rey marchó al socorro de aquella provincia con la mayor parte de sus fuerzas. Una enfermedad, de que estuvo á la muerte, y en cuya convalecencia recibió estraordinarias pruebas de amor de sus vasallos, retardó las operaciones militares; y á no ser por ella Carlos de Lorena no hubiera podido retirarse á Alemania, donde le llamaban las nuevas hostilidades del rey de Prusia. Este príncipe, temiendo que la prosperidad sugiriese á la corte de Austria el deseo de recobrar la Silesia, rompió la paz de Breslaw, se unió de nuevo á la Francia, invadió

la Sajonia, aliada entonces de María Teresa, y ocupó la capital de la Bohemia. Luis XV pasa el Rin, se apodera de Friburgo, y los ejércitos franceses penetran hasta Munich, adonde volvió el emperador Carlos VII.

La espedicion marítima contra Inglaterra no tuvo efecto alguno. Los ingleses reunieron fuerzas navales muy superiores á las de los franceses, y estos tuvieron la felicidad de volver á Brest, sin haber sido atacados por el enemigo. Entretanto se hallaban en Tolon las escuadras española y francesa del Mediterráneo, mandadas la primera por don José Navarro, y la segunda por el almirante Court. El almirante inglés Mathews las observaba con veinte y nueve navíos de línea y diez fragatas; la escuadra combinada era solo de veinte y seis navíos y seis fragatas; pero los gefes creyendo con razon que los buques ingleses se hallarian en mal estado por haberse mantenido tantos meses en el mar, salieron de Tolon hácia las islas de Hierves, y se avistaron con el enemigo el veinte y cuatro de febrero. Mathews deshizo la línea que habia formado, y atacó al *real*, que montaba el almirante español; el combate se empeñó entre una parte de la escuadra combinada y la division inglesa que siguió á Mathews; porque la parte de su escuadra que mandaba Lestock, su segundo, no entró en combate, á causa, segun se creyó, de la poca armonía que reinaba entre ellos. La batalla duró hasta que la noche separó los combatientes, sin haberse decidido la victoria. Los buques españoles habian sufrido mas que los franceses; el *San Felipe* se retiró á remolque del combate despues de haber echado á pique un brulote enemigo que venia á incendiarlo; el *Poder*, perdido y recobrado dos veces, quedó abandonado, y los ingleses lo quemaron al otro dia. Es-

tos perdieron el *Malborough*, que se sumergió; y los demas buques que entraron en combate quedaron muy maltratados.

Esta fue la batalla de Tolon, cuyo único resultado para la Francia y España fue tener libres aquellos mares por algun tiempo; porque Mathews se vió obligado á entrar con su escuadra en Mahon para repararla, y en breve tiempo él y Lutock pasaron á Lóndres á dar cuenta de su conducta. Los españoles aprovecharon esta ocasion de enviar socorros al ejército de Italia.

Campaña de los Alpes.

El infante don Felipe y el príncipe de Conti mandaban en la frontera del Piamonte un ejército de sesenta mil hombres, entusiasmado con el valor heróico, real sangre y juventud de sus gefes. Este ejército pasa el Var, ocupa á Niza, se apodera de los puntos atrincherados de Montalban y Villafranca, y arroja á los enemigos á Coni, donde el rey de Cerdeña tenia su cuartel general. Pero los genoveses, aunque miraban con disgusto el marquesado de Final en poder del rey de Cerdeña, no se atrevieron á declararse contra él por las amenazas que les hicieron los ingleses de bombardear á Génova, y por consiguiente no fue posible al ejército combinado pasar adelante por aquel camino.

Los príncipes formaron el proyecto de penetrar en el Piamonte por el valle de Stura, cuyo paso, aunque muy difícil, era menos peligroso que el de Tende. Esta operacion se logró á costa de mil prodigios de intrepidez: las tropas, divididas en columnas, cada una de las cuales se dirigia á la altura que se le habia señalado, tuvieron que luchar con los torren-

tes las masas de hielo, el frio, la hambre, y un enemigo valeroso que conocia el pais. Tuvieron que echar cables para pasar los torrentes. Dos fuertes atrincherados habia en la eminencia mas alta, que eran el de Castelpont y el de Bellini: tenian de guarnicion dos mil hombres. Las tropas subieron al asalto á pesar de un fuego terrible, entraron por las cortaduras al tiempo que el cañon enemigo se retiraba despues de haber disparado, y degollaron la guarnicion. El sardo, amedrentado de esta temeridad, abandonó el puesto de las Barricadas. El reducto de Monte Caballo y el puesto de Chateau Dauphin cayeron en poder de los aliados, que penetrando por el valle del Stura pusieron sitio á Demont, cuyas fortificaciones no estaban aun concluidas, y que se rindió por haber saltado un repuesto de pólvora, cuando el rey de Cerdeña venia ya en su socorro. Este se retiró á Saluces, y los aliados pusieron sitio á Coni. En vano los franceses y españoles redoblaron sus esfuerzos y agotaron los recursos del arte militar para rendir esta plaza; en vano consiguieron una señalada victoria del rey de Cerdeña, que reforzado considerablemente por los austriacos se presentó á socorrerla. La guarnicion de Coni, que era de siete mil hombres, sostuvo dignamente la gloria de resistir á un ejército tan valeroso; y éste, abandonados sus enfermos, se volvió por el mismo camino que habia traido al Delfinado, reducido á la mitad de su número, y perdída casi toda su artillería. La plaza de Oneglia, situada en la costa del Piamonte, cayó en poder de los españoles.

Campaña de Roma.

Lobkovitz, habiendo reforzado considerablemente su ejército, marchó contra el de Gages, que es-

taba en Rimini, y que se retiró por la inferioridad de sus fuerzas incomodado por el enemigo y por la escuadra inglesa del Adriático hasta Trento. El rey de Nápoles se puso al frente de un ejército de diez y siete mil hombres, y marchó á reunirse con Gages y á defender la frontera del Abruzzo. Lobkovitz varió entonces su plan de ataque y determinó marchar por Roma y Veletri á la capital del reino de Nápoles. El rey, que le seguia de cerca, reunido con Gages, se anticipó y tomó posicion en Veletri, cuando ya se empezaban á descubrir desde sus alturas las columnas austriacas. Lobkovitz se acampó en unas colinas que estaban enfrente, mediando un valle estrecho entre ambos ejércitos. Todo parecia anunciar una batalla decisiva.

Lobkovitz formó el proyecto de sorprender al rey y á sus generales en el cuartel general de Veletri, que estaba detras de la izquierda del ejército. Una columna de cuatro mil hombres pasó por dicho flanco izquierdo, penetró en la ciudad, rechazó la brigada irlandesa que la defendia, puso fuego á los arrabales, é hizo prisioneros muchos oficiales superiores; pero no atreviéndose á atacar una batería puesta en la entrada de la calle donde estaba el rey y el duque de Módena, tomaron por otra, y dieron lugar no solo á que se salvasen estos príncipes, sino á que Gages acudiese al socorro de la ciudad, y los echase de ella con mucha pérdida de muertos y prisioneros. La sorpresa de Veletri tuvo un resultado semejante al de la de Cremona.

Los dos ejércitos se observaron durante algun tiempo bajo la maligna influencia de las lagunas Pontinas. Al fin Lobkovitz, viendo el estrago que las enfermedades causaban en sus tropas, empezó su retirada el primero de noviembre, seguido de cerca por

el enemigo. Pasó el Tiber sin dificultad, y mientras se dirigia á Viterbo, Gages atravesó las montañas, cuyos pies lame el Nera, y marchó rápidamente á Perusa con el objeto de cortar la retirada á los austriacos; pero cuando desembarcó en su llanura ya Lobkovitz habia llegado á aquella plaza. Puso guarnicion en Nocera para cubrir su marcha por el Apenino. Su celeridad salvó el ejército austriaco: Gages tomó á Nocera por asalto; mas ya Lobkovitz estaba en Urbino. Los ejércitos se hallaron al fin de la campaña en las mismas posiciones que habian tenido al principio.

Este año se celebró el matrimonio de Luis, delfin de Francia, con la infanta Maria Teresa, hija de Felipe V.

CAPÍTULO XXXII.

Continuacion de la guerra pragmática. Muerte de Carlos VII y elevacion de Francisco, duque de Toscana, al trono imperial. Batallas de Fontenoi y Fridberg, y conquista de la Flandes austriaca. Conquista de Escocia por el príncipe Carlos Eduardo. Batalla del Tánaro y conquista de la Lombardía. Batalla y paz de Dresde. Pérdida de la Lombardía. Batalla de Plasencia, y toma de Génova por los austriacos. Conquista del Brabante, Henao y Namur, y batalla de Lieja. Batalla de Culloden y ruina del partido de Carlos Estuardo. Revolucion de Génova. Muerte de Felipe V.

INTERVALO DE DOS AÑOS, DESDE 1745 HASTA 1746.

A principios de este año murió el emperador Carlos VII, y en el curso de él tuvo Maria Tere- 1745.

sa el placer de ver elevado á la corona imperial á su esposo Francisco I. Pero sus ejércitos fueron batidos en todas partes.

En *Flandes*: El ejército francés, mandado por el rey en persona, cubria el sitio de Tournay. El de los aliados, mandado por el duque de Cumberland, hijo segundo del rey de Inglaterra, y que participó con su padre del peligro y victoria de Dettingen, se avistó con el enemigo en Fontenoi, lo que dió lugar á una de las batallas mas memorables de los tiempos modernos. Un numeroso cuerpo inglés avanzaba por medio de los reductos franceses, y destrozaba todo cuanto se le oponia. El rey y el delfin corrieron riesgo de ser prisioneros. El mariscal de Sajonia que mandaba el ejército creia ya perdida la batalla: cuatro cañones puestos contra el frente de la columna inglesa por consejo del duque de Richelieu, teniente general, al mismo tiempo que las mejores tropas francesas la acometieron por todas partes, decidieron la victoria á favor de Luis XV. El resultado de esta célebre batalla fue la conquista de toda la Flandes austriaca. Al sitio y toma de Gante precedió el combate parcial de Mello, en que los franceses quedaron tambien victoriosos.

Luis XV deseaba la paz, porque la guerra no tenia ya mas objeto, muerto Carlos VII, que el establecimiento del infante don Felipe en Italia, cosa no muy dificil de lograr por medios pacíficos. Los ingleses que se habian hecho dueños de Luisburg, aniquilado una escuadra francesa á la altura de Finisterre, y cogido presas muy ricas del comercio de esta nacion en la mar, querian la continuacion de una guerra, en la cual ganaban, y obligaban al Austria, á quien pagaban cuantiosos subsidios, á que la continuase.

Mientras los franceses triunfaban en la Bélgica, el rey de Prusia ganaba la batalla de Friedberg contra un ejército austriaco destinado á reconquistar la Silesia; destruia junto á Dresde otro compuesto de sajones y austriacos; ocupaba aquella capital y sacaba utilidad de sus victorias, obligando á María Teresa á firmar la paz de Dresde, en la cual cedia por segunda vez la Silesia; en pago reconocia Federico II á Francisco por emperador de Alemania.

Campaña de Italia.

Esta es una de las mas gloriosas que han hecho las armas españolas y francesas, ya se considere la habilidad y dificultades de las marchas y operaciones, ya la importancia de los resultados.

La campaña anterior habia convencido á los gabinetes de Madrid y Versalles de la necesidad de reunir los ejércitos del infante don Felipe y del general Gages, y de la imposibilidad de atacar la Lombardía sin el auxilio de los genoveses. Celebrado pues con esta república un tratado por el cual debia dar paso por sus tierras á los ejércitos de las dos coronas y unir á ellos un cuerpo de diez mil hombres, se envió orden á Gages, que habia perseguido á los austriacos hasta Módena, de pasar al Genovesado y reunirse en él con el infante y con el mariscal de Maillebois, que mandaba las tropas francesas. Gages, obedeciendo á esta orden, eligió de los tres caminos que tenia para hacerlo, el de Parma, el de los estados pontificios y el de Luca; el que presentaba mas obstáculos naturales, pero que era mas corto. Envió sus equipages y artillería con la escolta de cinco mil hombres á los estados de la iglesia; y cuando ya creyó seguro este convoy, levantó el campo repenti-

namente, y por el camino de Gordano se dirige al paso del monte de San Peregrino. Las dificultades fueron terribles por el frio del clima, que acabó con casi todos los bagages; y el soldado tenia que marchar con sus efectos al hombro por un terreno donde habia cuatro pies de nieve. Al fin descendió el ejército á los campos de Luca, y apenas habian atravesado el Apenino, se levantó en sus cumbres una tempestad tan horrenda que hubiera destruido infaliblemente todo el ejército á haberlo encontrado en las alturas. Este paso del Apenino recuerda el de Annibal.

Los españoles sorprendieron dos puestos austriacos en Castelnovo y en Verácula; ocuparon á Luca, donde descansaron de las fatigas pasadas; llegaron á Sarzana en la frontera de Génova, y se dispusieron á pasar el Maera, rio caudaloso entonces con las recientes avenidas. Gages mandó construir un puente que hubo que hacerlo dos veces, porque la primera se lo llevó el raudal, y llegó á Sestri, no sin haber peleado su retaguardia con las partidas austriacas, antes de pasar el Maera. Llegó en fin á Génova, y partió á ocupar el importante paso de la Boqueta.

Entretanto el ejército del infante don Felipe atravesaba con no menores dificultades los Alpes marítimos, habiendo anticipado almacenes de provisiones en Niza y Villafranca, por medio de buques pequeños, que burlaban la diligencia de los cruceros ingleses, y caminaba por Savona á reunirse con Gages. El ejército total, contando con los diez mil genoveses, ascendia á sesenta y dos mil hombres.

El general Schulemberg, que habia sucedido á Lobkovitz en el mando del ejército austriaco, preveyendo la tempestad que amenazaba á la Lombardía, atravesó rápidamente los estados de Parma y Plasen-

cia, se apoderó de Gavi y Novi, y ocupó el valle del Lemo para impedir al enemigo la salida de la Boqueta. El rey de Cerdeña se colocó en las fronteras meridionales del Monferrato. Pero Gages forzó los atrincheramientos austriacos que tenia enfrente, desalojó al enemigo de Voltagio, que estaba fortificado, de Gavi, de Novi y de Serravalle, mientras el infante, atravesando el Apenino, echaba á los sardos al otro lado del Bormida, y ocupaba á Acqui. Dueños de la llanura ambos ejércitos se dirigieron á Alejandria, punto que habian señalado para su reunion.

Los austriacos se habian reunido tambien al rey de Cerdeña. Este ocupó una posicion entre el Tánaro y el Pó, cerca de su confluencia, con la esperanza de detener el ímpetu de los españoles y franceses, que ni podian atacar aquella posicion formidable, ni emprender el sitio de Alejandría en presencia del ejército enemigo, respetable por su número y por las ventajas del puesto que ocupaba.

Los generales de las dos coronas enviaron hácia el Oriente un cuerpo considerable, que se apoderó de Tortona, Voghera, Provera, envió destacamentos á Bobbio, Parma y Plasencia, pasó el Pó, cerca de la embocadura del Tesino, sorprendió en Pavía una division austriaca, y amenazó á Milán. Schulemberg se separó del rey de Cerdeña para proteger el Milanesado; y al punto se reunieron con una celeridad increible las tropas destacadas del ejército español y francés, forzaron el paso del Tánaro, sorprendieron el ejército sardo, y lo arrojaron de su posicion con mucha pérdida. Fruto de esta victoria fue la ocupacion de la Lambordía. El general austriaco, que conoció aunque tarde que le habian engañado, dió un largo rodeo para reunirse con los sardos en Casal.

Una parte de las tropas victoriosas se acantonó

en el Monferrato despues de haber tomado á Valencia, Casal, Asti y Alejandría, cuya ciudadela bloquearon. Otra, mandada por el infante, ocupó á Milán. Gages se apoderó del Modené y guardó los pasos del Tesino. Así terminó esta memorable campaña; pero la defeccion del rey de Prusia, que hizo entonces la paz de Dresde, dió á María Teresa un ejército que enviar á Italia. Cerca de treinta mil hombres, mandados por el príncipe de Lichtenstein, se preparaban á disputar en la campaña siguiente el cetro de la Lombardía.

La Escocia era entonces teatro de escenas mas extraordinarias todavía. El príncipe Carlos Eduardo desembarca con un corto número de valientes en el Nordeste de aquel pais, reune sus montañeses, que habian conservado despues de mas de medio siglo de infortunios su afecto á los Estuardos, acomete á Edimburgo y la toma, bate el cuerpo inglés que se le presentó, y dueño de la Escocia penetra hasta el centro de Inglaterra, y obliga á la dinastía reinante á llamar al duque de Cumberland y pelear en guerra justa en el mismo corazon de sus dominios contra aquel ilustre aventurero.

1746. El rey de Francia, que deseaba la paz, y que miraba con indiferencia, cuando no con ceño, el demasiado engrandecimiento del infante don Felipe en Italia, entabló con muy mal consejo una negociacion con el rey de Cerdeña á efecto de separarle de la alianza de María Teresa. El rey de Cerdeña, que necesitaba ganar tiempo para que llegasen los refuerzos de Alemania, fingió acceder á las miras de la Francia, que eran dar al infante una parte del Milanesado, y dejar lo restante con la capital á la casa de Saboya. Los resultados de esta imprudente negociacion fueron tristes. La corte de España se indignó

apenas supo que se estipulaba sin su consentimiento, y hubo un armisticio entre las tropas sardas y francesas que el mismo rey de Cerdeña rompió cuando llegaron los austriacos, cogiendo descuidado al mariscal de Maillebois. Los destacamentos franceses que guardaban varios puntos fueron sorprendidos, como tambien un cuerpo de cinco mil hombres que sitiaba á Asti. Alejandría, que estaba ya reducida á la estremidad, quedó libre, y los sardos sitiaron á Valencia. Maillebois concentró sus fuerzas en Novi y Voghera para guardar la comunicacion de la Boqueta; y el ejército español que ocupaba el Pó se halló en una situacion sumamente crítica.

Un cuerpo de diez mil austriacos se apoderó de Codogno y avanzó hasta Lodi. Forzoso fue á los españoles abandonar á Milán y pasar el Pó por las cercanías de Pavía. Otra columna austriaca, á las órdenes del general Brown, penetraba por Luzara y Guastala hasta Reggio, echando delante de sí los destacamentos que las ocupaban. Castelar, que estaba en Parma con un cuerpo de ocho mil hombres, quedó cortado.

Gages, habiendo pasado al Sur del Pó, tomó posicion en Plasencia y llamó la atencion del enemigo hácia el Taro con el objeto de libertar la division de Parma. Este ardid surtió buen efecto. Castelar se abrió paso por medio de las tropas que le bloqueaban, y por las montañas de Pontremoli penetró en la parte oriental del Genovesado, aunque con pérdida de la mitad de su division, por el obstáculo que opusieron á su marcha los caminos y el enemigo. Esta retirada fue muy honorífica para aquel general.

Los austriacos, dueños de Parma, siguen á Gages que retrogradó hácia Taro. Este hábil general

al momento de retirarse aparentó que iba á romper el puente de Plasencia, y asi lo creyó el enemigo; pero cuando menos lo esperaban hizo pasar el rio á una division, mandada por don Francisco Pignatelli, la cual sorprendió cinco mil austriacos que estaban en Codogno, le hizo perder la mitad de su gente y se apoderó de sus provisiones. Lograda esta interpresa colocó su caballería en las dos riberas del rio, y trató de mantenerse en la posicion de Plasencia, desde donde hacia incursiones felices hasta Lodi. Maillebois se le reunió habiendo sabido la toma de Valencia por los sardos, y se determinó en consejo de generales atacar á los austriacos. Esto dió motivo á la funesta jornada de Plasencia, en la cual los españoles y franceses atacaron sin fruto la línea de los enemigos durante nueve horas. Al fin se retiraron con pérdida de cinco mil muertos, dos mil prisioneros, y de muchos cañones, banderas y trofeos militares.

Ya no quedaba al ejército de las dos coronas mas medio de salvacion que evacuar la Italia. Asi lo hicieron seguidos constantemente por el enemigo, que nunca pudo romperlos, y que los siguió hasta mas allá del Var. Génova cayó en su poder; pero habiéndola tratado con crueldad los austriacos por un movimiento espontáneo, el pueblo se levantó contra ellos, los arrojó de la ciudad, matándoles mil hombres y cogiéndoles cuatro mil prisioneros. Este suceso inesperado salvó la Provenza, porque los austriacos tuvieron que volver atrás á emprender el sitio de Génova.

La campaña de Flandes fue feliz para los franceses, pues se apoderaron de Bruselas, capital de los Paises Bajos austriacos, de todo Brabante y de las plazas fuertes del Henao, y del condado de Na-

mur, y vencieron á los aliados en batalla campal cerca de Lieja.

Mas las victorias de los franceses no causaron á la Inglaterra tanto disgusto, como fue el placer de libertarse del enemigo doméstico, mas temible que ninguno por su valor, su proximidad y sus derechos. El príncipe Carlos Eduardo, despues de haber conseguido victorias, que atendida la cortedad de sus recursos fueron prodigiosas, hubo de ceder al número, á la táctica y habilidad en la batalla de Culloden, en que fue completamente derrotado por el duque de Cumberland. Su ejército se disipó; y él vago y errante entre las montañas y las islas occidentales de Escocia, despues de aventuras que parecen increibles y mas propias del drama que de la historia, consiguió escaparse del furor de sus enemigos y desembarcar en un puerto de Francia.

En medio de las calamidades de la campaña de Italia acaeció la muerte de Felipe V, que falleció de un ataque de aplopegía el nueve de julio á los sesenta y tres años de edad y cuarenta y seis de reinado. Su melancolía habitual, el género singular de vida que tuvo en sus últimos años, la irritacion que le causó ver á la Francia negociar por sí sola con el rey de Cerdeña y el pesar que sintió con las primeras noticias infaustas del ejército, cuya ruina era fácil de preveer, aceleraron indudablemente esta catástrofe.

Considerado su reinado por las mejoras que en él recibió España, es uno de los mas beneméritos de la monarquía. Esta no tenia ni ejército ni marina á la muerte de Carlos II; y á la del primer rey de la dinastía de Borbon, despues de haber sostenido cinco guerras, por la mayor parte desgraciadas, contra naciones poderosas, despues de haber conseguido victorias memorables y sufrido grandes derrotas, tenia una

marina respetable, un ejército poderoso y generales capaces de medirse con los mejores de Europa. Las ciencias y la literatura empezaban á estudiarse por sus verdaderos principios; merced á los establecimientos y academias militares y científicas que creó Felipe V, señaladamente la de la historia y de la lengua española. Esta última fue debida al zelo ilustrado del marques de Villena, su fundador. Luzan dictaba al genio poético las leyes, desconocidas ú olvidadas, de Aristóteles y Horacio, en el primer tratado regular de poética que se escribió en español, mientras don Antonio de Ulloa y don Jorge Juan, asociados á la célebre empresa de la medicion del grado terrestre bajo el ecuador, hacian admirar con sus sábias obras al mundo literario los progresos que en tan corto espacio habíamos hecho ya en las ciencias. Sarmiento, heredero de las doctrinas y el espíritu de Feijóo cultivaron la erudicion con éxito feliz. A la verdad las centellas del genio, que la naturaleza prodigó á España en los dos siglos anteriores, no se manifestaban todavia; pero ya el buen gusto iba penetrando en los escritos, aunque se observaban en ellos restos del antiguo culteranismo que empezaban á mezclarse con idiotismos tomados de la lengua francesa, cuyo estudio era entonces vulgar. En fin, tuvimos buenos economistas que indicaron al gobierno los medios de mejorar la administracion interior de España; y si en esto no fue tan feliz este reinado como en otros ramos, la causa no debe atribuirse sino á los desórdenes y abusos de dos siglos, y á la fuerza de inercia que probablemente hubiera opuesto una nacion, en la cual estaban todavia muy poco generalizados los conocimientos útiles.

Examinando por partes el reinado, hallaremos

que las desgracias de la guerra de sucesion nacieron de haber querido, tanto Luis XIV como Felipe V, conservar íntegra la monarquía, lo que ya era imposible. El sacrificio de la Bélgica hubiera quizá bastado para evitar aquella guerra infausta. Despues de la paz de Utrecht, fueron muy laudables los esfuerzos de Felipe por recobrar, á lo menos para sus hijos, los estados perdidos en Italia; y aun á la Inglaterra, cuyo interés consiste en el equilibrio continental, debia acomodarle la creacion de un gran poder en aquella península, que hubiera servido de punto de apoyo para el equilibrio del Austria y la Francia. Pero los medios de que se valió la corte de Madrid para lograrlo fueron, generalmente hablando, impolíticos. Las espediciones de Alberoni y el sitio de Gibraltar fueron empresas desatinadas. La España no podia nada en Europa sino auxiliada por la Francia; y entonces la Francia se negaba á hacer la guerra por los intereses de la rama española.

Felipe V era valiente, y el sobrenombre de *Animoso*, que le dieron sus vasallos, fue merecido. Amaba entrañablemente á los españoles, cuya lealtad pudo y supo apreciar. Fue consorte fiel, amoroso y aun demasiado condescendiente. No sabia mucho; pero estimaba á los que sabian y seguia sus consejos: desde Felipe II no se habia sentado en el trono español un monarca mas digno de reinar.

Fue casado dos veces: de su primera muger María Luisa de Saboya tuvo cuatro hijos; dos que murieron de corta edad, Luis I, en quien renunció la corona y que falleció antes que él, y Fernando VI que le sucedió. De su segunda muger Isabel Farnesio tuvo siete hijos, uno que murió de corta edad, el infante don Cárlos, rey de Nápoles,

el infante don Felipe, que fue despues de la muerte de su padre duque de Parma y Plasencia, el infante don Luis, cardenal y arzobispo de Toledo y Sevilla, doña María Ana Victoria, que casó con el príncipe del Brasil, que despues fue rey de Portugal, doña María Antonia Fernanda, que casó en mil setecientos cincuenta con Victor Amadeo, rey de Cerdeña, y doña María Teresa, casada con el delfin de Francia.

REINADO
DEL
S.R D. FERNANDO VI.

CAPÍTULO XXXIII.

Principios del reinado de Fernando VI. Continuacion de la guerra pragmática. Batalla de Lansfeld. Sitio de Mastrick y paz de Aix-la-Chapelle. Ministerio de Carvajal y Ensenada. Terremoto de Lisboa. Principio de la guerra de los siete años, y conquista de Menorca por los franceses.

INTERVALO DE DIEZ AÑOS, DESDE 1747 HASTA 1756.

Fernando VI, príncipe de un temperamento melancólico, espíritu reflexivo y escelente corazon, manifestó su bondad y juicio apenas subió al trono. Tenia treinta y cuatro años de edad, y su madrastra le habia alejado de los negocios y dejado sin crédito en la corte: era el único hijo que habia quedado á Felipe V de su primer matrimonio; y habia visto consumirse las fuerzas y riquezas de España en conquistar provincias en Italia para los hijos de Isabel Farnesio. A pesar de tantos motivos de queja, que un alma capaz de rencor hubiera tenido por justos, 1747.

el rey se mostró magnánimo y no dió la menor señal de resentimiento. Al contrario, no solo conservó á la reina viuda las donaciones que el difunto rey le hizo en su testamento, sino ademas le permitió vivir en la corte. No se mostró menos generoso para con sus hermanos, cuyos intereses prometió sostener como suyos propios. Aunque inclinado á la paz, creia un deber suyo auxiliar á la Francia en la lucha que entonces sostenia contra el Austria y la Inglaterra.

Mas no tardó en abandonar este sistema de cooperacion, apenas supo que el ministro francés negociaba en secreto con los holandeses sin dar parte á la corte de Madrid. Fernando estaba dispuesto á no sufrir las frecuentes defecciones de la diplomacia francesa, su afectacion de superioridad, y la especie de tutela, bajo la cual habia gemido su padre. Así quitó el mando del ejército de Italia á Gages y Castelar, y les dió por sucesor al marques de la Mina con órdenes de atender mas bien á la conservacion de las tropas que á la de los estados de Italia. Al mismo tiempo admitió la mediacion del Portugal para negociar con la Inglaterra, la cual despues de la conquista de la Lombardía y el Genovesado por los austrosardos, habia tenido la habilidad de persuadir al gabinete de Viena que invadiese la Provenza en lugar de atacar al rey de Nápoles. Estos buenos oficios eran dirigidos á ganar el gabinete de Madrid y separarle, si era posible, de la alianza con Francia. Ésta ofreció entonces á España auxiliarla en la conquista de la Toscana para el infante don Felipe. La negociacion con Inglaterra se entibió; Villaria, ministro de estado que la seguia, hizo su dimision, y se le dió por sucesor á don José de Carvajal y Lancaster, hombre íntegro, independiente, desafecto á la Francia y hábil diplomático.

La invasion de Provenza no produjo resultado alguno. Génova se defendió heróicamente contra todo el poder del Austria ; y el mariscal de Belleisle , que sucedió á Maillebois en el mando del ejército francés de los Alpes , se reunió al marques de la Mina y arrojó al enemigo al otro lado del Var. Siguióle el ejército de los Borbones , que estendiéndose por la ribera occidental del Genovesado , pudo enviar á Génova refuerzos de franceses y españoles , á pesar de la vigilancia de los cruceros ingleses. Mandadas estas tropas primero por el duque de Boufflers y despues por el de Richelieu , arrojaron á los austriacos de los puestos que ocupaban al rededor de Génova y les obligaron á levantar el bloqueo de esta plaza.

Entretanto el mariscal de Belleisle , dueño del condado de Niza , buscaba un camino para penetrar en las llanuras de Italia. El marques de la Mina proponia el de Final ; mas era casi intransitable para la artillería y difíciles de defender las comunicaciones. Últimamente se decidieron por el del Coll de Éxiles en la frontera del delfinado , y en la Asielta encontraron al ejército piamontés , defendido por formidables atrincheramientos. Los franceses , Belleisle al frente , marchan denodadamente á un ataque , temerario segun el arte. En dos horas que duró la accion perdieron tres mil setecientos muertos y mil seiscientos heridos : su general murió arrancando con sus manos las empalizadas enemigas. Al fin los franceses se retiraron de aquellas funestas fortificaciones. La pérdida de los piamonteses no llegó á cien hombres. Poco despues tomaron unos y otros cuarteles de invierno.

En Flandes continuaba la victoria favoreciendo los ejércitos franceses. La Holanda , empeñada im-

prudentemente en una guerra superior á sus fuerzas, viéndose amenazada empleó el recurso de nombrar un Estateuder, como habia hecho en mil seiscientos setenta y dos cuando se vió atacada por Luis XIV. El nombramiento recayó en Guillermo Enrique, príncipe de Orange. Al mismo tiempo Isabel, hija de Pedro el grande, emperatriz de Rusia, concluyó un tratado con la Inglaterra, segun el cual, mediante un subsidio de cien mil esterlinas, ponia á disposicion de esta potencia un cuerpo de cincuenta mil rusos, que debian atacar la Francia por la frontera del Rin. Pero el ejército francés de los Paises Bajos desbarató todos los intentos de los enemigos. El mariscal de Sajonia venció al duque de Cumberland en la batalla de Laufelt; el conde de Lowendhal, despues de conquistar casi todo el Brabante holandés, tomó por asalto á Bergopzom, y la Holanda veia amenazado el centro de su territorio.

1748. Mientras el ejército de las dos coronas, que invernaba en las vertientes occidentales de los Alpes se preparaba á penetar en Italia, el conde de Brown, comandante de las tropas austriacas, hizo una tentativa para apoderarse de Voltri, puesto ocupado por las tropas españolas. El conde de Nadasti, al frente de quatro mil austriacos, atacó los reductos de Melle y el de los Capuchinos; mas despues de un ataque muy obstinado, tuvo que retirarse con gran pérdida de su gente. Los franceses que guarnecian á Génova dieron otra rota á los austriacos en Borgonovo. A esto se redujeron las operaciones militares en Italia, porque los sucesos de los Paises Bajos aceleraron la terminacion de la guerra.

El mariscal de Sajonia, persuadido de que *la paz estaba en Mastrick*, como habia dicho al rey

de Francia, divide su ejército en varios cuerpos, que cada uno amenazaba diversas plazas, á saber; Breda, Tougres, Tirlemont y Luxemburgo: los aliados se dividieron tambien para cubrirlas; mas como estos maniobraban en la circunferencia del pais y el mariscal en el centro, reunió éste sus fuerzas y embistió á Mastrick por las dos riberas del Mosa antes que el enemigo pudiese concentrar las suyas. El duque de Cumberland juntó ochenta mil hombres en Mastrick y Ruremunda; mas no podia hacer mas que ser testigo de la rendicion de Mastrick. Entretanto llegaban á Franconia treinta y cinco mil rusos en lugar de los cincuenta mil prometidos. De modo que la Francia, haciendo la paz, se libertaba de nuevos riesgos; y la Inglaterra, aunque vencedora por la mar en la señalada batalla naval de Finisterre, donde habia acabado con la marina francesa, no podia continuar la guerra sin esponer la Holanda á la invasion de los franceses. Fue necesario pues firmar el tratado de paz.

La base de las condiciones propuestas por la Francia y la España eran el establecimiento del infante don Felipe en Italia, y la restitucion mútua de todos los paises conquistados. La Inglaterra, aunque alentada por sus victorias marítimas, y deseosa de sacar gran partido de ellas en América y en la India Oriental, no desechó condiciones tan ventajosas, tanto porque los gastos de la guerra habian disminuido sus recursos, como por el temor que le inspiraban los progresos de las armas francesas en Holanda. Despues de algunas conferencias comenzadas en Breda, y continuadas en Aix-la-Chapelle, se firmaron los preliminares el veinte de abril de este año entre la Francia y las potencias marítimas sin intervencion de la corte de Viena, cuya obsti-

nacion no fue posible vencer. Se reconoció al infante don Felipe, duque de Parma y Plasencia, á cuyos estados se agregó el de Guastala, vacante por la muerte del príncipe José María, último descendiente varon de la casa de Gonzaga. La resistencia de la emperatriz al desmembramiento de la Silesia y cesion del ducado de Parma, detuvo por algun tiempo las negociaciones; pero el tono decisivo de la Inglaterra, y la conviccion de no poder continuar la lucha sin el auxilio del oro británico, la obligaron en fin á ceder. El tratado definitivo entre Francia y las potencias marítimas se firmó en veinte de octubre: la España le aceptó dos dias despues, y el veinte y tres accedió el Austria á la pacificacion.

Una disputa, que á la verdad no era de gran consecuencia, retardó la aceptacion del rey de Cerdeña, é impidió la del rey de Nápoles. El tratado cedia al infante don Felipe los estados de Parma, Plasencia y Guastala, con reversion de Parma y Guastala á la casa de Austria, y de Plasencia al rey de Cerdeña, en el caso que dicho infante fuese llamado á ocupar el trono de Nápoles. Don Carlos desechó este artículo como contrario al derecho que él tenia por el tratado de Viena de mil setecientos treinta y nueve para disponer de su corona en favor de uno de sus hijos, en el caso de ser llamado al trono de España. La cuestion se discutió con gran vivacidad; y aunque el rey de España cedió por su parte, no pudo vencerse la resolucion del rey de Nápoles.

El tratado *de Asiento* entre España é Inglaterra se renovó por los cuatro años que faltaban para concluirse: los demas puntos, acerca de los cuales habia contestacion entre Inglaterra y España, eran de-

masiado numerosos y complicados para ventilarse en un tratado general, y se convino entre ambas potencias terminarlo por una negociacion particular y amistosa. Mr. Keene, que desde Lisboa habia empezado la plática de paz con España, volvió de embajador á Madrid, y don Ricardo Wall tomó el carácter de ministro de España en Lóndres.

Asi acabó la guerra de la sucesion austriaca, en la cual se debilitó la potencia de esta casa, no solo por las pérdidas de territorio, sino por el engrandecimiento del rey de Prusia, que adquirida la Silesia, se hizo potencia dominante en el Norte de Alemania. La casa de Borbon, que habia hecho sacrificios inmensos de hombres, dinero y navíos, no recogió de esta guerra los frutos que debia. Los estados que se cedieron á don Felipe eran insignificantes en cuanto al aumento del poder; y la alianza de Prusia, que debia ser el fruto natural de esta guerra, era tan poco segura, como se habia conocido en las dos defecciones que cometió contra dicha alianza durante el curso de las hostilidades.

Fernando VI estaba descontento de la Francia 1749. por muchas razones. La conclusion de los preliminares de Aix-la-Chapelle sin dar parte al gabinete de Madrid, el poco orden que reinaba en la administracion interior de Francia, entregada á damas y favoritos, y perturbada por disensiones religiosas; la corrupcion de la corte de Versalles, que iba estendiéndose á todas las clases del estado, y en fin la desavenencia que los diplomáticos franceses procuraron introducir entre la corte de España y la de Nápoles y Parma, hacian el ánimo del rey contrario á la política de Paris; y como no tenia los motivos de ambicion que su padre para sufrir la dependencia, determinó firmemente conservar la paz y la

neutralidad entre las dos potencias rivales de Francia é Inglaterra.

La Francia que conoció esta aversion, trataba de vencerla, porque tenia necesidad de España en la nueva lucha que no debia tardar en emprenderse contra la Inglaterra; pues el tratado de Aix-la-Chapelle no era mirado sino como una tregua. En efecto, los ingleses no habian hecho entonces aquella paz sino para salvar la Holanda; pero estaban resueltos á comenzar la guerra á la primer ocasion para aumentar sus conquistas en entrambas Indias. Esta situacion de cosas hizo que ambas naciones mirasen á la España como *una dama que se corteja*: la Inglaterra para no tener mas que un enemigo, y la Francia para tener un aliado poderoso en la mar.

El gabinete de Versalles atribuyendo á los modales imperiosos y altaneros del obispo de Rennes, su embajador en Madrid, la aversion de Fernando, le envió por sucesor á Mr. de Vanlgrenant, que adelantó muy poco, porque su prudencia y circunspeccion degeneraban en apatia, ademas no sabia bien el español, y no podia entenderse con el ministro Carvajal, el cual por ignorancia ó afectacion de dignidad no queria hablar mas lengua que la suya.

Colega de Carvajal en el ministerio, y despues su rival, era don Cenon de Somodevilla y Bengoechea, marques de la Ensenada, uno de los españoles mas célebres de esta época, y del digno reconocimiento de la nacion. Nació en la Rioja de padres nobles, aunque poco favorecidos de la fortuna. Hechos sus primeros estudios, pasó á Cádiz á una casa de comercio, de donde le desenterró Patiño siendo intendente general de marina, y lo colocó en la carrera de los honores. Su instruccion, habilidad y hon-

radez, y los grandes servicios que hizo en las guerras de Italia, donde estuvo encargado de la hacienda militar, le elevaron al ministerio despues de la muerte de Campillo en mil setecientos cuarenta y tres, y Felipe V le encargó los ramos de Hacienda, Guerra, Marina é Indias. Al advenimiento al trono de Fernando VI, aunque se trocó enteramente la política de la corte, pudo conservarse en su destino, tanto por la buena cuenta y exacto desempeño de él, como por el favor de la reina, que tenia grande influencia en el ánimo del rey, y la recomendacion de su amigo Farinelli, escelente músico italiano, que disfrutó por muchos años de la gracia de los reyes sin abusar jamás de ella.

Carvajal y Ensenada tenian diferentes sistemas políticos. El primero lleno de la noble altivez de un español, queria ante todas las cosas la independencia de su patria, y trataba de fijar la paz con Inglaterra sobre bases tan sólidas; que la política francesa no pudiese turbarla en lo sucesivo. El segundo, meditando mejoras en la administracion, comercio y marina; era enemigo natural de la Inglaterra, cuyo sistema en aquella época propendia á apoderarse del señorío de los mares y del comercio de todo el mundo. Mas no por eso queria Ensenada entregar la España á la diplomacia de Versalles, sino tener al gabinete de Lóndres siempre temeroso de la posibilidad de una alianza contra su ambicion marítima entre los príncipes de la casa de Borbon.

El rey, decidido á la paz, era sin embargo irresoluto en los demas puntos, é indolente en el trabajo, efecto sin duda de la enfermedad melancólica que heredó de su padre. Todas las personas que tenian influencia sobre su ánimo, la reina Maria Bárbara, los dos ministros y el padre Rábago, su con-

fesor, respetaban y favorecian la conservacion de la paz, aunque se contrariasen unos á otros en las demas cosas. Asi se esplica como á pesar de la divergencia de Carvajal y Ensenada en cuanto á los sistemas diplomáticos: este reinado fue pacífico, y la tranquilidad esterior proporcionó á Ensenada los medios de ejecutar sus proyectos de mejoras interiores.

Las transaciones políticas mas notables de este año fueron la conclusion del matrimonio del rey de Cerdeña con la infanta doña María Antonia, hermana de su magestad católica, y el principio de la negociacion con Inglaterra para terminar amistosamente todas las diferencias que existian entre ambos gobiernos, y que habian dado motivo á la última guerra. Seguia esta negociacion el ministro de estado Carvajal con el embajador inglés Benjamin Keene, hábil diplomático, y que conocia muy bien, por la larga esperiencia de muchos años de embajador, el carácter de los españoles y el temple de la corte de Madrid. El grande objeto de la Inglaterra era conseguir la confirmacion de sus privilegios mercantiles, principalmente los que se habian estipulado en el tratado de mil setecientos quince; pero estas pretensiones se oponian directamente á la máxima nunca olvidada por el gabinete español, de escluir á los estrangeros de toda comunicacion con América, é impedir su comercio en España con derechos muy elevados y obstáculos continuos. Keene atacó esta máxima con todas sus fuerzas; mas no pudo triunfar enteramente de ella, y en las largas conferencias de la negociacion solo pudo lograr algunas concesiones parciales.

1750. La negociacion continuaba con grandes obstáculos, no siendo el menor de ellos la conducta de los mismos ingleses. El almirante Anson, habiendo vuelto de su célebre viage alrededor del globo, im-

primió la relacion de él, y en uno de los capítulos habló de la importancia de las islas Falkland, situadas cerca de la tierra de fuego. Con este motivo se preparó en Lóndres una espedicion compuesta de dos fragatas destinadas á hacer descubrimientos, y señaladamente á reconocer la situacion y demas circunstancias de aquellas islas. El ministro Carvajal se quejó agriamente al embajador Keene de esta determinacion, añadiendo que aquellas islas pertenecian á la España desde que fueron descubiertas por los marinos de esta nacion, que les pusieron el nombre de islas de los Leones, por el gran número de animales marinos de esta especie que habia en sus costas (1): que el viage de los ingleses para reconocerlas era inútil sino pensaban establecerse en ellas; y que en caso de tener este proyecto, la España no podia consentir en él, tanto por ser contrario á los derechos de su soberanía, como porque daria sospechas á la Francia, desconfiada actualmente, y recelosa de que la negociacion de España é Inglaterra se dirigia á arrojarla de los mares de América.

La cuestion del derecho de visita no se tocó por no aumentar las dificultades demasiado grandes ya de la negociacion. El gran punto de los ingleses era conseguir para su comercio las mismas ventajas que obtenia antes de la guerra de sucesion, aunque sacrificasen la concesion *del Asiento* y disminuyesen considerablemente la suma que la compañía inglesa del mar del Sur reclamaba de la corte de España. El rey y Carvajal se negaban á conceder las antiguas

---

(1) Carvajal se equivocaba: las islas de los Leones, descubiertas por los hermanos Nodal en 1619 son otras, y estan en una bahia de la costa de S. E. de la América Meridional.

ventajas; y Ensenada, enemigo de la union con Inglaterra, contribuia á aumentar esta repugnancia. Fue necesario pues que Wall, embajador de nuestra corte en Lóndres, viniese á allanar las dificultades. Un nuevo incidente las aumentó. La Inglaterra pedia que se renovase un contrato, celebrado entre los magistrados de Santander y los comerciantes ingleses en el año de mil setecientos antes de la muerte de Carlos II: contrato no menos injurioso á la soberanía real que perjudicial á la hacienda, favoreciendo directamente el contrabando. La oposicion de Carvajal y de S. M. á este artículo fue tan vigorosa y decidida que el embajador inglés hubo de ceder, lo que facilitó la conclusion del tratado: este al fin se firmó el cinco de octubre.

Por él se restablecieron los derechos mercantiles de los ingleses en las posesiones españolas sobre el mismo pie que tenian en tiempo de Carlos II, concediéndoles las mismas ventajas que á los españoles y á las naciones mas favorecidas. Toda innovacion en el comercio debia ser evitada en cuanto fuese posible por las dos partes contratantes. La Inglaterra renunció al tratado *del Asiento*, y aceptó la suma de cien mil libras esterlinas por las reclamaciones de la compañía del mar del Sur. Nada se habló del derecho de visita.

El tratado estaba ya en vigor, y sin embargo las instrucciones enviadas á los comandantes y gobernadores de América no eran favorables ni á la cesacion de las vejaciones ni á la diminucion de los derechos de importacion. Wall representó al rey la necesidad de alterar las instrucciones, si se queria evitar una nueva guerra con la gran Bretaña, y el tratado de comercio recibió su entero cumplimiento.

Este mismo año se entabló una negociacion mer-

cantil y diplomática con la corte de Lisboa. Los portugueses, que al descubrirse las Américas habian llegado al rio de la Plata, casi al mismo tiempo que los españoles, reclamaban el territorio comprendido entre aquel rio y el Brasil. En mil seiscientos ochenta fundaron la colonia del Sacramento sobre dicho rio en la frontera del pais que reclamaban, casi enfrente de Buenos Ayres, y dominando la navegacion del Uruguay y del Paraguay. Los españoles arrasaron esta colonia en el mismo año; pero en virtud de una transacion volvió á reedificarse al siguiente. En el tratado de alianza con Portugal que celebró Felipe V ántes de empezar la guerra de sucesion, España renunció á sus pretensiones contra aquella colonia. En dicha guerra la conquistaron los españoles, mas tuvieron que cederla en la paz de Utrecht. Desde entonces habia sido la escala de un contrabando inmenso, no solo con el interior de Paraguay, sino con Buenos Ayres y los distritos de sus cercanías. Por esta razon estaba espuesta á las agresiones contínuas de los gobernadores españoles.

Firmada la paz de Aix-la-Chapelle, en virtud de la íntima union que reinaba entre Portugal y España, se determinó cerrar esta fuente contínua de querellas, y se concluyó un tratado por el cual cedió el rey de Portugal la colonia, recibiendo en trueco las siete misiones del Uruguay, y parte de la provincia de Tuy en Galicia.

Los habitantes de las misiones se sublevaron, si favorecidos ó no secretamente por el ministerio español, ó á lo menos por Ensenada, no se sabe. En la colonia de San Nicolás, situada en el centro de las misiones, se juntaron quince mil indios que fueron derrotados, con pérdida de dos mil hombres, por las tropas de ambas potencias. Los que pudieron

escapar del combate se refugiaron en los buques vecinos. Se esperaba la ejecucion definitiva del tratado; pero el treinta y uno de julio murió don Juan V, rey de Portugal, su sucesor José I, incitado por el célebre Carvalho, marques de Pombal, no quiso renunciar á sus derechos, y la colonia quedó en poder de los portugueses.

1751. Este año fue notable por la pérdida de la cosecha en Andalucía, á lo que se siguió una hambre horrorosa. El rey envió á aquella provincia al marques de Rafal, que remedió el mal presente y los que se temian, socorriendo oportunamente los pueblos necesitados.

El marques de la Ensenada, con el objeto de proteger el comercio español en el nuevo mundo, hacia los mayores esfuerzos para destruir el contrabando estrangero. Es verdad que el tratado concluido el año anterior con la Inglaterra le ataba las manos para perseguir el comercio de Flandes que los ingleses hacian; por lo cual se dedicó á perseguir el de los establecimientos holandeses de Curazao, creyendo fundadamente que este primer paso facilitaria el ataque del contrabando inglés.

Era dificil arruinar el que los de Curazao hacian con la costa de Caracas, por la estrechez y aspereza de los caminos de este pais, y por el abrigo que daba la parte baja de sus costas á los barcos chatos. Pero en esta época habia vuelto de su virreinato de Santa Fé el general Eslava, y Ensenada adoptó su proyecto, que consistia en cubrir toda la marina de Caracas con un cuerpo de mil doscientos hombres al mando de un oficial inteligente. Armáronse pues con gran secreto muchos buques ligeros en Cadiz y el Ferrol: embarcóse en ellos un cuerpo de tropas considerable al mando del general Ricardos, que pasó á Canarias,

y acabó de equipar su espedicion en aquellas islas. Este armamento fue el que comenzó un nuevo sistema de hostilidades contra los establecimientos estrangeros en América.

La poca inteligencia que reinaba entre los gabinetes de Madrid y Versalles se manifestó por el tratado de alianza concluido este año entre la España, el Austria y la Cerdeña para asegurar la tranquilidad de Italia: pais que temia ser de nuevo el teatro de la guerra por la inexacta redaccion del último tratado de paz. Todos los puntos que se cuestionaban antes de la guerra pragmática quedaron por la paz de Aix-la-Chapelle indecisos, escepto el establecimiento del infante don Felipe y las cesiones hechas por el Austria á la Cerdeña. El rey de Nápoles pretendia los bienes alodiales de la Toscana, el rey de Cerdeña la reversion de Plasencia, el duque de Parma la sucesion eventual de Nápoles. Fernando VI, que se emancipaba de la tutela francesa, queria tener á sus hermanos establecidos en Italia bajo la suya propia, y para esto era necesario que se entendiese con las cortes de Turin y Viena, las mas interesadas en la tranquilidad de aquella península.

La corte de Francia, siempre deseosa de restablecer su influencia en el gabinete español, conociendo las miras del rey le propuso un tratado de union con los estados de Parma y Nápoles: tratado que no se admitió porque ya se habia formado en Lóndres el proyecto del de Austria y Cerdeña.

La corte de Turin se habia reconciliado con la de Madrid por el matrimonio del rey de Cerdeña con la hermana de Fernando: y la emperatriz reina encargó al conde de Estehazi, su embajador en Madrid, que empezase las conferencias; mas no encontraban un canal á propósito para dirigir con secreto la nego-

ciacion, hasta que al fin el embajador austriaco determinó valerse del músico Farinelli que se habia presentado á cumplimentarle de parte de la reina. Farinelli se negó á hacerlo, hasta que la reina misma se lo mandó. Comenzada asi la negociacion, se firmó en Aranjuez el catorce de junio sin participacion de la Francia, un tratado de alianza entre el rey de España, la emperatriz reina, como duquesa de Milán, y el emperador como gran duque de Toscana, con estipulaciones para la adhesion de los reyes de Nápoles y Cerdeña y del duque de Parma. El rey de España y la emperatriz debian aprontar cinco mil hombres cada uno: los reyes de Nápoles y de Cerdeña cuatro mil; y los duques de Parma y de Toscana mil quinientos, para formar un ejército que en caso de necesidad defendiese la tranquilidad de Italia y obligase al cumplimiento de los artículos de paz de Aix la-Chapelle. El rey de Cerdeña accedió al tratado; pero el rey de Nápoles rehusó darle su consentimiento, juzgándolo contrario á su pretension de los alodiales de Toscana y al derecho de disponer de la corona de Nápoles en caso de ser llamado á la de España.

La corte de Inglaterra habiendo observado cuán fácilmente se terminó esta negociacion, concibió la idea de poner la España en oposicion mas directa con la Francia, y solicitó ser admitida en la alianza defensiva de Italia. Carvajal, á pesar de su afecto á los ingleses, no cayó en este lazo, que hubiera hecho decisiva la influencia del gabinete inglés en el de Madrid. Este virtuoso ministro aborrecia toda dependencia, y estaba muy lejos de sus miras trocar el yugo francés por el británico. En vano Keene se sirvió de todas las razones que podian envenenar su corazon, verdaderamente español, contra el gabinete francés: en vano le pintó la antigua tiranía de la diplomacia

de Versalles sobre los ministros de Felipe V, las frecuentes infracciones de los tratados mas solemnes de alianza, la última defeccion en Aix-la-Chapelle: Carvajal le opuso siempre la necesidad que tenia España de conservarse neutral, el peligro de una guerra terrestre de parte de la Francia, y en fin la ninguna utilidad de la intervencion de la Inglaterra en el tratado de Italia; pues no tenia ni podia tener un interés directo en la suerte de aquel pais. El gabinete inglés, contento de lo que habia adelantado, cesó en sus pretensiones y esperó del tiempo lo demas.

Las desavenencias entre Francia é Inglaterra eran 1752. cada dia mas hostiles y anunciaban un próximo rompimiento. A la rivalidad antigua de estas dos naciones, y la competencia moderna en el comercio y la marina, se allegaba la poca exactitud de los tratados de paz de Utrecht y Aix-la-Chapelle. Por el primero la Francia cedió á la Inglaterra la Acadia, cercana al Canadá, con todos sus límites antiguos: en el segundo se confirmó este artículo; pero en ninguno de los dos se definieron cuáles eran estos límites. El pais estaba despoblado é inculto, y asi parece que nada era mas fácil que nombrar comisarios para establecer de buena fé las fronteras entre las colonias francesas é inglesas en el Norte de América. Mas eso era lo que no querian los ingleses. Estaban furiosos por no haber sacado algun partido en la guerra anterior, á pesar de sus victorias marítimas, neutralizadas por las campañas del mariscal de Sajonia y por la precision de impedir la ruina de Holanda; y asi buscaban pretestos para guerrear con la Francia por mar y despojarla de sus colonias. Quejábanse pues de las fortalezas insignificantes que construian los franceses en la Luisiana y el Canadá: añadian á la cuestion de los límites otras relativas á las islas de Santa Lucía Domini-

ca, San Vicente y Tabago; en fin manifestaban bien á las claras que querian reñir.

El gabinete francés creia inevitable la guerra, y como la alianza de España le era mas útil que ninguna otra para pelear con los ingleses, arrepentida ya de la conducta ligera á un tiempo y despótica que habia usado con la corte de Madrid, envió de embajador á ella al duque de Duras, hombre muy distinguido por su alto nacimiento y por sus prendas personales. Diéronsele instrucciones tan minuciosas que hasta se le aconsejaba en ellas que *no desplegase sus gracias naturales para no ofender la reserva natural de los españoles.* Este solo rasgo basta para probar cuán grande era la solicitud de la Francia por el feliz éxito de la negociacion.

Sin embargo, el duque de Duras tuvo los mismos defectos que sus antecesores. Presuntuoso é irritable, creyó al principio haber ganado los ánimos de todos, y se indignaba apenas encontraba oposicion. Hizo presente á la corte de España la ambicion inglesa, que en aquella época con nada menos se contentaba que con la posesion de ambas Indias; pero tenia por rival á Keene, hombre que conocia profundamente las personas y los negocios, y que presentaba al gabinete español en la alianza con Inglaterra la prenda de su futura independencia, objeto de los deseos del rey y de Carvajal.

Al mismo tiempo se aumentaba la aversion de Fernando á la Francia por los disgustos que de acuerdo con ella ó por causa de ella le daban sus hermanos. El duque de Parma habia casado con una hija de Luis XV que estableció en la pequeña corte de Parma el lujo y magnificencia de la de Versalles. Para sostenerlo hacian frecuentes pedidos de dinero á la corte de España, tanto mas importunos, cuanto Fer-

nando VI era por naturaleza económico y amigo del orden. Fatigado de sus demandas se negaba muchas veces á ellas: los duques de Parma pusieron entonces su confianza en Luis XV, y faltaron á los miramientos debidos á un hermano mayor. Duras logró sin embargo que se reconciliasen, valiéndose para ello del marques de Grimaldi. Es verdad que la corte de España tuvo que pagar las deudas de la de Parma, que contrajo otras nuevas, orígen de contínuos disgustos.

Las desavenencias con el rey de Nápoles tenian un principio mas alto, los zelos y la esperanza de la dominacion. La salud de Fernando era débil, no esperaba ya sucesion; y Carlos afectaba una independencia que le ofendia. Mientras se negoció el tratado de Italia el rey de Nápoles no solo no adhirió á él sino tambien envió á Versalles al marques de Caracciolo para formar una alianza con Francia en oposicion de la de Aranjuez. El gabinete francés aceptó con alegria la propuesta que le daba la esperanza de tener un aliado poderoso cuando Carlos empuñase el cetro de España.

No contento con esto el rey de Nápoles procuró sembrar la desconfianza entre las cortes de España é Inglaterra, proponiendo á esta un tratado ventajoso de comercio con sus estados, y ofreciéndole otro igual si llegaba á suceder á Fernando. Mas los ingleses no dieron en el lazo: antes de enviar su agente á Nápoles para estipular las condiciones de este tratado dieron noticia de él y pidieron consentimiento para hacerlo á la corte de España: paso que agradó infinitamente á su magestad católica, y estrechó mas la buena amistad que existia entre ambos gobiernos, al mismo tiempo que aumentaba la aversion al gabinete de Versalles, á quien atribuian, y no sin razon, todas estas intrigas.

Los franceses ofendieron de nuevo la corte de Madrid por los esfuerzos que hicieron para quitar la embajada de Lóndres á don Ricardo Wall, irlandés, al servicio de España, que se habia distinguido en las guerras de Italia como militar, y en el congreso de Aix-la-Chapelle como diplomático. El resultado de los ataques que se dirigieron contra él fue que no solo conservó su destino, sino que Ensenada, que habia favorecido en esta intriga á los franceses, perdió la facultad que antes tenia de nombrar los ministros para las cortes estrangeras.

Duras, cuyo crédito en la corte de Madrid era menor de lo que él se persuadia, propuso á Carvajal el plan de una alianza perpétua entre España y Francia, garantizándose mútuamente sus posesiones en Europa y América. Carvajal se negó á este tratado, protestando su inutilidad y lo mal visto que seria de la Inglaterra. Duras irritado tuvo la imprudencia de decirle: *«El rey mi amo se ofenderá de vuestra parcialidad;"* á lo que el español respondió con serenidad: *mi obligacion es servir á su magestad católica y no al rey de Francia.*

Este año se prepararon en los puertos de España y salieron al mar muchas fuerzas navales para perseguir á los piratas berberiscos y asegurar nuestras costas.

1753. La Inglaterra, creyendo oportuna la ocasion por el mal éxito de la negociacion de Duras, para obtener lo que tanto deseaba, que era la alianza con España, mandó á su embajador Keene que renovase sus esfuerzos para conseguirla. Carvajal los inutilizó hábilmente, y sin romper con él; antes bien manifestando sus deseos de que la alianza se efectuase, le representó su poca influencia, comparada con la del marques de la Ensenada y la aversion que tenia á en-

trar en una empresa de la cual no pensaba salir con lucimiento. La verdad es que Carvajal así como Ensenada respetaban la única idea fija que tenia el rey en materia diplomática que era *la neutralidad.*

Entretanto los comerciantes ingleses se quejaban de los guardacostas españoles, por las vejaciones que sufria su comercio de contrabando: el ministerio español respondia á estas quejas con moderacion y justicia, manifestando que sus disposiciones se dirigian á evitar el fraude y no el comercio legítimo. La Inglaterra, que siempre conservaba la esperanza de estrechar los vínculos de amistad con el gabinete de Madrid, y de hacer que se declarase contra la Francia, acalló los resentimientos de los particulares ingleses y continuó sus esfuerzos para ganar el ministerio de Fernando.

El ocho de abril de este año falleció el ministro 1754. de estado don José Carvajal. Su memoria debe ser grata á los españoles por el cuidado con que sostuvo la neutralidad de la nacion en medio de dos grandes potencias que cada una queria atraerla á su alianza. Ni fue menos respetable por sus servicios públicos que por sus virtudes. Su amor al servicio del rey y de la patria fue tan acendrado que jamás dio el menor paso para la alianza con Inglaterra, á pesar de su aversion á la Francia y de su inclinacion á la gran Bretaña, de cuya casa real se gloriaba descender por la rama de Lancaster. Su moderacion fue estremada: jamás se le vió oponerse á las gracias y favores que se dispensaban á su rival, y en el mismo dia recibieron él y Ensenada el Toison de Oro. No quiso admitir ni la cruz de San Genaro que le envió el rey de Nápoles, ni aun la esperanza de obtener uno de los tres cordones azules que puso Luis XV á disposicion del rey de España, como uno de los medios de ganar

partidarios en la corte de Madrid. «Su magestad, decia, me ha conferido su orden del Toison de Oro: yo creo que las gracias de mi soberano son las únicas que me pueden honrar." Solo faltaba á este ministro el conocimiento de los medios que hacen grande é independiente una nacion; pero Ensenada suplia esta falta, mejorando todos los ramos de administracion pública.

La muerte de Carvajal causó grande sentimiento al embajador inglés y á su partido, que temió recayese el ministerio de estado ó en el marques ó en alguno de sus clientes. En efecto, Ensenada propuso que se diese á Ordeñana, que era lo mismo que entregar á su disposicion la secretaría. Por consiguiente, Keene, el conde Migazzi, embajador de Austria, el duque de Huescar, heredero del de Alba, y primer gentil-hombre de la cámara del rey, y el conde de Valparaiso, escudero de la reina, se coligaron para libertar la secretaría de estado de la influencia de Ensenada.

Apenas murió Carvajal consultó el rey con estos dos señores acerca de su sucesor, y le propusieron á don Ricardo Wall, embajador en Inglaterra, hombre de grandes talentos y servicios, y enemigo jurado de la política francesa. Fernando, que necesitaba de un ministro capaz de conservar la neutralidad, vino en este nombramiento, y el duque de Huescar, á pesar de su repugnancia natural al trabajo, se encargó interinamente del ministerio. Todo esto se hizo con tanta rapidez, que Ensenada no tuvo tiempo de preparar sus baterías para disipar la coalicion. Esta, animada con sus primeros triunfos, quiso proseguirlos y completar la caida de Ensenada; pero la reina detuvo su marcha: contenta con impedir los progresos del partido francés no quiso consentir en la rui-

na de su valído que tantos y tan útiles servicios habia hecho á la nacion.

El nuevo ministro Wall llegó á Madrid el diez y siete de mayo, y dió un grande impulso al partido inglés. Entonces empezaron las acusaciones ocultas y contínuas contra Ensenada. Atribuyósele que para reconquistar su influencia habia formado el proyecto de empeñar á la España en una guerra contra la gran Bretaña, lo que hubiera producido indefectiblemente la alianza íntima con Francia que tanto deseaba. Acusósele de haber formado, sin consultar á sus colegas en el ministerio ni á S. M., un proyecto de alianza indisoluble entre las dos ramas principales de la familia de Borbon: de haber hecho adelantos considerables de dinero á la compañía francesa de las Indias Orientales para fomentar los proyectos hostiles de la Francia contra la Inglaterra en aquella parte del globo; en fin, de haberse concertado con el gabinete de Versalles para atacar los establecimientos ingleses del golfo de Méjico, y enviado instrucciones particulares al virrey de Méjico para que preparase una espedicion á Campeche y arrojase á los ingleses del establecimiento que tenian en el rio Wallis.

Keene fue poseedor de un extracto de las instrucciones dadas á dos oficiales de marina que se hallaban en la escuadra de la Habana, y que debian servir en la espedicion de Campeche. Este fue el gran documento que decidió de la caida de Ensenada. El embajador inglés, astuto y viejo diplomático, no entregó la copia sino despues de haber ponderado cuán grande era la indiscrecion que cometia, y exigido que no se harian averiguaciones sobre los medios que habia empleado para conseguirle. El rey creyó, Ensenada no fue oido, y el diez y nueve de julio se le arrestó en su casa, y se recogieron sus

papeles, en los cuales no hallaron sus enemigos ninguna cosa que pudiese dañarle. Desterrósele pues á Granada, bajo la vigilancia del presidente de la Chancillería, con una pension de diez mil escudos que Farinelli impetró de la humanidad del rey para sostener su dignidad de caballero del Toison.

Así cayó Ensenada, ministro á la verdad no sin defectos, pero á quien se debe todo el bien que se hizo en tiempo de Fernando VI, y todo el que se preparó para el reinado siguiente. Su laboriosidad y zelo eran estraordinarios: su moderacion grande, enmedio de las estravagancias del lujo, que los de su época le echaron en cara. Fue el único ministro de Fernando que conoció el verdadero camino de hacer la España grande é independiente. Se le acusó de demasiada inclinacion á la Francia; pero la historia imparcial no reconoce en los hechos sobre qué se fundó esta acusacion, sino el deseo de destruir el contrabando estrangero, así como en ella se descubre la animosidad de sus enemigos, capitaneados por el gabinete inglés. Keene escribia despues de su caida: *ya no se construirán en España mas navíos.* Esta frase manifiesta el verdadero motivo y orígen de los ataques contra Ensenada.

En cuanto á las famosas instrucciones interceptadas por Keene, la historia no ha decidido todavía. Lo cierto es que Ensenada ni hizo ni preparó defensa contra esta acusacion, á pesar de ser pública en Lóndres: y mas cierto es que solo la inconcebible ceguedad de sus enemigos pudo hacer que se diese crédito á una copia sospechosa por tantos títulos. Solo el espíritu de partido pudiera lograr que se arruinara á un ministro útil por la acusacion de un embajador, cuya corte tenia intereses absolutamente contrarios á los de España.

La caida de Ensenada no produjo la menor alteracion en el sistema de la neutralidad. La voluntad del rey era decidida sobre este punto: Wall tuvo que someterse á ella, y la numerosa clientela de Ensenada, que se conservó en los ministerios y gobiernos mas considerables, hizo inútiles todos los esfuerzos del embajador inglés. Entretanto se acercaba el momento de la esplosion, porque las desavenencias entre Inglaterra y Francia habian llegado á lo sumo. Es verdad que se celebró una reunion de comisarios de ambas naciones para conferenciar y dirimir la disputa; pero el tono mismo de todas estas conferencias convenció á la Europa de que la guerra era inevitable.

El duque de Duras no cesaba de hacer esfuerzos 1755. inútiles para unir las cortes de Madrid y de Versalles. Cuando vió que no adelantaba nada con sus representaciones al ministerio, recurrió á Farinelli, que conservaba siempre el favor de la reina, y que se negó diciendo que *él era músico y no diplomático*. Agotados todos los recursos directos é indirectos, el gabinete francés encargó la negociacion á la muger de su embajador. Ésta obtuvo una audiencia de la reina con el pretesto de darle las gracias por un favor concedido á un deudo suyo, y se valió de esta ocasion para proponerle una correspondencia particular con Luis XV, altamente interesado, decia ella, en el bien y felicidad de la reina de España. Ésta eludió la proposicion; pero la embajadora en otra audiencia le entregó una carta del rey de Francia, rogándola que no permitiese leerla á los ministros, sino solamente á S. M. Fernando se indignó de que se quisiese envolver en estas intrigas á su esposa, y mandó que se respondiese á esta carta en español y por el ministerio de su embaja-

dor en París. La respuesta era afectuosa y atenta; pero el conducto oficial por donde se dirigia era un verdadero desaire para la corte de Versalles.

La embajadora no sabiendo el éxito que había tenido su osada imprudencia, volvió á hablar á la reina, y manifestó tan á claras su encono contra los ministros actuales, y sobre todo contra Wall, que la reina tuvo que imponerle silencio con estas palabras: *nosotras las mugeres no entendemos los negocios: dejémoslos al rey, á sus ministros, y no hablemos mas del asunto.*

Entretanto en las orillas del Ohio y en las fronteras de Acadia, motivo ó pretesto de la guerra que amenazaba, se habian dado frecuentes combates con varia fortuna entre los franceses y anglo-americanos. Fuerzas considerables marítimas salieron de los puertos de Inglaterra y Francia con destino á América. Dos cruceros ingleses se apoderaron de los buques el *Alcides* y *la Lis*, que se habian separado de la escuadra francesa, y preparaban á atacar el Canadá por mar y por tierra, empezando por apoderarse de trescientos buques mercantes en las aguas de Terranova, á pesar de que aún se continuaban en Europa las negociaciones para la paz.

Apenas se supo en Francia este suceso, se dió orden al duque de Duras de tentar otro nuevo ataque diplomático. El embajador se presentó al rey, le hizo una viva pintura de los males que la ambicion inglesa preparaba á la Francia y á la España, y de la ruina inmediata de las colonias de ambas naciones, no olvidándose de recordar los sacrificios de la Francia para el establecimiento de la monarquía de Borbon en España. Al mismo tiempo pidió permiso para leer un papel que contenia parte de sus solicitudes: en el se pedia al rey que consultase á las

personas que estaban separadas de la corte, y se motejaba cruelmente al ministerio actual.

La indignacion del rey por esta osadía fue tan grande, que estuvo para arrancarle el papel de las manos; pero reportándose, y dueño de sí mismo, le respondió friamente: *yo veré lo que conviene hacer.* La respuesta á esta nota fue moderada; pero en ella se aconsejaba á la Francia que terminase amigablemente sus diferencias con el Austria y la Inglaterra, como habia hecho la España: que ni el estado de la monarquía ni la conciencia del rey le permitian sacrificar sus vasallos en una guerra sin objeto. La Francia empleó entonces el último recurso, que fue invocar la mediacion de España para terminar sus diferencias con Inglaterra. Esta proposicion se dirigia á enemistar las dos potencias, y á obligar á la corte de Madrid á vengar su propia dignidad, si no se hacia caso de su intervencion; mas fue eludida como las anteriores, con el pretesto de que mal podia presentarse como mediadora la España, teniendo tambien desavenencias con Inglaterra, que era forzoso arreglar.

En fin el rey para acabar de una vez con estas solicitudes, que comprometian su reposo y honor, pidió que se retirase el embajador francés. Para que su sucesor encontrase cerrado todo camino á nuevas pretensiones, el ministerio obtuvo que se retirase de palacio el padre Rábago, confesor del rey y favorable á la corte de Versalles. Dióselo un sucesor de carácter suave, y á quien se le hizo entender que haria muy bien en limitarse á las funciones de su sagrado ministerio.

Este año fue célebre por el horrendo terremoto que se sintió en la península española, en las costas Septentrionales de Africa, y hasta en América.

Sus conmociones duraron desde primero hasta diez y siete de noviembre. Pero en Lisboa fue donde hizo los mayores estragos. Esta capital quedó casi enteramente destruida, y sepultadas en sus ruinas mas de diez mil personas en los cinco minutos que duraron los vayvenes. Aumentóse el estrago con los desórdenes, robos y muertes que hicieron los presos escapados de las cárceles, la mayor parte judíos que huyeron de la inquisicion: mas fueron casi todos aprehendidos y pagaron con el último suplicio sus atrocidades. El rey de España nombró por su embajador en aquella corte al conde de Aranda, y en la audiencia de despedida le dijo: «Ofrece al rey mi cuñado la continuacion de todos los socorros que dependan de mí y de mis vasallos: que me envie á decir lo que necesita: los trabajos de su reino los considero como propios."

1756. Este año comenzó la célebre guerra de los siete años, llamada asi por el periodo que duró, en la cual la ambicion de los príncipes hizo derramar inútilmente en Alemania mucha sangre de casi todas las naciones de Europa, pues todas tomaron parte en la lid escepto Dinamarca, la Italia, Turquia y Holanda. Vióse tambien con asombro de los diplomáticos desconocido el principio político de las alianzas y enemistades: formáronse ligas monstruosas, y hasta entonces no vistas, cual fue la de Francia con Austria y las de Rusia con Inglaterra.

Esta última potencia, decidida á sostener una lucha marítima con la Francia, y á quitarle sus colonias, le buscaba enemigos en el continente para que su rival no pudiese aplicar todos sus inmensos recursos al aumento de su escuadra; pero el gabinete inglés acostumbrado en las guerras anteriores á ceder en la paz sus ventajas marítimas para obligar

á la Francia á devolver á los aliados de Inglaterra lo que les habia conquistado en el continente, no quiso en esta ocasion ligarse con la Holanda, potencia que habia descaecido mucho en el siglo XVIII, y que ofrecia á los franceses conquistas fáciles. Tomo por aliada á la Rusia, cuya cooperacion con el Austria, de la cual no dudaba, daria bastante en qué entender á Luis XV.

Mas el Austria tenia otras miras. Asegurada la neutralidad en Italia, nada tenia que esperar de una guerra con Francia. Queria reunir todas sus fuerzas en Alemania para humillar al rey de Prusia y reconquistar la Silesia; y por consiguiente necesitaba de tener asegurados los Paises Bajos. Isabel, emperatriz de Rusia, ofendida de algunas chanzas impertinentes de Federico, y ligada ademas al Austria por tratados antiguos, hizo causa comun con ella, trayendo al rey de Polonia y duque de Sajonia á la alianza de las dos.

La Francia, viendo desechada de España su alianza, y deseando neutralizar cuanto fuese posible el continente, creyó preferible la union con Austria á la de Prusia, juzgando, y no sin razon, que no necesitaria de hacer en la lid que se preparaba mas esfuerzos por tierra que los precisos para pelear con los ingleses en el electorado de Hannover, perteneciente al rey de la gran Bretaña. Este, desechado del Austria y de la Rusia, se vió obligado á unirse con la Prusia, único enemigo poderoso que podia armar contra la Francia: es verdad que las fuerzas prusianas eran inferiores á las que iban á cargar sobre Federico; pero los talentos militares de este guerrero y la táctica de sus tropas le daban gran peso en la balanza. Uniéronsele el Landgrave de Hesse Cassel y el duque de Brunswick: los demas príncipes del

imperio guerrearon contra él y en favor del Austria. El rey de Suecia se declaró tambien contra Federico, no por su voluntad, sino obligado por los estados del reino que atribuian á su muger, hermana del rey de Prusia, una conspiracion que se descubrió y castigó el año anterior, destinada á poner toda la autoridad de la soberanía en manos del monarca.

El rey de Prusia, cierto ya de la guerra, determinó empezarla sorprendiendo á sus enemigos. Apareció repentinamente en el mes de agosto con su ejército en el centro de la Sajonia. El rey Augusto huyó de Dresde al campo atrincherado de Pirna, donde esperó que se le reuniera el mariscal Broune, que mandaba el ejército austriaco de Bohemia. Federico con la prontitud del rayo se pone entre sus enemigos; dá á los austriacos la batalla de Lewositz, que quedó indecisa; burla todas las diligencias que hizo el general Broune para unirse á los sajones; le obliga á retirarse cortándole los víveres, y estrecha á Pirna de tal modo, que el ejército sajon se rindió por capitulacion, estipulando para la familia real el libre paso á Polonia; y se desembaraza en una corta y brillante campaña del enemigo, si no el mas poderoso, el mas cercano por lo menos. La conquista de Sajonia y Lusacia estendió el campo de batalla de Federico para las campañas siguientes.

Esta primera fue tambien próspera para la Francia. Al mismo tiempo que amenazaba las costas de Inglaterra un cuerpo de once mil hombres de desembarco, mandado por el mariscal de Richelieu, y escoltado por una escuadra de doce navíos de línea y algunas fragatas, se presentó á mediados de mayo en las costas de Menorca. Una escuadra inglesa al mando del almirante Bing voló á socorrer la isla, mas ya era tarde. En el combate parcial que tuvo con

el marques de la Galissonniere, comandante de la escuadra francesa, se dispersó y no pudo introducir víveres ni refuerzos en Mahon. Esta plaza por su situacion natural y por las fortificaciones, que no habian cesado de añadirle los ingleses, se estimaba como la mas fuerte de Europa despues de Gibraltar. El mariscal atacó á un mismo tiempo todas las obras esteriores, las forzó en un solo dia, y al siguiente capituló Mahon. El desgraciado Bing pagó esta afrenta de las armas inglesas. Formósele causa, y se le fusiló á bordo del navío Almirante.

La corte de Versalles renovó sus esfuerzos para apartar á Fernando del sistema de la neutralidad. Favorecíala en esta empresa el conde Migazzi, embajador de Viena, y mucho mas la oferta que hacia de restituir á España la isla de Menorca. El mismo Wall no se atrevia á hablar á favor de la neutralidad por no dar valor á la voz que habian esparcido sus enemigos de que estaba vendido á la Inglaterra. Sin embargo el rey no se separó de su sistema. Es verdad que los enemigos del partido inglés, dominantes en los departamentos inferiores, señaladamente en los de guerra, renovaron las hostilidades contra el comercio británico en los mares de América, y daban acogida en los puertos de España á los corsarios franceses que interceptaban los buques destinados á proveer á Gibraltar, al mismo tiempo que en Cadiz se daba por de mala presa, y se quitaba á un corsario inglés un buque francés que habia apresado en las aguas de la Coruña.

CAPÍTULO XXXIV.

Continuacion de la guerra de los siete años. Batalla de Rosbach. Conquista del Canadá por los ingleses. Muerte de Fernando VI.

INTERVALO DE TRES AÑOS, DESDE 1757 HASTA 1759.

1757. El rey de Prusia abrió la campaña penetrando por cuatro puntos en la Bohemia. Batió junto á Praga el ejército austriaco mandado por el príncipe Carlos de Lorena: le obligó á refugiarse en aquella plaza y la sitió. El mariscal conde de Daun salvó en esta ocasion al Austria por la rota que dió á los prusianos mandados por el mariscal Schwerin junto á Chemnositz. Perecieron en esta batalla siete mil prusianos con su general, y quedáron seis mil prisioneros. Federico evacuó la Bohemia; y mientras los austriacos forzaban el formidable punto de Heztzeberg en Lusacia, se apoderaban de esta provincia, penetraban en el Brandemburg, ocupaban á Berlin y ponian en contribucion á esta capital, el rey de Prusia observaba solícitamente los movimientos del ejército francés.

Este, al mando del mariscal de Etrées, habiéndose apoderado de los estados de Cleves y Gueldres, pertenecientes al rey de Prusia, habia penetrado en la Westphalia, ocupado todo este círculo, pasado el Weser, batido en Hastemberg el ejército hannoveriano, y obligádole despues en Closter-Seven á firmar una capitulacion de neutralidad, que no fue observada despues. El mariscal de Richelieu, sucesor de Etrées, pasó el Allier, ocupó el electorado de Hannover, y estendió sus conquistas hasta el Elba inferior; pero Soubise, que mandaba el ala derecha, re-

unido con el ejército de los círculos del imperio que favorecian la causa del Austria, se encontró en Rosbach con el rey de Prusia, y fue batido completamente. A haberle seguido este monarca, le hubiera arrojado con facilidad de Alemania; pero Carlos de Lorena habia derrotado junto á Breslau el ejército del príncipe de Bevern, comandante prusiano de la Silesia, y se habia apoderado de aquella capital y de Schweidnitz. Federico vuela á Silesia, arroja á los austriacos de la Lusacia, vence su ejército en Lisa, recobra á Breslaw, y bloquea á Schweidnitz. Los movimientos de rusos y suecos en Prusia y Pomerania fueron casi insignificantes en esta campaña.

La Inglaterra, humillada por la pérdida de Puerto Mahon, por la ocupacion del Hannover, y por los riesgos en que se habia visto su aliado en esta campaña, temerosa por otra parte de que las ofertas de la Francia y el Austria á la España, ya de restituirle á Puerto Mahon, ya de coronar al infante don Felipe rey de Polonia, pudiesen alterar las miras pacíficas del gabinete de Madrid, resolvió dar el último ataque para atraerlo á su partido. Dirigia entonces el ministerio británico el célebre Pitt, que tan señalados servicios hizo á su patria en esta guerra. Este pues encargó al embajador Keene que solicitase la alianza de España á toda costa, aunque fuese prometiéndole, no solo la evacuacion de todos los establecimientos ingleses en la costa de Mosquitos y en la bahía de Honduras, sino tambien la restitucion de Gibraltar, siempre que S. M. católica reconquistase y entregase á la Inglaterra la isla de Menorca. Autorizó tambien á dicho embajador para prometer el auxilio de la gran Bretaña en favor del rey de Nápoles, heredero presuntivo del trono de España, caso que hallase obstáculos para establecer en

cabeza de su hijo segundo la sucesion eventual de las dos Sicilias.

Keene, aunque desconfiado del buen éxito de esta negociacion, la entabló sin embargo con el ministro Wall. Este eludió completamente las solicitudes de la Inglaterra, no porque fuese contrario á su alianza, sino porque veia la imposibilidad de recabar del rey que renunciase al sistema de la neutralidad. Wall hablaba á Keene en esta materia con tanta sinceridad, que pocos dias despues hizo su dimision aunque nada obtuvo, porque la reina temia que un nuevo ministro causase alteracion en el plan de gobierno adoptado. En efecto ya se susurraba que en caso de variacion en el ministerio, sucederia á Wall el marques de Grimaldi, apasionado á la alianza con Francia.

Pocos dias despues de esta infructuosa negociacion murió Benjamin Keene, uno de los embajadores ingleses que ha conocido mejor la corte de España, y ha tenido mas influencia en ella. Sucedióle el conde de Bristol.

Este año juntó el emperador de Marruecos un cuerpo de seis mil hombres, y marchó hácia Ceuta, creyendo que estas fuerzas bastarian para apoderarse de la plaza: mas viéndola bien guarnecida, y que habia recibido tropas de refuerzo, se acampó á alguna distancia de sus muros y no se atrevió á atacarla.

El almirante inglés Saunders atacó cuatro navíos franceses de línea poco despues de haber salido del puerto de Málaga, donde se guarecieron de una recia tempestad. El combate duró tres horas; pero se separaron sin decidirse la victoria, y sin pérdida considerable de una ni otra parte.

1758. El rey de Prusia empezó este año la campaña

con la toma de Schweidnitz, despues de la cual marchó á la Moravia con el objeto de atacar la capital del Austria. La plaza de Olmutz, cuyo sitio ocupó su ejército mas de lo que creia, dió lugar con su resistencia á que los generales Daun y Laudon juntasen fuerzas suficientes para contener su marcha. Federico viendo malogrado su proyecto, y temeroso de los rusos y del ejército de los círculos que marchaban hácia el Brandemburgo y la Sajonia, levantó el sitio de Olmutz, evacuó la Moravia y una parte de la Bohemia que habia ocupado, y voló á defender la plaza de Kustrin, sitiada por los rusos, que dueños ya de la Prusia y de la Pomerania se avanzaban hácia Berlin. La batalla de Zoendof, en que los rusos, aunque quedaron dueños del campo, perdieron tanta gente que no quedaron en estado de proseguir su empresa, aseguró al rey de Prusia por aquella parte. Los moscovitas se retiraron poco despues á invernar al otro lado del Vistula, y Federico volvió á sostener al príncipe Enrique de Brunswick que peleaba con fuerzas inferiores contra el ejército de los círculos. El general Daun ganó á los prusianos la batalla de Hockirken, mas célebre por la habilidad de los movimientos que por los resultados; pues ni una sola bicoca fue premio de la victoria. Despues de una larga campaña el ejército austriaco ocupaba la alta Lusacia, y el de los círculos la parte de Sajonia cercana á la Bohemia.

En Westphalia sucedió en el mando del ejército francés al mariscal de Richelieu el conde de Clermont. El ejército hannoveriano, mandado por Fernando, duque de Brunswick, obligó á los franceses á evacuar el Hannover y la Westphalia, y á repasar el Rin, que él pasó tambien, y los derrotó en la batalla de Crevelt; pero el ala derecha de los fran-

ceses, mandada por el príncipe de Soubise, que ocupaba el Landgraviato de Hesse Cassel, consiguió dos victorias sobre el enemigo en Sandershaussen y Lauztemberg, las cuales obligaron al duque de Brunswick á retirarse á Monster, mientras los franceses ocuparon todo el pais que está al Mediodia del Lippa.

La Inglaterra recobró su antigua superioridad marítima. Una escuadra francesa de seis navíos de línea, mandada por Mr. de la Clue, entró en Cartagena á guarecerse de un recio temporal que la habia perseguido desde su salida de Tolon. El almirante inglés Osbourne salió de Gibraltar y se apostó en el estrecho con fuerzas muy superiores; mas viendo que el enemigo esperaba para dar la vela refuerzos de Tolon, navegó hasta la altura de Cartagena, cogió los buques franceses que venian de la costa de Provenza, y tuvo bloqueada la escuadra de la Clue.

Mientras la sangre se derramaba tan pródiga como inútilmente en Alemania, reinaba en Madrid la mas completa apatía en cuanto á los negocios públicos, atentos todos al infortunio de la familia real. La reina María Bárbara, habitualmente enferma, murió despues de una larga agonía el veinte y siete de agosto. Las cortes de Versalles, Turin y Viena, que pretendieron aun antes de su muerte dar una nueva esposa al rey de España, conocian muy poco el temperamento y carácter de este príncipe. Devorado de pesar por la pérdida de una esposa adorada, y poseido de su habitual melancolía mas exaltada entonces, se encerró en el palacio de Villaviciosa, se negó á todo consuelo, rehusó todo trato humano, escepto el de sus médicos y servidumbre, y aunque siempre conservó su razon, como se notó en las pocas

veces que volvió á hablar de los negocios del estado, el abandono de sí mismo, el capricho de no dormir sino sentado y otros de esta especie, indicaban bastantemente la afeccion maniaca que perturbaba sus facultades intelectuales.

Mientras el infeliz monarca se hallaba en esta situacion, un partido poderoso auxiliado por el consentimiento ó por la connivencia de la Francia, solicitó que se declarase la sucesion á la corona en el infante don Felipe, duque de Parma. Hasta dónde llegaron los movimientos ocultos de esta pretension no se sabe: lo cierto es que Pitt escribió sobre esta materia una carta confidencial al embajador inglés en Nápoles con el objeto de que descubriéndola al rey le inspirase disposiciones favorables á la Inglaterra. Segun dicha carta el plan de la conspiracion era persuadir al rey que abdicase la corona en su hermano don Felipe. Las confidencias de la Inglaterra produjeron en el rey de Nápoles, y mas particularmente en su esposa Amalia, una impresion tan favorable á la política inglesa, que en el corto tiempo que esta princesa fue despues reina de España, no pensó su esposo en declarar guerra á la gran Bretaña.

Este año don Isidoro del Postigo, que mandaba tres navíos y cruzaba por las costas de España persiguiendo á los corsarios berberiscos, se encontró en las aguas de Málaga con un navío de línea y una fragata argelinos: apoderóse del navío despues de un obstinado combate; pero había quedado tan maltratado, que se fue á pique inmediatamente. La fragata, aunque desarbolada de su mastelero, pudo escaparse á favor de la noche y de una turbonada.

La campaña de los franceses en Alemania, aunque sangrienta, fue sin resultados, pues al fin de 1759.
ella los ejércitos se hallaron en las mismas posiciones

que al principio. La batalla de Bergen, ganada por el duque de Broglie, cuando se empezaron las hostilidades contra el duque Fernando de Brunswick, hizo que el ejército francés, mandado por el mariscal de Contades, volviese á ocupar la Westphalia y la línea de Weser; pero derrotado despues en Todenhausen cerca de Minden, volvió á sus antiguos acantonamientos del Rin y del Mein, evacuando la Westphalia y el Landgraviato.

Pero los grandes desastres de los franceses se verificaron en la guerra marítima y colonial. La escuadra de Mr. de la Clue, que pasó el estrecho el diez y seis de agosto, fue perseguida por la del almirante inglés Boscawen, y batida cerca de Lagos. Dos navíos franceses perecieron; tres quedaron en poder de los enemigos, y el resto de la escuadra se dispersó. Mas infausta aún fue la suerte de la grande escuadra de Brest, mandada por Mr. Conflans. Apenas habia salido del puerto, fue atacada por la inglesa á pesar del furor de los elementos y los escollos de la costa. Dos navíos franceses se hundieron; otro cayó en poder del enemigo; otros dos, entre ellos el Almirante, se estrellaron contra la costa; siete arribaron á la embocadura del Vilaine, despues de haber arrojado al mar su artillería; otros siete se refugiaron á la isla de Aix. El armamento de Dunquerque, que se componia de siete fragatas con tropas de desembarco, despues de haberse reducido á tres, perdidas las demas en las tempestades, fue á desembarcar en la costa Septentrional de Irlanda, y obligó á los habitantes del distrito de Carictfergus á subvenir á sus necesidades; pero apenas salió de este puerto, cayó en poder del enemigo, despues de haberse batido con la mayor intrepidez.

Entretanto Chandernagos en la desembocadura del Ganges, y Pondichery en la costa de Coromandel, cayeron en poder de los ingleses. Una espedicion inglesa, que el año anterior se habia apoderado de Luisburgo, subió el rio de San Lorenzo, al mismo tiempo que un cuerpo de ingleses y anglo-americanos penetraba por tierra en el Canadá. La batalla terrible de Quebec, en la que murieron los dos intrépidos generales el inglés Wolf y el francés Montcalm, decidió la suerte de aquel pais que desde entonces ha quedado en poder de la Inglaterra. Otra espedicion inglesa se apoderó de la Guadalupe é islas adyacentes.

Sin embargo los triunfos de la gran Bretaña no sacaban al rey de Prusia de la situacion crítica en que se hallaba. El ejército de los círculos penetró en Sajonia, y auxiliado del mariscal Daun, echó á los prusianos de Dresde. Los rusos, á quienes se habian reunido el cuerpo austriaco del general Laudon, batieron en Zulican á los prusianos, y despues en Cunnerodorf al mismo Federico; y aunque logró impedirles el paso á Silesia á pesar de sus victorias, no pudo escusar la rendicion de un cuerpo de veinte mil prusianos atrincherados en Maxen, que despues de una terrible batalla fueron prisioneros del mariscal Daun. Ocupada por los austriacos casi toda la Lusacia y la Sajonia meridional, amenazada la Silesia y el Brandemburgo, su línea de defensa se estrechaba cada dia mas; y al fin de esta campaña estaba reducida á la línea del Oder y la del Elba desde Torgaw á Magdeburgo.

En España la muerte puso fin á las desgracias del monarca y á la paralizacion de los negocios públicos. Algun tiempo antes de morir habian declarado los médicos que S. M. no podria recobrar el uso espe-

dito de su razon, aunque su vida se prolongase todavia algunos meses. El rey de Nápoles, conociendo cuánto importaba á él y á la España que acabase la especie de anarquía en que se hallaba este reino, escribió cartas al gobernador del consejo de Castilla, al consejo mismo y á los capitanes generales de provincia á efecto de que tomasen las providencias necesarias para dar actividad al gobierno y asegurar la sucesion en su persona. Estas cartas, recibidas del cuatro al cinco de agosto, causaron una grande perplejidad en los que las recibieron por lo nuevo de las circunstancias, que no habian tenido semejantes en nuestra historia; pero el seis fue acometido el rey de una fuerte apoplegía, y los médicos declararon que no podria escapar de aquel ataque.

Murió Fernando VI el diez de agosto de mil setecientos cincuenta y nueve, á los cuarenta y siete años de su edad y catorce de su reinado. En el testamento que hizo, durante su última enfermedad, nombró por heredero del trono á su hermano don Carlos, rey de Nápoles, y por regente del reino, durante su ausencia, á la reina viuda doña Isabel Farnesio.

El reinado de este escelente príncipe ha sido el único periodo de paz inalterable y de felicidad para que ha gozado España en la larga carrera de su historia. Debe notarse ademas que desde Fernando el católico éste fue el primer rey que no dejó grabada la corona con deudas suyas. Dos fueron los principios de su conducta, la conservacion de la paz y el aumento de la prosperidad pública, y á ambos obedeció constantemente sin que, á pesar de la irresolucion é indolencia que le eran naturales, pudieran separarle del sistema que se habia propuesto, ni las convulsiones de Europa, ni el amor de su familia, ni las intri-

gas, promesas y adulaciones de los gabinetes estrangeros. Al morir pudo decir con mas razon que Pericles de los atenienses: *llevo el consuelo de que ningun español ha llevado luto por causa mia.*

Los ministros Carvajal, Wall y Ensenada repartieron con su monarca la gloria de haber conservado la independencia de la corona y la paz esterior; pero la de haber mejorado los ramos de prosperidad pública solo pertenece á Fernando VI y á Ensenada. Todos los recursos de que se usó y abusó en el reinado siguiente fueron creaciones de este gran ministro.

A la sombra de la paz llevó la marina á un alto grado de poder, pues constaba cuando murió Fernando VI de cuarenta y nueve navíos de línea y veinte y una fragatas en estado de servicio: hizo prosperar el comercio con prudentes disposiciones; mejoró la agricultura; creó la hacienda, sostituyendo al arriendo antiguo de sus ramos una administracion rigorosa y en muchas partes la única contribucion; dió un grande impulso á las ciencias naturales y exactas, al estudio de la historia y á la buena literatura, creando academias, pagando viages científicos, protegiendo á los sabios y levantando establecimientos útiles; en fin, promovió las comunicaciones interiores del reino, empezando á construir caminos y canales. No se deben esperar de esta breve noticia muchos pormenores; bastará decir que á él se le deben los viages de Ortega, Bowles, Bayer, Burriel y Valdeflores: á él la academia de Buenas Letras de Sevilla, los estudios de Guardias marinas de Cadiz y el Ferrol, y las fortificaciones de esta plaza y la de Figueras, el real Observatorio de Cadiz, la Academia de bellas artes de Madrid: á él quizá se deben los inmortales trabajos de don Jorje Juan y don Carlos Lemaur: á él quizá que Feijóo

floreciese á pesar del encono de sus enemigos: á él en fin los trabajos filológicos de Mayans y Florez, y la Biblioteca árabe hispánica de Casiri.

La literatura fue el ramo mas atrasado en esta época: sin embargo, el *Gerundio* del padre Isla desterró el mal gusto de nuestra oratoria sagrada, y la Poética de Luzan preparaba el siglo de los Moratines y Melendez, presentando á la juventud, sino los modelos, por lo menos los verdaderos principios de la poesía, desconocidos desde los primeros años del siglo XVII. Esta época fue el periodo mas triste para el teatro español, porque ni se escribian dramas arreglados ni composiciones semejantes en donaire é ingenio á las de Lope y Calderon. Cañizares y Zamora fueron los últimos poetas cómicos de la escuela española.

A Fernando VI se le debe el concordato celebrado con la silla apostólica, que ocupaba entonces el sábio y piadoso Pontífice Benito XIV. Se ha acusado á aquel monarca, y no sin razon, de haber causado mucho mal al crédito del estado, suspendiendo la paga de las deudas de su padre; mas no se debe exagerar esta acusacion. Él pagó religiosamente las suyas, y señaló una cantidad anual para satisfacer las anteriores. No se creia desobligado á pagar estas; pero juzgó imposible que bastasen los recursos del tesoro para mejorar el estado de la nacion sino dilataba la paga.

Este príncipe fue religioso, casto, amaba entrañablemente á su muger, y ésta para dominarle adoptaba sinceramente sus miras políticas. Fue económico en su persona y casa; mas nada le parecia bastante para satisfacer las necesidades de sus pueblos cuando los afligia alguna calamidad pública, como se verificó en el año de la hambre en Andalucía. Supo

sostener la dignidad real, á pesar de la dulzura de su carácter, que era tanta que le costó un mes de incomodidad física el esfuerzo que hizo para despedir á Ensenada; y sufrió por mucho tiempo á Eslava en el ministerio de la guerra, á pesar de la aversion natural que le tenia, por no esperimentar segunda vez el tormento de dar una pesadumbre.

REINADO
DEL
S.R DON CARLOS III.

CAPÍTULO XXXV.

Principios del reinado de don Carlos III. Continuacion de la guerra de los siete años. Pacto de familia. Guerra con Inglaterra y Portugal. Pérdida de la Habana y de Manila. Paz de Fontainebleau. Casamiento del príncipe de Asturias.

INTERVALO DE SEIS AÑOS, DESDE 1760 HASTA 1765.

1760. El nuevo rey Carlos III arregló ante todas cosas la sucesion de las dos Sicilias en su tercer hijo Fernando; pues á Felipe, que era el mayor, le declararon los médicos incapaz de reinar por defecto de las facultades mentales, y el segundo, que era Carlos, debia suceder á su padre en la corona de España. Contra esta disposicion de Carlos III militaban los artículos de la paz de Aix la-Chapelle, segun los cuales el duque de Parma debia sucederle en el reino de las dos Sicilias, dejando los ducados de Parma y Guastala al Austria, y el de Plasencia al rey de Cerdeña; pero como no habia accedido á aquel tratado ni al de Aran-

juez, se halló en libertad para aprovecharse de la ocasion en que tanto el Austria como la Francia querian complacerle para atraer la España á su alianza; y el rey de Cerdeña transigió sus derechos por una suma de dinero. Asi que habiendo arreglado las cosas de Nápoles y colocado en el trono de las dos Sicilias á su hijo Fernando, dió la vela para España en la escuadra de Cartagena, que habia pasado á Nápoles para conducirle; desembarcó despues de un viage próspero en Barcelona; restituyó á los catalanes algunos de sus privilegios antiguos; perdonó tanto á ellos como á los aragoneses y castellanos las contribuciones atrasadas, y llegó á Madrid colmado de las bendiciones de sus pueblos.

Carlos habia ya muchos años que reinaba: su carácter era mas inclinado á las artes de la paz que al estruendo de las armas. Era activo, cauto, suave hasta el sufrimiento; pero lleno de dignidad y capaz de hacerse respetar y aun temer. Ni el respeto y amor debido á su madre le hizo permitir que tomase parte en los negocios, ni el aprecio que hacia de Ensenada por sus antiguos servicios en la guerra de Italia, y por su mérito personal, le movió á volverle al ministerio como algunos creian, contentándose con llamarle á la corte y manifestarle grande cariño. De los ministros de su hermano Fernando solo separó al conde de Valparaiso, ministro de hacienda, colocando en su lugar al marques de Esquilache, á quien favorecia en gran manera. Todo anunciaba que el rey gobernaria por sí mismo; y sus primeros decretos, en los cuales perdonó á los pueblos de la Andalucía las sumas prestadas por el erario en los años de escasez, hicieron esperar un reinado benéfico y feliz. El diez y nueve de julio fue jurado príncipe de Asturias don Carlos, hijo segundo del rey.

Entretanto continuaba la guerra de los siete años y con ella los desastres de la Francia. El ejército francés del Canadá atacó infructuosamente á Quebec, y encerrado en Mont-real, donde se habia reunido, capituló y quedó en poder del enemigo juntamente con la plaza. Al mismo tiempo perdieron los franceses sus posesiones del Senegal y de la isla de Gorea en la costa de África: su ejército de Alemania fue derrotado por el duque de Brunswick en la batalla de Varbourg, y se creyó dichoso con impedir que los hannoverianos se apoderasen de Wesel. Ni fue mucho mas venturosa el Austria en su guerra contra la Prusia. El general Laudon batió en Landshust un ejército prusiano, mandado por Fouquet. Federico, que marchó al socorro de la Silesia, amenazada por aquella derrota, se vió rodeado por los ejércitos de Daun y Laudon, por el auxiliar ruso, que despues de imponer una contribucion á Berlin subió el Oder para darse la mano con los austriacos, y por el de los círculos que acudió desde el Elba. La ruina del rey de Prusia parecia ya inevitable; pero este gran general salió del riesgo dando la famosa batalla de Lignitz, que se mira como una de las obras maestras del arte. En ella peleó no para vencer sino para escapar, como lo consiguió; y al fin de la campaña, atrincherado en Torgaw, dió la batalla de este nombre al mariscal Daun, en la cual perdieron los austriacos veinte mil hombres, y volvió á reconquistar la Sajonia, la Lusacia y la parte de Silesia que habian ocupado los enemigos.

El diez y siete de setiembre murió la reina Amalia, con gran pesar de su esposo que la adoraba, y que jamás quiso pasar á segundas nupcias. Con ella acabó tambien el único obstáculo que impedia al rey hacer causa comun con la Francia en una guerra de la cual temia la destruccion de la marina y colonias francesas,

y despues de las españolas. Es verdad que la muerte de Jorge II, rey de Inglaterra, y el advenimiento de su hijo y sucesor Jorge III, jóven y amante de la paz, daba esperanzas de que esta se lograse; pero siempre era de temer que la nacion, embriagada con sus triunfos y ambiciosa de colonias, se negase á condiciones racionales y moderadas.

El amor de Carlos III á su familia y á la Francia, el odio á los ingleses heredado de sus padres, y aumentado con el insulto que recibió siendo rey de Nápoles, de un marino británico que le obligó á firmar en veinte y cuatro horas un tratado de neutralidad, y el temor en fin de perder las posesiones de América le escitaron á abandonar el sistema de paz, tan constantemente seguido por su antecesor, y á hacer causa comun con el gabinete de Versalles. El primer paso fue presentarse como mediador el conde de Fuentes, embajador de España en Lóndres, mientras el marques de Grimaldi negociaba en Paris con el mayor secreto la célebre alianza, conocida con el nombre de pacto de familia. Al mismo tiempo se hacian los preparativos de guerra terrestres y marítimos en España: mas se evitaba romper con Inglaterra hasta que hubiesen llegado á nuestros puertos las riquezas que se esperaban en los galeones de América. 1761.

En virtud de los buenos oficios del conde de Fuentes, lord Stanley pasó á Paris, y el conde de Bussy á Lóndres para entablar la negociacion, despues de haber convenido en que se reuniese un congreso en Ausburgo para la pacificacion general. Las proposiciones de Bussy, en cuanto á los intereses esclusivos de la Francia, siendo objetos comunes de una deliberacion diplomática, no ofrecian grandes dificultades; pero cuando en favor de España pidió la resti-

tucion de algunos buques cogidos con pretesto de contrabando, el privilegio de pescar en el banco de Terranova, y la demolicion de los fuertes ingleses de la bahía de Honduras, la perspicacia de Pitt descubrió miras ulteriores en aquella estraña proposicion, por la cual una potencia beligerante se presentaba como mediadora entre su enemiga y otro estado neutral; y asi al mismo tiempo que el ministro inglés hizo proposiciones por su parte rehusándose á entenderse con la Francia en cuanto á las reclamaciones de España, el conde de Bristol, su embajador en Madrid, respondió á las tres demandas, manifestando que no era necesario para discutirlas la intervencion del gabinete de Versalles. Wall respondió á su nota que el gobierno francés habia obrado de acuerdo con la España en la presentacion de dichas demandas.

Entretanto la negociacion del pacto de familia se habia concluido, y el tratado se firmó el quince de agosto. Era una alianza defensiva y ofensiva contra todos los enemigos, solo se esceptuaban los que Francia pudiese tener en caso de infraccion del tratado de Westphalia; pero aun entonces la España debia socorrerla si el territorio francés era invadido ó resultaba una guerra marítima. El vigilante Pitt no tardó en conocer este tratado: rompe al punto la negociacion con Francia, y propone al gobierno declarar inmediatamente la guerra á España, atacar á la Habana y á Panamá, llaves de nuestras colonias, y destruir la marina y el comercio español, interceptando al mismo tiempo la flota. El conde de Bute, favorecido de Jorge III, se opuso á esta determinacion; no creyéndola suficientemente justificada por los documentos que hasta entonces se tenian de las disposiciones del gabinete de Madrid. Pitt se retiró del ministerio diciendo que no queria ser responsable de un

sistema en el cual no se le permitia dirigir los negocios segun sus ideas.

El éxito justificó sus previsiones. Apenas los tesoros de América llegaron á España, varió el tono del ministro Wall y del conde de Fuentes. Se confesó públicamente la conclusion del pacto de familia. Los embajadores de España en Lóndres, y de Inglaterra en Madrid, tomaron pasaportes, y la España exigió de Portugal que cooperase en la guerra marítima contra Inglaterra. El rey de Portugal se negó á ello, y la guerra se declaró entre las dos naciones.

Los desastres marítimos de los franceses proseguian. Perdieron la Martinica, única isla que les quedaba ya en las Antillas, y á Belleisle en la costa de Bretaña. Un cuerpo de tropas inglesas desembarcó cerca de San Maló é insultó aquella provincia; mas el duque de Aiguillon le escarmentó, obligándole á embarcarse con pérdida de su retaguardia. En Alemania habia sucedido á la terrible campaña del año anterior la inaccion del cansancio: el hecho mas notable de armas fue la victoria que el príncipe de Condé, general del ejército francés, consiguió de los hannoverianos, mandados por el príncipe Enrique de Brunswick en las cercanías de Francfort. De resultas de esta batalla volvieron los franceses á adelantarse por tercera vez en Alemania y ocuparon el Landgraviato y la Weteravia.

La alianza de España, de la cual esperó el gabi- 1762.
nete francés un auxilio poderoso, no sirvió mas que para aumentar las pérdidas de la casa de Borbon. La energía que desplegó la Inglaterra en esta campaña fue tan grande, que habiendo declarado la guerra el dos de enero, una escuadra inglesa de veinte y nueve buques, á las órdenes del almirante Pocork, con catorce mil hombres de desembarco, mandados por

lord Albemarle, atravesaba ya el canal de Bahama el dos de junio, sin que el gobernador de Cuba don Juan de Prado sospechase siquiera la vecindad del enemigo. Tenia solo dos mil hombres de tropas regladas, y cuando no le era posible dudar del proyecto de los ingleses, levantó aceleradamente siete mil de las milicias de la isla mal armados y peor organizados.

El desembarco se efectuó el diez y siete de junio al Este de la Habana, entre los rios de Nao y de Cojimar, mientras la escuadra inglesa hacia un ataque falso contra la parte Occidental del puerto. Los puestos avanzados de los españoles se retiraron, y el primero de julio empezaron las baterías de tierra y las de la escuadra á disparar contra el fuerte del Morro. Su gobernador don Luis Velasco rechazó los ataques con tanto valor como habilidad, y causó daños considerables á los navíos ingleses. Incendióse una de las obras construidas por ellos en tierra, y ya esperaban los españoles repetir en la Habana el triunfo de Cartagena; mas llegó al enemigo un refuerzo de cuatro mil anglo-americanos, construyeron nuevas baterías en lugar de las que el cañon del Morro habia destruido, hicieron callar los fuegos de éste, arruinaron sus fortificaciones esteriores, ocuparon el camino cubierto, rechazaron una salida de la plaza con pérdida considerable, volaron una mina, y la brecha estuvo practicable el treinta de julio. Dieron el asalto el mismo dia: el segundo comandante Gonzalez pereció en la brecha, y el intrépido Velasco murió peleando en medio de los enemigos. Asi cayó en poder de los ingleses el Morro, puesto á la verdad muy fuerte; pero que entonces no oponia al enemigo fuegos de flanco, como los tiene ahora con las fortificaciones de la Cabaña, construidas despues de esta época.

Los sitiadores dirigieron todos sus esfuerzos contra la ciudad y el fuerte de Puntales que está enfrente del Morro. Dispusieron nueve baterías á uno y otro lado del puerto, y comenzó un bombardeo continuo ademas del cañon que batia las murallas. Los fuegos de la plaza duraron poco: las tropas españolas fueron arrojadas de sus posiciones, y el gobernador capituló.

Novecientos hombres que quedaban de la guarnicion fueron enviados á España, igualmente que el gobernador, y los de otras colonias españolas que estaban en la Habana Los ingleses fueron dueños de la ciudad y de un distrito que se estendia ciento ochenta millas al Occidente, de quince millones de duros pertenecientes al gobierno español, de una inmensa cantidad de municiones militares y navales, y de una escuadra de nueve navíos de línea y tres fragatas. Al gobernador Prado se le siguió en España la causa ante un consejo de guerra y fue condenado á muerte; pero el rey conmutó esta pena en la de prision. Velasco tuvo durante el sitio del Morro la indisculpable negligencia de dejar que el enemigo adelantase sus trabajos sin oposicion; mas su muerte gloriosa impuso silencio á todas las acusaciones.

Poco despues de saberse en España la pérdida de la Habana llegó la noticia de haber caido Manila en poder de los ingleses. Dos mil y trescientos hombres, mandados por el general Drapper, fueron destacados de Madras, y llegaron á la isla de Luzon el veinte y cuatro de setiembre antes de saberse allí que se habia declarado la guerra. Drapper desembarcó protegido por los fuegos de la escuadra, se apoderó de los arrabales de Manila y se dispuso á atacarla. El arzobispo de aquella ciudad, que era tambien su gobernador interino, desplegó mas valor y

talentos militares de los que se podian esperar: conservó en la plaza la guarnicion que era de ochocientos hombres para hacer frente al enemigo, y formó cuerpos de los indígenas del pais para incomodar á los sitiadores. Pero todo en vano: los indios fueron derrotados, y doce dias despues del desembarco asaltaron los ingleses las fortificaciones y las tomaron. La ciudadela, donde se habia refugiado el gobernador y la guarnicion, capituló. La ciudad, que fue en parte saqueada, se libró de su entera ruina por un rescate cuantioso. Cayeron en poder de Drapper muchos buques que habia en el puerto, y poco despues los navíos *Manila* y la *Santísima Trinidad*.

Solo fueron felices los españoles en la colonia del Sacramento en el rio de la Plata. El general Cevallos se apoderó de ella en ocasion oportuna para impedir un ataque que algunos aventureros ingleses y portugueses proyectaron contra Buenos Aires, fiados en los socorros que podia darles aquella colonia portuguesa. Pero privados de ella perdieron sus vanas tentativas, á su comandante, y una parte del armamento, y se retiraron á Rio Janeiro.

La guerra contra Portugal no tuvo resultados. A la verdad el marques de Sarria se apoderó de la provincia de Tras-os-montes, y el conde de Aranda, que le sucedió en el mando del ejército español, tomó la plaza de Almeida; pero los refuerzos y subsidios ingleses llegaron, y con ellos el conde de la Lippe, general aleman de mucho mérito, que se encargó del mando de las tropas portuguesas. Éste hizo contra las nuestras, superiores en número, una campaña de puestos y marchas. Bourgoyne, uno de sus lugartenientes, se apoderó de un destacamento español que por Valencia de Alcántara iba á penetrar en Portugal, mientras él apostado en Abrantes

disputaba al general español el paso del Tajo. Aranda á la verdad atacó y tomó la posicion de Alvite; mas uno de los cuerpos de su ejército fue batido en Villavelha, y despues de una campaña inútil los españoles se volvieron á la frontera.

La Francia abatida con tantas pérdidas suyas y de sus aliados, no encontró ya mas asilo que la paz, y las negociaciones empezaron en Fontainebleau, donde se firmaron los preliminares el diez de noviembre. La guerra entre Prusia y Austria llegaba tambien á su término. La muerte de la emperatriz Isabel libertó á Federico de uno de sus mas temibles enemigos, porque el nuevo Czar Pedro III, que le era muy afecto, hizo paz y alianza con él. Es verdad que el reinado de este Czar fue muy corto por la revolucion que colocó en el trono de Rusia á su esposa Catalina II, y á él le redujo á una prision donde murió; pero entretanto los prusianos ganaron á los austriacos la batalla de Frieberg y se prepararon á penetrar en Bohemia. María Teresa convencida de la imposibilidad de recobrar la Silesia, y Federico, á quien la Inglaterra negó entonces los subsidios, privado de recursos para continuar la guerra, determinaron hacer la paz, y se formó en Hubersburgo. La de Suecia y Rusia se habia hecho al principio de la campaña. Las cosas quedaron en Alemania en el mismo pie que estaban antes de la guerra.

La paz general se firmó en Fontainebleau el diez 1763.
de febrero. Por ella cedió la Francia á la Inglaterra la isla de Cabo Breton, la Nueva Escocia, el Canadá, todo el pais que está al Oriente del Missisipi hasta Ibberville, todas las islas é islotes del rio de San Lorenzo, conservando solo el derecho de pesca en la isla de Terranova bajo ciertas restricciones especificadas, la Dominica, la isla de San Vicente, la

de Tabago, los establecimientos del Senegal, los de Bengala, y ademas se obligó á demoler las fortificaciones de Dunquerque. La España cedió á la Inglaterra, en cambio de la Habana y Manila, la Florida y los territorios que poseia al Oriente y al Occidente del Missisipi: restituyó á los portugueses la colonia del Sacramento, y reconoció el derecho de los vasallos del rey de Inglaterra al corte del palo de campeche en la bahía de Honduras y otras partes del territorio español. Es verdad que eludió este reconocimiento estipulando que serian demolidas todas las fortificaciones levantadas por los ingleses en aquellos parages. Por un tratado particular la España obtuvo de la Francia lo que le quedaba en Luisiana en cambio de las Floridas. Menorca y Belleisle se restituyeron á sus dueños anteriores.

Asi acabó esta lucha funesta para la casa de Borbon bajo muchos aspectos. La Francia no solo fue vencida por los ingleses en la guerra marítima, á lo cual ya estaba acostumbrada en las anteriores sin menoscabo de su gloria militar, fundada mas en la guerra terrestre, sino sus ejércitos fueron batidos en Alemania, y en general muy mal conducidos. La estraordinaria corrupcion que habia sucedido en la corte al gobierno reglado del cardenal de Fleury: las disputas interminables entre el ministerio y los parlamentos: la deuda que gravitaba ya sobre la nacion sin esperanzas de ser disminuida, atendida la enormidad de los gastos: el espíritu democrático é irreligioso que iba ganando todas las clases de la sociedad á favor de los errores del gobierno y de la licencia de los escritores; y en fin, la contradiccion en que estaban las ideas del siglo con las antiguas leyes de la monarquía, empezaron á minar desde entonces el trono de Francia. Carlos III notaba to-

dos estos desórdenes y se lamentaba de ellos. Amante apasionado de su familia y dinastía, lloraba los males de la Francia como si fueran suyos propios; y sin dejar por eso de observar fielmente la alianza jurada, se propuso emplear los momentos de paz, ó por mejor decir de tregua, que el último tratado le proporcionaba, para crear en España, por medio de mejoras sucesivas en todos los ramos, un poder capaz de auxiliar á la Francia en su lid perpétua con Inglaterra y de socorrerla en sus dias de infortunio, que preveia no muy lejanos. Fundó sociedades patrióticas ó de amigos del pais en las principales ciudades del reino para que promoviesen las artes y las ciencias: estableció academias militares, para la instruccion de los cadetes, en Barcelona, Cádiz, Oran y Ceuta, y creó el magnífico colegio de Segovia para instruccion de los oficiales de artillería: colegio que tantos y tan distinguidos guerreros ha producido á la nacion.

Concluida la paz el ministro don Ricardo Wall, 1764. fastidiado de la precision en que se hallaba á cada paso de renunciar á sus principios diplomáticos, de sufrir la responsabilidad propia de un ministro sin tener poder ni influencia en los sucesos, y de lamentar los males y calamidades públicas, originadas de haber abandonado el prudente sistema de neutralidad de Fernando VI, pidió repetidas veces el permiso de retirarse. Carlos III, enemigo por su carácter de toda mudanza, y justo apreciador del mérito y servicios de su ministro, se lo negó ostinadamente. La historia no debe pasar en silencio el artificio de que usó Wall para vencer el ánimo del rey. Empezó á quejarse de baidos y de debilidad en la vista; y para hacer creer esta enfermedad se frotaba los ojos antes de presentarse á S. M. con un unguento

que producia una inflamacion momentánea. El rey cedió, y Wall se retiró lleno de honores y recompensas á Granada, donde acabó tranquilamente el resto de su vida.

Sucedióle el marques de Grimaldi, embajador á la sazon en París, uno de los mas acérrimos partidarios y fundador del pacto de familia. Era natural de Génova: su república le envió con una mision diplomática á España en tiempo de Felipe V. Hizóse amar y obtuvo destino en la administracion civil; y protegido por el marques de la Ensenada, desempeñó varias comisiones en Viena, Hannover, la Haya y Estokolmo. Carlos III en los principios de su reinado le nombró su embajador en París, donde obtuvo la confianza del duque de Choiseul, primer ministro entonces de Luis XV. Apenas ascendió al ministerio se le reunió el partido de Wall, que quedaba entonces sin apoyo, entre ellos el conde de Aranda, que habia tenido esperanzas de suceder al ministro anterior. Los primeros pasos de Grimaldi, dirigidos por el ministro de Francia, tuvieron por objeto retirar á Arriaga del ministerio de marina, darle por sucesor á Ensenada, y reunido con él derribar á Esquilache, cuyo favor con el rey hacia sombra á todos los ambiciosos de la corte. Mas éste gozaba la proteccion del duque de Losada, que habia sido desde su juventud el amigo y confidente de Carlos.

Hacia ya algun tiempo que se trataba el casamiento del archiduque Leopoldo, hijo de María Teresa, con la infanta de España doña María Luisa, hija del rey; pero éste no queria acceder á la union proyectada, sino se aseguraba el ducado de Toscana á Leopoldo. Su hermano mayor José se oponia á ello, alegando que si moria su padre Francisco le suce-

deria en el imperio de Alemania, sin tener un estado hereditario con que sostener la dignidad imperial, pues los de Austria pertenecian á su madre. Pero María Teresa removió todos los obstáculos, prometiendo al archiduque José que le nombraria co-regente de los dominios de la casa de Austria, en el caso de sobrevivir á su marido. Era muy interesante para los príncipes de esta familia el matrimonio de Leopoldo con la infanta de España, porque Carlos III daba en dote á su hija la isla de Elba y los presidios de Toscana para que se agregasen á este ducado. Las bodas se celebraron el año siguiente, en que la muerte del emperador Francisco y la elevacion de José al trono imperial puso á la emperatriz reina en el caso de cumplir su promesa.

Otro matrimonio se contrató, bajo los auspicios de la reina viuda de España y del gabinete francés, entre el príncipe de Asturias y doña María Luisa, hija del duque de Parma: otro del archiduque Francisco y la heredera de Módena; y en fin los de los condes de Provenza y Artois, príncipes franceses é hijos del delfin, con dos hijas del rey de Cerdeña. Todas estas alianzas tenian por objeto consolidar el establecimiento de los príncipes Borbones en Italia, estrechando la intimidad entre esta familia y las de Cerdeña y Austria; mas no por eso accedieron ni el gabinete de Versalles ni el de Madrid á la solicitud de María Teresa, que deseaba ser incluida en el tratado del pacto de familia. La Francia, á pesar de sus últimas alianzas con el Austria, siempre la miró como su rival en el continente. El marques de Grimaldi decia que el pacto de familia no era un negocio de *política*, sino de cariño, y que si eran admitidos á él otros príncipes que los Borbones, daria lugar á sospechas fundadas de parte de los demas gabinetes.

Este año ascendió al trono de Polonia, vacante por fallecimiento de Augusto III, duque de Sajonia, Estanislao Puniatowski, cuya familia era de las mas ilustres y antiguas de aquel reino. Fue elegido por el partido favorable á la Rusia. Catalina II lo convirtió en virrey suyo, esperando la ocasion oportuna de apoderarse de aquel reino. Esta emperatriz babia formado dos proyectos colosales de engrandecimiento. Por una parte queria dar estension al comercio ruso del mar Negro á costa de la Turquía: por otra aproximarse á la grande escena que presentaba la Alemania á la ambicion europea á costa de la Polonia, cuyas convulsiones políticas, fomentadas por la misma Rusia, la daban pretesto y facilidad para lograr sus planes.

Las interminables disputas entre España é Inglaterra, relativas á los establecimientos británicos en la bahía de Honduras, hicieron temer á la Europa una nueva guerra marítima. La gran Bretaña, consintiendo en la demolicion de las fortificaciones de aquellas colonias, las babia dejado indefensas en poder de los gobernadores españoles, y Choiseul y Grimaldi les dieron contra ellas órdenes justificadas hasta cierto punto, por la conducta de los colonos que hacian el contrabando y daban asilo á los negros fugitivos de nuestros dominios.

El gobernador de Yucatan y el comandante de Bacalaar impidieron primero que los colonos penetrasen en el territorio del rey de España sin un permiso formal de S. M., y despues los espelieron de toda la costa, obligándolos á salir de Rio Hondo en el término de dos meses, y confinándoles á la orilla meridional de Rio Nuevo. Tanto en este rio como en el Wallis se les prohibió subir á mas de veinte leguas de la mar. El resultado fue que quinientos colonos

fueron arrojados de sus habitaciones con una pérdida de mas de ciento ocho mil duros.

Al mismo tiempo España manifestaba gran repugnancia á restituir á los portugueses la colonia del Sacramento, pretestando la necesidad de tomar medidas que impidiesen el contrabando con Buenos Aires y el Paraguay, y sobre todo la inexacta demarcacion de los límites entre los dominios de ambas potencias en aquella parte del globo.

Inglaterra y Portugal hicieron al gobierno español representaciones enérgicas, y mientras Grimaldi seguia la negociacion con el lord Rockfort, embajador de la gran Bretaña, se reunian tropas en las fronteras de Estremadura y Galicia, y se hacian los preparativos para comenzar las hostilidades. Grimaldi empezó ganando tiempo: unas veces esperaba los informes de los gobernadores de Yucatan: otras queria que el príncipe de Maserano, embajador de España en Lóndres, tomase parte en la negociacion. Rockfort se negó á ello, y aun exigió indemnizaciones; mas al fin hubo de contentarse con la vuelta de los colonos, y este ramo de disputa cesó.

Restaba aun el de Portugal. La Inglaterra declaró que no abandonaria á su aliado, y despues de haber cangeado algunas notas, cesaron las disposiciones hostiles en España: los historiadores ingleses, fundados en la correspondencia de Rockfort, atribuyeron la mutacion repentina de Grimaldi, en favor de la paz, á haberse descubierto y desbaratado en Inglaterra un proyecto formado por el duque de Choiseul para incendiar los astilleros y arsenales de Plymouth y Portsmouth, y destruir de un solo golpe el poder marítimo de Inglaterra. Rockfort asegura paladinamente que Grimaldi sabia este proyecto, y aun contribuia á él. Es verdad que averiguó todas estas 1765.

cosas por un espía; y como las precauciónes que se tomaron impidieron que se emprendiese el atentado, la fé histórica acerca de este hecho no tendrá nunca mas fundamento que las delaciones de un hombre vil.

Otro motivo de disputa entre Inglaterra y España era el rescate de Manila. Cuando esta ciudad se rindió á los ingleses, el gobernador, para libertar la plaza del saqueo, prometió cuatro millones de duros, y dió letras contra el tesoro español por la mitad de esta suma. Cuando los ingleses reclamaron el pagamento, Grimaldi se resistió alegando que se habia saqueado antes de capitular. Los ministros británicos conocian las dificultades que se oponian á aquel pago; pero el clamor popular, siempre poderoso en Inglaterra, les obligó á hacer instancias contínuas valgunas de ellas amenazadoras. Grimaldi, convencido de que los ingleses no declararian la guerra por una suma tan insignificante, les respondia: *que le volviesen la suma, recibida ya, de dos millones de duros, y él les ofrecia darles á Manila con todo su territorio.* Drapper tuvo que contentarse con una pension, y los soldados ingleses se consolaron de su pérdida diciendo: *que no volverian á fiarse de un general que capitulaba en latin*, aludiendo al idioma en que fue redactada la capitulacion.

Á persuasiones de Choiseul, que ardia en deseos de ver la España con un gran poder comercial y marítimo, para que pudiese auxiliar á la Francia en la lid que meditaba contra Inglaterra, se aprobó en el gabinete de Madrid un proyecto, segun el cual se alteraba el sistema de impuestos, vigente en Indias, y se hacian innovaciones que se creian muy ventajosas para el erario. Pero esta variacion produjo un disgusto general en el Nuevo Mundo. El virrey de Méjico se opuso á ella: hubo conmociones en la tropa y

alborotos en la capital de Nueva España, en la Puebla de los Ángeles, en Quito y en la isla de Cuba, que solo se calmaron renunciando á la innovacion.

Entretanto nuestras fuerzas navales, mandadas en el Mediterráneo por don Antonio Barceló y don Diego de Torres, persiguieron á los piratas, les hicieron muchas presas y los ahuyentaron á sus puertos.

Este año murieron dos príncipes de la casa de Borbon; el infante don Felipe, duque de Parma, á quien sucedió su hijo mayor don Fernando; y el delfin de Francia, hijo primogénito de Luis XV, quedando por heredero de la corona Luis, hijo mayor del difunto príncipe.

CAPÍTULO XXXVI.

Sedicion de Madrid y caida de Esquilache. Espulsion de los jesuitas. Desavenencia entre Roma y Parma. Nuevas Poblaciones de Sierra Morena. Conquistas de los rusos en Turquía. Repartimientos de Polonia. Revolucion de las colonias anglo-americanas. Espedicion contra Argel.

INTERVALO DE DIEZ AÑOS, DESDE 1766 HASTA 1775.

Habia entre los ministros Grimaldi y Esquilache 1766. una diferencia muy notable en el carácter, en los modales y en las ideas políticas. El primero, de un nacimiento distinguido, enteramente adicto á la política de Choiseul y naturalmente tímido, era espléndido en su casa y trato, brillante y ameno en la conversacion, y se preparaba constantemente para pelear contra la Inglaterra; pero como la última guerra habia sido impopular por su mal resultado y por las contribuciones escesivas que la acompañaron y si-

guieron, huia de cuanto pudiese aumentar la responsabilidad que gravitaba sobre él, y dejaba el ramo del gobierno interior á disposicion de Esquilache. Este poseia el favor del rey hasta tal punto, que llegó á decir Carlos III: *si no tuviera mas que un pan, lo partiria con Esquilache.* Fiado en este favor, ninguna consideracion le detenia en sus operaciones, y asi el odio público recargó sobre él. Era por otra parte, como de humilde nacimiento, casi grosero en el trato; como desconfiado de que durase su prosperidad, codicioso de dinero, y en fin, como ministro de hacienda, enemigo de la guerra. Por este motivo incurrió en el aborrecimiento del gabinete francés; y Grimaldi, Ensenada y otros personages de su partido conspiraban para derribarle.

Esquilache á la verdad hizo reformas útiles en las fábricas del reino y en la policía de Madrid. Á él se le deben el alumbrado y limpieza de esta capital. Pero aun en este ramo se dejó llevar demasiado del espíritu de reforma, que sabia ser agradable al rey, acostumbrado á otros usos que los españoles, y quiso mudar el trage nacional, prohibiendo las capas y los sombreros redondos. Al mismo tiempo tuvo la imprudencia de conceder un privilegio de monopolio para el abasto, lo que hizo subir el precio de los géneros de primera necesidad; y la sedicion anunciada ya por pasquines casi diarios estalló el veinte y seis de marzo, domingo de Ramos, despues de medio dia. Su grito era: *viva el rey y muera Esquilache.*

Fueron á la casa de este ministro, que aquel dia estaba en el campo, rompieron los vidrios de las ventanas y quisieron forzar las puertas; pero los guardias walonas lo impidieron. Esparciéronse por la villa sin hacer daño á nadie, sino á los walones, de los cuales mataron á todos los que quisieron apaciguar

el desórden. Encontraron al embajador de Inglaterra que iba á palacio, y gritaron: *viva Inglaterra y muera Francia!* añadiendo el antiguo proverbio español: *con todo el mundo guerra y paz con Inglaterra.* Al dia siguiente el tumulto habia llegado á tal grado de exaltacion, que Carlos III recurrió al medio que usaron en iguales casos los antiguos reyes de España. Presentóse en el balcon de palacio, prometió despedir á Esquilache, darle un sucesor español, abolir el decreto contra las capas y sombreros, disminuir el precio de los víveres y perdonar á los sediciosos. Antes de la noche la capital estaba tan tranquila como si no hubiera pasado nada.

Pero el rey y la familia real, no conociendo bien el carácter español, partieron aquella misma noche para Aranjuez. Esquilache que habia vuelto del campo, y sabedor del tumulto en la puerta de Alcalá habia dado la vuelta á las tapias y entrado en palacio, les acompañó en esta especie de fuga. El pueblo se amotinó al dia siguiente con mayor violencia: se apoderaron de las armas, sin que las tropas se opusiesen á ello, y durante cuarenta y ocho horas estuvo Madrid en poder de la plebe. Mas á nadie hicieron mal ni entraron en casa de ningun particular: poblaban las tabernas y pedian á gritos la sangre de Esquilache. Al fin enviaron á Aranjuez un diputado suyo, que era cochero, con una carta abierta en que se pedia que el rey volviese á Madrid.

El cochero volvió con una respuesta dirigida al ayuntamiento, en que se declaraba que S. M. estaba enfermo y se habia sangrado dos veces, lo que le impedia ponerse en camino: que se habia depuesto á Esquilache y nombrado para sucederle á don Miguel Muzquiz: que se cumplirian las promesas hechas por el rey, con tal que el pueblo restituyese las armas á

los sitios de donde las habia tomado, y se volviese á sus casas y á sus ocupaciones ordinarias. El pueblo obedeció y se restableció la tranquilidad. Los gefes del movimiento pagaron los daños y gastos hechos en las tabernas. Esquilache pasó á Italia, donde algunos años despues fue embajador de nuestra corte en Venecia.

Bien conocia el rey que un tumulto hecho con tanto orden y con un objeto fijo, al cual se dirigió constantemente, no podia ser obra de una plebe ignorante, y que persónages mas altos estaban entre bastidores. Su indignacion era estrema, y no volvió á Madrid hasta ocho meses despues, y eso á instancias del marques de Grimaldi. Llamóse al conde de Aranda, gobernador entonces de Valencia, hombre muy amado y respetado, y con los títulos de presidente del consejo de Castilla y de capitan general de la provincia se puso al frente del gobierno interior, y con su firmeza habitual hizo callar todos los partidos. Se formó cerca de Madrid un campamento de diez mil hombres: muchas personas adictas á los grandes de España fueron presas y castigadas, y Ensenada fue desterrado á Medina del Campo, donde murió.

Don Antonio Barceló perseguia incesantemente á los corsarios berberiscos. Encontró dos buques argelinos junto al cabo de Gata, y despues de un combate muy reñido se apoderó de ellos.

Este año murió el dos de julio la reina viuda doña Isabel Farnesio, muger estraordinaria por sus talentos y carácter. Su sistema político fue el engrandecimiento de sus hijos, que prefirió al bien de la monarquía. Sin embargo, no se puede dudar que la adquisicion de estados en Italia para los príncipes de su familia era útil á España bajo las relacio-

nes del poder y del comercio; mas las empresas no se hicieron con la madurez necesaria ni en tiempo oportuno, y asi costaron mas de lo que valian las adquisiciones.

Los jesuitas habian prosperado durante dos siglos 1767. en santidad, letras, riquezas é influencia. Era imposible pues que no tuviesen enemigos muy poderosos, los cuales valiéndose de doctrinas relajadas en moral, ó perniciosas en política, publicadas en los siglos anteriores por algunos escritores de la Compañía, las pintaron como esenciales al espíritu del instituto, y lo hicieron sospechoso á los reyes. Desde aqui hasta atribuirles grandes crímenes y atentados contra la autoridad real, y el sosiego de los pueblos, no habia mas que un paso. En Portugal se extinguió la Compañía; en Francia hizo lo mismo el duque de Choiseul en mil setecientos sesenta y cuatro, y preparaban la misma operacion en España Roda, ministro de gracia y justicia, y Campomanes, fiscal del consejo de Castilla. Para lograrla se persuadió al padre Osma, confesor del rey, y que tenia mucho influjo, que jamás lograria la beatificacion del venerable Palafox, tan deseada de él, mientras existiese la Compañía; y á Carlos III, que los jesuitas habian tenido una parte muy activa en la última sedicion de Madrid.

Decidida pues su espulsion, se tomaron tan estraordinarias precauciones para el secreto, que el rey mismo estendió y firmó las órdenes, habiéndole llevado el conde de Aranda escondido en su faltriquera los instrumentos necesarios para escribir, para evitar las sospechas que pudiesen resultar de ver conducir al cuarto de S. M. un tintero de secretaría.

En un mismo momento, que fue el de media no-

che del treinta y uno de marzo, fueron rodeados todos los conventos de jesuitas de España; y reunidos los religiosos, sin permitirles llevar consigo mas que el breviario, el equipage necesario para vestirse y el dinero que tenian, con tal que declarasen la suma, fueron conducidos á los puertos, y embarcados en transportes, que bajo la escolta de varias fragatas los condujeron á Civitavechia. El Papa se negó á admitirlos, hasta que el rey de España les señaló una pension diaria apenas suficiente para su manutencion; pero en el intermedio los infelices, amontonados en los transportes, espuestos á los vaivenes del viento y la mar, sufrieron males horrorosos, que causaron la muerte á los mas ancianos ó mas débiles. En los dominios españoles de América y Asia se verificó la espulsion con el mismo secreto y éxito. Se temia que los del Paraguay no obedeciesen, atendido el amor y respeto que les profesaban los habitantes de las misiones; pero solo se valieron de su influencia para calmar la indignacion que sentian los indios al perder sus padres. La resignacion y el valor con que sufrieron los jesuitas una calamidad tan espantosa, desmiente las acusaciones de sus enemigos.

En vano reclamó el sumo Pontífice á favor de la Compañía los sentimientos religiosos de Carlos III: este monarca le respondió con el respeto de un cristiano y con la firmeza de un príncipe. Se prohibió á los jesuitas hasta defenderse y publicar apologías, so pena de perder su pension; y á los españoles escribir en pro ó en contra de la Compañía, so pena de alta traicion. La corte de Nápoles siguió el ejemplo de Francia y España y expelió de sus estados á los jesuitas.

Entretanto el duque de Choiseul reparaba las rui-

nas de la marina francesa, sometia el ejército á una severa disciplina, y pugnaba por remediar el estado miserable de la hacienda. Mas en esta parte se estrelló como todos sus antecesores y sucesores. El lujo y vicios de la corte, la avidez de los palaciegos y los gastos inmensos necesarios para prepararse á hacer la guerra á la gran Bretaña con esperanzas de vencer, produjeron, ademas del *defecit* anual, una deuda inmensa, en la cual se encerraba el germen mas espantoso de revoluciones.

Este año hubo notables desavenencias entre la si- 1768.
lla apostólica y la familia de Borbon. Don Fernando, duque de Parma, siguiendo el ejemplo de España, Francia y Nápoles, arrojó á los jesuitas de sus estados, y publicó diversos reglamentos sobre materias mistas, pertenecientes en parte al régimen civil y en parte al eclesiástico. La silla de Roma, que ha mirado siempre los estados de Parma y Plasencia como feudos de la capital del cristianismo, publicó un breve contra el duque, amenazando sus estados de entredicho y de escomunion á él y á todos los que tuvieron parte en los citados reglamentos, si no los abrogaba.

Fernando fue sostenido en esta lucha por toda su familia. Luis XV, su abuelo maternal, se apoderó de Aviñon y del condado Venaisin, pertenecientes al Papa: el rey de Nápoles ocupó militarmente los principados de Benevento y Pontecorvo. El consejo de Castilla puso en vigor la pragmática sancion contra los que distribuyesen breves no recibidos, y amenazó con la pena de muerte y confiscacion de bienes á los que esparciesen el breve contra el duque de Parma. Campomanes y don José Moñino, fiscales de dicho consejo, publicaron *el Juicio Imparcial* sobre dicho breve, que tan célebre fue en su tiempo, por

la impugnacion que de él hizo don Isidoro Carvajal, obispo de Cuenca, en una representacion dirigida á Carlos III, por la cual se le formó espediente, tuvo que comparecer ante el consejo, y sufrió una reprension. La muerte de Clemente XIII puso fin á estas desavenencias peligrosas. Su sucesor Clemente XIV dejó amortiguar poco á poco el incendio que habian producido.

Fue notable tambien este año por la adquisicion que hizo la Francia de la isla de Córcega. Estaba sometida desde el siglo XII á la república de Génova, que la gobernó siempre con la dureza acostumbrada de los republicanos para los pueblos vencidos. Los corsos, feroces y mal tratados, se levantaban frecuentemente contra los genoveses, de modo que aquella isla les costaba mas dinero que el que sacaban de los impuestos. Desde el año de mil setecientos veinte y nueve la guerra fue casi contínua y sangrienta: Génova imploró en mil setecientos treinta y siete el auxilio de la Francia para subyugarlos: los corsos pelearon contra genoveses y franceses, bajo la conducta de Jacinto Paoli, Giaferi, Rivarola y otros gefes intrépidos que sostuvieron su libertad con varia fortuna. Francia consumió en esta guerra grandes cantidades de dinero que debia pagar la república, y ésta no tuvo otro medio de satisfacerlas que ceder la soberanía de la isla, aun no sometida. El tratado de cesion se firmó en Compiegne en julio de este año; y á pesar del valor heróico de Pascual Paoli, hijo de Jacinto, que tuvo el honor de resistirse al rey de Francia durante un año, la isla fue sometida por los generales Vaux y Marbeuf, y agregada como provincia al imperio francés.

La indignacion de los ingleses por este aumento de poder de la Francia fue enérgica, general y exal-

tada á un grado estraordinario con la presencia de Paoli en Londres, donde buscó asilo y fue recibido con entusiasmo. Aun cuando los ministros británicos hubieran querido permanecer indiferentes, la voz del pueblo inglés los hubiera obligado á hacer reclamaciones; y asi enviaron á París al lord Rochfort, que acababa de dejar la embajada de España, á pedir la pronta evacuacion de la isla. Mas Choiseul resistió á sus proposiciones y amenazas, añadiendo que queria la paz sin temer la guerra, y que *no daria un solo paso en su cuarto para calmar las sospechas de los ingleses.* El ministerio británico, que estaba entonces dividido y atacado por diferentes facciones, conociendo por otra parte que el tratado de Compiegne en nada quebrantaba las estipulaciones entre Inglaterra y Francia, aguardó á que calmase la efervescencia del pueblo británico, y consintió en la cesion de Córcega.

Despues de la paz de Fontainebleau habia cedido 1769.
el gabinete francés la Luisiana al rey de España, en virtud de un tratado particular, celebrado en mil setecientos sesenta y tres. El veinte y uno de abril del año siguiente se notificó á la colonia el tratado de cesion, y produjo en ella una consternacion general; pero como la corte de Madrid retardó la toma de posesion, los colonos se lisonjearon de que el tratado no se verificaria; y asi, cuando mucho tiempo despues se presentó don Antonio de Ulloa en Nueva Orleans para encargarse de su gobierno, rehusaron admitirle. La corte de Madrid, indignada por esta resistencia, dió un decreto prohibiendo que los habitantes de la Luisiana fuesen admitidos en los mercados de las colonias españolas, donde antes vendian la mayor parte de sus productos. Esto aumentó la repugnancia de los colonos al dominio es-

pañol. El consejo general de Nueva Orleans apeló en vano á la Francia para que los protegiese y conservase bajo su gobierno. El grande objeto del ministerio francés era entonces conservar la mayor intimidad con el español. Éste, deseando poner fin á la resistencia, envió de la Habana al general Orreille con una escuadra y cinco mil hombres de desembarco, que se presentó en junio de mil setecientos sesenta y nueve en la entrada del Missisipi. La insurreccion fue general: unos querian impedir que los españoles desembarcasen; otros emigrar á la parte de la colonia, que se habia cedido á los ingleses por la última paz. Al fin, calmados los ánimos por la mediacion de la Francia y las representaciones y súplicas de sus magistrados, tomaron las tropas españolas posesion de la Luisiana. Pero la severidad impolítica de Orreille, muy cercana á la crueldad, le hizo adoptar medios rigorosos y funestos á los intereses de España. Seis de los gefes de la colonia perecieron en el cadahalso: otros fueron encerrados en las cárceles de la Habana. Los colonos ricos emigraron, la produccion cesó, el mercado de Nueva Orleans quedó desierto, y la España sacó, á lo menos en los primeros años, muy poca ó ninguna utilidad de su adquisicion.

Las islas Malvinas ó de Falkland fueron este año un objeto de desavenencia, que pudo haber producido un rompimiento entre Inglaterra y España. Ya desde el año de mil setecientos cuarenta y ocho proyectaban los ingleses establecerse en aquellas islas, movidos de la descripcion que el almirante Anson habia hecho de ellas; mas lo impidieron, como ya hemos dicho, las representaciones de Carvajal. Choiseul, que deseaba encontrar un motivo de guerra entre las cortes de Lóndres y Madrid, encargó al cé-

lebre navegante Bougainville, cuando salió para su viage al rededor del globo, que reconociese dichas islas y tomase posesion de ellas en nombre del rey de Francia. Hízolo asi, y en mil setecientos sesenta y cuatro estableció una colonia con el nombre de Port Luis.

La Inglaterra, queriendo conservar sus derechos por haber sido la primera en descubrir aquellas islas, envió al capitan Byron, que tambien formó en mil setecientos sesenta y seis una colonia con el nombre de Port Egmont. La corte de España se quejó á la de Versalles de haber ocupado un territorio que consideraba como parte de sus dominios en América. Choiseul no deseaba otra cosa, y dió orden de que se entregase la nueva colonia á los españoles. El virrey de Buenos Aires envió á don Francisco Bucareli, que tomó posesion de Port Luis, y le cambió el nombre en el de Puerto Soledad; porque en efecto fue abandonado. Es muy probable que los ingleses hubieran hecho lo mismo con la suya, atendida la esterilidad y los pocos recursos que aquellas islas presentaban; pero Choiseul y Grimaldi querian guerra, y asi no se tomaron con la colonia inglesa las medidas pacíficas que con la francesa. El comandante de Puerto Soledad mandó á los ingleses evacuar á Puerto Egmont; y no habiendo estos obedecido, envió un buque español para reconocer la plaza: el comandante inglés le obligó á volverse atrás.

Poco tiempo despues una espedicion española de mil seiscientos hombres con algunos cañones, enviada por el virrey de Buenos Aires, se presentó en el puerto, pidió y obtuvo el permiso de entrar en él para hacer aguada, y despues de inútiles negociaciones se tiraron algunos cañonazos, y los ingleses rindieron la colonia por capitulacion.

Los ministros de España y Francia creian que este insulto obligaria á los ingleses á declarar la guerra, pero se engañaron. El gabinete británico, ó por prudencia ó por debilidad, entabló una negociacion amistosa para transigir aquella cuestion, á pesar de los clamores del pueblo, sin que por eso dejasen de hacer preparativos militares de tierra y mar, como los hacian sus rivales. Esta negociacion continuó los años siguientes.

Entretanto las mejoras interiores eran rápidas en España. Los promotores de ellas fueron el conde de Aranda y los fiscales del consejo Campomanes y Moñino, tan célebre despues bajo el título de conde de Floridablanca. El ejército se aumentó, introduciendo en las tropas la táctica prusiana, reconocida entonces por la mejor de Europa, y que el conde de Aranda habia estudiado cuando viajó por Prusia. La marina se puso en un pie respetable: se establecieron en casi todas las ciudades de alguna consideracion las sociedades patrióticas, que propagaban los conocimientos útiles y promovian los establecimientos industriales. Sirvió de modelo á toda la insigne sociedad vascongada, que creó el conde de Peña-florida, y que fue aprobada por el rey en mil setecientos sesenta y cinco. Colegios, cátedras de matemáticas y escuelas de bellas artes se erigian como por encantamiento en todas las capitales. No ha habido una época en la historia de España en que se hayan promovido con mas zelo y generalidad los intereses de la nacion. Entre estas empresas, todas útiles y gloriosas, merecen una mencion particular las colonias de Sierra Morena, llamadas las *Nuevas Poblaciones*, que fueron debidas á don Pablo de Olavide, asistente de Sevilla y protegido del conde de Aranda.

1770. Al mismo tiempo se establecian en Madrid los estudios de San Isidro, que habian cesado desde la espulsion de los jesuitas; pero aunque se estendió la instruccion á las ciencias exactas y físicas, y á todas las lenguas sábias, sin embargo no formaron nunca universidad completa. Acaso se creyó que el estudio de las facultades mayores convenia mas en la quietud de las ciudades de provincia que en el bullicio y los placeres de una gran capital.

Las desavenencias con Inglaterra tomaban un carácter hostil por los manejos de Choiseul y Grimaldi. El gabinete de Lóndres envió instrucciones á Harris, secretario de embajada en Madrid, y que por ausencia de Jayme Gray desempeñaba las funciones de encargado de negocios, para que pidiese á nuestro gobierno una satisfaccion, reducida á desaprobar la conducta de Bucareli, y restituyese el Puerto Egmont á la gran Bretaña. Los términos de la nota presentada por Harris, joven de veinte y cuatro años, no eran muy mesurados, y Grimaldi se aprovechó de ellos para escitar la indignacion del rey y determinarle á que exigiese de la corte de Versalles los auxilios estipulados en el pacto de familia. Al mismo tiempo se negó á discutir con Harris este negocio, pretestando que habia enviado al príncipe de Maserano, embajador español en Lóndres, las instrucciones convenientes para tratar con el ministerio inglés.

En efecto las habia enviado; pero encerraban contradiccion, pues al mismo tiempo que desaprobaban la operacion de Bucareli, declaraban que no habia traspasado sus órdenes, y pedian que el rey de Inglaterra desaprobase las amenazas hechas por el capitan Hunt á los españoles del buque que fue á reconocer el Puerto Egmont. Al mismo tiempo se ofre-

cia ceder la isla á la gran Bretaña sin perjuicio de los derechos del gobierno español. El gabinete inglés no tuvo por suficiente esta satisfaccion, y envió nuevas instrucciones á Harris para obtener la desaprobacion pura y simple, y la promesa de restituir la isla. Los preparativos de guerra continuaban en ambos reinos con grande actividad.

Para conocer la situacion del ejército y completar el número de soldados, mandó Carlos III, que se formase en el ministerio de la guerra, dirigido entonces por don Juan Gregorio Muniain, una junta, compuesta no solo de los ministros, sino tambien del presidente y los dos fiscales del consejo de Castilla, que eran entonces, Aranda, Campomanes y Moñino, renovando asi la antigua costumbre de los reyes de España, olvidada mucho tiempo habia. Estas juntas llamadas de *Estado* se repitieron despues, y obtuvieron existencia política en virtud de un reglamento. Antes de esta época cada ministro era completamente libre en su departamento; pero carecia de las luces necesarias que podia adquirir por la concurrencia de sus colegas.

El *deficit* del ejército era de diez y ocho mil hombres, y se suplió con la agregacion de algunos cuerpos de milicias provinciales al ejército de línea, concediéndoles en recompensa una diminucion en los años del servicio. Entonces se empezó á trabajar en el plan para la recluta de las tropas en lo sucesivo.

1771. La negociacion se seguia con Inglaterra, pero sin esperanzas de buen éxito, porque Grimaldi la prolongaba hasta tener respuesta del ministerio francés en cuanto á los auxilios que habia pedido. Entretanto no cesaba de incitar á la guerra el ánimo del rey, para lo cual le auxiliaban el conde de Aranda y Orreille, que habia venido de la Habana y estaba en-

cargado de la nueva organizacion de milicias. Reuniéronse tropas en Galicia, Murcia y Andalucía: completáronse los cuadros del ejército: se equiparon las escuadras, y se preparaban espediciones en Cadiz y el Ferrol. Muchos buques de transporte se dispusieron: se suspendió la partida de los de registro y el pago de las pensiones, y se adoptaron otras medidas para adquirir dinero como en tiempo de guerra.

Grimaldi recibia de Choiseul las promesas mas positivas de que España seria socorrida en caso de pelear contra la gran Bretaña: el gobierno inglés, viendo que el príncipe de Maserano no recibia nuevas instrucciones, y que en Madrid no se adelantaba nada, rompió la negociacion, dió orden á Harris de salir de Madrid, y mandó volver inmediatamente á Gibraltar los oficiales de la guarnicion que estaban fuera de la plaza con licencia. Todo anunciaba un rompimiento próximo: la caida repentina é inesperada de Choiseul restituyó la paz.

La condesa de Barry, última dama de Luis XV, aborrecia á Choiseul por los mismos motivos que Gabriela de Etrées al gran Sully. Las almas áridas de dinero no quieren encontrar obstáculos en los ministros que emplean los caudales públicos en su destino verdadero, que son las necesidades del estado. Choiseul, autor del pacto de familia, tan ventajoso á la Francia, organizador de su ejército y de su marina, fundador de la caudrupla alianza entre España, Francia, Austria y Rusia, alianza que fortificó por medio de las bodas de Luis, heredero del trono y nieto de Luis XV, con la archiduquesa María Antonia de Austria, fue sacrificado á las intrigas de una muger, quizá vendida al oro británico. No solo se le destituyó del ministerio, sino tambien se le desterró del reino. Luis XV dió noticia de este suceso

á Carlos III en una carta de su propia mano, en la cual decia: *mi ministro queria la guerra: yo no la quiero.* Á Choiseul sucedió el duque de Aiguillon, que se habia señalado en la guerra de los siete años batiendo á los ingleses junto á San Maló, y libertando la Bretaña.

Grimaldi, destituido del auxilio de la Francia, y conociendo que las fuerzas de España no bastaban solas para pelear con la Inglaterra, adoptó medidas pacíficas muy á su pesar. Envió pues al príncipe Mascrano las instrucciones necesarias para aceptar las proposiciones de la corte de Lóndres, y en breve se terminó la negociacion interrumpida. La noticia del ajuste llegó á Madrid pocas horas despues de haber salido Harris de esta capital. Se despachó un correo que le alcanzó á las veinte leguas. Harris volvió inmediatamente y se presentó en la corte, esperando con su diligencia impedir la suspension de sus funciones; pero Grimaldi se negó á reconocerlo como enviado de Inglaterra y á presentarle al rey bajo esta calidad hasta que se le enviasen de Lóndres nuevas credenciales. Con este motivo se quejó de que al mismo tiempo que España tenia en Inglaterra un embajador de clase elevada, la Inglaterra no enviaba á Madrid sino ministros subalternos; y declaró que la corte de España observaria en lo sucesivo las reglas severas de la etiqueta. El gabinete de Lóndres satisfizo en esta parte la demanda del ministro español: envió de embajador al lord Grantham, y dió á Harris credenciales de ministro plenipotenciario. Los armamentos cesaron, la marina se puso en el pie de paz, y el convenio celebrado en Lóndres entre lord Rochfort y el príncipe de Mascrano, fue recibido con alegria, principalmente del rey, airado contra la Francia porque habia faltado

al pacto de familia en la primer ocasion que se le exigió su cumplimiento.

Puerto Egmont, en virtud del mencionado convenio, se restituyó á la Inglaterra, la cual no tardó en abandonar aquel establecimiento costoso, inútil y orígen de reclamaciones perpétuas entre las cortes de Madrid y Lóndres.

En el Oriente de Europa se preparaban entonces grandes sucesos. Los proyectos ambiciosos de la Rusia despertaban la atencion de las potencias Occidentales. Oprimia á los turcos con sus ejércitos y escuadras: á los polacos con sus ejércitos é intrigas, siendo el rey de Polonia el primer súbdito de la emperatriz; y á los suecos, por su influencia en el senado, que tenia oprimida la autoridad real. La Francia miraba con disgusto la humillacion del gran Señor, cuya alianza habia sido tan útil á sus intereses comerciales y políticos: la España temia aun mas los progresos de la Rusia, porque la estension de su poder marítimo en el Archipiélago era contrario al proyecto de hacer la marina española predominante en el Mediterráneo.

Las cortes de Versalles y Madrid aconsejaron al rey de Suecia que saliese de la tutela en que le tenia la aristocracia. Hízolo asi auxiliado por el ejército, y recobró la soberanía, que se habia trasladado á los nobles desde la muerte de Carlos XII. La Rusia se armó para sostener la constitucion que acababa de anularse. España y Francia anunciaron la intencion de atacar las fuerzas navales de Rusia en el Báltico y el Mediterráneo: la Inglaterra, que temia á Francia y España mas que á Rusia, se opuso á ello; y la rivalidad de esta potencia permitió á la Rusia completar sus planes de engrandecimiento. Es verdad que por entonces renunció al proyecto de recobrar su influjo en

Suecia, mediante una transaccion que se celebró á instancias de la gran Bretaña y la Francia.

Aun no bien se habia concluido este negocio cuando se descubrió el tratado secreto entre Rusia, Prusia y Austria para desmembrar la Polonia. El rey de España manifestó su disgusto contra esta horrenda injusticia con mas violencia que se podia esperar de su carácter reservado. «La ambicion y la usurpacion, decia, no me admiran en el rey de Prusia y en la Czarina; pero no esperaba tanta falsedad y perfidia de parte de la emperatriz reina." Mas ni el rey de Francia ni su ministro Aiguillon, aunque deseosos de intervenir, tenian la fuerza de alma que exigia una guerra tan justa y necesaria. Contaron Grimaldi y Aiguillon con la Inglaterra para impedir los proyectos ambiciosos de aquella triple alianza; pero la gran Bretaña, temiendo toda ocasion de aumentar el poder marítimo de sus rivales, persistió en no consentir que se combatiese á la Rusia. Desde entonces debió mirarse como perdída la Polonia. Asi quedó entregado á la ambicion voraz de sus vecinos un reino que habia salvado la cristiandad en la batalla de Viena, y el poder de la Rusia creció sin obstáculos.

1772. Este año se verificó con asombro de la Europa civilizada el primer repartimiento de la Polonia. El Austria adjudicó casi toda la parte meridional: la Rusia, la Livonia polaca y la Lituania, la Prusia, los palatinados de Guesna y Posen, y otros distritos de la gran Polonia. Fueron objeto de la admiracion general no tanto la osadía de la usurpacion que ni aun se quiso disfrazar con pretestos, como la ceguedad de los polacos, que por atender á sus reyertas intestinas dejaron ocupar su reino de tropas estrangeras: la connivencia del rey Estanislao, que solo se defendió con manifiestos, y la apatía del Occidente, cuyas potencias

entregadas á su mútua rivalidad, permitian echar por tierra la única barrera opuesta á la Rusia para impedirla penetrar en Alemania, centro de todos los movimientos del continente. Las cortes de España y Francia estaban entonces desavenidas: la España, porque la Francia se negaba á entrar en una lid gloriosa y aun necesaria contra la usurpacion, y dejaba el poder de ambas naciones bajo la influencia de la gran Bretaña: la Francia, porque llevaba á mal las reconvenciones del gabinete de Madrid. La verdad es que el duque de Aiguillon no se atrevia á contrariar las disposiciones pacíficas, que desgraciadamente para la Europa tenia Luis XV en sus últimos años. Aiguillon no queria entonces mas guerra que la que declaró al parlamento de París, obstinado en no archivar los edictos publicados para exigir nuevas contribuciones. El parlamento fue abolido en virtud de ordenanza real del trece de abril.

Repitióse este año en Polonia la escena del ante- 1773.
rior. Cada una de las tres potencias repartidoras se añadió nuevos territorios para redondear mejor los que habian usurpado, y dejaron reducido aquel reino á la pequeña Polonia y al ducado de Mazovia, quedando asi solo una vislumbre de su antiguo poder. El Occidente vió este nuevo desmembramiento con la misma afectada indiferencia que el anterior. La Rusia continuaba al mismo tiempo sus conquistas en la Turquía, y la rivalidad de Francia é Inglaterra dejaba libre carrera á su ambicion.

Entretanto en España continuaban las reformas interiores, fomentadas por el conde de Aranda, presidente de Castilla, y dirigidas por los fiscales Campomanes y Moñino. Aranda fue uno de los hombres mas señalados que tuvo la nacion en esta época. Descendia de una ilustre familia, y era muy rico por su

casa. La naturaleza le habia dotado del carácter noble, altivo y generoso que es propio de los españoles, principalmente en la clase elevada. Recibió una escelente educacion y cultivó los conocimientos adquiridos en ella, viajando por los paises estrangeros. Poseia en alto grado el valor militar, la constancia civil y la perseverancia propia de la nacion. En Prusia aprendió la nueva táctica, que hizo invencible á Federico en la Francia, la elegancia de los modales, y la independencia y aun la osadía en el modo de pensar sobre materias de gobierno. Volvió á su patria lleno de ideas nuevas y de planes de reforma, determinado á emplearse con todo su poder en despertar el genio español que estaba aletargado, y en abrir las fuentes de riqueza que tan abundantemente sembró la providencia en nuestro suelo.

Su campaña en Portugal fue desgraciada como ya dijimos. Aranda lo atribuia á la envidia de Esquilache, que no podia sufrir su altivez, y que no le auxilió como debiera. Diósele entonces la capitanía general de Valencia para separarlo honrosamente de la corte; mas la sedicion de Madrid obligó á ponerle al frente de los negocios interiores. Su energía calmó la efervescencia popular. La siguiente anécdota prueba cuanto era su influjo en el pueblo y la fisonomía particular de los hombres de aquella época. Aranda mandó llamar al gefe de los descontentos y le dijo: *Cuento con vmd. para restablecer la tranquilidad*. El demagogo se dejó vencer y quizá temió. Reune sus camaradas y les persuade á destrozar la bandera de la insurreccion en un discurso que terminó con estas palabras. *El rey lo pide, el conde de Aranda lo desea y yo lo mando*. Aranda, restablecido el orden, purgó la capital de holgazanes y vagos; la dividió en cuarteles para dar mas actividad á la policia; estable-

ció una guarnicion permanente, y puso fin á la insolencia del populacho.

Entonces empezó sus grandes trabajos para la formacion del tribunal de la Rota, que se estableció mas tarde, para la restriccion del derecho de asilo en las iglesias y de las causas de inquisicion, que se redujeron á solo la heregía y apostasía, para la formacion de un censo, establecimientos de enseñanza pública, ramo casi abandonado despues de la espulsion de los jesuitas, recluta del ejército, nuevas poblaciones en Sierra Morena, y refundicion de las monedas viejas á costa del erario.

Estas reformas y otras muchas, que meditó y planteó, no impidieron que saliese del ministerio. Junto con las grandes cualidades que poseia, tenia defectos considerables. Era imprudente, irritable y violento. Se indispuso con Grimaldi, cuya nulidad le indignaba, y llegó hasta el estremo de llamarle en la presencia misma del rey *el ministro mas débil, indolente y adulador* que habia tenido la España. Se indispuso con el rey mismo, por la osadía que tuvo de proponerle el restablecimiento de los antiguos fueros de Aragon, su patria; se indispuso en fin con todos por el proyecto mal disimulado de destruir el tribunal de la inquisicion.

Como sus planes de reforma encontraban frecuente resistencia en el rey y los demas ministros, una vez pedia su dimision con la embajada de Paris; otras contemplando el placer que daria á Grimaldi su salida del ministerio, declaraba que *por hacerlo rabiar* conservaria su destino. Carlos III tenia una aversion natural á mudar de ministros: Grimaldi queria que la desgracia de Aranda fuese completa, temiendo que en la embajada de Paris conservase su influjo; pero las provocaciones del conde fueron tan

repetidas é insufribles, que al fin se aceptó su dimision y se le envió á Francia de embajador.

Se cuenta una anécdota, que manifiesta el carácter impetuoso de este ministro, y hasta qué punto abusaba de la bondad y paciencia de su rey. En una de las ocasiones que con su tenacidad ordinaria pedia á Carlos III ciertas reformas, el rey despues de haber hecho vanos esfuerzos para convencerle de que no convenian, le dijo: *conde de Aranda, eres mas testarudo que una mula aragonesa. Perdone V. M.*, replicó el conde: *conozco otro mas testarudo que yo. Y ¿quién es? La sacra real magestad de Carlos III.* El rey se sonrió y le despidió con su amabilidad habitual.

La presidencia del consejo de Castilla quedó vacante, y se nombró gobernador de él al anciano Figueroa, célebre por la negociacion del concordato de Fernando VI con la santa sede, y despues de su muerte al conde de Campomanes. La capitanía general de Castilla la Nueva se dió á Orreilie protegido de Grimaldi.

Este mismo año fue enviado de embajador á Roma don José Moñino, fiscal del consejo de Castilla y colega de Campomanes. El objeto principal de su embajada fue solicitar la estincion de la Compañía de Jesus, de acuerdo con la Francia, las dos Sicilias y el Portugal. Clemente XIV publicó la bula de estincion el veinte y uno de julio. Moñino recibió la dignidad de título de Castilla con el nombre de conde de Floridablanca.

1774. La Inglaterra convidó á la Francia á servir de mediadora entre los turcos y los rusos. El Austria, que habia consentido en el repartimiento de Polonia, que aumentaba su poder, pero que no queria el engrandecimiento de la Rusia á costa de los turcos, en

cuyo pais nada tenia que ganar, entabló con la Puerta negociaciones no solo de paz, sino tambien de alianza contra la Czarina. Ésta avisada por la Prusia, que supo á tiempo la negociacion secreta de la corte de Viena con el gran Señor, admitió la mediacion de la Francia, y celebró con la Turquía la paz de Kainardgi, por la cual se agregaron al imperio ruso la plaza de Azof sobre el Don, parte de la pequeña Tartaria y algunos puertos de la península de Crimea.

Al mismo tiempo que se restablecia la paz en el Oriente de Europa, se empezaba en el Nuevo Mundo la célebre guerra de las colonias inglesas de América, que tanta influencia ha tenido en la suerte del universo.

La gran Bretaña, triunfante en la lid de los siete años, y poseedora de toda la América Septentrional desde la bahía de Hudson al canal de Bahama, quiso hacer mas estrecha la sujecion de sus colonias de lo que habia sido hasta entonces, y el parlamento británico empezó á gravarlas por medio de contribuciones. El espíritu republicano, que se habia conservado en dichas colonias desde su establecimiento, y el principio mamado en la leche por todo inglés, de que no hay para ellos impuesto legítimo sino los que hayan votado por medio de sus representantes, causó al principio disgustos, despues sediciones, y últimamente una guerra abierta entre las colonias y su metrópoli. Las desavenencias habian empezado en mil setecientos sesenta y cinco; pero hasta mil setecientos setenta y cuatro no se formó el célebre congreso de los Estados Unidos, que dos años despues proclamó la independencia, abrió un empréstito, formó ejércitos, al frente de los cuales se señaló el general Wasington, colono de la Virgi-

nia, insigne ya por sus prendas militares desde la guerra de los siete años.

En éste murió Luis XV, príncipe instruido, pero débil. Previó las desgracias que iban á caer sobre su nieto, que le sucedió con el nombre de Luis XVI; mas no habia tomado ninguna de las precauciones necesarias para impedirlas. Le dejó la monarquía gangrenada por una deuda inmensa, una hacienda sin orden, el espíritu republicano sin freno y la irreligion que iba cundiendo en todas las clases del estado. Luis XVI tenia todas las virtudes de un gran príncipe, escepto la fuerza de voluntad y la instruccion necesaria para salvar el trono en la lucha terrible que se preparaba contra él. No pudo levantar el erario del abismo en que habia caido, y esta fue la causa de su ruina. Religioso, casto, económico en su persona y amante de su pueblo, fue sin embargo el juguete de los ambiciosos, la víctima de los cortesanos y el blanco de los enojos populares.

La Francia atizaba el fuego de la revolucion americana por dos causas. Una por humillar el orgullo de los ingleses y debilitar su poderío; otra por dar fuerza al principio republicano, que ya tenia partidarios hasta en las secretarías del ministerio.

El emperador de Marruecos habia concluido recientemente un tratado de paz con España, siendo nuestro plenipotenciario el célebre don Jorge Juan; pero lo rompió este año, creyendo fácil la conquista de las plazas que los españoles poseian en la costa de África. Atacó á Melilla con un cuerpo que al principio solo fue de cinco á seis mil hombres, pero que pronto se aumentó hasta treinta mil con un gran tren de artillería. Reconocióse en sus ataques mas pericia militar de la que acostumbraban; lo que se atribuyó á la influencia del gabinete inglés, que sus-

citaba esta guerra al rey de España para impedir que diese auxilios á las colonias sublevadas de América; y se creyó que las operaciones del sitio eran dirigidas por ingenieros británicos. Don Juan Sherlock, comandante de la plaza, la defendió con sumo valor, rechazó todos los asaltos y obligó á los bárbaros á levantar el sitio. Igual éxito tuvo el que pusieron casi al mismo tiempo al Peñon de Velez, donde mandaba don Florencio Moreno. Despues de cuatro meses, en que no cesaron de arrojar bombas á las dos plazas, se retiraron, habiendo perdido ocho mil hombres y algunos cañones.

Escarmentados los marroquíes con estas pérdidas, 1775. con el bloqueo de sus puertos por las escuadras españolas y con la ruina de su comercio, temerosos ademas de que un ejército español desembarcase en sus costas, procuró el emperador entablar negociaciones de paz; y como ambas naciones la deseaban, fácilmente se concluyó. La España queria vengarse de los argelinos que infestaban nuestras costas con sus piraterías, á pesar del valor y actividad de Barceló. Formóse el proyecto de atacar y tomar á Argel, capital de aquellos corsarios. Esta ciudad está situada en la playa de un mar tempestuoso, y dificil de ser atacada por la falta de agua y de víveres. Ademas la socorrian secretamente algunas naciones marítimas de Europa, creyendo que su comercio en Levante sufriria un golpe terrible si los españoles se apoderaban de aquel punto.

Reunióse en Cartagena una escuadra de ocho navios de línea, ocho fragatas, veinte y cuatro jabeques y algunas galeotas bombarderas, con otras naves auxiliares toscanas, maltesas y napolitanas, ademas de un gran número de buques de transporte, que componian entre todos el número de cuatrocientas

velas. Las tropas de tierra ascendian á veinte y dos mil hombres de todas armas, mandados por el general Orreille. El mando de la escuadra se confió á don Pedro Castejon, siendo su mayor don José de Mazarredo, uno de los mas hábiles marinos de su tiempo, y á quien se debe el sistema de señales y el uso de los instrumentos de reflexion en nuestros buques.

La escuadra salió de Cartagena el veinte y ocho de junio, y se presentó delante de Argel el primero de julio. La necesidad de disponer los buques para el desembarco, de modo que se hiciese con orden y sin peligro, retardó seis dias esta operacion, y hasta el siete de julio no saltó en tierra la primer division, que se componia de ocho mil hombres. Apenas desembarcaron entre el rio Arraz y la ciudad, cuando engañados por una retirada falsa de los moros avanzaron inconsideradamente hácia Argel, animados por Navarro, oficial de guardias, que mandaba la vanguardia, y gritó: *á ellos hijos: viva la fé de Cristo.* Esto era precisamente contrario á las instrucciones dadas por el general en gefe la noche anterior, segun las cuales la primer division debia apostarse lo mas cerca posible del desembarcadero para esperar á la segunda. El plan era, concluido el desembarco, marchar en columna cerrada y embestir la ciudad.

La primer division se halló en un terreno quebrado y defendido por atrincheramientos. Una inmensa multitud de moros la asaltó y desordenó, y la obligó á retrogradar hasta la playa. Los fugitivos desordenaron la segunda division que acababa de desembarcar. El peligro de una derrota completa era inminente. Orreille mandó construir á toda prisa un atrincheramiento donde las tropas pudieran estar al abrigo del fuego enemigo. El soldado, fatigado del calor,

sufrió el fuego de las carabinas berberiscas, de mas alcance que nuestros fusiles, y el de las baterías que trajo el enemigo, al mismo tiempo que su caballería procuraba penetrar hácia la costa y cortar la retirada al ejército.

Fue preciso pues embarcarse. Las disposiciones que para ello dió Mazarredo salvaron aquella noche el ejército, del cual no quedó en tierra ni un herido, siendo su número de tres mil. El de los muertos fue solo de cuatrocientos sesenta. Salvóse la artillería, aunque se perdieron algunos cañones y municiones. Esta operacion, dificil despues de una derrota, teniendo al frente ciento cincuenta mil enemigos, honra á los generales de mar y tierra que en ella intervinieron.

Tal fue el resultado funesto de la célebre espedicion de Argel. La indignacion pública llegó á su colmo, y acusó á Orreille, á Castejon y á Grimaldi por una derrota; cuya única causa fue el ardor y la indisciplina de la primer division. Batida ésta y desordenada la segunda, ya no quedaba mas refugio que la retirada. La escuadra volvió á Alicante y á Cartagena, escepto algunos navíos de línea y otras embarcaciones menores de guerra que quedaron cruzando en aquellos mares para impedir la salida de los corsarios.

Entretanto manifestaba Floridablanca en la embajada de Roma el talento y firmeza de carácter que brillaron despues con mayor esplendor en un puesto mas eminente. Allanó, durante el pontificado de Clemente XIV, las desavenencias que existian sobre varios negocios mistos de eclesiástico y civil entre la corte de Roma y las de Parma, Nápoles, España y Francia; y despues de la muerte de aquel Pontífice, contribuyó en gran manera á la eleccion de Pio VI.

El cónclave estaba dividido en dos opiniones: el mayor número de cardenales quería que se eligiese un Papa capaz de libertar á la silla apostólica del influjo de las potencias europeas, y de revindicar los antiguos derechos de la corte de Roma. Floridablanca, auxiliado por los embajadores de Francia, Portugal y Nápoles, que comprometieron en él el ejercicio del derecho de esclusion, llamado *voto de las coronas*, viendo que este derecho en las actuales circunstancias no era de grande importancia, logró persuadir al cónclave que para la eleccion se concertasen los cardenales con los reyes como representantes del pueblo cristiano, que antiguamente concurria á la eleccion de los sumos Pontífices. A pesar de esto la eleccion esperimentaba todavia muchas dificultades; pero el embajador español, que habia conocido la piedad y el saber del cardenal Braschi, tesorero de la santa sede, determinó á los embajadores á no darle la esclusiva, aunque pertenecia á la opinion de los cardenales celosos por las preeminencias de la curia romana. Removida esta dificultad se hizo la eleccion unánimemente. El nuevo Papa tomó el nombre de Pio VI, y las virtudes que desplegó en su largo y difícil pontificado, y en los infortunios que afligieron sus últimos dias, han justificado plenamente la penetracion y las miras de Floridablanca.

CAPÍTULO XXXVII.

Conquista de la colonia del Sacramento. Principios del ministerio de Floridablanca y tratado con Portugal. Guerra entre Francia é Inglaterra. Guerra con la gran Bretaña y conquista de la Florida Occidental. Bloqueo de Gibraltar. Toma de Puerto Mahon. Sitio de Gibraltar. Independencia de los Estados Unidos de América.

INTERVALO DE SIETE AÑOS, DESDE 1776 HASTA 1782.

Las relaciones de España con Inglaterra y Portugal eran en esta sazon muy poco amistosas. Un buque inglés que arribó á la isla de Crab, cercana á las costas de América, dió lugar á negociaciones que hubieran degenerado en una guerra, á no impedirla la necesidad que ambos gabinetes tenian de la paz: Grimaldi porque el odio causado por el infeliz éxito de la espedicion de Argel, en lugar de calmarse aumentaba cada dia: los ingleses porque necesitaban todas sus fuerzas contra las colonias. El congreso de los diputados de éstas, reunido en Filadelfia, las declaró independientes apenas vio que el ejército inglés, aunque vencedor en diferentes combates, habia tenido que embarcarse en Boston por falta de víveres. El gobierno inglés determinó enviar grandes fuerzas á América para oprimir la revolucion en una sola campaña: cincuenta mil soldados, al mando del general Howe, desembarcaron en el territorio de las colonias. Wasington fue derrotado en varios combates, Filadelfia ocupada, y la nueva república se halló próxima á la muerte apenas acababa de nacer. 1776.

Las desavenencias de España con Portugal eran mas antiguas, y procedian de no haberse establecido

con exactitud los límites entre el Paraguay y el Brasil. El gobernador de Buenos Aires habia ocupado, en el territorio que reclamaban los portugueses, hasta el Rio Grande de San Pedro, y aun habia atacado las colonias de esta nacion. El ministro portugués Pombal, escitado por su odio antiguo á España, por el desprecio que profesaba á Grimaldi, y por el influjo de los ingleses que querian dar ocupacion al gabinete de Madrid para que no tomase parte en la guerra de las colonias anglo-americanas, se determinó á usar de represalias. Aumentó insensiblemente las fuerzas terrestres y marítimas del Brasil, é hizo preparativos de guerra en la península para resistir á las agresiones de España.

Una escuadra portuguesa, con un cuerpo de desembarco y un tren formidable de artillería, dió la vela desde Rio Grande, se apoderó de los fuertes de Santa Tecla, Santa Teresa y Montevideo, y derrotó una division española, haciéndole perder quinientos hombres. España acercó tropas á Portugal, envió refuerzos á América, y exigió auxilios de su aliada la Francia, asi como Portugal los habia exigido de Inglaterra. Empezóse una negociacion que por mucho tiempo fue inútil.

Una escuadra de seis navíos de línea y muchas fragatas, mandada por el conde de Casa Tilly, salió de Cadiz con un cuerpo espedicionario de diez á doce mil hombres á las órdenes de don Pedro Cevallos, y se dirigió á la isla de Santa Catalina, cercana á la costa del Brasil. Esta isla, donde era dificil arribar, tenia la fortaleza de Santa Cruz y una escuadra de doce buques de guerra para defender el puerto: tenia ademas otros dos fuertes en el interior, donde el pais era quebrado y lleno de desfiladeros. Sin embargo, los buques huyeron, Santa Cruz y los

fuertes se entregaron, y el gobernador Mendoza se rindió prisionero de guerra con toda su guarnicion. Los españoles pasaron despues al Rio de la Plata y se apoderaron de la colonia del Sacramento, de la isla adyacente de San Gabriel y de las demas posesiones del rey de Portugal hasta Rio Grande.

Este año se celebró el matrimonio del infante don Luis, hermano del rey, con doña Maria Teresa de Vallabriga y Rozas, de una familia ilustre de Aragon, enlazada con las casas de Veraguas y Berwick; pero desigual á la augusta rama de los Borbones. Este suceso admiró á todos, y muy pocos han entendido las causas que lo produjeron.

Don Luis fue destinado por sus padres al estado eclesiástico, y así á la edad de diez años obtenia ya la administracion de los arzobispados de Toledo y Sevilla, y habia sido creado cardenal con el título de Santa María de la Scala; pero reconociendo cuando fue jóven su falta de vocacion para el ministerio sacerdotal, y su inclinacion al matrimonio, la delicadeza de su conciencia le decidió en mil setecientos cincuenta y cuatro á renunciar sus dignidades eclesiásticas. Fernando VI, quizá por influjo de su hermano Carlós III, no pensó en casarle; y Carlos III cuando subió al trono observó la misma conducta que Fernando. Pero el infante don Luis que habia recibido represiones por algunos desórdenes amorosos, hijos de su temperamento, suplicó al rey, por medio de su confesor, que pusiese fin á la lucha interior que padecia, permitiéndole casarse. Carlos, aunque la política rehusaba dar este permiso, vencido al fin de su conciencia y de su amor á las buenas costumbres, determinó acceder á sus súplicas.

El motivo del rey para repugnar el matrimonio del infante era el siguiente. Felipe V en mil setecien-

tos trece habia alterado la ley inmemorial de la sucesion en España, escluyendo de ella las hembras; pero al mismo tiempo imponia como una condicion necesaria para suceder á la corona, *haber nacido en España*. Todos los hijos de Carlos III habian nacido en Italia: no queria pues que su hermano tuviese sucesion española, capaz algun dia de disputar sus derechos al príncipe de Asturias. Hé aqui el espediente que tomó para conciliar lo que debia á su hijo y á la tranquilidad del estado con lo que exigian las justas y respetuosas súplicas de su hermano.

Publicóse en veinte y tres de marzo de mil setecientos setenta y seis una pragmática fundada en los males producidos por los matrimonios desiguales, en que se mandaba que los jóvenes no casasen sin consentimiento de sus mayores bajo ciertas penas: que los infantes y grandes de España no casasen sin aprobacion del rey, so pena de quedar incapaces ellos y sus descendientes de poseer títulos, honores y bienes dimanados de la corona, y que los que casasen con personas desiguales, aun con aprobacion real, no pudiesen comunicar al consorte desigual sus títulos, honores y prerogativas, ni los hijos de dicho matrimonio suceder en las dignidades, honores, sustituciones ó bienes dimanados de la corona, ni usar las armas de la casa, cuya sucesion se les prohibe, sino las del consorte desigual, aunque tendrán derecho á los bienes libres y pensiones alimenticias.

Reconocida esta pragmática por ley del reino, permitió el rey al infante don Luis tomar el estado del matrimonio, avisándole que no permitiendo las circunstancias actuales su enlace con una princesa igual á él buscase consorte en las familias nobles de España, cuya residencia se fijaria con la de sus hijos durante la vida del padre en un punto distinto de Ma-

drid y los sitios reales, quedando la esposa é hijos del infante sometidos á los efectos civiles de la nueva pragmática. El infante fijó su eleccion en doña María Teresa de Vallabriga, digna por su hermosura, virtudes y escelente educacion de enlazarse con la familia real, y vivió feliz á su lado en Olias, donde se casó, y en Cadalso, Arenas y Velada, donde transfirió sucesivamente su residencia.

Entretanto el ministerio de Grimaldi llegaba á su 1777. fin. Su calidad de estrangero le hacia ya odioso á una nacion siempre altiva é independiente: la desgraciada catástrofe de Argel, que se atribuia á su administracion y á su favorecido Orreille, aumentó el número de sus enemigos. Recordaba temblando la suerte de Alberoni, Riperdá y Esquilache, y deseaba salir del ministerio antes que estallase la tempestad inminente. El rey sin embargo no habia aceptado su dimision. Le amaba personalmente, estimaba su lealtad y servicios, y era enemigo de mudar ministros.

Grimaldi habia esperado que Luis XVI, cuando subió al trono de Francia, hubiera restituido al ministerio á su protector el duque de Choiseul, autor de la alianza con Austria. Pero aunque el nuevo rey adoraba á su esposa la archiduquesa, su política conservaba siempre el fermento de la antigua rivalidad contra la corte de Viena. Sus nuevos ministros Maurepas y Vergennes podian á la verdad estar en buena inteligencia con Grimaldi; pero el conducto de su recíproca comunicacion era el conde de Aranda, nuestro embajador en Paris, que lejos de favorecer al ministro español, animado de los antiguos odios y de la esperanza de sucederle, le desacreditaba en todas ocasiones, exagerando, si era posible, la aversion con que se le miraba en España por la malograda empresa de Argel.

A los peligros del odio y de la envidia en el interior, y de una política complicada y hostil en Francia, Portugal é Inglaterra, se juntaba la inflexibilidad del carácter del rey, que aunque estimaba y queria conservar á Grimaldi en su servicio, no cedia nunca ni á sus consejos ni á sus representaciones cuando los creia capaces de comprometer ó la dignidad de su corona ó la felicidad de sus pueblos.

Tantos disgustos reunidos contra el espíritu tímido de Grimaldi le hicieron adoptar la determinacion de no hacer nada sin el consentimiento de los demas ministros y del príncipe de Asturias, que en virtud de sus instancias al rey asistia al consejo de gabinete. Todo lo hacia por evitar el odio público y disminuir su responsabilidad. Pero esto mismo le causó nuevas mortificaciones de parte del príncipe, que se mostró contrario á todas sus medidas, escitado por el partido del conde de Aranda, llamado *aragonés*, muy fuerte desde que entró en el ministerio de la guerra el conde de Ricla, pariente y amigo del rival de Grimaldi. En fin, el conde de Fuentes, amigo del ministro, estaba enemistado con Orreille. Los contrarios aumentaban sus fuerzas cuando las de Grimaldi disminuian.

En estas circunstancias logró á fuerza de representaciones recabar de S. M. que le permitiese dejar el ministerio; pero Carlos III, que temia el carácter violento de Aranda, y que no gustaba de la intervencion del príncipe, hizo que Grimaldi eligiese su sucesor. El señor del Campo, primer oficial de su ministerio, le recomendó á Floridablanca que habia hecho sus pruebas de habilidad y firmeza en la dificil embajada de Roma. Esta eleccion contentó al rey. Grimaldi fue nombrado para dicha embajada, y conservó el ministerio hasta la llegada del conde. Asi dejó el

poder despues de diez y siete años de ministro; para cuyo empleo no le faltaban ni amabilidad, ni luces ni celo. La historia solo podrá culpar en Grimaldi la timidez, defecto tan reprensible en las altas dignidades civiles, como vergonzosa la cobardía en los militares.

El partido enemigo de Grimaldi, y que deseaba la elevacion de Aranda al ministerio, quedó muy descontento de ver á Floridablanca al frente de los negocios; pero el nuevo ministro hizo callar bien pronto todas las enemistades y ambiciones. Su primer paso, dirigido á cortar de raiz las hostilidades con Portugal, tuvo un éxito feliz. Es verdad que le favoreció mucho la muerte del rey Jorge I y la caida de su ministro Carvalho que era consiguiente. Este hombre, cuyas miras ambiciosas eran superiores á las fuerzas de la monarquía que gobernaba, habia persuadido al rey que trastornase el orden de la sucesion, segun el cual debia reinar despues de él la princesa su hija, y nombrase por su sucesor inmediato á José, príncipe del Brasil, su nieto. Carvalho temia la influencia de la reina doña Mariana Victoria, que amaba mucho á Carlos III, en el ánimo de su hija, si ésta llegaba á reinar; pero su misma precaucion le perdió. La reina supo el proyecto, avisó á la princesa que no firmase el acto de renuncia que su padre le iba á presentar, hubo tiempo para que el rey de España entendiese lo que pasaba, y declarase que no consentiria el despejo de su sobrina, y Carvalho tuvo que abandonar su proyecto. Muerto José I le sucedió sin oposicion la princesa agradecida á la corte de España y enemiga natural de Carvalho, que dejó inmediatamente el ministerio.

Floridablanca se aprovechó de circunstancias tan felices y de la imposibilidad en que se hallaban los in-

gleses de socorrer á Portugal, para concluir el tratado de límites de primero de octubre, celebrado en el real sitio de San Ildefonso. Por él cedia Portugal la colonia del Sacramento y la navegacion del rio de la Plata, del Paraguay y Parana hasta la confluencia del Peperiguazu y del Urugay. La España adquirió por límites del Paraguay las dos riberas del Rio Grande, cediendo una porcion de territorio insignificante para ella, sobre el lago grande y Mairin, y otra parte mal conocida del pais de las Amazonas. Restituyó á Portugal la isla de Santa Catalina, y Portugal renunció á las pretensiones que le daba sobre las islas Filipinas la bula de Alejandro VI.

Libre la corte de Madrid de toda desavenencia con el Portugal pudo atender al principal teatro de los sucesos que eran las colonias inglesas. Wasington y su ejército no encontraban en esta época mas asilo que los desiertos y los bosques, y parecia restablecerse el poder británico en aquellas regiones. Pero el general inglés Burgoine penetró con un cuerpo numeroso en la parte del Canadá que ocupaban los insurgentes, y fue rodeado y obligado á rendirse con todas sus tropas, reducidas ya á diez mil hombres en la posicion de Saratoga. Este acontecimiento fue decisivo. Los franceses hasta entonces no habian hecho mas que enviar á los americanos dinero y algunos oficiales para instruir sus ejércitos inespertos; pero casi seguros ya del éxito de la contienda, celebraron con los Estados Unidos, cuya independencia reconocieron, un tratado de union, amistad y comercio.

1778. Carlos III se aprovechó hábilmente de las disposiciones amistosas de la corte de Portugal para cimentar sólidamente la buena armonía entre ambos reinos. Con el pretesto de zanjar algunas dificultades que se oponian al entero cumplimiento del tratado de San Il-

defonso, convidó á la reina viuda, su hermana, á venir á Madrid, lo que ella aceptó de muy buena voluntad; y bajo los auspicios de los dos augustos hermanos, que se amaban tiernamente, se celebró el tratado del Pardo de veinte y cuatro de marzo. Por él no solo se confirmaron las disposiciones del anterior, sino ademas se formó un convenio de familia y una alianza política y mercantil entre los dos estados. Se renovaron los antiguos tratados de amistad hechos en los tiempos de Carlos I y Felipe II: se aseguraron recíprocamente sus estados respectivos en ambos mundos, aunque sin perjuicio de sus contratos con otras potencias: se renovaron los privilegios concedidos recíprocamente al comercio en tiempo del rey don Sebastian; y se mandó formar una nueva tarifa de aduanas, con espresion de no prohibir sino los artículos indispensables. Para compensar las cesiones que España habia hecho y favorecer el comercio de negros que esta potencia hacia con el objeto de satisfacer las necesidades de sus colonias, le cedió Portugal las islas de Annobon y Fernando Po en la costa de Africa. En fin se estipuló la estradicion mútua de los delincuentes, contándose entre los sometidos á ella asesinos, monederos falsos y desertores.

Floridablanca, que fue el alma de estas negociaciones, y que las llevó á cabo con tanta felicidad, adquirió un crédito inmenso para con el rey y la nacion. Los envidiosos enmudecieron á vista de los inmediatos efectos de ambos tratados. El comercio de Buenos Aires aumentó rápidamente, destruido el contrabando que se hacia por medio de los establecimientos portugueses. Las esportaciones anuales, que antes eran solo de dos millones de duros, pasaron de cinco; y aquel pais adquirió en la monarquía una importancia mercantil y comercial que no tuvo ni

aun en los tiempos mas prosperos de la dominacion española. Pero la principal utilidad del tratado del Pardo fue haber neutralizado á Portugal en el caso de un rompimiento, que se creia próximo, con Inglaterra.

En efecto el gabinete de Versalles notificó al de St. James en trece de marzo el tratado que habia celebrado con los Estados Unidos, y la guerra comenzó inmediatamente entre ambas naciones. Una escuadra francesa de doce navíos de línea con cuatro mil hombres de desembarco dió la vela para América al mando del conde de Estaing. En ella iba Mr. Gerard, nombrado ministro de Francia cerca de la república de los Estados Unidos. Al mismo tiempo se reunió en Normandía y Bretaña un ejército de cincuenta mil hombres para amenazar las costas de Inglaterra. Ambas naciones equiparon numerosas escuadras para hacerse dominadoras en el canal de la Mancha. La inglesa, al mando del almirante Keppel, de treinta y un navíos de línea, peleó el primero de setiembre con la francesa, de treinta y dos, mandada por el caballero de Orvilliers, á la altura de la isla de Ovessant. Este combate no tuvo resultado definitivo. Pero en el Nuevo Mundo perdieron los franceses las islas de Santa Lucía y la Dominica, en África los establecimientos de Senegal y la Gorea, y á Pondichery en la India Oriental.

Apenas empezaron las hostilidades, ofreció Carlos III su mediacion á las dos potencias beligerantes. Fue aceptada, y las negociaciones comenzaron en Madrid; mas el gobierno español hizo grandes preparativos de guerra, que no pudiendo creerse dirigidos contra la Francia, causaron grande alarma al gabinete británico.

Este año se publicó el célebre decreto del co-

mercio libre de América, que dió un grande aumento de prosperidad, tanto á las colonias españolas como á su metrópoli.

El gobierno español miró siempre sus posesiones de Ultramar, mas bien como partes integrantes de la monarquia que como colonias. De aqui el titulo de rey de Indias que tomó el monarca español: de aqui las leyes de moderacion y benevolencia que se dieron á aquellos inmensos dominios. Pero los principios de la ciencia económica no eran conocidos entonces ni en España ni en el resto de Europa: predominaba el sistema prohibitivo y reglamentario. Todo el comercio entre las Indias y su metrópoli se hacia por medio de monopolios y privilegios. Sevilla los obtuvo primero, despues Cadiz; y no era lícita ninguna relacion comercial con las colonias sino desde el punto privilegiado.

Carlos III, cuyo espíritu era inclinado á las reformas prudentes y juiciosas, fue estendiendo poco á poco, y como quien hace esperimentos, la libertad del comercio: en mil setecientos sesenta y cuatro se concedió á los paquebotes que salian de la Coruña para Puerto Rico, la Habana y el rio de la Plata, llevar á América medio cargamento de productos españoles y traerlo de americanos. Este primer ensayo produjo muy buenos efectos, y el rey se determinó á hacer *libre* el comercio del Nuevo Mundo; esto es, á anular el monopolio del puerto de Cadiz, y á estender sus privilegios á los de Barcelona, Sevilla, Cartagena, Alicante, Santander, la Coruña y Gijon. Despues se concedió la libertad á otros cinco puertos, y en fin á todos los de la peninsula y de Canarias, escepto los de las provincias vascongadas, que aunque españolas, son miradas como estrangeras en materias económicas á causa de sus fueros.

Se calcula que este decreto aumentó al cuadruplo las importaciones en América, y los retornos á once veces mas de lo que eran antes.

1779. Madrid era entonces el centro y teatro de las negociaciones entre las dos potencias beligerantes. Carlos III dudó por algun tiempo si tomaria parte en la lid ó imitaria la constante neutralidad de Fernando VI. Aquejábale el temor fundado de que la rebelion de las colonias americanas de los ingleses se comunicase como un contagio á los españoles; por otra parte sentia la necesidad y el deseo de resarcir las pérdidas que su reino habia sufrido en las guerras anteriores con la gran Bretaña, y le parecia infalible la victoria si en la lucha actual reunia sus fuerzas á las de la Francia. Prevaleció en fin la esperanza mas próxima y el interés mas urgente, y se decidió por la guerra.

La corte de Lóndres habia admitido su mediacion, exigiendo que la Francia retirase su auxilio á las colonias sublevadas; pero la Francia exigia por primera condicion que la gran Bretaña reconociese la independencia de los Estados Unidos, reservando para despues esponer sus pretensiones propias. La Inglaterra no podia admitir esta manera obscura de negociar, sin embargo se estendió hasta ofrecer una amnistía, y tratar con los diputados de las colonias para el restablecimiento del orden legal y resarcimiento de los agravios. La España propuso una tregua de veinte y cinco años, durante la cual se arreglarian los puntos cuestionados entre Inglaterra y Francia, y se decidiria la suerte futura de las colonias. Los ingleses dijeron que este plan daba la independencia de hecho á sus rebeldes; y que mas querian dársela ellos mismos que por la intervencion de otras potencias. Carlos retiró su mediacion y de-

Se calcula que este decreto aumentó al cuadruplo las importaciones en América, y los retornos á once veces mas de lo que eran antes.

79. Madrid era entonces el centro y teatro de las negociaciones entre las dos potencias beligerantes. Carlos III dudó por algun tiempo si tomaria parte en la lid ó imitaria la constante neutralidad de Fernando VI. Aquejábale el temor fundado de que la rebelion de las colonias americanas de los ingleses se comunicase como un contagio á los españoles; por otra parte sentia la necesidad y el deseo de resarcir las pérdidas que su reino habia sufrido en las guerras anteriores con la gran Bretaña, y le parecia infalible la victoria si en la lucha actual reunia sus fuerzas á las de la Francia. Prevaleció en fin la esperanza mas próxima y el interés mas urgente, y se decidió por la guerra.

La corte de Lóndres habia admitido su mediacion, exigiendo que la Francia retirase su auxilio á las colonias sublevadas; pero la Francia exigia por primera condicion que la gran Bretaña reconociese la independencia de los Estados Unidos, reservando para despues esponer sus pretensiones propias. La Inglaterra no podia admitir esta manera obscura de negociar; sin embargo se estendió hasta ofrecer una amnistía, y tratar con los diputados de las colonias para el restablecimiento del orden legal y resarcimiento de los agravios. La España propuso una tregua de veinte y cinco años, durante la cual se arreglarian los puntos cuestionados entre Inglaterra y Francia, y se decidiria la suerte futura de las colonias. Los ingleses dijeron que este plan daba la independencia de hecho á sus rebeldes; y que mas querian dársela ellos mismos que por la intervencion de otras potencias. Carlos retiró su mediacion y de-

claró la guerra á la gran Bretaña, fundándose en los agravios que la monarquía española habia sufrido de los ingleses desde el principio del siglo.

Durante la negociacion el gabinete de Madrid tomó las precauciones convenientes para hacer con ventaja la guerra. Ademas de los aprestos militares, terrestres y marítimos, la diplomacia vigorosa de Floridablanca habia unido casi todo el mundo político á sus intereses. Continuó la negociacion que habia empezado con Hyder Alí, gefe poderoso en el Indostan, contra la prepotencia de los ingleses en aquel pais. Apagó el incendio de la guerra que iba á emprenderse en Alemania con motivo de la sucesion de Baviera, reconciliando al Austria con la Prusia y la Francia, y cooperando á la paz de Teschen, de la cual fue mediadora la Rusia, que, antigua aliada de Inglaterra, queria sostenerla con su escuadra, y se decidió á la neutralidad por las representaciones de España y Francia. Mantuvo en Holanda el espíritu de rivalidad mercantil contra los ingleses. Celebró un tratado de paz y alianza con el emperador de Marruecos, despues que esté dio una satisfaccion pública al gobierno español por la empresa contra Melilla. En fin cubrió su única frontera atacable, y privó á los ingleses de un aliado, que siempre les habia sido útil, por medio de sus relaciones con la corte de Lisboa.

La campaña marítima comenzó. El trece de junio salió de Brest el caballero de Orvilliers con treinta navíos de línea para reunirse con las escuadras españolas del Ferrol y de Cadiz. Don Luis de Arce, que mandaba la primera, se negó á salir del puerto con pretesto de los vientos contrarios, y de disputas acerca del mando y preeminencia. La de Cadiz, que constaba de treinta navíos de línea, se le reunió.

Navegaron hácia el Norte y se incorporó con ambas la del Ferrol, formando una fuerza naval de sesenta y ocho navíos de línea, la mayor que se ha dirigido contra Inglaterra.

La escuadra británica solo constaba de treinta y ocho navíos al mando del almirante Hardy. Éste dejó á los contrarios el canal de la Mancha, contentándose con evitar el combate. Los aliados perdieron un tiempo precioso, porque los franceses no querian desembarcar el grande ejército espedicionario que llevaban hasta haber destruido la escuadra enemiga, y el almirante Hardy no se dejaba ver sino en la parte estrecha del canal, donde era inútil la superioridad numérica. Casi un mes pasó la escuadra combinada á la altura de las Sorlingas, donde una noche hubieran naufragado por equivocaciones del cálculo náutico, á no haberlas advertido á los franceses nuestro marino Mazarredo.

La escuadra volvió á Brest sin mas triunfos de su espedicion que haber insultado á Plymouth, y apresado el navío inglés, *el Ardiente*, de sesenta y cuatro cañones.

Entretanto los españoles bloqueaban á Gibraltar por mar y tierra; y el almirante inglés Rodney se preparaba á socorrer la plaza con una escuadra de veinte navíos que pasó por delante de Brest antes que la combinada pudiese volver al mar.

Al mismo tiempo don Bernardo Galvez, gobernador de la Luisiana, se apoderó de los fuertes de Misilimakinac, Panmure y Baton Rouge en la parte inglesa de aquella provincia. Don Roberto Ribas, gobernador de Yucatan, arrojó á los ingleses de toda la costa de Campeche. Para vengar esta derrota se preparó en la Jamaica una espedicion contra la plaza de San Fernando de Omoa, la principal del golfo de

Honduras. Se apoderaron de ella, de los buques de registro que allí habia bastante interesados, y del dinero de las cajas reales formaron un botin considerable. Ribas, sabiendo este suceso, voló á recobrar á Omoa: los ingleses no atreviéndose á esperarlo se embarcaron con el fausto de su victoria en el navío *Leviatan*; mas éste naufragó en la costa, y se recogió todo lo que el enemigo habia robado.

En medio de las tempestades del invierno navegaba Rodney hácia el estrecho de Gibraltar. El ocho de enero encontró á sesenta leguas del cabo de Finisterre un convoy español de quince buques que habia salido de San Sebastian con pertrechos para la escuadra de Cadiz, escoltado de un navío de línea; le dió caza, se apoderó de él sin resistencia, le envió á Lóndres y prosiguió su derrotero. 1780.

Entretanto bloqueaba á Gibraltar una escuadra española, mandada por don Juan de Lángara. Los vientos furiosos del Solsticio la llevaron hasta Cartagena, y cuando, reparada de sus averías, volvió á su apostadero, otro viento contrario la obligó á atravesar el golfo de Cadiz; de modo que el diez y seis de enero se hallaba entre los cabos de San Vicente y de Santa María. Allí le sorprendió Rodney con todas sus fuerzas á favor de una espesa niebla. Lángara formó su línea y consultó á los comandantes de los buques, que convinieron en retirarse al puerto mas cercano, atendido lo borrascoso del tiempo y de la mar. Emprendióse pues la retirada; pero Rodney, que tenia el viento en su favor, los alcanzó y fue necesario combatir. Casi al principio de la accion se voló *el Santo Domingo*, navío español de setenta y cuatro cañones: otros seis arriaron sucesivamente su bandera: dos fueron arrojados sobre la costa y cuatro se escaparon. En esta batalla

desgraciada nuestros marineros pelearon con el mayor valor; pero nada se puede comparar á la heroica defensa que hizo Lángara. Durante ocho horas sostuvo el fuego de cuatro navíos ingleses en el *Fenix* ya despojado de mástiles. Lángara estaba cubierto de heridas, y no arrió bandera, sino cuando ya su navío estaba á punto de irse á pique. Rodney entró en Gibraltar y socorrió abundantemente la plaza.

En esta memorable campaña marítima se vió la superioridad de la maniobra y equipo de la marina inglesa. Mientras veinte navíos de esta nacion dieron una rota tan considerable á la division de Lángara y dominaban el mar, estaban llenos de buques franceses y españoles los puertos de Brest y de Cadiz; mas no se atrevieron á salir en una época tempestuosa, señaladamente los de Brest, cuyas tripulaciones habian sufrido mucho en el crucero del año anterior por el canal de la Mancha.

Rodney, despues de socorrer á Gibraltar y de enviar cuatro navíos con hombres, víveres y municiones para reforzar la guarnicion de Mahon, reunida su escuadra, pasó á los mares de América. España envió en su seguimiento una armada de doce navíos de línea y sesenta y tres transportes, al mando de don José Solano, con orden de reunirse á la escuadra francesa. La corte de Madrid, viendo el mal éxito que habia tenido el año anterior la espedicion contra Inglaterra, no quiso cooperar á otra segunda que intentaban los franceses, y mandó á la escuadra de Brest que volviese á los puertos de la península.

En América fueron mas felices las armas de los aliados. La escuadra de Solano, y la francesa que mandaba en las Antillas el conde de Guichen, componian un total de treinta y cinco navíos de línea, cuando Rodney solo tenia veinte. No parecia pues desatina-

da la empresa de atacar la Jamaica; pero las enfermedades de aquel clima mortífero, cundiendo en las tripulaciones, obligaron á separarse á las escuadras aliadas. Solano pasó á la Habana.

Galvez embarcó sus tropas al empezar la primavera en la Nueva Orleans y pasó á la bahía de Mobila, donde debian reunírsele las fuerzas que esperaba de Cuba. Luchó durante un mes con las tempestades, que maltrataron la mayor parte de sus buques, y arrojaron á la costa, perdida casi toda la artillería, ochocientos españoles sin armas, vestidos ni recursos. No se desmintió en esta ocasion la constancia nacional. Galvez construyó de los despojos de los navíos escalas para asaltar la plaza; pero habiéndole llegado los refuerzos de la Habana, volvió á embarcarse, y despues de luchar segunda vez con el mar y los vientos, desembarcó á tres leguas de la Mobila. La guarnicion se rindió prisionera de guerra despues de tres dias de fuego.

En la América del Norte el general Wasington y el marqués de la Fayette, comandante de las tropas francesas auxiliares, obligaron al general inglés lord Cornwallis á rendirse por capitulacion con ocho mil hombres que mandaba. Desde esta accion no volvieron los ingleses á hacer esfuerzos militares para conquistar las colonias.

Entretanto España se indemnizaba de la pérdida que sufrió en el combate del golfo de Cadiz, apresando á la altura de las Azores los dos grandes convoyes ingleses que llevaban tropas, municiones y mercaderías á entrambas Indias. Don Luis de Córdoba, que cruzaba en el estrecho, hizo esta riquísima presa, valuada en siete millones de duros, ademas de mil ochocientos soldados prisioneros.

Este año apareció el famoso manifiesto de Cata-

lina II relativo á la neutralidad armada para defender los géneros cubiertos con pabellon neutral. Floridablanca fue el que aconsejó este sistema; todas las naciones marítimas lo adoptaron escepto la Inglaterra. La república de Holanda, mas vejada que otras en su comercio, reconoció la independencia de los Estados Unidos y declaró la guerra á la gran Bretaña. Sus escuadras, reunidas con las del almirante Sufren, que mandaba en la India Oriental las fuerzas navales de la Francia, pelearon con vario suceso contra los ingleses en los mares de aquel remoto pais.

Durante las hostilidades se entabló una negociacion secreta entre los ministros ingleses y el conde de Floridablanca; los primeros con el objeto de indisponer la Francia contra la España, cuyo ministerio negociaba separadamente, y éste para infundir á la Francia temor de ser abandonada y obligarla por este medio á cooperar al sitio de Mahon; cosa que habia rehusado hasta entonces. Cuando Floridablanca hubo conseguido su deseo, rompió una negociacion inútil ya y engañosa de ambas partes.

1781. Galvez, resuelto á apoderarse de Panzacola, pasó á la Habana en la estacion del invierno para acelerar los preparativos del sitio. A principios del año, habiendo reunido un cuerpo espedicionario de ocho mil hombres, se dirigió á las costas de la Florida. Un terrible huracan le hizo perder algunos de sus buques, y en ellos dos mil soldados, y volver á la Habana para repararse. La escuadra de Solano, que ya habia llegado á esta ciudad, le proporcionó refuerzos, con los cuales volvió de nuevo al mar con cinco mil hombres, escoltados por cinco navíos de línea, siguiéndole el resto de la armada.

Con estas fuerzas de tierra y mar desembarcó sin oposicion y atacó la plaza. La guarnicion, compues-

ta de muy poca tropa reglada y de estrangeros, negros é indios, opuso una viva resistencia; pero las baterías españolas hacian fuego sobre las fortificaciones esteriores, se incendió el principal repuesto de pólvora de los sitiados, Galvez se aprovechó del desórden producido por el incendio, y se apoderó de las obras que defendian el recinto; y desde esta posicion barrian los fuegos menores todos los puntos fortificados de la muralla. El gobernador inglés viendo ya imposible la resistencia capituló. La guarnicion, que constaba de ochocientos hombres, obtuvo los honores de la guerra. Tomada Panzacola, toda la Florida Occidental cayó en poder de los españoles.

La afectada negociacion que el ministerio de España siguió con los ingleses en el año anterior produjo su efecto, y la Francia se resolvió á cooperar eficazmente á la conquista de Menorca, Gibraltar y la Jamaica. La de Menorca se emprendió primero, temiendo la corte de España las consecuencias de una negociacion del gabinete inglés con el príncipe Potemkin, valido de la emperatriz Catalina II, en la cual se trataba de ceder á la Rusia aquella isla, obteniendo en cambio una paz ventajosa por su mediacion. Ademas Menorca era el único asilo de los corsarios y de los buques ingleses en la parte interior del Mediterráneo. Todos estos motivos reunidos hicieron que se acelerasen los preparativos de la espedicion.

Mas para ocultar su destino no se hicieron, ni en la costa de Cataluña, ni en la de Murcia, sino en Cadiz, donde se dió á entender que se dirigia ó contra Gibraltar, ó contra las islas inglesas de América. Ni aun se dió parte de la empresa á la corte de Versalles. El veinte y dos de julio salieron de Cadiz con la espedicion las escuadras española y

francesa en número de cincuenta y dos velas, que se dirigieron hácia el Océano, mientras los buques de transporte, en que habia ocho mil hombres á las órdenes del duque de Crillon, pasaron al Mediterráneo escoltados por dos navíos de línea, muchas fragatas y otros buques de guerra.

La espedicion llegó á Menorca sin haber tenido noticia de ella los ingleses, que habian descuidado introducir en la plaza víveres frescos. El destacamento del marques de Avilés se apoderó de Citadela; el del marques de Peñafiel ocupó á Fornella, y el cuerpo principal tomó posicion cerca de Mahon; se apoderó del arsenal y de los almacenes marítimos, y obligó al gobernador inglés Murray á retirarse al fuerte de San Felipe. El ataque fue tan repentino y bien combinado, que la plaza no se salvó de ser sorprendida sino por la inconstancia de los vientos. El castillo fue rodeado. La corte de Versalles, que se quejó al principio del secreto guardado hasta con ella, se templó fácilmente; envió de Tolon cuatro mil hombres de refuerzo al ejército español; se recibieron todos los pertrechos necesarios para el sitio, y comenzó éste en debida forma.

Entretanto una centella de sedicion habia prendido en el Perú. Hay en aquel pais una familia descendiente por las mugeres de los antiguos Incas, á la cual los reyes de España honraban con el título de *primos*, concedido á los grandes, y con otras distinciones y ceremonias que se observaban á la llegada de los nuevos virreyes. El pueblo indio la miraba con sumo respeto como descendencia de sus antiguos monarcas. José Gabriel Condorcanqui, hijo del cacique de Tongasuca, aldea de la provincia de Tinta, despues de haber solicitado en vano del gobierno español el título de marques de Oropesa, que

pertenecía de derecho á otro Inca, se fue á las montañas, incitó á los indios á rebelarse contra Arriaga, un corregidor del pais, al cual asesinó en un convite, tomó el nombre de Tupacamaro, se proclamó descendiente del sol, mezclando fábulas de la antigua religion con ideas cristianas, formó un ejército indisciplinado, pero numeroso, de indios, mestizos y aun de criollos, y se hizo dueño de varias provincias.

Don José del Valle, general español, marchó contra él, y le derrotó é hizo prisionero. Pereció en los suplicios con toda su familia, excepto un sobrino suyo llamado Diego que continuó capitaneando á los rebeldes. Al mismo tiempo Tupacatari, sacristan de la aldea de Ainayo en el distrito de Sicasica, se rebeló en la provincia de la Paz, apoderándose de una parte de la ciudad, aunque tuvo que retirarse á la llegada de algunas tropas españolas, mandadas por don Ignacio Florez, regente de la audiencia de la Plata. Tupacatari fue el mas sanguinario de los gefes de la insurreccion: degollaba á todos los españoles y mestizos que habia á las manos en aquella provincia que dejó enteramente desolada.

El sitio de Mahon continuaba vigorosamente atacado y defendido. El seis de enero al rayar el dia 1782. empezaron un fuego espantoso ciento cincuenta piezas de gruesa artillería asestadas contra la plaza. La resistencia de la guarnicion fue brillante; pero disminuyó á proporcion que hacia estragos en ella el escorbuto causado por el aire infecto de las casamatas, y por la falta absoluta de alimentos vegetales durante un bloqueo largo y rigoroso. Incendióse ademas el almacen principal donde estaba la botica. La defensa se prolongó hasta que ya no hubo soldados bastantes para cubrir los puestos. Entonces el gobernador capituló.

El duque de Crillon trató á las tropas inglesas con la generosidad que merecian por su valor. Les concedió los honores de la guerra, una parte cangeó por algunos prisioneros de su mismo ejército que habian hecho los ingleses durante el sitio, y permitió á los demas volver á Inglaterra á condicion de no tomar las armas contra Francia ni España. Entregada la plaza, los cirujanos franceses y españoles curaban á los heridos y enfermos de la guarnicion con una solicitud, que mereció los elogios del general Murray.

Ya se deja entender el placer que causaria en España la reconquista de Menorca despues de sesenta y cuatro años que la habíamos perdido. El gobierno se animó á poner en ejecucion dos grandes empresas; el sitio de Gibraltar y la conquista de Jamaica.

Para esta última se reunió en Santo Domingo una escuadra española de once navíos de linea con veinte mil hombres de desembarco, mandados por Galvez, el vencedor de la Florida. El conde de Grasse, que mandaba una escuadra francesa en la América del Norte, pasó á la Martinica á esperar la grande espedicion que se reunia en Brest. El almirante inglés Hood le siguió, y se reunió con los buques ingleses que habia en la Barbada, donde esperaban á Rodney que volvia de Europa con un refuerzo de tropas.

La escuadra francesa de Brest pasó a los mares de América con nueve mil hombres de desembarco y todos los preparativos necesarios para la grande empresa que se meditaba. Una parte de esta escuadra, á las órdenes de Guichen, se habia separado para ir á reforzar los buques que bloqueaban á Gibraltar. El resto de las fuerzas navales, mandado por Vaudreuil, se reunió á la escuadra del conde de

Grasse en la Martinica, y habiendo conquistado muchas de las Antillas inglesas, determinaron reunirse con la escuadra española de Santo Domingo.

Rodney, convencido de que esta reunion hubiera acabado indefectiblemente con el poder británico en las Antillas, trató de impedirla á toda costa, y siguió á la escuadra combinada. El nueve y diez de abril hubo combates parciales que nada decidieron á la vista de Santo Domingo. El once se adelantó la escuadra francesa; pero habiéndose quedado atrás dos navíos, Grasse disminuyó la fuerza de vela porque no cayesen en poder del enemigo. Rodney llegó y se dió la célebre batalla naval de doce de abril, en que el almirante inglés desplegó un sistema desconocido de táctica naval, cortando la línea enemiga y poniendo entre dos fuegos la division del centro. La victoria quedó por los ingleses, que apresaron ó sumergieron cinco navíos. El almirante Grasse con el navío que montaba fue hecho prisionero. Algunos dias despues cayeron en poder de los ingleses otros dos navíos de línea. Así se malogró la grande espedicion de las Indias Occidentales. Los españoles se volvieron á la Habana, tomaron las islas de Bahama, que en breve fueron reconquistadas por los ingleses, y la escuadra francesa volvió á cruzar en la América del Norte, de donde destacó algunas fuerzas que destruyeron los establecimientos británicos de la bahía de Hudson.

Entretanto se preparaban nuevos desastres á las armas aliadas en el sitio de Gibraltar. Dióse el mando del ejército sitiador al vencedor de Mahon, para animar á la tropa con el aspecto del reciente laurel que habia conseguido, y se adoptó el funesto plan de las baterías flotantes, inventadas por el caballero de Arzon, ingeniero francés. Estas debian atacar la

plaza por la parte del mar, y cuando hubiesen abierto brecha desembarcarian las tropas por medio de un gran número de buques sutiles y marcharian al asalto. Los navíos flotantes estaban construidos con tal artificio, que era fácil apagar el incendio producido por la bala roja.

La guarnicion de Gibraltar, aunque socorrida dos veces, sufria grandes privaciones por el estrecho bloqueo de tierra y mar; mas era valerosa y escogida, y tenia á su frente á Elliot, nombre ilustre en los fastos militares de Inglaterra. Una salida habia destruido las trincheras de los sitiadores con poca pérdida de los ingleses; y aunque los españoles las volvieron á comenzar con nuevo ardor, no tenian esperanza de adelantar mucho por la parte de tierra.

El trece de setiembre por la mañana se presentaron las baterías flotantes en número de diez delante de la plaza, hácia la parte que media entre el muelle viejo y el bastion real; mas no pudieron acercarse á las fortificaciones tanto como habia creido el que formó el proyecto. El fuego de las trincheras españolas, de las baterías flotantes y de la plaza fue terrible y continuó todo el dia. Los ingleses arrojaron bala roja sin efecto, ni los tiros de su artillería hacian mas que rechazar de la superficie de las máquinas. *De qué materia estan construidas*, decia Elliot á las siete de la noche, *que resisten hasta á la bala roja*? Mas ya era llegado el momento de su ruina. La *talla piedra* donde estaba el ingeniero Arzon empezó á incendiarse de una bala roja que habia recibido y no apagado; porque temiendo inutilizar la pólvora se habian regado poco las baterías. Por un descuido inconcebible no se habia tomado precaucion ninguna para la retirada, ni podian favorecerla las fuerzas sutiles á causa de la marejada y de las cañoneras inglesas que

les impedian aproximarse. Don Ventura Moreno, general de marina, dió orden de salvar las tripulaciones y quemar las baterías para que no viniesen á poder del enemigo. Esta disposicion, ejecutada entre el terror y el desorden producido por el primer incendio, aumentó el estrago; porque aun no estaban evacuadas de gente cuando empezaron á arder. Perecieron en esta catástrofe mil y doscientos hombres, y la pérdida hubiera sido mayor si los ingleses no hubieran salvado aun con riesgo de sus vidas á muchos infelices.

El duque de Crillon no habia aprobado este plan de ataque por dos razones: una porque las baterías no podian aproximarse á la plaza lo necesario para destruir las fortificaciones; pues calaban mas que la sonda de aquellos parages á doscientas y cincuenta toesas de la muralla, sonda que él conocia muy bien: segunda, porque en el supuesto de que las baterías hubiesen destruido la muralla, no era posible dar el asalto por pelotones desembarcados sin orden. Las mismas ruinas de las fortificaciones hubieran servido á los ingleses de nueva muralla para destruir una tropa que los habria atacado sin orden militar. Asi este general no quiso gravarse con la responsabilidad de aquella empresa, y antes de partir á Gibraltar dejó en poder de un amigo una declaracion firmada y cerrada para que la publicase en el momento de llegar á la corte la noticia de que se habia comenzado el ataque de las flotantes.

En esta declaracion decia: «que por complacer á S. M. se habia encargado de mandar el sitio: que favorecia con todos los medios posibles el proyecto de Arzon, aunque no lo aprobaba, y que por tanto dejaba toda la responsabilidad de su mal éxito ó toda la gloria de su buen suceso al ingeniero francés."

*

Despues de la ruina de las baterías aun quedaba la esperanza de que la guarnicion se rindiese por estar exhausta de fatigas y sin víveres y municiones; pero el almirante Howe, á pesar de la escuadra combinada de setenta y cuatro navíos y muchas fragatas, introdujo un gran convoy en la plaza, á favor de una tempestad que causó grandes averías á los buques españoles y franceses el diez de octubre. Howe, que solo tenia treinta navíos de línea, se volvió á Inglaterra, sin que la poderosa armada de los aliados, repuesta ya, pudiese cortarle el paso ni obligarle á entrar en accion. Sin embargo, el sitio de Gibraltar continuaba, y se formó el proyecto de minar la plaza, mas gigantesco, aunque menos peligroso que el de las baterías.

Durante esta campaña memorable se abrieron en París las negociaciones de paz. La Inglaterra, no teniendo ya esperanzas de recobrar las colonias perdidas, y obligada á la defensiva en todos los puntos donde se hacia la guerra, reconoció la independencia de los Estados Unidos el treinta de noviembre, concediéndoles al mismo tiempo el derecho de pesca en el banco de Terranova. Este reconocimiento allanó las dificultades para la pacificacion general.

CAPÍTULO XXXVIII.

Paz de París. Trato de Paz y comercio con Turquía. Bombardeo de Argel. Paz con las regencias berberiscas. Canal de Aragon. Muerte de Carlos III.

1783. Las negociaciones para la paz continuaban en París entre Mr. Fitzherbert y el conde de Aranda. La España pedia, como una condicion indispensable, la

restitucion de Gibraltar, mediante una recompensa, en lo cual la auxiliaba poderosamente el célebre Benjamin Franklin, agente americano, que decia: *el mismo derecho tienen los ingleses para conservar á Gibraltar que tendrian los españoles para exigir que se les entregase á Plymouth.* España propuso en trueque primero la cesion de Orán y Mazalquivir; despues la de la parte española de la isla de Santo Domingo á la Francia, y de las Antillas francesas á la Inglaterra; últimamente, la de Orán y de la isla de Puerto Rico. Abrióse la negociacion sobre todos estos proyectos y ninguno se adoptó, tanto por la invencible repugnancia del pueblo inglés á ceder á Gibraltar, mucho mas despues de la gloriosa defensa que acababa de hacer, como por los ocultos manejos del conde de Vergennes, que aparentando favorecer la negociacion la minaba secretamente. Su objeto era mantener la España en la dependencia de la Francia; y para eso era necesario conservar á Gibraltar en poder de los ingleses, como prenda segura de enemistad irreconciliable entre las cortes de Lóndres y Madrid. Ademas no queria ver á Puerto Rico en manos de los ingleses, por la proximidad de esta isla á la de Santo Domingo, y por su importancia marítima.

España cedió al fin, recibiendo como una especie de indemnizacion, la Florida Oriental, y el treinta de enero se firmaron los preliminares. La España obtuvo por ellos las dos Floridas y la isla de Menorca, dejando para otra negociacion ulterior y amistosa el arreglo del comercio y de los establecimientos ingleses en la bahía de Honduras. Obsérvese que desde el tratado de Vervins en el reinado de Felipe II, esta fue la primer negociacion de paz en que España adquirió y no perdió. La Francia obtuvo el derecho de pesca en Terranova como se le habia concedido en el trata-

do de Utrecht, pero con límites mejor determinados: adquirió ademas las islas de Tábago y Gorea que le cedió la gran Bretaña.

El tratado definitivo de paz se firmó el tres de setiembre. La Francia logró sobre las ventajas ya mencionadas verse libre de todas las obligaciones de demoler á Dunquerque, estipuladas en los tratados anteriores; y la España la evacuacion de la mayor parte de los establecimientos ingleses de la bahía de Honduras, confinándolos entre los rios Hondo y Wallis, sin facultad de hacer fortificaciones, y reservando al rey de España la soberanía del territorio.

Al mismo tiempo que concluyó esta lid memorable se acabaron de sosegar las turbulencias del Perú, primero por la sumision de Diego, sobrino de Tupac Amaro, y despues por su prision y castigo, cuando trataba de mover nuevos alborotos. El gobierno español quedó pues desembarazado para poner límite á las piraterías de los argelinos. Convencido de no poder entrar en negociacion con aquella regencia, dependiente, á lo menos en diplomacia, de la Puerta Otomana, mientras existiese el estado de *guerra eterna* entre el rey de España y el gran Señor, determinó Carlos III concluir un tratado de paz entre sus estados y los de Turquía, y envió á Constantinopla con los poderes necesarios para ello á don Juan de Buligny, comerciante, de nacion francés, residente en Cadiz, y que en sus viages á Levante habia estudiado muy bien los usos y costumbres de los turcos.

Su negociacion, favorecida únicamente por el apuro en que se hallaba la Turquía, habiéndose encendido nueva guerra entre ella y la Rusia, tuvo por enemigos los ministros de todas las potencias que comerciaban en Levante, y no querian tener un concurrente mas. A pesar de esto Bouligny logró con-

cluir un tratado de paz y comercio, en el cual se concedieron á los españoles las mismas ventajas mercantiles de que gozaban las naciones mas favorecidas, y se les dió la misma seguridad que á los demas pueblos cristianos para hacer la peregrinacion de Jerusalen. Viéronse entonces por la vez primera nuestro pabellon en los mares de Levante; nuestros cónsules en los puertos de Turquía, y un embajador del rey de España en Constantinopla. El tratado se firmó el veinte y cuatro de diciembre, y se ratificó al año siguiente. Entretanto una escuadra española, á las órdenes de don Antonio Barceló, bombardeaba á Argel sin producir grande efecto. En esta operacion fueron auxiliados nuestros buques por las galeras de la orden de Malta.

Volvióse este año á bombardear á Argel, des- 1784. pues de haber empleado inútilmente la mediacion de la Francia para hacer la paz. Aunque este bombardeo fue tan ineficaz como el anterior, el gobierno declaró que todos los años tendrian los argelinos la misma visita. Al mismo tiempo continuaban las negociaciones por la mediacion del gran Señor y del emperador de Marruecos con todas las potencias berberiscas, y el diez de setiembre se firmó un tratado de paz con el dey de Trípoli.

Este año concluyó la guerra entre Turquía y Rusia. La primera acabó de perder la Crimea y una parte de la pequeña Tartaria. Esta paz fue de corta duracion, porque el emperador José II, que no habia podido engrandecerse ni en la Holanda ni en Alemania, por la oposicion de la Francia, se unió con la Rusia para quitarle al gran Señor algunas de las provincias cercanas al Danubio.

Los argelinos, temerosos de que se repitiese el 1785. bombardeo de su ciudad, con mas efecto que los años

anteriores, pidieron al dey que hiciese la paz con España; allegóse á esto el mandato del gran Señor y las solicitudes del emperador de Marruecos. Prometió pues, no pudiéndose negar á tantas y tan poderosas instancias, entrar en negociacion. La corte de España envió á don José de Mazarredo con las instrucciones necesarias para el efecto, y éste se presentó delante de Argel con una escuadra de cinco navíos de línea y bandera de tregua, y se propusieron los preliminares por la intervencion del cónsul de Francia. La regencia pedia en uno de los artículos que el rey de España le diese dos millones de duros, uno en dinero y otro en artillería, municiones y pertrechos navales. Carlos III rechazó indignado esta condicion, y así solo se pudo concluir por entonces una tregua.

Este año falleció en la villa de Arenas el infante don Luis, hermano del rey, llorado generalmente por su amabilidad y escelente corazon. Dejaba un hijo, que despues fue cardenal del título de Borbon y arzobispo de Toledo, y dos hijas; y antes de morir imploró las bondades del rey á favor de su familia. Floridablanca, de orden de S. M., dada en presencia del príncipe de Asturias, le escribió una carta dirigida á calmar las solicitudes paternales de aquel infante. En ella, aunque no se le concedia la transmision de las encomiendas que gozaba á su hijo, por ser cosa que ni Felipe V se habia determinado á hacer en favor de los hijos del infante don Felipe, se le aseguraba que tanto el rey como el príncipe mirarian siempre por su familia, y que podia sosegar su ánimo acerca de la suerte futura de sus hijos.

Entretanto proyectaba Carlos III estrechar mas íntimamente sus relaciones amistosas con Portugal, donde á pesar de haber muerto la reina viuda su hermana, conservaba siempre una grande influencia. A

este fin se contrataron dos casamientos, el de la infanta doña Carlota, hija mayor del príncipe de Asturias y el príncipe don Juan, heredero presuntivo del reino de Portugal, y el del infante don Gabriel, hijo del rey, con doña María Victoria, infanta de Portugal. Para dar á don Gabriel un estado correspondiente á su nacimiento, se secularizó con el correspondiente permiso de S. S. el gran priorato de la orden de San Juan en Castilla, y se le formó de él un infantazgo.

De esta manera consiguió Carlos III que entrase Portugal en el sistema político de la casa de Borbon. Por su mediacion se hizo una alianza entre las cortes de Lisboa y Versalles, y el comercio francés obtuvo en Portugal los privilegios que hasta entonces habia poseido esclusivamente la Inglaterra. Habiéndose movido poco despues desavenencias por haber demolido los franceses algunas pequeñas fortalezas de la costa de África, que pertenecian al Portugal, Carlos III se ofreció por mediador, y ajustó amigablemente esta contienda.

Este año se estableció la compañía de Filipinas, destinada á hacer directamente el comercio de la península con las Indias Orientales. Empleáronse en ella los capitales del Banco de San Carlos, creado tambien durante el ministerio de Floridablanca. Si estos dos establecimientos no han producido los efectos que debian esperarse de ellos, es porque instituciones mercantiles estensas y grandiosas necesitan para su prosperidad de un aumento correspondiente en la agricultura y la industria interior, bases necesarias de todos los proyectos comerciales. Otro establecimiento de un orden diferente inmortalizará á Carlos III. Fundóse este año el gabinete de historia natural que ha llegado á ser por sus adquisiciones uno de los mas ricos, y sino el mas abundante de toda Europa,

á lo menos el que posee ejemplares mas preciosos en el reino mineral. Su primer núcleo fue el que reunió en Paris Dávila, natural de Guayaquil, primer director de dicho gabinete, y los numerosos objetos que babia juntado el ilustre físico Bowles.

1786. El catorce de junio se firmó en fin la paz con la regencia de Argel. Es verdad que fue preciso hacerle un regalo de catorce millones de reales; pero este sacrificio no era nada en comparacion de las grandes ventajas que producia el convenio. Otro igual se celebró poco despues con la regencia de Tunez, y el pabellon español se desplegó libremente en todo el Mediterráneo desde el estrecho de Gibraltar hasta las playas de la Siria. Cesó la esportacion de las inmensas sumas que costaba el rescate de los cautivos, y aseguradas las playas del Mediodia y Oriente de la península, que son precisamente las mas fértiles contra el temor de los piratas, se poblaron y cultivaron con increible ardor, convirtiéndose en planteles deliciosos aquellas costas poco antes desiertas.

La muerte de Federico el grande, rey de Prusia, héroe que habia añadido un nuevo peso en la balanza europea, produjo una revolucion diplomática. Su sucesor Federico Guillermo no heredó el odio de su tio á la Inglaterra y al Austria, ni su afecto á la Francia. Ésta, apoyada en la alianza de Prusia, que le daba la superioridad en Alemania, y en la gloria que habia adquirido en la última guerra, dominaba al emperador José II, y ejercia una grande influencia en Holanda. El nuevo rey de Prusia, que amaba mucho á su hermana, princesa de Orange, se unió con la Inglaterra, trastornó en Holanda el partido republicano, adicto á los franceses, restituyó el antiguo poderío al Estatuder su cuñado, y bajo su mediacion se restableció la antigua alianza de Ho-

landa con la gran Bretaña. Pitt el jóven era entonces ministro de Jorge III, y habia vuelto á la Inglaterra su antigua energía, debilitada por las desgracias de la guerra americana.

Carlos III miraba con disgusto una mudanza, que no solo debilitaba la influencia de la casa de Borbon, sino tambien añadia nuevas fuerzas á la Inglaterra. Hizo preparativos de guerra, prometió su auxilio á la Francia, y declaró al gabinete de Lóndres que de ningun modo consentiria en el abatimiento de su familia.

Entretanto se firmó el catorce de julio un tratado entre España é Inglaterra, para acabar de una vez las largas desavenencias producidas por los establecimientos ingleses de la bahía de Honduras. En esta ocasion volvió Floridablanca á entablar la antigua negociacion relativa al trueque de Gibraltar por otras posesiones españolas; pero tan inútilmente como siempre. Estipulóse que los ingleses evacuarian en el término de medio año la costa de los Mosquitos: se les concedió la isla de Ferseyes, para que pudiesen evitar en ella los enfermos el aire mal sano de las costas de la bahía, repararse los buques y pescar los ingleses en ciertos límites determinados; mas no podian levantar fortificaciones, tener navios de guerra, ni cultivar el terreno. Se prometió vaga é indefinidamente que la España proveeria á la Inglaterra del palo de campeche, en caso que no hubiese bastante para su consumo en los límites concedidos á los colonos. Asi consiguió la España arruinar el contrabando inmenso y lucrativo que hacian los ingleses por este punto con las colonias españolas, y preparar los medios de atribuirse el monopolio del palo de campeche con grandes ventajas de su comercio y de su fuerza marítima. En vano el par-

lamento inglés reclamó contra el tratado: Pitt no queria irritar á la España, cuando se miraba como probable un rompimiento con la Francia por los asuntos de Holanda.

Mientras Carlos III fomentaba por todos los medios posibles la prosperidad interior de sus estados y fundaba fábricas no solo en España, sino en los dominios de América, feliz en el seno de una familia sumisa y de una monarquía que le amaba, acibaró los últimos años de su vida la cruel prevision de los males que amenazaban á la Francia. Amaba este pais como cuna de sus augustos antepasados; amaba particularmente á Luis XVI por sus virtudes; no podia serle indiferente la suerte de un reino, cuya alianza habia sostenido fielmente á costa de grandes sacrificios; y sin embargo preveia la próxima ruina de la nacion y del rey, á causa de las nuevas doctrinas en materias políticas, arraigadas ya en los ánimos de la indiferencia, ó por mejor decir aversion á la religion del estado, y por la pésima situacion de la hacienda, que obligó á Luis XVI á reunir la célebre asamblea de notables, donde se propusieron con bastante acaloramiento muchas reformas, que chocaron con los intereses existentes, no se pusieron en ejecucion y aumentaron los resentimientos sin disminuir la escasez del erario. Vergennes, ministro hábil, y que pudiera haber reconciliado las pretensiones encontradas, murió, y le sucedieron hombres que no poseian ni el talento ni el aprecio público necesario para salvar la monarquía de tan terrible crisis.

1787. La mediacion de España produjo en fin un convenio entre Inglaterra y Francia, que se firmó el diez y siete de octubre, por el cual se obligaron ambas naciones á reducir sus fuerzas terrestres y marítimas y á no intervenir sino amistosamente en los ne-

gocios de Holanda. Al mismo tiempo solicitaba la gran Bretaña estipular con la corte de Madrid un tratado de comercio bajo la base de la reciprocidad, que aunque parecia justa, era sin embargo muy favorable á los ingleses y gravosa á los españoles por la notable diferencia que habia entre la industria y el comercio de ambas naciones. Por lo menos asi lo creia Floridablanca, imbuido en los principios de nuestros mas estimados economistas y de los ministros que habian dirigido los negocios de la monarquía desde el tiempo de Riperdá. Añadíanse á esta prevencion las sugestiones de Montmorin, ministro de relaciones esteriores de Francia, que aconsejaba á Carlos no concluir con la Inglaterra un tratado semejante al que ellos mismos acababan de celebrar, aunque ruinoso para el comercio francés, por la necesidad de evitar una guerra. Por estas razones se opuso constantemente Floridablanca al tratado, y éste quedó sin efectuarse: con la misma energía se opuso á los privilegios que la Francia bajo el pretesto del pacto de familia solicitaba para su comercio en daño del cabotage español.

Movióse entonces una disputa mercantil entre la España y la Holanda. Ésta pretendia que los buques de la compañía de Filipinas no debian hacer el comercio directo con la India Oriental por el camino mas cómodo, que es el del cabo de Buena Esperanza, sino por el de Hornos y el mar Pacífico; y citaban en su apoyo un artículo del tratado de Westphalia confirmado por el de Utrecht, que obligaba á los españoles á hacer el comercio del Indostan por el promontorio meridional de América. La firmeza del gobierno español hizo que esta cuestion se decidiese en favor suyo.

Mientras la Francia, reunida en la asamblea de

los notables, presentaba ya el espectáculo de un campo de batalla, el ministerio hacia esfuerzos para llamar la atencion de los franceses hácia los negocios esteriores. No pudiendo sostener su partido en Holanda, por la alianza de esta república con la Prusia y la Inglaterra, trató de apoyarse en el Austria y la Rusia, favoreciendo sus proyectos de guerra contra la Turquía, antiquísima aliada de los franceses. El gran Señor que lo supo se anticipó á sus enemigos. La Francia dió subsidios al emperador José para resistir á la agresion de los turcos, y se ligó íntimamente con la Rusia, apartándola de la alianza de Inglaterra y celebrando con ella un tratado de comercio, en lugar del que habia estipulado la emperatriz con la gran Bretaña. La Dinamarca accedió á esta alianza, y se hicieron las mayores instancias para que Carlos III entrase en ella. Pero ni él ni su ministro dieron en el lazo. Conocian que estos movimientos diplomáticos eran las convulsiones de la agonía del gobierno francés, que adoptaba medidas desesperadas é impracticables, por ocultar, si podia, á sí mismo y á la nacion el espantoso abismo que iba á derrotarlos á entrambos.

Las dos cortes imperiales se aprovecharon de la ocasion; los austriacos se apoderaron de Sabaez y Dubitzin; los rusos de Oczakow, llave del imperio Otomano en la frontera del Nieper; un ejército austro-ruso ocupó la Moldavia. La escuadra rusa batió á la turca en el mar Negro, y Catalina II creia estar ya muy cercana al logro de su gran proyecto, que era tener puertos en el Mediterráneo. Carlos III fue mas útil á la Francia estrechando sus relaciones con la Prusia y la Inglaterra, é impidiendo de esta manera un rompimiento, que lo hubiera sido coadyuvando á la absurda diplomacia de Montmorin.

Construíase en esta época el canal de Aragon, trazado y comenzado en el reinado de Carlos V, abandonado despues en el intervalo de mas de dos siglos, y concluido en el reinado de Carlos III. Es á un mismo tiempo de navegacion y de riego, y cuando se concluya, lo que no es dificil, hará espedita la comunicacion entre las Castillas y el Mediterráneo. Este canal fue el complemento de las inmensas y grandiosas obras construidas durante el ministerio de Floridablanca para facilitar las comunicaciones en la península, pais que necesita de ellas mas que otro alguno, por la falta de rios navegables y por la grande estension de su territorio central.

Vióse este año en Madrid un espectáculo de que solo se encuentran ejemplos en Italia; el de la instruccion premiada en el bello sexo. Doña María Isidora Guzman y la Cerda, hija del conde de Oñate, se distinguia por su talento y conocimientos. La universidad de Alcalá le confirió el doctorado en filosofía por recomendacion y con dispensa del rey: la academia de la historia y la sociedad vascongada la contaron entre sus individuos; y la real sociedad patriótica de Madrid le envió el diploma de socio. Esto dió motivo á la erecion de una asociacion de señoras encargadas de organizar escuelas gratuitas para la educacion de niñas pobres. Las señoras infantas fueron las primeras en dar sus nombres para esta asociacion.

Los progresos de la Rusia se detuvieron por la 1788.
invasion no esperada que hizo en sus estados del Norte Gustavo, rey de Suecia, creyendo la ocasion oportuna para aniquilar el poder de la Rusia en el Báltico, y recobrar las provincias que sus antepasados habian perdido en aquella frontera. Tripuló una escuadra de doce navios y desembarcó con un ejército en las costas de Finlandia. Las dos escuadras rusa y

sueca se encontraron cerca de Sweaborg, y despues de un combate obstinado se separaron con igual pérdida de ambas partes. Gustavo esperaba sin embargo un suceso mas decisivo de la espedicion por tierra; pero las tropas se sublevaron y los oficiales declararon que no harian la guerra mas allá de las fronteras del reino sin autorizacion de la dieta. Al mismo tiempo se manifestaron en todo el reino, señaladamente en la capital, síntomas de rebelion, que obligaron al rey á volverse á su corte. Determinado á imitar el ejemplo de Gustavo Vasa, fundador de su dinastía, pasó á la Delecarlia para implorar el auxilio de los habitantes de esta provincia, siempre fieles á la descendencia de aquel rey querido; cuando supo que un ejército dinamarqués penetraba por la frontera de Noruega y marchaba hácia Gotemburg.

La Inglaterra y sus aliadas Prusia y Holanda, que balanceaban entonces el poder de las dos cortes imperiales y de la Francia, interpusieron su mediacion para impedir los movimientos de los dinamarqueses. La paz se firmó en Urdewal, y la Suecia quedó en estado de rechazar á los rusos. Al mismo tiempo las amenazas y preparativos de la Prusia neutralizaron los esfuerzos del Austria.

Carlos III miraba con disgusto la guerra no solo por creerla perniciosa á la Francia, sino tambien porque recelaba que la Rusia pusiese el pie en el Mediterráneo, donde su influencia seria dañosísima al comercio de todas las naciones. Ya la emperatriz Catalina habia solicitado el ánimo del rey de Nápoles para que cediese un puerto de sus estados á los rusos y hacerle entrar en una alianza perjudicial á los intereses de España; y aunque nada logró, resultó sin embargo de las negociaciones una desavenencia entre el rey de Nápoles y su padre, que llenó

de amargura los últimos dias de este príncipe. Resuelto pues á contribuir por su parte á la pacificacion general, propuso á la gran Bretaña unir las escuadras de ambas naciones para arrojar á la rusa del Mediterráneo; y vió con grande satisfaccion que la neutralidad armada de Inglaterra, Prusia y Holanda salvaba á la Suecia y ponia fin á una lid capaz de abrasar toda la Europa.

En este tiempo volvió el conde de Aranda de su embajada de París, se reunió con el partido que queria la guerra y con los que se creian agraviados por las reformas del ministro. Este conoció fácilmente cuán grande enemigo se presentaba en la lid y pidió su dimision. El rey no solo no la aceptó, sino que le dió la cruz del orden real que habia creado. Como Floridablanca la rehusase, *¿qué se diria de mí*, replicó Carlos, *si despues de tan señalados servicios te dejase sin ninguna prenda de mi amor y reconocimiento? Acéptala por consideracion á mi buena fama;* y añadió despues: *no me abandonarás en mis últimos dias: yo te pido que conserves el ministerio: quiero dejarte como una manda á mi sucesor.* Dispersó á los enemigos del ministro, y la oposicion enmudeció.

Floridablanca para responder á las calumnias que habian esparcido sus enemigos, dirigió poco despues á S. M. una larga apología de su administracion, pidiendo al fin de ella que se le permitiese retirarse del ministerio. Este escrito es una de las obras clásicas para el estudio del presente reinado (1).

---

(1) Se halla en el último tomo de la escelente obra de don Andrés Muriel, intitulada: *L'Espagne sous les rois de la maison de Bourbon. Paris* 1827.

Aunque Carlos III era de un temperamento robusto, los disgustos y la aficion de la caza abreviaron su vida. Ademas de las desavenencias con su hijo el rey de Nápoles, la muerte del infante don Gabriel y de su esposa le causaron una afliccion, que no bastó á consolar el infante don Pedro, único fruto de aquel matrimonio. Las fatigas de su diversion favorita á que se entregó con mas vehemencia para distraerse de sus penas aceleraron su muerte. Cayó enfermo á fines de noviembre en el sitio de San Ildefonso, y pasó á Madrid. Su mal pareció al principio un leve resfriado, de que se mejoró; pero habiendo recaido el seis de diciembre, se desenvolvió una calentura inflamatoria, que se agravó el trece, y de que murió á los setenta y dos años de edad y veinte y nueve de su reinado. De su único matrimonio con Amalia, princesa de Sajonia, tuvo trece hijos, á saber: Felipe Pascual, escluido de la sucesion por causa de imbecilidad; Carlos, que le sucedió en el trono de España con el nombre de Carlos IV; Fernando, que le sucedió en el trono de las dos Sicilias; el infante don Gabriel, gran prior de Castilla; el infante don Antonio Pascual; el infante don Francisco Javier, que murió sin sucesion en mil setecientos setenta y uno; la infanta doña María Josefa; la infanta María Luisa, que casó con el archiduque Leopoldo, gran duque de Toscana y despues emperador, y otras cinco hijas que murieron de corta edad.

Carlos III fue amabilísimo en su trato y conocia la amistad; era tenaz en ganar la de sus ministros y conservarla; amante del trabajo, instruido, aficionado á las reformas que no comprometiesen ni su dignidad ni el bien público; afecto á la Francia, con la cual estuvo siempre unido, pero sin la dependencia en que gimió su padre; zeloso de la gloria y de

la prosperidad de su familia y de su reino. Su espíritu era firme, y mucho mas en los infortunios, y libre de la melancolía que afligió á su padre y hermano. Sus costumbres fueron puras, y observó la castidad vidual con todo rigor. Conservaba la memoria de su esposa tan tiernamente, que no quiso pasar á segundas nupcias, aunque se le propusieron las princesas mas bellas de Europa. El único defecto considerable que se le notó fue la aficion desordenada á la caza que le hacia olvidar frecuentemente los negocios, y tal vez la mansedumbre, que le era natural, cuando tenia que castigar las violaciones de los cotos reales.

Su reinado fue el mas glorioso y feliz que tuvo España desde el de Felipe II, á pesar de los desastres de la primer guerra con los ingleses y del aumento de la deuda pública que causó la segunda. El gabinete de Madrid tuvo una influencia decidida en las grandes negociaciones de Europa, y la paz de mil setecientos ochenta y tres indemnizó en parte las pérdidas que habia sufrido la monarquía en tiempo de Felipe V. Los intereses del comercio y la industria, tan descuidados bajo los príncipes austriacos, y que no empezaron á ser dominantes en nuestra política sino en el ministerio del baron de Riperdá, fueron el objeto principal de Carlos III; á ellos dirigió las operaciones de su diplomacia; ellos dictaron todas las medidas y reformas interiores que inmortalizan su reinado. Hemos notado de paso las principales.

Al mismo tiempo que la nacion adquiria gloria y mejoraba su situacion interior, el buen gusto se introducia en la literatura y las artes. Moratin el padre, Ayala, Huerta, Llaguno, el maestro Gonzalez y Cadalso propagaron los buenos principios y restablecieron la versificacion del siglo XVI. Al fin

apareció Melendez. España tuvo en él un Anacreonte, un Tibulo y un Horacio. Sus obras fueron los modelos de los poetas líricos que le siguieron. Al mismo tiempo el grande Jovellanos perfeccionaba el estilo prosaico y se educaba Moratin, padre y fundador de la nueva comedia española; cultivaban el apólogo Samaniego é Iriarte; y este último, mas notable por su gusto y regularidad que por la fuerza del estilo, anunciaba con su *señorito mimado* los brillantes dias de nuestra escena cómica.

REINADO

DEL

S.R DON CARLOS IV.

CAPÍTULO XXXIX.

Principios del reinado de Carlos IV. Revolucion de Francia. Espedicion al canal de la Mancha. Caida del conde de Floridablanca y elevacion de don Manuel de Godoy. Guerra de la revolucion. Batallas de Valmy y de Gemappe. Asesinato de Luis XVI. Invasion del Rosellon y batalla de Truillas. Espedicion de Tolon.

INTERVALO DE CUATRO AÑOS, DESDE 1789 HASTA 1793.

Carlos IV ascendió al trono en edad ya madura 1789.
para el gobierno. Eran conocidas la rectitud de sus intenciones, su no vulgar instruccion y la bondad de su alma. España pues esperó uno de los mas felices reinados, mucho mas cuando vió que el nuevo rey conservó en el ministerio al hombre elegido por su padre y generalmente apreciado, como tambien en los demas destinos principales á los que tanto habian contribuido á la gloria y prosperidad del reinado anterior. La revolucion de Francia engañó esperanzas tan bien fundadas.

Este antiquísimo reino habia pasado por todas las fases de las monarquías feudales de la edad media. Los estados generales, compuestos de la nobleza, el clero y el tercer estado templaban antiguamente el poder del monarca, porque su aprobacion era necesaria para las contribuciones, é intervenian en la confeccion de las leyes. Los parlamentos, tribunales superiores de justicia, por una costumbre que duraba ocho siglos habia, archivaban las leyes y decretos, y cuando no les parecian justas, les quitaban la fuerza legal y moral, negándose á insertarlas en sus archivos. Richelieu, que necesitaba de una monarquía absoluta para sus grandes miras de política esterior, omitió la reunion de los estados, y no dejó á la Francia otra institucion que templase la autoridad real sino los parlamentos, que aunque recalcitrantes se sometieron á su yugo de hierro.

Luis XIV dominó como dueño absoluto del estado: sin embargo conservó á los parlamentos el derecho de inscripcion en los archivos, porque estaba seguro de su obediencia. Rodeado del esplendor de la victoria, de las ciencias, las artes y las riquezas, su voluntad ni encontraba ni temia oposicion. Las costumbres depravadas del tiempo de la regencia y la flojedad de Luis XV, dieron á las opiniones de los franceses mas libertad de la que convenia, y lo que es peor, ofrecieron pretestos especiosos á la crítica contínua de los actos del gobierno. Por otra parte la necesidad de la industria y el comercio, la aficion á las letras y los progresos de las ciencias estaban en contradiccion con las tradiciones de la monarquía feudal, que se conservaban aun en las leyes, y con los abusos introducidos en la administracion de justicia y hacienda.

Luis XVI, sucediendo á su abuelo, halló la na-

cion gravada con una deuda considerable, y ademas con un *déficit* anual. Sus costumbres eran puras, sus gastos personales cortos, sus deseos del bien público ardentísimos; mas su bondad le impidió privar á sus cortesanos, devorados por la ambicion y la codicia, de los beneficios de su munificencia real: su bondad le perdió. Quiso abrir empréstitos para subvenir á las necesidades del estado: el parlamento irritado de la dependencia en que habia gemido bajo Luis XIV, y de los destierros y supresiones que habia sufrido en el curso del siglo XVIII por haberse opuesto á la voluntad real, se negó á archivar los edictos de empréstitos y de impuestos, diciendo que solo á *los estados generales pertenecia por las leyes fundamentales conceder arbitrios y contribuciones*. Obsérvese que en este momento renunció solemnemente á la pretension que durante siglo y medio habian sostenido los parlamentos de ser los representantes de la nacion francesa. Necker, ministro de hacienda, persuadió al rey que convocase los estados, concediendo al del pueblo un número de diputados igual á la suma de los de clero y nobleza. Empezaron las elecciones y con ellas la revolucion, porque desacreditado ya el poder monárquico por la oposicion triunfante del parlamento, se abria un anchísimo campo á todas las doctrinas y ambiciones.

El cinco de mayo empezaron los estados generales. El tercer estado, mas unido y compacto que los otros dos, exigió que se reuniesen todos en una cámara para el exámen de los poderes. El clero y la nobleza se negaron á ello, y los comunes se constituyeron de su propia autoridad *Asamblea nacional*. Esta declaracion destruia de hecho la monarquía de tantos siglos.

El gobierno mandó cerrar el veinte de junio la

sala de sus sesiones. Se reunieron en el juego de pelota, y juraron no separarse hasta haber concluido la reforma del gobierno y haber dado una constitucion.

El rey convocó para el veinte y tres una reunion, presidida por él, llamada en el lenguage del pais *sesion de justicia*. Anuló los acuerdos del tercer estado, haciendo algunas concesiones ya insignificantes, pues no era dueño del poder, y mandó que los estados deliberasen por órdenes. Apenas se retiró, y tras él el clero y la nobleza, los diputados del comun se quedan inmóviles, se niegan á retirarse, continúan deliberando una parte del clero y de la nobleza, y despues la totalidad de ambos cuerpos se le reunen y empiezan la larga y terrible sesion que acabó con las antiguas instituciones de Francia. Estaban seguros del auxilio del pueblo y de la debilidad del gobierno.

En vano éste reunió un ejército de cerca de cuarenta mil hombres en las cercanías de Versalles: el catorce de julio se amotina el pueblo de París; sitia y arruina la Bastilla, ciudadela de aquella capital; se organizan las secciones electorales de sus barrios y la milicia nacional, y se constituye la municipalidad en sesion permanente. El rey tuvo que despedir el ejército. En vano algunas tropas fieles á su causa juran morir en su defensa en un banquete celebrado en el palacio de Versalles. El pueblo de París se amotina el seis de octubre, vuela á aquel sitio real, estermina á las tropas que le impedian el paso, insulta el lecho mismo de la reina, y obliga al rey á que venga á residir en la capital, donde se trasladó tambien la asamblea nacional, que hasta entonces tuvo sus sesiones en una ala del palacio de Versalles.

La asamblea que en calidad de *constituyente* reasumió el poder soberano, destruyó todos los dere-

chos feudales, dispuso de todos los bienes del clero, formó nuevas divisiones de territorio y continuó sus trabajos para la formacion de un nuevo código fundamental. La verdad histórica no permite desconocer que algunas de sus reformas é instituciones, miradas en sí mismas, fueron útiles: tampoco puede negar á los individuos de la asamblea energía, luces y desinterés, pues decretaron que ninguno de ellos seria elegido para la próxima asamblea legislativa, en lo cual hicieron un verdadero daño. Pero ¿quién puede desconocer que sus decretos y la constitucion que formaron fueron la ruina de la monarquía? que carecieron de justo título y derecho para apoderarse del poder? que fueron verdaderos rebeldes y usurpadores? en fin, que prepararon las sangrientas catástrofes, y abrieron el inmenso sepulcro en que se han sumergido dos generaciones europeas? Todo lo que se puede decir en su favor es que no preveyeron tantos males; pero el delito de usurpacion de la autoridad soberana y el despojo del poder monárquico, reconocido por los franceses durante tantos siglos, no admite ni puede admitir disculpa alguna.

Toda la Europa fijó su atencion en Paris con una inquietud présaga de las calamidades que el foco funesto de la revolucion iba á diseminar sobre las naciones. La corte de Madrid, mas interesada que otra alguna por las conexiones de familia y la alianza perpetua con la Francia, manifestó mayor solicitud. Floridablanca, que gozaba el favor del nuevo rey, se preparó á emplearse con toda la energía de su carácter en atajar un mal que habia previsto muy de antemano.

Este año se incendió la plaza mayor de Madrid, y se consumió gran parte de ella.

La asamblea constituyente consolidó la obra de 1790,

la revolucion. Aunque sus poderes habian concluido, declaró ser legítima su reunion hasta haber redactado y planteado el nuevo código fundamental: vendió los bienes de la iglesia, declarados por nacionales, hasta la concurrencia de cuatrocientos millones de francos representados por asignados, cuya emision aumentó las necesidades y desórdenes ulteriores: dió á la iglesia de Francia una nueva forma, alterando el número y límites de los obispados, obligando al juramento cívico á todos los eclesiásticos, y anulando los votos monacales: estableció una nueva distribucion del territorio, é hizo electivas las magistraturas provinciales y comunales: en fin arruinó hasta los cimientos la autoridad monárquica, estableciendo prácticamente el principio de la soberanía del pueblo.

Este sistema tenia por enemigos interiores la corte, la nobleza, el clero, oficialidad del ejército, y mas tarde todos los que habian entrado de buena fé en las reformas, y que ni querian ni habian previsto los trastornos. La corte hizo una tentativa para huir á Perona; mas fue descubierta y costó la vida al marques de Favras, autor del proyecto. En vano Mirabeau, vendiéndose al palacio despues de haber sido tribuno de la revolucion, procuró consolidar á un mismo tiempo la autoridad real y las libertades públicas. En medio de la agonía de la nacion, murió admirado y mal visto de todos los partidos. El de la ínfima plebe se iba levantando porque todos le cortejaban: los amigos de la revolucion, porque era su aliado natural y bien pronto debia ser su tirano: los enemigos, porque creian que las convulsiones anárquicas eran un tránsito necesario para restablecer la antigua monarquía. Todos los ánimos estaban exaltados; todos los intereses comprometidos;

la desconfianza y el odio eran estremos, y ya eran fáciles de preveer todos los furores y desórdenes de la guerra civil.

Los príncipes de Europa, que se habian alarmado á la primer noticia de la revolucion, viendo sus progresos, convirtieron la alarma en medidas de precaucion; mucho mas cuando los emigrados franceses atizaron en todas las cortes el odio contra los nuevos principios. La emigracion comenzó despues del seis de octubre de mil setecientos ochenta y nueve, época en que el conde de Artois y el príncipe de Condé pasaron á Alemania. Las tias del rey emigraron en mil setecientos noventa: sacerdotes, nobles, personas de la corte, y en fin, todos los que no se creian seguros en Francia, ó por lo que habian hecho, ó por lo que pensaban hacer contra la revolucion, abandonaron el reino, buscando en los paises estrangeros enemigos de la tiranía popular.

La Prusia y el Austria completaron sus ejércitos y los aproximaron á las fronteras: la Rusia les prometió su asistencia, gozándose en un acontecimiento que le daba seguridad para completar la desmembracion de Polonia. La España aumentó hasta veinte mil hombres el ejército de Cataluña. Floridablanca conocia muy bien que los príncipes de la familia de Borbon no debian abandonar á su suerte al rey de Francia, y que la monarquía española debia oponerse á los que declaraban una guerra sistemática y de principios contra todas las monarquías.

Un asesino proyectó quitar la vida alevosamente á Floridablanca, y en efecto le hirió. El criminal fue preso, juzgado y condenado á muerte; y como era francés, se creyó generalmente aquel atentado obra de los revolucionarios de Francia.

Al mismo tiempo que este ministro se prepara-

ba á luchar contra la revolucion, sostenia la dignidad y soberanía de su monarca contra las invasiones del comercio británico. Los ingleses habian formado establecimientos en la entrada del Nootha y en las islas de Cuadra y de Vancouver, cercanas á la costa Occidental de la América del Norte. La corte de Madrid, que miraba toda esta parte del Nuevo Mundo como dependiente del imperio de Méjico, hizo sus reclamaciones en Lóndres; y no habiendo recibido una respuesta satisfactoria, envió una poderosa armada al canal de la Mancha bajo las órdenes de don Juan de Lángara, despues de haber mandado apresar por nuestras fuerzas navales del mar Pacífico los buques ingleses que transportaban á la China los productos de la nueva colonia. A la escuadra española se reunió otra francesa en virtud del pacto de familia. La Inglaterra que ó no estaba preparada entonces á la lid, ó creia inoportuna la pelea por algunos centenares de pieles, cuando estaba comprometida en París la existencia futura de todos los reyes y naciones de Europa, se prestó á terminar aquella desavenencia por medio de una negociacion amistosa.

1791. La declaracion hecha en Mántua por las potencias principales el veinte de mayo exigiendo el restablecimiento de la autoridad real en Francia, sopena de guerra universal, movió á Luis XVI para impedir esta grande calamidad á fugarse al ejército que mandaba en Campaña y Lorena el general Bouillé, fiel á la antigua monarquía. Este proyecto se verificó el veinte de junio por la noche, saliendo de palacio los individuos de la familia real uno á uno y disfrazados; mas fue conocido el rey en Varennes y las guardias nacionales le volvieron á París con su familia, escepto el conde de Provenza, que logró escaparse á Flandes. El general Bouillé emigró tambien.

El partido republicano que desde el principio de la revolucion habia ido engrosándose en el club de los jacobinos, en la municipalidad y en los arrabales de París, quiso aprovechar esta ocasion para destituir al rey. Acudieron muchos con armas al campo de Marzo para lograr este proyecto; pero la milicia nacional los disipó, no sin derramamiento de sangre. La asamblea restituyó al rey su dignidad, despues que hubo jurado el acta constitucional; proclamó la constitucion, llamada de mil setecientos noventa y uno, el veinte y nueve de setiembre, y se disolvió. Como se habian comprometido sus miembros á no aceptar ministerio alguno y á no poder ser reelegidos en la primera asamblea legislativa, ésta se compuso en su mayor parte de hombres pertenecientes al sistema del dia, es decir, al republicanismo.

La corte conoció el peligro y quiso apoyarse en los constitucionales; pero ya era tarde. La nobleza y el clero emigraban, y los que no, causaban alborotos en los departamentos, no queriendo someterse ni á los decretos de la asamblea ni á la constitucion civil del clero. La asamblea legislativa propuso medidas contra los emigrados y los clérigos refractarios: el rey se negó á sancionarlas.

No quedaba ya ningun medio de conciliacion; la única esperanza del antiguo régimen estaba en las bayonetas estrangeras que ocupaban todas las fronteras del reino; la única esperanza de los revolucionarios era la fuerza de la muchedumbre, cuyas pasiones exaltaban por todos los medios posibles. No habia mas perspectiva que la de la guerra esterior é interior: el veinte y siete de julio se firmó en Pilnitz, ciudad de Alemania, un tratado entre el emperador, el rey de Prusia y el conde de Artois, para

invadir la Francia, tratado llamado comunmente de la primer coalicion. En la frontera de los Alpes amenazaban las tropas piamontesas, y en las del Pirinéo se reforzaba diariamente el ejército español. El conde de Floridablanca habia recibido con la mas generosa hospitalidad á los emigrados.

Este año cedió España á la regencia de Argel las plazas de Orán y Mazalquivir. El pretesto fue lo mal sano de aquella parte de la costa de Berbería y las sumas que se gastaban inútilmente en conservarlas. En cambio concedió la regencia algunas ventajas mercantiles á los españoles. Tambien se concluyeron las desavenencias entre Inglaterra y España por medio de una transacion, en que se concedió á los buques de ambos paises la libre navegacion del Océano pacífico.

En el gabinete de Madrid habia dos partidos opuestos en cuanto á las relaciones políticas con Francia; el de Floridablanca, que queria la guerra, y el de Aranda, opuesto á él desde las antiguas rencillas. Al mismo tiempo disminuia el favor del ministro, habiendo ganado la voluntad de los reyes don Manuel de Godoy, de una familia ilustre de Estremadura, y oficial de guardias de corps. Ya le amaba el rey desde que era príncipe de Asturias; pero Carlos III, que no gustaba de que su hijo tuviese favoritos, le habia desterrado de la corte.

1792. La muerte del emperador Leopoldo II, á quien sucedió Francisco, en nada alteró las disposiciones del Austria; sin embargo en los primeros meses del año aun no estaban preparados para la guerra, pues la coalicion no pudo sostener al elector de Treveris, á quien obligaron los franceses á la inaccion despues de haber hecho algunos movimientos sobre la frontera. En España las observaciones del conde de Aran-

da en el gabinete habian resfriado mucho las disposiciones belicosas. Este hombre, que conocia muy bien las fuerzas de la Francia, auguraba muy mal de una guerra contra ella, y aconsejaba que se opusiese en las fronteras un cordon contra las tropas de aquella nacion y contra sus principios revolucionarios. El resultado de sus disputas con Floridablanca fue la caida de éste y la elevacion de aquel al ministerio, aunque ya desde entonces se notaba el favor de don Manuel de Godoy, y se creia generalmente que el ministerio del conde de Aranda serviria solo de tránsito para afirmar el poder del nuevo valído, quitándole el único obstáculo que podian oponerle las luces y servicios del antiguo ministro. En efecto, pocos meses despues fue elevado al ministerio Godoy, ya duque de Alcudia, dejándole al conde de Aranda su plaza en el consejo de estado.

En Francia las hostilidades de fuera aumentaron la reaccion y los furores del interior. Obligóse al rey á mudar de ministerio y á declarar la guerra á la coalicion. Un plan formado por Dumourier, nuevo ministro de negocios estrangeros, para ocupar la Bélgica, no pudo lograrse por el terror pánico que se apoderó de una division apenas vió al enemigo. El duque de Brunswick al frente de ciento treinta mil hombres entre austriacos y prusianos avanzaba por el camino de la Mosela hácia Paris, y el rey ni quiso firmar los decretos contra emigrados y refractarios, ni conservó el ministerio que le habian impuesto sus enemigos. Sin embargo el partido constitucional conservaba cierto predominio en la asamblea legislativa. Los republicanos, apoyados en la municipalidad y en los arrabales, vinieron armados, é insultaron primero á la asamblea legislativa y despues al rey el veinte de junio; y habiendo probado sus fuer-

zas con esta tentativa, emprendieron el memorable atentado del diez de agosto.

Este dia atacaron la mansion real, obligaron al rey á refugiarse con su familia al seno de la asamblea, esterminaron las tropas que defendian el palacio, y se entregaron en él á todo el delirio de su atroz victoria. La asamblea, subyugada por este partido, pronunció la destitucion del rey, creó una comision ejecutiva, promulgó los célebres decretos contra emigrados y sacerdotes, y convocó una convencion nacional para el veinte de setiembre: sin embargo el poder existia verdaderamente en los republicanos de la municipalidad y de los clubs de jacobinos y franciscanos, porque ellos eran los que podian disponer de la fuerza material, que entonces consistia en los guardias nacionales y en la multitud de los arrabales. Danton, el mas frenético de este partido y por consiguiente gefe de él, se propuso *imponer miedo á los realistas*, y organizó una cuadrilla de trescientos asesinos, que en los primeros dias de setiembre degollaron casi todos los presos que por delitos políticos se hallaban detenidos en las prisiones.

Entretanto el duque de Brunswick se estrelló contra la hábil defensa de Dumourier en los desfiladeros de la selva de Ardenas. La batalla de Valmy, en que Kellerman sostuvo el ímpetu de todas las divisiones enemigas que le atacaron sucesivamente, obligó á los austro-prusianos á retirarse con pérdidas equivalentes á una gran derrota. El príncipe de Sajonia Teschen tuvo que dejar el bombardeo de Lila, despues de la heróica defensa de su guarnicion y habitantes. El general francés Custine se apoderaba de toda la orilla del Rin hasta Maguncia; Montesquieu de la Saboya, y Anselme del condado de Niza.

La convencion nacional en su primer sesion declaró que la Francia era república, una é indivisible; pero en cuanto á la constitucion que habia de dársele hubo gran division entre los diputados. El partido de la Gironda, llamado asi porque á su frente estaban los diputados de este departamento, querian que las instituciones diesen el poder á la clase media: el de la Montaña, donde dominaban los jacobinos, llamado asi porque se sentaban en unos bancos algo mas altos de la sala, querian el imperio de la muchedumbre. Los primeros eran mas fuertes por su elocuencia, su número y sus relaciones sociales: los segundos por su osadía y por la superioridad que ejercian sobre el pueblo de París. Roberspierre estaba al frente de la Montaña. Era hombre vano, de poco talento, de mucha energía y amigo de sangre. Los girondinos le acusaron por odios personales: triunfó de su acusacion, y como ésta le denunciaba por dictador de la muchedumbre, obtuvo el poder correspondiente al título que tan imprudentemente le dieron sus enemigos.

Los girondinos quisieron empezar constituyendo la república: los montañeses, inferiores en número, quisieron separar los ánimos de esta cuestion que por entonces no se podia decidir á gusto de ellos, y propusieron que se empezase por el juicio del rey. Las pasiones de la multitud se exaltaron: los girondinos temieron que se les diese el nombre de realistas; y la osadía de pocos y el miedo de los demas produgeron uno de los mas grandes y absurdos atentados que los hombres han cometido. Entre todas las leyes revolucionarias no habia una sola que pudiese justificar la acusacion de Luis XVI; y fue necesario recurrir á sutilezas de que se hubiera avergonzado el escolástico mas audaz para interpretar las leyes y decretos de la

asamblea constituyente; de modo que dijesen lo que no habian dicho ni podido decir. Entretanto Dumourier ganaba á los austriacos la batalla de Jemappe, conquistaba la Bélgica y arrojaba al enemigo al otro lado del Roer.

El número de emigrados á España aumentaba de dia en dia. Los eclesiásticos fueron recibidos por los prelados españoles con aquella hospitalidad generosa que ha caracterizado siempre á los príncipes de la iglesia de España. Don Francisco Fabian, arzobispo de Valencia, alojó setecientos en su palacio. El sabio cardenal de Lorenzana, arzobispo de Toledo, mantuvo á su costa á todos los que se fijaron en su vasta diócesis; y los prelados de Sevilla, Tarragona y Cartagena admitieron á muchos por comensales, y señalaron á los demas diversos fondos para que subsistiesen.

1793. El proceso de Luis XVI se iba acercando á su fin. La Montaña, que queria asegurar su imperio sobre la muchedumbre, haciéndola responsable de un grande atentado pedia á gritos su muerte. La Gironda, que deseaba la república, pero bajo el dominio de la clase media, le defendia sin embargo con debilidad, temiendo ser acusada de realista. La historia conservará los nombres de Malesherbes, Tronchet y Deseze que defendieron al rey con tanto valor como infelicidad. La convencion pronunció la sentencia de muerte á la pluralidad de veinte y seis votos. Luis subió al cadahalso el veinte y uno de enero con el valor que han mostrado todos los de su familia en los momentos de riesgo ó infortunio. Príncipe digno de mejores tiempos, y solo inferior á las circunstancias contra las cuales luchó por la bondad de su alma, que á veces rayaba en debilidad ó irresolucion.

Toda la Europa, escepto Suecia, Dinamarca y Turquía, declaró entonces la guerra á la convencion.

España habia solicitado, por medio de don José Ocariz, su ministro en París, con el empeño mas grande y sincero, la vida de Luis XVI, prometiendo, si era respetada, no declarar la guerra á la república; pero apenas se hizo caso de una intervencion tan natural y moderada. Despues de sucesos tan estraordinarios era claro que no podia conservarse en la corte la influencia del conde de Aranda, pues tenia contra sí la Inglaterra y los emigrados, que en nombre de la Europa escitaban el gabinete de Madrid á la pelea, y en fin los deseos del rey y del nuevo ministro. Así á pesar de los consejos de Aranda se declaró la guerra á la república francesa.

En esta época la victoria favorecia á la coalicion. Miranda fue batido en Lieja, y Dumourier en Nervinda, cuando pensaba, en caso de triunfar, marchar contra París y restablecer la constitucion de noventa y uno. Destituido por la convencion despues de su derrota huyó á la Holanda, y su sucesor Dampierre fue muerto en uno de los célebres combates dados junto al campo de Famars. La coalicion penetró hasta Valenciennes y Arras por la frontera de Flandes, y por la del Rin hasta Landaw.

La Montaña dominaba en los clubs y en la municipalidad; pero estaba en minoría en la convencion. El treinta y uno de mayo la insurreccion de la municipalidad, favorecida por la fuerza material de los arrabales, atacó la convencion, y pidió las cabezas de veinte y dos diputados y la eliminacion de setenta y tres. Robespierre, que habia adquirido la supremacía de aquel partido, se valió de Marat y Danton para operar, resuelto á guardar para sí los frutos de la victoria. Los veinte y dos fueron proscriptos, los setenta y tres presos; la Montaña triunfó en la convencion oprimida, y el poder público se puso en manos

de la muchedumbre. Entonces los montañeses dieron la anárquica é imposible constitucion de mil setecientos noventa y tres, que solo rigió dos meses.

Los gefes de la muchedumbre se dividieron. Ejércitos numerosos los atacaban en las fronteras. Houchaard, sucesor de Dampierre, apenas podia contener á los austriacos de Flandes, y esperaba refuerzos. El general Ricardos, al frente de un lucido ejército español, penetró en el Rosellon, se hizo dueño de Bellegarde, á pesar de algunos reveses parciales, ganó la sangrienta batalla de Truillas, tomó las plazas de Mont-Luis, Colibre y Port-Vendres, y amenazó la de Perpiñan, mientras el general Caro pasaba el Vidasoa y peleaba con vario suceso contra los republicanos en las vertientes francesas del Pirineo Occidental. Por los Alpes amenazaban los ejércitos de Italia. Ni menos enemigos se levantaban en lo interior de Francia contra la república: Leon, en la parte Oriental; Tolosa y Marsella en el Mediodia; Caen en el Norte, y la Vandeé en el Occidente amenazaban á París. La insurreccion de Caen tenia por divisa sostener el partido de la Gironda; las demas restablecer el trono. La mas terrible fue la de la Vandeé: sus gefes, despues de haber arrojado á los republicanos de su departamento, se apoderaron de Saumur y Angers, batieron á los generales de la convencion y pusieron sitio á Nantes.

El partido revolucionario opuso á tantos peligros toda la energía propia de los hombres que tienen que optar entre el poder ó el cadalalso. La comision ejecutiva de salud pública, que era el gobierno de aquel sistema, formó un ejército de un millon y doscientos mil hombres. Los medios de equiparlo y mantenerlo se encargaron á la comision de seguridad general, que no respetó nada para adquirir los recursos

necesarios. El tribunal revolucionario condenó á muerte no solo á los convictos, sino tambien á los sospechosos. La constitucion no era bastante anárquica para sostener la accion del gobierno; se suspendió pues, y la junta de salud pública, apoyada en los clubs, fue soberana de la Francia. Robespierre habia entrado en ella, y la dominaba asi como á la convencion, por el terror de su nombre, el mas popular de todos en aquella época, y por la fuerza inmensa de los jacobinos que dominaban la muchedumbre. Danton y la municipalidad quisieron oponerse al poder decemviral de la gente: Danton y la municipalidad espiaron sus anteriores crímenes en el cadahalso. La coalicion fue vencida en Hoodscoote por Houchard, y en Watignies por Jourdan, y los austriacos tuvieron que pasar el Sambra. Carnot, miembro de la junta de salud pública, enseñó el sistema de ligar todos los ejércitos unos con otros y dirigirlos á un mismo objeto. Hoche recobró las líneas de Weisemburg, y obligó á los austro-prusianos á levantar el sitio de Landau. Leon cayó en poder de los terroristas, Caen se sometió, los de la Vendeé fueron vencidos y obligados á encerrarse en su departamento, donde se les persiguió como á fieras: salieron de él y pasaron á la Bretaña, y despues de batallas memorables y sangrientas, fueron casi esterminados en la jornada de Savenay. Las tropas del Mediodía fueron batidas, y huyendo de Burdeos, Tolosa y Marsella, se encerraron en Tolon y llamaron á los ingleses á su socorro. Un cuerpo de ocho mil españoles, conducidos en una division de tres navíos de línea, al mando del general Lángara, guarneció la ciudad, qne no tardó en ser acometida por los republicanos, abandonada por la escuadra inglesa, y defendida por las tropas estrangeras de la guarnicion. Estas perdieron con la plaza dos navíos

de línea españoles que no pudieron salir á tiempo del puerto.

Los vencedores usaban del triunfo con la mas cruel atrocidad. En Leon espusieron los habitantes á descargas de metralla y arruinaron la ciudad. En Nantes los ahogaban haciendo entrar el agua por válvulas en los buques donde estaban indefensas las víctimas. Todo era hierro, crueldades, cárceles, tribunales y suplicios. Aumentó el terror de esta deplorable época la muerte de la reina de Francia, condenada á seguir á su esposo. El duque de Orleans pereció tambien en el cadahalso.

El general español Ricardos, que proyectaba el sitio de Perpiñan, batió completamente en el Boló y en Ceret al general Turreau. Mas lo adelantado del invierno le impidió sitiar la capital del Rosellon.

CAPÍTULO XL.

Continuacion de la guerra de la revolucion. Suplicio de Robespierre. Conquista de la Bélgica. Batalla del Boló. Pérdida de Rosas y de las provincias Vascongadas. República bátava. Constitucion directorial. ***Paz de Basilea.***

INTERVALO DE DOS AÑOS, DESDE 1794 HASTA 1795.

1794. En Francia se aumentó el terror porque el gobierno se concentraba. Robespierre, St. Just y Couthon formaron un triunvirato en la misma junta de salud pública, determinados á apoderarse de toda la fuerza por medio de los jacobinos de la municipalidad, con la cual se habian reconciliado. Para esto empezaron á perseguir á los amigos de Danton y á los diputados de la Montaña. Fueron designados como víctimas los

mismos que habian sido cómplices de sus crímenes. Al fin la convencion harta de la larga tiranía de Robespierre encontró fuerzas en su misma desesperacion; y el mismo dia que el triunviro propuso en ella la proscripcion de muchos de sus miembros, se atrevió á lanzar un decreto de acusacion contra él, y lo puso en prisiones. La fuerza armada de la municipalidad le libertó: fue llevado en triunfo á la casa de la ciudad; y su amigo Henriot, gefe de dicha fuerza, atacó á la convencion y mandó disparar los cañones contra ella; mas los artilleros no obedecieron. Las secciones electorales se armaron para sostener la diputacion: un terrible combate decidió aquel dia la suerte de la Francia. La convencion triunfó, y los triunviros Henriot y todos sus adherentes perecieron en el cadahalso. Así se detuvo la revolucion francesa. Desde este dia memorable la exaltacion fue disminuyendo por grados: los setenta y tres diputados volvieron al seno de la convencion: la reaccion contra los jacobinos fue lenta, pero constante y general: sus clubs se cerraron, no sin combates casi diarios, y la convencion recobró su imperio bajo el ascendiente de la clase media.

Las convulsiones interiores en nada impidieron la marcha triunfante de los ejércitos franceses. Pichegrú batió al general austriaco Clairfait en Turcoing, y Jourdan venció al príncipe de Cobourg en la memorable batalla de Fleurus. La coalicion abandonó la Bélgica á los franceses, y mientras Pichegrú pasaba el Wahal y conquistaba la Holanda, Jourdan arrojaba á los enemigos al otro lado del Rin, y ocupaba á Coblenza. En la frontera de los Alpes, donde no habia grandes ejércitos, los franceses se apoderaron de Onella, del Monte Cenis y algunos puntos del Apenino.

En el Rosellon se habia dado el mando del ejército francés á Dugommier, reforzándole con las tropas que habian pacificado el Mediodia de Francia despues del sitio de Tolon. Dugommier consiguió algunas ligeras ventajas contra el marques de las Amarillas, sucesor de Ricardos. La corte de Madrid dió el mando del ejército al conde de la Union, que se habia distinguido por sus prendas militares en todo el curso de esta guerra; mas el general republicano le batió en la batalla del Boló, y arrojó á los españoles del territorio francés. En la cresta del Pirineo fueron batidos los españoles en una accion reñidisima, que duró tres dias, y costó la vida á los dos generales enemigos. Perignon condujo el ejército francés á las llanuras de Cataluña, se apoderó de Figueras, ocupó el Ampurdan, y preparó el sitio de Rosas. En el Pirineo Occidental los franceses, mandados por Muller, desembocaron por el valle de Bastan en Guipúzcoa, y se apoderaron de San Sebastian y Fuenterrabía.

Antes de estas desgracias fue desterrado el conde de Aranda, que las habia previsto, por haberse atrevido á amenazar en presencia del rey y en consejo de estado al duque de la Alcudia, que le acusaba de afecto á la revolucion y al filosofismo, y pedia se le formase causa. Diósele orden de ir á Jaen, despues á Granada, y últimamente se le permitió pasar á Epila, en el reino de Aragon, donde murió.

1795. El movimiento de descenso de la revolucion, que empezó en la muerte de Robespierre, continuaba, aunque con lentitud. Los jacobinos, previendo la caida de su imperio, se pusieron al frente de los arrabales y marcharon contra la convencion; mas fueron vencidos y esterminados. La reaccion contra ellos fue general en toda Francia. Las secciones de Paris,

compuestas en esta época de realistas, quisieron dar un golpe decisivo impidiendo que se plantease la constitucion directorial, decretada ya por la convencion. La fuerza armada, dirigida por Bonaparte, oficial de artillería, que se habia distinguido en la reconquista de Tolon, venció y dispersó las secciones. La convencion, autoridad terrible y revolucionaria cesó entonces: este cuerpo, que no tiene igual en la historia en cuanto á atrocidad, energía é infortunios, dejó su puesto al directorio ejecutivo y dos consejos legislativos establecidos por la nueva constitucion, la cual era republicana y favorable á la clase media por las combinaciones de su sistema electoral.

Las victorias de los franceses habian continuado en los primeros meses de este año. Pichegrú, auxiliado por el partido democrático de Holanda, abolió el Estatuderato y creó la república bátava, aliada de la francesa. El rey de Prusia, cuyos estados quedaban amenazados en la frontera del Rin y la de Holanda, obligado ademas á atender al último y definitivo repartimiento de la Polonia, hizo la paz con Francia.

Hoche batió y esterminó un cuerpo de emigrados que con el auxilio de la Inglaterra desembarcó en Quiberon. Perignon tomó en Cataluña la plaza de Rosas, despues de un sitio memorable, por la tenacidad y valor de los combatientes; mas no pudo pasar del Fluviá, contenido por el valor y pericia del nuevo general español don José de Urrutia, que habia servido con distincion en los ejércitos rusos durante la guerra de esta nacion con Turquía. Moncey, ocupadas las provincias Vascongadas, llegaba á Miranda de Ebro y amenazaba á las Castillas. La España hizo entonces la paz con la república en el congreso de Basilea, cediendo la parte que poseía en la isla de Santo Domingo; y se dió al duque de Alcudia el ti-

tulo de príncipe de la Paz. El terror inspirado por las armas francesas era tan grande, que cuando Moncey amenazó las Castillas se trató en la corte de refugiarse á América; y el arzobispo de Toledo publicó una pastoral exhortando al clero á recoger los tesoros de la iglesia y disponerse á abandonar la España en caso de necesidad. Mandóse recoger esta pastoral por la agitacion que causó en los ánimos.

La campaña contra los austriacos no fue tan brillante. Pichegrú, que mandaba el ejército del Rin, fue vencido en Heidelberg con gran pérdida, y tuvo que levantar el sitio de Maguncia.

El poder del príncipe de la Paz no reconocia ya en esta época límite alguno. Baste saber que se le confió hasta la eleccion del profesor que debia enseñar la bella literatura al príncipe de Asturias. El nombramiento recayó en don Juan Escoiquiz, autor de una traduccion de las noches de Young, en verso castellano, y de otras composiciones originales. Mas su carácter era independiente, y no se doblegó á las miras del valido en el importante destino que ocupaba, y que le grangeó el afecto y la confianza del príncipe.

CAPÍTULO XLI.

Alianza con Francia y guerra con la gran Bretaña. Paz de Campo Formio. Batalla naval del cabo de San Vicente. Espedicion de Egipto. Segunda coalicion. Conquista de Italia por los austro-rusos. Vuelta de Bonaparte á Europa y constitucion consular.

INTERVALO DE CUATRO AÑOS, DESDE 1796 HASTA 1799.

1796. El general Hoche, despues de haber pacificado la Vendeé y la Bretaña, hizo en Irlanda un desembarco,

pero sus tropas parte quedaron prisioneras, parte se volvieron á Francia con mucha dificultad. Los jacobinos hicieron el último esfuerzo contra el directorio, y fueron batidos por la última vez en las llanuras de Grenelle. Entretanto el general Bonaparte, á quien se habia dado el mando del ejército de Italia, se estiende por la ribera del Poniente y bate al ejército austro-sardo, mandado por el general Beaulieu, en Montenotte, Milesimo y Dego. Finge despues que iba á atacar á Génova: Beaulieu vuela á defender esta plaza, y entretanto el general francés, revolviendo sobre su izquierda, bate á los sardos en Ceva y Mondori, y obliga al rey de Cerdeña á hacer un armisticio y despues la paz. Persigue sin intermision á los austriacos, y gana las batallas de Lodi, Castiglione, Basano, Arcole y Rivoli contra Beaulieu, Wurmser y Albinzi, generales que el Austria le opuso sucesivamente. Obliga á los estados de Italia á hacer la paz, y forma la república Cisalpina, compuesta del ducado de Milán y las legaciones de Romanía, Bolonia y Ferrara. Estas rápidas y portentosas victorias se debieron al genio de Bonaparte que aplicó á cada accion en particular el sistema de mover las masas inventado por Carnot para los ejércitos. Moreau y Jourdan pasaron el Rin; pero batido éste por el archiduque Carlos, Moreau hizo la célebre retirada de Munich, adonde habia llegado, batiendo siempre al enemigo. Este mismo año se consumó la division de Polonia con el último repartimiento entre las tres potencias confederadas, y desapareció aquel reino del mapa europeo despues de la derrota de Kosciuski en la batalla de Marcie Jowice.

Al rey de Prusia tocó la provincia de Mazovia, donde está colocada la antigua capital, y al emperador de Alemania las ciudades de Cracovia y Sendo-

mir. Poco despues murió Catalina II, dejando á su sucesor Pablo I un estado vastísimo y capaz, ya por las conquistas de aquella princesa de influir en la suerte de Europa.

La república francesa adquirió este año un aliado que completaba su línea de defensa y ataque marítimo en el continente. Este fue la España: por el tratado de alianza ofensiva y defensiva celebrado en San Ildefonso el diez y ocho de agosto entre el príncipe de la Paz y el ciudadano Perignon, quedaron las fuerzas de España casi á disposicion del directorio. La Inglaterra no tardó en declararnos y hacernos la guerra. El tratado de San Ildefonso fue un verdadero pacto de familia con la república francesa. No falta historiador que establezca el orígen de una alianza tan monstruosa en la esperanza que se habia dado al gabinete de Madrid de colocar en el trono de Francia uno de los príncipes de la familia real de España. Esto no seria estraño, atendiendo al disgusto general que inspiraba el gobierno republicano y al gran número de partidos en que estaba dividida la república. Sin embargo es preciso confesar que el príncipe de la Paz se engañó mucho si creyó tener ó el oro ó las tropas necesarias para hacer que predominase en Francia el partido que él intentaba promover. Acaso se le darian esperanzas vagas y eventuales para sacar de España en el tratado de alianza todas las ventajas posibles.

El estado interior de la nacion empeoraba visiblemente. El *déficit* anual de la renta pública era grande y crecia cada año, al mismo paso que disminuia el crédito de los vales por las notables emisiones que se habian hecho de este papel. En esta época, con motivo de la alianza de Francia, empezaron á introducirse las doctrinas republicanas y á ganar ter-

reno en la opinion á favor del disgusto casi general.

Bonaparte penetra por el Froul en Alemania y obliga al archiduque Carlos á firmar los preliminares de Leoben; poco despues se ajustó el tratado de Campo Formio, que puso fin á la primera coalicion. Por él adquirió la república francesa la Bélgica y los departamentos del Rin y una gran preponderancia en Italia, quedando bajo su influencia las repúblicas Liguriana y Cisalpina. Al emperador se indemnizó con los estados de la república de Venecia, que habia estinguido Bonaparte para castigarla por su connivencia secreta con los austriacos durante la guerra. 1797.

La república triunfaba en Europa, pero sus enemigos habian penetrado en los consejos legislativos al favor de las últimas elecciones. El directorio, resuelto á conservar su poder, hizo entrar un cuerpo de tropas en Paris y condenó á la deportacion dos directores, un gran número de diputados y otros ciudadanos distinguidos. Este golpe de dictadura afirmó por entonces el imperio del directorio, pero destruyó la república, porque probó á la Francia que no podia sostenerse en su suelo de una manera legal el régimen republicano.

La escuadra inglesa del almirante Jerwis batió á la española junto al cabo de San Vicente: en esta batalla pereció el valeroso marino Winthuisen. La escuadra vencida se refugió á Cadiz, los ingleses bloquearon el puerto y aun echaron algunas bombas sin efecto, porque nuestras fuerzas sutiles apartaban sus buques á una distancia fuera de alcance. Mas el comercio español quedó arruinado por la falta de comunicaciones con América: ni la Francia que, vencedora en el continente, habia perdido todas sus escuadras y colonias peleando contra la Inglaterra,

podia darnos socorros eficaces. La espedicion francesa del general Humbert contra Irlanda no produjo mas efecto que la ruina de su division.

El príncipe de la Paz se enlazó en la familia de su soberano, casando con la hija mayor del infante don Luis. Considerando la situacion de España, y creyendo imposible sostener el peso de la monarquía sin hacer reformas considerables que mejorasen la administracion y restableciesen el crédito, llamó al ministerio las personas que la opinion pública de los españoles designaba como mas á propósito para coadyuvar á tamaña empresa. Dióse pues el ministerio de estado á don Francisco Saavedra, cuyas luces y probidad eran generalmente apreciadas, y el de gracia y justicia á don Gaspar Melchor de Jovellanos, discípulo y admirador del célebre Campomanes, igual por lo menos á su maestro en los conocimientos de economía y legislacion, y muy superior considerado como literato. Se habia distinguido en varios destinos de magistratura, y su *informe sobre la ley agraria*, publicado en mil setecientos noventa y cinco, habia aumentado hasta lo sumo su celebridad. Ademas de estos dos hombres, se confiaron otros destinos importantes á personas muy ilustres por su saber y notorio amor á la nacion. Melendez Valdés, el restaurador del Parnaso español en el siglo XVIII, fue nombrado fiscal de la sala de alcaldes de casa y corte, y el conde de Ezpeleta gobernador del consejo.

No tardaron en desvanecerse las esperanzas que los españoles bien intencionados habian concebido de ver reunidos en el gobierno supremo los primeros hombres de la nacion. En breve Saavedra y Melendez fueron desterrados, y Jovellanos trasladado de prision en prision hasta el fin del reinado de Carlos IV. Este ministro, cuya alma era altiva é inde-

pendiente, se indignaba no solo de los homenages que era necesario rendir al valído, sino de la obligacion de hacer el bien bajo su influencia y de cederle parte de la gloria. Persuadido de la necesidad de su caida, la puso en ejecucion; su elocuencia triunfó un momento del ánimo de Carlos IV, y ya estuvo firmado por el rey y en poder de Saavedra el decreto para la exoneracion del príncipe de la Paz. Saavedra, mas honrado que político, retardó el golpe, movido de consideraciones de amistad y reconocimiento al valído: éste aprovechó los momentos, renovó con mayor vehemencia en los corazones de los reyes el amor que le tenian, y la tempestad descargó toda entera sobre los mismos que la habian promovido. Desde entonces no volvió el príncipe de la Paz á entrar en ningunos proyectos de reforma: dejó ir los hombres y los negocios por sí mismos, viviendo provisionalmente y buscando cada dia los recursos necesarios para el de mañana.

Este año falleció Federico Guillermo II, rey de Prusia, y le sucedió su hijo tercero del mismo nombre.

El directorio, que se habia declarado contra los realistas y los jacobinos, y los habia vencido sucesivamente apoyado en el ejército, se veia obligado á estar en perpétua lucha con las otras naciones, y asociarse á la gloria de los guerreros franceses, si habia de conservar la especie de dictadura que ejercia en el interior. Este fue uno de los motivos de la espedicion que dirigió contra el Egipto, para tener en aquel pais una escala, desde la cual pudiese atacar los establecimientos ingleses de la India Oriental. Confió esta empresa á Bonaparte, cuya ambicion temia, con el fin de alejarle de Francia; y Bonaparte la aceptó de muy buena gana con el fin de ad- 1798.

quirir en aquellas regiones apartadas un aumento de gloria que le pusiese al frente de la república. La espedicion salió de Tolon el diez y nueve de mayo; Bonaparte se apoderó de Malta al pasar y desembarcó en Egipto; y aunque la escuadra francesa fue destruida por la del almirante Nelson en las aguas de Abukir, el ejército de tierra, compuesto de los veteranos de Italia, batió á Mourad, bey en la batalla de las Pirámides, se apoderó del Egipto y aniquiló la dominacion antigua de los mamelucos.

Otro ejército francés penetró en Suiza con el pretesto de defender el pais de los Valdenses contra la prepotencia de la aristocracia de Berna, venció las tropas que se le opusieron, y cambió la constitucion antigua de la república, dándole una forma directorial.

Otro ejército francés penetró en Roma con el pretesto de vengar la muerte del general Duphoz, embajador del directorio, que fue asesinado en aquella capital. El respetable pontífice Pio VI fue conducido prisionero á Francia, donde murió al año siguiente, y se dieron á la repúbliea romana, que entónces se creó, las formas de la de Francia.

Fácil es de conocer que ni la Inglaterra ni las grandes potencias de Europa podian ser tranquilas espectadoras de esta serie no interrumpida de usurpaciones. Formóse pues la segunda coalicion, compuesta de la Rusia, el Austria, el imperio (escepto la Prusia) la Cerdeña, Nápoles y Turquía, contra la república francesa.

Nápoles y Cerdeña se adelantaron imprudentemente: el general Joubert ocupó á Turin y Championet, despues de haber derrotado á los napolitanos delante de Roma en una batalla sangrienta, entró en la capital de las dos Sicilias, instituyó la república

Partenopea, y sometió al directorio el resto del continente italiano.

Nelson, vencedor de la escuadra francesa en Aboukir, no fue tan dichoso en el ataque contra las Canarias. La guarnicion de la principal de aquellas islas respondió con un fuego vivísimo al de su escuadra, y despues de lastimados los buques, y herido gravemente el mismo almirante, tuvieron que renunciar los ingleses á la conquista de aquellas islas, importantísimas para la España, como que son la escala de su navegacion y comercio con América.

Este año renunció el príncipe de la Paz al ministerio de estado, para evitar que recayese sobre él la responsabilidad y el odio causado por las calamidades de la nacion. No lo consiguió, porque conservando siempre el afecto de los reyes, aunque ya sin carácter de ministro, se reservó siempre la direccion de los negocios públicos. Sucedióle don Mariano Luis de Urquijo. Los ingleses, que tenian constantemente una escuadra poderosa en el apostadero de Cadiz, impedian nuestras comunicaciones con América. El comercio estaba moribundo, las artes y la agricultura descaecian, y las quejas y lamentos eran generales.

Las tropas de la coalicion se dirigian ya á los 1799. puntos de ataque. Un grande ejército ruso marchaba hácia el Adige para reforzar el austriaco, mandado por Kray, llevando á su frente á Suvarow, célebre por las victorias que habia conseguido contra los turcos y polacos. Otro ejército ruso, mandado por el general Korsakow, observaba á Masena, comandante del ejército francés de Suiza, mientras el archiduque Carlos derrotaba á Jourdan y le arrojaba á la izquierda del Rin. Últimamente un ejército compuesto de

ingleses y rusos, mandado por el duque de Yorck, desembarcó en el Helder, se apoderó de la escuadra holandesa de Tegel, y marchó hácia el interior de la república bátava.

Kray antes de reunírsele Suvarow habia derrotado á Scherer, general en gete del ejército francés de Italia, en la batalla de Magnan. Á Scherer sucedió Moreau, y fue vencido por Suvarow en la batalla de Casano, y despues en la de Trebia, cuando ya se le habia reunido Macdonald, que evacuó á Nápoles y á Roma para no verse cortado en el Mediodia de Italia si los enemigos tomaban la línea del Apenino. Goubert sucedió á Moreau en el mando del ejército francés, voló á socorrer á Tortona, sitiada por los austro rusos, y fue vencido y muerto en la terrible batalla de Novi. Championnet, que le sucedió, conservó á fuerza de habilidad y celo la línea de los Alpes y del Apenino. El resto de la Italia cayó en poder de los vencedores.

Entretanto Masena conservaba en la Suiza la línea del Limmath. El archiduque Carlos, que se habia reunido á Korsakow para arrojar de ella al enemigo, no creyéndose con fuerzas suficientes para ello cambió el plan de campaña. Se concertó con los generales rusos en que Suvarow, vencedor ya en Italia, penetrase en Suiza por el monte de San Gotardo, mientras él, atravesando rápidamente la Suavia, caia sobre Basilea, y Korsakow defendia el paso del Limmath. El resultado de este proyecto hubiera sido hallarse el ejército de Masena en el centro de un triángulo, cuyos lados ocupasen tres ejércitos formidables.

Pero el general francés apenas sintió que el archiduque Carlos habia pasado á la Suavia, cargó con fuerzas superiores sobre Korsakow, y le derrotó com-

pletamente en la batalla de Zurich. Revuelve al punto contra Suvarow, que ya habia llegado á Altorf, le vence y le arroja al Tirol. Estas operaciones fueron tan rápidas, que cuando el archiduque Carlos llegó hácia el Rin de Basilea encontró á su frente el ejército francés victorioso.

En Holanda el general Brune venció al duque de Yorck en la batalla de Berghen, y le obligó á salir del pais con su ejército en virtud de una capitulacion.

Este fue el resultado de la campaña, y el directorio, á pesar de las pérdidas en Italia, hubiera podido sostenerse á no tener contra sí á todos los partidos de la Francia. Las elecciones del año anterior y del presente recayeron en diputados republicanos: fue elegido por director Sieyes, enemigo del orden actual de cosas, y que deseaba establecer una nueva constitucion que acabase de una vez con las facciones: los jacobinos insurreccionaban el Mediodia de la Francia, los realistas el Occidente; y aunque los primeros fueron vencidos con facilidad, los segundos se resistian y daban mas cuidado por mas cercanos. La clase media deseaba la tranquilidad, y estaba convencida de que no la obtendria bajo el gobierno del directorio.

En el cuerpo legislativo se declamó enérgicamente contra los directores Reubel y la Revelliere, y se vieron obligados á dar su dimision. Sieyes y el consejo de los ancianos querian una mudanza que sosegase el estado: el consejo de los quinientos aspiraba al poder que tuvo la convencion, y para lograrlo se mostraba muy adicto á la constitucion que acababa de violar. En fin aquel gobierno presentaba ya todos los síntomas de una muerte próxima.

Para darle el último golpe necesitaba Sieyes de

un general político, y la Francia no lo tenia entonces. Bonaparte, que conquistado el Egipto habia pasado á Palestina, derrotó en la batalla del monte Tabor á los turcos; mas no pudo tomar á San Juan de Acre, defendida por Sidney Smith y la escuadra inglesa. Volvió al Cairo, y derrotó en la batalla de Abukir un ejército otomano que habia desembarcado con el objeto de reconquistar aquel pais. Asegurado el ejército francés con esta victoria, dejó el mando al general Kleber; atravesó en una fragata el Mediterráneo, á pesar de las naves inglesas que lo ocupaban, y desembarcó en Frejus el nueve de octubre.

Su llegada á París fue la señal de ataque contra el directorio. El consejo de los ancianos, en virtud de los poderes que le conferia la constitucion, trasladó el cuerpo legislativo á St. Cloud, nombrando por comandante de las tropas para esta operacion al general Bonaparte. Sieyes, y á su ejemplo los demas directores, presentaron su dimision. El consejo de los quinientos fue disuelto por un destacamento de tropas que penetró en el lugar de sus sesiones. El de los ancianos se disolvió, dejando un gobierno provisorio compuesto de tres cónsules, que fueron Bonaparte, Sieyes y Roger Ducos, y dos comisiones legislativas para formar una nueva constitucion.

Sieyes presentó la suya, ingeniosa y muy combinada. El gefe del gobierno, segun ella, era el *Proclamador elector*, inviolable é inamovible, cuya única funcion debia ser nombrar los agentes del gobierno. Propuso que se diese á Bonaparte este destino, y el guerrero le respondió: *¿y esperais que un hombre de talento y honor se resuelva á hacer el papel de un marrano cebado*? Bonaparte tomó sin embargo

del plan de Sieyes todo lo que era favorable al poder, y la constitucion consular apareció el veinte y cuatro de diciembre. Por ella se ponian tres cónsules al frente del gobierno: el primero que era el verdadero gefe, y los otros dos que solo tenian voto consultivo. Bonaparte obtuvo el primer destino, y Cambaceres y Roger Ducos los otros dos: formóse un senado, llamado conservador, que debia nombrar de las listas electorales los miembros del tribunado y del cuerpo legislativo. Este era mudo: los oradores del tribunado y del gobierno discutian en su presencia los proyectos de ley, y él los votaba despues.

Asi acabó el poder de la clase media y pasó á la aristocracia, creada por la revolucion en el ejército, la tribuna y los destinos civiles. Se debió esta mudanza á la gran popularidad de que entonces gozaba Bonaparte, al cansancio de los partidos y al deseo que todos tenian de la paz interior y esterior, bajo cuyos auspicios prosperasen los intereses materiales de la sociedad.

La escuadra española salió este año del puerto de Cadiz, al mando de don José de Mazarredo, para reunirse con la francesa en Brest. Los ingleses no tenian inmediatas las fuerzas necesarias para batirse con ella; pero apenas entró en el puerto mencionado, fue bloqueada en él por la inglesa, reforzada con gran número de navíos que acudieron de los puertos de Inglaterra.

Para subvenir á los gastos de esta espedicion, y cubrir el *déficit* horrendo, y siempre en aumento de las rentas públicas, impuso el gobierno español una contribucion estraordinaria de trescientos millones de reales; pero por falta de datos estadísticos se hizo el repartimiento sin igualdad ni prudencia; produjo

infinitas reclamaciones, y no pudo verificarse la cobranza.

CAPÍTULO XLII.

Batallas de Marengo y Hohenlinden. Paz de Luneville. Invasion de Portugal. Paz de Amiens. Guerra entre Francia y la gran Bretaña. Constitucion imperial. Guerra entre España é Inglaterra. Tercera coalicion, y batallas de Ulma y Austerlitz.

INTERVALO DE SEIS AÑOS, DESDE 1800 HASTA 1805.

1800. Bonaparte tenia necesidad de la paz y la pidió á la Inglaterra. Desechada su peticion necesitaba la victoria.

Mientras Brune vencia á los rebeldes de Bretaña y pacificaba los departamentos del Occidente, y Masena defendia á Génova contra el general Ott, destacado del ejército austriaco con treinta mil hombres para tomar aquella plaza, el primer cónsul se puso al frente del ejército de reserva, pasó el San Bernardo, desembocó por el condado de Aoust, en las llanuras de Lombardía, ocupó á Milán, atravesó el Pó y cortó al general austriaco la comunicacion con Alemania. Melas estaba lejos de temer la red que se le tendia, pues ya el ejército de reserva estaba cerca del Bormida, y todavia pensaba él en perseguir al general Suchet y penetrar en la Provenza. Al fin vuelve á Alejandría, y en Marengo, pequeño pueblo de sus contornos, se dió la memorable batalla de este nombre, que perdieron los austriacos: su ejército quedó cortado, y para recobrar sus comunicaciones capituló la evacuacion del Piamonte, Ge-

novesado y Lombardía. En un solo combate perdió el Austria todo el fruto de las victorias de Suvarow. La Rusia negociaba entonces con la Francia, resentida de la derrota de su general favorito en Suiza, de la cual echaba la culpa á los austriacos. Al mismo tiempo Moreau, á quien se habia dado el mando del ejército del Rin, ganó á los austriacos las batallas de Biberac, Memingen y Hoestett, y los arrojó de la Suavia y Baviera.

El Austria, despues de un breve armisticio, volvió á tentar la suerte de las armas. La victoria se conservó fiel á los ejércitos franceses. El general Moreau ganó una gran batalla en Hohenlinden, y arrojó á los austriacos de la línea del Inn; pasó este rio y amenazó á Viena, mientras Brune, comandante del ejército de Italia, arrollaba al enemigo hasta los Alpes Julios. Entretanto el general Dupont ocupó la Toscana, y Murat amenazaba al reino de Nápoles. La corte de Viena pensó sériamente en la paz, y los plenipotenciarios se reunieron para tratarla en Luneville.

Este año sufrió el reino de Sevilla los estragos de la espantosa epidemia, conocida con el nombre de *Tiphus icteroides*, y que se creyó importada del Nuevo Mundo por su semejanza con la fiebre amarilla de América. El número de las víctimas ascendió á cien mil. Hizo los mayores estragos en Cadiz, Sevilla y los pueblos cercanos á estas dos ciudades. Grande calamidad, y tanto mas espantosa cuanto era nueva é ignorado ó mal conocido el método propio para curarla. Desde entonces casi no ha pasado año en que no se hayan sentido sus funestos efectos en algunos pueblos de Andalucía ó Murcia; pero nunca ha sido la pérdida comparable con la del año

mil ochocientos, en que se manifestó por la vez primera.

1801. La paz con el Austria y el imperio se firmó en Luneville el ocho de enero. Por ella se confirmó la de Campo Formio, perdiendo ademas el archiduque Fernando la Toscana, pais que con el título de reino de Etruria se dió á Luis, duque de Parma. La España gratificó á la Francia por esta cesion con la Luisiana y diez de los navíos que estaban en Brest. El general español Ofarril pasó con una division de seis mil hombres á tomar posesion del nuevo reino. El Piamonte quedó á disposicion de la Francia.

El trece de febrero se firmó en Florencia la paz entre la república y las dos Sicilias, cediendo el rey de Nápoles la isla de Elba y el principado de Piombino. Entretanto la España, de acuerdo con la Francia, declaró la guerra á Portugal: el príncipe de la Paz, al frente de un ejército español, penetró por la frontera de Estremadura, tomó á Campomayor y Olivenza, insultó á Yelves, y obligó al gobierno portugués á firmar la paz de Badajoz, cediendo á España la plaza de Olivenza. La paz entre Francia y Rusia se firmó el ocho de octubre, y el nueve la de Turquía y Francia, habiendo ya evacuado los franceses el Egipto, obligados á hacerlo por un ejército inglés que á las órdenes de Abercombrie desembarcó en aquel pais. Bonaparte vendió la Luisiana á los Estados Unidos por una suma de dinero.

La segunda coalicion quedó deshecha, y se preveía muy cercana la paz con Inglaterra. Bonaparte aumentaba el poder de la aristocracia, formada bajo sus auspicios, uniendo todos los partidos, recibiendo á los emigrados é introduciendo en el gobierno á los hombres superiores que se habian distinguido en

la revolucion, sin atender á la bandera bajo la cual habian peleado.

Este año perdió la marina española dos navíos de línea en el Estrecho, sorprendidos de noche por una escuadra británica que perseguia á la francesa del almirante Linois.

Por muerte de Pablo, emperador de Rusia, su hijo Alejandro I subió al trono de esta gran monarquía. El almirante Nelson derrotó junto á Copenhague la escuadra del rey de Dinamarca, de quien sospechaban los ingleses que se habia aliado con la Francia.

La union entre Francia y España era íntima y sincera en esta época: de parte de la España, porque veia que el espíritu republicano descaecia en Francia; y de parte del primer cónsul, porque miraba á la península, de la cual nada temia, como un almacen de dinero, de donde podia sacar á su placer. El directorio habia querido privar de sus estados á los duques de Parma, cuya vecindad comprometia la seguridad del ejército francés que ocupaba los estados del rey de Cerdeña. El ministro Urquijo conjuró esta tempestad, y preveyendo que podria renovarse, propuso despues de la batalla de Marengo el cambio de Parma por la Etruria, creyendo que este último pais, mas separado del teatro habitual de la guerra, seria un asilo mas seguro para los duques. El tratado particular en que se estipuló el cambio fue celebrado en San Ildefonso el año anterior entre el general Berthier y el ministro español. Esta negociacion produjo otra ventaja para la España. Desde el establecimiento en el ducado de Parma del infante don Felipe, hijo de Felipe V, los duques cobraban una pension que á los principios pagaban las cortes de Ver-

salles y Madrid; pero desde la revolucion recayó este gravámen enteramente sobre España. Asi que el cambio citado aumentaba la dignidad de aquella rama de la casa de Borbon, y disminuia los gastos del erario español.

En estos tiempos era nuestro embajador en París don José de Mazarredo, habiendo sucedido interinamente en el mando de la escuadra de Brest el general don Federico Gravina. El carácter sincero, pero firme del ministro español disgustó al primer cónsul, que gustaba de mas flexibilidad en los agentes de las cortes aliadas, y de mas docilidad á sus voluntades y pretensiones. Fue necesario pues complacer á Bonaparte, y se le dió un sucesor á Mazarredo.

1802. Bonaparte continuaba su plan de pacificacion esterior é interior. El veinte y cinco de marzo celebró el tratado de Amiens, en el cual se hizo la paz con Inglaterra. España perdió la isla de la Trinidad, y Holanda la de Ceilan, conquistadas por las armas británicas durante la guerra. La isla de Malta, que los ingleses quitaron á los franceses casi al mismo tiempo que los echaron de Egipto, debia restituirse á los caballeros de San Juan. La gran Bretaña reconocia la república francesa y las demas que ésta habia formado, inclusa la de las siete islas Jónicas, nuevamente creada. Poco despues se publicó el nuevo concordato de Francia con el sumo Pontífice, por el cual se restituyeron á la religion sus antiguos derechos, no sin haber antes despedido del tribunado y del cuerpo legislativo á los miembros que se creian opuestos al restablecimiento del culto.

El quince de mayo propuso un proyecto de ley, que fue adoptado, relativo á la ereacion de la legion

de honor, cuyo objeto era dar á la nueva aristocracia signos públicos que la distinguiesen. El seis del mismo mes se le declaró cónsul vitalicio. En fin, el cuatro de agosto se reformó la constitucion consular; y en esta reforma se quitó enteramente al pueblo su influencia en el gobierno. Los electores fueron vitalacios: el tribunado se redujo á cincuenta miembros, y se depositó en el senado la facultad de mudar las instituciones. El primer cónsul desterrando al pueblo de la escena política, lo dirigió á las artes de la civilizacion, y á las empresas de mejora interior. Comenzaron entonces á construirse nuevos caminos, puentes y canales; á formarse los códigos, en fin, á echarse los cimientos de la prosperidad y riqueza del estado, bajo una administracion despótica á la verdad, pero vigilante y llena de luces.

En el esterior agregó á la Francia el Piamonte y la isla de Elba, y ocupó los estados de Parma, vacantes por la muerte del rey de Etruria, que los poseyó durante su vida en virtud del tratado de cesion: aumentó su influencia en las repúblicas de Italia y Holanda, y envió á Suiza un ejército de treinta mil hombres para establecer el nuevo acto federativo que habia dictado á los Cantones. La Inglaterra, que consideraba la paz de Amiens solo como una tregua, se preparó de nuevo á la lid.

El príncipe de la Paz recibió este año una nueva y distinguida señal de la amistad de su rey. Fue nombrado generalísimo de todas las tropas españolas de mar y tierra. Aunque la nacion estaba disgustada con su gobierno, la gran suma de dinero que la paz permitió conducir de América, y la esperanza de restituir al comercio su antigua vida, causaron en el reino una alegría general que se aumentó con el ma-

trimonio del príncipe de Asturias. Esta escelente disposicion de los ánimos fue muy favorable al gobierno: el crédito se restableció, y las artes empezaron á promoverse.

Por estos tiempos se ponia en ejecucion el célebre proyecto de venta de obras pías, que ejecutado con buena fé hubiera sido utilísimo á las mismas obras, al erario y á la nacion. A las obras se concedia un rédito generalmente superior á la renta de las posesiones: el erario ganaba uno por ciento en el ahorro del rédito de los vales, ademas del recurso que le ofrecia la venta de un gran capital; y la nacion adquiria una gran masa de propiedad dividida. Pero el capital fue disipado en breve por el *déficit* que siempre crecia: los intereses se acumularon sin pagarse, y esta medida, que pudo haber remediado la hacienda pública, no fue mirada por una nacion religiosa y benéfica sino como un arbitrio inventado para despojar los establecimientos de la caridad y del culto.

1803. El trece de mayo se retiró el embajador inglés de París, y al mes siguiente se declaró la guerra: las repúblicas aliadas de la Francia se vieron obligadas á seguirla en esta nueva lid. La España cumplia el tratado de San Ildefonso porque no le era posible otra cosa; pero deseaba conservar la neutralidad. Al mismo tiempo la Suiza aceptaba, forzada, la constitucion federativa que le habia propuesto el primer cónsul, y éste tomó el título de Mediador de la confederacion Suiza.

Una conmocion peligrosa, anunciadora de mayores infortunios, estalló en la provincia de Vizcaya. Con la anuencia y aprobacion del gobierno se formó el proyecto de transferir la poblacion de Bilbao á un

punto mas cercano al mar y mas acomodado, bajo las relaciones de salubridad y conveniencia. Pero esta medida contrariaba los intereses de los propietarios de predios urbanos en Bilbao: ademas ó fue cierto ó se creyó que se ligaban á ella miras ulteriores, dirigidas á disminuir ó aniquilar los fueros de que goza el señorío de Vizcaya. Al nuevo puerto debia imponérsele el nombre de la Paz, en memoria del valido que favorecia este proyecto. A estos elementos de sospecha y discordia, combinados con los partidos populares, se agregaba la inmemorial antipatía y no fácil de esplicar que hubo en aquella provincia entre los comerciantes y agricultores, los habitantes de las villas y los de las aldeas.

Hubo pues un alboroto en que el corregidor de Bilbao y algunas personas principales del señorío corrieron mucho riesgo. Pero la autoridad del general de marina Mazarredo, que entonces se hallaba retirado en Bilbao, su patria, contuvo el movimiento y le quitó gran parte de su fuerza, habiéndole auxiliado mucho en esta operacion el ministro Urquijo, que algunos años antes habia incurrido en la desgracia de la corte, y se hallaba desterrado en el mismo punto. El gobierno mandó ocupar militarmente el señorío, y hacer pesquisa y formar causa á los autores ó promovedores del movimiento; mas las penas que se les impusieron no pasaron de multas y destierro de la provincia.

Á Urquijo habia sucedido en el ministerio de estado don Pedro Ceballos, cuya esposa era prima del príncipe de la Paz.

A mediados de febrero la policía de Paris descubrió una conspiracion contra la vida de Bonaparte, dirigida á restablecer la antigua monarquía. Sus ge- 1804.

fes eran el general Moreau, Pichegrú y Jorge Cadoudal, gefe de los chuanes. Estos dos estaban refugiados en Lóndres, y volvieron secretamente á París, donde fueron presos. Jorge subió al cadalhaso, Pichegrú se encontró ahorcado en la carcel, y Moreau fue condenado á dos años de arresto, que se conmutaron en destierro. Bonaparte, creyendo al duque de Enghien, príncipe de la sangre real de Francia, partícipe de esta conjuracion, le hizo prender contra el derecho de gentes en el marquesado de Baden en Alemania, donde residia, conducir á París, juzgar por una comision militar y fusilar en los fosos de Vincennes. Este atentado, hijo de la violencia y de la ira, y no de la política, fue el primer acto que desacreditó á Bonaparte.

Este año se manifestó á las claras su antiguo proyecto de usurpacion. Con motivo del peligro que habian corrido él y la república en la conspiracion de Moreau, el senado le incitó á ceñirse la corona imperial. Esta medida fue aprobada en el tribunado y en el cuerpo legislativo, sin mas oposicion que la de Carnot, que entonces era tribuno. El diez y ocho de mayo fue proclamado emperador de los franceses, y el dos de diciembre ungido como tal por el sumo Pontífice Pio VII, que vino de Roma para esta ceremonia. Este año pues acabó la revolucion de ideas, y solo quedaron de ella los intereses materiales, representados por el gobierno de Bonaparte y por la aristocracia que él habia creado. La nueva constitucion imperial destruyó enteramente la libertad de la prensa y la publicidad de la tribuna: sustituyó á tantas convulsiones y movimientos el amor de la gloria militar y el despotismo de un guerrero. El cansancio de la anarquía revolucionaria habia pre-

parado los ánimos á este resultado: Bonaparte tuvo el mérito egoista de haber conocido la disposicion de las cosas y de haberse atrevido á la soberanía. No quiso trabajar por la libertad, en la cual no creia, ni por la dinastía legítima, que lo hubiera reducido á la gloria modesta que se tributa al virtuoso Monk. Se creyó superior á su siglo, y se propuso dominarlo. El poder pasó durante la revolucion del trono á la clase media en mil setecientos ochenta y nueve; á la plebe en mil setecientos noventa y dos; otra vez á la clase media en mil setecientos noventa y cuatro; á la aristocracia en mil setecientos noventa y nueve, y á la fuerza militar en mil ochocientos cuatro, la cual lo conservó hasta que se arruinó por sus propios é inevitables escesos.

Entretanto se apoderaron los ingleses de cuatro fragatas españolas que volvian de América con caudales, á la altura del cabo de Finisterre, sin preceder declaracion de guerra, con el pretesto de que el dinero se destinaba á satisfacer los contínuos pedidos de Bonaparte. La nacion española miró con indignacion este quebrantamiento del derecho de gentes, y se preparo á hacer vigorosamente la guerra que ya no era posible evitar. Poco antes el general francés Mortier ocupó militarmente el electorado de Hannover, y en las costas de Boloña se preparaba un ejército de ciento sesenta mil hombres para desembarcar en Inglaterra.

La república cisalpina siguió el ejemplo de la 1805.
francesa y nombró á Napoleon rey de Italia. El emperador pasó á Milan, donde se coronó el veinte y seis de mayo. Génova renunció á su independencia y fue agregada al imperio francés. La república de Luca se convirtió en un ducado que se dió al mari-

do de Paulina, hermana de Napoleon. Éste volvió despues á Francia á activar los preparativos que se hacian en el campo de Boloña para el desembarco en Inglaterra, cuando estalló la tercer coalicion, compuesta de la Rusia, el Austria y la gran Bretaña. El ejército austriaco pasó el Inn y ocupó sin resistencia la Baviera y el Wurtemberg. Napoleon vuela con la velocidad del rayo, rodea el ejército austriaco, le vence en Elchingen y le obliga á rendirse en Ulma, mientras Masena observa en Italia al archiduque Carlos. El emperador francés atraviesa el Austria, ocupa á Viena y encuentra en Austerlitz al ejército ruso, al cual se habian reunido las reliquias del austriaco. Dióse la célebre batalla llamada de los tres emperadores, en que el talento militar de Bonaparte triunfó de la superioridad numérica, y se hizo un armisticio que permitió al ejército ruso retirarse de las redes que se le habian tendido.

Entretanto una gran derrota marítima, que sufrieron las escuadras francesa y española, templaba la alegría de la victoria. Habíanse reunido en Cadiz despues de hábiles movimientos que el almirante inglés Nelson no pudo impedir. Navegó este intrépido marino la cuarta parte del globo desde las playas del Nilo hasta las Antillas, buscando al enemigo, la victoria y la muerte. Todo lo encontró junto al cabo de Trafalgar, donde destruyó la marina de ambas naciones, y una bala de arcabuz, disparada del navío español *Trinidad*, le quitó la vida. No se borrará de la memoria de los españoles el valor de Gravina, comandante de la escuadra, y de los valerosos capitanes Churruca y Alcalá Galiano, que perecieron luchando á un mismo tiempo con un enemigo terrible y con una furiosa tempestad. Los franceses no

sostuvieron en esta batalla el honor de su pabellon.

El Austria hizo la paz en Presburgo el veinte y seis de diciembre. Cedió los estados de Venecia, todo lo que poseía en Suavia, y una parte del territorio del Inn. Venecia se agregó al reino de Italia, y con las provincias alemanas se engrandecieron la Baviera, el Wurtemberg y el ducado de Baden.

CAPÍTULO XLIII.

Cuarta coalicion y batalla de Jena. Manifiesto del príncipe de la Paz. Campaña de Polonia y paz de Tilsitt. Invasion de Portugal. Conmocion de Aranjuez. Abdicacion de Carlos IV.

INTERVALO DE DOS AÑOS Y ALGUNOS MESES, DESDE 1806 HASTA MARZO DE 1808.

Desde el principio de este año se empezaron á sentir los efectos de la paz de Presburgo. La Rusia cedió á la Francia sus provincias del Rin en cambio del electorado de Hannover, y los ducados de Cleves y de Berg se dieron al mariscal Murat, cuñado del emperador. Catorce príncipes del Mediodia y Occidente de Alemania renunciaron á la antiquísima confederacion germánica, y formaron otra nueva, llamada confederacion del Rin, cuyo protector fue el emperador de los franceses. Masena marchó contra Nápoles, en cuyo territorio habia desembarcado un cuerpo anglo-ruso, obligó al rey Fernando á refugiarse á la Sicilia, y José Bonaparte, hermano del emperador, fue declarado rey de Nápoles. 1806.

La muerte del ministro inglés Pitt dió algunas esperanzas de paz á la afligida Europa: sucediole su

rival Fox, que entabló inmediatamente negociaciones; pero pronto conoció que Napoleon solo aspiraba á cimentar sobre las ruinas del antiguo sistema europeo una monarquía militar, y se dió prisa á formar la cuarta coalicion, que sus sucesores continuaron, habiendo muerto él en el mes de setiembre. La Prusia, arrepentida de no haber atacado á los franceses en la campaña anterior, y altamente indignada por la abolicion de la república bátava y ereccion del reino de Holanda, que dió el emperador á su hermano Luis Bonaparte, se unió con la Inglaterra, con la Suecia y con la Rusia, que aun no habia ratificado la paz firmada en Paris por su plenipotenciario Oubril, y exigió de la Francia que sus ejércitos pasasen el Rin. El emperador respondió á su *ultimatum* ganando la batalla de Jena, ocupando á Berlin, conquistando todos los estados prusianos de Alemania, y marchando hácia el Wistula para oponerse al ejército ruso que venia en socorro de su aliado, al mismo tiempo que sus diplomáticos incitaban á la Turquía á declarar la guerra á Alejandro.

Mientras la marcha de Napoleon hácia el Elba agitaba todas las potencias del Norte, se difundió por España una proclama del príncipe de la Paz, con fecha del cinco de octubre, que causó la mayor sorpresa en la península, acostumbrada ya á mirar con indiferencia todos los trastornos que se hacian en Europa. Esta proclama anunciaba como probable una lucha próxima, sin esplicar contra quién; y para que no se dudase que el enemigo era *terrestre*, se pedia en ella á los andaluces y estremeños un suplemento de caballería. Los términos en que estaba concebida eran ambiguos y exaltados al mismo tiempo. Creyóse que se meditaba la guerra contra Fran-

cia; pero en breve llegó la noticia de la batalla de Jena, se olvidó la proclama, y no se volvió á hablar de su contenido. Napoleon exigió que un cuerpo de tropas españolas de todas armas pasase al Norte en su auxilio; y en efecto se reunió al año siguiente con el ejército que mandaba el mariscal Brune en el territorio de Hamburgo y en el ducado de Meklemburgo contra los suecos de la Pomerania.

Entretanto los ingleses, en cuyo favor parecia haberse dado la proclama del gabinete español, atacaban el rio de la Plata, la tentativa de revolucionar la provincia de Caracas por medio del general Miranda, les habia salido infructuosa algunos años antes; pero en el presente, habiendo reunido fuerzas considerables, desembarcaron el veinte y cuatro de junio en Barragan, á diez leguas de Buenos Aires, y tomaron esta plaza por capitulacion. Don Santiago Liniers, capitan de navío, reunió algunas fuerzas y reconquistó la ciudad el doce de agosto, haciendo prisionera la guarnicion inglesa con su comandante Beresford. Mas no por este revés desistieron los ingleses de su empresa.

En esta época era la situacion de España sumamente crítica. Los recursos pecuniarios estaban agotados: el reino desguarnecido de tropas, por el gran número de las que habian marchado al Norte; la marina, ó destruida por los ingleses, ó puesta á disposicion del emperador; y los ánimos divididos en las opiniones, miras é intereses. Todos volvian los ojos al príncipe de Asturias y esperaban de él el fin de las calamidades públicas; pero el heredero del trono, sumergido entonces en la afliccion por la muerte de su esposa doña María Antonia, princesa de Nápoles, no tenia la menor influencia en los negocios mane-

jados enteramente por el príncipe de la Paz. Algunos fijaban vagamente su esperanza en Napoleon: creian que resentido por la proclama que ya hemos mencionado é interesado altamente en la prosperidad de su mas antiguo y fiel aliado, se empeñaria, apenas concluyese la guerra de Polonia, en derribar al príncipe de la Paz. Esta esperanza se habia generalizado mucho, y ella impidió que se formasen contra el valído muchas conspiraciones semejantes á la que en estos tiempos fue descubierta y atajada, de la cual se habló muy poco en Madrid y no se tuvo noticia en el resto de la monarquía.

1807. En el mes de febrero volvió al rio de la Plata una nueva espedicion británica, que tomó por asalto á Montevideo y atacó infructuosamente á Buenos Aires. Despues de haber perdido mucha gente se embarcó, y Montevideo volvió á poder de los españoles.

Napoleon, dueño de Varsovia y de todos los pasos del Wistula, despues de haber tendido al enemigo un lazo, que evitó cuidadosamente, mandó poner sitio á Dantzik, única plaza que le faltaba por tomar en la línea militar de aquel rio. Los rusos determinaron socorrerla á toda costa, y el siete de marzo se dió la terrible batalla de Eylau, en que fueron rechazados. Dantzik capituló el veinte de mayo; Bonaparte penetró en la Prusia Oriental, venció á los rusos en Friedland el catorce de junio, llegó al Niemen, y el veinte y uno del mismo mes se celebró la suspension de hostilidades, seguida del tratado de paz de Tilsitt, que se firmó el siete de julio. En él acabó la cuarta coalicion.

Por este célebre tratado perdió la Prusia las provincias que poseia en el Norte de Alemania entre el Rin y el Elba: de ellas y de los electorados de Hesse

Cassel y Hannover se formó el reino de Westphalia para Gerónimo Bonaparte, hermano del emperador. Los estados de Polonia, que en el repartimiento de aquella monarquía habian tocado á la Prusia, formaron el ducado de Varsovia, y se dieron al duque de Sajonia que entonces tomó el título de rey. La Rusia no solo reconoció estas grandes alteraciones, sino tambien las que se habian hecho en la paz de Presburgo y por artículos secretos, las que Napoleon meditaba hacer en España.

El emperador volvió á Paris, y en breve pasó á Italia, donde confirmó el célebre decreto del bloqueo continental dado contra la Inglaterra en Berlin, durante la guerra de Prusia, por el cual quedaban confiscados todos los géneros de procedencia inglesa, ó que hubiesen tocado en puerto inglés ó navegasen con permiso del gobierno británico, que se encontrasen en Francia y en los demas paises aliados ú ocupados por las tropas imperiales. Para conseguir los efectos, que se proponia de este decreto, emprendió la invasion de Portugal.

Los ingleses entretanto, para obligar á la Turquía á hacer la paz con Rusia y declarar la guerra á la Francia, forzaron el paso de los Dardanelos con una escuadra, y desembarcaron en Egipto un cuerpo espedicionario, que se apoderó de Alejandría y sitió á Roseta. Estos movimientos fueron en vano: la escuadra inglesa del Bósforo tuvo que huir al Mediterráneo, recibiendo al paso los tiros de los castillos del Helesponto; y el general Fraser, que mandaba la espedicion de Egipto, rechazado de Roseta y bloqueado por los turcos en Alejandría, volvió á embarcarse con sus tropas. Mas felices fueron en Copenhague, de la cual se apoderaron, y donde dictaron la ley; pero

el ejército francés del Meklemburgo, que ya se habia apoderado de la Pomerania Sueca, pasó á guarnecer los estados de Dinamarca, y el rey Cristiano accedió al sistema del bloqueo continental. Con este ejército, que mandaba Bernardotte, estaba reunido el cuerpo de tropas españolas auxiliares, en número de diez mil hombres, mandados por el marques de la Romana. Debieron admirarse los que habian nacido en el Tajo, el Turia y el Guadalquivir, de verse transportados á las islas del Báltico, y de dar guarnicion para su defensa.

Un ejército francés, llamado de observacion de la Gironda, se reunia en las cercanías de Burdeos. Celebróse el veinte y siete de octubre en Fontainebleau un tratado entre la Francia, la España y la Etruria, cuyos artículos principales eran: primero, el destronamiento de la familia de Braganza: segundo, la desmembracion de Portugal en tres partes: la primera con el título de Lusitania Septentrional, se daria al rey de Etruria en trueque de la Toscana que cedió á la Francia: la segunda, con el título de reino de los Algarbes, comprendia este pais y el Alentejo, y se daba en toda soberanía é independencia al príncipe de la Paz, ligado ya con la familia real por su matrimonio con la hija del infante don Luis, y nieta de Felipe V. La parte central quedaria en depósito hasta la paz general.

Al mismo tiempo se publicó el treinta de octubre un decreto del rey que declaraba á su hijo y heredero el príncipe de Asturias culpable de atentados contra su soberanía. Este golpe repentino, que estalló en el reino precisamente cuando los movimientos militares del ejército francés y de las divisiones españolas que debian reunírsele, tenian en agitacion todos los

ánimos, sacó á los grandes y pequeños del sueño que por tanto tiempo habian dormido, y los hizo atentos á las operaciones políticas. El príncipe de Asturias, á quien siempre se le habia separado cuidadosamente del manejo de los negocios, era tan amado de la nacion como aborrecido el favorito. Atribuíanse á éste todos los desastres que España habia sufrido durante su larga administracion; y no se dudó que abria camino para usurpar el trono calumniando al sucesor legítimo. En cuanto al emperador de los franceses se ignoraba si favorecia al príncipe Fernando ó á Godoy, porque aun no era conocido todo su pensamiento.

La acusacion habia sido anónima: todos los documentos que se examinaron en la causa solo probaban las precauciones que meditaba tomar el heredero del trono para impedir la anarquía ó la usurpacion en caso que falleciese su padre. Asi que la buena armonía se restableció fácilmente entre el rey y su hijo: contribuyó infinito á este resultado la voz pública, que declaraba semejante acusacion por calumniosa. Miróse la persecucion de algunos amigos del príncipe como un nuevo acto de arbitrariedad, y el pueblo español atesoraba ira sobre ira.

En esta época se hallaba en Burgos Junot al frente de veinte y cinco mil hombres. Este cuerpo entró en Portugal el diez y nueve de noviembre con la division española del general Carrafa. El veinte y siete se embarcó para el Brasil la familia real de Braganza, y el treinta se hicieron los franceses dueños de Lisboa, mientras Carrafa ocupaba á Oporto, y el marques del socorro el Alentejo.

Otro segundo cuerpo de observacion de la Gironda se disponia á entrar en la península como para ser-

vir de escalon y apoyo al ejército de Portugal. Mandábale Dupont, que entró en Irun el veinte y cuatro de diciembre. La corte de España se halló entonces en medio de la red que Napoleon le habia tendido con el tratado de Fontainebleau.

1808. Los españoles estaban atentos á los sucesos con una admiracion mezclada de enojo: veian inundarse la península de tropas estrangeras; pero unos las creian destinadas á sostener al príncipe de Asturias contra el favorito; los mas hábiles penetraban el verdadero pensamiento de Napoleon, y la corte, por conjurar la tempestad ó quizá por penetrar mas en las intenciones secretas del emperador, le pidió en matrimonio una sobrina suya, hija de Luciano Bonaparte para el heredero del trono. Napoleon accedió á esta peticion, no se dió por entendido de ninguna otra cosa, exigió que se reuniesen los restos de la marina española á la escuadra francesa, y sus tropas avanzaban. Al mismo tiempo recibia mal en París al príncipe de Maserano, embajador de España, y á Izquierdo, agente del príncipe de la Paz, como para dar á entender intenciones favorables al príncipe don Fernando.

Entretanto las tropas imperiales penetraban en nuestras plazas, y á peticion de los generales franceses hacian el servicio con las españolas, consintiendo en ello la corte; pero las ciudadelas permanecian esclusivamente guardadas por los españoles. D'Armagnac sorprendió la de Pamplona, y Lechi la de Barcelona en plena paz, con ardides que serian celebrados en tiempo de hostilidades, y cogiendo descuidadas las tropas é inciertos á sus gefes. Se apoderaron del castillo de San Sebastian en virtud de órdenes de Madrid: Figueras fue ocupado por doscientos veteranos,

que el coronel Pie introdujo en el castillo diciendo que eran conscriptos, á quienes querian tener asegurados porque no se escapasen. En fin los gefes militares de Barcelona cedieron la importante fortaleza de Monjuich á instancias del general Lechi, que ya era dueño de la plaza.

Ya entonces se iban aproximando á la capital las tropas estrangeras. Izquierdo llegó á Madrid á principios de marzo, habló con S. M. y con el favorito, sin que fuese posible saber el asunto de estas conferencias. Mas se observó que habiéndose vuelto á París el diez del mismo mes, se dieron órdenes al marques del Socorro para evacuar el Alentejo y replegarse sobre Badajoz; se pidió á Junot el cuerpo de Carrafa con el pretesto de libertar la Andalucía de un desembarco de los ingleses, y se discutió y aun adoptó por S. M. la determinacion de emigrar á Méjico con toda la familia real, imitando el ejemplo de la de Braganza.

Los españoles vieron entonces las cosas con claridad, y se decidieron á no dejar usurpar el trono de sus reyes con la facilidad que se habia hecho en Lisboa. La agitacion del pueblo en Madrid, Aranjuez y la Mancha se calmó algun tanto con una alocucion de S. M., fijada el diez y seis de marzo, en la cual aseguraba que nada *temia*. Pero la guardia real evacuó á Madrid y se reunió toda en Aranjuez, y corrió la voz que en la noche del diez y siete se verificaria el viage de la familia real. El pueblo perdió la paciencia, se desencadenó, y auxiliado por la tropa atacó la casa del príncipe de la Paz.

El favorito se escondió, el rey le exoneró de los destinos de generalísimo y almirante, y mandó á su hijo que calmase la agitacion popular. Carlos IV con-

servó la corona hasta el diez y nueve por la mañana, que Godoy, hostigado de la hambre y la sed, salió de su escondite y dió en manos de las tropas que le llevaron preso. Entonces viéndose el monarca en la dura precision de entregarlo á la accion de los tribunales, resolvió no ser por lo menos agente en la ruina de su amigo, y abdicó en su hijo la corona de España, la mas poderosa de Europa algun dia; pero en aquel momento juguete de un usurpador estrangero. Murat se acercaba á Madrid al frente de un ejército formidable.

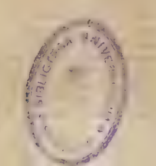
El reinado de Carlos IV fue notable por la decadencia sucesiva del poder de la monarquía creado por Felipe V y aumentado por Fernando VI y Carlos III; pero si el gobierno desfalleció, la nacion no; y á pesar de él aumentó sus recursos, su saber y su energía. Conserváronse en ella preciosamente todos los elementos de fuerza y gloria con que entró en una nueva carrera de lides, infortunios y triunfos; elementos que sirvieron para levantar segunda vez el trono de los Alonsos y Fernandos, y que manejados por un gobierno reparador, despues de las lecciones del escarmiento, colocarán á la España en el lugar que debe tener en la Europa política.

Florecieron en este reinado hombres insignes en la literatura. Moratin y Melendez en la poesía; Jovellanos en la prosa: dieron respectivamente modelos de buen gusto, perfeccionado con la asidua lectura de nuestros escritores del siglo XVI, y con la enseñanza, ya muy comun, de los verdaderos principios de las artes. Cienfuegos se ejercitó en los géneros lírico y trágico; grande y elevado en las ideas, demasiado atrevido en la elocucion, enseña á pensar y á sentir; pero es un ejemplo peligroso en cuanto al len-

guage. Otros muchos escritores que han ilustrado esta época viven todavia: la posteridad no callará sus nombres.

Carlos IV tuvo de su matrimonio con María Luisa, hija del duque de Parma, los hijos siguientes: Fernando, que le sucedió con el nombre de Fernando VII; Carlos María Isidro; Francisco de Paula; María Amelia, que casó con su tio el infante don Antonio Pascual, y que murió en mil setecientos noventa y ocho; Carlota Joaquina, que casó con el príncipe del Brasil, despues rey de Portugal, con el nombre de don Juan VI; María Luisa, que casó con Luis, duque de Parma y despues rey de Etruria; María Isabel, que casó con Francisco, príncipe heredero y despues rey de Nápoles; y otros dos infantes que murieron de corta edad. Carlos IV abdicó la corona á los sesenta años de edad y veinte de su reinado.

FIN DEL TOMO NOVENO Y ÚLTIMO.



LISTA
DE LOS SEÑORES SUSCRIPTORES.

MADRID.

El Serenísimo Señor Infante Don Francisco de Paula.
La real Junta de Aranceles.
D. Justo José Banqueri, presidente.
D. Manuel Antonio Rodriguez, oficial mayor de la secretaría de Hacienda.
D. Juan Aquilino Perez.
D. Francisco Javier de Burgos.
D. Valentin Pardio.
D. Manuel Álvarez.
D. Manuel Cortés (*por dos ejemplares*).
D. Justo Peñalver.
D. Ignacio Echevarría, secretario.
D. José Francisco de los Barrios, oficial de la secretaría.
D. Pedro Uriarte, id.
D. Máximo Balaguer.
D. José María Perez.
D. Antonio Mayorga (*por cincuenta ejemplares*).
D. José Espada.
D. Antonio Mercar.
D. Antonio María de Bustío y Yela, presbítero, socio de la real academia latina Matritense, y su secretario de literatura.
D. Nicolás Tap y Nuñez.
D. Manuel de Heredia.
D. José María Ferrer.

D. Santiago Eugenio de Goediaga.
D. Manuel Marques (*por cuatro ejemplares*).
Dr. D. José María Diaz Jimenez.
D. Vicente Peñalva y Pons.
D. José Antonio Barbon.
D. Julian García Huerta.
D. Diego García y Campoy (*por dos ejemplares*).
D. José María de Busengol, coronel de caballería.
D. Blas Llanos.
D. C. D. G. y D. (*por seis ejemplares*).
D. J. M.
D. A. G.
D. P. P.
El Sr. Marques de Valdegema.
D. Millan Alonso (de Quintanilla).
Fr. Luis Barles, del órden de la Merced, (*por dos ejemplares*).
D. Antonio María de Guzman (*por cuatro ejemplares*).
D. Tomás Zaragoza.
D. Gregorio de la Torre, coronel de infantería.
D. Guillermo de la Torre.
D. José María de la Torre (*por dos ejemplares*).
D. B. R. (*por tres ejemplares*).
D. Juan García de Quirós, abogado del ilustre colegio.
D. Andres Rivero y Rivero, id.
D. Tomás Infante, oficial de la secretaría de Hacienda.
D. José Rodriguez, (*por doce ejemplares*).
D. Antonio García (*por catorce ejemplares*).
D. Francisco de Barbero.
D. José Patricio Wanufel.
D. Juan Manuel Ruiz de Arana.
D. José García Luna.
D. Juan García Beato.

D. Mariano Balanzar.
D. Fernando de la Macorra.
D. Miguel de Guzman.
D. Sebastian Betes.
D. Juan Antonio Blanco.
D. José Ortiz Leyta.
D. Pedro Hurtado de Corcuera, capitan de navio.
D. Bernardo de Salazar.
D. José Quintana.
Doña María Hinojosa.
D. José María Franco.
D. Miguel Gutierrez.
D. Miguel Fontecilla.
D. Mariano Martinez Montes.
D. Felipe Mendizabal.
D. Rafael de Pinós.
D. Aniceto Martinez Fernandez.
D. Francisco Delgado.
D. Ramon de la Rua.
D. Juan Antonio Martini.
D. Silvestre Antonio Posadas.
D. Francisco Lerdo de Tejada.
D. Gregorio Lopez.
D. José García Suelto, abogado de los reales Consejos.
D. Antonio Davan, oficial de la secretaría de Estado y del despacho de Marina.
D. Jacobo Freyre.
D. Marcos Izquierdo.
D. José de Peziña.
D. Rafael Marañon.
D. Victor José Hernandez.
D. Luis Molina.
Doña Vicenta Maturana.
D. Juan José Norato.
D. Roman Hernandez Ruano.

D. Bartolomé Caro Hernandez (*por cuatro ejemplares*).
D. José María Trelles, licenciado en leyes.
D. Manuel Fernandez Oliva, vecino del Quintanar de la Orden.
D. Mariano Cavaller y Muñoz.
D. Luis Lopez de Orche.
D. Ramon Saenz de Inestrillas (*por dos ejemplares*).
D. José Eugenio Equizabal.
D. Luis de Zárate.
D. Martin Pardo.
D. Mauricio Escriche.
Sr. Vizconde de la Torre de Alvarraguena.
D. Manuel Jimenez Guazo, consejero de Indias.
F. J. J. L. M.
R. P. Fr. Juan Antonio Alonso, predicador general, y segunda vez definidor de su provincia de Leon de terceros de San Francisco.
D José Bazo y Ibañez.
D. Manuel Nieto.
D. Francisco Javier Nuñez.
R. P. M. Fr. Julian Calvo, Dominico.
D. José Nicolau.
Licenciado D. Vicente Risco Helices.
D. Santiago Cañizares.
D. Casimiro Rubiel.
D. Leon Alejandro.
D. Juan de la Cruz Osses.
D. Manuel Ibarra.
D. Joaquin Villalba.
Dr. D. Manuel Cid.
D. Joaquin Suternes, ministro togado del consejo de la Guerra.
D. Gaspar de Ondovilla.
Excmo. y R. S. P. M. Fr. Joaquin Bróz, general de Santo Domingo.

El P. Procurador general de Capuchinos.
D. Pedro María Navarro, canónigo de la santa iglesia catedral de Córdoba.
D. Diego Manchado y Carmona, presbítero, vecino de Villanueva de la Serena.
D. Juan Nicolás Ramirez, presbítero, y vecino de Salmeron.
D. Miguel de Secos Álvarez, cura párroco de la villa de Noblejas.
Fr. Eugenio García, monge Gerónimo.
Fr. Juan Perez, id.
D. Fermin San Juan, dignidad de la santa iglesia catedral de Calahorra.
D. Francisco Macho Villegas, alcalde mayor de Yepes.
D. Juan Zanon, alcalde mayor de Navalcarnero.
D. Julian de Erro.
D. Domingo Antonio Lopez.
D. Julian de Anteaga.
D. Julian Ortiz de Lanzagorta.
D. Julian Guillen.
D. Jacinto Hurtado.
D. Lázaro Estevez.
D. José Mauleon, coronel graduado y capitan de la tercera compañía del batallon del segundo regimiento de Cazadores Provinciales de la guardia real de infantería.
D. Gerónimo María Bertegon.
D. Francisco Gil y Agiaz, cura de Yepes.
Dr. D. Diego María Viedma, prior de San Pedro de la villa de Alcaudete.
D. Ramon Barva.
D. Juan Manuel Gomez.
El R. P. Fr. Juan Zepeda, Benedictino.
D. Francisco de Ocampo.

D. Domingo Abalet, presbítero.
D. Narciso Rubio.
D. Manuel Ledesma.
D. Manuel Pardo.
D. Ángel Rivas.
D. Francisco Tárrago y Riquelme.
D. Francisco Luis Compañel (*por tres ejemplares*).
D. Gonzalo Benitez Milanés.
D. José Urrutia Tirado.
Doña Petra Zermeño.
Doña Carlota Casabiella y Ciny.
D. Pedro Crespo, presbitero, mayordomo del ilustrísimo señor obispo de Plasencia.
D. Francisco Perez.
P. M. Fr. Gerónimo Cevallos.
D. José Escribano, presbítero, fiscal del tribunal eclesiástico, y capellan de voluntarios realistas de Calatayud.
D. Pascual Ortega, prebendado de la santa iglesia de Segovia.
D. Mariano Duran.
D. M. S.
D. Juan Paz, presbítero.
D. Juan Felipe Gonzalez Bolaño, presbitero.
D. Estanislao Godino Muñoz.
D. Luis García Puentes.
D. Juan Larripa y Dominguez.
D. Felix Sanchez de Ocaña.
El P. Esteban Dominguez, del órden de San Bernardo.
D. José Alonso de Villasante, alcalde mayor de Antequera.
D. Juan Gonzalez de Valdés.
D. Juan Villaronte.
D. Andres Madridano Leon, escribano del Hoyo de Manzanares y Collado, Villalba Alpedrete.

D. Ignacio Buytrago, magistral de la santa iglesia catedral de Zamora.
D. Luis de la Torre.
D. Francisco Razola (*por dos ejemplares*).
D. José Higinio Blanco, cura párroco de Villanueva de Alcoron.
D. Lucas Gomez.
D. Francisco Hernandez y Armada.
D. Cipriano Pascual Marcos (*por tres ejemplares*).
D. Juan de las Rocas Sanctipetri.
D. Isidro Ortega.
D. Miguel Alonso Villagomez, ministro del Consejo Real.
D. Gabriel Luis de la Ó.
D. Miguel Gutierrez Parada.
D. Pedro Antonio Madrid.
D. Francisco Razola.
D. José Sanchez.
D. Diego Pacheco Salanova.
D. Andres de Angulo.
El P. Fr. José Rodriguez Villaver, monge Bernardo.
D. Antonio Encabo, vecino de Verlanga.
D. Francisco Niceto de Temblequé, rector de teología de Franciscos Descalzos de Toledo.
El Sr. Marques de Niviano.
D. Joaquin Algarra.
D. José Pelaez.
D. Casimiro Vigodet, capitan de navío de la real Armada.
D. Francisco Anquix, presbítero.
D. Gabriel de Torres.
D. Juan del Gayo.
D. Felipe Machon.
D. José del Avellanar.
D. Luis Ceferino de Velaunde.

D. Felix Vicente Origuel.
D. José Domingo Diaz.
D. Martin Serrano.
D. Florencio Vives, abogado.
D. Alejandro Rodriguez.
Doña Antonia Sojo.
D. Manuel Puy.
D. Ignacio Manuel Zanon.
D. Vicente Cano.
D. J. M.
D. Santos de la Plaza.
El P. Fr. Tomás de la Cámara, Benedictino.
D. Joaquin Francisco Sechi.
D. Santiago Tejada.
D. Manuel Diaz Moreno.
D. Ramon de Rivera.
Fr. Antonio Soto, prior del convento de Gerónimos de Talavera.
Fr. Pascual García, prior del monasterio de Lupiana.
D. José de Sierra y Gonzalez, del estado colegial de caballeros hijos-dalgo de esta M. H. V., regidor honorario por S. M. de la misma, y contador de la contaduría mayor de Cuentas de S. M.
D. Francisco Romeral.
P. Fr. Bartolomé García Marvan.
D. Juan Peynador y Pino, alcalde mayor de la villa de Cullera por S. M.
D. Fausto de Heluyan, director general de minas.
Excmo. Sr. Conde de Valle-hermoso.
D. Juan Dionisio de Posada Arguelles.
D. Gabriel Sanchez (*por seis ejemplares*).
D. Juan García Arias.
D. Norberto Rodea, comandante de infantería.
D. Francisco Ruiz.

D. Vicente Gonzalez, del comercio de Segovia.
Fr. José de San Elías.
Fr. Juan de Santo Domingo.
D. Serapio Serrano dignidad de Mondoñedo.
D. Lucas Ignacio Dieguez, cura párroco de Campo Real.
D. Manuel de Guio.
Fr. Paulino del Águila.
D. Manuel Fuertes.
D. José Lopez.
D. Manuel Morales y Lopez.
D. Nicasio de San Joaquin.
Fr. Antonio José de la Encarnacion (*por tres ejemplares*).
D. Francisco Gonzalez de la Puente.
D. Antonio Diaz Marcoto.
D. Manuel Tardido y Merdez.
D. Ángel Miranda.
D. Lucas Martinez.
D. Juan Joaquin Leon.
D. Manuel Fernandez.
D. Bonifacio Rodriguez (*por cuatro ejemplares*).
D. Rafael Alonso (*por dos ejemplares*).
D. Ambrosio de Alvarado.
El Rmo. P. Fr. P. de Y. (*por tres ejemplares*).
D. Francisco de la Presilla.
D. Eusebio Fernandez.
D. Antonio Lucena.
D. Leon de Osorio.
D. Manuel Jimenez.
D. José María Beres.
D. José María Renao.
D. Fernando de Leiva.
D. Faustino de Velasco.
D. Juan García del Toro.

Doña Atanasia Ocejo.
D. Juan Ignacio del Corral.
D. Andres Lopez de la Puente.
D. Tomás José de Maza.
D. Felix Rodriguez Montes, presbítero (*por tres ejemplares*).
Fr. Antonio de Ibañez.
Fr. Francisco de San Antonio (*por dos ejemplares*).
D. Franco de Huelves.
D. M. L. B. de P.
D. Antonio Crespo y Losada.
Excmo. Sr. Marques de M. y E.
D. Gaspar de Somonte.
D. Braulio Gil Sanchez, presbítero.
D. Casimiro Fernandez del Oso.
D. Cándido de la Gorvea.
D. Isidro Mayo y Flores, presbítero.
Fr. Andres Lopez de la Cortina (*por cuatro ejemplares*).
R. P. M. Fr. Ignacio de la Torre y Rodriguez.
D. Jorge de la Cuerda.
D. Ignacio Diaz de San José.
D. Pedro de la Vega y Lopez.
D. Rufino de Alferez Crespo.
D. Emeterio Antonio de Soto (*por cuatro ejemplares*).
D. Diego Fernandez de Chia (*por dos ejemplares*).
D. José Leon de la Coutrera (*por dos ejemplares*).
D. Carlos del Molino.
D. F. N. de D. (*por tres ejemplares*).
D. Esteban de Solórzano, presbítero (*por dos ejemplares*).
D. Juan Pruit.
Fr. Ciriaco de San Pedro (*por cuatro ejemplares*).
D. Gregorio Gila (*por dos ejemplares*).

D. José Delgado.
D. Manuel T. Serclaes.
D. Alejandro Labierna.
D. Juan José Escobar (*por doce ejemplares*).
D. Mariano Lucas Avella.
D. José Verdes Montenegro.
D. Manuel Malo de Molina.
D. José Manuel Aguirre.
D. Antonio Muñoz Hervas.
D. Antonio Caspe.
D. José de Sada.
D. Ramon Francisco Lopez.
D. Joaquin Bueno.
El Licenciado D. Pedro Alfaro y Remon, abogado de los reales Consejos.
El Excmo. Sr. Marques de San Adrian.
El Excmo. Sr. Conde de Coupigni.
D. Agustin Sevillano.
D. Luis de las Llamas.
D. Juan García Becerra, abogado del colegio.
D. Cesáreo María Saenz.
D. Francisco Rojas y Pizarro, ministro del tribunal mayor de Cuentas.
El Sr. Conde de Ibangrande, ministro del consejo de Hacienda.
El Sr. Conde de Casa-Valencia.
D. Juan Manuel Grajo.
D. Mariano Álvarez y Cano.
D. Agustin Perez de Lerma.
D. Mauricio Forcada.
D. Manuel Madrid.
D. Manuel Obregon.
D. Francisco Ares.
D. Juan Rafo.
El R. P. Predicador general Fr. José Sotero Silva,

del Carmen Calzado.
D. José Foraster.
D. Manuel de Clemente.
D. Pedro Azuarez.
El Teniente Coronel D. José Antonio Sacanell, ayuda de Cámara de S. M.
D. Pascual de Salinas.
D. Pablo María Paz.
D. Andres Martinez.
D. Fermin Blanco.
D. Vicente Fernandez Iglesias.
D. Juan José Perez.
D. Felipe Gomez, marmolista de S. M.
D. Antonio Beltran.
D. Francisco Javier de Eguren.
D. Judas Morlanes.
El Excmo. Sr. Conde de Teba.
D. Victoriano Esteban y Maza.
D. Bernardo Ibiricu.
D. Antonio Merino Calbo, corregidor y subdelegado de Policía de la villa y partido de Lerma.
D. Juan Persiva.
D. Manuel Navarro.
D. Victoriano de Encima y Piedra.
La Excma. Sra. Doña María del Cármen Constantin de Erro.
D. Cárlos Risueño.
D. Manuel María Carvajal.
D. Francisco Losada.
D. Joaquin Mariano de Moradillo.
D. Bernardino Melgar.
D. Antonio Ramon Fernandez.
El R. P. M. Fr. Benito de la Torre, definidor del convento de San Francisco de Descalzos.
D. Francisco Palacios.

D. Gerónimo de Barros.
D. Juan Bermudez, cadete de guardias de la real Persona de S. M.
D. Narciso Cano Caballero, id.
D. José María Acosta.
El Licenciado Fr. D. Mariano Ventura de Siles, del hábito de San Juan, prior de la parroquial de la villa de Granátula.
D. Pedro Perez Juana, fiscal del Consejo y Cámara.
D. José Figuer y Cuvero.
D. Juan Bautista Barthe, regidor perpétuo de Guadix.
D. Rafael Peñoela, teniente coronel.
D. Pedro Fernandez.
D. Juan Custodio.
El P. D. José Clinieus, Agonizante.
D. José Pabon.
D. J. I. F.
D. Fernando Manuel de Berbegal.
Doña Sebastiana Diaz.
D. Mariano Obispo y Medina.
D. Julian Sojo.
D. José del Rivero.
D. Blas Zuluaga.
D. Juan de Irizar.
El Excmo. Sr. Duque de Osuna.
D. José Sanchez Lovera.
D. Mariano Orona y Eroles, alcalde mayor de la Mota del Cuervo.
D. Domingo Gonzalez.
D. Ramon Viosca.
D. Saturnino Gutierrez.
D. Francisco Javier de Azua.
D. Manuel Gonzalez y Mula.
D. José Diez Cábria.
D. Agustin Frutos.

D. Angel Palmerani.
D. Joaquin Escobar, teniente coronel.
D. Vicente Elipe.
D. Rafael Cavanilles.
D. José de la Revilla.
D. Manuel Rivera.
D. Pedro de Alboruoz.
D. Pedro María Algarra.
D. Francisco Victoriano Corral.
D. Joaquin Bermejo.
El R. P. Prior del Cármen Calzado Fr. Raymundo Gonzalez.
Fr. Martin Consuegra, bibliotecario en el convento de San Gil de Madrid.
D. Antonio Mivar (*por dos ejemplares*).
D. Martin de Foronda y Viezma.
D. José Oliveros y Aguilar.
Doña María del Cármen Quevedo.
D. Amós Gonzalez de Valladolid.
D. Manuel María Damian y Madrid.
D. Francisco Xipell.
D. Esteban Herrero Villanueva.
D. José de Ondarza.
D. A. T. L.
D. José Fernandez de la Aúja.
D. Ramon Rodriguez de Rivera.
El P. M. Fr. Rodulfo Millana, monge de S. Bernardo, y catedrático de la universidad de Alcalá.
D. Manuel Almarza.
El Brigadier D. Pedro María Pastors.
El Coronel, teniente coronel mayor del segundo regimiento de Cazadores Provinciales de la guardia real.
D. Estanislao María Rivero.
D. Carlos Sundt, encargado de negocios de Dinamarca.

D. Juan Montenegro, teniente coronel de artillería.
D. Francisco Pedro Bueno.
El P. Fr. Plácido Losada.
D. Joaquin Valcárcel.
D. Tomás Blanco Ciceron.
D. Manuel Anselmo Nafria, lectoral de Calahorra.
D. Baltasar María Reynoso, canónigo de la santa iglesia de Osma.
D. Juan Lopez, capellan de la guardia real de Cazadores Provinciales.
D. Francisco del Puy y Ochoa de Orizaba.
D. José Zoylo Tamayo.
D. Federico Liñan, gentil hombre de S. M.
D. Nicolás Massien.
D. Francisco Serena.
D. Luis Florez.
Doña María Busse de Aveleira.
D. Roque María de Echevarri, vicario foráneo de Vitoria.
D. Felipe Gavalda.
D. Juan José Horue, intendente de Guadalajara.
D. Angel Fernandez de los Rios.
D. Paulino Antonio Marmol, canónigo de la colegiata de Vitoria.
El Licenciado D. Joaquin Comesaña, prebendado de la santa iglesia de Orense, catedrático de teología en el seminario consiliar, y ecónomo general del obispado.
D. Enrique Francisco Huerta.
D. Manuel Trujillo de la Peña, contador de rentas de la provincia de Guadalajara.
D. Juan Antonio Almagro.
D. Alonso Delgado, cura de Carrion de Calatrava.
D. Raymundo Villame.
D. Benito Español.

D. Tomás del Castillo.
El Sr. de Petitpierre, consejero de la legacion de S. M. el rey de Prusia.
D. Jorge Flaquer.
D. Pablo Palacio.
El Dr. D. Vicente Pastor de la Losa, dignidad de sacrista de la iglesia colegial de Alicante.
El Sr. Ministro de Prusia.
D. Teodoro Mosquera y Feijóo.
D. José Cano Caballero.
D. Tomás Meneses.
D. Timoteo de Soldevilla.
D. Jnan Luis Poupart.
Los PP. de la Mision.
D. Pedro Jimenez Haro.
D. J. G.
D. José Lucas Sainz de la Torre.
El Licenciado D. José Ordoyo.
D. José Pifarri.
D. Rodolfo.
D. G. P. F.
D. Francisco de Saavedra.
D. Diego Coronel.
D. Sebastian Hurtado.
D. José María Larra.
D. Lucas Ruiz de Ogarrio.
D. Luis Soto.
D. Ramon Ramos Poveda.
D. Santiago Alvarado y de la Peña.
Fr. Mariano Flores.
D. Gabriel Ferrer.
D. Felipe Mazas.
D. Gregorio Armayor.
D. José Vivar.
D. Isidro Antonio Gomez.

D. José de Sarralde.
El Excmo. Sr. Conde de Humanes.
D. Vicente de Leyva y Caspe.
Fr. Pascual de la Torre.
D. Diego Gonzalez Carbonell.
D. Ignacio Hermenegildo de Rucavado, del colegio de Abogados.
D. Matías de Pereda.
D. José Serralde.
El Sr. Conde Forni.
D. José Gutierrez del Rivero.
D. Juan Santos Losada.
D. Gabriel Gonzalez Maldonado.
D. Antonio Ortega.
D. Antonio Lucian Suarez.
D. Alfonso Recuero.
D. José Leglisa y Pinedo.
D. Pedro Rubio.
D. Benito de Llano.
Fr. Francisco Verdu, guardian de Observantes en Elva.
El Excmo. Sr. D. Cristóbal Manuel de Villena, conde de Via-Manuel.
D. José Zapater.
D. Eusebio Mosquera.
D. José Oropesa.
D. José Martinez, del comercio de libros (*por dos ejemplares*).
D. J. E. de E. (*por dos ejemplares*).
D. A. L. B.
D. Miguel Pascual Herranz, dignidad de tesorero de la santa iglesia, magistral de la de Alcalá de Henares, y teniente vicario del arzobispado de Toledo.
Sres. Mallen y Berad, del comercio de libros de Valencia (*por ocho ejemplares*).

D. Joaquin Ramon Pajares.
D. Eugenio Perez Corral, presbítero.

BADAJOZ.

D. Manuel Cabrera, coronel del regimiento Provincial de Badajoz.
D. Mariano Lizaso, oficial primero de la secretaría de la Capitanía general de esta provincia.
D. Juan María Caldera, presbítero, dignidad de maestre-escuela de esta santa iglesia catedral.
D. Manuel de Prida y la Carrena, secretario de la Intendencia de esta provincia (*por dos ejemplares*).
El Colegio seminario conciliar de San Anton de esta ciudad.
D. Felix Pablo Carrillo, del comercio de la misma.
D. Diego Álvarez Osorio, alcalde mayor de la villa de Bancarrota.
D. Teofilo Braulio Calixto, vecino de la villa de Olivenza.
D. Francisco Antonio Diaz, vecino de dicha villa.
D. Ramon Franco, escribano de dicha villa.
D. Gerónimo Toresano, del comercio de Mérida.
D. Juan Agustin Balbuena, boticario en la villa de Alcántara.
D. Pedro Villareal, oficial de rentas reales en la misma.
D. Higinio Duarte, vecino de la villa del Montijo.
D. Matías Yarza, vecino de la misma.
D. Juan Francisco de Uribe, vecino de la villa del Almendral.

D. Francisco Bosch, canónigo de la santa iglesia de Barcelona.
D. Juan Prats, escribano.
D. Pedro Serra y Bosch.
D. Benito Piguem, dignidad de San Felio de Gerona.
D. José Victor de Oñate, oidor de la real audiencia de Barcelona.
Dr. D. Bartolomé Torrebadella, canónigo de la santa iglesia de Barcelona.
D. Juan Klein y Señan.
D. José Texidor, canónigo de Santa Ana de Barcelona.
D. Tomás Balvey.
D. Francisco Javier de Perramon.
El Excmo. Sr. Marques de Barberá y de la Manresana.
D. José Baiges y Oliva, abogado.
D. Juan Guardiola.
El Sr. Marques de Puerto Nuevo.
Dr. D. Ignacio Petit, abogado.
D. José Ignacio de Moragas, abogado de la real audiencia de Cataluña, y fiscal de Provincia.
D. Luis Sala y Cantarell.
D. Lucio Bascuñana, capitan de infantería, y teniente del tercer regimiento de granaderos de la Guardia Real.
D. Francisco Javier Fulgosio, coronel de infantería, y capitan del tercer regimiento de granaderos de la Guardia Real.
D. Joaquin Thous, capitan de infantería, y teniente del tercer regimiento de granaderos de la Guardia Real.
D. Francisco Bagils y Morlius.

Dr. D. Juan Lledó, abogado.
D. Ramon de Bacardi.
D. Ramoń Llauder.
Dr. D. Mariano Raymundo Batlle y Osét, beneficiado, presbítero de la santa iglesia de Barcelona.
D. Juan Baró.
D. Joaquin Vendrell.
D. Juan Bautista Maynio y Serviano.
D. Joaquin Cebriá.
D. Antonio Domenech, médico de San Felio de Llobregat.
D. Felipe Martinez de Vaello.
D. Ramon Muns, abogado.
El R. P. Pedro Ferrer de San Desiderio, rector de las Escuelas Pias de Barcelona.
D. Joaquin Rafart.
D. Joaquin Monter.
D. Joaquin Roig.
D. Constantino Gibert.
El Excmo. Sr. Teniente general conde de Villemur, gobernador de Barcelona.
El Teniente coronel D. Joaquin Roy.
D. José Carbonell y Olive.
D. P. V.
D. José Ignacio de Mercader.
D. José Antonio Generés.
D. Ignacio Oliva.
D. José Berner, abogado de los reales Consejos.
D. Alberto Pujol.
D. José Bover.
D. Ramon Escura.
R. P. Pablo Barnét, Franciscano.
R. P. Ignacio Tomasino, guardian de Franciscanos de Villafranca del Panadés.
D. Guillermo Stirling.

D. José Farriols.
D. Antonio Buixeras, escribano de Martorell.
D. Jayme Casanovas, administrador de Correos de Martorell.
D. Francisco Talp y Bach.
D. José María Carroquis, alcalde mayor de Capellades.
Dr. D. Ramon Hostalrich.
R. P. Melchor Bonfill, religioso Servita del convento de San Marsal.
D. Joaquin María de Torres.
D. Antonio Porta.
R. P. Fr. Gaspar de Barña, religioso Capuchino.
Dr. D. José Elías, abogado.
D. Nicolás Draper, canónigo de la santa iglesia de Barcelona.
D. Mariano Camp.
D. Luis Perpiñá, de Granollers.
D. Juan Antonio Diaz, capellan del segundo regimiento de la Guardia Real de infantería.
D. Antonio de Grasa.
D. Antonio Banus, abogado.
D. Alfonso María Rollano, ayudante del regimiento infantería de Soria.
D. Miguel Costas.
D. Francisco Fonolleras.
D. José Marimon.
El Illmo. Sr. D. Antonio Perez de Hirias, obispo de Mallorca.
Dr. D. Juan de Valle, abogado.
Dr. D. Miguel Armadá, idem.
D. Juan Claros y Ferran, idem.
D. Luciano Folchs, idem.
D. Jacinto Ribas.
D. Antonio Quadreny, maestro real de primera educacion.

D. Ramon Texidor y Saviuda, praeticante de Notaría.
D. Antonio Vidal, comerciante.
D. José Luis de Roche.
D. José Porret, abogado.
D. Francisco Royés.
Dr. D. Vicente Cirera, presbítero.
Dr. D. Domingo Antonio Dalmases, abogado.
D. Ramon Guix.
D. Lorenzo Amigó.
D. Antonio de Cortada.
R. P. M. Fr. Cayetano Monzó, Mercenario.
D, Joaquin Odena.
D. Valentin Llozer.
D. José Umbert.
D. Salvador Ros.
D. Narciso Suñer.
D. Pedro Flaguer.
D. Magin Soler.
Señora Baronesa de Albi.
D. Juan Monné.
D. Tomás Manejas.
D. Luis Bordas.
D. Ignacio Mariner.
D. Miguel Ferrer.
J. D. P.
D. Juan Gelabert.
D. A. R.
D. Antonio Bundó.
El Baron de la Barre.
D. Francisco Bessa.
D. Antonio Monfort.
D. Ramon Miranbell.
D. Benito Lafont.
D. Joaquin Prat San Juliá.

D. Francisco Gonzalez, presbítero, beneficiado de San Justo de Barcelona.
D. José Plandolit.
D. Francisco Rodriguez.
R. P. Lector Fr. Felix Torá, Agustino.
D. Ciriaco García.
D. Pablo Barris.
D. José Francisco Parellada.
D. Miguel Riera y Rafart.
D. Jayme Padró.
D. Ramon Ferrer.
D. Francisco Lagarsa.
D. Cayetano Forns.
El Mariscal de Campo D. José Carratelá, gobernador de Gerona.
D. José María Llorens y Morlá.
D. Valentin de Toro.
D. Juan Roig y Jacas.
D. Carlos Amado.
D. Ignacio Vidal, abogado.
D. Anastasio Pinós y Plá, ministro de la real audiencia de Cataluña.
D. Antonio Carrera.
D. Francisco Subirachs.
D. Juan Pablo Amorós, canónigo de la santa iglesia de Barcelona.
D. Juan Bautista Baladia.
D. Joaquin Compte.
D. Jayme Alier.
D. José Muns.
Dr. D. Manuel Gil, presbítero, rector del colegio episcopal de Barcelona.
Dr. D. Antonio Gili, presbítero.
D. Francisco Scheer, ayudante mayor de Suizos.
Dr. D. Segismundo Font, presbítero.

R. D. Jayme Abella, presbitero, beneficiado de la iglesia del Pino.
D. Mariano Figueras.
D. Antonio Gomis, cura párroco de los Santos Justo y Pastor de Barcelona.
D. José Tomás y Genover, presbítero.
D. José Casadevall, presbítero y beneficiado de la santa iglesia de Gerona.
D. José Barba, presbítero y maestro de capilla de la santa iglesia de Gerona.
D. Miguel Ferrer, presbítero y subchantre de la santa iglesia de Gerona.
D. Antonio Morató, presbítero.
D. José Palau, presbítero.
R. Gabriel Plá, rector de San Felio.
D. Juan Bautista Zacarías Martinez.
D. José Fabregas de Abril.
Illmo. Sr. D. Antonio Echenove, arzobispo de Tarragona.
Dr. D. Francisco Casals, prior de Tarrasa.
D. Jayme Matamala.
D. Ramon de la Bárcena.
D. José Carreras.
D. Antonio Monzany.
D. Tomás Soldevila, presbítero.
D. Aniceto de Lujan.
D. Juan Llorens, del comercio de libros.
D. Braulio Lopez de Landache, canónigo de la santa iglesia de Gerona.
D. Pedro Rabasa y Coll.
D. Francisco Miguel, cura párroco de Mequinenza.
D Pedro Tell, comerciante.
Dr. D. Jayme Pujól.
D. Francisco Taberner, arcediano mayor de la santa iglesia de Barcelona.

D. Igncio Estivill, del comercio de libros.
D. Manuel Roca.
D. uan Gaspar, del comercio de Reus.
D Joaquin Sancho.
D. Francisco Orchell, arcediano mayor de Tortosa.
D. Francisco Vergez, del comercio de Tortosa.
D. Roque Vergez, del comercio de Barcelona.
D. Santiago Estrada, del comercio de Cuba.
D. Francisco Roquer, canónigo de la santa iglesia de Barcelona.
El M. I. Sr. D. Francisco Javier de Portella, abad de Ripoll.
J. B. F. y G.
D. Antonio Segues, presbítero.
D. Felipe Martinez de Valillo.
D. José Antonio Fontanills.
Dr. Juan Perello, presbítero.
D. Ramon Espona.
D. Juan Sanuy, presbítero y canónigo de Ager.
D. José María Ramis.
D. M. M.
D. Guillermo Miró.
D. Jayme Abellá, presbítero.
D. Juan Sagrera.
D. Mariano de Orteu, canónigo de la santa iglesia de Barcelona.
D. Francisco Tejada, habilitado del regimiento infantería de Soria.
D. Luis Vela, teniente coronel y capitan del regimiento de Baylen, quinto de línea.
D. Pablo Riera, del comercio de libros de Reus.
D. Feliciano Noguera Paborde de Vila de Amat, del real monasterio de San Pedro de Roda.
D. Pedro Soler y Perich.

R. P. D. Quintin Tort, del colegio de San Felipe Neri de Barcelona.
D. Pedro Toronell, conónigo de la santa iglesia de Gerona.
D. José Roig.
D. Carlos Oneyll, teniente de la Guardia Real.
El Baron de Juras Reales, ministro del Crímen de la real audiencia de Cataluña.
D. Onofre Jayme Novellas.
D. Ignacio Ulrich, comandante del tercer batallon de Suizos.
Dr. D. Pedro Guardiola.
El M. I. Sr. D. Fr. Jayme de Llanza y de Valls, abad del real monasterio de Santa María de Amer y Rosas de la congregacion Benedictina Claustral Tarraconense y Cesaraugustina, socio correspondiente de la real academia de la Historia de Madrid.
R. P. Francisco Domenech.
D. Ramon Saurí.
R. P. Lector Fr. Buenaventura Grau, Dominico.
D. José Odena de Reus.
D. Antonio Niubó
R. D. Jayme Arró, beneficiado de San Esteban de Olót.
D. Julian Cuffí, canónigo de Gerona.
D. Pedro Nolasco Baza, coronel del regimiento ligero, número tercero.
D. José Roca, capitan de idem.
D. José Antonio Santos, teniente coronel del tercer regimiento de la Guardia Real de infantería.
D. Antonio Salamó.
D. José Sagarra, coronel del regimiento ligero, número quinto.
D. José Muns.

D. Carlos José Melcior.
Sres. Sauri y compañía, del comercio de libros.
D. Juan Coll.
D. José de Bueren.
R. Miguel Solá, rector de Rubí.
D. Ignacio Auli.
D. Jayme Mestres.
D. Joaquin María de Sullá.
El M. I. Sr. D. Francisco Traveria, canónigo y rector del colegio de Vich.
D. José María Grau.
D. José Prados, cura párroco de Cubells, obispado de Urgél.
D. Narciso de Pastors.
D. Narciso Oliva, del comercio de libros.
D. José Casademunt.
Dr. Ramon Vidiella.
D. J. M. G.
D. Rafael Degollada.
D. José Casals y Remisa.
D. Antonio Font y del Sol.
D. Narciso Albrador.
D. Antonio Manuel Orfila.
D. Lorenzo Novell.
D. Francisco Benet.
D. Francisco Ereter, catedrático de la universidad de Cervera.
D. Joaquin de Codina, caballero maestrante de la Real de Ronda.
D. Manuel Mateu.
D. José Lebrun de Enriquez, cónsul de S. M. C. en Cette.
D. Tomás Gaspar, del comercio de libros de Barcelona (*por treinta ejemplares*).

D. Antonio Olmo, profesor de lengua francesa del Consulado.
D. Alejandro Arrue, id. de Latinidad.
D. Faustino de Rementería.
D. Juan Santos de Orue.
D. Francisco Antonio de Fresnedo.
D. Manuel María de Uhagon.
D. Francisco de Hormaeche.
D. Santiago Rivas.
D. Antero Tutor.
D. José de Gil y Caño.
D. Eladio Alonso Valdenebro, corregidor del señorío de Vizcaya.
D. Juan Bautista de Bárcena.
D. Luciano de Zelaya.
D. Teodoro de Maruri.
D. Hipólito de Jugo.
D. Basilio de Landaluce.
D. Miguel de Medina, médico titular de Bilbao.
D. Juan José de Basabe.
D. Vicente de Valdibia, profesor de matemáticas del Consulado.
D. José María de Gortazar.
D. José María de Jado.
D. Lorenzo de Haedo y Gomez, arcediano mayor de Segorbe, y director del colegio de humanidades de Bilbao.
D. Julian María de Escribano, canónigo de Valpuesta.
D. José María de Atristain.
D. Juan Pablo de Fruniz, canónigo de Cenarruza.
D. Pedro María de Albite, diputado general del señorío de Vizcaya.

D. Demetrio de Monasterio.
D. Gabriel María de Orbegozo.
D. Juan Bautista de Madariaga.
D. José Domingo de Zuzaeta, catedrático de Oñate.
D. Eusebio de Larumbe.
D. Cirilo de Aldecoa.
El R. P. Fr. Vicente de Santa Teresa, presidente del hospicio de Bilbao.
El R. P. Fr. Mateo de Ascarate, lector de teología de San Francisco de Bilbao.
D. Juan María de Ibarra.
D. Juan José de Zarrabeitia, cura de Echevarri.
D. Antonio de Goicochea, arquitecto.
D. Julian de Lezana, presbítero.
D. Nicolás de Acha, presbítero.
D. Pedro de Urcullu, presbítero.
D. Juan de Oloriz.
D. Antonio Barco, profesor de filosofía.
D. Francisco Torre Gil.
D. Antonio de Guerricabeitia.
D. Clemente de Iturriaga.
D. Juan Lopez de Zuazo, presbítero, preceptor de latinidad.
D. Vicente Domingo de Zarrabe.
D. Luis Gonzaga de Elorrieta, rector del hospital de Bilbao.
D. José Florencio de Careaga.
D. Pedro Pascual de Uhagon.
D. José Agustin de Larrinaga.
D. Pablo de Iruzoqui.
D. Martin de la Torre, del comercio de libros (*por diez y ocho ejemplares*).

BURGOS.

El Excmo. é Illmo. Sr. Arzobispo (*por dos ejemplares*).
D. Francisco Javier de Zabalza, canónigo magistral.
D. Gabriel de San Millan, canónigo.
D. Manuel Abuja, canónigo.
D. Manuel García Cármenes.
D. Felix Herrera.
D. José Gutierrez Morales.
D. Pedro Huiclobno.
D. Ciriaco Oña.
D. Manuel Jofre.
D. José Coello.
D. Santiago Gomez.
D. Manuel Fernandez.
D. Tadeo Iruegas.
D. Santiago de San Juan Benito.
D. Jorge Montoya.
D. Ramon Perez Fajardo.
D. José Real Varona.
D. Antonio Basilio Abad.
D. Juan Palacios.
D. José Juan de Isla.
D. Ramon de Villanueva, del comercio de libros (*por cuatro ejemplares*).

GRANADA.

D. Ramon Serrano y Diaz.
D. Mariano Martinez de Aguilar (*por doce ejemplares*).
D. Francisco Ramon García, cura de Yegeu.
D. Leon de Zafra.
D. Antonio Cortés Meguendez, contador de rentas unidas del reyno de Granada.

D. Francisco Molina Benitez.
D. Francisco Escolano, relator de la chancillería.
D. Rafael Medina, administrador de salinas de la Malá.
D. José Salazar, canónigo del Sacro Monte (*por dos ejemplares*).
D. Antonio Constans.
D. José Perez.
D. Manuel José Aceituno, abogado del colegio.
El M. R. P. Fr. José Lucas, definidor en el convento de San José de Guadix.
El Presbítero D. Francisco Moreno.
D. José Rosales Blanca, abogado del colegio.
D. José Ignacio Ruiz, regidor perpétuo de Motril y maestrante de Granada.
D. José María Herreros de Tejada, abogado.
D. Rafael Rodriguez, hacendado en Ojijar.
D. Antonio José Lamoneda, abogado.
D. Manuel Martinez y Montes.
D. Juan María Rada.
D. Francisco de Paula Fauste, oficial mayor de la contaduría de fábricas de Iglesias.
D. Francisco Yaguez Gomez, hacendado en Baza (*por dos ejemplares*).
D. Mariano Sanchez Serrano.
D. Juan de Dios Ruiz, cura de Huetor-Casar.
D. Francisco Jerez y Varona, oficial de la administracion de Rentas.
D. Rafael Galindo (*por dos ejemplares*).
D. Vicente Rico, capellan de honor de S. M.
D. Juan de Sevilla, alcalde del Crímen de la real chancillería.
D. Vicente Molina, rector del colegio de San Fernando.
D. Antonio Herraiz y Alarcon, contador general de fábricas.

D. Antonio Vellido, escribano del juzgado de la real chancillería.
D. Luis de Landa y Vila, secretario de cámara y gobierno del ilustrísimo señor arzobispo.
D. Juan Lopez Fernandez de Pulsanillos, presbítero.
El Dr. D. Miguel Tortosa, médico.
D. Gaspar Daza.
D. Francisco Vilches, oficial mayor de la Alambra.
D. Juan Bautista Strologo.
D. Cecilio Lopez Alonso, abogado, escribano de la villa de Lausar.
D. Pedro Jimenez Herrera y Troyano, alcalde mayor de la villa de Calahorra.
D. Fabio Manuel Delgado, procurador de la real chancillería.
D. José Gabarri, brigadier de los reales ejércitos, gentil hombre de S. M. y gobernador de Almería.
D. José Ayuso y Navarro, oidor de la real chancillería.
D. Ramon Alit, abogado de idem.
D. Fernando Gonzalez y Grafrion, presbítero.
D. Francisco Lopez y Marin, presbítero de Guadix.
D. Torquato Martinez Dueñas, abogado de idem.
D. José Ventura y Versin, académico correspondiente de la real de la Historia.
D. Venancio Gutierrez, capellan real de la catedral de Guadix.
D. José Fernandez Guerra, abogado.
Doña Concepcion Martos.
D. Francisco Javier Argüellez Fernandez.
D. Antonio María Cortés, tesorero de Rentas de la provincia.
El M. R. P. Fr. Juan Hinojosa, provincial de San Francisco.
D. Alejandro Avila de los Rios.

D. José Lorenzo Lopez Casas, beneficiado de Guadix.
D. José María Sanchez, vecino de idem.
D. Diego Chico de Guzman.
D. Juan José Portillo, médico.
D. Juan Bautista de la Serna, canónigo.
D. Nicolás Rascon.
D. Bartolomé Bolivar.
D. Manuel Romero Saavedra, fiscal de marina y capitan de voluntarios realistas.
D. Cesáreo de Berlanga.
D. Francisco de Paula Lopez Labrador.

JAEN.

D. Miguel Calatrava, de Jimena.
D. Marcos Trujillo y Ordoñez, presbítero de Priego.
D. Manuel Rodriguez Palomeque, dignidad de tesorero de la catedral, y provisor y vicario general del obispado.
D. Luis de Quesada y Carrillo, canónigo.
D. Francisco Perez Castro, cura de San Bartolomé de Jaen.
D. Manuel Sebastian Casado, vecino de Arjona.
D. Alonso Adan, caballero de la Orden de Carlos III, y veinte y cuatro del ayuntamiento de Jaen.
D. Eufrasio de Gamez, prebendado en la catedral.
D. José Balen.
D. Francisco Martinez, vecino de Torre don Jimeno.

LEON.

D. Leon Serra, canónigo de la santa iglesia catedral de Leon.
El Sr. Brigadier D. José de Mazarrasa.
D. Juan del Pozo, párroco de Fresno de la Vega.

El Sr. Cura de San Lorenzo.
Dr. D. Juan José Gonzalez, canónigo lectoral de Astorga.
D. Pedro Pereda, canónigo de la santa iglesia de Leon.
D. José Merchan, beneficiado de Villace.
R. P. M. Fr. Mauricio Perez, Descalzo, examinador sinodal.
R. P. Fr. Juan Miguez, Franciscano en Astorga.
Licenciado D. Felix Garrido, párroco de Quiruelas, y arcipreste de Tera.
D. N. Salazar.
El Sr. Cura de Santa María del Monte, en Cea.

LUGO.

El Illmo. Sr. Obispo.
D. José Ramos Novoa, presbítero.
D. José Bendoiro, presbítero.
El Sr. Dean de la santa iglesia.
D. Benito Arango.
D. Juan Puga, presbítero.
D. José Arias de la Torre.
D. Felix Gonzalez, canónigo.
D. Tomás Cuellar, canónigo.

MÁLAGA.

El Sr. conde de Villa-Alcázar.
D. Francisco Gutierrez, administrador de Correos.
El R. P. Fr. Juan de Dios Salas, ex-general de San Juan de Dios.
D. Antonio Almeric.
D. Pedro Benitez, presbítero del oratorio de San Felipe Neri.

D. Miguel Pomas, lectoral de la colegial de Antequera.
D. Antonio Casanova.
D. Gerardo Pernof.
D. Antonio de Campos.
D. Joaquin Rodriguez del Corral, presbítero del oratorio de San Felipe Neri.
D. Andres Ortega, cura de Casa-Bermeja.
D. Bernardo Gerónimo Gutierrez, presbítero de Nerja.
D. Anselmo de Barta, administrador de Correos de Coin.
D. Pedro Aguilar Bolaños, vecino de Casa-Bermeja.
D. Diego Fernandez Bolaños y Duran, de idem.
D. Vicente Navarro, profesor de farmacia.
D. Gabriel de Mendoza, médico.
Los señores Larios y hermano, del comercio.
D. Manuel Ligero Chumaguel, cura de Salares.
D. Salvador García, vecino de Estepona.
El coronel D. Ildefonso Matildo Monasterio, comandante de las compañías fijas de Estepona.
El Dr. D. Ramon Duran de Corps, magistral de la santa iglesia de Málaga.
La Comunidad de Capuchinos de Velez-Málaga.
D. Pedro Huguet y Boltas, dean de la santa iglesia de Ceuta.
D. José Piñon.
D. Juan Paulino García Chamiso, vecino de Alora.
D. Francisco de Paula Gutierrez, contador de Espolios y Vacantes del obispado de Málaga.
D. Manuel Hidalgo, presbítero.
D. José de Córdova, coronel de artillería.
D. Manuel Medina, alcalde mayor segundo.
D. Alonso Molina.

D. Juan Hurtado de Mendoza, catedrático de latinidad.
D. Juan Cholvis, arcipreste del Sagrario.
D. José Mendoza, médico.
D. Miguel Echavarne, cura segundo de San Juan.
D. Francisco de Paula Ramirez.
D. Antonio Miguel.
D. Antonio Uriarte y Galvez, vecino de Alora.
D. Juan Bautista Carrasco, vecino de Antequera.
D. Pedro José Foote, médico en Gibraltar.
D. José María Montemayor, abogado.
D. Francisco Lopez Bueno.
D. Juan Gonzalez, vecino de Adra.
D. Ramon Cruzado, del comercio.
D. Manuel Fernandez, interventor de Correos.
D. Francisco Martinez de Aguilar (*por cinco ejemplares*).

MURCIA.

El Illmo. Sr. D. José Azpeitia de Santa María, obispo de Cartagena.
Dr. D. Fernando de Lorenzo y Martin, provisor y vicario general del obispado.
Licenciado D. Joaquin Gonzalez del Castillo, presbítero, y fiscal eclesiástico del obispado.
D. José Gusi y Fernandez, vecino de Murcia.
D. Agustin de Guadros, vecino de Lorca.
D. Joaquin Ruiz Abreu, idem de idem.
D. Mariano Baranco, coronel de infantería y de voluntarios realistas de idem.
D. José Piqueras, oficial de la contaduría principal de Propios de Murcia.
D. Juan Rexis Valero, escribano jubilado de Rentas.
D. Francisco Ortega, oficial de la contaduría municipal de Propios.

D. José Gonzalez Estéfani, administrador principal de reales Loterías.
D. Pedro Marqués, del comercio.
D. Andrés Martinez Jimenez.
D. José María Herreros, oficial mayor de la contaduría municipal de Propios.
D. José Ignacio de Plandolit, dignidad de Sacrista de la catedral de Orihuela.
D. Roque Francisco Saiz, prebendado de idem.
D. José Aledo, primer comandante de voluntarios realistas de Orihuela.
D. Diego Ladron de Guevara, alcalde mayor de Mula.
D. José María Mansegosa, alcalde mayor de Alama.
D. Juan Prudencio Fernandez Escobar, escribano de Socovos.
D. Juan Jacinto Terrer, vecino de Lorca.
D. Vicente Gachapero, profesor de farmacia en Cartagena.

OVIEDO.

Dr. D. Ignacio Aúja.
D. Nicolás Benavides.
D. Pedro Antonio Alvarez.
D. Ramon Ochoa, médico en Gijon.
D. Bernardo Antonio Naredo.
D. José Gavo.
D. José Valdés, oidor de la real audiencia.
D. Marcos de Quirós y Navia.
D. José María Menendez de la Pola.
D. Juan Castañon, canónigo de la santa iglesia de Oviedo, y arcediano de Grado.
D. Vicente Gonzalez Alveru.
D. Ildefonso de la Guerra, fiscal del tribunal eclesiástico de Oviedo.

D. José Mendez Villamil, canónigo de la santa iglesia.
D. Lorenzo Valdés Vango.
D. Manuel Carvajal.
D. Fernando Leon de Benavides, decano de la real audiencia.
D. Francisco Enrique de Bobes, cura en Avilés.
Fr. Plácido Cerezo, procurador del monasterio de San Vicente de Oviedo.
Excmo. Sr. Teniente general D. Nicolás de Llano Ponte.
D. José Galan del Gallo, cura en Avilés.
Dr. D. Ramon García Consul, cura de San Juan el real de Oviedo.
Dr. D. Carlos Treceño Merino, canónigo de esta santa iglesia.
D. Ramon Fontela, contador de policía.
D. Manuel Martinez Cienfuegos.
D. José Cueto, capitan de voluntarios realistas.
D. Nicolás Fernandez Trabanco.
D. Bernardo Angel Diaz.
Dr. D. Andres Alvarez de Lorenzana, dean de Mondoñedo.
P. M. Fr. Francisco Noval, predicador de San Francisco en Oviedo.
El Coronel de infantería y sargento mayor del provincial de Oviedo, D. Domingo Fernandez Compani.
D. Manuel San Felix Corrales, cura de Lugo en Llanera.
Dr. D. Inocencio Penzol Lavandera.
D. Ramon Monasterio.
D. Pedro Nolasco Jove, de Gijon.
El Licenciado D. Baltasar Tames.
El R. P. Mayordomo del monasterio de San Vicente.
D. Juan José Kelly.
Dr. D. Lino Ahumada.

D. Domingo Roses Menendez, cura de Ciñon.
D. Manuel José Abello.

PAMPLONA.

El Licenciado D. Miguel Gandeaga, relator de la real corte del reino de Navarra.
D. Ignacio José Vericiartu, presbítero beneficiado, coadjutor de San Juan Bautista de Azpeitia.
D. Juan Vitor Jurico, de Lumbier.
El Licenciado D. Javier María Arbizu, abogado.
D. Fermin Gaztelu y Endara.
D. Lorenzo Alzate, de San Sebastian.
D. Bartolomé Elzaurdia, rector de la parroquial de Echalar.
El Licenciado D. Juan Antonio Ochotorena, abogado.
D. Manuel de Itúrbide, del comercio.
D. José García, del comercio.
Dr. D. Juan Francisco Juan Martiñena, presbítero.
D. Fr. Gabriel del Arco, de Yesa.
D. Carlos Zuasti.
Licenciado D. Benito Munduate y Rabe, abogado.
D. José Sagastume.
El Coronel D. Saturnino Samaniego.
D. Paulino Longas, impresor y del comercio de libros (*por dos ejemplares*).
D. Felipe Huarte.
Licenciado D. Francisco Amatriain, abogado.
Dr. D. Miguel José de Irigoyen, canónigo de la santa iglesia catedral.
Dr. D. Antonio Ubach, regente del real y supremo consejo del reino de Navarra.
D. Joaquin María Tafalla, alcalde de la real corte y reino de Navarra.
D. Antonio Corres, procurador de los reales tribunales.

D. Pio Buelta, escribano de la real corte de Navarra.
D. Luis Manuel Dombrasas, del comercio.
D. Tomás Setuain, de idem.
El Sr. Capellan mayor de las religiosas Recoletas de Pamplona.
D. Manuel Subiza y Armendariz, auditor de guerra.
D. José María de Arizala.
Dr. D. Francisco Javier Sanz y Lopez, canónigo de esta iglesia catedral.
Dr. D. Raimundo Erquer, visitador del obispado.
D. Angel Ozcoydi, presbítero.
D. Gregorio Medina, secretario del Illmo. Sr. Obispo de Tudela.
D. Luis García, presbítero.
D. José Biguria, presbítero.
D. Pedro Lizarraga, abad de Arlegui.
Licenciado D. Ramon de Caseda, abogado.
D. Vicente Santos, del comercio.
Dr. D. Joaquin Ligero, abad de San Martin de Unx.
D. Victoriano Herze, de Alcanadre.
D. Joaquin Romanos, prior del convento de las religiosas Benitas de Lumbier.
El Bachiller D. José Francisco Mayora.
D. Angel Carlos, presbítero.
Dr. D. Romualdo Irisarri.
D. Rafael Cornejo, comisario de guerra.
D. Vicente Ilarduya, comandante del resguardo de Navarra.

SALAMANCA.

D. Bernabé Frias y Baños, profesor de leyes.
D. Rafael Manso, rector del seminario Conciliar.
D. Francisco Gallo, del orden de Calatrava.
D. Fernando Herrero, de idem.

D. Isidro Mateos Aguado.
D. Hermenegildo García.
D. Miguel Arteaga, presbítero.
D. Antonio Sotelo, profesor de medicina.
D. Juan Hernandez.
D. Ramon Sanchez Castillo, escribano de Ciudad-Rodrigo.
D. Simon Martin de Castro, cura párroco.
D. Pedro Quiñones.
D. Francisco Gutierrez.
D. Francisco Cabezas.
D. Francisco María Fernandez.
Fr. Matías Rodriguez, religioso Dominico.
D. Gabriel Cáceres y Calderon, del orden militar de Alcántara.
D. Gavino Sierra, administrador de rentas reales en San Felices.

SANTANDER.

D. Juan de Posadas, presbítero.
D. Rafael de Irizabal, director del colegio.
D. Juan Diez, idem.
D. Bernardo Carton, idem.
D. Pedro Bernardino de la Lastra, idem.
D. Ventura Galan, idem.
D. Ramon Ruiz Cobo, idem.
D. Ramon Montellano, clérigo.
D. Pascasio San Pedro, notario eclesiástico.
Dr. D. Francisco Fernandez San Juan, canónigo penitenciario.
D. Domingo Agüera, abogado.
D. Francisco Lopez, médico.
D. Manuel de Loinaz, administrador de Aduanas.
D. Roque Heris, contador de idem.
D. Jacinto Santiago Gonzalez, escribano de Rentas.

D. Francisco Suñez, capitan del regimiento núm. 13.
La Sra. Condesa de Isla-Fernandez.
D. Blas Quintana del Acebo, del comercio.
D. Pedro Basañez, idem.
D. Miguel Catalá, del comercio.
D. Tomás Aguirre, idem.
D. Mateo de la Portilla, idem.
D. Manuel de Asas Castillo.
D. Bernardino Llanderal.
D. Ignacio Fernandez del Castro.
D. Fernando Antonio de Cos.

SANTIAGO.

D. Juan Ignacio Teijeiro, cura párroco de las unidas de San Felix de Eyron y Santa Cruz de Campo largo.
D. Miguel Rodriguez Guerra.
D. Manuel Ventura Fraga, cardenal de la santa iglesia catedral.
Sr. Marques de Aranda.
D. Anselmo Cabello, del comercio.
R. P. Fr. Pedro García, vicario mayor de Santa Clara.
R. P. M. Fr. Francisco Gonzalez Barreiro, Mercenario Calzado.
D. Gregorio Sabando, arcediano de Luon en la santa iglesia catedral.
D. Ramon Varela de Ulloa, caballero de la orden de San Juan de Jerusalem.
D. R. C. (Coruña).
D. José Arias, abogado en Betanzos.
D. José Viñas, procurador.
D. Antonio Salgado, agente de negocios (Coruña).
D. Juan Montoto, vecino de la Coruña.

D. Bernardino Llovés, vecino de Orense.
D. Tiburcio Equiluz, fiscal de la real audiencia.
D. José Avila de Lamas, doctor colegial del de Fonseca.
D. Manuel de la Riva, del comercio.
D. Benito María Millan, abad de Figueroa.
D. Nicolás Perez Santa Marina, del comercio.
P. Fr. Agustin Oviedo, predicador del orden de San Bernardo en el priorato de Levosende (*por dos ejemplares*).
Sr. Marques de Villa García.
D. Nicolás Suarez Diaz.
D. Matías Ignacio Acosta.
D. José Alvarez de Sarmiento.
D. Manuel Temes Sotelo, catedrático de cánones en la real universidad.
D. Fernando Rosende y Cancela, doctor en leyes.
D. Juan Cancela, acólito de la catedral.
D. Manuel Chantre, administrador del grande y real hospital.
Sr. Intendente de policía.
D. Miguel Ferreira.
D. Carlos Fernandez Medrano, canónigo de la catedral.
D. Manuel Gunitairos de Leonato, licenciado en leyes.
Sr. Gobernador militar y político de la plaza del Ferrol.
D. Francisco Alonso, canónigo de la catedral.
D. Rufo Valdespino, doctoral de la santa iglesia catedral.
D. Evaristo Alvarez, cura párroco de Santa María de Paradela.
D. Manuel Gutierrez de Caviedes, teniente de navío.

D. Vicente Salgado, relator de lo civil de la real audiencia.
D. Diego Alcalá Galiano, oidor de la real audiencia.
D. Ramon Palacios, maestro de la santa iglesia catedral.
D. Roque Antonio Paz, cura de Arnois.
D. Felipe Ausña, cura de San Miguel.
R. P. Fr. Plácido Blanco, monge Bernardo.
D. Lorenzo Varela, dueño de la casa de la Buzaca.
D. Miguel Millan, escribano en San Miguel de Levosende.
D. Alberto Soto, teniente cura de San Salvador de Sayans.
D. José Sanchez Vaamonde, licenciado.
D. Santiago Manuel del Rio, abogado en Baron.
D. Juan María Ramos, doctor en la real universidad.
D. José Santiago, bachiller en filosofía.
Dr. D. Manuel del Rio Mondragon, racionero del colegio de Sancti Spiritus.
D. José María de Moya, oficial de la administracion de Rentas.
D. Elías Diaz Villamarin, del comercio.

SEVILLA.

D. Francisco Javier de Vera.
Fr. D. Gaspar de la Feria Perez, prior y vicario de la encomienda de Tocina.
D. José María Escacena.
D. Manuel de Campos.
R. P. Ministro de los Trinitarios Descalzos.
D. José Morales Santisteban.
D. José Ruiz del Burgo.
D. Teodoro de la Cruz.
El Sr. Marques de Albentos.

D. Juan de Mendieta.
D. Manuel Cortinas.
D. Pascual de Campos, capitan retirado.
D. Antonio Gonzalez, profesor de farmacia en Ronda.
D. Vicente Casajus.
D. José de Velasco, empleado en la real fábrica de Tabacos.
D. Lucas Beck.
D. Cornelio Cipriano Sanchez.
D. José María Camargo.
Fr. Sebastian García.
D. F. M. A.
El Licenciado D. José Manuel Diaz.
D. Francisco Diez de Tejada.
D. Juan Fernandez Santa Cruz.
D. Diego Marquez de la Palma, canónigo magistral de la catedral de Sevilla.
D. Angel María Guzman, racionero de idem.
D. Ignacio María del Marmol, canónigo de idem.
D. José de Sologurem.
Dr. D. Vicente Ramos García, arcediano de Sevilla.
D. Manuel Franco García.
D. Manuel Ortiz de Zúñiga.
D. Manuel Moyano, oidor de esta real audiencia.
Dr. D. Fernando José Zuloeta, abad de la colegial de Jerez de la Frontera.
D. Pedro de Vera, arcediano de Écija.
D. Manuel de Masa Rosillo.
D. Francisco de Olavarrieta, oidor de la real audiencia.
D. Pedro Huidobro.
D. Francisco Rul. de Utrera.
D. Juan Antonio Iniesta.
D. Fernando Ramirez de Cartagena, presbítero, cura de San Pedro de Arcos de la Frontera.

D. José Vazquez, de idem.
D. Victoriano Escribano, corregidor de idem.
D. Miguel de Torres.
D. Antonio Martin Villa.
D. Rafael de Vargas.
D. José María de la Cuadra.
D. Antonio Rodriguez Zapata.
D. Antonio Chacon.
D. Felix Gonzalez de Leon.
D. José Antonio Camuñas.
D. Rafael Zapata, médico titular de Benacazon.
D. Juan Resuche.
D. Diego Martinez de Mora.
D. Francisco Astorga.
D. José María Molina.
D. José de Villanueva, oidor de la real audiencia.
D. Luis Gonzaga Colom, provisor del arzobispado.
Licenciado D. José María Amor.
D. Antonio de Sierra y Arce, teniente segundo.
Bachiller D. Celestino María Mateos del Parque, presbítero.
D. Ildefonso José de Frias.
D. José María Gonzalez de Paradas.
D. Ramon Hernandez.
D. Fernando Muñoz.
D. Juan Camacho y Herrera.
D. Felipe Rul.
D. Manuel de Sousa.
El Dr. D. Antonio Perez Gil.
D. José Galindo.
D. Juan Bautista Redondo, de Ronda.
D. José Lopez de Castro.
D. Joaquin Lopez.
D. José Romero Balmaceda.
D. José Alvarez.

D. José Morales.
D. Francisco Morales.
D. Gabriel de Juan.
D. José García de Theran.
D. Antonio Tasara.
D. Rafael Ruiz Fernandez.
D. Mariano Ignacio de Vergara.
D. Juan Francisco Merry.
D. José Hidalgo y compañía (*por diez ejemplares*).

TOLEDO.

D. Antonio María Navarro, corregidor.
D. Matías Calva, dignidad de esta santa iglesia, y vicario general del arzobispado.
D. Manuel Nugla.
El P. Presentado Fr. Juan Pintor, Trinitario Calzado.
El P. Guardian de Capuchinos.
D. Juan San Juan, cura de Santa Leocadia.
Dr. D. Miguel de San Roman.
El P. Fr. Miguel Vallesteros de Portillo.
D. José Toribio.
D. José Vigil, oficial de rentas reales.
D. Eusebio Grueso, secretario de policía.
D. Pedro Cambero, presbítero.
D. Jacinto Hernandez, del comercio de libros.

VALLADOLID.

Sr. Marques de Villasante.
D. Pedro del Tío.
D. Agustin del Tío.
Dr. D. Pelayo Cabeza de Vaca.
D. José Calasanz Prieto.
D. Esteban María de Valbuena.

D. Antonio Suarez.
D. Julian Montejo.
Dr. D. Gerónimo Gervas.
D. José Antonio Sanz Pardo.
D. Damian Calvo Rubio, relator de Vizcaya en esta real chancillería.
Dr. D. Joaquin Federico.
D. Adriano Fernandez.
D. Hermenegildo García, abogado en Escaray.
D. José María de Honsar.
D. Luis Camaleño.
D. Mariano Perez.
D. Policarpo Mozo.
D. Francisco Fernandez, maestro de primera educacion.
D. Martin Delgado.
D. Roque Alday, del comercio.
D. Domingo Crespo Villagarcía, cura del Pedroso.
D. Rafael Rivera, maestro de primera educacion.
D. Remigio Pino, escribano de cámara de la real chancillería.
D. Luis de Rojas, comisionado de la real caja de Amortizacion.
D. Juan Manuel Fernandez, del comercio.
D. Vicente Bachiller Rodriguez, administrador y escribano en Bamba.
D. Estanislao Iglesias.
D. Matías Luengo Alderete, coronel del regimiento de caballería de Castilla.
D. Simon Pino Fernandez, procurador de la real chancillería.
D. Mariano Caballero, cura de San Martin de Balbeni.
D. Castor Pascual, de Palencia.
D. Julian Gil, presbítero.

D. Luis Diez.
D. Francisco Roldan, procurador y contador de la real chancillería.
D. Domingo Blanco de Salcedo.
D. Agustin Rueda Samaniego, profesor de farmacia.
D. José Gutierrez, cura ecónomo de la parroquia de Santiago.
D. Eugenio Diez.
D. Valentin Valpuesta.
D. José Ogero de la Vega (*por dos ejemplares*).
D. Faustino Gonzalez Arias.
D. Matías Astudillo, procurador en Palencia.
D. Manuel Escalada, abogado en idem.
R. P. Fr. Francisco de San Antonio, Trinitario Descalzo.
D. Antonio de la Parra, regente de la real chancillería.
D. Fructuoso María Guerra, auditor de guerra.
D. Manuel Damian Melgar, presbítero en Medina del Campo.
D. Crisanto Rico.
D. Mariano Luis Duran.
D. Cenon Lopez Trancos.
D. Juan Criales.
R. P. Fr. Juan de San Antonio, Descalzo.
D. Silverio Bonifar.
R. P. Fr. Juan Antonio Gallego, lector de filosofía en Cuellar.
D. Juan Rojo Camina, presbitero, cura de San Tirso de Sahagun.
D. José Hernandez.
D. Anastasio Rojel.
D. Blas Pardo, cura ecónomo de San Martin.
D. Rafael Velasco.

D. Tadeo Calvo.
D. Luis Alvarez, presbítero, cura de Santa María en Medina del Campo.
D. José Antonio de Yermo.
D. Pedro de Zarandona y Balboa, escribano de cámara de la real chancillería.
Dr. D. Francisco de Paula de las Cuevas, cura ecónomo de San Juan.
D. Joaquin Saenz Lopez.
D. Simon Perez, del comercio.
D. Facundo Gonzalez.
D. Jacinto Monasterio, alcalde mayor de Rueda.
D. Francisco Perez y Perez, maestre-escuela de la santa iglesia catedral.
D. Manuel Bastida, presbítero, beneficiado de la parquia del Salvador de Valladolid.

VALENCIA.

D. Joaquin Ferreres.
D. Pedro Fuster.
D. Antonio Berdu.
D. Indalecio María Aguilar.
D. Manuel Bustamante.
D. José Gouvern.
D. Francisco Cabrera.
D. Manuel Castuñs.
D. Cándido Ceballos.
D. Lorenzo Palavicino.
D. Joaquin Ferraz.
El P. Fr. Mariano Rais.
D. Antonio Teijidor.
D. Roque Francés.
D. Luis Russet.

D. José María Balterra.
D. Pedro Palau.
D. José Beltran.
D. Vicente Sanz.
D. Ceferino Martí.
D. Roque Paulin.
D. Luis Tio.
D. Vicente María Esteban.
D. José Azeña.
D. Antonio Aparici.
D. Francisco Javier de Ternería, canónigo.
D. Antonio Rotglá.
D. Francisco de Paula Alonso.
D. Francisco Moltó.
D. Mariano Gonzalez.
D. Peregrin García.
D. Pedro Llorens.
Sr. Paborde Ortolá.
D. Valero Andreu (*por tres ejemplares*).
D. Pedro Aris, canónigo.
D. Pedro Alcántara Cebrian.
D. Antonio Miralls, de Alberique.
D. Francisco Atard, de idem.
D. Agustin Arnaud.
D. Antonio Aznar, oidor de la real audiencia.
D. Felipe Guasp, de Palma (*por dos ejemplares*).
D. Mariano Hernandez.
D. José Lorenzo, de Tortosa.
D. Juan Broto, canónigo.
D. Vicente Carceller.
D. Joaquin Lacall.
D. Bernardo Torrojas.
D. José Puquer.
D. Agustin Manglano.

D. Dionisio Martinez.
D. Antonio Bonet, presbítero.
D. Juan Luis Garay, administrador del Grau.
D. Francisco Gonzalez Terro, secretario de la Capitanía general.
El P. Joaquin Ibas.
D. José Antonio Rincon.
D. Francisco San Juan.
D. Juan Bautista Lluc, canónigo de Tortosa.
D. Vicente Martinez Marcilla.
D. Pedro Gomez.
D. Joaquin Puigrubi, de Tortosa (*por tres ejemplares*).

ZARAGOZA.

D. Manuel Dronda.
D. Andres Gomez.
D. Angel de la Cuesta.
D. Martin Marticorena.
D. Mariano Perez de Malou, vicario de la villa de Viel.
D. Salvador Linares, rector de la parroquial de Herrera.
D. Juan Pio Llera, abogado.
D. Ignacio Perez, beneficiado de Ferrer, comunidad de Calatayud.
D. Juan Clavería, abogado de los reales Consejos en Albalate del Arzobispo.
D. Pedro Peralta, canónigo de la santa iglesia de Barbastro.
D. Mariano Palomar.
D. Pio Ballesteros.
D. Pedro Barrau.
D. Bartolomé Cuartero.

M. I. Sr. D. Pedro Pons, fiscal de la real audiencia de Aragon.
D. Antonio Esteban, presbítero.
D. Manuel Sierra.
D. Genaro Nassarre, de Ayerbe.
D. Mariano Ribera, rector de Fornillas.
D. Miguel Dolz y Doz.
M. I. Sr. D. Gabriel García Vallecillos, oidor de esta real audiencia.
M. I. Sr. D. Vicente García Diaz Ribera, oidor de idem.
D. Carlos Laborda, arcipreste de Santa María en la santa iglesia de Zaragoza.
Dr. D. Sebastian Bañolas, canónigo de la santa iglesia de Zaragoza.
D. Bartolomé Barta.
D. Braulio Maynar.
D. Mariano Lafuente.
El Señor Canónigo vicario de Mouzon.
D. Ignacio de Peyró.
D. Anselmo de Rivera, arcediano de Serralbo en la santa iglesia de Huesca.
R. P. Fr. Miguel de Santa Bárbara, Carmelita Descalzo.
D. Manuel Fando.
D. Ramon Ruiz y Goya.
D. Domingo Pardo, del comercio de libros (*por dos ejemplares*).
Dr. D. Ramon Costa, canónigo.
D. Joaquin Bañolas, vicario de San Pablo.
El coronel de caballería D. Carlos Buil, gobernador militar y político de Huesca.
D. Juan Manuel Escartin, secretario del gobierno político de Huesca.

D. Claudio Antonio Viscasillas, regidor perpétuo de Jaca.

D. Pedro Ortiz de Urbina.

D. José Lacadena y Martinez.

El Señor Prior de la colegial de Mouzon.

D. Ramon Otal.

Dr. D. Gerónimo Sulias, racionero, penitenciario y secretario del cabildo de Huesca.

D. Santiago Gonzalez.

D. Santos Sanz.

D. Ignacio Pano de Sesé, abogado del colegio de Zaragoza.

D. José Sanchez, beneficiado de San Felipe.

D. Angel Polo y hermano, del comercio de libros (*por dos ejemplares*).

NOTA.

No se pone la lista de los suscriptores de Cadiz porque no la han remitido.




colorchecker CLASSIC
calibrite
mm